22-4
R-90838

DOCTRINAL

DE

HISTORIA CRÍTICA DE ESPAÑA

POR

D. FEDERICO DE CASTRO Y FERNÁNDEZ

TOMÁS SANZ
LIBRERO
SEVILLA

SEVILLA
Establecimiento Tipográfico de la REVISTA DE TRIBUNALES
RIVERO 4.—TELÉFONO 271.
1896

DOCTRINAL

DE LA

HISTORIA CRÍTICA DE ESPAÑA

POR

D. PEDRO DE CASTRO Y FERNÁNDEZ

SEVILLA
Establecimiento Tipográfico de la REVISTA DE TRIBUNALES
CALLE DE CUNA, NÚM. 10
1899

PRELIMINAR

I

Historia etimológicamente viene á significar testimonio (1) y el más seguro es el que de sí dan los hechos mismos pues los demás de aqueste parten y de él reciben su valor. En rigor no hay otro. Si creemos al que nos cuenta lo que no hemos presenciado, es porque confiamos en que el narrador lo vió ó lo escuchó mas ó menos inmediatamente de aquel ó de aquellos que lo vieron.

Interrumpid la série por vacíos ó defectos en la transmisión y el relato de la persona más autorizada y fidedigna desligado del hecho se trocará de real en imaginativo y la historia se convertirá en novela. Considerad al testigo presencial separado del suceso por los velos de la preocupación ó de la incultura y su testimonio desmerecerá en razón de lo fuertes y espesos que los supongamos.

Como si lo hubiera visto es la formula que empleamos para significar nuestra absoluta confianza en el ageno testimo-

(1) ἱστορεω ω f-σω—apprendere par soi même ou par les autres; s'informer de, rechercher, explorer; *plus souvent* rapporter, raconter, fair l'histoire de; temoiner, affirmer en connaissance de cause; *quelque fois* voir, être temoin de, acc R. ἱστωρ

ἱστορια—information, recherche; science, connaissance, rècit de ce qu'ou á vu ou entendu.

Histoire, Dictionnaire grec-français par C. Alexandre.

nio: así la Historia, cuyo contenido son los hechos, *de los hechos* recibe su verdad.

Hecho *(factus* de *facio)* acto *(actus* de *ago)* vale tanto como actividad actuada, actividad cumplida, actividad fija, porque en ella nada queda por determinar.

No hay que confundir, como se hace de ordinario, el hecho con el fenómeno, su aparición, su apariencia. (1) De un hecho pueden darse infinitas apariencias según el punto ó la relación desde el qué ó según la qué se mire, es pues la unidad racional de todas estas manifestaciones parciales, lo que ellas tienen de verdadero y de esencial, el hecho es pues la síntesis de todos sus fenómenos.

Como vista directa de la realidad aunque en sus límites más estrechos, el conocimiento del hecho lleva consigo su verdad, nada puede oponerse á la evidencia de los hechos; el de los fenómenos por el contrario no tiene más que la que resulta de su conveniencia con los hechos que retratan, por eso aconseja la sana razón común no fiarse de apariencias.

Desligado del hecho, lo que el vulgo entiende por fenómeno, es la manifestación de lo anormal, de lo monstruoso, de lo imposible, una apariencia cuya razón de hecho no concebimos.

Producto y término de nuestra actividad el hecho no se dá más que en el sujeto que lo hace y solo por él puede ser directamente conocido. Limitada así es profundísima la sentencia de Vico: solo nos sabemos de lo que hacemos.

Llamo á mis hechos míos, sé que los soy, pero me sobredistingo de ellos como el ser que los hace; somos lo que hacemos, pero no nos hacemos lo que somos. Solo con esta limitación es verdadera la célebre fórmula de Fichte y de Schopenhauer, el hombre se hace: el hombre se hace lo que es determinadamente dentro de su ser.

Determinación de mi ser nada puede haber en mí hecho que mi ser no haya, por eso inferimos con razón de lo efectivo á lo posible, por eso negamos sin más que lo imposible sea ó haya sido.

Determinación circunscrita en todas sus relaciones, nada queda en ella de indeterminado ni indeciso, es una actuación

---

(1) Φαίνω—faire paraître, faire voir, rendre visible, d'oú *quelque fois Poet,* mettre au jour, fair naître, *au figuré* montrer, révéler, découvrir, démontrer: 2.º demander, accuser: 3.º *dans le sens neutre*, briller, répandre la lumière, *en parlant des astres* &.ª 4.º éclairer *en parlant de quelq' un qui porte ou apporte de la lumière;* 5.º *quelque fois Poet* se motrer, paraître.—Id. id.

fija, el ser determinado dentro de límites ciertos de los cuales no puede salir pero dentro de los que tiene propia existencia y realidad. Dios mismo no podría hacer que lo que fué no haya sido ó que fuera de otro modo.

Siendo en el hecho todo efectivo, no queda de lo que él es nada posible por efectuar, no sale de sus límites, pero encerrado en ellos excluye todo otro, ocupa un lugar por sí y respecto de los demás no se borra para trocarse en otro, para hacerse lo que ni es ni puede ser.

Pero si el hecho abarca todo lo posible dentro de sus límites, si lo efectuado ya no puede serlo de otro modo, mucho de lo posible, puesto que el hecho es lo posible limitado, deja por hacer.

Para que esto posible se vaya haciendo, es preciso que lo hecho deje de ser actualmente, para dar lugar á que se haga otra cosa; el hecho, pues, no muda, pero el ser muda en sus hechos. En sus hechos, decimos, porque el ser no muda respecto de ellos; si como ser mudara, no habría mudanza, sino nacimiento y muerte, mas sin que el muerto tuviera nada que ver con el nacido.

Si se muda es porque tras cada actuación queda esencia por realizar, lo posible, lo que Aristóteles denominaba materia, tratando de concertar la inmovilidad de los eleáticos, propia de los muertos, con la fantasmagoría inane del suceder sin ser, de los sofistas jónicos, para encontrar una explicación razonable de la vida.

Sólo por la persistencia del actuante concebimos la fijeza y la mutabilidad de lo actuado y resolvemos la contradicción aparente de sus respectivas formas; el espacio, en el que todo está quieto, el tiempo, en que nada puede descansar, como ya profundamente lo notó Schopenhauer.

Entre lo que se es y lo que se hace, tomados ambos términos en todo su contenido, hay perfecta identidad; ni puede hacerse lo que no se sea, ni se es lo que en ningún caso puede hacerse efectivo. La causa excede á un efecto, no al efecto, piensa Hegel.

Si concebimos á Dios como el ser sin negación, lo concebimos juntamente como la actualidad pura, concebimos que realiza su divina esencia como el bien absoluto, libremente, por su voluntad santa, con divino amor, como legislador supremo y perfecto artista en el presente infinito de su vida.

Mas cuando se trata de nosotros, seres finitos, si pensamos que nuestra esencia, por serlo, ha de ser efectuada, nunca la vemos efectuada de una vez. Dios es perfecto, el hombre es

perfectible. En nuestra esencia se da todo en unidad, pero todo diferenciado en nuestros hechos; por eso buscamos en la causa la razón de los hechos, por eso encontramos en los hechos la efectividad de la causa.

Debemos efectuar nuestra esencia como nuestro bien, pero determinación tras determinación, sucesivamente; el bien es, pues, el fin total y la ley de nuestras determinaciones, y si llamamos vida á la efectuación de la esencia, comprendemos que el bien es el fin y la ley de nuestra vida, pero tenemos que elejir en cada momento lo que entonces conviene para cumplir nuestro fin, como complemento de lo hecho y en espectativa de lo por hacer.

Para esto, colocados en la unidad de nuestra esencia, donde todos nuestros hechos se dan como posibles, determinamos lo por entonces hacedero, manteniéndonos en esta relación de todo á parte, libremente. No es, pues, la libertad la inmotivación, tiranía del acaso; sino la autonomía, como magistralmente lo demostró Kant.

Sacamos los hechos de nuestra esencia, su propia fuente, pero los hechos son también esenciales y se encuentran ligados entre sí. Nuestra posibilidad se halla, en parte, entrabada por ellos; fueron y de ellos es imposible prescindir.

Mientras nuestra actividad se mueve hacia el fin parcial por alguno de ellos iniciado, mansamente se desliza de uno á otro con una continuidad semejante á la de las obras de la Naturaleza, y al observador superficial le parece cada uno la razón del otro; ley de la evolución.

Pero cuando aquella finalidad parcial se agota, cuando ya nada resta por hacer en aquel sentido, cuando ya no es posible continuar en aquella dirección, el sujeto vuelve sobre sí, con supremo esfuerzo, saca nuevos fines de su propio fondo y, abandonando el camino emprendido, no sin lucha ni sin interior desgarramiento, abre nuevos cauces para su vida, próxima á perecer por estancada; ley de la revolución.

Consideradas en su aspecto meramente formal estas dos leyes, casi se identifican con las de diferenciación y reintegración de Spencer. En la evolución, el hecho inicial va mostrando, por sus diversas caras, la complexidad de su contenido; en la revolución, el hecho evolucionado aparece completo y se pasa á otro. Ninguna de las dos aisladas, ni las dos juntas, por una arbitraria justaposición, bastan para explicar la marcha de la vida. La evolución, con su constante y acelerada progresión á lo hetereogeneo, concluiría con lo genético; la de reintegración, por su tendencia á una unidad cada vez más simple, con la unidad

misma; juntas en el modo dicho, conducen á un irracional círculo vicioso; diferenciar para confundir, confundir para diferenciar.

Mirarlas separadas no es más que un efecto de óptica intelectual. Nos sorprenden las revoluciones cuando de golpe y con estrépito se derumba un Estado, cuya larga y aparente persistencia nos había acostumbrado á considerarlo imperecedero, sin parar mientes en la carcoma que al interior lo corroía y, cegados con el polvo de las ruinas, se nos ocultan la multitnd de elementos que á lo nuevo han pasado de lo antiguo; nos deleita la placidez de la evolución, sin apercibirnos de las perqueñas revoluciones con que en su marcha va dejando el espacio, sembrado de cadáveres. Para formarnos de estas leyes una imagen adecuada, hay que mirar á la evolución con microscopio y con telescopio á las revoluciones.

Ambas leyes, que no son más que la expresión en la vida de la propiedad y de la integridad de la esencia, no son, en suma, más que los aspectos de una más total, la del perfeccionamiento, cuya forma es el progreso. Para efectuar nuestra esencia, como nuestro bien, que es en lo que nuestra perfección consiste, cada bien pide ser efectuado como propio y de por sí y en continuidad con los otros bienes, á no ser que pensemos los imposibles de un bien vacío ó bienes que no se parezcan más que en el nombre.

Comprendiendo el bien todos los bienes particulares, no cabe en ninguno de ellos; de aquí la posibilidad del mal. Ejecutando siempre algo de lo que es (la nada no se hace), puede no ejecutarse todo lo que en aquel momento cabe, por deficiencia de la actividad empleada, retrasarlo por pereza, adelantarlo por impaciencia sin la preparación debida, invertir el orden de los bienes tomando el inferior por superior, movernos á su ejecución por motivos impuros ó segundos (crimen ó pecado), no concertar los términos de las series de unos bienes con los de otra, ocasionando esos choques inesperados á que denomina nuestra ignorancia desgracias ó accidentes.

El mal expresa, pues, una relación posible para los seres finitos y como posible efectuable, pero no necesaria ni absoluta; podemos hacer el mal, pero no debemos ni tenemos que hacerlo. Hacer el bien, desterrar el mal, es la fórmula de la ley de la perfección y del progreso. Desligada la segunda de la primera, queda forma sin fondo, progreso indefinido, caminar sin saber dónde.

Efectuar en cada momento lo que conviene, una vez conocido por la inteligencia y decidido por la voluntad, es la obra del

arte. Para ello modelamos en nuestra fantasía, con arreglo á nuestra idea, una creación intermedia entre la idea y su realización práctica, el ideal, el tipo de lo por hacer, el hecho perfecto, tal como se lo figura el artista en sus entusiasmos, sin las impurezas ni las fealdades de lo efectivo. Después de lo cual, para sacarlo de nuestro pequeño mundo y encarnarlo en el ancho de la existencia universal, sólo se requiere la habilidad técnica.

¿Cómo nos sabemos de nuestros hechos? De propio testimonio, como testigos presenciales de ellos, de primero, de único testimonio, testimonio tan infalible que el más rústico se reiría, con razón, del sabio que pretendiera convencerle que no está presente á lo que hace.

Desde que en los oscuros nimbos de su existencia indeterminada comienza el hecho á diseñarse, desde que la potencia, por una necesidad interna se inclina en una dirección, desde que sentimos la intranquilidad y el desasosiego que nos produce la picazón inconsciente del instinto, ó preconcebimos el objeto de su satisfacción con el deseo, hasta que la obra queda perfecta y concluída, actores y espectadores á la par, nada queda para nosotros escondido de ella. Y es la razón que es imposible que si yo sé lo que soy, no sepa lo que soy efectivamente. La visión directa de mis hechos rechaza de plano toda argumentación que, para intentar convencernos de lo contrario, tiene que comenzar por suponerla.

Estamos presentes á unos hechos, los nuestros; tenemos conciencia de una historia, nuestra propia historia, en nuestra conciencia y en ella únicamente podemos sabernos de lo que la historia es.

En nuestra conciencia, una é indivisible, distinguimos al punto dos esferas: una de lo permanente, esencial, de lo no sujeto á mutación; otra de lo singular y cambiante, la conciencia ideal y la conciencia empírica. La primera nos dice lo que somos por naturaleza, la segunda lo que somos en la actualidad; aquélla lo que tiene que ser efectuado, ésta lo que lo ha sido ó lo está siendo.

Cada una de estas esferas tiene su modo propio de evidencia; aquélla la de la necesidad del principio, ésta la de la efectividad del hecho; la Filosofía desarrolla su contenido en un sistema de juicios apodícticos, la Historia en una serie de juicios asertóricos.

Estas dos evidencias no proceden la una de la otra, sino de una fuente común, la realidad presente. Así nos explicamos la irreductibilidad de los criterios de la Filosofía y de la Historia.

Mira aquella á la unidad de la esencia y afirma con razón, esto es esencial, luego ha de ser necesariamente; mira la otra á la efectividad y afirma lo que ha sido ó está siendo, es. Al debe ó no debe ser de la Filosofía se opone el es ó ha sido de la Historia. Porque el justo peque siete veces al día, no se sigue que el hombre sea malo por naturaleza; ni de que el hombre por naturaleza sea bueno, que Nerón ó Calígula fueron hombres de bien.

Esta contrariedad muestra la independencia de estas dos esferas del saber, no su contradicción irresoluble. Cada una es verdadera dentro de sus límites. Atiende la una á lo permanente, como si no se diera en lo sucesivo; atiende la otra á lo sucesivo, como si en lo sucesivo no se diera lo permanente; ampliar estos puntos de vista hasta que cada uno abrace al otro, es pensar que porque una cosa ha de ser, ha de ser completamente aquí y ahora, ó que lo que es aquí y ahora, ha de ser de la misma manera en todo tiempo.

Sólo la unidad de la conciencia, abrazando igualmente lo posible y lo efectivo, decide cuando hemos traspasado los límites de lo uno ó de lo otro. La ciencia, bajo aquella unidad, de las relaciones de ambos términos, la Filosofía de la Historia, debe explicar qué de lo posible ha debido ser efectivo en cada tiempo y por qué ha sido lo uno y no lo otro. Hay, por consiguiente, un conocimiento propio de los hechos, cuya fuente radica en nuestra conciencia; tenemos un testimonio directo del hecho histórico.

Este testimonio, como tal, no se refiere más que á lo que directamente cae bajo nuestra conciencia, de lo inconscio no se da historia, podremos alcanzarlo por otros medios, pero no afirmarlo como testigos.

Hallamos aquí una primera definición de nuestra historia; nuestra hitoria es el testimonio que de nuestra efectividad tenemos por su órgano adecuado, nuestra conciencia empírica. No comprende, pues, todo lo que nos modifica, lo que se hace en nosotros, sino lo que nosotros hacemos; la historia del hombre, se ha dicho, es la de su libertad, la de su casualidad se diría mejor. La Historia, para corresponder debidamente á su nombre, tiene que descansar en la visión directa de los hechos por el sujeto

Por lo mismo que la Historia se ocupa de los hechos que ejecutamos, como agentes libres, el conocimiento histórico no puede tener el carácter de conocimiento positivo. En la Historia los hechos pasan para no volver, no podemos reproducirlos en idénticas ó parecidas condiciones *(non bis in idem)*, no están sujetos á comprobación. En las ciencias naturales pasamos

por la eliminación ó la compensación de las variables de un cierto número de fenómenos al hecho presumido; en las históricas, del hecho total incontrovertible á los hechos particulares. La Historia humana no es una parte de la Historia Natural. En ésta no vemos directamente el hecho ni el sujeto; es ó podrá ser una ciencia empírica, nunca una historia. Sólo el ser que puede conocer en unidad de relaciones, sólo el ser racional, tiene una historia en el mundo.

Condición ineludible para que nos atribuyamos un hecho es que sepamos que es hecho nuestro; luego el conocimiento de cada uno supone en él y sobre él, el del hecho total de nuestro existir.

Y así debe de ser. El límite de los hechos no es el vacío; los hechos no están en el aire. El hecho es la esencia temporalmente circunscrita; esta circunscripción se da en una mayor y ésta en otra, hasta llegar á la primera de nuestra esencia, sin límites para nosotros, círculo de círculos, al hecho total de nuestro existir, á la determinación de toda nuestra existencia en efectividad, en el presente absoluto de nuestra vida, donde lo posible y lo efectivo, lo temporal y lo eterno, se unen, sin confundirse, en la unidad de nuestra existencia y de nuestro ser.

También en el presente de nuestra existencia se reunen los tiempos, lo presente y lo pasado son la misma cosa, y la Historia, testigo de los siglos, reproduce en cada momento la efectividad entera.

La posibilidad de un verdadero conocimiento de los hechos ha sido negada, sin embargo, por los dos pensadores más eminentes de la antigüedad. Platón y Aristóteles relegan, de consuno, el conocimiento de los hechos á los dominios de la opinión; el hecho supone una particularización infinita, y por infinita no podemos alcanzarla.

Es cierto, pero lo mismo acontece repecto de los principios; también lo ideal ó determinable tiene un infinito contenido. No sabemos desde luego, ni sabremos nunca, todas las consecuencias de un principio, pero sabemos que las sabidas y las todavía incógnitas se dan en él; este conocimiento podrá ampliarse, pero no destruirse. Lo mismo sucede con los hechos; no conocemos todos los puntos de la curva que los encierra, pero, conocidos los que determinan su dirección, podremos precisarla más, no confundirla con otra.

Este límite es ampliable, aunque de diverso modo. En los principios esta al interior, al exterior en los hechos. En la contemplación ideal, como nuestra potencia comprende toda nuestra esencia de una vez, sin relación á tiempo, depende de la in-

tensidad de la atención que le prestemos, pues el objeto se ofrece á ella de contínuo y aun la excita á considerarle con insistente persistencia. En la Historia, como el hecho no se ofrece directamente más que en su actualidad inmediata, el límite está en la extensión de la atención, lo actual no es sino una parte mínima de lo pasado, con lo que de momento á momento se confunde; la atención histórica es, pues, la atención á lo pasado, la memoria, por lo que en ninguna parte es más verdadera que en esta ciencia la conocida máxima: *tantum scimus quantum memoriam habemus*. No sin razón, aunque para mantener un error de que luego habremos de ocuparnos, ha dicho Schopenhauer: "La Historia quiere reemplazar lo profundo por lo largo y dilatado. Lo presente no es para ella más que un fragmento que debe ser completado por un pasado cuya extensión es infinita, al que se añade un porvenir sin término. De aquí la diferencia entre los espíritus filosóficos y los históricos; aquéllos quieren penetrar, éstos no se cansan nunca de referir."

Admitida la existencia de un conocimiento histórico, ¿este conocimiento constituye una ciencia? ¿Es ciencia la Historia? A pregunta, al parecer, tan sencilla, contestan contradictoriamente una definición y un axioma: La Historia es la ciencia de los hechos, dice aquélla; de los hechos no se da ciencia, replica éste.

Y es lo peor que semejante contrasentido, no sólo se produce y se mantiene entre las sombras y vacilaciones del pensamiento irreflexivo, sino que, traspasando las agudas delicadezas del sentido culto, penetra en el científico ó en el que por tal se tiene, engendrando las escuelas que con las extrañas denominaciones de *ad narrandum* y *ad probandum* vienen distinguiendo los retóricos.

Porque la primera, mal llamada también Historia filosófica, se caracteriza, en suma, por no apreciar en los hechos más que lo esencial, viendo en ellos una parte digna de atención y estudio y otra accidental y despreciable, buena cuando más para entretener los ocios de la fantasía. Así, para Hegel, la Historia no es más que el desarrollo del espíritu universal en el tiempo; (1) para Michelet los hechos no son más que puros símbolos

(1) La Historia, según Hegel, es el desarrollo del espíritu universal en el tiempo. Los estados y los genios particulares de los pueblos refluyen en uno en la corriente de la *Historia Universal*. La lucha, el triunfo ó la caída de las nacionalidades particulares de tiempo á tiempo, es el contenido de esta Historia. En ella los pueblos no existen sino en cuanto representan una idea necesaria, contra la cual los demás pueblos no tienen fuerza ni derecho: por eso el desenvolvimiento histórico está, en general,

que conforman con la ciencia sin servirle de fundamento, (1) y para Schopenhauer: «La Historia nos ofrece siempre lo mismo bajo diferentes formas, sus capítulos no difieren más que por los nombres y por los años... su divisa debía ser: *Eadem sed aliter.*» (2) La Historia para esta escuela es ciencia, pero no de los hechos, sino de lo permanente en ellos, de la idea que muestran; es ciencia, no de los hechos, sino de las ideas; no es Historia, sino Filosofía. Y á su vez la Historia meramente descriptiva, que se contenta ó debe contentarse con presentar los sucesos como se presentan las figuras en el caleidoscopio, sin buscar entre ellos enlace ni conexión, ni meterse á intepretarlos, pues esto ya supondría el reconocimiento de algo esencial de que formaran parte, ¿qué nos ofrece más que una vana fenomenología, que turba y marea, pero que nada enseña? ¿Qué es, según ella, la Historia más que un relato insustancial de confusas apariencias, que no se sabe de donde vienen ni á donde van ni lo que son, y de las cuales no cabe, no ya ciencia, pero ni siquiera conocimiento? "La Historia, por consiguiente, diosa repudiada, dice Cantú, (3) no fué ya más que un fárrago de accidentes; el acaso creó las religiones entre los hombres, aterrados por los cataclismos; la casualidad de haber ido un ermitaño á Jerusalém produjo las Cruzadas; la casualidad de morir un nazareno crucificado, alteró la sublime arquitectura del Imperio Romano; ¿qué más? la casualidad de pasar un cometa, que chocando con el Sol le arranca algunos fragmentos, produce este hermoso orden planetario, esta tierra sobre la que el acaso, con mil vaivenes, nos mantiene un momento, para arrojarnos después entre los átomos vagantes por el espacio." Así, para Roberty la Historia no es una ciencia, sino un procedimiento especial de descripción como la Estadística y la Misología. La Historia, para esta escuela, es una descriptiva de fenómenos, pero no una ciencia. Ni resuelve, por lo menos fundamentalmente, el problema, la escuela llamada pragmática, con

---

presidido por un pueblo dominante, que es en su tiempo el sujeto de la Historia Universal, y ante el cual el espíritu, el génio, la individualidad de los demás pueblos contemporaneos, quedan como sin propiedad de ser ni de derecho. Así están los genios de los pueblos al rededor del trono del espíritu absoluto, realizador de la Historia efectiva, como testigos y ornatos de S. M.

(1) Edgart Quinet.—Introductión á la Philosophie de l'histoire de l'humanité.—Págs. 355 y 356.—París, 1857.

(2) Schopenhauer.—Dic. Weltals.—Willeund Vorstellung.—Tomo III, capítulo 38.

(3) C. Cantú.—Historia Universal.—Tomo VI, págs. 52 y 53.—Traducción de D. N. F. Cuesta.—Madrid, 1857.

ser la que hasta ahora se acerca más al verdadero concepto de la Historia y que, según Schözer, es la colección sistemática de los hechos, mediante los que puede comprenderse el estado de la tierra y del género humano, viendo las causas más ó menos remotas que los produgeron; porque, falta de base científica, tiene que fiar, como todo eclectisismo, en los aciertos individuales, empresa tan difícil, cuando no se guía más que por el buen sentido, por sagaz é ilustrado que se le suponga, como lo muestran los graves errores en que incurrieran los genios gigantes de Tucídides, Tácito y Maquiavelo.

Limitada, por consiguiente, hasta hoy, la Historia á descripciones brillantes, pero fantásticas en su mayoría, á la amañada contraprueba de un sistema preconcebido, ó á reflexiones aisladas, muchas en verdad delicadas y profundas; pero que por ser aisladas dislocan y trastornan la realidad, sustituyéndola con otra convencional y de artificio; vicios que el sano sentido común ha expresado en los ya vulgares proloquios: *la historia es arsenal que suministra armas igualmente á todas las opiniones* y *los hechos son según el cristal con que se miran*, se ha concluído por desnaturalizarse de tal modo al testigo de los tiempos, á la maestra de la vida, á la luz de los siglos, que, en sentir de eminentes escritores, es buena, cuando más, para sacar de ella algunos ejemplos ó moralidades, es decir, un artificio análogo al de la fábula y, bajo muchos puntos de vista, bastante inferior á ella; así Rousseau pensaba que era un tejido de fábulas, cuya moral es muy apropósito para el corazón humano, y Condillac que sirve, á lo más, para lo que servía el ilota ebrio en las cenas de Esparta, llegando Melchor Delfico, en sus Pensamientos acerca de la incertidumbre é inutilidad de la Historia, á decir que es contraria á los felices progresos de la moral, pues que nos hace ver los anales de la virtud frente á los voluminosos diarios del error y del vicio, y Schopenhauer que lo que narra la Historia no es más, en el fondo, que el sueño pesado, largo y confuso de la humanidad.

Obligada, pues, hasta el presente, la Historia, ó á negar su contenido, ó á renegar de su forma científica, ó á mantenerse en un tanteo que no excede, en mucho, los límites de aquel vago sentido común, que por eso, acaso, ha recibido modernamente el calificativo de histórico, ni ha podido señalar su materia propia, ni mantenerla interiormente como doctrina sistemática, siendo, cuando más, un auxiliar precioso, pero inseguro siempre, de las otras actividades humanas.

Se ha llegado á esta situación insostenible por la falsa posición en que los historiadores se han colocado respecto de los

hechos objeto de su estudio. Mirándolos, no donde son y como pueden ser conocidos en el sujeto y desde el sujeto de ellos, sino desde fuera, han visto, no lo que los hechos son, sino como á ellos les aparecen ó parecen, haciendo verdadero el proloquio, tomando el parecer por el ser y hasta invirtiendo el orden entre los fenómenos y los hechos, haciendo á aquéllos los primeros, á éstos los segundos, cuando en verdad es todo lo contrario. Porque no sólo en los nuestros, donde ni la distinción cabe, sino tratándose de los agenos, toda apariencia fenomenal es, en primer lugar, hecho mío, con entera verdad en mí y, en segundo, respecto del hecho en sí, una relación real suya, lo que el hecho es para mí, dado lo que él es y lo que yo soy y la posición en que uno respecto á otro estamos colocados. Cuando el testigo no afirma más que lo que realmente ve ó cuando del testimonio descartamos toda aprensión subjetiva, no hay testimonio falso.

Del mismo modo, cuando miramos el hecho desde fuera, no vemos inmediatamente la conexión esencial que tiene con los otros hechos del mismo sugeto, ni su dependencia absoluta del hecho total de su vida, nos figuramos que cada uno concluye allí donde hemos dejado de mirarlo, ó á lo sumo no admitimos más que la continuidad meramente externa de aparecer uno después de otro, como si todos se dieran en el vacío, con lo cual, no viendo entre ellos más que la relación de coordinación y no la de subordinación, falta á la Historia el carácter fundamental de ciencia, como ya lo notó Schopenhauer.

Pero ya hemos visto en nosotros que el fenómeno no es sino por el hecho (no hay apariencia sino de algo ni imagen sin original), luego así como Sócrates, por la atenta consideración de las opiniones, encontró que éstas no son, ni pueden mantenerse como tales, sino por la verdad absoluta, que todas en el fondo reconocen y parcialmente manifiestan, levantando el sólido edificio de la ciencia con las ruinas de las efímeras construcciones de la sofística, por una aplicación de su método incomparable, debe surgir la ciencia de entre las sofísticas de la Historia.

Sabemos, de propio testimonio, que nuestra historia no es más que el conocimiento inmediato que tenemos de la efectuación sucesiva en hechos particulares del hecho total de nuestro existir; pero ¿lo sabemos de la misma manera de la Historia que va á ser objeto de nuestras investigaciones?

II

La posibilidad de la certeza histórica exige esta sola con-

dición: un sujeto racional presente á su propio hecho, ahora bien, ¿hay este sujeto de la historia general?

Por Historia General se entiende la de una nación ó un pueblo. ¿Son las naciones hechos más ó menos accidentales de la vida de la Humanidad, reuniones transitorias de sus indivíduos, ó personalidades humanas con existencia propia?

Para contestar debidamente á esta pregunta, es indispensable, ante todo, comprender bien lo preguntado, precisando el concepto de nación.

La nación ha solido definirse un conjunto de hombres regidos por las mismas leyes y sometidos á una autoridad soberana. La nación se confunde así con la asociación para el derecho, con el Estado.

Mas Estado y Nación no son términos equivalentes. Históricamente puede haber y todavía en efecto hay Estados que no son naciones y naciones que no son Estados.

Puede un número mayor ó menor de hombres reconocer la conveniencia ó la necesidad de gobernarse por las mismas autoridades y de dirimir sus diferencias por los mismos códigos, como un *modus vivendi* que puede prolongarse por mucho tiempo, á la manera que indivíduos de diferentes procedencias moran en un colegio ó en una embarcación sin que se liguen por esto con vínculos nacionales. Ejemplo de ello nos ofrecen en lo antiguo el Imperio Romano y en la actualidad los de Rusia y Austría-Hungría.

Puede haber pueblos que teniendo todas las otras condiciones de tales, no se hayan constituído todavía en Estados independientes, así ha sucedido hasta hace poco con las nacionalidades helénica, germánica é italiana.

Y puede haberlos también, que habiendo constituido ya un Estado por el desigual desarrollo de las colectividades ó razas que lo forman ó por la oposición temporal de las condiciones que exigen sus diversas aptitudes, tengan que separarse en la relación jurídica hasta que llegue el momento en que encuentren una fórmula general para todos aceptables. Ejemplos son de esto en la Edad Media los reinos de Leon y Castilla y en la presente los de España y Portugal.

Puede acontecer por último, que elementos destinados á formar una nación, por haber constituido prematuramente un Estado, lo hayan hecho sin darle la suficiente fuerza ó capacidad para aunar las diferentes aspiraciones de las razas que han de constituirlo y se necesite de una fuerza estraña que, destruyéndolo, las obligue á ponerse en mejores condiciones de derecho. Esto fué lo que produjo la caida del reino visigótico y esto es

acaso lo que impide la resurrección de la desgraciada Polonia.

Fácilmente distinguimos la Nacion del Estado: el Estado es una asociación para el derecho, la Nación para todos los fines de la vida; aquel como la Iglesia, como la Universidad, como el Ansa, como la sociedad artística ó industrial, son ó tienden á hacerse universales por el número de sus asociados, pero son particulares por el fin que persiguen; la nación es una asociación universal por sus fines, y limitada por el número de sus indivíduos.

La nación es pues, una asociación cualitativamente semejante á la familia ó al municipio con las que en los principios de su existencia se confunde; pero de las que se diferencia en razon de cantidad.

Históricamente no puede definirse, lo que muestra de hecho que la nación no es un fenómeno histórico. Se pide para reconocer su existencia un territorio geográficamente determinado y hasta ahora ninguna de las naciones lo tiene; se pide unidad de raza y en ninguna de las naciones la hay; se pide un idioma común y en casi ninguna de las naciones se habla; se les exige tener un mismo derecho y son raras las que han alcanzado la unidad legislativa y en ella es más sufrida que estimada; se las figura como cuerpos orgánicos y en ninguna dejan de luchar todavía las pretenciones unitarias con las autonómicas.

¿Es que no hay naciones? Nó, contestamos, es que se toman por naciones los diferentes estados del desarrollo nacional, tanto valdría asegurar que no hay indivíduos porque en ninguno de los instantes de su vida el indivíduo se encuentra completo.

La nación no es un fenómeno, si no una entidad humana; debemos pues encontrarla ascendiendo del indivíduo ó descendiendo de la Humanidad.

Nos reconocemos indivíduos humanos en tanto que nos encontramos determinados por el sexo, por el carácter, por el temperamento, por la raza, por nuestro propio cuerpo y por nuestro propio espíritu, no habiendo ninguno que, en la unidad sustancial de estas relaciones, sea ni pueda ser lo que yo soy más que yo mismo.

Más al afirmarme como tal indivíduo humano declaro con ello que no soy la Humanidad. El sexo, el carácter, el temperamento, las aptitudes serian cosas sin sentido, sino hubiera otro sexo, otras aptitudes, otros carácteres, otros temperamentos.

El indivíduo para serlo completo exige la existencia de otros indivíduos á no ser que imaginemos aquel compuesto por lo menos de dos, el hermafrodita de las antiguas tradiciones que nos han sido conservadas por el fundador de la Academia.

Para que el indivíduo pueda hacerse efectivo como tal, aún en la manera más simple y rudimentaria, en todas sus relaciones necesita al menos de otro indivíduo en quien la determinación de la posibilidad humana se dé igualmente determinada pero invertida. La razon inmediata de la individualidad humana está en la familia.

En la familia se resuelven todas las oposiciones individuales en una unidad superior que las robustece y las completa del modo más intimo y exclusivo: la sexual entre los esposos que, uniendose física, intelectual y moralmente como dos mitades del mismo ser en una misma vida, *(individuam vitam)*, mediante la constante y privativa comunicación de todo lo humano y lo divino *(divini et humani juris communicatio)*, constituyen una personalidad superior que se eterniza en la tierra en lo que tiene de individual y colectivo mediante la generación de nuevos indivíduos que á ella solo le es dado producir; la de caracteres, temperamentos, genios y aptitudes que se desarrollan y moderan frente á sus contrarios por su constante comunicación en un medio reducido que les obliga á conllevarse primero, á buscarse luego, á intimar después; la de las edades ascendentes y descendentes en que todos los grados de la vida hallan su necesario complemento; dando todo esto á la familia una unidad física que se manifiesta exteriormente en una fisonomía familiar, una unidad espiritual que se exterioriza en un lenguaje propio, un amor exclusivo que desciende, asciende y se derrama lateralmente entre sus miembros, como lo enseñaron los jurisconsultos imperiales.

Pero es mi padre, pero es mi hijo, pero es mi hermano, es la suprema razon porque sufrimos todas las imposiciones, perdonamos todos los agravios y nos imponemos todos los sacrificios. Tan cierto como soy el que soy, soy el hijo de mis padres cuyo nombre heredo y cuya vida continuo. Yo soy el que soy pero lo soy dentro de mi familia. En ella he nacido, ella me ha alimentado y educado, á ella me ligan vínculos tan poderosos que reputamos una monstruosidad humana la menor tentativa de romperlos, ella es, después de mi conciencia, el órgano más inmediato para mí de la Humanidad, de la Naturaleza y de Dios.

Concebimos pues, con facilidad que la Humanidad en sus comienzos haya podido estar representada por una familia, así como no cabe concebir sin imaginar monstruosidades que lo haya podido estar por un individuo; esta familia, así concebida, sería juntamente familia, ciudad, nación y humanidad.

Pero no puede serlo sino en un momento determinado en el primer momento de la existencia humana. La muerte y la vida

impiden igualmente á la Humanidad permanecer en él. La muerte de los padres disuelve á la familia, porque la priva del centro natural de su unidad; la multiplicación de las generaciones la esparce, porque el centro de unidad no basta ya para regirlas y contenerlas.

Mas si falta el órgano, la unidad subsiste; lo que necesita es un órgano más amplio ¿dónde lo hallará? En la ciudad ó en el cantón según predominen las tendencias centrípetas ó centrífugas. En la ciudad donde el indivíduo no tiene más personalidad que la que el todo, que la que la ciudad le reconoce; en el cantón en donde el todo no es más que aquello en que los indivíduos convienen.

En la una y en el otro la familia halla lo que no podia encontrar en su estado de aislamiento. No teniendo que atender á llenar perentoriamente todos los fines de la vida, las familias y sus indivíduos pueden desarrollar más ampliamente sus propias aptitudes y complementarlas con las contrarias; no teniendo que atender casi exclusivamente á la alimentación y á la defensa, el hombre emancipado de la necesidad material comienza á satisfacer sus más nobles aspiraciones con el cultivo sistemático de la verdad en la Ciencia, con la revelación de lo perfecto por el arte que nos hace amarlo con los encantos de lo bello, y mediante esta liberación de lo accidental y grosero y esta elevación á lo esencial y perfecto logra adaptarse y dirigir en su provecho las antes enemigas fuerzas naturales desarrollando las industrias hasta entonces incipientes y superando los egoismos familiares levantarse á las más elevadas concepciones morales, jurídicas y religiosas, que nos asombran en esos heroismos de las ciudades en que tanto abunda la historia de nuestra patria.

Ciudades como Atenas y Corinto en la antigua Grecia, como Florencia, Venecia y Génova en la Italia de los tiempos medios han podido parecer naciones, y naciones adelantadísimas, pero en su limitación llevaban el gérmen de su muerte.

La procedencia divina ó heróica que se atribuían las unas, el privilegio de la ciudadanía en todas, han impedido su renovación interna, este exclusivismo las han impulsado á interminables guerras de dominio ó mercantiles no menos desastrosas y cuanto mayor ha sido la alteza de sus propósitos, por desiguales á sus medios, más facilmente las ha llevado á su ruina; ya por las discordias interiores, ya por la rebelión de las colonias que no podían moverse en el estrecho círculo en que las encerraba el interés egoista de la metrópoli, ya porque excitaban la codicia de otras más poderosas ó la envidia de las menos afortunadas.

Aun aquella ciudad, tránsito de las ciudades á las naciones, originada de un hecho humano que permitía su interior renovación y asentada en un principio de derecho, bajo el que cabían todos los pueblos, que ofreció á los ojos asombrados de las gentes el magnífico espectáculo de la inmensa magestad de la paz romana, no alcanzó en su larga vida más que á formar el elemento femenino de las naciones europeas que necesitó para fecundarse del aura individualista que más allá del Rín y del Danubio se elaboraba en los cantones de las selvas germánicas y eso que sacrificó á su perpetuidad su religión, su ciencia, su arte y hasta sus mismos ideales, entregándose en sus postrimerías como la esposa en los brazos del esposo al cristianismo y al germanismo. ¡Ejemplo insigne de que una ciudad, aunque abrace en sus muros ideales todo el mundo, no bastará nunca para constituir un pueblo!

Cada vez que por el acta de dedición se llevaban nuevos dioses al Panteón romano, los antiguos dioses se estrechaban; cada vez que tras de las águilas de Mario ó las de César venían á inscribirse en el Censo nuevos ciudadanos, se mermaba la soberanía de los primeros; al paso que los pretores con sus ingeniosas fórmulas, trataban de hacer de las Doce Tablas un derecho universal, el derecho quiritario se anticuaba; si protegida por los Scipiones, penetra en Roma la superior cultura de la Grecia, apesar de la tenaz resistencia de Catón, Grecia vencida pondrá bajo su férula á su vencedora, obligando al mismo Catón sexagenario á estudiar gramática, y la vía sacra que vió pasar encadenados á todos los reyes de la tierra para recibir la muerte en el Circo ó en las cárceles mamertinas, verá á los descendientes de los súbditos de aquellos mismos reyes, atravezarla triunfante para subir al Capitolio y ceñirse la púrpura imperial.

Como en Grecia é Italia las familias, las gentes y las tribus antes esparcidas, se reunen bajo los muros de una ciudad, de lo que son ejemplo las fundaciones de Atenas y de Roma y más adelante en España la de Burgos por Nuño Belchides y Diego Porcellos; como según Hegel los pequeños señores de Alemania, movidos por la necesidad de la común defensa, crean el municipio germánico y el solo hecho de la convivencia desenvuelve una cultura antes no soñada; la misma necesidad humana que, en sentir de Aristóteles, llevó á las familias á juntarse en la ciudad, lleva á las ciudades á constituir naciones. Los muros se alejan á las fronteras, el foro se ensancha hasta convertirse en capital, las calles se alargan hasta convertirse en caminos que, como aquellas separaban y unían las casas, aho-

ra separan y unen las ciudades, esas grandes casas de la gran ciudad. Las diferencias geográficas y climatológicas, antes apenas perceptibles, se acentúan; la distancia fortifica los caracteres y permite el libre desarrollo de las diversas aptitudes, una comunicación más amplia ensancha los horizontes de la vida, la paz interior hace que no sea la guerra la casi exclusiva preocupación del ciudadano, un nuevo amor se despierta por el contraste, haciendo nacer una noble emulación, y en vez de aspirar á que nuestra ciudad sea la única y la enemiga de todas, aspiramos á que sea entre todas la mejor.

Buscan para su asiento las naciones, aquellas demarcaciones geográficas, que no parece sino que la Naturaleza como madre previsora, les preparaba y éstas atraen aquellas razas cuyas aptitudes se adaptan mejor á las condiciones que les ofrecen, siendo al cabo habitada cada comarca por los hombres que mejor pueden habitar allí.

La tierra habitable en general por el hombre, el animal cosmopolita por exelencia, exige en cada una de sus moradas el empleo de diferente actividad. El habitante de la zona trópica no puede desplegar la actividad medida y constante del de las zonas templadas y el de la Mesopotamia no hubiera logrado aislarse tanto tiempo como el de la India ó el de la China.

Este influjo de la naturaleza sobre el hombre fué de muy antiguo conocido. Aristóteles hizo de él gran aplicación en su Política y en nuestros días Herder y Michelet han explicado por él muchos de los grandes fenómenos de la Historia. Pero no le demos más valor que el que en sí tiene; Hegel ha podido decir: "no hablo del cielo jonio pues ahora habitan los turcos donde antes los griegos, punto y aparte,"

Y es que si la Naturaleza obliga al hombre á obrar dentro de ciertas condiciones, estas condiciones pueden ser por él diversamente utilizadas; el mismo suelo árido de Inglaterra que antes explicaba su miseria y su incultura, explica hoy su riqueza y su portentosa actividad; la inmensidad del Atlántico que detuvo á las legiones romanas, despertó las audacias de Colón.

La Humanidad no es una masa moldeable sin propiedades; el espíritu humano se diversifica en el espíritu de las naciones. Hay un espíritu de las naciones como hay un espíritu de las familias y de los indivíduos. Un pueblo muestra en las artes liberales su poder imaginativo, en la ciencia su entendimiento, su sentimiento en el amor patrio, en las artes útiles su habilidad técnica, su moralidad en la vida práctica y en la religión de tal modo sus más altos ideales que basta saber lo que piensa de

Dios para que formemos el concepto de lo que el pueblo es, los romanos adoraban una lanza, los cartagineses representaban á sus dioses con sacos de dinero. El sabio Guillermo Humboldt lo ha dicho: "el pueblo es un ser como el individuo".

La intuición de mi individuo me ha llevado necesariamente á la de la familia, la ciudad y la nación; como siguiendo el mismo procedimiento nos llevaría por sus grados superiores á la de la Humanidad; porque yo no me reconozco como un hombre indiferente, abstracción vacía propia de la escolástica, sino como el hombre que soy, hijo de mi pueblo, de mi ciudad y de mi familia.

Esta intuición se confirma con la deducción. Si nuestra humanidad es el ser de armonía del espíritu racional y de la naturaleza en la tierra, ha de contener todas las armonías tanto permanentes como transitorias que se den en ella. Ahora bien la nación es la primera de estas armonías permanentes en la tierra. Expresión de la armonía de todas las virtualidades humanas bajo uno de sus fines primarios ó de sus compuestos relativos, adaptado á las diferentes condiciones telúricas, sin los que la humanidad no puede ser concebida, son necesariamente tan permanentes como lo sea la humanidad sobre la tierra. Organos necesarios de la humanidad, la humanidad no podría existir sin ellos; las naciones son pues tan necesarias como la humanidad, la familia y el individuo; como estos, las naciones son de Dios, no una creación arbitraria de los hombres.

La nación como un ser colectivo racional debe tener tambien una conciencia colectiva, que ha de desarrollarse pasando por todos los grados que son propios de toda conciencia finita, conciencia intuitiva primero, luego concieneia parcialmente reflexiva, al fin conciencia racional ó científica.

Estas investigaciones nos permiten formar el concepto de lo que debe ser una historia general. La historia general es la conciencia reflexiva y sistemática que un pueblo tiene de los hechos en que ha realizado y sigue realizando el hecho total de su existencia para el cumplimiento de su destino.

Pero es España una nación? Para contestar históricamente á esta pregunta, debemos examinar en primer término, si el territorio en que se asienta la gente española ofrece las condiciones precisas para que en él pueda nacer y desarrollarse una vida nacional.

III

Al extremo de aquella gran península que los geógrafos clá-

sicos consideraron como nosotros, la tercera parte del mundo y otros más antiguos la mitad (1) se desprende la península ibérica; la más meridional de las europeas, como que solo la separa del Africa, con quien probablemente estuvo unida en otro tiempo, el estrecho gaditano, y la más occidental del orbe entonces conocido, como que su cabo más avanzado en el Atlántico se reputaba el fin de la Tierra. (2)

Limítala al N. E., separándola de la Celtogalacia, la cordillera pirenáica en una extensión de 92 leguas, báñala al E. el mar Mediterráneo *(mare Internum, mare Nostrum* y también *mare Ibericum* y *mare Balearicum)* desde el Cabo de Creux *(Promontorium templi Veneris)* hasta el cabo de Gata *(Promontorium Charidemum)* y desde éste al mediodía la limitan el mismo mar, el estrecho de Gibraltar *(Fretum Herculeum, Fretum Gaditanum)* y el Atlántico *(mare Atlanticum, mare Externum)* hasta el Cabo de S. Vicente *(Promontorium Sacrum);* desde este promontorio al Cabo de Finisterre *(Promontorium Artabrum, celticum* ó *Nerium)* el mismo mar y también con el nombre de Cantábrico, mar Británico y mar Gallego *(mare Cantabricum, mare Britanicum, mare Gallecum)* lo restante de la frontera N. hasta encontrar la cordillera pirenáica en el Cabo de Higuer llamado por Plinio y Ptolomeo Iarso Olarson ú Oearson.

La figura de su perímetro se compara generalmente, siguiendo á Estrabón, con la de la piel de un buey, aunque mientras este geógrafo coloca el cuello en los Pirineos, Estrada lo pone en Portugal, no faltando quien como Xerif Aledris (3) la asemeje á un triángulo, como Florian de Ocampo á un cuadrilátero ó como Pedro de Medina á un pentágono.

Mide la península ibérica en su mayor anchura desde el Cabo de Peñas á la punta de Tarifa 160 leguas de N. á S., y su mayor longitud de E. á O. es de 200 desde el cabo de Creux al de Finisterre, conteniendo una superficie aproximadamente de unas 15.000 leguas cuadradas.

Situada entre los 7° 2′ 46″ de longitud E. y 5° 34′ 4″ O. del Meridiano de Madrid y entre los 36° 30′ y 43° 46′ 40″ de latitud N. comprende, por tanto, próximamente 7° y ½ de latitud y 12° y ½ de longitud. Se ha notado que estas dos posiciones, la geográ-

(1) Pln.—Nat. Hist.—Lib. III, cap. I.—De aquí la denominación de Europa la Occidental y de Asia la mitad.—Vid.--Tomas Hyde en sus Coment in Itnera mundi.

(2) El Promontorium Sacrum (cabo de San Vicente).—Estrab. Geografía., lib. III, cap. I.—Marc Hereclo. Periplus Iberid.

(3) Llamado por Plinio el extremo monte y de aquí lebul-tarres.

fica y la astronómica, egercen muy distinta influencia sobre la vida del hombre. Los puntos situados en el mismo paralelo no sufren más alteraciones, respecto del sol y de los otros astros, sino que su orto y ocaso se adelanten ó atrasen, así cuando en el cabo de Creux son las 12 en el de Finisterre serán las 11, 9′ y 6″; mientras que los que ocupen diferentes grados en el mismo Meridiano reciben los rayos del sol bajo ángulos diferentes por lo que las noches y los días son para ellos de diversa duración y muy diferentes también los grados de temperatura, así las noches y los días más largos son en nuestras provincias meridionales de 14 horas y media y en las del Norte de 15 y cuarto. De aquí se sigue que los hombres situados en unos mismos paralelos, viven en condiciones semejantes que tienden á unificarlos y los que están en el mismo meridiano, pero en distintos paralelos en condiciones diferentes que llevan á su diversificación, por lo que las naciones cuyo ege longitudinal está en el sentido del meridiano ó cuya mayor extensión es de N. á S., se prestan más difícilmente á la unidad legislativa y de gobierno que las que lo tienen de E. á O., y por tanto, que las naciones que comprendan diferentes grados de longitud, pero no muy desproporcionados á los de latitud, estarán compuestas de hombres cuyos caracteres basten á distinguirlos, pero no á enemistarlos, y que por su reunión darán un tipo medio, rico en cualidades y fácil de adaptar. Autor hay que atribuye á esto la larga duración del Imperio Romano. (1)

Ahora bien, hèmos visto que en la península ibérica la longitud y la latitud están en razón de 12 y ½ á 7 y ½. Por su posición geográfica, por consiguiente, la Iberia parece estar destinada á ser el asiento de una nacionalidad difícil de fraccionar y bastante diversificada interiormente para que pueda prometerse una larga duración. No hay otra mansión nacional en el continente europeo que presente condiciones más armónicas.

En la zona templada septentrional y casi equidistante del Ecuador y el Polo, rodeada de mares como el Atlántico, que recibe la cálida corriente del Gulf-Stram, que viene á estrellarse en sus costas occidentales, ó como el Mediterráneo, cuyas aguas alcanzan aún más elevada temperatura y próxima á los abrasados desiertos del Africa, España debía ser uno de los países más templados del mundo y el más cálido de los europeos. Se dan en ella, sin embargo, circustancias modificadoras que producen diversidad de climas, cuyos extremos á veces se

(1) M. Becerra.—El Imperio Ibérico.—Tom. I, págs. 35 y 38.

tocan. La más importante, interesante además bajo otros aspectos, es el relieve del suelo.

Todo el sistema orográfico de la península parece, aunque realmente no lo sea, una ramificación de la cordillera pirináica.

Se extiende ésta, la más larga de todas, desde el Cabo de Creus al de Finisterre en una longitud de 236 leguas y se divide en dos secciones; la primera de 92 leguas, desde el Cabo de Creux al de Higuer lleva el nombre de Pirineos Ismicos ó Galibéricos, porque forman la linea fronteriza terrestre; la segunda se interna dividiéndose en Pirineos Centrales ó Cantábricos, Asturianos ú Occidentales y Gallegos ó Septentrionales. Son notables en esta cordillera, en la Historia Antigua, el *Mons Vindius*, que se extiende de Leon á Lugo, donde nacen el Miño y el Navia, por haber servido de refugio á los cántabros derrotados cerca de Vellica, el *Medulius Mons*, acaso la sierra de S. Mahmed, teatro principal de la guerra de cántabros, astures y gallegos contra Augusto y el *Mons Sacer*, Puerto de Rabanals, al que, según Justino, se le tenía tal veneración que nadie se atrevía á herirlo con el arado ni la hazada, aunque encerraba oro en sus entrañas, limitándose á recogerlo cuando quedaba al descubierto por el rayo, reputándolo entonces dádiva de los dioses.

De la cordillera pirináica se desprende la Ibérica en los Pirineos cantábricos, cerca de Reinosa, y dirigiéndose de NO. á SE., por espacio de 190 leguas, termina en el Cabo de Gata *(Promontorium Charidemum)*, dejando dividida la Península en dos planos, uno más extenso y más llano al O. y otro más estrecho y pendiente al E. En esta cordillera se encuentra el *Idubeda*, uno de los montes llamados insignes por Ptolomeo, que para él es el ramal que cae al E. de la Celtiberia (sierras de Espadán, Peñagolosa, Palometa y S. Martín), en que nacía el río de su nombre, hoy Mijares, pero para Estrabón es toda la cordillera que va desde los Pireneos cantábricos al mar de Sagunto. Ptolomeo divide el Idubeda de Estrabon, llamando *Edulio* á la parte que se encuentra entre la Cantabria y Urbión, é *Idubeda* solamente desde el Moncayo á Sagunto. También es renombrado, en la cordillera de que venimos ocupándonos, el *Oróspoda* (sierra de Alcaraz), uno de cuyos ramales, según Estrabon, es el *Ilípula* (las Alpujarras).

De la cordillera Ibérica, al O., se desprenden de N. á S.:

1.° La cordillera Carpeto-Vetónica, entre las sierras de Muedo y Ministra, que va á terminar á las 133 leguas, en el Cabo Roca *(Promontorium Magnum)*, al N. de Lisboa. En esta

cordillera son notables el monte *Herminio* (sierra de Estrella), el *Lunæ Mons* (sierra de Cintra), dos de los insignes de Ptolomeo, y el *Mons Tagrus*, cerca de Lisboa, donde, según Varron, las yeguas concebían del aire, aunque sus potros no vivían más que tres años, cosa, añade, increible, pero verdadera.

2.° La Oreto-herminiana ú Oretana, en la sierra de Cuenca, y termina á las 156 leguas en el *Promontorium Sacrum* (Cabo de S. Vicente), otro de los montes insignes.

3.° La Mariánica (Sierra Morena), en las sierras de Alcaraz termina á las 97 leguas, junto á Ayamonte. En esta cordillera se encuentra el *Saltus Castulonensis* que, según Julio César, era el límite divisorio de las dos Españas, célebre en las guerras entre cartagineses y romanos, como más tarde lo fué en la de la reconquista, con el nombre de Puerto del Muradal.

4.° La Penibética en la sierra de los Filabres y termina en el Peñón de Gibraltar (*Calpe Mons*). En esta cordillera se levanta el *Mons Solarius* (Sierra Nevada), llamado así, según S. Isidoro, porque se eleva sobre todos los montes de España ó porque se ven en él los rayos del sol antes que aparezca. Según Plinio, arrancaba del mar y se prolongaba hasta sierra Morena, dividiendo la Bética de la España citerior ó tarraconense; de él forma parte el *Calpe Mons*, una de las columnas de Hércules.

El mayor número de grandes alturas se encuentra en la Cordillera Pirináica, donde hay cuatro que exceden en más de 12.000 pies el nivel del mar, alcanzando el pico de Neton ó de Maladeta la de 12.460; pero las mayores se encuentran en la Penibética, donde el Pico de Mulahacen llega á 12.762, y el Picacho de Veleta á 12.459.

La extensión de las lineas de estas cordilleras suman unas 882 leguas, que con sus ramificaciones se duplica, ofreciendo una red de fortalezas naturales y tal variedad de climas, que desde la base á la cúspide de Sierra Nevada, se dan desde las plantas tropicales á las nieves perpétuas.

Los romanos llamaron *saltus* á lo que los griegos *pylas* y nosotros puertos, esto es, un desfiladero estrecho por donde se cruza con más facilidad una montaña, (Puerto del Muradal, Puerto de Guadarrama, Puerto de Almansa); á su entrada y salida les llamaban *fauces* (bocas, hoces). Entre los más célebres en la Historia de España se cuentan: el *Saltus Pirinæus*, por donde Aníbal salió para Italia; el *Saltus Tugiensis* (Puerto Auxin), donde, según Plinio, nacía el Betis y donde murió Publio Scipion; el salto Manliano (Puerto Mingalbo), donde Fulvio Flacco estuvo á punto de perecer, y el *Castulonensis*, de que ya hemos hablado.

En estas montañas y entre ellas, por la descomposición de las rocas, se han formado altas mesas de escasa producción por la carencia de aguas y casi de tierras laborables, tristes páramos, abrigados y pintorescos valles, donde no es raro encontrar el naranjo y la vid al lado de la nieve, estensas llanuras, aptas sólo para el cultivo de cereales, campos que producen espontáneamente vegetales útiles, *ager laminitanus, spartarius,* &, y fértiles y hermosas vegas, entre las que son celebradas las de Granada, Murcia y Valencia, por su varia, rica, constante y casi inagotable producción. En general, el terreno asciende desde la costa al centro, formando como una especie de pirámide truncada.

Las corrientes que se desprenden de las montañas se reunen en lo más hondo de los valles, y encerradas entre dos cordilleras, que le sirven de barreras, forman los ríos. A dos vertientes opuestas que llevan sus aguas al mismo río, se llama cuenca; una sola, que tiene el mar al otro extremo, semi-cuenca. Así, el sistema orográfico determina el hidrográfico. Los principales ríos de Epaña y las cuencas por donde corren, son:

1.° Semi-cuenca interpirenaica ó semi-cuenca del Miño, entre aquella cordillera y el mar. El Miño *(Minius Annis)* nace en Fuente Miña, provincia de Lugo; se dirige primero al S. y luego tuerce al O., viniendo á desembocar, después de corridas 60 leguas, junto á la Guardia. Estrabon dice que era el más caudaloso de toda la Lusitania y navegable por 800 estadios, Plinio que al desembocar tenía cuatro millas de anchura y Ptolomeo lo consideraba como el límite de los conventos lucense y bracarense.

2.° Cuenca Pirinaico-Carpetana ó del Duero *(Durius Amnis)*. Nace en la laguna Negra de la Sierra de Urbión, cerca de Soria, y dirigiéndose primero al S., luego al O., corridas 130 leguas, desemboca en el Oceano por Oporto. Según Plinio, nace en los pelendones, cerca de Numancia; pasa por los arebacos, que llegaban hasta Aranda, y por los vacceos, que desde Aranda se extendían hasta Zamora, separaba á los vettones, que llegaban hasta Miranda, de los astures, que se extendían hasta la desembocadura del Ezla, luego separaba á los lusitanos de los gallegos y, por último, á los turdulos de los bracaros. Entonces era navegable.

3.° Cuenca Carpeto-Oretana ó cuenca del Tajo *(Tagus Flumen)*. Nace en Fuente Abrega ó Fuente García, en la Sierra de Cuenca y dirigiéndose primero al NO., luego al O. y después al SO., desemboca en Lisboa, después de recorrer en su curso 170 leguas de un terreno árido por lo general. Estrabon pone

su nacimiento en la parte más áspera de la Celtiberia. Ptolomeo, más determinadamente, entre los lobetanos. Es célebre por arrastrar oro en sus arenas.

4.° Cuenca Oreto-Mariánica ó del Guadiana *(Ana* ó *Anas Flumen)*. Nace en las lagunas de Ruidera, en la Mancha; se dirige al NO., después al SO. y, por último, al O., y después de 150 leguas de curso, entra en el Oceano por entre Ayamonte y Villarreal. Estrabon y el Itinerario de Antonino lo confunden con el Javalón. Es célebre por su hundimiento, durante siete leguas, y su reaparición en los Ojos de Guadiana, cerca de Daimiel *(Ager Laminitanus)*.

5.° Cuenca Mariano-Penibética ó del Guadalquivir *(Bætis* ó *Tartessos Flumen)*. Nace en las sierras de Alcaraz, Segura y Cazorla; se dirige primero al O., luego al SO. y, por último, al S. Después de corridas 100 leguas, desemboca en Sanlúcar de Barrameda. Era navegable hasta Córdoba y, según Estrabon, lo eran también otros afluentes suyos, como el *Singilis* (Jenil) y el *Menoba* (Guadiamar). Pausanias dice que era el más considerable de todos los de Iberia.

6.° Cuenca Iberó-Pirinaica ó cuenca del Ebro *(Iberus Annis)*. Nace en Fontibre, en las montañas de Reinosa, se dirige al SE. y, después de 123 leguas de curso, desagua, por varias bocas, en los Alfaques. Es el de región más extensa, como el Tajo el de mayor curso. En tiempo de los romanos era navegable hasta *Varia* (hoy Varea, cerca de Logroño), sirvió de límite á la España Citerior y Ulterior y de él se dice que recibió nombre la Península, aunque Avieno nos trasmite la opinión de algunos antiguos, que atribuían al *Hiberus* (probablemente el Tinto) y no al que corre por los inquietos vascones el honor de haber dado á España el nombre de Iberia.

Aunque llegan á 260 las corrientes que merecen el nombre de ríos y de ellas unas 60 conservan su nombre hasta mezclar sus aguas con las del mar, habiendo algunos de éstos que por su caudal ó por su curso no distan mucho de los que hemos citado cómo pricipales, como el *Æminius* ó *Munda* (Mondego), en la cuenca Pirinaico-Carpetana, y el *Sucro* ó *Alebus* (Xucar), el *Tader* (Segura) y el *Turia* (Guadalaviar), en la Ibero-Pirenaica, el clima de España es generalmente seco, porque por la inclinación del suelo, especialmente en el plano oriental, los ríos son torrentes, á lo que se agrega que el calor que se desprende de los abrasados desiertos del Africa hace remontar las nubes, que sólo descargan regularmente en las regiones del N.

Por el clima, España se divide en tres zonas bien marcadas: la septentrional, desde los Pirineos al Ebro, lluviosa especial-

mente al O. y fría, aunque templada en las costas y en los valles abrigados; la central, que comprende la parte S. de Aragón, el reino de León, Extremadura y las dos Castillas, región esteparia, cuya altura varía entre 500 y 600 metros sobre el nivel del mar, siendo, por consiguiente, la mesa más alta de Europa, por lo que, y por la escasez de aguas, los veranos son en ella bastante cálidos, los inviernos casi tan fríos como los del centro y aun los del N. europeos, siendo sólo agradables las primaveras y otoños, especialmente esta última estación, y la S. E. cuyos límites son sierra Morena, el Ebro y la cordillera Ibérica, de temperatura tropical en el Estío, y deliciosa en los otoños y primaveras. Ya decía Estrabon, que la parte de nuestra nación que mira al M. es casi toda feliz en sumo grado, sobre todo la que ocupa desde las Columnas de Hércules hacia fuera ó hacia el O., pero que la que mira al N. es en gran manera fría, montañosa, expuesta al Occano... por cuya razón abundan allí más las penalidades que los goces. Esto último no es obstáculo para que la Península española sea, en general, fertilísima, pues, como dice Pomponio Mela, "es tan fértil su terreno, que si en algunas partes, por no tener agua, aparece estéril y se desmiente á sí mismo, aun allí produce lino y esparto.„

Presentan, además, un contraste muy marcado las costas occidentales y septentrionales y las orientales y meridionales; en aquéllas, las continuadas lluvias dan origen á una vegetación semejante á la que le valió á Irlanda el nombre de Verde Eryn; en éstas, el clima cálido y las lluvias escasas y torrenciales, á otra más parecida á la ecuatorial y africana que á la europea.

Así como por sus diversos grados de temperatura y de humedad ofrece nuestro suelo fácil aclimatación á todo género de plantas, desde las tropicales á las alpinas, del mismo modo han de encontrar en él cómoda morada lo mismo los iberos que los celtas, los fenicios que los griegos, los cartagineses que los romanos, los godos que los árabes, y de todos ellos, al encontrarse en la meseta central, se ha de formar un tipo medio entre la viva intuición del apasionado meridional y la segura pero tarda reflexión de los sesudos hombres del Norte, en el que moderándose y completándose estas extremas cualidades, se reunan la constancia y el atrevimiento, la gracia y la seriedad; tipo que, como el lastre en las embarcaciones, ha de servir, no para impulsar, sino para mantener en equilibrio; por eso se ha notado que en aquella región, la más ingrata de todas, se han formado siempre los nucleos de nuestra nacionalidad y que sus habitan-

tes, desprovistos de cualidades salientes, han dado siempre el tono á la civilización patria.

Las bruscas alternativas del relieve del suelo que endurecen á sus moradores, la frugalidad propia del meridional, la agilidad del montañés, la comprensión rápida y el espíritu aventurero propio de las imaginaciones exaltadas, el valor frío y la constancia del ánimo sereno y la nobleza y la generosidad de quién tiene un alto concepto de sí mismo heredado de tantas razas ilustres, han hecho del español uno de los pueblos más aptos para la colonización y para el dominio.

Besa el mar unas veces las tierras, acercando y retirando alternativamente sus olas en las costas, penetra otras en ellas formando los golfos, los puertos y las rías, se deja penetrar por los cabos ó las rodea en toda su extensión, haciendolas islas. Llámanse *periplos* á los derroteros de esta navegación costanera.

Comenzando el de España por la parte norte del Mediterráneo, después del *Promontorium Templi Veneris* (cabo de Creux) se encuentran las desembocaduras del *Tychis* (Muga) junto á *Rodas* (Rosas) y la del *Clodianus* (Fluviá) junto á Emporium (Ampurias) álzase luego el *Mons Jovis* (Mongrí) en cuya falda occidental semejan las peñas una gradería (Escaleras de Anibal) el *Promontorium Celandicum* ó *Lunarium* (cabo de Palamós), aparece luego el puerto de *Barcino* (Barcelona) en el que desagua el *Rubricatus* (Llobregat) luego el de *Tarraco* (Tarragona) precedido del arco triunfal de Licinio Sura y de la tumba de los Scipiones y viene luego la desembocadura del Ebro en la península ó más bien en el delta de los Alfaques. Después del *Promontorium Tenebrium* (cabo de Oropesa) el mar se mete tierra adentro formando dos golfos divididos por el *Promontorium Ferrarium* ó *Diauium* (cabo Martin) el primero el Sucronense, mayor que el otro, recibe el mar por una abertura bastante grande (el trecho que hay desde el Ebro á Canet). En el punto en que este golfo comienza á meterse más en la tierra (cabo de Canet) recibe tres rios el *Serabis* (rio de Sagunto), el *Turia* (Guadalaviar) y el *Sucro* (Xucar). A su orilla se encuentran la pequeña península *Chersonesum* (Peñiscola) y las célebres ciudades de Sagunto y Valencia. El segundo ó sea el Ilicitano que comienza en el *Promontorium Ferrarium*, *Dianium* ó *Artemisium* (cabo Martin) recibe en su seno el *Alones* (Gudamar) y el *Tader* (Segura), y tenía á sus orillas las ciudades de *Dianum* (Denia), *Alones* (Gudamar), *Lucentum* (Alicante) é *Illici* (Elche), que dió su nombre al golfo. Entre el *Promontorium Saturni* ó *Scombraria* (cabo de Palos) hasta

el *Charidemum* (el de Gata), se dilata lo que en lo antiguo se llamó golfo *Massicuus*, en el que se encuentra el gran puerto de *Cartago nova* (Cartagena). Entrando ya en la Bética se halla el *sinus Virgitanus* (golfo de Almería), entre el cabo de Gata y lo que hoy se llama Punta de Sta. Elena, y ya fuera del que, que se llamaba también *Portus magnus*, aparecian las ciudades de *Abdera* (Adra), *Sex* ó *Ex* (Almuñecar), *Menoba* (Velez-Málaga ó Vizmiliana), *Malaca* (Málaga), *Salduba* (Marbella), *Barbesula* (cerca del Guadiaro).

Unese el Mediterráneo con el Oceano por el *Fretum Herculeum seu Gaditanum* (estrecho de Gibraltar), cuya boca oriental la forman los montes *Calpe* en Europa, y *Abyla* en Africa, (las columnas de Hércules), forma más adelante una ensenada donde se encontraban *Calpe* (Gibraltar), *Carteia* (Torre de Cartagena), *Julia Transducta* (Algeciras), *Melaria* (Tarifa), *Belon* (Bolonia), y *Besipo* (Torre de Meca); y termina entre los cabos; *Promontorium Junonis* (cabo de Trafalgar) en Europa y de *Ampelusia* (cabo Espartel) en Africa.

Casi á la salida del estrecho surge la isla gaditana que le dió nombre, teniendo al E. el *Promontorium Templi Herculis* (isla de Santipetri), y al O. el *Promontorium Chronium* ó *Saturni* (cabo de San Sebastian) y en la costa de enfrente el *Portus gaditanus* (Puerto Real) fundación de Balbo, el *Menesthei portus* (Puerto de Santa María) con los esteros de Asta, la desembocadura del Lete (Guadalete), y luego la del Bœtis (Guadalquivir), en el *Menesthei Oraculum* (Sanlúcar de Barrameda) y la de la ría de Huelva *(Onoba Æstuaria)* con lo que concluye la Bética. A toda esta parte le llamaba Plinio *litus corense* acaso por la forma de curva que afecta.

Al M. de la Lusitania se encuentra el *Promontorium cuneus* (cabo de Santa María), con las ensenadas de *Balsa* (Tabira) y *Ossonoba* (Faro), ya al O. siendo el último extremo el *Promontorium Sacrum* (cabo de San Vicente), célebre por la superstición que impedia acercarse á él pues se creia que en él Apolo descansaba de su diurna carrera. Siguen en la misma costa occidental el *Portus Annibalis* (Albor) el *Promontorium Barbarium* (cabo de Espichel), el *Promontorium Magnum* ó *Lunæ Montis* (cabo Roca), la desembocadura del *Æminius* (Mondego), el *Promontorium Avarum* (cabo de Azusar), y la desembocadura del Duero en *Calle* (Oporto) en que terminaba la costa de Lusitania.

Ya en las costas occidentales de Galicia se hallan las desembocaduras del *Lethe* (Limia), del *Minius* (Miño), el golfo de Vigo (*Vicus Spacorum*) la ria del Padron (*Iria Flavia*), y el

Promontorium Celticun, Nerium vel Artabrum (cabo de Finisterre). A todo el trecho que hay desde este promontorio al de San Vicente es lo que Plinio llamó *Frons Hispaniæ*. En efecto puede decirse que España tiene al O. su fuerte de construcción como muro para contener al Océano y que desde allí va descendiendo al E. y M. También hacía notar Pomponio Mela, que España, angosta por el Pirineo, se ensancha hacia el Mediterráneo y el Océano; y al paso que camina hacia el O. va dilatando su superficie de modo que allí es donde tiene su mayor anchura.

Desde el Cabo de Finisterre tuerce la costa al Septentrión. En los ártabros hay un seno que, recibiendo el mar por una estrecha garganta, se ensancha á bastante ámbito, el puerto de la Coruña *(Portus Magnus)* y la ría de Betanzos *(Brigantium)*, de cuya ciudad aquella era el puerto. Ya en la costa de los astures el *Promontorium Trileucum*, *Orbium, Coru seu Lupacia* (Cabo de Ortegal) y las penínsulas de Santoña y Santander y en los autrigones á orillas del *Nesva* ó *Nerva* (Nerbión) *Flaviobriga* (Bilbao), terminando la costa española en el *Promontorium Iarso* ú *Olarso*, que según Pomponio Mela es una punta que el Pirineo mete en el mar.

Islas.—En el Mediterráneo ó *Mare Internum*, frente á la costa que se extiende desde Tarragona al Xucar, las *Gymnesiæ* ó *Baleares*, célebres por su fertilidad, por el mucho pan que se sacaba de su trigo y por la destreza de sus honderos. Son: *Maior* (Mayorca), donde los romanos tuvieron las ciudades de *Palma* y de *Pollentia, Minor* (Menorca) con los castillos *Canno* (Ciudadela) y *Mago* (Mahón) y *Capraria* (Cabrera), celebrada por su plomo. Frente á Cabo Martín *(Promontorium Ferrarium,)* las *Pityusas* (pinosas) *Ebusus* (Ibiza), con una ciudad federada de su nombre, Formentera que acaso formó parte de aquella, porque en su menor distancia 13 ½ millas, el mar está sembrado de islotes, freos, y los geógrafos parecen distinguir dos *Ebusus*, y *Ophiusa* ó *Colubraria* (Cabrera ó Mont Colobrer) de propiedades tan diversas, según los antiguos, que á ésta la hicieron inhabitable las muchas y venenosas serpientes que la poblaban, mientras aquélla no solo estaba exenta de animales nocivos, sino que hasta el polvo de su suelo tenía la propiedad de ahuyentarlos.

En el Oceano ó *Mare Externum*, además de muchas de poca importancia que por eso no nombra, cita P. Mela 1.° la *Insula Gaditana*, dividida del continente por un estrecho que parece un río (el río de Sancti Petri) y que se adelanta al mar por dos promontorios; en el uno se asienta la opulenta ciudad del mis-

mo nombre y en el otro se halla el Templo del Hércules egipcio, celebre por su religión, por su antigüedad y por sus riquezas. Los que lo fundaron fueron los tirios y el motivo de ser tan sagrado es porque se conservan allí los huesos ó las reliquias de aquel dios. 2.° La *Erythia* en la Lusitania, que había oido haber sido habitada por Geryon y otras muchas sin nombres fijos y conocidos, pero tan fértiles, que una vez sembradas las mieses, de los granos que van cayendo se cogen siete y aun más cosechas sin ulterior cultivo. 3.° En los Célticos algunas que porque son abundantes en plomo, aunque muchas, todas son llamadas con el nombre de *Casitérides* (acaso las Cies).

Entre las fluviales, merecen citarse la de Saltés frente á Huelva, en la ría formada por la mezcla de las aguas del mar con las del Tinto y el Odiel, las de Canela é Higuerita en la desembocadura del Guadiana, la de los faisanes ó de la Conferencia en el Bidasoa, la del Desierto en la ría de Bilbao, la de Chacharramendi en el Mundaca, la de Alcira en el Xucar, la de Buda entre el Ebro y el Canal de San Carlos de la Rápita y las Mayor, Menor, Cristina en el Guadalquivir. En lo antiguo este rodeó una mayor en su desembocadura. "Parece, dice Estrabon, que los antiguos dieron al Bétis el nombre de Tartesso... Este río desagua en el mar por dos bocas y es tradición constante que en el espacio medio hubo una ciudad cognominal del río, llamada Tartesso y que *toda la región se* llamó Tartessida". Lo que confirma Pomponio Mela escribiendo en el lib. III, cap. I De situ orbi. "El Bétis arrojado desde la Provincia Tarraconense á la Bética, corre casi por el medio de ésta por un solo cáuce, como al nacer por largo trecho; mas al cabo, cuando ya cercano al mar ha formado un grande lago, sale de aquí por dos brazos como de una fuente y lleva por cada uno de ellos tanto caudal de agua como antes traía por uno solo:" añadiendo en otro pasage del mismo libro: "Como el Bétis salga al mar por dos cauces, dicen, que en otro tiempo hubo en medio de ellos una ciudad que llaman Tartessida."

De las islas costaneras no hacemos especial mención, por ser muchas, pequeñas y de escasa importancia histórica. Solo citaremos las *Malodes* (Medas), frente á la costa emporitana, por ser la primer colonia de los focenses de Marsella.

Al pié de Europa, á la cabeza de Africa; bañada al Oriente por el mar de la civilización clásica, en el que tiene, como avanzadas, islas que poseen uno de los puertos más seguros del Mediterráneo, mirando al N. por el Cantábrico á Inglaterra y tocando á Francia por el Pirineo y al S. al Africa por el Medi-

terráneo y el Oceano, que le guarda además al O en la opuesta orilla un Nuevo Mundo; defendida de toda invasión terrestre por el fuerte muro de los Pirineos y por las poderosas y multiplicadas líneas de sus abruptas montañas, con condiciones climatológicas que han de hacer á sus habitadores facilmente adaptables á la vida en todos los paises, la Península Ibérica parece destinada á albergar uno de los pueblos que más influyan en la civilización.

IV

La brevísima descripción que acabamos de hacer de la Península Ibérica, tomada de la época romana, de donde ya podemos tener datos auténticos y abundantes, comparada con la actual, por la casi absoluta correspondencia que encontramos entre ellas, induciría facilmente al ánimo desprevenido á aceptar de plano que con escasas variantes, siempre ha sido lo que ahora.

Contra este error nos previene la reflexión más sencilla. Desaparecieron aquellos *lucus* ó bosques sagrados que ocupaban gran parte de nuestro territorio. La tierra que los sustentaba y que ellos contenían ha descendido á los valles, dejando peladas rocas, faltas ya de la defensa de su sombra y de sus despojos, expuestas á la acción química de los rayos del sol; las aguas, que antes se filtraban pausadamente, ahora resvalan aglomeradas en la estación de las lluvias, engrosando en invierno los ríos, que con ellas se salen de su cauce, inundan los campos circunvecinos y depositan en su desembocadura esos materiales arrastrados en deltas que estrechan su desagüe ó cambian su curso; el mar avanza ó retrocede en las costas, en una palabra: si nada á nuestra propia vista se está quieto, ¿qué no ha debido suceder en la larga serie de los siglos?

Tomada la palabra en un amplio sentido la tierra tiene una historia como el hombre, y mal podremos entender ésta sin enterarnos de aquélla. Comarcas de las más extensas y pobladas de nuestra península fueron antes dilatados lagos; el que quiera encontrar la Gades fenicia, tendrá que buscarla en el fondo del mar, y el que pretenda averiguar la situación del gran puerto en el seno virgitano, tendrá que caminar dos leguas desde la costa.

La hipótesis hoy generalmente admitida, supone que la Tierra fué en su principio una enorme esfera compuesta de materiales muy diversos, reunidos en una materia muy sutil, dis-

tanciados por un calor tan grande, que se hace subir á 8.800 calorias por kilogramo, que la mantenía en un estado de incandescencia. Según los geólogos, debió formarse pronto una corteza sólida, rodeada de una atmósfera pesadísima, como que ella contenía, en estado de vapor, no sólo lo que actualmente se halla en estado líquido, sino mucho de lo sólido á la temperatura ordinaria y acaso en suspensión, divididas en pequeñísimas partículas, materias menos fusibles, como respecto de las atmósferas de otros astros lo muestra el análisis espectométrico.

No tardaron en descender parte de estos vapores en forma líquida sobre la corteza sólida, que por su debilidad permitió, á su vez, reacciones de la masa central, distinguiéndose así en dos grandes grupos los materiales constitutivos de nuestro planeta *hipogeneos*, ó engendrados del interior y *exógenos* ó engendrados del exterior.

Por la yustaposición de estos elementos y sus alteraciones mecánicas y químicas y por los restos ó indicios de los seres orgánicos que habitaron en cada uno de los diversos terrenos, se divide generalmente la vida de la Tierra en cuatro Eras ó Períodos, que se caracterizan por la diferencia de las rocas que los constituyen y mejor por las formas orgánicas que en ellas se encuentran. Cada uno de estos períodos ofrece, en totalidad, un aspecto especial que lo distingue suficientemente de los otros, pero en sus extremos se tocan los inmediatos y tampoco se presentan á la par en todos los puntos de la Tierra.

El período arcaico es llamado también azoico, porque se le suponía desprovisto de seres vivos, y hoy eozoico por los que creen encontrar en él los primeros indicios de la vitalidad.

El mar cubría toda la tiera; una atmósfera densísima pesaba sobre esta superficie líquida é impedía el paso de los rayos solares; el calor debido á la masa incandescente que reaccionaba bajo la corteza sólida, era igual en todas partes. En este mar se precipitaron una serie de capas de naturaleza cristalina y que llegan á alcanzar 30.000 metros, y que emergen acá y allá formando islotes, primer origen de las tierras. Estas presentan dos formaciones ó terrenos: el inferior llamado laurentino, cuya roca fundamental es el *gneis*, de la que se pasa por un lado á las pizarras cristalinas y por otro al gneis granito, al granito porfírico y al granito verdadero; existen también en él calizas dolomíticas, cuarcitas, serpentinas, grafito, conglomerados, &, y el superior ó huroniano, que descansa sobre aquél, cuyo espesor llega á 8.000 m. y cuyas rocas principales son las pizarras micáceas y á veces talcosas, cloríticas y anfibolíticas y, como subordinadas á éstas, las pizarras arcillosas; las cuarcitas y conglo-

merados de elementos gruesos; las calizas, entre las que la caliza dolomita se presenta en masas de gran consideración, y también con frecuencia las pizarras grafíticas y en el Ural la serpentina. Entre las hendiduras de estas pizarras se encuentran masas metálicas, procedentes probablemente del siguiente período, como el cobre y el hierro y alguna vez el oro, en cantidad suficiente para ser explotado.

El resquebrajamiento de la corteza terrestre, por el enfriamiento, produjo también fenómenos eruptivos que arrojaron á la superficie rocas, que se intercalan entre las capas arcaicas; la principal de éstas es la diavasa, á la que sigue el granito, que no puede distinguirse del producido por cementación; otras de estas materias eruptivas se presentan formando filones, que en época probablemente posterior rellenaron de granito diavasa, sienita, diorita y, más tarde y por efecto de nuevas alteraciones, á otros de minerales de estaño, hierro, plata, cobre y manganeso, que por su riqueza son objeto de explotación.

El gran desarrollo con que se presenta el reino orgánico en el período siguiente, hizo sospechar que en éste debía tener su principio, y aun cuando no se encontraron restos en el piso laurentino, el betún, el asfalto, la antracita y los pequeños depósitos de grafito que se encuentran entre los gneis, se estimaron, como producto de la carbonización de algas primitivas, las que así como los animales sarcódicos no se conservan por ser de una materia fácilmente descomponible y no suceptibles de fosilificación. Se ha discutido mucho la naturaleza orgánica de los restos que Dawson bautizó con el nombre de *Eozoon Canadiense* y que se suponen de un foraminífero de gran talla, que formaría arrecifes calizos desenvolviéndose en cámaras irregulares sobrepuestas.

Donde ya no cabe duda de la existencia de seres orgánicos es en los últimos pisos del segundo terreno de este período, ó sea el huroniano, que antes, con el nombre de cámbrico, se colocaban en el período siguiente, pues en él se han encontrado las oldamias, colonias animales de la misma índole que los grafiolites de la formación silúrica, como también vestigios de gusanos y fragmentos de tallos.

Háse creído, hasta hace poco, que las rocas hipógenas á las que se creían pertenecer los granitos y los pórfidos, que se estimaban como las primeras, predominaban en la parte O. y NO. de nuestra península, ocupando la casi totalidad de Galicia y las provincias septentrionales de Portugal, parte del centro, especialmente las derivaciones del Guadarrama, las provincias de Avila y Guadalajara casi por entero, con Extremadura y

algo de Sierra Morena, mientras que en el E. y NE. sólo en el Pirineo y sus cercanías se encontraban ese género de rocas, por lo que, y por venir acompañadas del gneis y de las pizarras cristalinas, se inducía que el O., *frons hispaniæ*, debió ser el nucleo de nuestra península, de cuyo fuerte muro, partiendo como los dientes de una sierra gigante las cordilleras al interior, dejaron en sus huecos los moldes que se habían de ir, sucesivamente, rellenando por la cimentación. Pero el Sr. Macpherson ha demostrado que los terrenos arcaicos se dividen en nuestra península en seis zonas: 1.ª Zona pirinaica. 2.ª Zona Galaica, que ocupa todo el NO. 3.ª Zona central, á la que pertenecen las cordilleras Carpetana y Oretana. 4.ª Zona extremeña, con la cordillera Mariánica. 5.ª Zona de Sierra Nevada, y 6.ª Zona de la Serranía de Ronda.

El período paleozoico, cuyos terrenos se componen de grauwackas, cuarcitas, pizarras arcillosas, areniscas, conglomerados y calizas, se caracteriza muy bien por la fauna y la flora pobre en los pisos inferiores, pero muy rica en los superiores, y que difieren mucho de las que actualmente existen. En las plantas abundan las criptógamas vasculares de talla relativamente gigantesca; escasean las monocotiledoneas y no aparecen las dicotiledoneas; entre los animales abundan los moluscos y los pólipos, se inician los insectos, aparecen los peces en sus formas más rudimentarias, y en los pisos superiores los reptiles y anfibios, aunque escasos. Esta fauna es principalmente marina, aunque hay especies de agua dulce y se inician los animales terrestres. Comprende los terrenos silúrico, debónico, carbónico y pérmico.

En el período silúrico, el mar cubría casi toda la superficie de la tierra, de la que sobresalían pequeños islotes de rocas arcaicas, sobre los que vegetaban plantas inferiores, pero ni un sólo animal terrestre, una atmósfera densísima, que no permitía el paso de los rayos del sol, mantenía al planeta en una profunda obscuridad; reinaba una temperatura uniforme, no se conocían en él ni estaciones ni climas. La fauna silúrica consta de unas 9.000 especies, pero los animales que la caracterizan más son los *graptotiles*, que se encuentran en pequeños tallos con ramificaciones ó arrollados en espiral, con dientes á manera de sierra, que son las cápsulas en que anida el animal, y los *tribolites*, crustáceos, que se arrollaban como nuestras cochinillas de humedad. Los primeros no existen más que en este terreno; los segundos que aparecen en él y adquieren enorme desarrollo, no pasan de la era paleozólica.

El terreno silúrico ha sido llamado por excelencia, el terre-

no de los metales, como lo muestran en España los grandes depósitos de Almadén y Hiendelaencina y de las aguas termo-medicinales, en que tanto abunda nuestra patria. El espesor de sus depósitos llega á 8.000 metros.

En el período devónico, la atmósfera comienza á aclarar, es húmeda y caliente y cargada de ácido carbónico, condiciones favorables para el desarrollo de la vegetación, las tierras ocupan ya una extensión más considerable, sus contornos eran más accidentados, por lo que las formaciones litorales debieron ser muy extensas; debió existir un continente polar, pues las arenas señalan en Europa y América el límite N. de los mares. La flora es pobre y en su mayor parte marina, sin embargo, vénse ya plantas terrestres pertenecientes á las mismas especies y aun á las carboníferas; aparecen las criptógamas vasculares, las coníferas y las sigiliarias; la fauna, menos rica que en el terreno anterior, conteniéndose unas 6.000 especies, se caracteriza por la desaparición de los graplolites y por la abundancia de los peces, especialmente de los ganoideos heterocéreos que hoy no tienen representación, y por algunos vestigios se infiere también la existencia de los cartaliginosos. También abundan los corales y otros zoófitos que aprovechando para su habitación los materiales disueltos en el agua, llegan á formar enormes rocas y á veces mármoles manchados de agradable aspecto, como los que se encuentran en Rentería. Decrecen los tribólites, pero se encuentran curiosos crustáceos, algunos colosales como el *pterigo anglicus* de dos metros de longitud y 0'30 de anchura y otros extremadamente pequeños como las cypridinas, que cubren en grandes extensiones los estratos del devonico superior. Entre sus rocas suele encontrarse hierro como en Almaden, y combustibles de la especie de la antracita, precursores de la hulla del terreno carbónico. En España forma dos zonas principales, una Mariánica y otra Asturiana, que es la más importante, se han encontrado tres fajas en el Pirineo y acompaña casi siempre al silúrico aunque en pequeños manchones.

En el período carbónico, la atmósfera todavía muy densa, no permite que la penetren bien los rayos del sol, la temperatura continúa siendo uniforme en todo el globo y tan alta como hoy la ecuatorial, las tierras se han aumentado formando continentes con sitios bajos que se llenaban á veces alternativamente con aguas dulces y saladas. El suelo pantanoso y abundante de silice, el aire cargado de vapor de agua y rico en ácido carbónico desarrollan una flora más rica que la de los períodos anteriores, pero más pobre que la actual, en la que sobresalen gi-

gantescas criptógamas vasculares cuyos restos, depositándose en cantidades inmensas en los pantanos, forman activísimas turberas, y esos grandes depósitos de carbón á que con razón se ha llamado el pan de la industria. Las dislocaciones y las fallas en el horizonte hullero permiten la formación de filones minerales que aumentan su riqueza. Aparecen los primeros animales de respiración aérea; moluscos, escorpiones miriápodos é insectos, vertebrados anfibios que reunían los caractéres de los saurios y bactracios, teniendo la cabeza cubierta de placas oseas como los peces, seres extraños, á los que se han denominado labyrintodontos, por tener los dientes cubiertos por pliegues en su superficie, y también reptiles nadadores provistos de vértebras bicóncavas como los peces.

El terreno carbonífero ocupa en nuestra península el 2'33 por ciento de su superficie total, y su mayor desarrollo está en los montes cantábricos en la provincia de Oviedo, prolongándose por las de Leon, Palencia y Santander: los demás depósitos de S. Juan de las Abadesas, Henarejos, Belmez y Espiel y Villanueva, apenas suman en junto lo que aquella cuenca carbonífera.

La base de este terreno en Asturias, formada de caliza azulada ó con vetas blancas y amarillas dolomíticas apoyada sobre marmol rojo se levanta á veces como en Covadonga, hasta 100 metros formando hoces ó escobios de paredes verticales y valles estrechos por donde corren en invierno las aguas torrencialmente, lo que hace este pais muy apropósito para la defensa.

El último terreno de esta serie es el pérmico, á que se ha querido llamar también *peneo*, pobre, por serlo en minerales, animales y plantas, como si en él concluyera una vida para comenzar otra.

Existen plantas que se aproximan á las carboníferas y aparecen algunas coníferas y cidadeas, los peces son numerosos, las pizarras que contienen algunos están manchadas de cobre, producto de su descomposición, algunos de aquellos aparecen doblados, acaso por efecto de una cementación muy rápida.

Los reptiles presentan un tipo nuevo, los *teocodontes*, que tienen vértebras bicóncavas como los peces, pero dientes como los cocodrilos. La existencia del pérmico no ha sido aun comprobada en España, aunque se sospecha en algunos sitios; con él concluyen los terrenos que se han llamado primarios y comienzan los secundarios.

La era mezosoica como lo indica su nombre, es una edad intermedia entre la arcaica y la camozoica y en general un pe-

ríodo de calma y de tranquilidad como lo atestiguan el predominio de la rocas de sedimento y la escasez de las erupciones. Durante él, la Tierra cuya atmósfera se iba despejando cada vez más, comienza á sufrir la influencia enérgica de los rayos solares y á disminuir su rotación con lo que comienzan á diseñarse las estaciones y los climas, y la fauna y la flora pierden su anterior uniformidad. Las rocas que llegan á alcanzar una potencia mayor de 1.500 metros, son principalmente calizas, areniscas, dolomias, margas, arcillas, pizarrosas y plásticas, además del yeso y de la sal que caracterizan algunos de sus terrenos y de la hulla. Las plantas terrestres ni se ostentan con el vigor del terreno carbonífero, ni alcanzan la variedad de especies de la era actual, los bosques pantanosos de criptógamas se se sustituyen por otros de coníferas y cicadeas que alcanzan su máximo desarrollo apareciendo también las primeras angiospermas, cuyo predominio ha de caracterizar á la flora siguiente. En la fauna abundan los tipos colectivos como los plesiosaurios é ictiosaurios, mezcla de peces y de reptiles, los terodáctilos con caractéres de reptiles y de aves; los arqueoptens, aves con caracteres de reptiles; los ictiornis y odontornis, aves con vértebras de peces y dientes de reptiles; los iguandons y dinosauros, que se enlazan con los lagartos, los cocodrilos, las aves y los mamíferos, y entre los mismos reptiles los mastodonsauros, mezela de saurios y bactracios y los notosauros que reunen caracteres de lagartos y cocodrilos. En general predominan los reptiles que se distinguen por sus extraordinarias proporciones y lo vario de su organización que los hace aptos para la natación, para el vuelo y para el salto; entre los peces desaparecen los ganoideos hetereocercos y los reemplazan los homocercos que adquieren ahora su máximo desarrollo, viven ya en los mares los precursores del tipo de los peces actuales y aparecen como nuncios de nuestra era los primeros mamíferos y aves. Los pólipos paliozóicos se han sustituido por los constructores de arrecifes, á los braquiópodos y nautiles sustituyen los amononites y belemnites y existen ya insectos de todos los órdenes y crustáceos de formas variadas y próximas á las actuales.

La Era Mezozóica comprende los terrenos triasico, jurasico y cretaceo. En el Trias además de sus tres rocas constitutivas, caliza dolomítica, arena, cal y arcilla, aparece la sal por lo que se le ha querido denominar también terrero de la sal y del yeso y en nuestro país también aunque accidentalmente un mineral casi siempre cristalizado á que se llamó aragonito por haberse encontrado en Molina de Aragón, y cristales sueltos de cuarzo ge-

neralmente coloreado de rojo á que se llaman jacintos de Compostela. El trias presenta en cada país su faz propia, el español acaso forma el lazo de unión entre el alemán y el alpino. Ocupa en nuestra península una extensión igual á la del jurasico, y como la mitad del cretaceo, encontrándose nada menos que en 17 provincias. Este terreno es pobre, escaso de aguas y éstas poco potables, por lo que es poco favorable á la vegetación, prestándose sólo á dar vida al pino especialmente al rodeno que recibe su nombre de la arenisca que forma la capa inferior de este terreno, y á la que llega atravesando las otras capas con sus formidables raices. Cuando los materiales de las tres rocas se encuentran combinados ó siquiera el rodeno y las arcillas es de gran fecundidad especialmente para los frutales; la fauna también es pobre aunque no tanto como la anterior, predominan entre los peces, los ganoideos hereocereos con pequeñas escamas, y entre los reptiles los labirintodontos, y se presentan por primera vez los mamiferos, no por los ornitodelfos sino por los didelfos por un marsupial *(Microlestes)*, se desenvuelven los ammonites, y entre los vivalvos, los del género Migophoria se creen exclusivos de este terreno.

En el período jurasico la temperatura va siendo cada vez más baja y las plantas salvo una ya no corresponden á la flora tropical, las tierras se han extendido aunque con poco relieve sobre los mares, cúbrenlas bosques frondosos de cicadeas y de coniferas que se parecen ya á las actuales, bajo las que vegetan todavía helechos y esquisetáceas; algunas zoosteras y caráceas viven en los estanques. Parece que en este período el mar invadió la parte central y occidental de Europa, hallándose depósitos coralinos hasta en el centro de Inglaterra. Como depositadas en mares tranquilos las capas jurásicas, presentan una estratificación normal y están formadas por areniscas, margas y arcillas adquiriendo las calizas gran potencia y extensión, también suelen encontrarse dolomias. Las calizas comienzan siendo muy oscuras y luego van aclarando, de aquí los nombres de los tres pisos de este terreno jurasico negro (Lijas), pardo (Dogger), y blanco (Malin). En España parece faltar el elemento arenoso y en su lugar se encuentran las célebres calaminas de Santander. Los ictiosaurios y los plesiosauros, dan un carácter singular á la fauna marítima, en la que abundan los belemnites y ammonites, mientras que se enriquece la terrestre con aurios parecidos á cocodrilos, con los terodadtiles, las tortugas y tipos especiales de aves y mamíferos.

El cretaceo es llamado así de la roca, predominante en Francia y en Inglaterra, (en la América del N. y en parte de

Alemania, las arenas verdes), que es una caliza de orígen orgánico que presenta oquedades aprovechadas luego por el hombre para hacer de ellas sus primeras casas. Millones de millones de microscopicos obreros, durante millares de siglos con el carbonato de cal arrebatado á las aguas, de que formaban sus caparazones, la elaboraron en los tranquilos mares de esta edad formándose con estos caparazones arrojados en el fondo estensisímos terrenos; en España ocupa 48.000 kilómetros cuadrados. Su formación no es exclusivamente marítima se encuentran vestigios de formación lacustre con restos de plantas que se han convertido en hulla, también se encuentran minerales de hierro. La flora es al principio parecida á la jurásica, luego aparecen las cotiledonias que al fin ofrecen variadas formas (higueras, nogales, laureles, magnolias &), acabando por predominar dejando en segundo lugar á las coniferas y casi desapareciendo las cicadeas. Las plantas de hojas y flores caducas muestran la existencia de las estaciones. La fauna es rica en los órdenes inferiores, los foraminiferos se han desarrollado enormemente; los equinodermos, llegan á la plenitud; los ostreidos ofrecen especies características de este terreno, (los Inoceranus y los Rudistas), los ammonites ofrecen sus últimas transformaciones, los crustaceos y cirrópodos se encuentran por todas partes, los tallos coralinos de brizoarios forman verdaderas capas. Respecto de los superiores aparecen los peces oseos, los reptiles son escasos, concluyendo los reptiles gigantes con el Mosasaurus, cuyo cráneo mide más de un metro, no se encuentran en Europa aves ni mamíferos, en América se han hallado aves con dientes y cuyas vertebras son biconcabas (Ichthyornis y Odontornis. Aparte de la faz marítima y lacustre que hemos señalado en este terreno el cretaceo presenta en Europa una septentrional, (Inglaterra, N. de Francia, Alemania, y S. de Suecia) y otra meridional (Portugal, España, S. de Francia y los dos lados de los Alpes).

En la Era Camozóica, el espesor que alcanza la corteza sólida de la tierra, disminuyendo la influencia del calor central mientras aumenta la del solar por el despejamiento de la atmósfera acentúan hasta llegar á establecer definitivamente las latitudes geográficas, adquieren gran desarrollo en su principio las formaciones de agua dulce y el volcanismo despliega la mayor energía que ha tenido nunca, se multiplican los mamíferos y las dicotiledoneas aparecen las gramineas y los rumiantes y después del período glaciario y de la emigración de unos animales que buscan su morada definitiva y de la extinción de otros, la fauna y la flora llegan á no diferen-

ciarse de las actuales y aparece el hombre. La Era Camozoïca se divide en dos períodos terciario y cuaternario.

En el período terciario se acentúan las diferencias climatológicas ya iniciada en la era anterior, aparecen las nieves en el Polo y en las altas cumbres de las montañas, las depresiones de los continentes aparecen cubiertas por grandes lagos y el poco relieve de aquéllos hace que las superficies líquidas y secas cambian con frecuencia de lugar, las estepas de Castilla, Aragón y Andalucía, son los sedimentos de aquéllos, y lo mismo al N que á E, el mar cubría regiones hoy al descubierto. Estos transtornos orogénicos producen violentas erupciones volcánicas, cuyas rocas atraviesan el terreno, siendo las propias de éste los basaltos y las traquitas. Esta se manifiesta en nuestra Península en el distrito del Cabo de Gata, en que abunda tanto la sílice, que á más de impregnar toda la roca, se presenta amorfa, á veces celular, á veces cabernosa y cristalizada en hermosos amatistas, con la particularidad de que estos filones que atraviesan la masa, van casi siempre acompañados de criaderos metálicos, hierro, cobre y sobre todo galena argentífera y plata nativa, que se explotan, no solo en el referido distrito, sino en los de Mazarrón y Cartagena, donde se beneficia además la blenda y el alumbre. Entre el Cabo Gata y el de Palos, se encuentran las Herrerías donde se benefician además del metal que le dá nombre, las galenas argentíferas y la plata nativa. En el distrito de Jumilla se haya impregnada de apátita fosfato cristalizado de que se saca un exelente abono.

El grupo basáltico con sus figuras caprichosas, se presenta en el Campo de Calatraba, donde la salida de estos materiales ha venido acompañada de exhalaciones permanentes de ácido carbónico que mezclándose con el agua de los pozos les comunican el sabor de las de Seltz, en las islas Columbretes donde forma una cordillera submarina, exepto algunos picos que emergen, presentando el mayor un magnífico cráter abierto al E, que ofrece al interior á los buques un seguro puerto, y en el Torcal (Antequera), donde con sus sendas laberínticas especialmente en la parte más elevada (Torcal agrio) y con los variados aspectos que miradas desde diversos lados presentan las mismas rocas, dió seguro refugio á principios de este siglo á los defensores de la independencia nacional y después no pocas veces á los perseguidos por la justicia.

La flora terciana difiere muy poco de la actual y mucho de las anteriores, predominando en ella las dicotiledóneas leñosas que forman bosques hasta en las regiones polares, la fáuna también ha cambiado, en vez de los grandes reptiles

cruzan los mares otros colosos pero mamíferos los cetáceos, y allí pululan unos gigantescos foramíricos, los nummulites, que con sus envolturas llegan á formar montañas elevadísimas como la de Aitana en Alicante, mientras que los ammononítes y belenites han desaparecido, los bivalos y los gasteropodos, presentan multiplicadas formas, las aves pueblan el cielo y los mamíferos la tierra.

El período terciario se subdivide en tres terrenos, eocenico ó paleoterino, miocenico ó dinoterino y pliocenico ó elefantino.

El terreno eocenico presenta una doble faz, según se le considere al N. ó al S. Esta se extiende desde España hasta la China y el Japón, ocupando en nuestra Península una extensión de 23.500 kilómetros cuadrados, ocupando la parte N, NE y la región Andaluza y no apareciendo en el O ni en el centro salvo pequeñas manchas en Galicia.

El razgo más saliente de la fauna eocenica es la aparición de los mamíferos monodelfos, es escaso de aves, abundante en peces, en moluscos, alguno de los cuales llega á alcanzar medio metro y en zoofitos de los que ya hemos citado entre los protosoarios á los nummulites. Al eoceno nummulitico acompaña á veces el lacustre, que presenta potentes masas de conglomerados. Sus rocas, á más de esta, son; calizas marmóreas y arcillosas, areniscas y margas, ofreciendo como hechos notables la presentación de grandes masas de sal junto á depósitos de yeso, como en Peralta y en Cardona ó de azufre como en Conil.

En el terreno mioceno se nota que la temperatura ha seguido bajando, pues las plantas tropicales van desapareciendo y las que ocupaban las montañas bajan á la llanura. La fauna se caracteriza por los dos grandes prosbocídeos los Mastodontes y los Dinoterios. Los Mastodontes tenían cuatro colmillos, dos grandes encorvados en el maxilar superior y dos pequeños rectos en el inferior, los Dinoterios tenían los colmillos dirigidos hacia abajo. Los acompañan reinocerontes sin cuerno, unos carniceros parecidos á gatos, el *hiparión*, que se supone el antecesor de nuestro caballo, cuadrumanos, en uno de los cuales, en el Drayopithecus se quiso ver el antecesor del hombre, resultando de investigaciones posteriores que no debía ser clasificado entre los monos antromorfos. En España donde el mioceno ocupa la vigésima parte de la superficie (137.500 kilos cuadrados) se han hallado en Fuensaldaña y en la provincia de Barcelona dos especies de dinoterios (1) en la de Madrid y en

(1) El giganteum y el barbaricum.

otros lugares de Castilla esqueletos enteros de mastodonte, cerca de Alcoy y sobre todo en Concud, en el barranco llamado de las Calaveras, restos del Hiparión de la Hiena y de varios rumiantes que el P. Torrubia creyó restos de gigantes (1) y también de otros grandes mamíferos en el terreno de Cuevas de Vera. En las aguas del mar vivían las focas y grandes cetáceos, peces, entre los que merecen ser mencionados por lo pequeños los encontrados en el último de los citados lugares y por su gran tamaño un tiburón gigantesco (Carcharias megalodón), multitud de moluscos, entre ellos la ostra, *la crassísima* encontrada en Lorca, es el mayor ejemplar de su género.

La vegetación es espléndida; se desarrolla la encina, aparece una especie de vid, (2) los plátanos, el liquidambar, el alcanfor, los alisos, olmos, hayas, fresnos, sáuces y abedules se multiplican y se forman numerosas praderas de gramíneas, en las que pastan numerosos rebaños. Todo parecía anunciar que el hombre iba á aparecer. Hay quien, en efecto, ha creído encontrar sus huellas; ya veremos, en su lugar, el valor que puede darse, por hoy, á estos disputados descubrimientos.

Adquiere su último relieve la cordillera pirinaica, se levanta la alpina y el mar invade por última vez la Europa, interponiendo sus aguas entre las tierras septentrionales y las del O., aunque sin gran fondo, y compartiendo su acción con la de las aguas dulces acumuladas en grandes lagos. Las formaciones de éstos ocupan en nuestra península, casi por completo, las cuencas del Duero, del Tajo con parte de las del Guadalquivir y el Júcar, llegando á alcanzar alturas de 500 á 1.000 metros. De donde vino esta enorme cantidad de agua, es cosa que á punto fijo no se sabe. Hay quien supone que de Irlanda y quien del problemático continente Atlántico. Los lagos de las dos Castillas estaban separados por la cordillera granítica del Guadarrama, aunque quizá pudieron comunicar las aguas por Barahona. El de Castilla la Nueva, según toda probabilidad, comunicaba con Valencia y Murcia; el de Castilla la Vieja quizá con el Ebro por la Brújula, y el de éste quizá por el desfiladero profundo que abrió en la faja montañosa que se ve desde Tortosa á Barcelona, pudo desaguar por el camino que hoy sigue dicho río. También la cuenca del Guadalquivir hace sospechar un golfo bastante profundo, que probablemente comunicaría con el de Murcia y Alicante, por Granada, Guadix y Huéscar, ó por un desfiladero

(1) Aparato para la Historia Natural de España.—Capítulo V, Geografía española.

(2) Vitis prævinífera.

más al N., que habría dejado separadas las sierras Nevada y de Ronda, formando una isla ó una península de un continente más antiguo.

Terminan los terrenos terciarios con el pliocénico, cuyo rasgo dominante es el predominio de las aguas, ya en la forma líquida, ya en la sólida. Retírase el mar miocénico, acaso por el definitivo levantamiento de los Alpes y del continente, pero aparecen las nieves en las regiones árticas, y en las montañas más elevadas, brotan por todas partes aguas calizas, que dan origen á depósitos de incrustación. El clima, templado y húmedo al principio, como lo muestran la coexistencia en los mismos lugares del haya y del plátano, va acentuando su diferenciación, llegando á ser su nota distintiva el predominio de las especies de regiones frías; la atmósfera se iba preparando para el período glacial. La formación pliocénica es predominantemente marítima, como se observa en nuestra península, donde se halla circunscrita á las costas del Mediterráneo la isla de Mayorca, algunos manchones en las provincias de Granada y Málaga, algo en las cuencas del Guadalquivir y el Guadiana, y una masa más considerable en la del Tajo, desde Abrantes á Lisboa. Claro es que la face á que pertenece el plioceno español es la que comprende á España é Italia. Entre los animales que en él se encuentran, además del *Elephas antiquus*, que lo caracteriza, se encuentra el *Elephas meridionalis*, el mayor de los mamíferos terrestres hasta ahora conocidos y, con sus restos los de varias especies de reinocerontes, osos, toros y ciervos; escasean los peces y las aves, pero abundan los moluscos. Entre los vegetales se encuentra el tilo, el *quercus præcursor*, un nogal, bambues, &, formando selvas, que se han comparado con las de la América del Norte.

La Edad cuaternaria se ha iniciado con un período que ha recibido el nombre de *período glacial*, porque las nieves llegan á cubrir casi todo el emisferio N. Favoreció esta extensión de las zonas glaciales la disposición de los mares y de las tierras. Las aguas del Oceano glacial cubrían entonces las grandes estepas de la Rusia Asiática, y por el mar Negro penetraban en el Mediterráneo. Europa era una isla muy estrecha tendida de E. á O.; ni la Alemania, nl la Rusia del N., ni la Holanda, ni la Dinamarca, ni la Polonia, habían salido de debajo de las aguas, y la Escandinavia era una isla cubierta de glaciarios, que enviaban sus enormes bloques de hielo á las costas N. de la isla europea. Nuestros geólogos Prado y Macpherson han demostrado que el período glaciario ha dejado huellas en nuestra península, aunque, como es de suponer, menos intensas que el N. y centro

de Europa. Muestran los fósiles que en las tierras á donde no llegaba la acción destructora del hielo, se disfrutaba un clima más húmedo que frío, por lo que se encuentran casi reunidas las plantas de las zonas templadas y de las regiones árticas, y del mismo modo al lado de las hienas, elefantes y reinocerontes, las marmotas y los renos. Se supone que á esta primera invasión de las nieves se siguió una primera retirada por el efecto de su fusión, que produjo el desbordamiento de los ríos, dando origen á la formación diluvial, donde por primera vez se han encontrado restos auténticos del hombre y de sus industrias. A esta primera invasión se cree que siguió una segunda, y en sentir de algunos una tercera, que formaron el terreno de acarreo antiguo. Este se divide en dos grupos: el inferior, que conserva su nombre, y el superior, que toma el de *loess* (cieno ó légamo diluvial).

La acción de las nieves y la fluvial producen dos hechos de los más interesantes para nuestro estudio; la formación de las estalactitas y la de las turberas.

Verifícase el primero en el interior de las cuevas. El agua que penetra en ellas, cargadas de sustancias calizas, las va depositando adornándolas con las formas más caprichosas que pudo soñar jamás la arquitectura. Las que penden ó descienden del techo, por haber penetrado el agua por sus sus intersticios, se llaman estalactitas, y las que recubren el suelo, tendiendo sobre él á veces dos y tres capas, estalacmitas. Estas son verdaderas losas sepulcrales, bajo las que la Naturaleza nos ha conservado los restos de las primeras edades humanas.

Verifícase el segundo en los lugares pantanosos, cuya temperatura media oscila entre 10° y 15°, donde los despojos animales de las plantas se convierten en turba por la acción convinada del agua y del calor, interesando á la historia porque en estas turberas se encuentran también, á menudo, restos del hombre y de sus industrias.

La fauna y la flora del período cuaternario no se diferencian de las actuales más que por la extinción de los grandes mamíferos que vivieron en sus comienzos y por la emigración de otros á sus respectivas comarcas, siendo de notar, en nuestra patria, la mezcla de animales propios de nuestro continente y del africano, lo que supone que en el principio de esta era no se había abierto aún el estrecho de Gibraltar, ni quizá tampoco el de la Mancha.

Entre los animales que desaparecieron se cuentan el *Elephas primigenius* (el Mammuth), dos especies de reinocerontes, entre ellas el de narices tabicadas, el oso, la hiena, el león

de las cábernas y el ciervo llamado *megaceros* por sus grandes cuernos. Entre los que emigraron á altas latitudes ó á grandes alturas se cuentan, entre los primeros, el reno y el glotón, y entre los segundos, la gamuza y la marmota. El reno no ha sido encontrado en España más acá de los Pirineos.

En la Era cuaternaria la tierra se presenta ya con las mismas condiciones que al presente, efecto de causas que continúan obrando en ella; hemos visto ya los primenros documentos de la existencia del hombre, y de este modo la Geología se enlaza con la Arqueología.

V

Despréndese del estudio que acabamos de hacer que el subsuelo de nuestra península no es menos variado que su suelo; de aquí las grandes ponderaciones que de su riqueza hicieron los antiguos. En el libro I de los Macabeos (1) se lee que los romanos se apoderaron del oro y de la plata de esta provincia; en el III de los Reyes que no se usaba de la plata, ni en el templo ni en el palacio real del Salto del Líbano, porque era tanta la que conducían las flotas de Tharsis, que la habían hecho en Jerusalém tan abundante como las piedras (2), é Isaías llama á Tiro la hija de Tharsis. Aristóteles, en su tratado de las *Cosas admirables que se han oido*, cuenta que los fenicios encontraron en la Bética tal cantidad de plata que, no cabiendo más en sus naves, cargaron con ella sus anclas en vez de plomo; Herodoto, que arrojado Coleo de Samos, por el viento, más allá del Estrecho, hizo en la corte de Argatonio negocios que le produjeron una ganancia de sesenta talentos, la mayor que obtuvieron los griegos después de la de Sostrato, y Estrabon que habiendo enviado los cartagineses á la Iberia un ejército, al mando de Barka, halló que los habitantes de la Turdetania tenían, para sus usos domésticos, toneles, vasijas y aun pesebres de plata. (3)

Estas alabanzas no pecan de exageradas, pues palidecen

(1) Cap. 8.

(2) Fecitque ut tanta esset abundatia argenti in Jerusalem quanta, et lapidum. (R. Cap. X).

(3) Se ha notado que la voz griega "Phatno" no sólo significa pesebre, sino todo género de utensilios cóncavos. Casaubon tradujo *laquearia* (artesonado), pero esto no era tan extraño que hubiera sido digno de admirarse.

ante el testimonio de historiadores, geógrafos y naturalistas, de que vamos á presentar un ligero resumen.

Oro.—De los montes de la Lusitania, Galicia y Asturias, se sacaban cada año para Roma 20.000 libras, encontrándose en los pozos pedazos de á libra, á que se llamaban *palas* (prodigio) y otros hasta de á diez, *palacranas*, mientras al oro menudo se denominaba *baluca*; también se refiere que, rotas las peñas, se hallan dentro de ellas unos globulillos de oro que se parecen á las papillas de los pechos. De la Turdetania, afirma Estrabon, que "tocante al oro, plata, cobre é hierro, en ninguna parte de la tierra que hoy es conocida, se hallan ni tan buenos ni tan abundantes, puesto el oro no sólo se excava de las minas, sino que corre por los ríos y por los torrentes, muchos de los cuales arrastran arenas de este metal. Y aun en los sitios donde no hay ríos ni torrentes, se hallan estas arenas, aunque menos perceptibles, á no ser cuando la tierra se inunda de agua, que entonces aparecen abundantes laminitas: y aun cuando riegan á mano los campos que carecen de agua, al punto se ven resplandecer varios segmentos ó laminitas de oro." Daba también la España, espontáneamente, unos grumos ó ramentos de oro, á los que se llaba *Istrigiles,* que, con la mayor facilidad, eran reducidos á hilos, de que se hacían tejidos, sin necesidad de que interviniese el fuego para prepararlo. Con razón exclamaba Posidonio: "No tengo por increible la fábula en que se cuenta que abrasados por un incendio los montes y las selvas, la tierra, preñada de un modo extraordinario de oro y plata, arrojó á la superficie una laba de estos metales; de suerte que los montes y la tierra se convirtieron en materia de la moneda, que una superabundancia de prosperidad había acumulado en ellos sin escasez ni envidia: así es, que quien quiera que considere la calidad y naturaleza de esta tierra, la tendrá por perenne tesoro, ó por erario de magestad imperatoria, que no se agota nunca. Por lo tanto, esta región, no sólo puede llamarse rica, sino riquísima. Y puede decirse, con verdad, que debajo de las tierras de los turdetanos no se encuentra el infierno sino Pluto, el dios de las riquezas." Más arriba del Betis se hallaban también montañas abundantísimas en betas de oro y de plata, hasta llegar al Tajo; este río y otros (hoy todavía se encuentran en el Darro), llevaban arenas de oro, que es el que más se estimaba, por reputarse era purificado por las aguas. En las montañas llamadas Cotinas (El Pedroso), de una misma mina se sacaban el oro y el cobre. Todavía hoy, cerca de Peñaflor, hay arenas auríferas más ricas que las de California, y mi mismo padre lo ha extraído en la provincia de Almería, donde ce-

rros partidos á cincel y un castillo (el de Rodalquílar) situado en un lugar en que no podía utilizarse para la defensa, y que probablemente debió servir para albergar los legionarios destinados á custodiar á los condenados *in metallum*, no dejan duda acerca de la magnitud del criadero. Con las venas del oro se presentaba un betún llamado *Chrysocola*, que se utilizaba en la pintura y en la medicina. El oro, por lo menos, en la Bética y en la Lusitania, debió presentarse mezclado con la plata, pues cuenta Estrabón que cocido y purificado con una tierra aluminosa, resulta la escoria que se llama *electro*. (1)

Plata.—Era celebrada, entre todas, la plata oscense (2). Plinio veía, con asombro, que los pozos abiertos por Anníbal proseguían dando plata en su tiempo; uno de éstos, llamado Bébulo, suministraba á Anníbal trescientas libras cada día; el monte se había minado á la profundidad de mil quinientos pasos. Los accitanos arrojan agua durante el día y la noche, midiendo el tiempo de su trabajo por los candiles y llegan á formar un río, del que sacan la plata.

Mencionando Polybio los minerales de plata que se benefician cerca de Cartago nova, dice que los criaderos distan unos veinte estadios de la ciudad, que ocupaban una circunferencia de cuatrocientos y que son abundantísimos. Cuarenta mil trabajadores tenían allí empleados los romanos, y les daban una utilidad diaria de 250 dracmas de plata (3) Ilipa y Sisapo *(Almadén)* tanto el antiguo como el nuevo, eran abundantes en minas de este metal. No muy lejos de Castulo hay un monte en el que dicen nace el Betis, y al que llamanban *Argenteo* por la mucha plata que en sus entrañas encerraba. Tan abundante era por todas partes, que se despreciaban nuestras ricas galenas argentíferas. (4)

Cinabrio.—Era muy abundante en España, siendo ya conocido en ella, según Theophrasto, en el año 249 de Roma. En esta ciudad no se usaba más que el español, y el más famoso de todos era el que daba la mina de *Sisapo* (Almadén) (5) la

(1) Véase la nota 3.ª de la página 47.

(2) Cortés y López dice que la *Osca* de que dice Estrabon se sacaba la plata oscense, es la *Osca turdetana*, hoy Umbrete.

(3) Siendo la dracma la octava parte de la onza, sacaban cada día 3.125 onzas.

(4) Tanto aquí como en Cástulo y en otras partes, se encuentra una especie particular de metal á saber: plomo fosil, el que aunque tiene mezcla de plata, no es en tanta cantidad que traiga cuenta el purificarla.—Strab. Rerum, Geog. L. III.

(5) Los dos Almadenes, antiguo y nuevo; ¿serán los que hoy se llaman Almadén del Azogue y Almadén de la Plata?

que se custodiaba con el mayor cuidado por el producto que rendía al erario el derecho del vectigal; así que estaba vedado purificarlo en España, conduciéndolo á Roma en cantidad de diez mil libras anuales, donde se vendía, para que no excediese su precio de sesenta numos la libra.

Cobres.—Entre los bronces el más estimado era el marianico ó cordubense, que tenía la propiedad de absorver la calamina al bronce liviano de la Galia é imitando la bondad del oropel se aprovechaba para las monedas llamadas sextercios dupondarios, mientras que los ases se fabricaban del ciprio más inferior. Hay en España, dice Diodoro de Sicilia, admirables minas de cobre; á los que trabajan en éstas les queda de la tierra que sacan la cuarta parte de cobre puro. (1) Las antiquísimas de Tharsis quizá se explotaron desde los tiempos prehistóricos, y éstas y las de Río-Tinto (Hiberus), en la actual provincia de Huelva, forman uno de los criaderos más ricos del universo.

Estaño y plomo.—¿Recogieron los antiguos el estaño en España? Las palabras de Plinio parece que no deben dejar duda sobre este punto. El plomo, dice, es negro y el blanco que los griegos llaman *Cassiteron* (estaño), al presente es cosa cierta que se enjendra en Lusitania y en Galicia, en la capa superior de la tierra, que es arenosa y de color negro. En Galicia no se halla el negro, siendo así que la Cantabria, que está tan próxima, no da otro. ¿Son las Casíterides islas españolas? ¿Se da este nombre á un solo grupo de islas ó á dos? Estrabon, al fin del libro III de su Geografía, las coloca entre las adyacentes á la Iberia, frente al promontorio de los Artabros, bien que metidas en alta mar en número de diez, vecinas entre sí, pero en el segundo había dicho *prope modum in Britanico climate*. Masdeu cree que sean las Sorlingas habitadas por los iberos, como Tácito lo dice expresamente de esta parte del archipiélago británico. D. Pedro Rodríguez de Campomanes, en su Periplo cree que también las había en las costas de Galicia. En efecto, Pomponio Mela concluye el capítulo sexto de su libro tercero de su *De Situ Orbis* con estas palabras: *In Celticis aliquod sunt, quas, (insulas) quia plumbo abundant uno nomine Cassiteridas appellant*. Tan importante se estimaba antes la posesión de este metal, del que mezclado con el cobre (bronce) y templado se fabricaban las armas, que nos refiere Estrabon (2) que

(1) Diodoro, libro V, que acaso tomó de Posdonio cuanto en él escribió acerca de las abundantísimas minas de la Iberia y del modo de beneficiarlas.

(2) Rerum.—Geog. Lib. III, al final.

habiendo seguido una nave romana á otra fenicia para enterarse de donde lo adquiría, el piloto de la última hizo de propósito que la suya encallase en unos bancos de fango para que al romano le sucediese lo propio, como le aconteció, y su república le dió el precio del barco y de la mercancía. Los plomos negros de más nombre eran el Lovetano, el Caprarense y el Oleastrense. "El mucho que había en las faldas del monte Herminio (sierra de la Estrella) hizo que se diera á los habitantes de Meidubriga el nombre de plumbarios." Poco ha, añade Plinio, se ha descubierto en la Bética el metal Santarense, que habiéndose arrendado por espacio de doscientos años por diez libras, ahora que se ha perdido la vena se ha arrendado en cincuenta y una, y lo mismo ha sucedido con el Antonino. Hoy todavía es España uno de los países donde más plomo se encuentra; díganlo si no las ricas minas de Linares, Almería y Cartagena.

Hierro.—Abunda por todas partes, dió su nombre al cabo Ferrario; en la Cantabria junto al Oceano se hallaba un monte todo de hierro, "cosa que parece increible." Tan lejos está de serlo, que hoy existe uno con el mismo nombre y cualidad no lejos del Pedroso. Los grandes criaderos cercanos á esta villa, los de Somorrostro, que enriquecen á Vizcaya, los de Almería, Cartagena, Galicia y Lusitania y tantos otros inexplotados, por los gastos de transporte, muestran lo pródiga que se ha mostrado la naturaleza con nuestra patria, con este primer elemento de la industria. Las aguas de Bilbilis y Tarazona hicieron famosas á estas ciudades, por el fino temple que le daban y los gallegos no usaban armas que no fueran templadas en el Salo y el Chalibe. Dábase en la Cantabria una especie de imán llamado Bubación, distinto del verdadero, por presentarse en trozos esparcidos. Hallábanse también en España los minerales *Sory* y *Misy*, de muy buena cualidad para medicamentos y otros usos.

Del minio ó bermellón dice Estrabon que no era inferior á la tierra sinópica, Plinio que se encontraba en las Baleares y que era tan semejante al indio que abarató mucho su precio, diferenciándose solo de él, en ser un poco más claro, pero esto mismo hacía mas tierna la pintura. El mismo autor nos refiere que en la Bética se encontraba una piedra blanca que se puede aserrar con la misma facilidad que la madera, de que se servian para los tejados. La especular solo se hallaba en un radio de cien millas desde la ciudad de Segobriga. Hay otras que no se encuentra dividida en láminas ó segmentos sino apegada al pedernal, y esta no se encuentra en España como la primera en la superficie de la tierra, sino que se saca de las canteras y

pozos á mucha profundidad. Las piedras especulares (talco, mica) eran entonces muy buscadas, pues hacían el oficio de nuestros cristales, para permitir la entrada de la luz é impedir la del aire en las habitaciones. Abundan en mármoles nuestras sierras, algunos poco inferiores y otros como el de Macael que compiten con los celebrados de Paros y Carrara, también las piedras de construcción y los cementos, y las arcillas tan finas que se cuenta, se hacían ladrillos que sobrenadaban en el agua y dieron fama á los vasos saguntinos. De las piedras de afilar las mejores eran las laminitanas (Daimiel.) Estaba en gran estimación el azufre blanco de España. Entre las minas de sal gemma era célebre la de Eglasta por su transparencia y presentarse en la forma de las piedras especulares. (1.) De la de Cardona hace mención Aulo Gelio. La daban además los ríos y fuentes saladas que son muchas, (2) «Hay en cierto distrito de España otro modo de hacer sal, sacándola de los pozos á que llaman Muria ó Salmuera, y también en aquella nación se cree que se saca de algunos leños en especial de las cenizas de la carrasca. Cornelio Bocco, citado por Plinio, asegura que en Lisboa se encontraba el carbunclo ó crisolito, (3) aunque con mucho trabajo por venir mezclado con la arcilla, el jacinto y la perla obsidiana en las costas del Oceano, y también que se hallaban en la Lusitania piedras murrinas, (cristal de roca) de asombroso peso y magnitud, taladrándose ciertos montes hasta el nivel de los pozos. Rochart cree que el promontorio Charidemo recibió su nombre de las ágatas. Nosotros mismos hemos recogido granates en la rambla del Alquiar y poseemos ejemplares de amatistas, como también de coral recogido en nuestras costas mediterraneas.

Reino vegetal.—Las mieses de Andalucia eran tan copiosas que allí era comun dar el trigo el ciento por uno, lo mismo ó más acontecia con la cebada, y las cebollas albarranas se encontraban por todas partes. Los cardos de Cartago Nova y Córdoba, eran tan estimados que había campo que producía á

---

(1) Plinio História Natural, lib. XXXVIII-lib. XXXI, cap. VII. También en el IX habla la virtud de la sal de España para curar los ojos de los asnos y bueyes.

(2) Strab. Rerum: Gegr. lib. III.

(3) Plinio Hist. Nat. *loco citato*. La existencia en España de esta piedra tiene una importancia histórica. Entre las doce piedras preciosas que adornaban el racional ó pectoral de Araon había una que se llamaba *Tharsis*. Los Setenta, el autor de la Vulgata, Josefo, Gerónimo y Epifanio, entienden por ella el crisolito que antiguamente transportaba de España según Bocco, citado por Plinio.

su dueño 6.000 sextercios. Los vetones y los cántabros hicieron célebres por sus propiedades medicinales á las plantas vetónica y cantábrica. Dícese, aunque es permitido dudarlo que en tiempo de Tarquino aun no se conocían los olivos en España, pero que en el de Vespaciano de tal modo arraigaron en los terrenos cascajosos de la Bética, que llegó á dudarse si su aceite no era mejor que el de Istria. Las aceitunas de Mérida llegaban á hacerse más sabrosas que las ciruelas ó las uvas. Las palmas de Segobriga daban fruto, en Ibiza era donde se criaban los cabrahigos ó higos silvestres más grandes, tenianse en mucha estimación en Bélgica las cerezas lusitanas, abundaban extraordinariamente las encinas y las bellotas se servian en las mesas romanas para postre. Se apreciaban especialmente dos variedades de uva, una llamada *colcobis* y otra *aminda*, una sola vid de los cerretanos, solía producir dos mil racimos y las primeraneas daban á cien cántaros por yugada. Flacio Pompeyo fué el primero que introdujo los almendros en España. Maravilla lo que se cuenta de la grandeza de los plátanos, al occidente de las columnas de Hércules cuentan que se criaba un arbusto con hojas de laurel y otro con hojas de puerro que sacadas del agua se convertían en piedra pomez.

Reino animal.—Claudiano elogia los caballos andaluces y los carpetanos que mojaban sus crines en las auriferas aguas del Tajo; para ponderar la ligereza de los lusitanos se inventó la fábula de que en el Mons Tagrum, las yeguas concebían del viento, los asturcones de Asturias y Galicia, aunque de pequeña talla, eran muy estimados por su especial y comóda andadura, que los hacía muy aptos para caminar por aquellos terrenos montuosos; es generalmente encomiada la fecundidad de las burras celtibéricas; la raza vacuna mostraba ya antes de los tiempos de los romanos, su robustez y su bravura; no tenían rival los carneros *coraxos*, cuya lana dice Estrabon, era de una belleza incomparable, (1) tambien era muy estimada la raza de cerda, que hizo famosos los perniles cerretanos; se tenian por medicinales los caracoles de las Baleares; aunque el menor de todos los lagartos, el *colias saxitanus* no era menos codiciado que el de Paros; el *coco* ó grano de púrpura de Mérida servía para teñir los mantos imperiales llamados paludamenta. Era tan copiosa la caza, que según Polibio no tenía precio, y muy raros los animales dañinos salvo los conejos que, según Estrabon, algunos llaman *lebridas*. Minando las tierras arruinan los plantios, devo-

(1) Rerum Geogr. Lib. III. También Plinio, libro VIII, Cap. XLVIII habla de estas lanas de la Bética.

rando las raices y las semillas, por lo que los habitantes de las Gymnesias, no pudiendo resistir á su prodigiosa multiplicación, enviaron legados á Roma, pidiendo otras tierras en que vivir. Para que el daño fuera minorando, se trajeron de Africa unas gatitas (probablemente los hurones) que enfrenadas con unos cabestrillos, entran en las madrigueras y los obligan á salir. (1) Varron citado por Plinio (2) dice que llegaron á destruir una ciudad; tampoco faltaban ratones ni serpientes, ni unas hormigas venenosas á que llamaban salpugas. Ni era menos abundante la pesca en sus costas. En Carteya dice Estrabon se pescan cericas ó morenas y purpúras de diez cotilos, y en algunos puntos del mar externo, morenas y congrios de peso de ochenta minas, polipos que pesan un talento, calamares de á dos codos, y á este tenor otros pescados. También vienen á rebaños atraidos por el calor de la costa del Océano, los crasos y sustanciosos atunes los cuales se hacen más crasos y pingües con una especie de bellota que da un arbusto bajo y rasterro propio de aquel mar y que da mucho fruto el cual tambien se cria en abundancia en las restantes tierras de la Ibéria. Málaga recibió su nombre de sus salazones ó escabeches, Cartágo Nova recibió el de escombraria del escombro ó caballa de que se fabricaba el *garo*, Polibio confiesa que el pescado de las costas de Lusitania es mucho más regalado que el del Mediterráneo, aparte de la abundancia, bondad y hermosura. La gallineta de Cádiz es alabada como uno de los mejores pescados, también abundaba allí el pescado llamado árbol por sus largas ramas, ni dejaban de visitar entonces cachalotes y ballenas las costas lusitanas, gallegas y cantabras.

Para formar una idea apróximada de tan gran fecundidad nos bastará trasladar las siguientes palabras con que Polibio describe la de la Lusitania "allí son fecundisimos los hombres y los animales por la hermosa temperatura del aire. Jamás faltan en ella frutos y solo en tres meses las rosas, las violas y los esparragos. El pescado es mucho más regalado que el que se cria en nuestro mar, aparte de su abundancia, bondad y hermosura. Allí un siclo de hordea se compra por una dracma y por nueve obolos uno de trigo: una mitreta de vino no cuesta sino una dracma y un cabrito bastante criado un obolo; lo mismo cuesta una liebre; y un cordero no pasa por lo regular de tres ó cua-

(1) Strab. *loco cit.*

(2) Plin. Histor. Nat. Libr. VIII. Cap. XXIV, en el cap. LV. refiere lo mismo que Estrabon. De aquí se ha inferido que la palabra España viene del hebreo Sapan, conejo, cuniculosa.

tro obolos. Se compra un puerco que pesa cien libras por cinco dracmas, y por dos se adquiere una obeja. El talego de higos no cuesta sino tres obolos, un novillo cinco dracmas, un buey de labor diez. Tocante á las carnes silvestres son tan abundantes que no se estiman en precio alguno, sino que francamente se las reparten y truecan unas por otras los que la cazan.

VI

El hecho se dibuja en dos planos, uno móvil y otro fijo. Hemos hablado del fijo que es el espacio, tócanos ahora hablar del móvil, que es el tiempo. No hay otro mas que el que los seres hacen con sus mudanzas, el tiempo las sigue como la forma al fondo. Pero para medir su grandeza hace falta una escala, y para construir la escala una unidad. Con universal acuerdo esta unidad se ha tomado del movimiento de los astros por su uniformidad constante.

La rotación de la tierra al rededor de su eje es el día. Pero suponemos fija la tierra con relación al sol, y no lo está, sino que recorre una elipse á su alrededor, la ecliptica, en el espacio aproximado de 365 días. Por eso el día solar no es igual al verdadero, al sidereo, el cual corresponde á una revolución aparente del firmamento. Tampoco los días solares son iguales entre sí, por que la tierra no tiene un movimiento uniforme sino acelerado cuando se acerca al sol, y retardado cuando de él se aleja, de esta desigualdad y de la oblicuidad de la eclíptica, resulta la diferencia entre el tiempo verdadero y el tiempo medio. El primero es el indicado por el meridiano, el segundo por el horario del relox. El tiempo que el sol está visible sobre el horizonte es el día natural, comprendiendo las horas que está y las que falta el civil á que los griegos llamaban noche-día.

Cuatro modos distintos parecen los naturales para contar el día y los cuatro se han usado en nuestra patria, el babilonio ó de mañana á mañana por los baleares, el judaico de tarde á tarde *á vespera usque ad vesperam* por los judíos y por la iglesia, el arábigo ó astronómico de medio día á medio día por los árabes y el egipcio de media noche á media noche introducido por los romanos y usado desde entonces hasta el presente.

El día se divide en horas. Los romanos contaban ocho, cada una de las cuales comprendía tres de las nuestras y las distinguian en diurnas y nocturnas, de modo que variaban según las estaciones, contando *hora prima, tercia, sexta y nona,* por la

tarde, y *vigilia, prima, tercia, sexta* y *nona,* por la mañana. Nosotros las dividimos en antemeridianas y postmeridianas ó de la mañana y de la tarde.

Se entiende por mes el tiempo que tarda la luna en presentarnos todas sus faces, á saber, 29 días, 12 horas, 44′ y 3″ á lo que se llama *mes lunar*, y se llama *mes solar* el tiempo que el sol en su movimiento aparente tarda en recorrer cada uno de los doce signos del zodiaco. Como las lunaciones que hay en el año pasan de doce y no llegan á trece, de aquí la dificultad de concertar su año con los meses solares de que nos ocuparemos más adelante.

Los romanos no contaban los días del mes progresivamente como nosotros, sino lo dividían en tres periodos, *calendas, nonas é idus*. Las calendas eran el primer día del mes, las nonas, el cinco, salvo en los meses de marzo, mayo, julio, y octubre que eran el siete, y los idus el trece, salvo en los antedichos meses que eran el quince. El día anterior ó posterior á las calendas, nonas é idus, se llamaba *pridie ó postridie calendas &*. No se contaban los días pasados sino los que faltaban, *ante calendas &*. Para reducir los días del mes romano á los nuestros, deben añadirse dos al número de días del mes anterior de esta suma se restará la fecha que se quiere reducir y se tendrá la pedida. Si fuere anterior á las calendas de Marzo y el año bisiesto, como entonces Febrero tiene dos días sestos por el *bis-sexto* se contará un día menos. Claro está que si de lo que se trata es reducir fechas de nuestros meses á los romanos, no hay más que hacer la operación inversa. Los meses de los antiguos sufrieron muchas variaciones en sus nombres y duración hasta que les fueron fijados por Augusto.

Se entiende por año el tiempo que emplea la tierra en ejecutar su movimiento de translación al rededor del sol, ó sean 365 días, 5 horas 48′ 45″ y 30‴.

Este es el año solar y se llama lunar, al conjunto de doce lunaciones completas, esto es de 354 días, 8 hora, 45′ 38″ 12‴ Los casi once días de diferencia que hay entre estos dos años forman la *Epacta*, la cual expresa cuantos días lleva de nacida la luna al comenzar el año. Cada tres se forma con estos días una lunación más.

Para concertar los años solar y lunar, intercalaron los antiguos los días exedentes de varios modos. Los egipcios tenian un año de doce meses de á treinta días, y después del 24 de Agosto los cinco *epagómenos*. No ignoraban que de este modo dejaban de contar un día cada cuatro años, pero lo hacían para que en el espacio de 1461 años en que este año *vago* corres-

pondiese al de 1462 fijos de 365 días y seis horas todos los días, hubieran sido de fiesta. Los romanos desde el arreglo que se atribuye á Numa, tuvieron un año lunar de 355 días que convenía bien con el solar intercalando 22 días cada dos años. Esta intercalación la hacían los sacerdotes que por este medio podian prolongar ó acortar las magistraturas y favorecer ó perjudicar á los arrendadores. La reforma hecha por Júlio César no fué pues solo un paso en favor de la ciencia, sino también en favor de la justicia, siendo el complemento de la revolución iniciada en favor de los plebeyos con la publicación de los días *fastos* y *nefastos*.

La reforma juliana se hizo el año 46 antes de Jc. y el año quedó reducido á 365 días y 6 horas, con las cuales se componía un día duplicándose el *setxo calendas martias* ó sea el 24 de Febrero y resultando cada cuatro un año de 366. Sosigenes, principal autor de esta reforma, fijó el equinocio de Primavera en veinticinco de Marzo y dió á unos meses treinta días, Abril, Junio, Septiembre y Noviembre y treinta y uno á los demás excepto Febrero de veintiocho ó veintinueve.

La diferencia en más de once minutos y doce segundos entre su año y el verdadero cada ciento veintinueve años hace preceder un día el equinocio, de modo que el año del Concilio de Nicea, cayó en veintitrés de Marzo. Teniendo los cristianos que celebrar la Pascua en el plenilunio que sigue al equinocio de la Primavera, hizo que se fijasen en esta variación que en 1257 era ya de doce días. Conoció la necesidad de una reforma tres años después el sabio astrónomo inglés Juan de Sacrobosco, intentáronla en el siglo siguiente Nicolás Gregora é Isaac Argira, se trató de ella en los Concilios de Constanza y Basilea, para realizarla Sixto IV llamó á Roma al célebre astrónomo Juan Regiomontano, pero éste murió cuando apenas la comenzaba. Volviose á hablar de estos errores en el Concilio de Letrán 1517 y por último en el de Trento se dispuso su reforma. Gregorio XIII llamó á Roma las personas más versadas en estos estudios; diez años se llevaban discutiendo fórmulas, especialmente las propuestas por el dominico Ignacio Dante y el jesuita Clavio de Bamberg y mientras discutían los sabios resolvió la dificultad un oscuro médico calabrés Luís Lelio. Muerto antes de concluir su trabajo lo terminó su hermano Juan, quien lo presentó al Papa. Enviáronse copias á los jefes de los Estados y á las Universidades y Academias católicas. Obtenida la aprobación, el Papa publicó el nuevo Calendario en el año de 1582, quitando diez días entre el 5 y 15 de Octubre, fijando el año en 365 días, 5 horas y 49

minutos y quitando de cada siglo 4 bisiestos. Esta corrección se acerca mucho, á la verdad, pues se necesitarán 4238 años para que los minutos restantes lleguen á componer un día. Lástima que no se hubiera completado la reforma, haciendo comenzar el año en el solsticio y procurando hacer coincidir el principio de los meses con la entrada del sol en los diferentes signos del Zodiaco.

Los hebreos comienzan su año en el equinocio de la Primavera por haber sido libertado por esta época de la cautividad de Egipto. Pero no fundaban su año en cálculos astronómicos, sino que contaban cuando la luna aparecía su nuevo mes, siendo estos por consiguiente ya de treinta ya de veintinueve días. Para concertar este año lunar con el solar, á lo que se veían obligados por las ofrendas que tenían que hacer en sus fiestas (en la Pascua las primicias de la cebada y corderos recien nacidos, en la de Pentecostés las primicias del trigo, en la fiesta de los Tabernáculos la vendimia y la recolección de la aceituna) añadían un mes intercalar (Ve-Adar).

Cosa semejante hacían los árabes, pero Mahoma lo prohibió después de su último viaje á la Meca, poniendo en el Corán (IX 36). "Cuando el Omnipotente creó el cielo y la tierra, fijó el año en doce giros de luna y este número fué escrito en el santo libro. Cuatro de estos meses son sagrados. Esta es la fé. Huid siempre de la iniquidad, pero especialmente en estos meses: no os olvideis sin embargo de combatir á los idolatras. Dios está con los que le temen y obedecen." En virtud de esta prescripción religiosa, los mahometanos adoptaron el año lunar que se anticipa once días cada año al solar, por lo que en el espacio de treinta hay once de 355 días, formados con aquéllos el 2, el 5, el 7, el 10, el 13, el 16, 18, 21, 24, 26 y 29. El principio del año y el ayuno de Ramadan principia y cae en todas las estaciones. Sin embargo, en Astronomía los mahometanos se sirven del año solar y dan nombre á los meses por los signos del zodiaco.

Además del año común se habla también de un año magno. Aristóteles pensaba que era el tiempo necesario para que el sol, la luna y los cinco planetas entonces conocidos, estuviesen dos veces en conjunción respecto de una misma estrella, año cuyo invierno había de ser un diluvio y su verano una conflagración. Quizá se quiso entender por el período que tarda un mismo punto equinocial ó solsticial en corresponder sucesivamente á todos los signos del Zodiaco ó sean 25.868 años, pero acerca de su duración las opiniones varían enormemente en los diversos autores y pueblos. Los primeros cristianos y aun mu-

chos de los posteriores, creyeron también en un período milenario, al fin del cual se verificaría la destrucción del mundo y el último juicio, creencia que tuvo no poca influencia en la historia.

No solo aprovecha para la cronología el conocimiento de estas medidas naturales, sino también el de otras artificiales, á saber:

La semana, período de siete días, usado por los indios, que los distinguieron como nosotros con los nombres de los planetas, acaso por los egipcios, por los judios en memoria de los siete días de la creación, por los mahometanos y por los cristianos. Los judíos la comienzan por el Sábado, los cristianos por el Domingo, los musulmanes por el Viernes. No la conocieron los griegos y los romanos la despreciaron como extranjera.

Nec te peregrina morentur sabbata

Los griegos contaban por *décadas* y los romanos por *octavas*.

A Timeo, historiador siciliano posterior á Alejandro, se le ocurrió que el catálogo de los vencedores en los juegos olímpicos que se celebraban cada cuatro años, podría servir de unidad cronológica, tomando por punto de partida la olimpiada en que el vencedor Corebo obtuvo por premio una estatua que coincide con el 776 antes de Cristo. Las *olimpiadas* se señalan desde ésta por números consecutivos y dentro de ellas en el mismo orden los de los cuatro años que comprende cada una. Hay que advertir que los años olímpicos comienzan en el plenilunio siguiente al solsticio estival, esto es, hácia principios de Julio. Por consiguiente, para obtener el año á que corresponde una fecha olímpica, se multiplica el número de la olimpiada anterior por cuatro, se añade al producto el número de los años transcurridos de ella y se resta de 776. Si el hecho de que se trata fué posterior al mes de Julio se resta de 777. Dejó de usarse este modo de contar en el siglo IV de la Era Cristiana.

Lustro (á lustrando) por las ceremonias de purificación que se verificaban, es el período de cinco años, al cabo de los cuales los Censores renovaban en Roma el Censo de los ciudadanos y de sus bienes.

Indicción es un período de quince años introducido según se cree por Constantino para la exación de un tributo. Isidoro Pascense refiriéndose al consulado III del Emperador Anastacio en que fué promulgada la *Lex romana Visigothorum* dice que éste ordenó se contase por la indicción ó por la era, *qui vult per indictionem computet vel per æram*. La indicción

normal ó proleútica arranca de 1 de Septiembre de 312. No es cierto que empezaran en Occidente el 24 del mismo mes, sino en tiempo de Carlomagno. La indicción constamnopolitana fué usada por los pontífices desde 584 á 1087 y por los pueblos visigóticos de la Galia. Que la indicción usada en España es la de Constantinopla, se prueba por la inscripción del monumento de Comenciolo en Cartagena. Según ella, fué enviado por Mauricio contra los bárbaros *(míssus á Mauricio Augusto contra hostes bárbaros)*. Según Evagrio, este destino lo tuvo algunos meses después de la Primavera á consecuencia de la derrota de Filipico y la inscripción en su honor concluye.

Sic semper Hispania tale rectore laetatur
Dum poli rotantur dumque sol circuit orbem
Ann. VIII Aug. ind. VIII.

Si la indicción VIII hubiera comenzado en 1.° de Enero de 590, ¿cómo era esto posible?

Esta indicción se empleó en España no solo en esta y otras inscripciones bizantinas (1) y en la visigóticas de la Galia, como se ve en las recogidas por Le Blant (2) sino en algunas de la Península (3). Suprimióse sin embargo en otras, empleándose la era (4), practicándose por tanto la disposición anastasiana *qui vult per indictionem computet vel per æram*. La indicción se encuentra hasta en las monedas acuñadas por Muza (5) y es utilísima para fijar la cronología visigoda.

El siglo.—significamos hoy con esta palabra un período de cien años, pero no siempre se ha entendido esto. Los etruscos comenzaban el primero, el día de la fundación de la ciudad, y lo concluian cuando moría el último de sus fundadores, entonces comenzaban el segundo que concluía con la muerte de todos los que vivían al principiarse, y así en los demás. Los romanos lo determinaban por medio de las fiestas, por esto lla-

(1) Como esta del Rocadillo: Aquí yace Nicolás Macriotes, fallecido en 5 de Marzo, indicción IV.

(2) *Inscriptions chretiennes de la Gaule--t. II.*

(3) Como se ve en esta inscripción sepulcral: *Eulalia.... quiescet in pace die de..... l..... s c se. t..... i.....c. c. V er. D.*

(4) Como se ve en la conmemoratoria de la edificación de la Basílica de Sta. María por la misma Eulalia y su hijo el monge Paulo y dedicada por el obispo Bacauda, que concluye: *Consecrata est basílica hae sanctæ Mariae II calendas Junias, era DCLX° VIII* y en la de la consagración de la basílica toledana: *In nómine Dómino consecrata eclesia s.. cte Marie in catholico die primo regni d... ni nostri gloriossime Fl. Reccaredi regis, era DCXXV.*

(5) *Non Deus nisi Deus soltus: non Deus alius. Indic. X.*

madas seculares, pero no resulta que se celebrasen siempre de cien en cien años, pues las hubo en el 245 de Roma, en el 305 en el 605, en el 737, en el 800, en el 840, 950, 1000 y 1153. Horacio en su conocido *Carmen sæcculare* lo fijaba en once decenas.

Certus undenos decies per annos
Orbis ut cantus referatque ludos

Se ha suscitado la cuestión de si el siglo debe comenzar el año 100 ó el 101. Dionisio el Menor, ponía el nacimiento de Jesucristo á 25 de Diciembre del año 0, pero en general se supone que, dejando fuera de la era los ocho primeros días, su vida, la comenzó con el año siguiente. Milita, sin embargo, en favor de la opinión contraria, lo extraño que parece se llame por ejemplo á nuestro siglo el decimonono cuando no le pertenece el año de 1900.

Ciclo lunar ó número aureo.—Es el periodo de 19 años inventado por el ateniense Meton (433 a Jc.), al cabo del cual vuelven á presentarse las varias fasces de la luna en los mismos días del año trópico. Los atenienses lo hicieron esculpir con letras de oro en la plaza pública y lo enviaron á Roma, también con caracteres de oro en una plancha de plata, de aquí el nombre de *Aureo número*. Como el año primero de la era vulgar, tuvo el 2 por aureo número, para hallar el de cualquiera de aquellos años se le añade la unidad se dividirá por 19 y el residuo será el número buscado, si no deja ningún residuo será el 19.

Ciclo solar.—Es un periodo de 28 años. Para formar un calendario perpétuo que señalase los días de la semana, se valieron de las 7 primeras letras, llamando A, al primer día, B, al segundo, &. Como el año consta de 52 semanas y un día, sobra una letra cada año, de modo que si la que corresponde al domingo en un año es la A, en el segundo correspondería al lunes, y siguiendo así, al cabo de los siete años, concluirá el siclo, pero como cada cuatro años se intercala un día en Febrero, desde el 24 la letra dominical pasará al lunes, por eso los bisiestos tienen dos letras dominicales. Para que se reproduzcan pues las siete letras en el mismo órden se necesita pues un período de 28 años.

Ciclo juliano.—Llámase así á uno imaginario inventado por José Scaligero, en el siglo XVI, para reducir á él los más usados. Para esto multiplicó los tres números 19, 28 y 15 de los ciclos lunar, solar y de la indicción, resultado el 7.980 años de que se supone componerse este ciclo. Para hacer comprender su manejo, supongamos que queremos averiguar á qué año del ciclo juliano corresponde la primera olimpiada. Como sabemos

que ésta correspondió al año 776 a. de Jc. y el primer año de la era cristiana en el ciclo juliano es el 4714, restando de éste el primero, tendremos el de 3938 del período juliano. Y es de notar que mientras astrónomos y cronologistas disputan sobre si la primera olimpiada fué el año 775 ó 776, todos convienen en el 3938. Como se ve, para las fechas anteriores á Jc., basta una simple resta. Para las posteriores á la era cristiana, se suma en vez de restar. Carlomagno se coronó el 800 de la era cristiana; sumando este número al 4714, tendremos el juliano de 5514. Para hallar el ciclo lunar, el ciclo solar y la indicción, se dividen sucesivamente por 19, por 28 y por 15.

Eras. Se da este nombre á un suceso importante histórico que sirve de punto de partida para contar los años. Las que interesan á nuestro propósito son las siguientes:

Era de la creación del Mundo. No se está de acuerdo en si esta era debe principiar desde la formación de la tierra ó desde la aparición del hombre. Mientras prevaleeió la doctrina de la Edad Media que no ponía entre una y otra más diferencia que la de cinco días, la cuestión carecía de importancia. Pero no sucede hoy lo mismo en que la Geología y un estudio más detenido de los textos bíblicos hacen que científicos y religiosos convengan en que median entre ellas un tiempo casi inconmensurable. Mas tampoco lo están los diferentes textos bíblicos respecto á la época de la creación del hombre. La versión griega de los setenta seguida por los Apóstoles, los primeros padres y los escritores cristianos de los primeros siglos como tambien por el escritor judío Flavio Josefo y á favor de cuya cronología militan el que el códice de que se tradujo fué reputado el más auténtico por el sanedrín judío y el ningún interés de los traductores en alterar el cómputo, pone la creación del hombre 5228 años antes de Jc. los Samaritanos el 4293, según el texto hebreo el 3992. Esta enorme diferencia no se ha salvado tampoco por los que han intentado conciliar la cronología sagrada y la profana, pues mientras D. Alfonso X y Regiomontano colocan el nacimiento de Jc. el año 6984 del mundo, Luís Lippomane lo pone en el 3616. Por eso esta era es de poco uso en la Historia y en su lugar se emplea la *Era Vulgar ó del nacimiento de Jesucristo* contándose los sucesos según eran anteriores ó posteriores á él. Muchos opinan y con algun fundamento que el nacimiento de Cristo debió ocurrir cuatro ó cinco años antes de la Era Vulgar, pero esto en nada altera la cronología. Más dificultad ofrece la diferente manera de comenzar los años. Unos lo empezaban en Marzo como el calendario de Rómulo, otros en Enero como el calendario de Numa, quien el

25 de Marzo día de la Encarnación, quien el 25 de Diciembre día del Nacimiento; así que unos anticipaban el año en nueve meses y siete días y otros lo retardaban en tres menos siete. Ni faltaba quien comenzándolo en 1 Enero lo adelantara un año ni quien principiándolo en la Pascua lo hiciera variar con ella. En Aragon se mandó que se empezara á contar desde Navidad en 1350, en Castilla en 1383 y en Portugal en 1420. Por último, en tiempo de Felipe II se introdujo en España la manera actual de contar los años.

Era de Roma (Ab urbe condita). Según Varron, Roma fué fundada en el año tercero de la VI Olimpiada 21 de Abril de 753 a Jc. opinión segida por Dion Casio, Plinio el Mayor, Veleyo Paterculo y el emperador Claudio; según Catón á quien siguen Dionisio de Halicarnaso y Tito Livio en 752, y por Verrio Flaco en 754. En esta era se designaban los años con los nombres de los Consules.

Era hispánica comenzó 38 años antes de Jc. cuando el Consul Domicio Calvino acabó de someter á España al dominio de Roma. Para reducir pues los años de esta era á la vulgar hay que restar de esta el número 38. *Hegira* ó huida de Mahoma á Medina de la Meca 16 de Julio de 622. Hay que tener en cuenta para las reducciones lo dicho acerca del año árabe.

Monumentos cronologicos. Los que interesan á nuestro propósito son los *Mármoles capitolinos* que contienen los *Fastos consulares.* Desenterrados en 1547 el cardenal Alejandro Farnesio, los regaló al senado romano que los hizo colocar en el Capitolio en una sala preparada por Miguel Angel. Se componían de fragmentos en bastantes mal estado conteniendo no solo la lista de los consules desde el año 295 de Roma sino de alguuos otros magistrados y de los pontifices y la época de muchos acontecimientos. Otros fragmentos se han descubierto en 1567 al pie de las Esquilias y en 1816 junto al templo de Castor. Panvinio los creyó obra de Verrio Flacco que segun Suetonio *fastos á se ordenatos et marmoreo pariete incisos publicarat.* Borghesi va completando la primera série con los nuevos fragmentos y rellenando los claros. Hoy se ha logrado reconstituir la lista de los Consules desde Junio, Bruto y Tarquino Colatino nombrados (245 A. V. C.) á la caida de los reyes hasta Flavio Basilio Junior (1294) último particular que obtuvo esta dignidad. Algunos la prolongan hasta el 1421 nombrando algun que otro Consul pero ya en este tiempo ha decrecido su importancia cronológica por haberse introducido el cómputo de la era Vulgar. Debe notarse que hasta el año 454 los consules tomaban poseción en diversos días segun las

intercalaciones sacerdotales, desde 454 á 532 el 24 de Abril, desde 532 al 600 el 15 de Marzo y desde el 600 en adelante, el 1.° de Enero; que los fastos consulares están acordes desde el año 479 *A. V. C.* pero con anterioridad están discordes con los autores y entre sí y por último que en barros y en inscripciones parietarias se suelen encontrar nombres de consules que no se hallan en los fastos.

Cánones cronologicos. Para nuestra história solo puede tener alguna utilidad el de Ptolomeo en su Almagesto muy exacto como apoyado en observaciones astronómicas que comienza el año 747 a Jc. y concluye en los Antoninos.

Calendarios. Se deriba de *Kalendas* nombre que daban los romanos al primer día de su mes (de *caleo* publico) porque en él se publicaban los bandos; *almanaque* del árabe *al* (el) y *man* (luna) equivale á lunario como *menologio* de *men* mes y *logos* discurso ó tratado de los meses. Los que interesan principalmente para la Historia de España además del actual del que no nos ocupamos por conocido, son el romano, el árabe y el hebreo.

Calendario romano. En él deben notarse además de la progresión de los días de que ya hemos hablado, (a) las *letras nundinales* (las ocho primeras del alfabeto) que señalaban el período en que se celebraban las *nundinas* ó ferias, de importancia para el derecho pues en los días nundinales iban los campesinos á Roma para saber las disposiciones que se publicaban acerca de la disciplina, de la religión y del gobierno y se hacían las citaciones para los juicios (b) la naturaleza de los días; estos eran *fastos* en que se podía administrar justicia y el pretor pronunciar las palabras solemnes *do*, *dico*, *abdico* y *nefastos* los demas pues como dice Ovidio.

Ille nefastus erit, per quem tria Verba silentur;
Fastus erit, per quem jure licebit agi.

Entre los fastos se distinguían los que se llamaban *fastus prima* en los que solo se podía juzgar en la primera parte del día, llamándose *nefastus prima* en los que sucedía lo contrario; *indotercisus* ó *intercisus* ó cortados cuando á unas horas se podía administrar justicia y á otras no; *quando rex comitiis fastus* en los que podían comenzar los negocios cuando el rey se haya ido del sacrificio; *quando stercus templi delatum fastus* en que se podía tratar de negocios despues de limpio el templo de Vesta, lo que se hacía con grandes ceremonias; se llamaban *comitiales* los en que se reunían los comicios, en estos debía encontrarse tres veces al año (24 de Febrero, de Marzo y

de Mayo) el *rex sacrificulus* que concluidas las funciones religiosas se arrojaba á un precipicio en memoria de la expulsión de los reyes, *auspiciales* en los que se tomaba con los auspicios una magistratura, *cognitiales* en los que el pretor proclamaba sus edictos ó sus sentencias; *justi* ó *praeliaris* cuando se podía proceder despues de ciertas prorogas; *postulario* los en que se presentaban las peticiones á los pretores; *útiles* cuando podían hacerse valer los derechos en justicia y de aquí el *Diutil* calendario de los abogados; *pandiculares* ó *communicari* cuando se sacrificaba á todos los dioses juntos; *lustrici* en los que se purificaban á los niños ó se les ponía nombre que era para las niñas el 8.° y para los niños el 9.° de su nacimiento, y por último se llamaban *atri*, *ominosi*, *religiosi*, *exempti* aquellos que se suponían de desgracia; (c) las fiestas y juegos que escribían los sacerdotes y que por ser tantas no nos detenemos á enumerar (1).

Almanaque árabe. Sus meses son: *(Al-Moharram)* mes sagrado (2), de 30 días-*Al Sefer* (mes de salida) de 29 (3) *Rabié* I ó *Rabí* ó *al Ewwel* (mes de la Primavera, de 30 (4); *Rabié II* ó *Rabí al-Ettsang* (segunda primavera) de 29; *Yumadí I* ó *Yomadah al Ewel*, de 30; (Primer mes de los hielos) *Yumadi II* ó *Yomadah al Ettsang*, (segundo mes de los hielos) de 29; *Rayeb* (mes deseado) de 30; *Saban* (retoño de los árboles) de 29; *Ramadan* (ardiente, destructor); (5) *Chival* (unión de los camellos) de 29 (6) *Dulkaada* (reposo) de 30 (7) y *Dulaye* (mes de la peregrinación) de 29 y de 30 cuando es embolismal. Téngase presente lo dicho antes acerca del año árabe. Los astro-

(1) Cada uno de los meses estaba consagrado á un dios: Enero á Juno, Febrero á Neptuno, Marzo, á Minerva; Abril, á Venus; Mayo, á Apolo, Junio, á Mercurio, Julio, á Júpiter, Agosto, á Ceres; (el día 22 se celebraba la creación del mundo) Septiembre, á Vulcano, Octubre, á Marte, Noviembre, á Diana y á Vesta Diciembre, en que se celebraban los saturnales de que dice Ennio.

Una vescimur, omnis ordo, mensa
Parvi, fæmina, plebs, eques, senatus.

(2) Estaban prohibidas las hostilidades entre las tribus.

(3) Los árabes antiguos hacían sus correrías, el día 26 se llama de la trompeta por el fin del mundo.

(4) El 1.° se celebra la hegira, y el nacimiento de Mahoma los sunnitas el 11, Siitas el 1715, se suspendían las correrías y se hacían muchas fiestas, el 5 por la noche se conmemoraba la concepción del Profeta.

(5) Es el mes de la cuaresma mahometana.

(6) El primer día se rompe el ayuno y se celebran grandes fiestas durante tres días.

(7) Los árabes volvían á su retiro de invierno.

nomos que usan del solar dan nombre á sus meses por los signos del zodiaco.

Calendario hebreo. Su año religioso empieza en el mes de *Nizan* y el civil en *Thisri;* los nombres de sus meses no tienen significado en su lengua por lo que es probable que los han tomado del extrangero, acaso de los Caldeos. Son: *Nizan* de 30 días, (1) *Yar* de 29, (2) *Siban* de 30, (3) *Thammuz* de 29, (4) *Ab* de 30, (5) *Elul* de 29, (6) *Thisri* de 30, (7) *Marchesvan* de 29, (8)) *Chisleu* de 30, (9) *Tebeth* de 29, (10) *Sevat* de 30, (11) *Adar* de 30 (12) y *Ve-Adar* de 29. (13) Los hebreos señalan sus sábados con la inicial de la palabra del Pentateuco que se ha de leer aquel día.

El conocimiento de los calendarios es de gran utilidad para el cronólogo aun despues de saber la manera de computar de cada pueblo. Sucede muchas veces que las fechas no se señalan por meses y días sino en relación á las festividades por ej. tres días despues de Ramadan, el tercer día de Pascua, en las Lupercales de aquel año, el *Corpus de Sangre*, otras los sucesos han debido ó no han podido verificarse en días determinados por la naturaleza de estos días y esto conocido puede rectificarse la fácil equivocación en los números.

Situado el hecho en la Era por los modos dichos se sigue referirlo á sus coetaneos ó á sus anteriores y posteriores y para esto sirven las tablas ó cuadros cronológicos; si se trata

(1) Se celebraba la pascua de los azimos.
(2) Ayuno por la muerte de Eli y sus hijos y la pérdida del arca, segunda pascua para los que no han podido celebrarla en el mes anterior.
(3) Pentecostés-Cisma de Jeroboan, ayuno.
(4) Moises rompe las tablas, Epistemon quema la ley y coloca un idolo en el templo, ayuno.
(5) Ayuno por la muerte de Araon y por los incendios del templo, por los Caldeos y romanos.
(6) Se cuentan las cabezas de ganado para ofrecer el diezmo.
(7) Fiesta de las trompetas por dos días en conmemoración de la creación del hombre *Kippurim* ó gran ayuno el único decretado por la ley —Fiesta de los Tabernáculos.—Fiesta del gran *Hosanna* ó de los ramos. Alegría de la ley por concluirse y principiarse de nuevo la lectura del Pentateuco.
(8) Ayuno en recuerdo de haber mandado Nabucodonosor sacar los ojos al rey Sedecias y matar á sus hijos.
(9) Ayuno por haber quemado el rey Joaquin el libro escrito por Baruch y dictado por Jeremias.
(10) Ayuno por la versión de los 70, por la que las tinieblas cubrieron la tierra 3 días.
(11) Ayuno por la conjuración de las tribus contra la de Benjamin.
(12) Muerte de Moises, ayuno. Principian las disputas de las escuelas de Chammai y del Illel. Fiesta menor de las suertes (purim).
(13) Fiesta menor que en los años embolismales se celebra dos veces.

de lo primero se colocan unos al lado de otros, si de lo segundo unos encima otros debajo. Las dos líneas horizontal y vertical que naturalmente se forman han debido sugerir la idea de los *mapas cronológicos* tan utiles como al presente poco usados. Ya las ciencias naturales emplean la línea para la expresión gráfica del movimiento. Para esto se observa por ejemplo, el número de pulsaciones sucesivas en un tiempo determinado, se colocan puntos á distancias equivalentes, se unen aquellos puntos entre sí y se tendrá la línea de la pulsación.

La colocación de estos mapas cronológicos sobre los geográficos nos dará en su día los verdaderos *mapas históricos.*

VII

Hemos considerado el plano en que los hechos se dibujan en su permanencia y su incesante pasar y aprendido á representarlos linealmente, fáltanos penetrar en su contenido para conocerlos que es el objeto del conocimiento y del arte históricos.

Y aquí ocurre lo primero, fijar el concepto de hecho en su especial determinación de hecho nacional.

Mientras las clases directoras fueron las únicas que tuvieron conciencia reflexiva de sí mismas y las inferiores (agricultores y artesanos) no parecían tener, como en la República de Platón, más oficio que el de servirlas y alimentarlas, ocupando respecto de ellas un lugar bastante análogo al de los animales domésticos, la historia de las naciones no pasó de ser la de sus Estados ó la de sus Iglesias.

Mas cuando, merced á dos revoluciones, una moral y otra política, las clases antes serviles se han emancipado y tienen ya en sus manos las dos palancas sociales más poderosas, la fuerza y el trabajo, cuando una más atenta consideración de las cosas ha permitido apreciar que las victorias y las leyes á que se atribuían la prosperidad de los imperios no son sino resultantes de movimientos más profundos en las entrañas de las naciones, el contenido de su historia ha adquirido ya en idea, sino todavía de hecho, su total extensión.

Mas determinado en la cantidad no lo está en la cualidad del mismo modo. Un mismo hecho es á la par individual, nacional y humano y se corre el peligro de tomar en él como perteneciente á la vida de las unas lo que pertenece á la vida de los otros. Nota Hartmann que todos esos grandes movimientos

que cambian la faz de las eras han sido inconscientes en sus iniciadores; ni Colón pensó descubrir un nuevo mundo ni Lope de Vega crear un teatro, ni Cervantes escribir una epopeya. Y es que los hechos tienen caras distintas, según el sujeto en que se los considere; Publio Decio Mus, arrojándose á los abismos para entregarse á los dioses infernales porque Roma triunfe, es como ciudadano el más sublime de los héreos, como creyente un condenado y un impío. Lo que para el individuo es un hecho concluido, para las naciones no es más que un fragmento de hecho; ellas se mueven en una esfera ámplia donde las más opuestas opiniones se compensan y las disonancias producen armonías.

Esto nos presenta una dificultad al parecer insuperable, si los hechos no son ni pueden ser directamente conocidos más que en el sujeto y por el sujeto que los hace y nosotros no podemos salir de nuestra conciencia ¿cómo podemos penetrar en la conciencia nacional?

La dificultad en parte no es más que aparente; la conciencia de una nación no está más que en sus individuos, todos más ó menos participan de ella, miembros de su cuerpo todo lo que se dá en ella les es común.

Grandemente se equivocaría, sin embargo, el que se figurara que la conciencia que él tiene de su nación es la conciencia nacional; si el estómago pensara, le impidiría pensar á la cabeza, para que no le turbara sus digestiones. La conciencia nacional no es un producto de la conciencia subjetiva, sino su elevación; es algo que está en nosotros, pero más dentro y más arriba que nosotros; para llegar á ella no necesitamos salir de donde estamos, sino levantarnos y purificarnos.

Aun así y todo no somos el órgano, sino un órgano de la conciencia de nuestro pueblo. La conciencia de un pueblo se da en la de todos sus indivíduos y en todos los tiempos, aunque en diversos grados.

No hay indivíduo que más ó menos no la tenga: todos somos historiadores, como todos somos legisladores y artistas, pero en la diferenciación de las funciones que la civilización va haciendo, la conciencia empírica de las naciones halla también su órgano especial, y éste es el que llamamos historiador por antonomasia, representando para ellas lo que la memoria para el indivíduo.

El que se apercibe reflexivamente de que su conciencia empírica queda incompleta sin la conciencia de lo pasado y se afana por descubrirlo, el que siente como propias las glorias y las miserias de sus antecesores y la vocación divina de buscar la

verdad sin preocupaciones y de decirla sin temor, ese ejercita el alto magisterio de mantener constantemente la continuidad de la vida, trayendo á la presente toda la pasada en cuanto cabe en aquel momento y, presentando los hechos al desnudo, aquella autoridad censoria tan celebrada en aquel historiógrafo de la China, que amenazado de muerte por su emperador si escribía uno de sus crímenes, le contestó: mi sucesor escribirá ese delito también.

Claro está que el historiador nacional es el que se halla en mejores condiciones para escribir la historia de su pueblo, puesto que ve el hecho de éste en su hecho propio, que no es más que una determinación y continuación de aquél, mientras que en el extranjero no puede verlo más que desde arriba y de costado, pero en ambos caben deficiencias, que son anejas á su punto de mira y que conviene evitar; el uno siente la propensión á estimar que lo suyo es lo mejor, el otro á criticarlo; aquél aprecia mejor lo que se refiere á la existencia íntima, el otro lo que se relaciona con la existencia universal. Ambos deben estar persuadidos de que no son más que eslabones de la cadena del testimonio que el pueblo y los otros pueblos se da y dan de su efectividad, que no se manifiesta por completo en ningún historiador, sino en su historia.

¿Pero cómo traer á lo presente lo que pasó para no volver, lo que no hemos presenciado y se halla ya tan lejos de nosotros? Los hechos pasan pero no mueren; existen por sus consecuencias en los nuestros, como presentimos que los actuales han de vivir en los futuros, y además tales como fueron y se apreciaron se conservan en la memoria de las generaciones: los pueblos tienen también su memoria, esa memoria son sus monumentos.

Se llama monumento, de *monendo*, todo objeto antiguo que nos instruye acerca de las cosas pasadas, y Arqueología la ciencia que los estudia. (1)

Los monumentos son de dos órdenes: unos naturales como edificios, estátuas, muebles, utensilios, alhajas, armas, monedas, dibujos, restos humanos, &; otros espirituales, ya trasmitidos oralmente, ya por la escritura. (2)

Otra división, acaso más interesante, podría hacerse de las antigüedades, por su relación á la Historia. Hay monumentos fabricados tan sólo para ocurrir á las necesidades, á las como-

(1) De Ἀρχαῖος y Λόγος—Discurso ó tratado acerca de antigüedades.

(2) En este sentido Flav. Josefo, Dionisio de Halicarnaso y modernamente Potter, titularon Arqueología sus obras sobre las antigüedades hebraicas, romanas y sobre las costumbres griegas.

didades ó al gusto de sus dueños, otros cuyo manifiesto fin es transmitir noticias á la posteridad.

Entre aquéllos, parece natural que se comience por los más antiguos ejemplares de la industria humana, y ésto son, sin duda, los instrumentos de piedra.

Ya en el siglo XVII escribía Beuter, historiador de Valencia: "Agora, en el año de 1534, cerca de Fuentes á media legua de Cariñena de Aragón donde está un monasterio de Cartujos, se ha hallado en un campo lleno de montes de tierra, cavando por otra ocasión, que estaba poco debajo de tierra, gran multitud de huesos grandes y de armas hechas de pedernal, á manera de hierros de saetas y de lanzas, y como cuchillos á manera de medias espadas, y muchas calaveras atravesadas de aquellas piedras como de hierros de lanzas y saetas," (1) de modo que siglos antes de los modernos descubrimientos se sabía en España demostrativamente la naturaleza y origen de esas piedras á las que la ignorancia y la superstición han atribuido origen celeste y virtudes maravillosas. Pero, ¿cuándo comenzaron á usarse? La Geología nos muestra que en el terreno terciario la tierra era ya habitable para el hombre, y los objetos encontrados por Bourgeois en la Turena, por Rames en la Auvernia y por Ribeiro en la cuenca superior del Tajo, movieron á muchos geólogos y naturalistas como Haekel, Capelini y Mortillet á admitir la existencia en este período del hombre, ó más bien de un antecesor suyo, bastante inteligente para tallar la piedra y encender el fuego, á quien Haekel llama *alalus* ó mudo y Alberto Gaudry *diopitecus*, y que Mortillet, en honor á sus descubridores, denomina *Bourgeois*, *Ramesi* y *Ribeirianus*. Pero la mayoría de la comisión nombrada por el Congreso internacional de Geología y Arqueología prehistórica, reunido en Lisboa en 1880, opinó que los utensilios presentados por Ribeiro no podían clasificarse de terciarios por haberse encontrado en la superficie; los silex tallados de Thenay son escasos y dudosos, según el informe de Contheau á la asociación francesa de geólogos y, según este mismo geólogo, el terreno de Puy Courny, en la Auvernia, no es terciario, por lo que ni la existencia del hombre en este terreno ni la de su imaginado antecesor, que no ha parecido por ninguna parte, aparece hasta el presente comprobada.

La edad de la piedra comienza, pues, según los datos hasta ahora recogidos en el terreno cuaternario y viene á terminar

(1) Geología y Protohistoria ibéricas, por los Sr. D. Juan de Vilanoba y D. Juan de Dios de la Rada, págs. 293 y 294.

en el moderno, y se divide, según unos autores, en dos períodos *paleo* ó *arqueolítico*, ó sea de la piedra tallada y *neolítico* ó de la piedra pulimentada; según otros en tres, *paleo* ó *arqueolítico*, *mesolítico* y *neolítico*, diferenciándose el segundo del primero por el empleo del hueso, astas de ciervo, &, como materia de su tosca industria. Estos se subdividen después en yacimientos, que reciben su nombre de las localidades en que se han encontrado los objetos que sirven de tipos para clasificarlos. Los españoles no se ajustan por completo á esta clasificación, por lo que alguno de nuestros escritores de prehistoria ó protohistoria ha dejado deslizar la sospecha de si la ibérica pertenecerá más bien á la africana que á la europea. La verdad es que estas clasificaciones no pueden estimarse más que como puramente provisionales.

El período arqueolítico de la segunda clasificación y el primero de los arqueolíticos de la primera llamado en ella *achiulense* ó *chelense*, se caracteriza geológicamente por tener su yacimiento en la parte más baja del terreno diluvial; paleontológicamente por las osamentas fósiles del elefante antiguo, y antropológicamente por los craneos de Canstad, de Neunderthal y de Forbes, y las mandíbulas de Martanau y de Naulette, y arqueológicamente por hachas toscas de silex, cuarcita, cuarzo de filón y jaspoideo, talladas por ambos lados en forma amigdaloidea, de uso manual y sin señales de que se les uniera un mango.

Pertenecientes á este período no se han encontrado en España más que el craneo de Forbes cerca de Gibraltar; en el *diluvium* de S. Isidro hachas de pedernal, alguna de tamaño extraordinario, como que mide 0,22 metro de largo y 0,11 en su mayor anchura, algunas, en las pocas que se han hallado de cuarcita, que afectan la forma de punta de lanza, de cuchillos, raspadores, &, y otras que se apartan del tipo chelense por tener pequeños retoques en los bordes de una de sus caras; una rota, recogida por Cartaillac en la superficie cerca de Leira y las descubiertas por Delgado, con algún cuchillo y huesos con incisiones en el piso inferior de la cueva de Furinha (en el promontorio de Peniche, quince leguas N. de Lisboa).

Los últimos subperíodos de la época arqueolítica, de que se ha formado el período mesolítico, unidos se caracterizan por su yacimiento en los horizontes medio y superior diluvial, ora se encuentren al exterior ó dentro de las cavernas, siendo esto último lo más frecuente, porque ya vemos al hombre apoderado de esas antiguas moradas de las fieras, haciendo de ellas su habitación y su sepultura; por lo que podría quizá denominarse

mejor que período de la piedra y del hueso, período de las cavernas naturales, puesto que el hueso no aparece en sus dos primeros pisos; si no fuera (aunque á nuestro juicio esta razón no es bastante) porque se encuentran objetos pertenecientes á él en las turberas, en los paraderos ó *kiokenmodingos* y en algunas estaciones palustres.

El período mesolítico se subdivide en tres subperíodos, que llevan los nombres de *musteriense*, *solutrense* y *magdalense*. Caracterizan al primero, arqueológicamente, la raedera ó raspador, otros instrumentos dentados á manera de sierras y hachas gruesas y toscas talladas por un solo lado y terminadas generalmente en punta (la punta de Munster) por uno de sus extremos; antropológicamente, los cráneos de Engis (Bélgica), Grenelle (París) y Mugem (Portugal), y paleontológicamente los restos del mamuth, oso de las cavernas, reinocerontes de narices tabicadas, toro almizclado, &. Al segundo las hachas en forma de hojas de laurel, de muesca ó pedúnculo, otros utensilios como raspadores simples ó dobles, distintos de la raedera del subperíodo anterior, perforadores, núcleos con señales evidentes de haber suministrado láminas ó cuchillos, percutores y sierras, cuchillos de uno y doble filo labrados en pedernal (los que más abundan), jaspe y cristal de roca de formas tan hermosas y variadas, que representan lo más elevado del arte arqueolítico; paleontológicamente, los restos del reno, toro, bisonte y caballo, estos últimos tan abundantes, que algunos han querido que le diera nombre. Restos humanos no se han hallado que con seguridad puedan atribuírsele. Al tercero, arqueológicamente, por un retroceso respecto á la industria de la piedra y un gran desarrollo de la de hueso, asta de ciervo y marfil. La primera está reducida á cuchillos, raspadores simples y dobles y algún buril. De la segunda se encuentran la aguja de hueso, azagayas, harpones y grabados, en los que se reproducen animales, plantas y figuras humanas y objetos de adorno como brazaletes y collares; antropológicamente, por los cráneos y huesos de Crog-Magnon, algunos de los cráneos de Canarias y se supone que de los iberos; paleontológicamente es el período del reno, pero en España no se encuentra, ocupando el lugar de sus restos osamentas de elefantes.

Las estaciones españolas del período mesolitico se distinguen: en cuevas en que solo se encuentran instrumentos de pedernal, como la de *Parpalló* (provincia de Valencia), en que se hallaron cuchillos de silex mezclados con dientes de caballos y toros primitivos, mandíbulas y astas de ciervos, pedazos del *pecten Jacobus* (concha de los peregrinos) y otras conchas;

pero sin cerámica ni huesos labrados, aunque en el arranque de algunas astas de ciervo, se notan incisiones profundas, como también algún mogote afilado por el uso; la *Cova negra* en Serra grossa con instrumentos de silex parecidos á los de la anterior; dientes de caballo primitivo, dos huesos, conchas de tortuga terrestre y otras de moluscos; la de las *Maravillas* en Gandía, en su parte prehistórica, con cuchillos y una bonita flecha de pedernal; la de Avellañera (en el cerro de Matamon) con cascos y cuchillos de pedernal, un molar humano, dientes y huesos largos de ciervo, conejo y liebre, fragmentos del *pecten magnus* y de la de los peregrinos y extraordinario número de las de caracoles, amen de otras; en Portugal no se han encontrado: las que además de los instrumentos de piedra, los contienen de hueso labrado pero sin cerámica como la notabilísima de *Altamira* (en Santillana de la Mar, provincia de Santander) en la que además de utensilios de piedra tallada se encuentran huesos trabajados con rayas hechas artificialmente, lo que se observa tambien en algunos cuernos, pero lo más curioso de esta cueva son los dibujos que contiene pintados con ocre rojo y negro, en la bóbeda de 23 animales de gran tamaño, algunos perfiles que parecen querer representar bizontes y una corza entera (de 2,20 metros de larga por 1,40 de alta) de algunos otros en la segunda galería, de un animal incompleto en la tercera y de un toro y unas orejas á la entrada de la cuarta, la de *Bora grande* (en Carreras, Gerona) que contenía arpones de hueso con una y dos filas de dientes puntas de azagaya y afiladores de hueso con dibujos, instrumentos de pedernal huesos de animales y conchas; en las del *Cuco* y *S. Pantaleón* (en Santillana y Camargo), además de algunos de estos objetos, una piedra con dos cabidades, acaso para triturar grano: entre las que además del hueso ó sin él contienen cerámica, citaremos en primer lugar la *cueva lóbrega*, (en Torrecilla de Cameros) explorada por Mr. Lartet en unión con nuestro sabio cuanto modesto amigo el difunto Dr. Zubia, en ella se encontraron un cráneo dolicocéfalo, carbones y piedras ennegrecidas, instrumentos de hueso y variedad de cerámica con dibujos, dos mandíbulas, un cráneo que Prunerby creyó celta, pero que Lartet por su somero yacimento no cree contemporáneo de lo restante, huesos de mamíferos casi todos de especies domésticas, cerdo, cabra, obeja y de dos razas pequeñas, de toro y urio; la de la *Cueva de la Muger*, (en la Mesa del Baño, (Alhama de Granada) explorada por el Sr. Mac-Phersón, donde este halló cerámica parecida á la de la cueva de Genista, (Gibraltar) y á la cueva de los Murciélagos, (Albuñol)

aunque con mayor abundancia y variedad en la forma y tamaño de las vasijas que están teñidas con una capa de almagra, huesos y dientes de diferentes animales (buey, ciervo, diferentes rodencios y aves) y tambien humanos, entre ellos un frontal y un parietal al parecer del mismo cráneo, cráneo muy pequeño y parecido á los que se han encontrado en Gibraltar, cuchillos de sílice, una piedra para afilar y otras probablemente para formar ó bruñir las vasijas, objetos de hueso y pedazos de conchas; la *cueva de Roca* (cerca de Orihuela) con muchos huesos ennegrecidos como en la anterior, especialmente de individuos jóvenes, lo que parece mostrar antropofagía ó cremación, cráneos gruesos y con prognatismo, huesos y dientes de caballo, ciervo y otros, algunos destinados á collares, conchas y caracoles, mucha cerámica tósca y ennegrecida por dentro y en otras cercanas instrumentos de pedernal con alguna flecha notable por su delicadeza, siendo de notar que faltan los objetos de hueso; no obstante el adelanto en la cerámica y en los instrumentos de piedra.

Este caso y otros más decisivos que notaremos deben precavernos para no prestar una absoluta confianza á clasificaciones que, si prestan la utilidad provisoria de agrupar hechos análogos, no pueden servir de sólido fundamento para levantar sobre ellas atrevidas hipótesis, ó relatos novelescos como ha sucedido con más frecuencia de lo que tolera la seriedad de los estudios históricos.

El período neolítico se caracteriza geológicamente por su yacimiento en los terrenos modernos, arqueológicamente por los monumentos que le dan nombre, paleontológicamente por la extinción del mamut y del oso de las cavernas y la emigración á regiones más septentrionales ó más elevadas del reno, la marmota, la gamuza, la cabra de los Alpes y antropológicamente por la existencia de cráneos dolicocefalos y braquicefalos, estos últimos atribuidos á la raza de Furfooz y Grenelle, á quienes se supone introductores en Europa del pulimento de la piedra y de la cerámica.

Se llaman *megaliticos* (de *megas* grande y de *litos* piedra) unos toscos monumentos construidos como su nombre lo indica de piedras gigantescas. El más sencillo de ellos y el fundamento de esta singular arquitectura es el *menhir* (de *men* piedra, *ir* largo ó hincado) piedras hincadas verticalmente, la mayoría de las veces solas, otras formando á distancias proporcionales círculos, elipsis, cudrilateros, ó calles. Cuando sobre dos menhires se coloca otra piedra horizontal, se llama *dolmen* (de *tol* mesa, y de *men* piedra) si las piedras son solo tres se

llama dolmen símple ó *trilito* cuando se continúan formando una habitación dolmen compuesto y si se haya cubierto con una colinita artificial de tierra cernida *túmulus*. Cuando el dolmen se haya rodeado de otras piedras parecidas á los menhir pero más pequeñas *cromlech* ó recinto sagrado, cuando los menhir forman una calle que generalmente conduce á un cromlech ó á un tumulus *alineamento*. Hay tambien unas grandes piedras que descansan en otras más pequeñas que se introducen por un hueco que aquellas tienen en su base y que á su vez se aseguran en el pedestal lo que permite á las primeras moverse con facilidad pero no caer, por lo que se llaman *piedras oscilantes*. La canalita que se han encontrado en algunas ha hecho sospechar si estarían destinadas para los sacrificios.

Todos estos monumentos hasta hace poco han venido llamándose druidicos porque se suponían levantados por los celtas, llegando algun autor portugués á fundar en ello la diferencia de raza que explicaba la separación de Portugal y España: pero despues se encontraron en paises á que históricamente se sabe que los celtas no llegaron; en Andalucía, en Africa y más tarde puede decirse que en todo el mundo.

Además de los dolmenes pertenecen á este período cavernas modificadas ó agrandadas por el hombre ó abiertas por él en las rocas calizas ó triasicas hasta constituir con ellas verdaderas poblaciones troglodítas; *paraderos* y *palafitos* tanto que Mortillet le llamó período de *Robenhausen* por la turbera suiza en que encontró estos restos, y por último talleres, castros ó campos atrincherados y hasta *citanias* ó ciudades prehistóricas, bien que estas construcciones y otras como el castillo de Ibros y la parte más antigua de las murallas de Tarragona, aunque en ellas se encuentren objetos de piedra pulimentada, nos inclinamos á creerlas ya pertenecientes á la época del metal.

Pretenden Mortillet y Cartaillac, que la introducción en Europa de la piedra pulimentada fué obra de un pueblo invasor, pero la sinrazon de esta hipótesis fué demostrada por Cazalés de Fondauce en el Congreso de Estocolmo, lo que no tardaremos en ver confirmado en nuestra península.

Los instrumentos pertenecientes á esta época son de piedra alisada hachas que colocaban en mangos de hasta de ciervo ó de madera, flechas ó lanzas, puñales, gubias, sierras, anzuelos, cuchillos, y percutores con variados objetos de hueso y de asta de ciervo como punzones y perforadores; con una tosca cerámica; la indumentaria representada por los primeros tejidos y la agricultura por los restos de plantas y semillas y hasta de

una especie de pasta de trigo ó de cebada análoga á nuestro pan.

En España abundan los menhires que en Galicia se llaman *petras fixas* ó *petras fitas* aunque parecen distinguirse en la delimitación del obispado de Dumium en la que se lee *petras fixas quæ ab antiquo fuerunt constructæ et petras fitas quæ ab antiguo fuerunt constitutas*, en Portugal se llaman *Antas* de *Chantas* donde sirven para señalar linderos; acaso para esto sirvió tambien el pequeño menhir llamado *Petra del Diable* entre Ausa é Indica en la actual provincia de Gerona. En Navarra se llaman *piedras hitas*, (así el de los Arcos) y *piedras normas* (otros inmediatos). En Portugal se han encontrado alineaciones en la Pedreira y en el castillo de Paiva; en Carmona dos (despoblado del Judío), y en otras partes y cromlech (los llanos junto al corbones Carmona) y en Moron. Abundan todavía más los dólmenes. Son notables en Asturias, uno sobre que está edificada la iglesia de Santa Cruz de Cangas por lo pequeño, por lo particular de su forma y porque el interior de la primera piedra de una de sus caras laterales, esta gravada, en Granada el dólmen grande de Dilar, en Antequera la *Cueva de Menga* uno de los mayores del mundo, compuesto de 10 piedras verticales cubiertas por 5 horizontales, la quinta de enorme tamaño tamaño y cerrado por una ya rota en sus extremos, al interior tiene dos columnas ó postes pero que no llegan al techo, estando relleno de pequeñas piedras, el espacio que falta para que alcancen, cabando en su suelo se encontró un pozo y en él tres picos de piedra uno roto y dos enteros:en Cataluña entre Poblet y María Nova junto al arroyo de este nombre se han explorado cinco sepulcros con utensilios de los más perfectos de la época neolítica, entre ellos un punzon y un collar de pequeños cilindros de diorita, tosca cerámica y cuatro cráneos dolicocefalos como que su índice cefálico oscila entre 72 á 73'8 ó á 73'9. Tambien existen muchos en Andalucia en el *campo de los eriales*, *vasta necropolis de antiquísima gente* de donde se han sacado puntas de cobre, una sortija del mismo metal, dos flechas, fragmentos de vasijas y un cráneo, otro grupo dólmenico (la mayor parte destrozados) al sitio (llamado *Sepultura grande)* (en la márgen izquierda de la cañada de Jaen) de donde se extrajo un dardo de pedernal de tres puntas, y otro en Gorafe de donde se sacaron dos cráneos enteros, una sortija de cobre, un dardo y una punta de lanza; en Moron la *Sepultura del gigante* (en la Colada del Cañuelo) y otro (en la dehesa de Párraga) y otros muchos que no han sido descritos ó que no recordamos sin los muchísimos que han sido destruidos. En Galicia donde

abundan en extremo se llaman *arcas* (arcas de Lirias y de Padermo) y *mamoas* por su figura á los cubiertos de tierra. Tambien abundan en Portugal en la provincia de Alentejo en la de Beira donde se llaman *garitas* y en la de Entre Duero y Miño donde se conocen con el nombre de *Mamuhas* (acaso corrupción de Mamoas). Entre los objetos encontrados en estos dolmenes y que se conservan en el Museo de Lisboa se encuentra un preciosísimo cuchillo de cristal de roca.

Tambien se han encontrado objetos pertenecientes al período neolítico en cuevas como la de *Albox*, las de *Gibraltar*, la de *Aveñanera*, la de *Alhama*, la del *Re Cintruolo* en Galicia las de *Furinha*, *Cesareda* y *Casa de Moura* &. en Portugal: la de Cabra ofrece una transición entre las cuevas y los dolmenes pues sus paredes, formadas de piedras teñidas de rojo, están cubiertas por una bóveda escabada en la roca arenisca..

Ofrece un interés exepcional, solo comparable á los descubrimientos hechos por los hermanos Siret en la provincias de Almería y Murcia y digno de los muchos trabajos que se le han dedicado, el yacimiento de Carmona que comprende objetos de la Edad de piedra desde los tipos arqueolíticos semejantes á los de S. Acheul y Moustier (en las sepulturas del Acebuchal y mitad inferior del túmulo de *Las Cuevas de la Batida*) hasta los de cobre y otros metales que enriquecen el museo formado por D. Juan Pelaez y Barrón. Dejando para su lugar los que pertenecen á la época de los metales y descartando de los de la piedra los ya conocidos, solo nos fijaremos en la cerámica que se encuentra en los túmulos, pertenecientes á esta y que consisten en pedazos de arcilla muy basta, hecha sin torno, sin grabados y secada al sol; en la de los de transición en la que se ven trazadas paralelas en que han intercalado impresiones hechas con la uña, rombos, zig-zags ú otras combinaciones, en los grabados en hueso y en concha, de los que los más imperfectos acaso puedan atribuirse á este período, en dos groserísimas esculturas representando un ave y una cabeza de otro, semejantes en lo rudimentarias á la estatuita de esteatita encontrada en Blanquizares (Tijola) dentro de un cráneo; en los cráneos dolicocéfalos pero sin platicefalia en que este yacimiento abunda.

Se encuentran piedras oscilantes en Asturias las de *Boariza* y *Abra* (Santander), en Galicia cerca de Bayona, en Portugal, en Andalucía cerca de Luque, siendo la más notable de todas la de Zamora que se dice daba sombra á 400 obejas y de cuyo hueco pedestal se sacó un becerrillo de oro.

De los datos recogidos por mi docto amigo D. Francisco

Fernandez y Gonzalez, de antiguos geógrafos é historiadores, se induce cuan grande era el número de lagos, lagunas y esteros que cubrían una gran parte de la superficie de nuestra península y cuan legítimo sea inferir de ello la abundancia de poblaciones lacustres. Hay noticia de que existieron en Galicia en la laguna de *Cairegal del Juncal* donde se supone que la antigua *Brigatium* estuvo fundada sobre pilotes, en la de *Antela* ó de la Limia, donde según el Sr. Villamil y Castro en tiempos de sequía "se dá por seguro, suelen aparecer en ella calzadas y cimientos de edificación en la de *Carregal* en *Dimo*" donde aseguran los del país, según el Sr. Murguia, que está sepultada la fabulosa ciudad de Villaverde, añadiendo que en el fondo de la tal laguna se han descubierto y se ven en días claros grandes vigas, en la de *Sta. Cristina* (Mondoñedo) que, según el Ldo. Molina, cuando se seca en parte deja al descubierto cosas de hierro labradas, y piedras cortadas y ladrillos y clavos y ollas y otras cosas de esta calidad que demnestran claro haber habido allí edificios y población. En Cataluña se ha reconocido en nuestros días una estación lacustre en *Caldas de Malavella (Aquæ Voconiæ)* y recientemente parece haberse descubierto otra en Castilla.

El alisamiento de la piedra exige un tiempo que supone á intérvalos por lo menos una situación más tranquila que se ha de reflejar, como de hecho se refleja, en la extensión de las industrias; se perfecionan las que sirven de auxiliares al arte de la guerra, se construyen verdaderas hachas porque estan fábricadas para recibir un mango, algunas tan acabadas que podrían prestar el servicio de las nuestras, multitud de puntas de diversas especies y piedras preparadas para arrojarlas con la mano y acaso con la terrible honda, se enriquecen las que satisfacen las necesidades ó las comodidades de la paz, con nuevos ó más acabados instrumentos á lo que se presta la doilidad de la materia empleada al nuevo método de fabricacíón, con mazos que son verdaderos martillos y cuchillos, raspadores de diversas hechuras, acabadísimos picos en que no nos es dado comprender como se ha taladrado la piedra para formar el anillo con que se han adherido al mango, agujas, quizá tigeras, y pesas de un tosco telar que delatan la invención del tejido. Los primeros presentados por Góngora que vimos en el Museo Arqueológico de Madrid, confieso que me parecieron algo sespechosos, creyendo que había sido sorprendida la buena fé del infatigable pero entusiasta investigador, mas los pedazos semicarbonizados de Carmona que estan en poder del Sr. Pelaez revelan las existencia en España de un tejido prehistorico. Afirman más y esto

es seguramente lo más interesante, que esta industria es una industria indígena: los tejidos encontrados por el Sr. Gongora son de esparto y de esparto se inclinan á considerar que debieron ser los de Carmona los arqueólogos que les han examinado; ahora bien ni los fenicios, ni los cartagineses, los marinos y comerciantes por excelencia en la antigüedad, conociéron el esparto como ya se ha demostrado, hasta que llegaron á la península en que, convencidos de su utilidad probablemente por ver su uso, lo sustituyeron á la especie de junco de que fábricaban las cuerdas de sus embarcaciones. Y digno es de notarse que mientras los tijidos de Gongora parecen hechos á mano, tal como hoy mismo los labradores de Almería y de Granada aderezan con sogas y tomizas, agobias y esparteñas, su rústico calzado, los de Carmona más adelantados exigen el empleo del telar, lo que parece confirmar el hallazgo de sus pesas. Tambien debe ser de esta época sinó es un poco más antigua la invención ó introducción de la rueda del alfarero y de los primeros hor nos rudimentarios para la cocción de las arcillas.

Lo que sí debió decaer sin apelar á la invación de otra raza que en el M. de España nada justifica pues que en este territorio no se encuentran craneos braquicefalos, es la industria de la silice y como consecuencia la de los primcros grabados en hueso que necesitaban de los duros y finísimos buriles que las fracturas del pedernal ofrecen sin buscarlos incitando á su empleo y aun esto facilmente esplicable por la pérdida del habito de manejar una materia abandonada por indocil, dura, quebradiza y que no en todas partes se encontraba no puede concluirse tan de plano porque en la mayoría de los casos los objetos de piedra pulimentada estan mezclados con los de piedra tallada, y los grabados hechos con la piedra en el hueso y le concha se dan la mano con los esculpidos en ellos con el metal. Con burriles de bronce se supone grabada una cabeza de muger en que se han notado remisnicencias egipcias ó asirias aunque bien pudiera haberlo sido, con los finísimos y variados de silice que se han extraido de Carmona donde se encontró.

Las rudísimas esculturas de que antes hemos hablado con un pequeño cromlech encontrado en una de las cuevas de Carmona, y que no sabemos si atribuir á este periodo ó al siguiente, y las antiquísimas inscripciones de algunas cuevas que merecen ser tratadas por separado, son quizás monumentos que ya tienen intención histórica.

El transito de la piedra á los metales es en toda Europa tan insensible que no ha faltado arqueólogo que proponga se junten el periodo del cobre y el de la piedra pulimentada con el nom-

bre de periodo *eneo-litico*. Ya hemos visto que en España en cuevas y dólmenes se encuentran objetos de estas dos materias.

Suele dividirse la edad de los metales en edad del cobre, del bronce y del hierro. Que el uso del primero debió preceder al del segundo lo dicta la razón común que enseña debió comenzarse por lo que presenta más facilidades y que exige menos conocimientos y manipulaciones, por lo que, dandose el cobre puro ó cuasi puro en la Naturaleza y siendo el bronce una aleación cuyas proporciones no son fáciles de adivinar y que además exige la extración prévia del cobre, el mayor de sus componentes, es inconcebible que este no se utilizara antes de que se inventara aquel. Pero hay además muchos hechos que lo prueban: las primeras monedas fueron de cobre, reducidas á pedazos informes y sin inscripciones por lo que se llaman *anepigráficas*; Bougemont afirma que hubo en Egipto un periodo anterior al del bronce durante las dinastías IV, V y VI, esto es 4.500 a. Jc; según Hesiodo los hombres de la tercera generación tenian armas de cobre, casas de cobre y trabajaban la tierra con instrumentos de cobre, las hachas de cobre puro ofrecen formas iguales á las de piedra pulimentada, son planas nó presentan rebordes y sólo se distinguen de ellas en ser más delgadas como lo pedia la mayor resistencia de la materia á partirse por el choque, mientras que el tipo más característico de las de cobre el hacha de mango transversal, es en el bronce muy rara, y por último las más antiguas se distinguen por no presentar señales de fundición, sino de forja ó martillo, es el metal tratado como piedra; más tarde es cuando aparecen fundidas sirviendo así como de intermedio entre la piedra y el bronce.

Muchos arqueólogos han sustentado, sin embargo, que en Europa no se ha conocido la Edad de Cobre, porque los primeros pueblos que á ella trageron los metales se hallaban ya en la Edad de Bronce, y aun se han querido explicar los primeros hallazgos de instrumentos de cobre puro que los desmentían, por toscas imitaciones hechas de los bronces por los naturales.

Pero la existencia de una industria indígena de cobre en nuestra península, se demuestra:

1.° Por la existencia de minas de este metal, explotadas con instrumentos de piedra y con astas de ciervo. En la *Mina del Milagro*, á corta distancia de Covadonga, la explotación más antigua de Europa, según respetables autoridades; en las de *Cerro Muriano*, en Córdoba; en las de *Tharsis* (Alosno) y *Rio-Tinto* en Huelva; en la de *Puebla de los Infantes* y en la de *Pe-*

ñaflor en la provincia de Sevilla; en la de *Ruy Gómez*, cerca de Alentejo en Portugal, se han encontrado estos instrumentos, y en la de *Peñaflor*, además, un cráneo teñido de verde por una sal cobriza. El trabajo se hacía en una forma rudimentaria pero ingeniosa. Se encendía fuego para que con la calcinación se medio desprendiera el mineral y luego acababa de arrancarse con los toscos instrumentos de asta ó de piedra. Estas minas, que cuando más cerca, podemos colocarlas en los albores de nuestra historia, se distinguen de las de los fenicios, que atacaban y perseguían toda clase de filones, construían galerías y de seguro no empleaban para la extracción del mineral piedras ni cuernos.

2.º Porque en España abundan mucho más los objetos de cobre puro que los de bronce. En el dolmen de la *Ollería* había hachas de cobre con otras de diorita, huesos de animales domésticos, y un frontal que indica prognatismo; en el dolmen de *Eguilaz* (Alava) hachas de cobre con otras de piedra; en el de *Gorafe* una sortija, en el *Llano de los Eriales* lanza, dardo y sortija; en el *Castillo de Ibros* punzón y flechas; en *Sorri* un dardo, en *Lorca* un puñal junto á un cráneo dolicocéfalo; en la *Cueva de Ambrosio* (Vélez Blanco) un hacha; en *Menovar* (Alicante) punta de lanza de cobre con instrumentos neolíticos y cráneos braquicéfalos. En *Tres Cabezos* (Cuevas de Vera, Almería), en las ruinas de Castros ó viviendas, útiles de cobre, piedra y hueso, y cerca, en *Fuente del Alamo*, en un cementerio, tres ó cuatro puñales y una espada de cobre, diademas, sortijas y otros objetos de plata y curiosos objetos de cerámica, entre ellos copas de dos piezas y vasijas unas dentro de otras, con dibujos de líneas ó impresiones ungulares, conteniendo las más pequeñas alhajas ó restos humanos; de aquí debió proceder, aunque no lo recordamos con certeza, la diadema de cobre incrustrada en un cráneo que los hermanos Siret regalaron al Museo Arqueológico de Barcelona. En Carmona se han hallado también lanzas que difieren por la manera de engastarse de las extranjeras, puntas de flecha, una sierra, un arpón, clavos que difieren mucho de los de otros países, agujas, alfileres, fibulas y pasadores; en el Coronil hachas semejantes en la forma á las de piedra y poco comunes en el extranjero, un pedazo de sierra y un cincel; en una *cueva de Alcoy* una punta de lanza, una flecha y un punzón de cobre, con instrumentos de piedra y hueso, entre ellos un tornillo hasta hoy único, cerámica tosca y veinticuatro esqueletos, de ellos seis tendidos á lo largo y diez y ocho con la cabeza junto á los pies, las manos contra la cara y el cuerpo en decubito derecho. Hachas se conservan también procedentes

tes de *Portell* (Castellón), de Gerona una muy tosca, del Ampurdan, de *Canaguas* en Cuenca; puntas de lanza de Alhama de Granada y otra más pequeña de la *Peña de los Enamorados* (Antequera), flechas y puñales de *Sierra del Caño* y *Peñarrubia*, un estilete de las *Peñas de Béjar* y otra multitud de objetos de que están llenos los museos públicos y particulares. De las mamoas de Galicia se han sacado hachas tosquísimas, un puñal, un lingote y ollas con monedas de cobre. También abunda más este metal que el bronce en Portugal, en la provincia de Alentejo, donde, además de las minas con martillos de piedra, se encontraron hachas con la rebaba de la fabricación, una hoz, una sierra, puñales y espadas de una sola pieza con punta y sin filos.

3.° Porque si el cobre se hubiera utilizado sólo porque el fabricante se viera privado del estaño, los instrumentos de cobre tendrían la figura de los del bronce, siendo así que se parecen más á los de piedra. El tipo más característico del cobre es el hacha de mango transversal, forma en bronce muy rara, mientras que las propias de esta última materia (las hachas con rebordes, de aleta doble ó simple ó de regatón) casi nunca se ven de cobre; los martillos de éste son copia de los de piedra, quedando sólo de común la cuña, á dos industrias que se suponen copiada la una de la otra. Por otra parte, el supuesto es falso, porque el estaño, como sabemos, se presentaba á flor de tierra en la Turdetania y Portugal, y ya estén las Casitérides en Galicia ó en Inglaterra, estaban habitadas por españoles.

4.° Porque aun el cobre fundido manifiesta ser industria indígena, por darse frecuentemente el hecho de que sus productos tienen todavía la rebaba con que salen de los moldes.

Tampoco parece confirmarse la hipótesis, al principio muy en voga, de que el descubrimiento del bronce fué exclusivo de un pueblo que luego fué comunicándoselo á los otros, fundada en que en su composición se observan siempre las mismas proporciones, 90 % de cobre y 10 de estaño, lo que sólo puede acontecer la primera vez por accidente, donde estas dos sustancias se encontraran en los mismos criaderos; porque, aparte de que nos parece tan difícil para aquellos días averiguar las exactas proporciones de esta mezcla accidental como inventar el bronce, en Italia encontramos el bronce compuesto de cobre y zinc.

Pero sea de esto lo que quiera, porque en España por las localidades en que más abunda y por la persistencia del cobre en otras es muy probable que fuera introducido y verosimilmente de más de una procedencia, es lo cierto que no tardó en fabricarse en ella. *En Castellón* se han encontrado hachas con sus

moldes, lanzas, fíbulas y dos aretes mezclados con instrumentos de hierro. *En Murcia* una figura parecida á una momia egipcia y un toro análogo á otros de *Yecla*, en *Ilici* fibulas, estilos, espatulas; en *Fuente del Alamo* (Almería) objetos de bronce con otros de oro y plata, entre ellos un magnífico brazalete; en *Totana*, en un enterramiento parecido al anterior, espadas, puñales, lanzas, flechas y punzones (quizás alguno de cobre) con adornos de plata y oro pero sin artefactos de piedra, salvo uno para moler grano; una punta de flecha en Alhama; en *Jaen* un hacha; en *Gibraltar* un anzuelo, en *Castilleja* (Sevilla) cuatro puntas; en *Coronil* hachas, en *Cabañas* (Huelva) sortijas, fibulas, pendientes y objetos de plata y oro, brazaletes de alambre de plata en espiral, como en Fuente del Alamo, en *Petra del Diable* (Cataluña) y en *Porqueras* flechas; en *Caldas de Malabella* un cuchillo; en *Guadalajara* un hacha y las dos hermosisímas espadas que pertenecieron al infante D. Gabriel; en el Museo del Dr. Velasco tres hachas con pedazos de fundición adheridas, fíbulas, dos toritos y dos figuritas humanas (acaso de cobre), en *Asturias* punta de lanza, hachas, fíbulas de alambre retorcido y una hoz; en *Miranda de Duero* cuatro lanzas huecas, una *spatha* corta y enseñas militares. Tambien en Portugal donde abunda menos que el cobre al contrario de lo que acontece en Galicia, se ven en la biblioteca de Evora dos ídolos toscos, otros dos más pequeños y otro en la escuela politécnica procedentes probablemente del Alentejo, donde se hallan tambien carneros y cabras, y en sepulturas romanas tambien otros objetos pertenecientes á esta época.

El hierro, el metal industrial por excelencia hace tantos siglos, no parece que fué empleado al principio más que para objetos de adorno; probablemente el hombre tomó primero el que la naturaleza espontáneamente le brindaba en estado nativo ó cuasi-nativo procedente de los areolitos, de aquí quizá la adoración escítica á las piedras caidas del cielo. Más tarde utilizó los sulfuros los carbonatos y oxidos de este metal de la manera más simple y más rudimentaria. En algunos puntos se han encontrado estos hornos primitivos para la fundición del hierro. Abrian un hoyo en la pendiente de una colina bien expuesto al aire, echaban en él capas alternas de leña y de mineral y cuando el viento soplaba fuertemente prendian fuego.

Supónese la introducción del hierro en Europa de procedencia escítica y se observa que con ella desaparece ó tiende á desaparecer la cremación de los cadáveres y le sustituye la inhumación. En España suelen distinguirse en el hierro dos periodos el celtibérico ó antiguo y el romano ó moderno.

No parece que el transito del bronce al hierro se verificó de un modo brusco porque el Sr. Villamil cita como encontrado en Galicia un puñal de hierro enteramente igual á otro de bronce; acaso no se generalizó mucho su empleo porque no sabian manipularlo ni templarlo bien, mientras que habian conseguido dar al bronce, materia más fácil de manejar, un temple durísimo. Alguna vez vemos combinados los dos metales en un mismo objeto como en la espada encontrada en Galicia de que habla Villamil con puño y antenas de bronce y hoja de hierro.

Los objetos de hierro se encuentran en los dólmenes en los túmulos en los castros, en la superficie de la tierra pero rara vez en las cuevas.

En Cataluña en el palacio *dels Encants* se hallaron pedazos de espada, hojas de cuchillos y puntas de lanza de hierro, mezclados con artefactos de bronce; en *Alcalá de Chisvert* (Valencia) con los mismos puntas de lanza y utensilios de hierro; pero más curioso es el hallazgo de Fransielli de la *Cueva de Gulferro* (Asturias) que guardaba objetos de hierro unidos con otros de sílice, con misteriosas inscripciones en las paredes; también habla Trueba de un esqueleto gigantesco de Vizcaya con una espada que pesaba diez libras; muy hermosa es la de *Almedinilla* con incrustaciones de bronce y también las había, en algunas necrópolis, cortas, de un solo filo y onduladas como los yataganes árabes. Puntas de lanza ó jabelina se han encontrado en *Alcalá de Chisvert*, *Almería*, *en Ronda* con reja de arado, hoces y puñal de hierro con empuñadura de lo mismo, y en la antigua *Iruna* (Vizcaya), con aro tosco ó brazalete, dos ó tres azadillas y otros objetos que perecieron en el incendio de 1867; puntas de flecha en el Cerro de los Santos (una preciosa), en la *Peña de los Enamorados* (dos), en *Cáceres* un azadon y unas tenazas. El Museo de Gerona posee estoques, espada, azagaya, dos cuchillos, una herradura, llaves, fallas, cucharas, estiteles, fíbulas, anzuelos, sortijas y puñales con pomo de antenas, procedentes de las Baleares; el del Dr. Velazco, cuchillos, martillos y puntas de lanza; el Museo Arqueológico de Madrid espadas cortas de las llamadas *spathas* y *falcatas*, procedentes de Itálica, Almedinilla, é Higes, frenos, llaves, machetes, &.

Hay objetos que revelan una procedencia exótica como un tipo especial de navajas de afeitar, fibulas, torques, pulseras en esfúra y la cruz simple ó conjugada *swasti*.

En Portugal se guardan en los museos de *Ebora* y *Carmo*, espadas y puntas de lanzas muy parecidas á las españolas, algunas, como también se observa en las de algunas sepulturas

de nuestra pátria, con las puntas retorcidas, otras con empuñaduras análogas en sus dibujos á las alhajas merovingias, lanzas y otros utensilios.

Hay otros dos metales, los más preciados, que no han dado nombre á período y á los que tampoco asignárselo es posible, pues que en todos se encuentran el oro y la plata. El presentarse el primero en estado nativo con frecuencia y el segundo en estado nativo ó cuasi nativo, además de su natural hermosura, debieron hacer que se emplearan muy á los principios para objetos de adorno. Lubbock cree que el oro fué el primero que fué usado por el hombre, y Góngora nos habla de una diadema encontrada en la cueva de los Murciélagos (Albuñol), donde no había más que objetos de piedra, y aunque esto sea lícito ponerlo en duda, porque él no llegó á poseerla y es muy posible que fuera de cobre como la de Barcelona, hemos visto que se han encontrado un toro de este metal en el hueco pedestal de un dólmen, sabemos que los torques célticos de él se fabricaban, y en Carmona se han encontrado un broche de cobre con las cabezas de los clavos de aquel metal, otros clavos y anillos, argollas ó brazaletes de cobre con la envoltura de oro. De la plata sabemos que los turdetanos la empleaban hasta en las cosas de uso más común y, lo que es más curioso, en el Museo Pelaez se conservan una placa, un broche y un pasador, hallados en el túmulo que llaman de D. Modesto, que se suponen de plomo argentífero.

Hemos dicho que además de ios dólmenes hay otras edificaciones que contienen objetos de metal á que hemos denominado *castros* y *citanias*. Los castros son un recinto fortificado de forma por lo común elíptica y de unas 25 áreas de cabida. Están situados en parajes favorables para la defensa, como una meseta de bordes escarpados, apartada de montes que la dominen, y generalmente cerca de un arroyo que pueda proporcionar agua á sus defensores. Los defienden un foso y un parapeto hecho de piedra seca. Algunos tienen caminos estrechos y profundos hechos por la mano del hombre que en Galicia se llaman *Congostas*. Muchos tienen, en la parte superior y central de su obra, monticulos, sin señales de haber servido de enterramiento, á que el Sr. Villamil denomina *motos*. El número de estos castros es tan grande en Galicia donde los llaman *croas* (de *coroas* coronas) que solo en unos cuantos distritos llegan á sesenta y tantos. En uno de ellos se encontró una daga lusitana ó celtibera ó *pugio* romano de nueve pulgadas, en otro un puñal de bronce algo deteriorado, en el de *Riotorto*, un *torques* y otras alhajas de oro, fíbulas de bronce

y enseres de carácter romano; en el del *Chao de Churrás* una vasija de bronce formada de delgadas chapas revueltas con gran habilidad y clavadas sin soldar en sus uniones y en muchos las piedras del hogar *lareiras*.

Citanias son una especie de poblaciones antiguas cuyos restos se conservan en el N. de Portugal, como las de *Bribeiros* y *Sabroso;* acaso también en Castilla, cerca de *Gayangos* y quizá alguna en las ruinas descubiertas por los hermanos Siret entre Almería y Murcia. En las dos primeras se han encontrado objetos de piedra pulimentada, entre ellos una especie de lanza triangular y piedras areniscas que pudieron servir para alisar las hachas neolíticas ó para moler grano, otros objetos de bronce como fibulas anulares parecidas á las de Castilla la Vieja, un brazalete de forma desemejante á las europeas, alfileres, agujas unas derechas y otras encorvadas al modo de leznas, cerámica con dibujos geométricos y otros de animales que se transforman en ondulaciones y eses característicos del final del período del bronce, esculturas de piedra, entre ellas un hocico de puerco análogo á otros de Avila y entre los dibujos el *swastika*.

Otro género de construcciones interesantes son las *navetas* de Menorca, de singular analogía con los *mapales* que nos describe Salustio, y los *talayot*, que se dividen en dos grupos, unos de puerta alta y otros de puerta baja y escalera externa.

Curiosísima, no sólo por ser hasta ahora único ejemplar, sino por lo mucho que ha divagado sobre ella, es la llamada vulgarmente *Cueva de la Pastora*, encontrada en una viña en Castilleja de Guzmán, que consiste en un corredor estrecho y no muy elevado, cuyas paredes están formadas por lajas sobrepuestas sin cemento, algo inclinadas hacia el techo formado por grandes piedras y que en su mitad próximamente (si es que se ha hallado la verdadera entrada) tiene una puerta dolménica que parece una exacta reducción de la de la Cueva de Menga y al terminar otra que conduce á una cámara circular que se estrecha en el techo, formando una especie de bóveda, cubierta por una piedra circular. D. Demetrio de los Ríos lo creyó ibérico, aunque sólo por exclusión, D. Francisco Tubino megalítico, los Sres. Candau y Cañal semejante á los *tesoros* ó *tumbas reales* de los antiguos griegos, viendo los dos en él influencias del Oriente. Reservándonos presentar nuestra propia opinión cuando tratemos de los primeros pobladores de nuestra península, como también de la significación de los grabados en hueso de Carmona, que por más perfectos se han atribuído al período de los metales, nos limitaremos ahora, para concluir con

esta descripción, á hacer notar que cerca de él se encontraron, debajo de una gran piedra y en una caja de barro cocido, treinta flechas (se ignora si de cobre ó bronce, porque no han sido analizadas) sin analogía, según Cartaillac, con las demás de bronce ó cobre recogidas en la península y á las que el Sr. Cañal halla semejantes á otras egipcias, y en aquella misma colina otras sepulturas más pequeñas, de donde antes de destruirse se extrageron, según el Sr. Candau, dos hachas de piedra, una de 0,24 y otra de 0'12 m. de longitud, y una magnífica de cobre de 0,20 de longitud, 0,05 de latitud y 0,015 de grueso. Después de esto y de las construcciones ciclópicas (de piedras superpuestas más ó menos regulares sin cemento) del castillo de Ibros y de las murallas de Tarragona, vienen las *fornaceas* de que nos habla Estrabon y que entran en la época conocidamente histórica.

La comparación entre los útiles y las moradas para la vida y para la muerte (habitaciones y sepulturas) nos revela en su constante paralelismo las manifestaciones sucesivas de un mismo hecho. Satisfacemos las necesidades de nuestro cuerpo, por su naturaleza perentorias, con las cosas que se nos presentan más á mano; la dureza y el peso de la piedra para partir, el filo de la sílice para cortar, la gruta para albergarnos, hecho tan humano que muy raro será el hombre que no haya vivido alguna vez en la primera de las edades prehistóricas. La habitación en la gruta, debajo ó encima de los árboles, (la primera tienda) y el empleo de la piedra al natural ó afilada por el golpe, son cosas congéneres; aprovechar lo que encontramos, como existe ó con ligeras modificaciones, para aquello de que tenemos necesidad. Esto representa un estado inicial, pero inicial por falta de medios á nuestro alcance; al mejor ingeniero no se le ocurriría trazar los planos de un puente tubular para pasar el arroyo que lo aisla engrosado por la tormenta, y gracias si encuentra un tronco á mano y tiene fuerzas para rodarlo, para construirlo á la manera del salvaje. Por eso ha podido prolongarse, á pesar de los adelantos de la cultura y ser suceptible de perfección. Todavía aún, en capitales de provincia, existen entre nosotros barrios troglodíticos y Sertorio, para apoderarse de *Caruca* ó *Caracon*, tuvo que valerse de una estratagema que ha merecido ser conservada en su biografía.

A utilizar las obras de la Naturaleza se sigue el imitarlas, pero sin alterar sus elementos componentes, edificar cuevas con grandes piedras sobre las que, para que sea mayor el parecido, se hacen de tierra cernida colinas artificiales y á esto corresponde el alisado de la piedra y el uso, como de piedra, del metal.

Por último, el hombre no se limita á imitar; crea, en cuanto el hombre puede hacerlo; mezcla dos metales para hacer uno más duro, halla el temple y cambia las propiedades del otro, apisona las arenas y las arcillas ó junta los cantos con el cemento y se fabrica rocas para sus habitaciones y sus edificios y con ello comienza la historia.

No, lo que ha comenzado es la historia reflexiva, la historia intuitiva ya existía; la prueba de que existía es que la llamamos nuestra, es que vive en nosotros, es que nosotros la recordamos; en el hacha de piedra reconocemos nuestra hacha, en la gruta nuestra casa, nuestro templo y nuestra sepultura; por civilizados que estemos, si nos hallásemos en las mismas condiciones, de la misma manera las volveríamos á hacer.

Porque nos sabemos hombres nos explicamos lo que hicimos cuando niños, sin la conciencia del hecho total de nuestra existencia que todos tenemos, la prehistoria ó la protohistoria sería para nosotros letra muerta, enigma indescifrable.

Entre las obras de mera utilidad y los monumentos propiamente históricos se encuentran algunos que tocan á los unos y á los otros.

Sin llegar á la reflexión racional que como ciencia supone la historia, como desde el momento que se constituye una colectividad se necesita tambien de una memoria colectiva con las primeras sociedades nacieron los medios colectivos de transmisión.

El hogar y la tumba son los primeros libros de la familia. Una piedra ó un monton de ellas señaló el lugar de la sepultura, la piedad de los caminantes añadía siempre algunas para evitar que desaparecieran. Los restos de los antepasados hicieron religioso el lugar é imponiendo á sus descendientes el deber de no abandonarlos y de defenderlos, echaron los primeros cimientos de la propiedad y de la patria. ¿Adonde iremos decían las tribus cazadoras de América á los europeos que pretendían comprarles sus territorios sino podemos llevar con nosotros los huesos de nuestros padres? De aquí que esos montones de piedras, como nudos de gigantescos *quipos*, vinieran luego á señalar los límites de las propiedades, luego las limitaciones del dominio, como las columnas hipotecarias de los griegos, más tarde los pactos ó los sucesos más importantes. De aquí la poética tradición de las piedras *normas*, de las piedras que hablan. Pero la misma complexidad de su destino hizo que el signo hubiera de diferenciarse; á las columnas de los fenicios suceden las figuras de *los hermes*, *los términos* orígen de la estatuaria, á veces con signos que se trocaron por inscripciones cuando llegó á inventarse la escritura.

Mientras que la familia vivió aislada ó por su multiplicación no tuvo que fraccionarse, un mismo signo pudo bastar para cada cosa. Pero la familia se fraccionó y hubo que diferenciar el símbolo. Cada una adoptó el de su padre, el de su capitán, el de su protector en la tierra y en el cielo, el de su *lugovo*, el de su *lar*, el dios de la familia. (1) A estos blasones familiares corresponden y por eso son tan interesantes las groseras esculturas encontradas en Almeria y Carmona y más adelante como testimonio de su persistencia las estátuas sepulcrales que se han recogido en Galicia y en Portugal (2).

Pero las familias á su vez tenian una familia comun, la familia de que todas procedían, *la gente*; y estas á su vez otra, la *tribu*;de aquí los emblemas de las gentes y el emblema ó blason de la tribu (3) con que señalaron sus términos y luego gravaron sus monedas (4).

Al lado de la memoria de los ojos la memoria del oido, al lado de las formas representativas la trasmisión oral, al lado del monumento escultórico el monumento verbal, la tradición.

Para que la experiencia adquirida no se perdiera para que lo que la inteligencia había penetrado no desapareciera con el que lo encontró, había que fijar el hecho, quitándole todo lo que

---

(1) *Lugovibus sacrum* (Hübner, 2818) cf. "*Louc Iuteris Aram* (2849„) Todavía llaman *lovios* los gallegos á las sepulturas. Costa, Mitolog, y Lit. Celto-Hisp.=pág. 228.

(2) Una en Viana do Minho con la inscripción, "Lucio Sexto„ Crorococorocauco hijo de Clodameno; dos sin inscripción halladas cerca de Montalegre *(tras-os-Montes)* y actualmente existentes en los jardines del palacio real de Ajuda: de otra semejante á las anteriores hay memoria que existió cerca de Castro de Rubiás junto á Araujo (Galicia) con la inscripción de "Androno hijo de Veroto„; y por último se conserva la mitad inferior de otra sin inscripción cerca de Villar del Barrio, á 4 leguas de Orense. Miden 2,10 á 2,50 metros de altura. Llevan escudo, espada, torques celtico al cuello y cinturon con adornos, son de granito. Puede consultarse lo que acerca de ellas dice E. Hübner á los números 2462 y 2519 y una monografía del mismo sábio epigrafista, en el *Gerhardi archäol Zeitung*, 19, 1861 traducida por Murguia en su ilustración IV al tom II de su Historia de Galicia, 1868.

(3) Además de estas estátuas, multitud de lápidas funerarias ostentan grabados en relieve, guerreros con lanzas, infantes ó ginetes: en Segovia (H. 2731), en Lara de los Infantes (2866-2869), en Braga (2419) y en otros puntos (2790, 2869 &:) vide Hübner pág. 393. (Costa, 229, nt.)

(4) Más de 300 monumentos se han encontrado representando lobos, osos, toros, jabalíes, burros, caballos, elefantes en Portugal, Galicia, Castilla, Andalucia y Vizcaya. ¿Qué otra cosa que piedras terminales son el idolo de Miqueldi, y los toros de Guisando de Talavera la Vieja, de Avila, Segovia, Toro y Salamanca sobre que tanto se ha disertado? Fernand. Guerra, Discurs de cont. en la recepción de E. Saavedra.

tiene de transitorio, poniendo de resalte lo que tiene de imperecedero para que de este modo ascendiera de individual á universal. Para eso instintivamente se buscaron formas que alhagaran al oido é interesaran vivamente á la fantasía, para que el placer de contemplarlas *incitara* á repetirlas de contínuo, y á esto se presta de manera admirable la poesía. La poesía fué la primera memoria de los pueblos. Los fenómenos astronómicos y meteorologicos tan influyentes en los sucesos del cazador, del agricultor y del ganadero, las primeras aplicaciones de la conciencia moral á las efectividades de la practica, los primeros descubrimientos de la Medicina y hasta los primeros ensayos de una incipiente reflexión racional forman el contenido de esos *refranes* ó *proloquios* á que se ha llamado la sabiduría popular y que todavía son casi el único saber de la gran masa de nuestro pueblo. Versos eran las leyes que regulaban las relaciones entre los ciudadanos, himnos eran las oraciones que reunidos en coros elevaban á su dios.

Mas entre estas poesias hay unas que se van acercando más á la historia. Sentada la familia en torno del hogar, al hacer el padre las ordinarias libaciones antes de comenzar la comida era natural que consagrara algun recuerdo con el entusiasmo de hijo, con la debida veneración, al heroe, al angel protector por el que el Dios de todos dispensaba sus beneficios á la casa, al Dios de la familia.

Estas narraciones y las *noemias* ó cantos de muerte que se entonaban al conducir el cadáver al sepulcro ó á la hoguera y de que serviria de ejemplo en nuestra patria el canto de Lelo, si en efecto es antiguo, son los monumentos orales más lejanos á que se remonta la historia nacional. Pero en ellos se mezclan como es propio de su naturaleza lo humano, lo natural y lo divino. El heroe es juntamente el dios y Dios esta inmanente en la Naturaleza.

La tumba es un templo, un altar, un oráculo que nos resuelve nuestras dudas, que nos abre el porvenir, que nos libra de nuestros males, que nos defiende en los peligros y que hasta nos enseña á encontrar los objetos perdidos como el de *Atacina*; por su virtud brotan muchas veces á su lado aguas que nos libertan de la enfermedad. Esta confusión de lo divino y lo humano propia de la fantasía popular que yendo á lo sustancial prescinde de accidentes es lo que distingue al *mito*. En el mito como en el cuento todas las cosas pasan en todas partes sin sujeción á tiempo y casi sin sujeción á persona. Hercules es el egipcio que combate con Gerion el monstruo de las tres cabezas, el fenicio que abren las puertas del estrecho erigiéndo en

ellas las columnas en memoria de su hazaña y el griego, hijo de Almena, que se apodera de las manzanas de oro que un dragón guardaba en el jardin de las Hesperides, y es que las imaginación que se eleva sobre todo lo fenomenal, atribuye á la misma persona todo lo que se ejecuta con arreglo á la misma idea.

De aquí que mientras el *evhemerismo* intentó explicar la mitología suponiéndo á los dioses hombres divinizados, Herodoto cuida con singular empeño de buscar á los héroes y fundadores de ciudades su genealogía olímpica, y entre nosotros si historiadores como Florian de Ocampo y Mariana llenan las primeras páginas de sus libros con largas listas de reyes de romancescas aventuras y cada uno de los cuales parece que no tenía más que una cosa que hacer aunque fuera tan importante como dejar su nombre á un rio ó á una región, la crítica suspicaz y semi-exeptica del siglo pasado, vista la incongrusencia de unos sucesos y la imposibilidad de otros los negó á todos de plano. El historiador crítico debe precaverse para no caer en ninguno de los dos extremos. Su tarea sin embargo es dificilísima, en ninguna se acreditan más las dotes reflexivas y las intuitivas del narrador.

Tan cercana á la historia que en verdad forma ya parte de ella está *la leyenda* expresión poética de como la vida del pueblo ha sido comprendida por la multitud indocta. Mientras el juicio ejércitado del erudito aquilata hasta lo último las causas secundarias que intervienen en el suceso y en alguna manera lo disuelve en pormenores, las facultades intuitivas de la masa lo comprenden en su generalidad permanente y prescindiedo de accidentalidades lo confunden con su ideal. Ambas historias se completan simultáneamente la una es como el cuerpo, la otra como el espíritu de la historia y ciertamente en ninguna más que en la nuestra se dá al lado de la que pudiéramos llamar oficial esta otra legendaria siguiéndola sin interrupción paralelamente y presentandose en cierta oposición con ella; la historia del pueblo frente á la historia del Estado. A una y otra el historiador crítico debe atender en su medida.

El suceso cambiante, como objeto reflejado sucesivamente de uno en otro en diferentes espejos, mientras está entregado á la tradición oral adquiere la forma estable de su última fisonomía cuando la tradición se reduce á escritura.

¿Cuando aparecen los primeros monumentos escritos en nuestra patria?

Se ha tenido hasta ahora por cosa indubitada que la escritura fué introducida en ella por los fenicios, hoy es permitido ponerlo en duda. Ya de antiguo teniamos el famoso texto de Es-

trabon en que atribuye á á los turdetanos anales ó memorias escritas que remotaban á una prodigiosa antigüedad y leyes escritas en verso que según ellos contaban seis mil años. En algunas cuevas como la llamada por esto cueva de los letreros cerca de Velez Blanco, se han encontrado por Góngora signos que este sospechó pudieran ser de escritura, nosotros tambien hemos recibido calcos de dibujos hechos en ladrillos sacados de las escabaciones hechas en las ruinas de una antigua población encontrada en la colonía frente á Bobadilla que pudieran serlo. Barros, Silvela y otros las han encontrado en Galicia, Fransinelli en la cueva de Gulferro pero sobre todas son notables y parecen indubitadas las de Fuencaliente dibujadas para el cura de Montoro para D. Manuel de Góngora y para D. Aureliano Fernández Guerra y publicadas por D. Francisco Fernández y González en la historia General de España que se está escribiendo por indivíduos de la Academia, nosotros hemos tenido tambien un dibujo que aunque en general confirma difiere algo de dos que tambien difieren entre sí, y lo hacemos notar porque á ser verdaderos los dos primeros ó el nuestro, estas interesantes inscripciones señalarían quizá el paso de la escritura geroglífica á la fonética, pues que contienen signos pertenecientes á los dos sistemas. Entre ellas y las de la Batanera se observa algun signo comun. Tambien se han encontrado inscripciones en las islas Canarias, (en las de Hierro, Palma y Gran Canaria) hechas por dos procedimientos; las unas por percusión, las otras por incisiones de un burril de piedra ó de metal; aquellas parecen geroglíficas, estas fonéticas. Se ha notado alguna analogía entre estas últimas y las descubiertas por el general Faidherbe en el N. de Africa, pero Vernaud las cree más semejantes con las rupestres del Sahara que con las númidas. La coincidencia de estas inscripciones en Canarias, en Africa y en España y la identidad de algunos de sus signos que recuerdan unos la escritura númida de los sepulcros africanos y otras ciertas letras del alfabeto etiope, copfto, libio-fenicio y tuareg hacen sospechar con algun fundamento parentesco entre las razas que aquellas tres comarcas habitaron. ¡Quién sabe cuantos misterios nos desvelarán cuando se logren traducir!

Monumentos del mismo órden de que nos venimos ocupando son las monedas

Acuñadas para ocurrir á las necesidades del tráfico, no por eso dejan de conservarnos preciosas noticias para la historia politica, para la económica, para la artística para la indumentaria y para las costumbres.

¿Se conservan algunas anteriores á los fenicios? Los numis-

máticos lo niegan, concediendo los que más que son fenicias las más antiguas, sosteniendo otros que las primeras son cartaginesas, sin que falte quien asegure que la acuñación no empieza hasta la dominación romana. Pero aun admitiendo esto último, monedas hay interesantísimas para el conocimiento de la época anterior á ella. Y esto bajo dos aspectos por los símbolos y por las inscripciones.

La sabia política del Senado había dejado gobernarse á las ciudades por sus propias leyes, muchas batieron monedas y en ellas se encontraron palabras en letras y en idiomas desconocidos. Por fortuna había algunas bilingües. Buscóse el nombre que parecía corresponder al de la ciudad y mediante esto se adivinaron los alfabetos. Tres se han reconocido en las que por oposición á las fenicias griegas y cartaginesas podemos denominar *autóctonas*, que respectivamente se asemejan al líbico, al púnico y al griego. La gran colección de lápidas romanas de Hübner en su obra monumental han permitido á este, al P. Fita y á Costa penetrar en el idioma celtibérico y en unión á los trabajos numismaticos de Velázquez, el P. Florez, Delgado, el P. Fita y otros ilustres académicos derramar una luz vivísima acerca de la manera de ser de las razas que habitaron nuestra Península antes y durante la dominación romana. A esto ha ayudado el trabajo genial de Delgado, que en su Nuevo método de clasificación, muestra que los símbolos que se encuentran en las monedas son las enseñas de las tribus de que hemos hablado al tratar de las primeras manifestaciones escultóricas. Los éxitos alcanzados hasta ahora nos dan la fundada esperanza de que se ha entrado en el verdadero camino para reconstruir la historia de las primeras edades de nuestro pueblo.

Desde que aparece la historia, propiamente dicha, la arqueología deja de ser la fuente única y sin mermar en utilidad, pasa á formar una parte de la misma historia, la historia de las artes industriales y libres.

La historia propiamente dicha no se escribe por ningún pueblo, hasta que su personalidad no comienza á definirse y su conciencia á despertarse. Hasta entonces, ó queda escondida entre las nieblas de la fábula ó la relatan los pueblos con quienes estuvieron en contacto que los han tenido en tutela como parte de la suya. Así que respecto á la de España, las fuentes más antiguas que se conservan, aunque á veces hacen á otras anteriores referencia, son los historiadores griegos y romanos. A ellos, pues, tenemos que acudir para los primeros tiempos de la nuestra como acudimos á nuestros padres ó tutores si queremos saber lo que hicimos en nuestros primeros años. Sin em-

bargo tal es la vitalidad con que desde sus orígenes más remotos se anuncia la nacionalidad española que se observa acerca de la historia un fenómeno parecido, aunque menos graduado que en su literatura. Así como hay una literatura hispano-romana hay también una historia latino-española; Justino y Floro compendiando ó extractando á Trogo Pompeyo y á Tito Livio se complacen en hacer resaltar las nobles cualidades de sus antepasados y así también como continuamos moralmente sometidos á nuestros guardadores, después que la ley nos ha sacado de curatela, recabada ya nuestra independencia, nuestros cronistas no aciertan á separar nuestra historia de la del imperio que aun en Isidoro de Beja ocupa lugar preferente al lado de la propia.

Pero no debemos adelantar más en este género de consideraciones. La historia como manifestación sucesiva de la conciencia reflexiva del pueblo, es un hecho nacional que solo en el tiempo y en las condiciones en que aparece puede ser debidamente apreciado. Lo que sí tenemos que presuponer porque toca á los antecedentes de nuestro estudio es que nos equivocaríamos grandemente si creyeramos poder formar una idea de los primeros movimientos de nuestra vida nacional ateniéndonos á lo que los historiadores nos cuentan de ella. Entendían estos cumplir con su oficio consignando lo que señalaba la marcha del Estado y claro es que la existencia interna peculiar de cada provincia había de aparecer pocas veces á la superficie. Más nos enseñan geógrafos como Estrabón y Plinio y poetas como Marcial, acerca de nuestras costumbres, de nuestras artes, de nuestras producciones, de nuestra manera de vivir, que todos los historiadores juntos. Aun en lo que corresponde al derecho el Edicto Provincial se limita á ordenar que no solo en las ciudades á quienes se ha reconocido su propia legislación sino en todas se respeten sus leyes y costumbres. ¿Pero cuales eran éstas? Hay que acudir á los monumentos arqueológicos á las tablas malacitanas, á los bronces de Osuna, al senado consulto de Itálica, al epitafio de Tarragona, hay que acudir á las inscripciones votibas y sepulcrales, al estudio de los barros de las fortificaciones, de las vías, de las estátuas y de las monedas. Todavía pues aquí, como mientras no hemos alcanzado á fijar nuestra conciencia propia, lo que queda de lo que hicimos interpretado por los que lo hemos hecho nos enseña más de lo que fuimos que lo que los extraños nos cuentan de nosotros.

VIII

Piensa Polibio que: "A la historia si se la quita el porque se hizo la acción y si correspondió el éxito, lo que queda no es más que un mero egercicio de palabras que no producen instrucción" (1) y en efecto, no basta recoger los hechos tales como se presentan, que es la tarea del erudito, sino que es preciso conocerlos á fondo, que es la misión del crítico.

De diversa manera tiene que comportarse éste delante de los monumentos que de las historias; aquéllos nos presentan hechos; pero mudos, éstas nos refieren hechos que no hemos visto. Los monumentos son, pero hay que interpretarlos; las narraciones son explícitas, pero piden comprobación.

Lo primero que hay que preguntar á un monumento es si fué hecho por aquellos á quienes se atribuye y si pertenece á los lugares donde está. Cuando se trata de las grandes construcciones la pregunta parece ociosa, á burlas se tomaría el inquirir donde están fabricadas las pirámides de Egipto ó las pagodas de la India y sin embargo de seguir extrictamente esta regla nos expondríamos á caer en errores lamentables. En Roma, en Lóndres y en París hay obeliscos traidos del Egipto y el que se fije en la inscripción triunfal con que se celebró la traslación del de Luxor en nuestro tiempo será fatalmente conducido á inferir que durante alguno los egipcios debieron dominar en Roma; edificios hay del período pseudo-clásico que no se distinguen de los romanos y los griegos, sino por la mayor fidelidad con que se ajustan á los cánones de Vitrubio; quien camine de Almería á Granada podrá contemplar cavernas escavadas en la caliza y habitaciones de paredes de piedra sin cemento y con el suelo cubierto de lajas acabadas de hacer, y ¿qué diremos de murallas como las de Niebla hechas de ese derretido que emplearon igualmente y aun con las mismas formas, los fenicios, los cartagineses y los árabes? Ni valen siempre las inscripciones para sacarnos del apuro, el arco erigido para conmemorar las victorias de Napoleón en Italia apareció dedicado á su enemigo el Emperador de Austria, y á atenerse á ellas resultaría que los cuerpos de la mayor parte de los héroes castellanos están enterrados en dos ó tres monasterios, como ya lo notaron Morales y Mariana.

Para saber lo que es y de quien es un monumento no hay

(1) Hist. de Polibio trad. de Ruy Bamba II, libr. III. c. VII, p. 298.

que atender tan solo á los materiales, á las dimenciones y á las líneas, sino á la idea que expresa y al espíritu del que se supone autor. A veces la demasiada semejanza perjudica, Ticknor demostró que el Buscapié no era de Cervantes con este argumento de evidencia interna: un autor no se copia tanto á sí mismo.

Si esto acontece respecto de los grandes monumentos, ¿qué no sucederá tocante á los pequeños? Aquí la falsificación abunda y claro es que si las groseras hechas por manos imperitas, son fácilmente descubribles, ¿cómo conseguirlo, cuando se trata de personas hábiles que dan á las suyas todos los caracteres que demuestran la autenticidad y cambian de contínuo el procedimiento de falsificación? No hace mucho se compraban en algún precio monedas romanas, vulgarísimas, para trocarlas en otras raras ó desconocidas.

Verdad es que casi siempre se olvida alguna particularidad por donde se conoce el fraude; como también que algunas veces un error ha ayudado á descubrirlo, la equivocación de que los romanos no usaron más que mayúsculas en sus inscripciones, ayudó á patentizar el celebérrimo de las cuevas del Sacro-Monte.

El error suele ser inverso en ocasiones; las faltas analógicas ó sintáxicas que se cometen con frecuencia en lápidas romanas, pudo inclinar á suponerlas contrahechas y á los más benévolos á despreciarlas, como hijas de la impericia del lapidario y, sin embargo, son el camino por donde podemos penetrar en el conocimiento de más antiguos idiomas.

Tan fácil como es falsificar un monumento, es difícil falsificar muchos y de distintos géneros, así el número aumenta la probabilidad; aumenta más cuando los objetos no ofrecen interés ni comodidad para el transporte; la abundancia de monedas de cobre con el nombre del municipio ó la colonia en que fueron acuñadas, señalan mejor la situación de ésta que las de oro, y llega, por último, á convertirse en certeza cuando á la abundancia de objetos de géneros diferentes y algunos ó muchos indubitados, se junta el que contradigan las opiniones corrientes; á ningún arqueólogo se le hubiera ocurrido antes de ahora colocar en un mismo yacimiento, como están en el de Carmona, útiles bastante perfectos de pedernal con otros de piedra alisada, grabados en hueso y concha y cráneos exclusivamente dolicocéfalos.

Las dificultades que presenta el estudio de los monumentos acrecen cuando consisten en escrituras, de los que sólo alguna copia poseemos, pues hay que contar con las equivocaciones de los copistas. Estas equivocaciones, en muchos casos, son evi-

dentes. No hay más que abrir el *Itinerario de Antonino*, tomar las millas que pone de mansión á mansión y sumarlas, y se notará en cuánto difiere esta suma del total que en el mismo documento se da á la vía; el haberse escrito *turdetani* por *turbetani*, ha hecho que historiadores ignorantes de la Geografía antigua, hagan partir límites con los saguntinos á habitantes de la Bética, en vez de los de *Turba* (Teruel).

Un importante medio de rectificación nos da el cotejo de los manuscritos con los barros, las monedas y las inscripciones, de las que las públicas pueden tenerse, salvo raras excepciones, por documentos indubitados. Las tablas municipales de Osuna nos han hecho ver que el *Colonia genua* que se leía en sus monedas debe leerse *Colonia genetiva;* un mapa de la España romana, hecho por las inscripciones y las monedas, disiparía muchas nieblas históricas y geográficas.

Entre los monumentos no hay ninguno que iguale en importancia á los restos humanos, por ser los únicos imposibles de falsificar; siguen á éstos todos los que se refieren á las grandes manifestaciones humanas; al lenguaje y su expresión permanente la escritura, á la religión, al derecho, al arte; así el hombre, mudo en el monumento, nos deja, sin embargo, lo que tuvo, la conciencia irreflexiva de su hecho.

Aun sabido el pueblo y el país á que el monumento pertenece, resta averiguar todavía lo que es y el período de tiempo á que corresponde.

En este punto se muestra más patente todavía la distinción que venimos haciendo del conocimiento histórico y de los llamados positivos. Jamás al que no fuera hombre, ni al que para el caso prescindiera de su conciencia humana, se le hubiera ocurrido que una laja de piedra puede ser un cuchillo, ni para qué servirían edificaciones como las de un templo, un teatro, un circo ó una cárcel.

Pero no basta la conciencia general humana y aquí es donde comienzan las verdaderas dificultades, sino que es preciso la de la raza, la de la nación y la del tiempo. El que encontrara huesos carbonizados en las hogueras en que la viuda se quema en la India ó en los quemaderos de los autos de fé, podría figurarse que la India en todo tiempo y la Europa en los siglos XVI y XVII estuvieran habitadas por pueblos antropófagos.

La dificultad, si grande, no es de todo punto invencible, desde que las nacionalidades comienzan á iniciarse, nace con ellas la conciencia nacional y esta busca instintivamente, ya lo hemos visto, sus medios de comunicación.

Ademas, un hecho no muere nunca, perdida su actualidad sigue viviendo en los sucesivos, las pirámides de Egipto no son más que suntuosas *mastabas* y Müllern ha podido seguir las mismas fábulas á través de sus transformaciones en todas las literaturas. Los tiempos no están vacíos, todo suceso tiene su antecedente y su consiguiente.

Hay, pues, una regla fundamental para la crítica arqueológica, que el hecho humano es esencialmente el mismo y que no puede darse más que en forma sucesiva, todo lo demás no son más que aplicaciones al caso de la lógica más ó menos atinadas.

A dos se reducen las condiciones que la crítica exige al historiador como á todo testigo para que se le repute digno de crédito; que haya visto lo que cuenta y que quiera decirlo. Por la primera solo se reputan fuentes históricas á los contemporáneos del suceso, á los que lo oyeron inmediatamente de los que lo vieron y á los que lo oyeron de los que á los que lo vieron lo pudieron oir, y como en cada siglo se computan tres generaciones á los autores que escribieron en el mismo siglo, dando por supuesto la preferencia á los que lo presenciaron y después á aquellos en cuyos días el acontecimiento se verificó.

Esta regla necesita explanarse sin embargo. Como la narración del hecho queda fija desde el momento en que se escribe y como muchos de esos escritos no han llegado á nosotros, pero sí á antecesores nuestros que en parte los han insertado en sus historias, es claro que respecto de esta parte como verdaderas fuentes deben ser consideradas.

También debe notarse que no basta que uno haya oido un hecho ni siempre que lo haya visto para que pueda tenérsele por testigo presencial. El que haya oido lo que se cuenta acerca de secretos de Estado por personas que se suponen bien enteradas, pero que no tienen motivo alguno para que se les confíen, ese no sabe más que patrañas de gente invencionera, lo que de esos mismos secretos de Estado propalan al oido de sus más íntimos, los que tienen obligación de guardarlos, como no medie interés personal en ello ó debilidad conocida de carácter, bien puede tomarse por fábulas fraguadas para despistar. Ni basta que el suceso pase ante los ojos del que lo refiere, si éste está ciego para verlo. Los mayores absurdos cuentan en su abono con la autoridad de las personas más respetables por su moralidad y aun por su ciencia... en otras cosas.

La segunda condición se liga tanto á la primera que hay un punto en que casi no puede discernírselas y éste es el origen de los fraudes piadosos, políticos ó patrióticos más excusables. Re-

niega uno de su fé, ó un infiel comete una profanación y se muere á poco ¿cómo no atribuirlo á evidente castigo del cielo? ocurre una desgracia en el país, ¿cómo no achacarla á la impericia ó á los vicios de los gobernantes? somos vencidos en un combate, ¿cómo no explicárnoslo por el número, por la traición ó porque el sol ó el viento nos daban de cara?

Hay otra mentira más degradante, la que nace de lo débil ó torcido de la voluntad. Hay quien miente porque teme, quien alaba ó calumnia por que le conviene ó se lo pagan. El temor obedece á extrañas fuerzas coercitivas, el que es capaz de resistir las imposiciones del poderoso, no se atreve á ir contra la corriente común y aprueba en público lo que su interior reprueba. Otro tanto sucede con las impulsivas en lo que toca al interés, al que no se le gana con dinero suele ganársele por la vanagloria ó por el *que dirán.*

Toda la cuestión del historiador en este punto, es colocarse en el lugar de los historiadores anteriores, pero en condiciones de imparcialidad. Tanto mejor conocerá á los sucesos pasados, cuanto mejor conozca á los testigos, lo que á éstos asustaba ó alhagaba no es ya más que ceniza y sombra, bien puede sumar ó restar lo que en ellos pusieron ó quitaron las pasiones, los hechos que va á narrar han dado ya todas, ó mucha parte, de sus consecuencias, su realidad á todos nos esclarece y nos obliga, esa realidad esclarecerá todavía más á sus sucesores; que considere que cuando dice lo que no sabe ó cuando afirma lo que no es, es su ignorancia ó su infamia lo que escribe.

Lo que Polibio pedía á las acciones particulares en la relación política es lo que el historiador de un pueblo debe pedirles en la relación total de su existencia: qué fué lo que la nación de su efectividad se propuso realizar con ellas y cual fué el éxito obtenido.

Bien mirado, en este precepto se encierran todas las reglas de la crítica.

IX

La historia no inventa, reproduce, espejo de lo pasado debe retratar fielmente la realidad, pero tiene que retratarla en un espacio reducido, en hacerlo de manera que el cuadro no resulte ni deficiente ni confuso, es en lo que consiste el arte del historiador.

Grandes maestros de ello fueron los antiguos, verdad es

que la existencia entonces era menos complicada. En sus libros iluminan las ideas, se agitan las pasiones, se destacan los caracteres, y los individuos chocan ó se reunen en cuadros de una belleza plástica admirable. Pero es una historia meramente externa, es la historia del agora, del foro, de los campamentos, de las cortes imperiales y de sus intrigas; los griegos llamaban á los que no egercían cargo público con una palabra que ha pasado á nuestra lengua, con la palabra *idiotas*. La mujer en tanto se aburría en el ginneceo y rara vez aparecía al público sin mengua de su virtud; se tenía por axioma que la mejor mujer es aquella de que menos se habla (1).

Pero es una historia aristocrática, es la historia de unos cuantos millares de hombres libres, millones de esclavos sin derecho se pudrian entre tanto en las ergastulas ó se arrojaban á extremo como las bestias en la llamada irrisoriamente *isla de Esculapio*, sin que sus gritos de angustia repercutieran en un eco que turbara la armonía en que el elegante escritor celebraba las *hazañas* y las *virtudes* de sus amos.

La historia clásica fué lo que debió ser el reflejo de aquella sociedad.

El cristianismo y los bárbaros derriban aquel edificio suntuoso pero sin cimientos; el esclavo se siente hombre, sino todavía ciudadano; el germano no piensa que para ser libre es preciso ser esclavo de la ciudad, sino que liga la soberanía á su individuo y la extiende hasta donde alcanza su persona, á lo más consiente en subordinarse á los más poderosos por el pacto; la masa romanizada de las antiguas poblaciones aprovecha para defenderse lo que restaba de las asociaciones gremiales y de las libertades municipales, protegida por la iglesia que, heredera de los secretos administrativos de la antigua Roma, tiende á constituir una Roma espiritual, defiende los derechos sociales contra el individualismo bárbaro y proteje á los reyes; aquellos estados nacientes que Roma venciera y dominara pero que no lograra destruir, respiran libres del inmenso peso que los tuvo agobiados; y juntos viven, luchan y se compenetran los tres principios; el socialismo, el individualismo y la federación.

Murió el antiguo Estado, las naciones no han nacido toda-

(1) He aquí el conocido epitafio en que se resumen las virtudes de la mujer romana.

Casta vixit
Lanam fecit
Domum servavit

vía, no puede haber una historia del Estado ni de la nación, pero algo queda de aquel, algo de esta aunque confusamente se presiente; esta situación intermedia se refleja en las Crónicas. Por una parte surgen de vez en cuando en ellas los recuerdos clásicos, por otra se inspiran en los principios de la Filosofía, de la Historia de San Agustin en la ciudad de Dios aplicados por Orosio á la Historia del Mundo, por sus discípulos á los pueblos que invaden á España, sobre todo por el que resume todo y el saber del reino visigótico por San Isidoro, que ven por todas partes lo sobrenatural y milagroso; de otra reflejan lo presente con una candidez que encanta. No busquemos en ellas arte en la acepción retórica de la palabra, todo lo que de este arte hay en ellas es postizo y se despega, pero si buscais ese otro arte natural que como la fotografía retrata, comprenderéis que la historia de este tiempo no ha podido escribirse de otra manera; la historia que quiere pasar por erudita, donde hay que introducir nuevos elementos y no se sabe todavía cómo.

Porque hay otras historias, la que el trovador de boca va llevando de castillo en castillo, la historia de las leyendas señoriales que para él escribe el trovador de péñola y que llegará á querer convertirse en una historia de Castilla y á hablar en prosa, en uno, sino es el primer monumento literario de nuestra lengua, en la mal llamada Crónica rimada del Cid.

Y hay otra historia todavía, la que el pueblo conserva en sus cantares, la historia de sus aspiraciones que personifica en sus héroes favoritos á los que rodea de tan explendente aureola que ante ella palidecen las figuras de los reyes más insignes Alfonso II ante Bernardo del Carpio, Ramiro II ante Fernan Gonzalez, Fernando I y Alfonso VI ante Rodrigo Diaz de Vivar.

Alfonso X intenta aunar los diferentes elementos sociales bajo la monarquía preparando en todos los órdenes la unidad española que los Reyes Católicos consiguieron en lo político. Expresión de tan elevado propósito es la que por primera vez se llama Historia de España, la que ya habla la lengua de Castilla y para la que se consultan lo mismo las gestas y los romances que las crónicas. Palpita en ella el sentimiento nacional hasta alcanzar en ocasiones una expresión poética, pero las diversas fuentes no se funden en un más alto pensamiento, sino que se excluye de ellas lo que puede perjudicar las aspiraciones anti-feudales y anti-plebeyas de la monarquía, la historia del Cid no se toma principalmente de la Crónica rimada ni de los romances sino de las narraciones arábigas.

La ciencia, como sucede siempre, en lo social y político se

había adelantado en Alfonso X siglos á la realidad. Había que edificar, pero antes era preciso destruir. Era preciso acabar con aquella multitud de soberanías anárquicas que anulaban ó entorpecían la soberanía del Estado, la monarquía se encontró frente al feudalismo en una situación análoga á la que Roma se había encontrado respecto á las ciudades libres, y á los monarcas herederos del roto imperio de Alejandro, el renacimiento había despertado el entusiasmo por las indiscutibles bellezas de los escritores clásicos ¡qué extraño que se trataran de imitar!

Gloria de nuestro Mariana es la de no haberse dejado seducir como tantos otros por las supercherías de los falsos cronicones, gloria suya habernos conservado las que los historiadores antiguos digeron con más ó menos acierto de nuestras antiguas cosas, gloria el haber transcrito nuestras crónicas de la Edad Media y no limitarse á compaginar á D. Rodrigo de Toledo con D. Alfonso el Sabio, digna de alabanza la modestia con que se propone coleccionar las crónicas y no escribir una historia, notable, la sagacidad con que nos previene de que muchas más cosas escribe que cree, imparciales y hasta severos son sus juicios sin que jamás la adulación se deslice por su pluma más propensa á la censura que á la alabanza, claro y nobilísimo su estilo sembrado de máximas oportunas y sin embargo, hay algo que parece que falta, el calor del que refiere cosas que reputa como suyas, es más el maestro que desde fuera aconseja frío ó corrige sin compasión, inacsesible ya por la edad á la seducción de las pasiones y por su apartamiento á la s exigencias de la vida, que el que aun llorando su delito pone algo de ecseso y de atenuación en su dolor y arrepentimiento; hay también algo que sobra, aquellos discursos ajustados á las reglas de los preceptistas que si en Tito Libio por la verosimilitud pueden ser un recurso lícito del arte, puestos en boca de los rudos guerreros de la Edad Media, solo sirven para desnaturalizar el personaje, para hacernos perder el color local y para desilusionarnos, apercibiéndonos de que es un relato artificioso y no la expresión sensible y fiel de la realidad lo que escuchamos.

Por eso, aunque bajo otro concepto inferiores en mérito, nos interesan más los relatos del Marqués de Mondéjar, de Moncada, de Melo, donde los sucesos se desarrollan á nuestra vista y nos parece que asistimos á ellos como espectadores. Hasta las cartas de Hernán Cortés, injustamente apreciadas por los literatos de profesión, y las rudas revelaciones de Bernal Diaz del Castillo nos interesan más que la atildada *Historia de Méjico*

de Solís, el último de los buenos historiadores de este arte.

El siglo XVIII, que fué un siglo de demolición de las antiguas instituciones tenía que ser como lo fué en la Historia, un siglo de crítica.

Pero la crítica para serlo y no subjetivismo descontentadizo y vano, tiene que desempeñar un doble empleo, desautorizar lo que no es y descubrir y poner en claro lo que es. La historia en este momento, en vez de cuadros artísticamente concluidos y narraciones seguidas, ha de consistir más bien en disertaciones y exámenes de documentos.

Dos obras importantísimas en que predomina ya la una ya la otra manera de ser, produjo el siglo XVIII; la *Historia Crítica* de Masdeu, escrita con sentido semi-exceptico en que con grande erudición y no escaso ingenio, se ponen en duda los hechos más asentados y cuya veracidad han venido á demostrar después documentos indubitables ó se cambia la cronología respecto de otros sin motivo suficiente, no sin que su misma ingeniosidady un mal entendido españolismo dejen de conducir á su autor en ocasiones á querer autorizar hipótesis tan infundadas ó más que las que con encarnizamiento combate, y la España Sagrada del P. Flores, milagro de laboriosidad, de erudición, de crítica sensata y de buena fé encantadora.

De entonces acá se han multiplicado los trabajos históricos; la atención que se ha prestado desde Conde á las fuentes arábigas menospreciadas y desconocidas desde Don Rodrigo y D. Alfonso el Sabio, las publicaciones de Fueros y Cartas Pueblas y las Colecciones de Cortes y de Códigos, los importantísimos trabajos hechos por dignísimos individuos de la Academia de la Historia y por muchos particulares sobre períodos ó sucesos determinados en que han aparecido documentos inéditos que permiten verlos á nueva luz, los trabajos prehistóricos y lingüísticos, lo mucho que se ha adelantado en el conocimiento de inscripciones y monedas y en el serio estudio de nuestra historia científica, artística y literaria, unidos á la poderosa ayuda que á los naturales han prestado reputados sabios extrangeros, han reunido tal cúmulo de datos nuevos y hacen presentir la existencia de tantos otros que no es dicfíil asegurar que ha de prolongarse por mucho tiempo el período crítico de nuestra historia y que todo lo que acerca de ella se construya ha de ser á título provisorio.

Como quiera que esta construcción aunque imperfecta no puede faltar, aun reduciéndola para evitar las causas más frecuentes de error á aquellos acontecimientos importantes que, como los grandes montes en las cordilleras, parecen inconmovi-

bles y bastan para señalar la dirección con sus altas cimas, todavía ofrece dificultades no pequeñas el arte que se ha de emplear para realizarla, pues que se trata de un edificio hasta ahora no imaginado y mucho menos construido.

Ya ha tiempo que se comprende en la historia general la de todos los órdenes de la vida, hasta la de las costumbres y las modas, pero se hace en capítulos aparte como complemento de la historia política, á la que por tradición se conceden los honores del primer puesto, de modo que lo que se cuenta no es una historia sino muchas historias del mismo sujeto.

Honra de nuestro insigne maestro D. José Amador de los Ríos, es el haber concebido y demostrado en la práctica en su celebrada Historia de la Literatura Española que toda obra literaria es la expresión de un estado del espíritu nacional que se manifiesta en obras coincidentes en los demás órdenes y que todas pueden considerarse como la del mismo sujeto puesto en diferentes circunstancias.

Y en efecto, causa maravilla que lo que se hace siempre en la biografía de los individuos no se haya ocurrido hacerlo en la biografía de los pueblos. En estos, la identidad de los diferentes aspectos de la misma acción, aparece más clara porque como seres colectivos obran en todos los órdenes simultáneamente ó con adelantos ó retrasos que por sus causas, en vez de negarla la confirman.

Cierto es que hoy no puede más que iniciarse este procedimiento, falto de datos en las más de las cosas, pero sobre que las deficiencias aprovechan en cuanto se hacen visibles, porque mueven á investigar, es tal la bondad del método, el único científico, como fundado en la realidad, que él basta en ocasiones para disipar las dudas acerca de la existencia ó el alcance de hechos controvertidos; cuando en la mayoría de las direcciones se obra de un modo, no es posible pensar que en otra que depende de aquéllas ó no puede verificarse sino á su compas se siga camino diferente.

Otro problema quizá más insoluble por el pronto es el de conciliar las exigencias de la crítica que piden minuciosa comprobación y la aridez de las citas y de los números, con las necesidades artísticas de la representación plástica y dramática; con aquella el hecho se diluye entre textos y argumentos, quedando de él á lo sumo una abstracción sin carne y sin figura, con ésta sin aquélla el lector se pregunta á cada paso; esto es muy hermoso ¿pero será verdad?

Comprendemos que cuando el espíritu interesado en la averiguación llega á vislumbrar la realidad, la realidad se determian

y la individualidad surge á sus ojos de improviso, y ya en intimidad con el personaje, vemos sus acciones como las del amigo casi por dentro; ¿pero quien será capaz de tan divino arte? ¿Quién será capaz de aquella mirada profunda que ve lo esencial en cada situación y retrata en una frase á un individuo?

La conciencia del historiador es un espejo, mantengámosla tersa y limpia y el objeto se dibujará en ella con mayores ó menores proporciones y detalles, según su grandeza, pero en su retrato no nos reflejará monstruos ni caricaturas; la primera, quizá la única condición para encontrar la verdad, es querer encontrarla de buena fé.

HISTORIA DE ESPAÑA

DIVISIONES

Misteriosamente elabora la Naturaleza á sus indivíduos como el maestro oculta los secretos de su arte á los ojos de los profanos, pero no sucede lo mismo en la formación de aquellos seres colectivos, cuyo nacimiento si obedece á leyes eternas, es á leyes que se hacen efectivas por la voluntad. La vida de estos seres es una vida pública, por ellos todo se hace á la luz del día.

Como todos los seres vivos, nacen de un germen que va creando sucesivamente los organismos que necesita para efectuar su esencia, y ya completo entra sin perder su individualidad á formar parte de otros más complexos que le permitan efectuar sus esencias de relación.

Las mismas son las edades de la vida para todos los seres orgánicos; una de unidad confusa en que el germen orgánico se forma en el todo, otra de distinción y oposición en que los diferentes organismos van apareciendo y predominan sucesivamente no sin lucha de los unos con los otros y otra superior de armonía en que cada órgano ejerce su función propia y ayudándose y siendo ayudados por los otros en su peculiaridad, todos unidos en cuerpo efectuan la esencia del todo.

Las naciones no han salido todavía del estado de formación; aunque seamos lo bastante orgullosos para creernos al fin, nos encontramos todavía muy á los principios; sin embargo, las ordinarias denominaciones de Edad Antigua, de Edad Media y Edad Moderna, bien pueden conservarse y casi con su misma significación siempre que entendamos, que aun en los pueblos europeos los más adelantados, la primera corresponde á la constitución del óbulo ó germen femenino, la segunda á la del masculino, y la tercera á la competración de los dos en el animado que ha de constituir el nuevo ser.

Elementos de diferentes razas, atraidos, modificados y reunidos, en un medio comun, forman el germen cuyas sucesivas transformaciones hasta su constitución definitiva es el contenido de toda la Edad antigua. Veamos como esto sucede en nuestra patria.

EDAD ANTIGUA

PRIMEROS POBLADORES

Ha sido doctrina sin contradicción sustentada por los sabios hasta el pasado siglo que los primeros moradores de nuestra España fueron los tubalitas, ya viniera el mismo Tubal en persona, ya sus descendientes.

El primero ó mejor el único fundamento de esta opinión, son las siguientes palabras de Josefo en el cap. VII de su Arqueología ó Antigüedades judaicas: "Ex aliis Japheti filiis Javane et Mado, ab hoc Madai descendunt, Græcis, Mædi nominati: á Javane vero Jonia, totumque Græcorum gens. Quin et Thobelus Thobelis sedem dedit, qui nunc sunt Iberi„.

Tal es la versión de Segismundo Gelenio, la más conforme al original pero en la de Rufino de Aquilea se puso en lugar de la última frase: qui nostra ætate iberi vel hispani vocantur.

San Gerónimo copiando y explanando el citado texto se expresa así: Japhet hijo de Noé tuvo siete hijos. Estos poseyeron algunas tierras en el Asia, como son las que se contienen desde el Tauro y el Amano, montes de la Celesiria y la Cilicia hasta el río Tanais, y en Europa hasta Cádiz, dejando su nombre á las tierras y á las gentes. Así Gomer son los Galatas, Magog los Scytas, Javan los Jones ó Griegos, Tubal los Iberos ó Españoles de donde los Celtiberos; aunque algunos sospechan que son los italianos, y añade. (1) Así estas siete gentes que se recuerda venir de la estirpe de Jafet, habitan hacia la parte del Aquilón.

(1) Cuestiones Hebraicas al cap. X del Génesis.
En la misma obra sobre el Cap. XXVII de Ezequiel dice, Tubal que son los iberos orientales ó los españoles; sobre el XXXII, Tubal que unos quieren se entienda por los iberos y otros por los italianos, y sobre el XXXII en que vuelve á atribuir á Josefo la sospecha de que sean los Españoles.

San Isidoro copia las palabras de Joseto y San Gerónimo, y las amplía á su vez en la forma siguiente: (1) "Filii autem Japhet septem nominantur: Gomer ex quo Galatæ, id est Galli, Magog, á quo arbitrantur Scithas et Gottos traxisse originem, Madai, á quo Mædos existere putant, Javan á quo Jones qui, et Græci unde et mare Jonicum. Tubal, á quo Iberi, qui et Hispani, licet quidam ex eo, et Italos suspicentur. Mosoc, ex ex quo Cappadoces sunt.... Tyras, á quo Thraces. Hae sunt gentes de stirpe Japhet, quæ á Tauro monte ad Aquilonem mediam partem Asiæ et omnem Europam usque ad Occeanum Britanicum possident, nomina et locis, et gentibus relinquentes, de quibus postea inmutata sunt plurima cætera permanent ut fuerunt.

La misma tradición continúa en el Arzobispo don Rodrigo, que cita las fuentes de donde las tomó (2) Dice así: Filii Japhet ab Amano, et Tauro montibus Syriæ et Ciliciæ qua sunt in Asia et totam Europam, usque Gades Herculis, in finibus Hispaniæ possederunt.... Quintus autem filium Japhet fuit Tubal, á quo Iberi, qui et Hispani (ut dicunt Isidorus et Hieronimus) processerunt. Filii autem Tubal, diversis Provincies peragratis curiositate vigili Occidentibus última petierunt, qui in Hispaniam venientes et Pirinæi juga primitús habitantes, in populos excrevere.

El primero que afirmó positivamente la venida personal de Tubal á España fué Alfonso Tostado *el Abulense*. (3) Esta afirmación cobró gran crédito con la publicación del falso Beroso, dedicado á los Reyes Católicos por Annio de Viterbo. Siguiéronla Florian de Ocampo, Esteban de Garibay, Pedro Antonio Beuter y Juan Vaseo. Autorizóla Mariana con decir que era común consentimiento de graves autores y la aceptaron decididamente Joseph Moret en sus Investigaciones históricas del Reino de Navarra, y Gabriel de Henao en sus Antigüedades de Cantabria buscándola nuevos apoyos.

Pondera Moret la autoridad de Josefo como muy versado en las historias caldeas, y por que alega como garantes de su dicha al verdadero Beroso ya perdido á Gerónimo Egipcio que escribió de las antigüedades de los Fenicios, y á Nicolás Damasceno. Y prueba que los Iberos de Josefo son los españoles y

(1) Orígenes-Lib. IX-Cap. II.
(2) De rebus Hisp. Libr. I cap. I.
(3) Opera omnia-Tom I Comm en cap. X Genes. et in caput. Lib. I-Paralipom. No sin contradicción del caballero catalan Gerónimo Paulo en su libro de los Rios y Montes de España dedicado al pontífice Alejandro VI. Siguieron al Abulense Juan Gerundense-Paralipomenon Hispaniæ; lib. 1, pág. 15 y Alfonso de Cartagena-Regum, Hisp, Anacephaleosis, cap. 3, p 24.

no los orientales, por que la Iberia Asiatica está fuera de los montes Tauro y Amano y demás términos que limitan la herencia de Jafet, hallándose comprendida en la de Sem.

En el siglo pasado don Joseph Pellicer, á quien siguieron gran número de literatos entre los que se cuentan D. Antonio Fernández Prieto y Sotelo y D. Francisco Javier de Gamna y Salcedo, negó la paternidad ibérica de Tubal para asegurársela á su sobrino Tharsis. (1)

Se apoya en Julio Africano escritor del siglo III que en uno de sus fragmentos conservado en el Cronicon Griego de Eusebio, dice; de Tharsis los Iberos; (2) en el mismo Eusebio de Cesarea que tambien lo afirma, en el autor anónimo de la división de las gentes publicado por Labbé (3) que dice Tharsis, ex quo Hiberi, qui, et Tyrreni, en el cronicon llamado *bárbaro* por Escalígero donde en su peculiar estilo se asienta que los españoles y tambien los tirrenos descienden de Tharsis hijo de Javan; en los fastos Sículos ó cronicon Alejandrino (4) que también conviene en que de Javan y de Tharsis proceden los Españoles y los Tirrenos, señalándoles como provincias de su generación, la Hispania Magna, la Iberia y la Hispano Galia, y por último en Jorge Sincelo, escritor de fines del siglo VII que escribió también que de Tubal vienen los de Tesalia. (5) En lo mismo conviene S. Epifanio. (6) A esta prueba decumental junta otra indiciaria sacada de las etimologías de Tarsis, Tarteso, Tarsia y el Tarseyo de Polibio.

Volvió á sostener la opinión de la venida de Tubal D. Juan Ferreras; aunque no se hizo cargo de las impugnaciones de Pellicer é intentó dar solución á sus argumentos el docto americano D. Pedro Peralta Barnuevo, y de nuevo la ha reproducido en nuestro tiempo D. Miguel Cortés y Lopez (7) reforzándola con argumentos bíblicos, históricos y etimológicos como el del que Thobel es el Pan que dió su nombre á España porque los dos significan todo; pero apuntando la idea de que la población de España vino por el Africa y presintiendo alguna de las modernas hipótesis.

Masdeu la atribuyó á los dos rivales, pero pensando que la

(1) Aparato á la antigua monarchía Española.
(2) Escribía en tiempo de Heliogábalo y Alejandro Severo, citado por Pellicer en la población de España, pág. 41 y 42.
(3) En su Chronografia.
(4) Concluye el año 20 del reinado de Heraclio, 631 de Jc.
(5) En su Chronografia.
(6) En el Panarion. Hæresi 39.
(7) Diccionario Geográfico-Histórico de la España Antigua, Madrid 1836, Tom. II, pag. 21 y sig.

lengua de los *tarsianos* fué la ibérica y la céltica la de los *tubalitas* (1). Por el contrario el sabio anticuario D. Luis Velazquez (2) muestra la debilidad de los fundamentos de las dos opiniones y concluye. "Confesemos, pues, que de este primer período de nuestra historia nada se sabe." Del mismo sentir fueron D. Miguel Perez Pastor, el P. Flores, D. Gregorio Mayans y los diaristas del Semanario erudito.

Esta conclusión exéptica con que termina el siglo XVIII, derrumbando el dogmatísmo anterior, atendidos los datos que se manejaban, hay que tenerla por muy razonable porque estos quitado el aparato erudito con que se les revestia y las aseveraciones voluntarias, vienen á quedar reducidos á muy poca cosa.

La venida de Tubal á poblar á España por sí ó sus descendientes descansa únicamente en el texto de Josefo, pues los demás autores que lo siguen se han limitado á copiarlo ampliándolo como han creido conveniente pero sin dar razón de estas adiciones aunque son bastante trasparentes las leves congeturas que los movieron á ello.

Veamos, pues, el valor que tiene el texto de Josefo. Es evidente que este escritor que floreció en la época de Vespaciano no fué testigo presencial de un suceso ocurrido tantos siglos antes; luego el valor de su testimonio dependerá del de la fuente de donde lo tomara. Se asegura que lo tomó de Beroso pero esta es una suposición gratuita porque aunque Flavio Josefo cita á Beroso alguna vez no lo cita en este punto y es una suposición más gratuita todavía afirmar que Beroso se ocupara de él. Además, Beroso por sí no tiene mucha más autoridad que Josefo pues vivió cerca de 280 años a. Jc. Pero, se insiste Beroso lo leyó en los anales de la Caldea? y por donde sabemos que en tiempo de Beroso se conservaban esos anales y que esos anales trataban de semejante cosa?

Además, Josefo no dice que Tubal asentara á los españoles sino á los iberos y de los que lo han seguido ninguno afirma positivamente que fuera á los iberos occidentales y de estos á los hispánicos sino que S. Gerónimo duda entre los orientales, los españoles y los italianos, y S. Isidoro entre los italianos y españoles, y ésto partiendo verosímilmente del dicho de Rufino que acaso no tuvo más razón que la analogía del nombre. Es casi evidente que los iberos de que habla Josefo son los orientales ó georgianos siendo más que probable que ni el Patriarca,

(1) Historia Crítica, Tom. II pag. 81.
(2) En sus anales, tiempo desconocido.

sus hijos ni sus nietos tuvieran la menor noticia de la región de que se les supone pobladores ni menos se hallaran en condiciones de emprender tan largo y para entonces tan dificultosísimo viaje. Ni valga el argumento de Moret de que Josefo no podía hablar de los iberos asiáticos porque el país de estos pertenecía á la herencia de Sem pues en la Bíblia se lee: Dilatet Deus Japhet, et habitet in Tabernaculis Sem. (1)

Pero se replicará: esta ha sido por lo menos una tradición constante. Tan lejos ha estado de serlo que muchos autores casi contemporáneos como Julio Africano y algunos PP. griegos, no sólo no reconocen á Tubal como poblador de la Iberia occidental pero ni áun de la oriental. Es, pues, muy posible como pensó el Sr. Salafranca que la pretendida tradición constante no descanse más que en la inteligencia errada de Rufino, mantenida, añadimos nosotros, por la autoridad incontestable de San Gerónimo en Occidente y de su discípulo San Isidoro entre nosotros.

Otro tanto puede contestarse á los tarsianos. D. Luís Velazquez que se inclinaba á ellos algo más, despues de exponer los fundamentos de Pellicer, dice: "Es verdad que el Autor más antiguo de esta opinión es posterior al suceso en más de 2.500 años, y seguramente tal cosa no se creyó en Europa, y menos en España antes del siglo I: que en los primeros 1.500 años de estos los españoles ignoraron el uso de las letras, y como tal no tuvieron manera segura de conservar la memoria de los sucesos; y que el Tarseyo de Polibio es un manifiesto error de Ortografía, que sin duda debe corregirse en Tarteso: pero esto no importa. Es del honor de una nación disputar á todas las demás la antigüedad y el orígen."

No solo pues no están probados sino que parecen bastante inverosímiles los viajes de estos patriarcas á España desde las llanuras del Senaar á no ser que vinieran por el aire por donde los trajo el Dr. Ferreras (2) para cumplir el testamento de Noé que según nos cuenta el P. Calmet haber leido en Cedreno y en Eusebio, dejó aquel patriarca escrito y firmado entregándoselo á su hijo Sem á la hora de su muerte. (3)

Desechada esta venida aérea que se justifica porque Dios que obra siempre por los medios más sencillos y deseaba que toda la tierra se poblase; que tuvo que hacer más que encargar

(1) Génesis, cap. IX vers. 27.
(2) Historia general de España, tom. I. p. I. pág 3.
(3) Añadiendo saber por Philastrio que los que dudaron de la noticia eran tenidos por hereges.

á un ángel para que transportara á cada uno de los patriarcas (y es de inferir que tambien á su familia) al lugar que le había elegido por habitación; desechada esta explicación que hubiera obviado todos los inconvenientes, lo primero que tenemos que averiguar para proceder con algun órden respecto á los primeros habitadores de nuestra España, es por donde pudieron venir.

Es un hecho que puede tenerse por seguro que en tiempos muy cercanos á los históricos, España, no era como hoy una península sino que además de estar unida á Europa lo estaba tambien á la vecina Africa.

"Parece incontestable, dice Masdeu que el estrecho gaditano se ha ido con el tiempo dilatando como se infiere de la variedad de relaciones de los Autores. Scilace, que floreció quinientos años antes de Jesu-Christo, le da media milla de latitud: Euctimedon, del siglo cuarto, cuatro millas escasas: Turranio Gracile, Tragico Español anterior un siglo á la Era vulgar, cinco: Tito Livio del siglo primero cristiano lo extiende á siete millas: Victor Vitense, del siglo quinto, hasta doce: los Españoles modernos hallan el día de hoy en la menor distancia catorce millas. Estas observaciones que despues de Enrique Flores hizo López Ayala en su historia de Gibraltar, le persuadieron la posibilidad de la antigua comunicación del Africa con España, y la inundación originada por algún accidente. A más de esto yo hallo tambien en los Autores antiguos, que el estrecho era de menos longitud; porque si desde los tiempos de Strabon y Solino se ha ensanchado, tambien se ha alargado hasta treinta millas, mientras en los cómputos de los antiguos encontramos quince millas solamente."

Tambien la división de las montañas, la fauna y la flora y aun la división y nombres que daban los geógrafos antiguos á las partes de mundo, hace más que probable la existencia de esta unión.

Hay quien afirma además que España estuvo tambien unida á otro Continente hoy sumergido, á la misteriosa Atlantida de que nos habla Platon en dos de sus diálogos.

Esta opinión se apoya en dos fundamentos, uno tradicional, otro científico.

El primero se toma principalmente de los dos citados diálogos que son el Timeo y el Critias.

En el primero, Critias cuenta haber referido á Solon, los sacerdotes de Sais, que había una isla frente al estrecho que se llaman las columnas de Hercules más grande que la Libia y el Asia juntas. En esta isla los reyes habian creado un gran poder

que dominaba en toda ella, en muchas otras islas y en gran parte del continente. Además en el nuestro eran dueños de la Libia hasta el Egipto y en la Europa hasta la Tirrénia. Un día este vasto poder quiso someter el Egipto y el Atica, pero está primero á la cabeza de los griegos y despues ella sola por la defección de sus aliados, arrostró los mayores peligros, triunfó de los invasores, preservó de la esclavitud á los pueblos que aun no estaban sometidos, y á los situados más acá de las columnas de Hercules, como el Egipto, les devolvió su libertad. Pero en los tiempos que á estos se siguieron, grandes temblores de tierra produgeron innundaciones y en un solo día, en una sola noche fatal, la tierra se tragó á todos los guerreros atenienses y la Atlántida fué sumergida; por eso no puede navegarse en este mar, porque lo impide la cantidad de fango que la isla al hundirse depositó en el abismo.

En el Critias, éste, después de tratar como si hubiera existido en Atenas una constitución ideal dada por Minerva, cuenta que Neptuno, á quien en el reparto que los dioses hicieron de la tierrra tocó la Atlántida, colocó en una parte de esta isla los hijos que había tenido de una mortal. En medio de la isla, en una llanura no lejos del mar y en una montaña muy poco elevada, habitaba uno de esos hombres que nacieron de la Tierra, Evemenor con su mujer Leucipa. Estos engendraron una sola hija, llamada Clito. Cuando murieron sus padres, Neptuno se casó con ella. Aisló con muros y fosos la colina en que habitaba, haciéndola inaxcesible. Como era dios, le fué fácil embellecer esta isla dentro de la otra, dotándola de dos manantiales, uno frío y otro caliente, que alimentaban todo género de frutos. Tuvo Neptuno de Clito cinco parejas de hijos, todos varones, entre los que distribuyó la isla en partes iguales; dejó al mayor la estancia de la madre y le hizo rey de los demás, por eso de su nombre la isla y el mar que la rodea se llamó Atlántico; á su hermano gemelo dió la extremidad que se llama Gadírica, de su nombre en griego Eumeles y Gadir en la lengua de su país, y así de los demás. Estos hijos de Neptuno moraron en el país durante muchas generaciones, sometieron en aquellos mares muchas islas y extendieron su dominación hasta el Egipto y la Tirrenia. La posteridad de Atlas fué siempre muy respetada; el mayor en edad era el rey y transmitía su autoridad al mayor de sus hijos.

Después describe Platon poéticamente las producciones y la organización religiosa, militar y política de aquel singular Estado, y concluye diciendo que mientras se conservó en aquellas generaciones algo de la naturaleza del dios á que debían su ori-

gen, los habitantes de la Atlántida obedecieron las leyes que habían recibido y respetaron el principio divino, que era común á todos. Pero cuando la esencia divina se fué aminorando por la mezcla contínua con la naturaleza mortal, degeneraron. Los que saben penetrar las cosas comprendieron que se habían hecho malos y que habían perdido los más preciosos de todos los bienes, y los que no eran capaces de ver lo que constituye verdaderamente la vida dichosa, creyeron que habían llegado á la cima de la virtud y de la felicidad, cuando estaban dominados por la loca pasión de aumentar sus riquezas y su poder.

Entonces fué cuando el dios de los dioses, Júpiter, que gobierna según las leyes de la justicia y distingue en todas partes el bien del mal, queriendo castigar la depravación de un pueblo antes tan generoso, para atraerlo á la virtud, reunió todos los dioses en la parte más brillante de las estancias celestes, en el centro del mundo, desde donde se contempla todo lo que participa de la generación, y les habló de esta manera... (El diálogo queda aquí interrumpido y sin concluir).

Como se ve, la narración platónica no es en su fondo y en sus principales pormenores más que uno de esos simbolismos á que el gran filósofo era tan aficionado. Los dos diálogos en que se contiene son una preparación á los de la República, la manera de representar gráficamente un gobierno ideal. El mismo Platón lo ha dicho en el Timeo: "Los ciudadanos y la ciudad que nos has presentado ayer como una ficción, nosotros la transportaremos á la realidad, colocaremos tu ciudad en esta antigua ciudad ateniense; y declararemos que estos ciudadanos que tú has concebido son verdaderamente nuestros antepasados, aquellos de que hablaba el sacerdote. Habrá un perfecto acuerdo entre los unos y los otros, y no nos separaremos de la verdad si decimos que los ciudadanos de tu república son los atenienses de los antiguos tiempos."

El repartimiento de la tierra entre los dioses, el casamiento de Clítone, hija de Evemenor, hijo de la Tierra, con el dios del mar, sus celos, el palacio en el monte defendido con un triple foso, los cinco partos de á dos varones, la multiplicación de aquella raza sin mujeres, las producciones de aquel suelo efecto de una fuerza sobrenatural, la división matemática de la isla, se parecen más á los relatos de los poemas heróicos de la India que á la varia accidentalidad con que se suceden los hechos en la historia más seguida. Hasta los nombres de los personajes, salvo acaso los de Evemenor y Clítone, son míticos; Atlante es la personificación del Atlas y Gadir la de Cádiz; el pasaje que sirve de fondo en el cuadro filosófico, es un símbolo naturalista;

la huérfana Clítone la isla solitaria, los amores de Neptuno el mar que besa sus playas, los celos del dios, el palacio cercado de triple foso y la submersión final, el Oceano que la estrecha entre sus brazos y que la devora con uno de sus besos.

La Atlántida, tal como Platon minuciosamente la describe, es un imposible natural; no tiene más realidad que la Utopia de Tomás Moro. Hasta el auxilio prestado á los egipcios por los atenienses, cuando éstos, esparcidos en miserables aldehuelas se hallaban todavía comiendo la bellota autóctona, antes de que Teseo, reuniendo los disversos demos, fundara la ciudad, semeja á una de esas invenciones legendarias destinadas á exaltar el valor pátrio, como la fundación de Roma por los españoles ó la victoria del Cid contra los ejércitos imperiales del duque de Saboya.

Todo esto es cierto; pero ¿quién quita que Platon aprovechara las noticias más ó menos confusas que tuvieran los egipcios de un continente en el Atlántico, sumergido por un terremoto, para dar el gran artista más tinte de realidad á sus invenciones? Refiere Critias que en las fiestas Apaturias á que asistió de niño, se lamentaba su abuelo de que Solon no hubiera concluído la obra que trajo de Egipto acerca de esta gran hazaña de los atenienses, y que había comunicado á su bisabuelo Dropida, y en otro pasaje asegura que toda esta maravilla no es fábula, sino cosa verdadera.

Y no es solo Platon el que esta tradición nos ha conservado. Según Teopompo, su contemporáneo, Sileno, hecho prisionero por Midas, inicia á éste rey en los secretos de la sabiduría y del porvenir. La Europa, el Asia y el Africa son islas rodeadas por el Oceano. No hay más que un solo continente, y éste se encuentra más allá. De inmensa grandeza, alimenta animales gigantescos y hombres dos veces mayores que nosotros y que viven dos veces más; hay allí grandes ciudades de costumbres diferentes, regidas por leyes opuestas á las nuestras..... Sus moradores poseen tanta cantidad de oro y plata, que entre ellos el oro vale menos que entre nosotros el hierro. Un día quisieron pasar á nuestras islas, atravesaron el Oceano en número de diez millones y llegaron hasta el país de los Hiperbóreos. Tomaron lenguas acerca de la tierra en que se encontraban y les dijeron que era la de los hiperbóreos, el más feliz de los pueblos de Europa, de Africa y de Asia, y menospreciando la miserable existencia de aquella gente, no quisieron ir más allá.

También Marcelo, en sus *Etiópicas*, habla de diez islas situadas en el Atlántico, donde se conservaba la memoria de otra mayor, á que antes habían obedecido.

Por último, Plutarco cuenta en la *Vida de Sertorio*, que hallándose en Gades este insigne capitán, llegaron á aquel puerto algunos navegantes que venían de las islas Atlántidas, que ellos llamaban Beatas ó Afortunadas, y que informándole de su delicioso clima, de su abundancia y de la felicidad que en ellas se disfrutaba, Sertorio tuvo por un instante el pensamiento de abandonar la guerra civil para ir á establecerse en ellas.

Como se ve, la relación de Plutarco es concerniente sólo á las Canarias, también lo es la de Marcelo, y en cuanto á la isla mayor, á que se dice que aquéllas en algún tiempo obedecieron, bien puede que fuera el Africa ó la América, sin necesidad de inventar un nuevo continente; pero las narraciones de Teopompo y de Platon sí denuncian la existencia de una tradición confusa, que cada cual vestía á su manera.

Mejores argumentos en favor de la Atlántida presenta la Geología. La naturaleza volcánica de los archipiélagos de las Terceras, de las de Madera y de las Canarias, en que se levanta como un gigante el humeante Teyde, ofrece á los ojos del menos entendido el panorama de una gran extensión de tierra sumergida, de la que no han quedado fuera del agua más que los más altos picos de los montes. La constitución geológica de éstos manifiesta que no eran más que eslabones de la cordillera del Atlas, las analogías de la fauna y la flora de las Canarias con las de Africa y América, la identidad de algunos de los antiguos cráneos de los canarios con los de los berebéres, el violento trastorno que tuvo que verificarse al levantarse el Sahara y al unirse los tres lagos Mediterráneos en un solo mar, el mar de los zargazos, la existencia que se supone del drago en Cádiz y la mayor distancia en lo antiguo de esta isla á la Península española, hacen no improbable el aserto de que formara parte de lo que hoy es el Africa, aquella isla ó continente que se supone sumergido mientras que por otras señales pudiera inferirse que no había de llegar muy lejos de las costas del Brasil. (1) Resulta, pues, no imposible la existencia de una Atlántida y verosímil que Solon hubiera adquirido de los sacerdotes egipcios la noticia de su existencia.

El estudio geográfico que acabamos de hacer muestra suficientemente que, en un tiempo en que la navegación no era conocida, la que fué después Península española era facilmente accesible por la parte de Africa, es posible que lo fuera sin gran dificultad desde el continente atlántico, si éste ha existido algu-

(1) Debe consultarse sobre este punto el interesante trabajo de nuestro querido amigo el reputado geólogo, D. Guillermo Mac—Pherson

na vez y que su entrada más difícil y la más apartada de los que eran entonces los centros de población, es la que cierra la barrera del Pirineo.

La Antropología prehistórica ha reunido una porción de hechos innegables que muestran la existencia en España de una población antiquísima. El cráneo de Forbes, los gruesos y con declarado prognatismo hallados en Valencia y otros lugares, los pequeños de Alhama recogidos por Mac-Pherson, los objetos de piedra tallada de la forma más primitiva encontrados en el *dilubium* de San Isidro y los abundantísimos de las formas más perfectas de fines de este período y del mesolítico no dejan duda que nuestra Península estaba ya habitada en la época de las cabernas, lo que conforma con todas las tradiciones europeas que nos hablan de una primitiva población troglodita.

No es fácil persuadirse que hombres cuya industria no alcanzaba más que á golpear la piedra de la manera rudimentaria que manifiestan los objetos encontrados en San Isidro y en otras partes, equiparan embarcaciones, edificaran ciudades y constituyeran una monarquía, hereditaria por más señas, apesar de motejárseles de hombres sin policía ni crianza.

Había, pues, ya habitantes en nuestra Península antes de que llegaran á ella aquellos á quienes alcanzan los primeros testimonios históricos.

LOS PRIMEROS PUEBLOS INVASORES

LOS IBEROS

Perdiéronse por desgracia los principales documentos que acerca de este pueblo pudieran ilustrarnos. Perdiéronse los anales ó memorias escritas de la mayor antiguedad que al decir de Estrabón tenían los turdetanos; perdiéronse sus leyes y sus poemas, aunque estos acaso no enteramente; perdióse lo que los fenicios debieron escribir de un pueblo con quien estuvieron tanto tiempo en íntimo contacto; lo que de ellos escribieron los cartagíneses, aunque Salustio, Diodoro Siculo, Rufo Festo Avieno y otros en algo lo utilizaron; perecieron los Orígenes de Varron, salvo un fragmento interesantísimo que Plinio nos ha conservado, los Orígenes de Catón que en parte se referían á nuestra España; la Periegesis de Asclpiades Myrleano

maestro de griego en nuestra península, y para mayor desventura los libros que Polibio pudo utilizar en la biblioteca de Scipión, alguno de los cuales, como los anales de Q. Claudio Quadrigenio, existían todavía en tiempo de Juan de Salisbury. Pero algo nos resta y á ello debemos acudir.

Plinio nos ha conservado por fortuna un pasaje de Varrón, injustamente desdeñado por Masdeu que determina la precedencia de los distintos pueblos que vinieron á España.

Grande es la autoridad del que Cicerón apellidaba el más docto de los romanos, del que sabemos haber escrito Anales que se remontaban á mucha antiguedad y gastado gran parte de su vida en recorrer diferentes regiones del Asia, para que pueda ponerse en duda tan de ligero; debemos pues examinar ese pasaje á ver si de él podemos obtener alguna luz.

In universam Hispaniam M. Varro pervenisse Iberos et Persas et Phoenices Celtasque et Poenos tradit. (1) Que las conjunciones *et* y *que* son aquí disyuntivas y no copulativas bien lo declara el que de decidirnos por lo contrario habíamos de caer en el desatino de asegurar que los Fenicios y los Celtas vinieron juntos. Se distinguen, pues, como primeras dos venidas, una de Iberos y otra de Persas. Lo que parece confirmarse con este otro pasaje de Salustio en la Guerra de Yugurta al hacernos la descripción del Africa. "Acerca de sus primeros pobladores y los que despues se les juntaron y del modo con que se confundieron entre sí; aunque en realidad es cosa muy diversa de lo que vulgarmente se cree, diré sin embargo lo que me fué interpretado de ciertos libros escritos en lengua púnica que decían haber sido del rey Hiemsal y lo que tienen por tradición cierta los habitadores del país, bien que no pretendo más fé que la que merecen los que lo afirman.

"En los principios habitaron el Africa los Gétulos y los Libios, gente áspera y sin cultura que se alimentaba con carne de fieras y con las yerbas del campo como las bestias. Estos no se gobernaban ni por costumbres, ni por leyes, ni vivían sujetos á nadie; antes bien, vagos y derramados ponían sus aduares donde les cogía la noche. Pero despues que según la opinión de los africanos murió en España Hercules, su ejército que se componía de varias gentes, ya por haber perdido su caudillo ya porque había muchos competidores sobre la sucesión en el mando se deshizo en breve tiempo. De estas gentes los Medos, Persas y Armenios habiendo pasado al Africa embarcados, ocuparon las tierras cercanas á nuestro mar, pero los Persas se

(1) Hist. Nat. Lib. III cap. III.

internaron más hacia el Occeano y tuvieron por chozas las quillas de sus barcos vueltas al revés por no haber madera alguna en los campos ni facilidad de comprarla ó tomarla en trueque á los españoles cuya comunicación impedía el anchuroso mar y la diversidad de idiomas. Fueron, pues, los Persas uniéndose poco á poco á los Gétulos por vía de casamientos y, porque mudaban muchas veces sitios explorando el que más les acomodaba para los pastos, se intitularon Númidas.

Aun hoy las casas de los que viven por el campo á que en su lengua llaman mapales son prolongadas y tienen sus costillas en arco á manera de quillas de navios. A los Medos y Armenios se agregaron los Libios que vivían cerca de la costa del mar de Africa, los Gétulos más bajo de la influencia del sol y no lejos de sus ardores. Estas dos naciones tuvieron muy en breve pueblos formados; porque como solo los dividía de los españoles una corta travesía de mar se habían acostumbrado á permutar con ellos las cosas necesarias y los Libios desfiguraron poco á poco su nombre llamando á los Medos en su lengua bárbara Moros." (1)

No se mencionan pues los iberos en esta expedición sólo cabe presumir que fueran alguna de las diversas gentes que Hércules condujo. Lo que sí resulta del relato es que quedó ó ya moraba en la península un pueblo más civilizados que los que pasaron al Africa y que es el de los moros ó mauritanos. Caen por consiguiente faltas de base todas las consecuencias que quieran sacarse de esta identidad. Nos inclinamos pues á sospechar con Berlanga que los iberos fueron anteriores á los persas. (2)

Pero ha habido una gente ibera ó esta es una denominación meramente geográfica formada del río á cuya márgen habitaron? La etimología de Justino, en que se apoya esta congetura la desmiente por completo: no es posible que de *iberos* se deribe *iber*, como monte no se puede deribar de montuoso, y esto si se acepta la griega porque no falta quien crea que los fenicios les pusieron aquel nombre que en su lengua significa *transmarinos* porque habitaban más allá del mar ni quien busque su orígen en el sumir *iberim* que significa hombres ó en el berberisco *iber*, *iberin* que se traduce langosta.

La existencia de una raza ibera simple ó mezclada no puede negarse, los textos que vamos á citar en seguida lo demuestran

(1) Salust. Guerr. de Yugurta trad. del Infante D. Gabriel.
(2) Los bronces de Lascuta, Bonanza y Algustrel por M. Rodriguez Berlanga, pag, 131, Málaga 1881-1884.

hasta la saciedad. Pero cuales eran las cualidades física de esta raza? Dos historiadores latinos que la conocieron se encargaron de descubrirnoslas. César hablando en sus Comentarios De bello gallico (1) de los Síluros dice que tenían la piel oscura y los cabellos crespos como los iberos y Tacito en la vida de Agrícola al describir la Inglaterra: "Quienes fueron los primeros que habitaron la Bretaña si fueron indígenas ó venidos de fuera, cosa es como de bárbaros de que poco se sabe. La diversa conformación de los cuerpos es prueba de pueblos diferentes así el pelo rojo y la grandeza de los miembros de los habitantes de Caledonia aseveran su orígen germánico pero los morenos rostros y los ensortijados cabellos de los Síluros situados además frente á España, dán fé de que los antiguos Iberos pasaron allí y allí se establecieron (2).

Vemos pues que todavía en tiempo de César y hasta en el de Tácito los iberos tenían los rostros morenos y los cabellos ensortijados señales de raza africana y tan característicos de ellos que Tácito piensa que *dán fé* de que *los Síluros* procedían de los *antiguos Iberos*.

Procederían estos iberos de la Iberia Asiatica ó de la Georgia moderna donde se encuentra el tipo más puro de la raza blanca? Bastaría para negarlo esta sola consideración sino hubiera otras muchas que confirmen esta negativa. Creyéronlo Vosio y Ferreras citando á Apiano (3) pero este autor dice todo lo contrario. Hablando de los iberos del Asia refiere tres opiniones: la de los que creían que eran de allí naturales, la de los que pensaban eran colonia de los iberos españoles y la de los que sospechaban que no había entre ellos nada de común más que el nombre.

Con razón afirma pues Aldrete (4) que ningún escritor antiguo afirma ni siquiera en duda que los íberos del Asia dieran su nombre á los de España.

En cambio, añadiremos nosotros, hay bastantes que aseguran la ida á la Iberia Asiática de los Iberos españoles. Es-

(1) Lib. V. cap. 14.

(2) Coeterum Britaniam qui mortales initio coluerunt, indigenæ an aducti, ut inter Bárbaros parum compertum. Habitus corporum varii: at que ex eo argumenta, namque rutilæ Caledoniam habitantium comæ, magni artus, Germanicam origenem asseverant. Silurum colorati vultus et torti plerumque crines et positu contra Hispanias, Iberos veteres trajecsise easque sedes occupasse fidem faciunt.

(3) In Mitrid.

(4) Orígenes de la Lengua Castellana, Libr. III cap. II.

trabon (1) dice: "Iberos occidentales in locum ultra Pontum et Colchidem commigrasse, Dionisio en su Periegesis:

Quem juxta terras habitant orientis iberi
Pyreneis quodam Celso qui monte relicto
Huc advenerunt, hircanis bella ferentes.

Rufo Festo Avieno (2)

Caspinam late terram superabluit unda...
Asper iberi hic agit: hic olím
Tyrrenide pulsus ab ora Cespitis eöi tenuit sola:

y de la misma opinión es Sócrates (3)

Acaso los fenicios llevaban de aquí algunos para defender sus factorías del Caspio contra los barbaros hircanos lo que parece confirmarse porque siendo tantas las naciones que habitahan á la parte opuesta de los montes Amano y Caunes, el nombre de Ibero, sólo se aplicó á la pequeña región que tocaba con la vertiente occidental del Caspio. (4)

Los que como Vosio y Mayans creen que los iberos asiáticos vinieron á España por el inmenso rodeo del Mediterráneo escítico y trácico remontando la laguna Meotis, todavía se hallarían con la inmensa dificultad de explicar cómo tan pequeña gente fundó tan pronto en Europa tan grande imperio por lo que tenemos que confesar, con los eruditos editores de Mariana, que la Iberia según los geografos griegos comprendió la mayor parte de la Germania, toda la Francia y España.

En efecto Estrabon citando á Ephoro dice que la Galia Narbonense formó parte de la Gran Iberia, el poeta Nono da al Rin el calificativo de Ibero.

Rhenus Iberus contra infantes armatur

y el poeta Esquilo citado por Plinio dijo: que el Eridano que por otro nombre se llamaba Ródano corría por la Iberia.

Acerca de la Sicilia y de gran parte de la Italia son muchos y muy respetables los testimonios que nos afirman haber sido poblada por los iberos. En Plutarco se lee que "los Iberos de la nación céltica moran á la parte de Italia cercana á los Alpes; Solino dice que el territorio de Tívoli se llamó antiguamente Sicilia. Según Dionisio de Halicarnaso, los Sicanos fueron los antiguos señores de Roma que después de larga guerra les quitaron los Aborigenes; Plinio dice que los Sicanos dominaron anti-

(1) Rerum Geogr., Lib. I. pág. 42.
(2) Descript. Orbis, ver. 892.
(3) Hist. Ecl., Libro I. cap. XVI.
(4) Ptol. libr. V. cap. II.

guamente el Lacio y Servio que poseyeron el terreno donde después se echaron los cimientos de Roma. Aulo Gelio, Macrobio y Faborino enseñan que la lengua sicana fué una de las más antiguas que se hablaron en Italia, en tiempo de Marcelino, historiador del siglo VI, todavía ciertos jurisconsultos para hacer ostentación de profunda doctrina citaban las leyes de Aruncos y Sicanos que mucho tiempo antes habían perecido y Virgilio presenta al hijo de Arcente vestido con la clámide bordada de los Iberos.

Respecto de la Sicilia Tucidides nos dice: "Despues de los dichos Cíclopes, los primeros que se dice haber hecho asiento en la Sicilia son los Sicanos; y entre ellos esta es constante tradición y fama, y aun pretenden haber sido los primeros pobladores y anteriores á los Cíclopes, de modo que se reputan por indígenas. Pero lo que más se acerca á la verdad es que siendo los Sicanos de origen ibero fueron arrojados por los ligies ó ligures del rio Sicano de la Iberia *(á lygilus expulsi á Sicano Iberiæ flumine)* y se trasladaron á la Sicilia, que de ellos se llamó Sicania, la que antes se llamaba Tinacria."(1) Con esta relación de Tucidides concierta la de Dionisio de Halicarnaso (2) que dice de este modo: "Los Sículos pasaron desde la Italia á la vecina isla; la cual ya estaba ocupada por los sicanos gente ibera, los cuales ahuyentados por los ligures habían hecho asiento en aquella isla.„

Según Pausanias, iberos que vinieron con una flota al mando de un almirante llamado Norax desembarcaron en la Cerdeña á cuyos habitantes hallaron viviendo en cuevas y en cabañas. Allí fundaron una ciudad llamada Nora del nombre de su caudillo. Esta tradición se encuentra más tarde en Solino que hace venir de Tarteso esta colonia Iberica.

El nombre de *sardos* es originario de la Libia y según Pausanias, Solino é Isidoro de Sevilla tomado de un Sardo hijo de Hercules, *Sardus Hercules procreatus, cum magna multitudine á Lybia profectus, Sardinam occupavit et de suo vocabulo insulæ nomem dedit.*

En Córcega, en el primer siglo de nuestra era, Séneca, español, que estuvo en ella desterrado, nos habló de que allí pasaron los iberos después que los ligures, conservando con los españoles semejanza en los ritos, en las cubiertas que usan para la cabeza y en el género de calzado, que es el de los cánta-

(1) Guerra del Peloponeso, Libr. VI., n. 2.
(2) Antig. rom., Libr. I, cap. 22.

bros, y en algunas palabras porque todo el idioma con el trato con los griegos y ligurios se aparta del patrio.(1)

Y ya hemos visto tambien por el testimonio de Cesar y de Tácito que los iberos poblaron en Inglaterra. Pitheas, cinco siglos a. Jc. dice que las riveras del Rodano límite septentrional de los antiguos Iberos, habian señalado, otras veces los limites de la Libia (*Libue*). Hubo pues un tiempo en que los Iberos dueños de la Galia Meridional y los Libios (*Libues*) dominadores del Africa del N. formaban un solo pueblo. La Grande Iberia, llegó pues á comprender casi toda la Europa y el N. de Africa, luego tuvo por límites el Ródano y por último los Pirineos.

¿Son estos *nobles*, estos *dignos* íberos los ascendientes de los actuales vascongados?

Muy en voga puso esta opinión G. Humbolt haciendo un estudio más sério y concienzudo que Larramendi, Erro (2) y otros vascófilos de las etimologías á punto de llegar á ser opinión comunmente admitida por nuestros historiadores contemporaneos. La traducción por el vascongado de muchos nombres geográficos por su naturaleza, más permanentes, la de otros nombres de instrumentos como el de tigeras, que un vascongado significa un instrumento de piedra, las analogías de muchas de sus voces y significados con las encontradas en las inscripciones libicas y la particularidad de la aglutinación que tambien se halla en las lenguas berberiscas dieron al aserto del sabio aleman gran favor entre los filólogos que clasificaron la lengua euscara entre las turanies, á lo que ayudó Retzius que, del examen de dos cráneos existentes en el Museo de StoKolmo indujo la braquicefa lia de la raza, despues de lo cual no habia más que concluir que los vascos eran una avanzada de la raza de Fuzfoz que arrollando á los mal llamados iberos que llegaban hasta el Ródano penetró en España por los Pirineos y la dominó hasta que arrollada á su vez por las invaciones célticas se refugió en los pliegues del Pirineo donde se ha conservado pura.

(1) Transierunt deinde Liguris in eam, transierunt et Hispani, quod ex multitudine ritus adparet; eadem idem tegmenta capitum idemque genus calciamenti, quod Cantabris est, et verba quedam nam totus sermo conversatione Grecorum Ligúrumque á patrio descivit. Consolat, Adt Helbiam, cap. VII.

(2) Baste decir que este último se encontró en un jarro de plata existente en la sacristia de la iglesia de Trigueros una inscrpción vascongada que, sinó recordamos mal porque no tenemos á mano su libro y hace muchos años que lo leimos, tradujo así: Este jarro ó pichel es muy pequeño para los extrangeros hermes. Ahora bien el jarro en cuestión es un jarro del Renacimiento y no contiene nua sola letra.

Todo este edificio vacila sin embargo con algunas consideraciones. Estrabon nos dice terminantemente, debía saberlo y no tenia para que mentir, hablando de los turdétanos. «Los otros iberos tienen tambien gramática pero de otra naturaleza, *ni hablan la tengua propia y privativa de la Iberia* sino que hablan otros idiomas, (1) con lo que caen por la base todos los argumentos fundados en la lengua. Respecto de las etimologías, es tan fragil asidero todavía, que los nombres geográficos lo mismo se han explicado que por el vascuence por el hebreo, como lo hace Cortés y Lopez y hoy se intenta hacer por el tuareg por el samir y hasta por las lenguas americanas, que con un poco de buena voluntad se puede hacer que la palabra *Emporion* no sea griega, sino eskalduna, y la aglutinación que se creia caracteristica de las lenguas turanias es un estado por el que pasan todos los idiomas, haciendo ver nuevos estudios que el vascongado, ni pertenece á los turanies ni á los berberiscos ni hasta ahora se encuentra familia en que se le pueda clasificar; acaso es como piensa Delgado una lengua compuesta de otras diferentes.

Por otra parte Broca, Velasco y Wirchou concluyen del exámen de una multitud de craneos extraidos de antiguos cementerios que la mayoría de los vascongados son dolicocéfalos, habiendo quien afirme que no se parecen á los de ninguna otra raza hasta ahora conocida, y solo habiendo perdido los ojos, se puede afirmar que los actuales escaldunas se parecen en algo á los iberos descritos por César y Tácito.

No obste objetar contra esto que ellos son los únicos iberos que se han conservado puros. Porque ¿de dónde ha venido esa invación tan poderosa que tiñó el rostro y encrespó los cabellos de los otros que se mantuvieron independientes en el E. y M. de España, mientras que las comarcas del N. y O. fueron dominadas por los Celtas, y en el centro se juntaron los unos y los otros? ¿Cómo es que el alfabeto vascongado se parece tanto al griego que Erro creyó que los griegos lo tomaron de los vascongados mientras que difiere del de los meridionales que se asemejan al fenicio, encontrándose en uno de ellos, signos parecidos á los encontrados en las inscripciones del N. de Africa, en las de Canarias y en las cuevas escritas de la Península.

No negamos con esto la autigüedad del pueblo vascongado ni que en algún tiempo se hubiera extendido por gran parte de nuestro suelo; en Cataluña se ha encontrado una inscripción vascongada y, á ser cierto lo que nos cuenta Erro, en Cástulo

(1) Rer. Geogra. Libr. III.

otra en un vaso;en lo que insistimos es en que por los datos que hoy tenemos no puede afirmarse la identidad de iberos y vascos antes bien que aquellos la contradicen, y no es pequeño argumento en favor de esta tesis la tendencia de los unos á asimilarse con las otras razas y las resistencia de los otros al extremo de preferir ser destruidos antes que asimilados.

La dificultad de esta cuestión está en la interpretación del texto varroniano y de los mitos referentes á Hércules. ¿Vinieron con que este héroe los iberos ó habían venido antes y son los que en los gerigloficos egipcios llevan los nombres de *Rebus* ó *Robus* y tambien *Libus*, *Lebus* ó *Lobu* (1) que Brugsch ha encontrado entre los Libios (2) que formaron quizá el imperio legendario de los Atlantes (3) y que se encuentran luchando con los egipcios unas veces vencidos (4) otras vencedores (5) y que el sábio Berthelot ha reconocido entre los guanches (6).

Esto se entrevee tambien en una de las versiones del mito de Hércules. Según ella Osiris combatió con el tirano Geryon, lo venció y dió muerte dándole honrosa sepultura en Barbate dejando á sus tres hijos por señores del pais bajo la dirección de personas prudentes consagrandole luego un *lucus* en Sicilia y un oraculo en Padua al cual iban muchas veces á consultar los príncipes segun refiere Suetonio. Mas los tres Geriones se consertaron con Tiphon hermano de Oriris, al que aquel dió la muerte; Hércules ú Oro hijo de Osiris que gobernaba entonces la Escitia, sabido esto, vino con un poderoso ejército venció y dió muerte á Tifon y pasando á España desafió para evitar la batalla á los tres Geriones juntos. Los mató y dió sepultura en Cádiz que desde entonces tomó el nombre de Eretria lo mismo que la costa que á su frente se encontraba por ciertos hombres del mar Rojo que vinieron con Hércules y con su beneplacito en ella se establecieron.

El mito concuerda asi con la narración de Salustio y explica las innegables influencias orientales entre las que señalaremos como las más salientes la existencia en las islas Eritreas de un

(1) G. Maspero, Hist. anc. des peubles de l'Orient.
(2) Hist. d'Egipt., p. 45, 78, 109.
(3) Esta tradición se ha conservado hasta por los arabes tomada de los libros *agemús* (escritos en idiomas extrangeros). Así dice Aben-Jaldun "y fueron en Al-Andalus antes de ellos los *Elirberium* de los hijos de Tubal hijo de Jafetes á saber los hermanos de Antales los que moraron en ella despues del diluvio.
(4) Según Maspero fueron sometidos por Setí I y Ammembat I.
(5) En tiempo de Minephat.
(6) Nouvelles déconvertes d'antiquités á Fortaventura, Bievue d'Anthropologia 1878, p. 253.

linaje de toros peculiar de Egipto (1) de los caballos persas llamados *farausios* que son los que todavía en la Edad Media se llamaban *alfaraces*, las esfinges de caballos alados de las monedas de Hilliberri, Ursio, Cástulo y Basti, la cabeza de muger grabada en hueso de Carmona, las hachas del *jade* oriental y algunas especies de plantas, como la de las célebres manzanas de oro.

Explicaria además la venida de los *piadosos* Etiopes por los que los habitantes de España reciben algunas veces el nombre de *hiperboreos*, el uso de signos de procedencia india como el *swasti* y quizá la introducción de los dólmenes y la venida con Hércules de Pan y sus sátiros de que se derivó el nombre de España.

Mas todo esto no son más que vagas congeturas que esperan su conformación ó su abandoño de un mayor conocimiento de la historia egipcia.

Los que hasta la presente parecen únicamente hechos innegables son la existencia de una raza ibérica en la península venida por el Africa y la de una expedición de los egipcios en el tiempo en que extendían su poder por gran parte del Asia que dejó aquí algunas colonias (2).

Bien porque los iberos que vinieran con ellos se hicieran independientes, bien porque estando aquí de antemano establecidos los invasores no lograran consolidar sobre ellos su poder, como resulta de la narración de Salustio, es lo cierto que se fueron extendiendo por toda Europa y llegaron con sus establecimientos hasta el Ponto Euxino.

Este pueblo parece que alcanzó una civilización bastante adelantada y que puede compararse con la que sus descendientes encontraron en Méjico ó en el Perú.

Estrabon hablando de los turdetanos dice "que estudian su lengua por principios de Gramática: sus anales ó memorias escritas remontan á una prodijlosa antigüedad, tienen poemas y las leyes con que se gobiernan están escritas en verso y cuentan según ellos, 6.000 años de antigüedad." (3)

(1) Scymoo de Chios lo dice expresamente: "Inmediatamente se halla la isla Eretría pequeña en extensión, la cual tiene rebaños de bueyes y otras clases de ganados iguales aquellos á los Egipcios y á los Thespotrios del Epiro. Son sus moradores Etiopes occidentales que fundaron allí una colonia.

(2) Burgsch al hablar de los habitantes de Panópolis que moraban en la costa septentrional del Egipto se llamaban *âu-ii* hombres de piedras, habitantes de construcciones hechas con piedras y que á los libros los llamaban pi-t, saltadores, de donde quiza haya venido Siluros.

(3) Strab.—Rerum Geogr., lib. III.

Dos cuestiones ocurren sobre esto, una referente á la antigüedad, otra á la escritura. Sobre la primera se ha discutido extraordinariamente. Hay quien ha supuesto que los años de que aquí se trata no tenían más que tres meses y hasta uno y por último se ha creido resolver la dificultad suponiendo que por un error, en griego muy facil de cometer, se ha copiado cambiando una letra por otra años por versos. La solución agrada por ingeniosa, pero no satisface porque admitida la variante, la frase carecería de sentido, mejor se podría encontrar en el texto mismo, pues Estrabon no afirma, sino que se limita á consignar *que según ellos*, y ya sabemos que todos los pueblos propenden á darse orígenes antiquísimos. Sin llegar á aceptarlos con Cortes y López que para ello identifica á Hércules con Thobel ó Tubal. unos de los patriarcas que se salvaron en el Arca y es por consiguiente antidilubiano; la verdad es que la Cronología de estas remotas edades no es todavía tan segura que puedan admitirse ó rechazarse ligeramente fechas, porque no conformen á nuestros actuales conocimientos.

Más facil de resolver es la segunda cuestión, fijándose en que en el pasaje no se dice que se hubieran escrito en verso hacía 6.000 años, con lo que remontaría la invención de la escritura á una época que no se compagina con lo que se ha venido creyendo siempre sobre este punto, sino que las leyes tenían esa antigüedad aunque se escribieran después. De mucho más interés sería esclarecer si los signos que hemos visto pintados en las paredes de las cuevas eran anteriores á la venida de los fenicios y si en aquéllos ó en los de éstos fué donde se escribieron esas leyes.

Respecto á los poemas, acaso no se han perdido enteramente. Amiano Marcelino (1) afirma haber leido grabado en los monumentos de los naturales que Anfrictión hijo de Hércules había vencido á Gerión y á Taurisio, tiranos crueles y malvados, de los que el uno infestaba las Españas y el otro las Galias (2) lo que aseguran todos los naturales y Justino al trasmitírnoslos como historias los dice tomados de la popular leyenda *ut fábulis proditur*. Trogo Pompeyo nos ha conservado un fragmento del de Gargoris ó Habides. El primero, rey de los Curetes tuvo una hija por cuya fragilidad le nació un nieto.

(1) Rerum Gœst., Libr. XV, cap. IX. "Regionum autem incolœ id magis omnibus adseverunt, quod etiam nos legimus in monumentum eorum incisum, Amphrictuonis filium Hérculem ad Geryonis et Taurici saevium tyrannorum perniciem festinnasse, quorum alter Hispanias alter Gallias infestabat.

(2) Vita. Apol. IV, V.

Avergonzado, lo hizo abandonar en un monte para que se lo comieran las fieras, pero aquéllas lo amamantaron; púsolo después en un angosto sendero por donde el ganado tenía que pasar, pero las reses se desviaron del camino, echóselo luego á perros á que se había tenido sin comer muchos días y luego á cerdos que le dieron su leche, arrojólo por último al mar, pero las olas le transportaron suavemente á la orilla y una cierva acudió ofreciéndole sus henchidos pechos. Aleccionado por ella adquirió el infante una ligereza maravillosa, errando mucho tiempo por los bosques, hasta que cogido en un lazo fué llevado al rey. Este le reconoció por ciertas señales y maravillado de que hubiera podido escapar á tantos peligros, le designó por su sucesor, dándole el nombre de Habides.

Cuando ciñó la corona desplegó tales cualidades, que todos pensaron que sólo por virtud de los dioses había escapado á tantos peligros. Sometió el pueblo al imperio de las leyes, le enseñó á domar los bueyes y á uncirlos al yugo y á cultivar el trigo y en odio á las privaciones que había sufrido, obligó á los hombres á dejar los alimentos silvestres por otros más suaves. Prohibió al pueblo servirse de esclavos y distribuyó la plebe en siete ciudades.

También nos ha conservado el de Geryón; Geryón reinó en la otra parte de España y en las islas cercanas al litoral. Los pastos de ellas son tan sustanciosos que los ganados morían de gordura, si no se les obligaba á la abstinencia. Por eso adquirieron tanto nombre, que la esperanza de tal botín trajo á Hércules desde el Asia. Por lo demás, se dice que Geryón no tuvo, como dicen las fábulas, un triple cuerpo, sino que eran tres hermanos tan unidos, que parecían animados por una misma alma: se añade que no fueron ellos los que acometieron á Hércules, sino que al ver éste arrebatados sus ganados empuñaron las armas para rescatarlos.

Además de éstos poemas heróicos y acaso de algún otro como el de Theron, se sabe también que los gaditanos componían himnos fúnebres porque Philostrato dice que cantaban á la muerte como á una divinidad bienhechora.

El estado floreciente de la Tarteside y el bienestar que en ella se disfrutaba, habían inspirado á sus naturales una gran dulzura de costumbres y hecho florecer en ella una temprana cultura; Polibio, (1) Anacreonte y Herodoto, celebran á los felices tartesios y á la corte de Argatonio; según Estrabon, eran los

(1) Hist., Libr. XXXIV, IX.

más adelantados de los españoles, (1) cundiendo tanto la fama de esta región, que se había hecho de ella una especie de Jauja, donde discurría la vida exenta de pesares, producía la tierra lo necesario casi sin trabajo, el arte de extraer los metales que como hemos visto conocían antes de la venida de los fenicios, (2) permitía que los más preciosos se emplearan aun en los objetos más viles; tejian el esparto para sus vestidos, grababan el hueso y hacían una especie de pan y la existencia se prolongaba tanto entre ellos que hacía desear la muerte en fuerza de lo que tardaba.

En región tan opulenta debieron iniciarse muy temprano las artes del placer. Por el canto, por el baile y por una poesía espontánea, improvisada las más de las veces, fueron siempre celebradísimas las doncellas de la Bética. Cuando la dominaron los romanos y las *puellæ gaditanæ*, formando *grex* bajo la dirección de un maestro *(improbus magister)* sin otro patrimonio que sus menudos y traviesos pies y sus castañuelas de metal *(bætica crusmata, tartessiana aërea,)* fueron llevadas á Roma, se alzaron con el dominio absoluto de la poesia popular de carácter lírico-sensual, destronando á las arpistas del Asia, y se hicieron indispensables en los convites, que sin ellas se hubieran visto privados de su más sabroso condimento. Estrabon nos habla también de otras danzas en la Bastitania, en que hombres y mugeres bailaban en círculo cogidos de la mano. Algunas veces, además del baile, del canto y la poesía, las danzas tenían una cierta intención dramática, y no tardaron en emplearse los artificios de la representación. Ya en el período de las guerras púnicas y sin que sepamos lo que en esto pudieron influir los fenicios, los iberos habían transformado sus ditirambos religiosos y sus poemas heróicos en gestas exenicas simplísimas, destinadas á representarse en solemnidades determinadas como instrumento poderoso de la política y de la religión. En este estado, como veremos, encontraron los romanos este teatro rudimentario.

La raza ibérica tuvo que luchar con otra raza poderosa, que el autor de un antiguo periplo coloca al nivel de los Escitas y Etiopes los *ligusses*,á que los romanos,por *rotacismo*,llamaron *ligures* y los griegos, por la supresión de la *s* media, *ligues* ó *ligyes*. Hacia el año 600 se habían extendido ya hasta el Róda-

(1) Rerum Geogr., Libr. III.

(2) Además de que así lo muestran los trabajos de las minas de que hemos hablado, no es de creer que los fenicios quitaran el plomo de sus anclas para cargarlas de mineral de plata, sino de plata pura.

no. Avieno nos dice que "el lecho del Ródano separa de la tierra ibérica los rústicos ligyes." El año 500 ya lo habían pasado, puesto que Narbona era ya ciudad ligúrica, capital de un orgulloso reino. Más tarde sabemos que arrojaron á los iberos sicanos de su ciudad de Sicania, orillas del Sicano (Cenia).(1) Avieno nos dice que el rio Tartesso tiene sus fuentes en el golfo *lingustino* y Estephano Bizantino coloca junto á este rio una ciudad del mismo nombre. Háblase tambien de colonias de ligures en otras partes de España. Apolodoro coloca á Abdera en un territorio que había sido de los ligures, y los antiguos cronicones citados por los editores valencianos de Mariana nos los presentan mezclados con los iberos hasta el Ródano. Acaso llegaron también á dominar la nación pastoral de los Oestrimios que Avieno coloca en la península de Ophiusa, junto á Peñiscola y á penetrar en las Baleares, siendo construcciones suyas los talayot, como los mapales lo fueron de la raza ibérica.

Los iberos estaban divididos en tribus; Herodoro, coetáneo de Platón, y como él discípulo de Sócrates, nos ha conservado el nombre de algunas de las marítimas, en este trozo que por fortuna se ha salvado: "y esta gente ibérica, que según digo, habita las marinas del trayecto del mar, aunque es solo un linaje, se distingue con diversos nombres, según las tribus. Primeramente los que moran los últimos las tierras del Ocaso, se llaman Cinetas; viniendo de ellos hacia el Septentrión están los Gletas, después los Tartesios, luego los Elbusinios ó Elbicinios, luego los Mastrinos, luego los Calpianos, en fin el Rodano." (2) Aunque estos pueblos, como hemos visto, ya tenian ciudades, muchos de ellos y parte de los otros eran trogloditas como los baleares. (3)

En este estado los encontraron los fenicios.

ARRIBADA Á ESPAÑA DE LOS PRIMEROS PUEBLOS COMERCIANTES

LOS FENICIOS

En la pequeña faja de tierra que se extiende desde el Líba-

(1) A no ser que se entienda por Sicano el Sena, como sospecha D'Arbois de Jovainville en sus Primeros pobladores de Europa.

(2) Carlos Müllern Fragm. Hist. Graeciæ, T. II pag. 34.

(3) De ellos dice Diodoro Siculo, Biblioteca, Lib. V cap. XXXIII "Moran bajo las oquedades de las peñas, y labrándose ordinariamente habitaciones en las rocas tajadas forman muchos lugares subterráneos en los cuales viven y se proporcionan abrigo y defensa. En las campañas que hicieron antigüamente como auxiliares de los cartagineses, jamás traían á su patria lo que ganaban, empleándolo en comprar mujeres y vino.

no y el Antelíbano al mar Mediterraneo, en una extensión de 150 millas de longitud y treinta cuando más de latitud, hallamos establecido al primero de los pueblos comerciantes que conocemos, al pueblo fenicio que no tardó en cubrir de opulentísimas ciudades aquella cósta y las islas vecinas.

La primera de estas ciudades fué Sidon, ya mencionada por Moises y que preponderaba en los tiempos de Josué y de Homero, hasta que tomada por un rey de Ascalon, sus habitantes fundaron á Tiro, que no tardó en eclipsar á su madre. Otros sidonios expatriados fundaron á Arados y los moradores de las tres, de común acuerdo, construyeron á Trípoli, que de esto tomó el nombre. En la costa frente á Arados que estaba en una isla, levantaron á Antarado, despues de Trípoli á Biblos y el templo de Apolo y en los intervalos entre Berito, Sidon y Tiro, las ciudades menores de Sarepta, Botris y Ortosia.

Estas ciudades no estaban reunidas todas en un Estado, sino que cada una tenía un gobierno distinto, estando confederadas en la paz por la comunidad de intereses y el culto de Melcarte y en los peligros por la necesidad. La autoridad de los reyes estaba moderada por la de otros funcionarios que en las asambleas tenian igual autoridad, y unos y otros de acuerdo, mandaban las embajadas. Alguna vez las ciudades principales celebraban dieta general en Trípoli. Parece, sin embargo, haber existido una heguemonia que primero perteneció á Sidon y luego pasó á Tiro.

La religión de los fenicios se supone revelada por Tot, que la hizo escribir á los siete hermanos Cabires y á Emun ó Esculapio, su hermano, pero el hijo de Tabión la alteró con muchas ficciones, por lo cual el dios Surncohelo y Turo ó Lusarte, la expulgaron de las alegorias en que Tot la habia envuelto. La palabra divina es la expresión de la suprema inteligencia; por orden de esta la consignan por escrito las divinidades planetarias y, en fin, los dioses inferiores la revelan á la casta sacerdotal. Tiempo, deseo y nube, son los tres grandes principios de las cosas, los dos últimos engendraron al éter, (varon) y al aire (hembra) que produjeron un huevo del que salieron los seres privados de razón, y luego los dotados de inteligencia, y el sol, la luna, las estrellas, el fuego, la llama, los truenos, á cuyo fragor se despertaron los seres animados y se movieron el mar y la tierra.

La religión popular ofrecía en Fenicia como en Asiria, una serie de Baales y de otras divinidades en relación con los astros. Baal, Saturno fenicio, tenía dos ojos en la frente y dos en la nuca, dos abiertos y dos cerrados, cuatro alas á la espalda, dos

desplegadas y dos recogidas y otras dos en la cabeza. Se decía que había inmolado por la salvación comun á su propio hijo Jeud, y por eso se le ofrecían niños pasándolos por la hoguera ó arrojándolos al fuego que ardía en su pecho. A este dios varon asociaban la diosa Astarté ó Venus, que en Biblos recibía un culto obsceno y en otras partes sangriento. Su amante era Adonis (el señor,) y cuando á fin de Junio se presentaban las aguas de este río cubiertas de ocre se creía quo era por la sangre de Adonis que había muerto en el Libano. Entonces los fenicios le tributaban sacrificios fúnebres y se azotaban hasta que le brotase la sangre, las mujeres prorrumpían en llanto y se cortaban las cabelleras, homenaje del que no podían redimirse sino prostituyéndose y entregando al templo el precio de su prostitución: se adoraban en diferentes localidades otros dioses, pero no sabemos como llamaban á su Neptuno, en cuyo honor se arrojaban al mar víctimas humanas. Los siete Cabires ó patecos eran la representación de las fuerzas elementales y sus dioses protectores, cuyas imágenes se llevaban en los buques, su padre era el principio del fuego Sydak. Esmun era el dios de la medicina á cuyo templo en Berito iban á dormir los enfermos que obtenían por este medio curas milagrosas. El mayor de sus dioses era Melcarte ó rey de la ciudad venerada en Tiro, cuyo culto se transfería á donde quiera que se establecían colonias fenicias, siendo el lazo de unión entre ellas y la madre patria. Los cartagineses llevaban á su templo el diezmo de las rentas públicas, cuando al entrar la Primavera acudian allí los Teoros de todas las colonias. En todas estas se encendía todos los años un gran fuego, desde el cual echaban á volar un aguila.

La religión de los fenicios, como dice Sanchonictón, propendía á explicar la formación del universo mediante causas materiales y se cita á un filósofo llamado Mosco como el primer inventor de la teoría atómica. Más que una religión materialista, la religión fenicia, como las primeras orientales, piensa á Dios como inmanente en la naturaleza. Melcarte, el dios de la ciudad, es el que con sus oráculos señala los lugares en donde han de establecerse las colonias que se levantan al amparo de su templo. De ahí la explicación de los viajes y empresas de Hércules. La santidad de los lugares defiende á los comerciantes y sus transacciones y al lado de las fiestas religiosas se celebran las ferias. Así el comercio y la colonización, para los fenicios, son una especie de institución religiosa.

El comercio entre los antiguos era principalmente terrestre los fenicios fueron los que inventaron ó al menos desarrollaron

el comercio marítimo. Consta por una tradición que 30 siglos a. Jc. enseñó Memrum á los sidonios á cubrirse de pieles, á fabricar casas, á encender el fuego, y que habiendo derribado un árbol y cortádole las ramas lo lanzó al mar, haciendo un barco. Este mito no es más que la personificación de lo que la necesidad y la naturaleza enseñaron á los fenicios. Habitando una estrecha faja de tierra que no podía alimentar á su exuberante población, á las orillas del mar centro entonces de la civilización y teniendo las maderas que en abundancia el Libano les ofrecia, ¿qué extraño es que este pueblo fundara su subsistencia en el comercio?

Este comercio, en una época de guerra permanente, tenía mucho de pirático. En la Odisea y en los poemas homéricos vemos que los fenicios llegaban á las costas de la Grecia, despachaban sus joyas y bagatelas y cuando la curiosidad impulsaba á las doncellas y mancebos á visitar sus naves, levaban las anclas é iban á venderlos en los mercados del Asia ó pedían por ellos un cuantioso rescate. La navegación de los fenicios era costanera; construían sus naves cuasi redondas, con poquísima quilla, para poder navegar lo más cerca posible de la tierra y con anchas velas y muchos y largos remos las hacían navegar aun contra el viento. Despues hicieron otras largas y estrechas para los usos de la guerra, y aprovechando para objetos de utilidad los conocimientos astronómicos en que otros pueblos se ejercitaban para adivinar el porvenir tomaban rumbo por la posición de la Osa Menor. Una de las cosas que diferencia el comercio de los fenicios del de los otros pueblos orientales es que en éstos el único comerciante era el rey, mientras que entre aquellos lo eran los particulares.

El comercio trajo como consecuencia las colonias. Para no verse obligados á consumir demasiado tiempo en proporcionarse cambios con la desventaja del que ofrece, tuvieron que establecer factorias que, no solo reunían los materiales de carga, sino que á veces los modificaban industrialmente, como sucedió en el laboreo de minas. Estas colonias, fortificadas, para evitarse el robo de los naturales, pero sin intención de conquista, hicieron que el comercio fenicio fuera relativamenle pacífico. Sin embargo, para evitar rivalidades, ocultaban cuidadosamente sus viajes, propagando extrañas fábulas y dando nombres espantosos á los pueblos donde arribaban, como Bab-el Mandeb puerto de la aflicción, Mote ó muerte dado á un puerto del golfo arábigo y de Gardefan ó cabo de los funerales á uno del mismo golfo. También se refiere que cuando se veían expiados por naves extranjeras, ó las extraviaban entre escollos y bajos, ó las acometían como piratas.

Estrabón nos ha conservado la tradición de la primera venida de los fenicios á nuestra península. "Refirése, dice, desde muy antiguo, que un oráculo dió á los tirios instrucciones y mandatos para que enviasen una colonia á las columnas de Hércules. Los que fueron enviados para observar y reconocer estos lugares, luego que llegaron al estrecho que está junto á Calpe, creyeron que aquí estaban los límites de la tierra y que estos promontorios eran los términos de las expediciones militares de Hércules, y que aquí estaban las columnas de que les había hablado el oráculo. Abordaron en seguida al mismo sitio en que hoy está la ciudad de los exitanios, y hecho allí un sacrificio y no resultando buenos los auspicios por la inspección de las hóstias volvieron á deshacer el camino que habían hecho. Pasado algún tiempo, los comisionados, habiendo cruzado el estrecho, cuando ya estaban fuera de él, á distancia de mil quinientos estadios, aportaron á una isla que está próxima á Onoba, ciudad de la Iberia, y en la que había un templo consagrado á Hércules. Creyendo que aquí estaban las columnas de Hércules, hicieron á este dios otro sacrificio, y no siendo mejores los auspicios, se volvieron á su casa.

Emprendida una tercera navegación, los comisionados abordaron á Cádiz y edificaron la ciudad y templo de Hércules, aquélla en la parte occidental de la isla y éste en la oriental."

De Cádiz hacia el oriente extendieron sus colonias hasta el Cabo de Gata. Sabemos por Estrabon seguramente que fundaron en esta costa á Málaca y Abdera y es muy probable que lo hicieran tambien de Calpe y Carteya, á la banda de Occidente Nebrixa, Asta, Menesteo y Onuba y penetrando por el Betis en una isla que formaba antes de precipitarse al mar, Tarteso y á sus orillas más arriba Hispalis, Ilipa y Corteba. Llegaban hasta Sevilla en buques de gran porte, tomaban bajeles menores hasta Ilipa y concluían la navegación en otros más pequeños, por la escasa profundidad que por aquí tenían las aguas. También utilizaban los esteros de Nebrixa y Asta, haciendo canales que facilitaban el tráfico. También se aventuraron en las costas del Atlántico llegado á las Casitérides, ya se entiendan por estas las Cies de Galicia, ya las Sorlingas de Inglaterra.

Dirigieron también sus expediciones al M., usando para el comercio africano de naves de tamaño diferente: las más pequeñas, llamadas *caballos* porque llevaban en la proa la figura de este animal eran destinadas á la pesca, que se hacía á lo largo de las costas de la Mauritania hasta el río Lixo.

Se ha disputado mucho si con las mayores, antes de los portugueses, dieron la vuelta al Africa. Esta noticia, que Herodoto

nos dá aunque la reputa increible, tiene precisamente su garantía en los motivos mismos de su incredibilidad. Los que la contaron aseguraban que al llegar á cierto punto de su camino, veían salir el sol por su derecha y esto es precisamente lo que debía suceder al pasar la línea y lo que á ninguno que se le ocurriera fingir viajes que no hubiera hecho, se le hubiera ocurrido inventar. Además cuenta Plinio que los romanos descubrieron en el golfo arábigo, los fragmentos de algunas naves españolas que habían naufragado en tiempos remotos. Eudoxio, natural de Spiga, mucho antes había hallado en las mismas aguas una navecilla con la insignia de un caballo y oyó decir que había venido de Occidente, y algunos hombres prácticos é inteligentes le aseguraron que era gaditana, y Celio Antiprato, anterior en un siglo á la Era cristiana, dice que conoció un mercader que había navegado de España á Etiopía.

Esto nos lleva á la célebre cuestión acerca de las flotas de Tharsis. Sabemos que Hiram, rey de Tiro y Salomón, después de haberse hecho la guerra, se habían aliado hasta el punto de suministrar el primero al segundo las maderas y artífices necesarios para la construcción del Templo y el segundo al primero los frutos de que carecía la Fenicia y que abundaban en la Palestina y sabemos también que sus escuadras combinadas salían de Esiongaber, puerto á las orillas del mar Rojo, y de allí partían para Ofir y Tharsis viage este último que duraba tres años, trayendo oro, colmillos de elefantes, monos, pavos reales esclavos de la Etiopia y, sobre todo, una cantidad tan grande de plata, que por su abundancia había llegado á hacer despreciable tan precioso metal.

Hay quien ha supuesto que Tharsis no era un país determinado sino generalmente el mar y otros que era el nombre de los barcos de alto bordo destinados á largos viages. Se apoyan en la autoridad de los Setenta y de S. Gerónimo, que alguna vez traducen la frase baxeles de Tharsis por Naves del mar. Pero son muchos los pasages de la Escritura que no sufren esta interpretación, por ejemplo. Las flotas de Hiram y de Salomón navegaban de conserva á Tharsis (Reg. lib. 3 y 10) Ellas transportaban plata y oro de Tharsis (Parylip. 1219) Jonás quiso huir á Tharsis: encontró en Jope una nave que tomaba la derrota de Tharsis se embarcó en ella para ir á Tharsis (Jon. c. 1) Josaphat construyó las naves para el viaje de Tharsis la flota se deshizo y no pudo abordar á Tharsis (Paralipom. 12, c. 20) los reyes de Tharsis presentaron sus dones á Salomón (Salm. V, 10). Los naturales de Tharsis, ó Tiro, son tus negociantes (Ezech IX c. 17).

Es un país determinado, ¿pero cuál? Se ha supuesto que

Tarso de Cilicia; pero aparte de otros inconvenientes, la ciudad de Tarso no estaba todavía fundada, pues sabemos por Cicerón que el sepulcro de Sardanápalo tiene esta inscripción: Sardanápalo edificó en un día las ciudades de An-Chiale y de Tarso. El salmo LXXI de David suministró al P. Pineda una prueba á favor de la Tharsis española: El dominará desde el mar hasta el *mar* y desde el río hasta los últimos límites de la tierra: á su presencia se postrarán los etiopes; los reyes de Tharsis y las Islas le ofrecerán dones, y los reyes de Arabia y de Sabá le enviarán presentes.

Se nombran sólo tres países; la Arabia feliz, la Etiopia y Tharsis; las flotas partían de Esiongaber, se dirigían por las costas de Arabia hasta Goa y de aquí á la Etiopia y siguiendo todo el Africa, tomaban tierra en Tharsis y en las islas (gaditanas).

Mas, ¿por que las flotas de Salomón que iban á España partían de Esiongaber en el mar Rojo y no de algún puerto en el Mediterráneo, donde hemos visto que salían los navegantes fenicios por la historia de Jonás?

Algunos, para evitar esta contradicción que les parecía ver en la Sagrada Escritura, imaginaron, aun oponiéndose á su texto explícito, que había dos puntos para la salida de las flotas de Salomón; Esiongaber para las de Ofir y Joppe para las de Tharsis. Pero la supuesta contradicción es ilusoria y descansa en el falso fundamento de que las flotas de Tharsis no venían más que á esta región. Todo por el contrario induce á creer que estas expediciones tenían por objeto recorrer las costas africanas y las españolas, llevaban oro que podían sacar de Sophala y de España, marfil que todavía se halla en la costa que por eso se llama de los dientes, monos se encontraban en la Etiopía, Libia y Mauritania y todavía se encuentran en Gibraltar, los pavos pueden ser los que despues se conocieron como pavos reales ó de los que antiguamente se llamaban gallinas africanas ó de la Numidia; los esclavos etiopes de que habla Josefo, claro que solo allí se podían coger, y la plata, el estaño y el plomo, de España.

Así los objetos que llevaban las flotas, como la duración de los viajes, muestran que estos se hacían dando la vuelta al Africa. ¿Pero cómo podían hacerse viajes tan largos en barcos tan pequeños, desconociendo además el uso de la brújula? Sus navegaciones, como casi todas las de los antiguos, eran siempre costaneras y podían proveerse mediante el cambio de lo necesario para su alimentación, á más que el tiempo que tardaban en los viajes y que acaso les era necesario para esperar las tribus del

interior que vinieran á cambiar con ellos, les permitían como se ha dicho, sembrar y recoger una cosecha. Respecto de la brújula, no tenemos datos para afirmar si la conocían ó no. De tiempo antiquísimo era usada en el Oriente y ya veremos que aun en Europa se hace mención de ella antes de su pretendido descubrimiento. Pero aunque no la conocieran, la estrella polar por la noche y el sol de día les bastaban para rectificar el rumbo cuando caminaban á la vista de las playas, refugiándose en las más pequeñas ensenadas, por la especial construcción de sus naves, en los días oscuros ó de tormenta.

Muchos inventos industriales se atribuyen á los fenicios; entre estos son los que les han dado más celebridad 1.° el vidrio que es fama se descubrió en el pais situado á la desembocadura del Belo. Poco se servían de él los antiguos para impedir la entrada del aire en las habitaciones, permitiendo la de la luz, porque ó dejaban las ventanas abiertas ó las cubrían con piedras especulares; tampoco para vasos ni para espejos, porque para ambas cosas preferían el metal; pero cubrían de vidrio las paredes de las cámaras y hacían de él adornos y collares, combinándolo con el ambar y el marfil labrado. 2.° Sobresalieron también en hacer finísimos tejidos de lana y lino, teniendo para éstos últimos en el Asia el mejor del mundo. 3.° Se les tiene por los inventores de la púrpura que se usó en los vestidos de los antiguos para lo que después el oro. Se dice que su descubrimiento fué debido á la casualidad. Un perro hambriento mordió una conchita y su sangre le tiñó el pelo de un rojo esplendente é inalterable. Pero no la había solo roja sino violada, negra y de otros colores, llamándose purpúreos todos los fabricados con el licor extraído de estos pequeños moluscos, para distinguirlos de los procedentes de materia vegetal, herbaceos.

El traje de un magnate fenicio, igual según se cree para ambos sexos, se componía de una especie de saya, un delantal, y una gran esclavina. La primera llegaba desde la cintura á la pantorrilla, era de color encarnado ó amarillo y se ceñía de adelante atrás al rededor del cuerpo, el segundo se colocaba encima por detrás, de modo que se cruzara por delante y se sujetaba á la saya con una correa; era mitad encarnado y mitad de un color más oscuro y cortado por la parte inferior en semicírculo. La esclavina tenía un agujero para meter la cabeza, era mitad azul con orla amarilla y mitad encarnada con puntas redondas moradas, y se ajustaba al pecho con un broche. Solo los príncipes podían llevar trajes enteros de púrpura, pues se necesitaban seis libras para teñir una de lana; los menos opulentos se contentaban con adornarlos con una faja ó dos. En

la cabeza se ponían un gorro á manera de saco sujeto con cintas.

El mayor de los inventos de los fenicios fué la escritura alfabética. Se atribuye por Sanchoniatón (1) á Jaut ó Taaut el de las trece primeras letras y á Isiris el de las tres restantes.

Acaso procedió de la simplificación del geroglífico, propia de pueblos comerciantes, pues que ya se usaban el geroglífico fonético. Diestros en la Aritmética y la Astronomía, hay quien les atribuye la invención ó por lo menos el uso de la aguja náutica. Cultivaron también la poesía y la música. El fragmento más antiguo que se conserva de poesía es fenicio. (2) Sidonia se dice que inventó himnos y fenicia es la palabra Alleloujah con que los griegos de Delfos comenzaban las sagradas alabanzas. Inventaron gran número de instrumentos músicos, entre ellos la Magada, de donde ha venido el griego magadisen (sobrepujar). El sistema atómico en filosofía, se atribuye á Moscho y tenían una ciudad de los archivos *Cariat Sepher*.

¿Cuándo se establecieron en España los fenicios? Los autores difieren enormemente en la fecha. Veleyo Patérculo (3) pone la fundación de Cádiz 80 años después de la fundación de Troya, anterior á la de Utica y Cartago; esto mismo parece inferirse de Estrabón. (4) Hay quien la lleva á los tiempos de Josué, dándole por fundador á Arquelao, hijo de Phenis, rey de Tiro y sobrino de Cadmo (5) y aunque el nombre es ya por sí bastante sospechoso, pues significa el jefe ó caudillo y estos enlaces familiares de la colonización española con la griega demasiada coincidencia, la fecha no carece de probabilidad, pues es la del establecimiento de las colonias fenicias en las costas de Africa. Procopio, secretario de Belisario, (6) vió junto á Tánger una inscripción antigua en que se leía: Nosotros somos los que huimos de la presencia del ladrón Josué, hijo de Nave. Algunos la adelantan hasta Moisés, porque en sus libros

---

(1) Sanchoniatón y Filon de Biblos citados por Eusebio, Praeparat. Evangélica, Lib. I, cap. X.

(2) Números, cap. XXI, V 27-34.

(3) Libro I.

(4) Rerum. geogr. Lib. I dice: Es célebre por su fama, la navegación de los fenicios, los cuales fueron aun más allá de las columnas de Hércules y en aquellos países, y en las playas marítimas del Africa edificaron ciudades poco después de la guerra troyana.

(5) Velázquez. Anales, que se apoya en las Historias de Fenicia de Claudio Jolao, citado por el Etimólogo Griego.

(6) Procopio, Historiarum sui temporis libri octo. De bello Vandálico, libr. II, cap. X., Nos ii sumus qui fugimus á facie, Jesu Latronis Filii Nave.

se hace mención del estaño con el nombre de *Bedil* y se asegura que Midácrito fué el primero que llevándolo de la España turdetana lo dió á conocer en el Oriente. (1) Media, pues, nada menos que la diferencia del siglo XV al X a. de J. C.

El contacto de los fenicios con los iberos enriqueció á aquéllos y civilizó á éstos. La Biblia hace las más encomiásticas descripciones de Tiro; la llama la más rica de las ciudades y á Tharsis la madre de sus riquezas. Para hacer este comercio á que Hiran asoció á su yerno Salomón, se construían aquellas *naves de Tharsis,* célebres por la grandeza de su buque ¡y monopolizaron este tráfico durante muchos siglos!

Los iberos, á su vez, aprendieron de ellos los artes de la civilización más adelantada. Ellos les enseñaron á buscar los metales y á extraerlos por métodos tan perfeccionados, que Estrabón hace resaltar la inferioridad de los griegos; ellos la fabricación del bronce, acaso la del hierro, las construcciones que los romanos llamaron *formaceas* (el tapial) que admiraron por su resistencia y que son tan fáciles y económicas y la fabricación de los ladrillos de Maxilva y Calentuno que no se hundían en el agua; de ellos á aprovechar la creciente de las mares para hacer canales que facilitaran las comunicaciones, de ellos la fabricacion de aquel pan que se tenía por el más ligero y que se hacía fermentando la masa con la espuma de la infusión del trigo, (2) de ellos á cerner la harina con cedazos de lino, (3) de ellos á preparar los salsamentos ó escabeches y el licor esquisito, aunque de olor desagradable, de los desperdicios de los pescados macerados con sal que se llamaba *garo* y del que cada dos congios (seis azumbres) se vendían en mil numos, (4) de ellos á cultivar el lino de que hacían sus blancos vestidos los turdetanos, del que en Tarragona tejían los *carbasos* ó telas finas y los salaciatas, las *scutulatas* con resaltes que semejaban escudos, y los de Setabis sus pañuelos, (5) de ellos el arte de teñir, de que tuvieron en Ibiza tintorerías de púrpura y que dió fama á la *ferrugo ibérica* (color de jacinto) y á la invención de teñir la lana en los mismos carneros. Tan adelantadas estuvieron las industrias, que mientras los romanos mantuvieron en el

(1) Números, cap. 31, v. 32; Plinio, Hist. Nat., Libr. XXXIV, cap. XVI; Rufo Festo Avieno, Oræ Mariti mæ; vers. 259, 292 y seg. Según éste último, el nombre *Casiteron* que dieron los griegos al estaño viene del monte Casio en la Turdetania.

(2) Plin., H. N., Libr. XVIII, cap. VI.

(3) Id. id. id. cap. XI.

(4) Cada numo valía diez cuartos de nuestra moneda.

(5) Celebrados por Catulo en la oda *Ad Asinium.*

traje las costumbres ahtiguas y aun en tiempo del imperio, la Bética hacía gran comercio de telas con Roma. (1)

Dicho se está que de ellos debieron los iberos aprender ó perfeccionar la escritura alfabética y, en efecto, nota el P. Florez que mientras en las monedas de la provincia tarraconense como en las de Illerda, la lección comienza por la izquierda, en las de la Bética comienza por la derecha, al uso oriental, y sus caracteres, como se ve en los de Asidon, son los mismos que los hebreos usan en sus cartas; (2) de ellos la Aritmética y la Astronomía, de ellos el arte de navegar en que fueron tan peritos que se atrevían á costear el Atlántico para ir á buscar el estaño á las islas Británicas y probablemente acompañaron á sus huéspedes en sus arriesgadas expediciones al rededor del Africa.

Todas las objeciones que se habían opuesto contra la posibilidad de estos viajes se han desvanecido; la de no poder llevar víveres para tanto tiempo con lo que cuenta Herodoto (3) de la expedición que hicieron los fenicios por cuenta de Necao; lo que el mismo autor nos refiere de Sataspes (4) y Posidonio; de las de Eudoxio la de que no se conservaban memorias de ellas, (5) mientras queda siempre como un argumento de evidencia interna indestructible, lo que referian los navegantes y el padre de la Historia tenia por fabuloso, que al llegar á cierto sitio veian nacer el sol por su derecha.

Foco principal de la civilización que los fenicios aportaron á España fueron las ceremonias y fiestas religiosas que se celebraban en los templos, especialmente en el veneradísimo de Hércules, situado *extra orbem*, servido por sacerdotes célibes descalzos y tonsurados, únicos que podían penetrar en el santuario á donde afluian los más ricos presentes de todo el orbe, entre las

---

(1) Strab., Rerum geogr., libr. III.

(2) Medallas de España-Assidon.

(3) Herodoto, lib. IV dice que luego que salieron del mar Rojo y entraron en el Austral los marineros fenicios, luego que llegó el Otoño sembraron sus granos, recogieron su trigo y volvieron á embarcarse para continuar su derrota, empleando dos años en llegar á las columnas de Hércules.

(4) Esta fué en sentido inverso en commutación de una grave pena y Sataspes no pudo llegar por desperfectos de su nave más que al promontorio Syloco, por lo que Jerges lo mandó matar.

(5) En los viajes que según refiere Posidonio hizo este Eudoxio por cuenta de los Ptolomeos, se encontró en la Etiopia un pedazo de proa que tenia de relieve la figura de un caballo, habiéndolo llevado á la plaza los marineros, lo reconocieron como una de las pequeñas embarcaciones gaditanas destinadas á la pesca, por lo que Eudoxio trató de salir de Cádiz para llegar á las Indias.

que se contaban el balteo del oro de Teucro y el olivo de oro de Pigmalión con las aceitunas de esmeraldas, donde en primorosas columnas de bronce estaban grabadas las cuentas de la obra y en donde también más tarde puso la adulación ó el miedo la estátua de Alejandro.

Cuando la multitud que se apiñaba en su inmenso patio, defendido del sol por anchas velas de púrpura, se acercaba respetuosa á aquel santuario en que ni había efigie ni simulacro alguno de Dios, sino que llenaba de temor solo por la magestad del lugar

Sed nulla efligies simulacrave nota deorum
Magestate locum ex sacro implevere timore (1)

cuando se abrían las puertas del santuario y los sacerdotes con sus cabezas mitradas, vestidos con largas túnicas de blanco lino pelusiaco sin mezcla de lana, que se abrían dejando ver sus vestidos de púrpura, agitaban sus incensarios y comenzaban sus armoniosos cantos ante aquella luz inextinguible que ardía en el ara como único signo de la divinidad, debía producirse en los asistentes una emoción de las que no se olvidan nunca.

De otro género eran las que debían recibirse en los templos de Astarté (la Venus fenicia), en el oráculo de Mnesteo y en el templo de la diosa que los romanos bautizaron con el nombre de Juno.

No aspirando los fenicios á conquistas y hallando ellos y los iberos provecho en su mutuo trato, esta situación se hubiera podido prolongar por mucho tiempo, pero ya parece que habían comenzado los disgustos con los naturales cuando se presentó para los fenicios un terrible rival.

LOS PUEBLOS COMERCIANTES

LOS HELENOS

El testimonio histórico más antiguo que tenemos de la venida de los griegos á nuestra península es el que nos dá Herodoto en su libro IV acerca de la casual llegada á nuestras costas de Coleo de Samos y que sustancialmente es éste.

(1) Silio Italico Libr. III, v. 30.

Habiendo salido de la isla de Platea para volver á Egipto una nave de Samos que llevaba aparato para los sacrificios y cuyo capitán se llamaba Coleo, un furioso levante la hizo penetrar por el estrecho de Hércules, pasar las columnas y llegar á Tarteso. Era entonces Tarteso un Emporio con ferias intemeratas: así que los Samios volvieron con una gran ganancia adquirida con sus mercancías, la mayor que han hecho todos los griegos que hemos conocido, por lo menos después de Sostrato hijo de Laodamante, con el cual ninguno puede competir. De esta ganancia sacaron los samios la décima parte, que fueron seis talentos y mandaron hacer un gran vaso de metal á semejanza del argólico y le colocaron en el templo de Juno,sostenido sobre tres colosos ó simulacros humanos de siete codos,de lo que resultó contraer los samios gran amistad con los cirineos y los tereos (1)

De esta narración no se infiere más que la venida á Tarteso de Coleo y no la de Coleo y Sostrato, como afirman muchos de nuestros historiadores, pues si se nombra á este último no es más que para comparar sus respectivas ganancias, pero sin suponer que las obtuvieran en el mismo sitio y mucho menos en el mismo viaje.

Por lo demás, la noticia de que nos ocupamos es meramente tradicional, aunque no parezca inverosimil.

Herodoto nos habla también de una segunda expedición de los griegos á las costas andaluzas, la de los griegos focenses que llegaron á la córte de Argatonio, que los acogió con tanta benevolencia que les brindó con el terreno que escogieran si querian establecerse allí. Pero sabedores de que Hárpago, general de Ciro, tenía sitiada estrechamente á la patria, prefirieron acudir á su socorro, aprovechando el dinero que Argatonio les dió para fortificar las murallas de su ciudad, siendo *tal la fama* de esta expedición, que Herodoto consigna particularidades como la de que Argatonio reinó 80 años y murió de 120, lo que pasando á la poesía hizo decir á Anacreonte:

No quiero vivir cien años entre los felices tartesios.

D. Juan de Salafranca, en el *Semanario de los Eruditos* supone esta expedición anterior á la de Coleo de Samos, pero no da más razón de ello que haber hablado de ella Herodoto en un libro anterior.

Aunque segun Herodoto los focenses que vinieron á España en esta primera expedición, regresaron á su patria, de

(1) Hist. Libr. Clio, CLXIII.

Apiano Alejandrino, que también la cuenta, se infiere que algunos de ellos debieron de quedar en España.

Algunos suponen anterior á esta venida de los focenses la fundación de Roda (hoy Rosas) por los rodios, que se hicieron poderosos en el mar antes que los focenses. Scymo de Chio (1) dijo que la primera ciudad fundada por los griegos fué Emporion y Rodas la segunda, y que esta la fundaron los rodios que se hicieron poderosos antes que los focenses. Estos sitiados en su pais por Hárpago y no pudiendo defender ya más á Focea, para no sufrir la esclavitud se embarcaron para Chio abandonando la ciudad al vencedor; desde allí se dirigieron á Córcega donde intentaron establecer una colonia, Alalia, pero aliados los etruscos y los cartagineses, les dieron una batalla naval y tuvieron que abandonarla; de aquí aportaron á Marsella, donde fundaron esta ciudad famosa, madre de muchas otras en las Galias y en España (600 a Jc.) siendo de éstas la primera Emporión. Estrabon sin embargo hablando de los rodios: "Res eorum mari secundas fuisse non ab eo démum tempore qui urbem, quo extat hodieu condiderunt, sed etiam ante Olylimpioram institutionem per multis annis eos procul á patria classem eduxisse hominum servandorum causa. Ita et usque ad Hispaniam eos navigasse et Rhodum condisse post modo á Massielensibus occupatam..... Quidam post reditum á bello Troyano Gymnesies Insulas ab iis fuerunt conditas, lo que supondría la venida de los rodios á España y la fundación de colonias en las Baleares y la de Rodas antes de la venida de los focenses. Tampoco con entera seguridad puede decirse que todas las colonias focenses españolas, procedieron de Marsella.

Herodoto nos dá una gran idea de su pericia náutica. Ellos fueron, segun este historiador, los primeros entre los griegos que tuvieron naves largas (naves de guerra) y ocuparon con sus escuadras á Adria, Tirrenia, la Iberia y Tarteso. Sus embarcaciones eran de 50 remos y no rostradas. No es imposible pues que cuando fueron arrojados de su pais natal, al mismo tiempo que fundaron colonias en Italia y en la Galia las fundaran también en las costas de España, teniendo noticias de lo bien que en ella habian sido los griegos recibidos; acaso de entonces proceden las colonias de Menace y Ulisea, pero nada de esto puede afirmarse con certeza.

De lo que sí la hay es de que de Marsella partieron colonias que fundaron la de Emporion. Fijáronse primero en las islas Medas y, como aquel islote estéril no podía abrigar largo tiem-

(1) Orbis descript., v. 203. Rerum. Geogr., lib. XIV.

po á gentes industriosas y comerciantes, pidieron á los Indiketas que les dejaran edificar en la costa. Construyeron pues, su ciudad unida á la de Indika de la cual solo un muro la dividía dejando abiertas las puertas durante el día, que se cerraban por la noche, siendo como dice Tito Livio (1) "Emporiæ duo oppida erant muro divissa" hasta con nombres diferentes, lo que según Estrabon aconteció en otras muchas ciudades de España "quod frecuenter aliis civitatibus evenit."

De Emprorion se propagaron los focenses á Rodas, de la que dice Scymo de Chio, "Hanc quidem qui prius pollebant condiderunt Rhodii, post quos obtinuerunt Phocenses qui Massiliam condiderunt" (2). De aquí pasaron á Dianium (Denia) célebre por su templo, uno de los focos más importante de la cultura griega en nuestra península, Alone (Guadamar) y Honosca (Nusta) y penetrando por aquí al interior, dieron origen á los olcades (hoy la Alcarria) en el Oróspoda (fin de las tierras) á Hemeroscopium (la Rapita ó Uldecona) en las bocas del Ebro, que siguiendo navegable hasta Varia, los puso más tarde en relación con los celtas sus aliados, y les permitió disputar á los fenicios su comercio. El error de los autores de haber confundido esta ciudad con Denia es por haber antes un homeroscopium ó atalaya.

En la costa edetana, á 3000 pasos del mar en el Golfo sucronense y bañada por el río Serabis se levantaba Sagunto; acerca de cuyos pobladores dijo Silio Itálico.

De la costa del mar á corto trecho
Un mediano collado se levanta
De suave falda y dorada cima
Allí están asentadas las murallas.
De Hércules son obra y de Zacynto
Su amigo allí enterrado, cuya raza
De la isla de Zacynthos transplantada
Aquí fijó su asiento y su morada.
A la Apulia debió su crecimiento
Y de gentes que de Ardea le llegaron,
Patria de magnates otro tiempo,
Ahora solo nombre, abandonada.

La fundación de Sagunto por los zacintios se afirma por Estrabon, Apiano Alejandrino y Bocco, citado por Plinio, que á su vez se refiere á una antigua tradición, poniendo su fundación antes de la toma de Troya, 200 años. "Et in

(1) Libr. XXI, Cap. XXV.
(2) Descrip. orb. V, 203.

Hispania Sagunti ayunt Templum Dianæ á Zacynto advectæ, cum conditoribus annis ducentis ante excidium Troyæ, ut Autor est Bochus" id haberi. Tito Livio se limitó á decir: "Oriundi á Zacyntho Insula dicuntur."

No deja sin embargo, de ofrecer dificultad, cómo los habitantes de una isla tan pequeña como la de Zante llegaron á formar una colonia tan importante y tan lejana.

Lo que sí parece es que existió allí una población indígena más antigua que como en Ampurias recibió á los griegos en su compañía. Así lo muestran algunas monedas que de ella se conservan que no solo tienen el hombre de Sagunto en caracteres latinos, sino también inscripciones en letras desconocidas, en que se cree reconocer el alfabeto celtibérico.

Silio Italico tambien atribuye á los griegos la primitiva fundación de Cartagena "(Dat Carthago veros Teucro fundata vetusto.)" Y en la misma España meridional Estrabón nos ha dejado el recuerdo de dos colonias *Ulisea* (Mojacar) mediterranea y *Menake* (Almuñecar ó Punta de Mona) ciudad marítima que este geógrafo coloca al O. de Málaga y que según Scymio de Chios era la última colonia de los focenses: "Uni vero Columnæ Hérculis vecina est urbs Massiliota Menacæ appellata: Hæc ad Europam vero Græcorum urbium omnium extremum habet situm.)"

Mayor dificultad hay en afirmar si los griegos poseyeron colonias en la costa del Atlántico. Silio Italico menciona á los gravios ó graios en la misma costa y Plinio despues de nombrar á estos, á los helenos y á los tydios, dice que todos estos son de linaje griego (Grecorum soboles omnia). Ellos habían dado los nombres de Tyde (Tuy) Opsicela y Anphiloquia á otras tantas ciudades en memoria de sus heroes.

Pero, apesar de esto y de que S. Gerónimo nos dice que enjambres de griegos se establecieron en lo más occidental de Europa, es permitido dudarlo, pues hasta el viaje de Pytheas de Marsella no parecen haber conocido las costas septrentionales.

En cuanto al gobierno de estas ciudades solo podemos inferir algo por lo que T. Livio nos cuenta de Sagunto. Según él tenían un Senado y un presidente á quien llama pretor, pues á estos Magistrados propuso Alorco las condiciones que Aníbal les concedía para su rendición. Esto y las noticias que tenemos de Marsella, cuya constitución es natural que imitaran sus hijas, nos hace suponer que su gobierno era aristocrático.

(1) Descrip. Orb. V, 145.

Los jonios introdujeron en España el culto de Artemisa ó Diana y lo inculcaron á los iberos de tal modo, que hoy dice Estrabon, practican los ritos y ceremonias á estilo griego. Estos ritos eran famosísimos. Sus sacerdotisas se llamaban *melisas* (abejas) por haberse consagrado este insecto á la diosa, hacían voto de castidad y solo á ellas les era lícita la entrada en el santuario, los sacerdotes eran eunucos. Una de las ceremonias del culto de la diosa consistía en la procesión que se hacia en su fiesta. La diosa armada de arco, carcax y cubierta con una piel de fiera, era llevada en hombros, festejada con cánticos y acompañada por multitud de doncellas, unas adornadas con estos objetos simbólicos, otras vestidas de ligeras tunicas, ejecutando danzas que no parece brillaban por su honestidad. De la misma solemnidad formaban parte danzas armadas, juegos gimnásticos y concursos de música. Al culto de esta diosa se referían también las fórmulas de ensalmo ó encantamento llamadas también *letras efesias* las cuales, según Pausanias ocultaban un sentido físico, y que llevaban en amuletos á fin de preservarse de las influencias dañosas.

Los pitagóricos mezclaban también la música á los encantamentos de que se servían para curar las enfermedades. La influencia de Pitágoras no debió dejar de sentirse en las colonias helénicas españolas si como dice el P. Fita el templo y el colegio monumentales de Elo (Serro de los Santos, Montealegre) están llenos de la idea pitagórica. Este heracleo estaba consagrado á las divinidades egipcias Isis, Osiris, Horo, Nutti, etcétera, introducidas por los rodios ó los jonios del Asia menor.

Los cristianos le pegaron fuego en los últimos años del siglo IV. Perecieron pues los ídolos y muebles de metal, marfil ó madera, las cestas y los vasos de los sacrificios, los incensarios, las barcas sagradas, los libros de los escribas, de los estoliastas y de los cantores, y con ellos las fórmulas rituales, las poesías funerarias, los himnos sagrados, las doctrinas cosmogónicas, las observaciones celestes de los caldeos, las recetas contenidas en los libros de Thoth, los oráculos, respuestas y sentencias de derecho divino, nomos ó carmina, las efemérides ó crónicas de sucesos; pero todavía en las ruinas que no pudo el fuego destruir se encuentran elementos representativos de varias de las festividades isiacas; el nacimiento de Horo, la purificación de Isis, la muerte y pasión de Osiris (especie de Semana Santa) el regreso de Isis y la resurrección de Osiris, pascua de la resurreccion de Osiris. El grave continente que ostentan las estátuas de aquellos sacerdotes, especie de clero regular, entregado á una vida de mortificación y abstinencia vestidos de

túnicas talares y roquetes de lino, llevando diversidad de símbolos en las manos ó en el vestido, la severa actitud de las vestales, cubiertas de luengos mantos bordados y de velos riquísimos, el cabello asortijado en bucles sobre la frente, cubierta la cabeza con tocado egipcio ó con mitra oriental, recuerdan las procesiones fúnebres que constituían la representación de la pasión de Osiris. Una de las estátuas de las sacerdotisas lleva grabadas en el pecho dos serpientes (símbolo del sol y de la luna), y en la mitra una media luna y la inscripción Nil y en las manos un vaso. Dos estilistas llevan la urna de oro donde se guardaba el agua para amasar el barro sagrado con que fabricaban una efigie lunar (al divisar á Osiris). Otra sacerdotisa lleva una *cista* con el pan de la ofrenda consagrado á Isis, varias copas sagradas que acaso contenían la fúnebre ofrenda de leche á Osiris; otro sacerdote, como oblación, una flor del loto; otro delante del pecho una especie de resalto, donde simbólicamente está figurada la trinidad egipcia, Osiris, Isis y Horo; otro, por último, el ave sagrada, en memoria de haberse transformado Isis en golondrina. De las poesías religiosas del templo de Elo sólo esta brevísima le ha sobrevivido:

Soy Fénix amado de Phthah
No pagaré tributo á la Parca
Porque renaceré padre de mí mismo

Este culto no fué privativo de Elo, sino que se propagó por el O. y N. de la península, penetrando hasta la Lusitania.

Con la propagación más tarde del cristianismo, el culto de Isis hubo de disfrazarse con el de la Virgen y aun muchas de las imágenes de aquella sirvieron para representar á esta. El docto presbítero P. Parasols considera la imágen de nuestra señora de Mongrony como copia de una Isis fenicia.

Dionisio ó Baco era una de las divinidades chtonicas. En las asociaciones llamadas órficas se buscaba, segun Müllern, el satisfacer una necesidad de consuelo y de edificación, pero los himnos que en ellas se cantaban eran patrimonio exclusivo de los iniciados, que los mantenían secretos. Pero había otro Dionisio ó Baco popular accesible al vulgo. Plutarco nos ha conservado el siguiente cantarcillo que en su honor entonaban las mugeres de Elis: "Ven Dionisio á tu sagrado templo, orillas del mar, ven acompañado de las Charitides; penetra en tu santuario con tu pié hendido ¡Digno toro! ¡Digno toro!

Las colonias griegas introdujeron siempre este culto con el arte de cultivar la viña. Probablemente con él lo introdujeron también en España. Estrabon nos dice que abundaba en el

litoral español del Mediterráneo, donde aquellas colonias estaban situadas; Trogo Pompeyo dice que los focenses de Marsella enseñaron á los galos "vitem putare, olivam serere," y es de suponer que lo mismo hicieran con los ribereños del Mediterráneo, á donde parece que no había llegado la colonización fenicia.

Quizá no fueron tampoco habitadas todas sus orillas por los iberos, aunque llegaron á su extremo, pues á los cerretanos los hace Silio Itálico descender de Hércules y recuerdan con su nombre el de la bética *Ceret* (Medina Sidonia; ¿Civita vieja?) porque en los descubrimientos prehistóricos, como se ha visto, se encuentran reunidos objetos de procedencia helénica con otros de piedra tallada y cráneos braquicéfalos con otros gruesos y de marcado prognatismo.

Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que el límite de las colonizaciones fenicia y griega era el promontorio Charidemo, habiéndose establecido también los griegos en las Baleares, cuando la fortuna, cansada de proteger á los fenicios, vino á proporcionar á los helenos un poderoso auxiliar en los celtas, de los que vinieron siendo aliados y con los que ya se habían mezclado en las colonias del Ponto, hasta formar una población celto-helénica.

Por eso no es extraño que fueran, como se dice, amantes del nombre y de las costumbres de los griegos (1), ni que Justino nos digera que todos los gallegos se reputaban por griegos de origen. (2) Así pues, sin negarla en absoluto, creeemos exagerada la extensión y, sobre todo, la antigüedad de las colonias helénicas en las orillas del Atlántico. Polibio nos testifica de que los antiguos griegos no tuvieron los conocimientos más exactos de las partes occidentales de España, porque fueron muy pocos los que á ella viajaron, amedrentados de los riesgos de la navegación.

Más la exageró todavía Asclepiades Mirleano, maestro que enseñó la Gramática en nuestra península y escribió una descripción de sus gentes, pues habiendo encontrado, tal vez en Ulisea, un templo consagrado á este héroe, creyó reconocer en él señales de su venida, y dando valor histórico á las creaciones homéricas, encontrar sus héroes por todas partes, tomando, además, por griegas, todas las ciudades cuyos nombres los griegos tradujeron á su lengua.

Veamos ahora quienes son los celtas, sus relaciones con los griegos y su influencia en nuestra patria.

(1) Utuntur celtæ consuetudine Græci y afecti optime in Græciam Orb. Descrip., v. 193.

(2) Galleci autem græcam sibi origenem asseverunt.—Lib. XLIV.

LOS PUEBLOS INVASORES

LOS CELTAS

Aunque todos los escritores de la antigüedad consideran á los celtas como llegados á nuestro suelo muchos siglos después que los fenicios unos, y los más como posteriormente á los griegos, sólo Estrabon, T. Livio y Plutarco los hacen originarios de la Scythia. El primero nos dice "que según el idioma y modo de pensar de los antiguos griegos, á las más conocidas regiones de la parte boreal las designaron con un nombre general, ya de escitas, ya de nómades, como los llamó Homero. Mas en una época posterior, cuando aquellas gentes se dieron á conocer en la Hesperia y en la parte occidental, fueron llamados celtas y también iberos, ó haciendo un nombre compuesto, celtiberos ó teltoescitas." Con efecto, ya en tiempo de Eforo y de Herodoto, toda la parte occidental de la antigua Iberia, desde los Alpes ó desde el Ródano hasta Cádiz, se distinguía ya con el nombre de Céltica.

Plutarco, en la Vida de Mario, dice: "Algunos aseguran ser la Céltica una región muy dilatada, que desde el extremo del Oceano septentional se extiende hacia el Oriente, hasta la laguna Meotis, por donde confina la Céltica con la Escitia del Ponto: y allí ya no se distinguen los celtas y los escitas,„ y aunque "estas gentes á proporción que en diversas épocas y en las estaciones de los inviernos han invadido muchos países, discurriendo con las armas por casi todo el Orbe, han adquirido diferentes nombres, lo más común es llamar estos ejércitos *celtoescitas*.„

Dion Casio dijo: "que los celtas llamados germanos, habiendo ocupado la tierra que está sobre el Rin, dieron ocasión á que le llamaran Germania (Nam celtæ quos germanos vocamus..... effecerunt ut Germania vocavitur (lib. 39). Estrabon usó como sinónimos los nombres de germanos y de celtas (Simili modo in expeditionen in germanos atque celtas), y Plinio que el nombre de los germanos pasó á los escitas (ib. 4 c. 12). Acaso se habían diferenciado, ó los griegos los diferenciaron ya en tiempo de Ephoro, que coloca los indios al Oriente, los etiopes al Sur, los scytas al N. y los celtas al M.

El hecho es que se encuentran muchas cosas características comunes entre estos pueblos. Como scytas ó de los escitas to-

maron el uso del hierro y con etimologías semejantes que no se parecen á las de los romanos, que lo recibieron por otra dirección, y de los pantalones (bracca). El lugar consagrado al culto entre los celtas como entre los germanos, no era un edificio, sino los bosques sagrados. Sin embargo, parece que se distinguían, según D'Arbois de Jubanville, por las ceremonias fúnebres. Los celtas inhumaban sus muertos y castigaban con el suplicio del fuego á los reos de alta traición; en las repúblicas, los pretendientes á la corona, era la pena de muerte como castigo militar; se aplicaba á la mujer que había matado á su marido, á los ladrones, bandoleros y en general á todos los que habían cometido un crimen, y no podían rescatarse pagando la composición. Los galos quemaban también los seres de orden inferior como los caballos, los esclavos, los clientes que debían acompañar al difunto en el otro mundo; la destrucción del cuerpo humano por el fuego era una humillación; cuando los germanos se emanciparon la incineración era un honor. Los cuerpos de los varones esclarecidos eran quemados *certis lignis*, como dice Tácito; los más pobres quemaban á lo menos las partes más nobles, como la cabeza y los brazos.

Sea de esto lo que quiera, parece que los celtas llegaron á una unidad bajo Ambicatus; que después de ocupada la Germania, de haber penetrado en las islas Británicas y de haberse posesionado de la Galia hasta el Ródano y pasando los Alpes penetrado en Italia, ocupando lo que por ellos se llamó la Galia Cisalpina, pasaron el Ródano y entraron en España.

En las orillas del Ródano se encontraron con los focenses de la colonia de Marsella, con los cuales, como griegos, estuvieron aliados.

Algún tiempo tuvieron por límite los Pirineos, pero después de haber sometido á los ligures y formar con ellos y con los antiguos iberos una población mixta entre estos montes y el Ródano, llegaron á salvarlos en una ó muchas invasiones. Los celtas de las Galias parece haberse dividido en dos cuerpos, el uno que se quedó en la Galia narbonense y estableció la Sede de su gobierno en las Bitúrigas, como dice T. Livio, y el otro que caminó á la Aquitania, y pasando los Pirineos, se fué estableciendo en la Navarra, dando ocasión á que por el carácter movedizo de estos pueblos se diera á esta región el nombre de Vasconia (de vasco-vagus) y á que los antiguos dieran á los vascones el epíteto de inquietos, los *inquietos vascones*.

El texto, sin embargo, de Estrabon,(1) que señala la semejan-

(1) Rerum.—Geogr. Libr. IV.

za entre españoles y aquitanos: "Aquitani corporis habitu et lingua magis Hispanis similis, quam cœteris gallis," lo mismo puede explicarse porque los celtas aquitanos fueran los que penetraron en España, que por el origen ibérico de la Aquitania.

Todos los antiguos señalan la íntima amistad de los celtas con los griegos. Scymo de Chío dice que tenían costumbres griegas, *utuntur celtæ consuetudinibus græcis*; y en otro lugar *afecti optime in Græciam*. Helanico de Lesbos, que escribió en el siglo IV a. Jc., dice que los Hiperbóreos, esto es, los celtas, practicaban la justicia, y Eforo que tenían casi las mismas costumbres que los griegos, que mantenían con ellos las mejores relaciones y que en sus viajes hallaban entre ellos una cariñosa hospitalidad: no tardaremos en verlos combatir contra los etruscos aliados con los cartagineses contra los griegos, y más tarde parece que también lo estuvieron con Alejandro Magno, á quien enviaron una embajada.

Los celtas, aliados con los focenses, habían contribuído á que éstos disputaran á los fenicios el comercio del estaño. Cuando Coleo de Samos, impelido por una tempestad, pasó el estrecho y penetró en la corte de Argatonio, los fenicios, para impedir empresas semejantes, echaban á pique toda nave extranjera que se atrevía á querer pasar las columnas; pero los griegos, por su amistad con los celtas, hallaron otro camino; navegando por el Ródano, por el Savona y por el Sena, no tenían que hacer para llegar á la Britania más que una navegación muy corta.

Casi juntamente parecen haberse propagado también por España. Desde las Vasconia, que debió ser lo primero que ocuparon y que explicaría las analogías que ha encontrado D. Juan Erro entre el vascuence y, sobre todo de su escritura, con la griega, pues los celtas se habían mezclado ya en el Ponto y en la Galia con las colonias griegas y eran, según Estrabon, muy aficionados á este idioma. "Homines græci nominis amatores declarat Ephorus." Desde la Vasconia dirigiéndose á las regiones probablemente todavía desiertas al O., pasaron á la Cantabria, donde mostraron aquella afición á beber sangre de caballo de que nos habla Horacio, ("et tætum equino sanguine concano"), y Julio Itálico ("Cornipedes fusa satiaris, Concane, vena,"), aquel amor al robo y al pillaje, aquella fiereza de costumbres, aquella crueldad con los prisioneros que conservaban los cántabros y especialmente los concanos, aun en tiempo de Augusto, que por esta razón acaso fueron apellidados por los romanos *infestos* (los que todo lo llevan á sangre y fuego) y de aquí el nombre de Infiesto. Desde la Cantabria pasaron á Galicia, que parece haber recibido de ellos el nombre y en donde encontra-

mos el promontorio céltico; de aquí bajaron por la Lusitania, y entre otras regiones que ocuparon, dieron el nombre de Céltica á una que estaba al O. ó al N. de los cúnicos, sin que pasaran á la Bética hasta que los romanos les hicieron asentar en la ribera del Guadiana. De modo que en Galicia todo el territorio que se extiende desde Tuy al Ferrol era céltico, ocupando solamente los graicos ó gravios desde el Duero hasta la ría de Vigo. Eran, pues, celtas los cilenos, los presamercos, los tamaricos, los nerios, los abraros, los caporos. En la Lusitania, en la parte boreal de los Algarbes, eran suyas las ciudades de Lacóbriga, Cepiana, Britolium, Meróbriga, Arcóbriga, Catraleucos, Pyrgileuce y Arannnis. Así es, que vienen á formar una especie de triángulo opuesto al triángulo ibérico. Y habiéndose encontrado con este pueblo en el centro, formaron con él, el pueblo mezclado de los celtíberos, mientras que los focenses de Marsella se extendían por las costas mediterráneas, donde se daban la mano con las otras colonias griegas, y siendo entonces navegable el Ebro hasta *Varia* (hoy Varea, cerca de Logroño), pudieron los griegos competir también con los fenicios en el comercio del plomo y de la plata, lo que produjo la decadencia de las colonias fenicias, la llamada de los cartagineses y las guerras que éstos sostuvieron primero con los griegos y luego con los romanos.

Sobre la época probable de la venida de los celtas Estrabon ha establecido el orden de ocupación de nuestra península por naciones extrangeras señalando primero á los tirios, luego á los celtas y despues á los cartagineses y por fin los romanos.

"Si conjunctis viribus tueri se voluisent, nunquam licuisset neque carthaginensibus incursione facta mayorem Hispaniæ partem nemine prohibente subigere, neque ante eos tyriis et celtis.... et romani per partes hispanorum, modo hanc, modo alium ditionem bello impetentes (1) Herodoto los halla establecidos en su tiempo (siglo V) en las partes más occidentales de nuestra península. (2) Si consideramos ahora que siglo y medio después de la fundación de Roma los celtas se habían multiplicado de manera que según T. Livio ya no podían vivir en la Galia con comodidad, parece que podemos señalar la venida de este pueblo á nuestra península en el siglo V a. Jc. siendo posterior á la primera venida de algunas de las colonias griegas.

Esta nación céltica á que parece referirse Jenofonte cuando

(1) Rerum Geogr. Libr. III.
(2) Hist. Libr. II y II,

dice que los escitas extendieron su dominación por toda Europa y á quien T. Livio llama "ferox natio perragata bello prope orbe terrarum" traía un principio de individualidad que faltaba á casi todas las naciones antiguas, fundado en la firme creencia de la inmortalidad personal y en la doctrina de la trasmigración que decía un escritor romano que tendría por bárbara á no verle cubierta con el manto de Pitágoras. (1) Cuando el invierno ha despojado de las hojas á los árboles y parece que todo en la naturaleza está muerto, va el sacerdote con su hoz de oro al bosque sagrado á recoger el muérdago, que abriendo sus azules flores en el tronco seco de la encina, enseña mudamente como de la muerte nace la vida.

De aquí el escaso valor que dan á la existencia terrena. Cuando muere un gefe se matan sus soldurios por acompañarlo, y no es raro matarse por ir á llevar una noticia al difunto. De aquí el resolver sus querellas por una especie de juicio de Dios, por combates personales desconocidos á los romanos, (2) de aquí tambien la gran consideración que como en todos los pueblos individualistas tiene la muger, á quien se atribuye cierto espíritu de adivinación, el culto á las mugeres fatídicas *matres* como se ve en muchas lápidas como por ejemplo:

MATRIBVS
TERMEGISTE
V. S. L.

Otra igual en la Coruña Matribus gallaicis y otra en Porcuna Ara M veteribus.

Las druidesas estuvieron durante mucho tiempo en concepto de oráculos no menos creidos que el de Delfos. El Emperador Aureliano las consultó (gallicanas consuluise druidas) acerca de los destinos futuros de su familia (3) á Alejandro Severo una druidesa (mulier druias) le gritó al pasar en lengua gala anunciándole su fin desastroso (4) y antes á Galba otra sacerdotisa en España, le enseñó una profecía escrita muchos siglos antes, en que se le anunciaba que subiría al solio imperial, como se verificó.

Los druidas habían formado en la Galía un poderoso cuerpo sacerdotal distribuido en colegios, donde se cultivaban la

(1) También lo testifican César y Pomponio Mela.
(2) Mario desafiado por uno de los guerreros de los Cimbros le contestó, si tienes gana de morir ahórcate.
(3) Vopisco c. 42.
(4) Lampridio Alex. Ser, c. 59.

religión, el derecho, la medicina, la astronomía y la poesía, divididos en diferentes grados de los que el inferior era el fait, vates ó adivinos, cuyas enseñanzas se daban en verso y duraban las de unos catorce, las de otros veinte años. En ella se explicaba esta doctrina de la inmortalidad como nos lo testifica Lucano (Phar 1.454 y sg). "Según vuestra doctrina, druidas, las almas no van á habitar las silenciosas mansiones del Erebo ni los pálidos reinos del profundo Plutón, sino que el espíritu de cada cual, eternamente el mismo, gobierna un cuerpo en otro mundo; y si estas ciertos de lo que cantais (canitis si cognita) la muerte es el camino para pasar á otra y muy dilatada vida. ¡Pueblos del N. dichosos, con esta ilusión estais libres del mayor de los terrores, del terror de la muerte.

En España al menos, en tiempo de Estrabón no debían existir los druidas como cuerpo organizado, porque así como habló de druidas al tratar de la Galia llama hieróscopos á los sacerdotes céltas de nuestra península.

Refiere Estrabón que los celtíberos y sus vecinos del lado del Septentrion veneran al tiempo de los plenilunios un dios sin nombre especial, cantando á coro y danzando en solemne festejo las familias delante de sus casas y todavía debían estar en uso en el siglo VI, pues en el Fuero Juzgo castiga á aquellos qui nocturna sacrificia dæmonibus celebrant (lib. VI t. II, c. 3).

Estos coros debían ser parecidos al pean de los griegos, al que asemeja Diodoro Siculo los cantos lusitanos; llevaba la voz un cantor principal al compás del que el coro de danzantes ejecutaba sus evoluciones á su alrededor: la letra tenía por objeto impetrar la gracia de la divinidad para que los librara de algún peligro inminente ó rendirle tributo de gracias por haberle libertado de él: como el canto se desarrollaba el coro iba avanzando pausadamente, de donde nació quizá la introducción del pean en la guerra. Se diferenciaba del griego en que á la cítara ó formins sustituían la gaita céltica (gallega) ó la tibia vasca y acaso de los celtiberos en que en estos los coros no mudaban de lugar.

Peanes dirigidos á Netón, el dios de la guerra, fórmulas rituales para las ceremonias que acompañaban al sacrificio de caballos y machos cabrios al Sol invicto, dedicaciones ritmicas, al misterioso Agni, figurado en el swastica piadosos himnos, cantados por los segadores á Arbanaico, efusiones de gratitud al oráculo de Endovelico, que en su templo de Terena comunicaba su voluntad á sus devotos, tales debieron ser los objetos de estos cantos.

A ellos pertenecen también las fórmulas mágicas para alejar ó atraer las tempestades, evocar los muertos ó alterar el orden de los mundos, Silio Itálico habla de un viejo poeta nacido en la playa de las Hesperides que sabía por medio de encantamentos dar al acero el temple más duro, (litore ab Hesperidum Temisus; qui carmina pellens Fipebat mágica ferrum crudecere lingua 1.430). Este ensalmo portugués: En ocio vejo, - en estrellas vejo—en ar vejo—ó mal que esta creança tem—pede mina mao ó despejo y este bretón, que con pocas variantes hemos oido cuando niño: Salud loar goan—Salud luna llena—Kass al reman—Llevate estas berrugas—Gan—ez ac'han (contigo lejos de aquí) tienen entre otros, marcado sabor de antigüedad.

Las dos combinaciones más populares de esta poesia son el terceto y la cuarteta. El primero se conserva todavía en Galicia, donde es conocido con el nombre de canción del pandeiro, por ejemplo:

Campanas de Bastadales
Cuando vos oyo tocar
Mórrome de sahuedades.

Aunque es el metro gallego por excelencia, encuéntrase también en otras provincias, el más antiguo en lengua castellana, monorrímico como los celtas es

En Canatañazor
Perdió Almazor
(La hueste) y el tambor.

La cuarteta tan característica de la poesía española que no ha podido heredarla ni de la latina, ni de la germánica, para las que era desconocida, mientras que según D'Arbois de Jubainville "la ley irlandesa quiere que el pensamiento se encierre en frases de igual longitud (quatrains) divididas en dos miembros iguales (semi-quatrains) se conserva en castellano en las dos formas primitivas, la una la cancioncilla de algunos juegos de niños

San Anton, San Millan,
Guarde el vino, guarde el pan
Con el pan pasaremos,
Con el vino beberemos.

y la segunda en algunas cuartetas de romance asonantado.

En esta poesía se encuentra también la aliteración y la rima con que unas veces juntan con la acentuación y la medida silábica, otras sin ellas.

Parece que la sociedad céltica se dividía en tres clases: los Druidas ó sacerdotes, los guerreros ó nobles y la plebe.

Los druidas llegaron á ser un cuerpo sacerdotal muy poderoso, tenían un colegio en Chartres y otro en Inglaterra; sus escuelas estaban en las cabernas y en lo más espeso de los montes (1) y en ellas hacían aprender á sus discípulos, que se elegían entre la nobleza (2) un gran número de versos en que se conservaba tradicionalmente la doctrina y en cuyo estudio, según César, consumían algunos jóvenes veinte años. Se dividían en tres grados: 1.° Vates (videntes, adivinos, poetas). Los celtas que eran muy supersticiosos (3) acudían á ellos en sus enfermedades, en sus peligros, para adivinar lo porvenir. Para las curaciones usaban yerbas como el sálago, la pulsátila y la verbena y sobre todo una materia viscosa que se llamaba *glu* preparada con los granos del muérdago que recogían y administraban con prácticas religiosas, por lo que Plinio les llama magos (4) pero en los casos más graves sacrificaban á sus dioses víctimas humanas haciéndose homicidas, como dice Ciceron, para ser religiosos. 2.° Bardos, músicos y poetas á la par que cantaban al son de instrumentos los poemas que escribían en elogio de sus héroes, que los niños aprendian de memoria y que ellos recitaban al frente de la hueste para excitar al combate. Tan grande llegó á ser su autoridad que dispuestos dos ejércitos á combatir, hicieron á veces la paz por su consejo. (5) Pero habiendo caido en la adulación por el interés, llegaron, como dice Posidonio, á no ser más que parásitos de sus señores. 3.° Los Druidas que se ocupaban de las más altas ciencias. Parece que hacían proceder al mundo del desarrollo de un huevo primitivo y que creian que era inmortal. A creer á Hecateo, habían descubierto montes en la luna, empezaban los días por la tarde como los hebreos, creían que el alma era inmortal y que pasaba á otro cuerpo y á otro mundo superior algun tiempo después de su muerte. (6) Tan firme era entre ellos esta creencia, que en los funerales ponían cartas para los difuntos y algunos para reunirse con ellos se arrojaban á la hoguera. Eran los depositarios y ejercían el poder judicial que ejercían, según cuenta César, en un bosque sagrado no lejos de Chartres, en una asamblea general (7). A los que no obedecían sus decisiones los excomulgaban. Había también colegios de druidesas. Algo de

(1) Pomp. Mela. Lib. III, cap. II.
(2) Id., id., id.
(3) César y Mela.
(4) Plinio. De Rer. Nat. Lib. XVI, cap. XLIV.
(5) Diodoro Sic., Lib. V.
(6) Diodoro Sículo cit.
(7) De bello gall, lib. VI.

esto se encuentra entre los celtas españoles, aunque parece que á su venida no habían adquirido aún todavía tan omnímodo poder y que en España nunca lo llegaron á adquirir. Los nobles, de los que se sacaban los reyes, consumían toda su existencia en la guerra ó en prepararse para ella. Tenían *agones* ó certámenes parecidos á los griegos, hasta sus diversiones eran belicosas. Silio Itálico nos describe aquella danza ligera que, según Diodoro, requería gran agilidad con estas palabras. "bárbara nunc patriis ululantem carmina linguis, nunc pedis alterno percussa verbere terra ad numerum resonas gaudentenm plaudere caetras. (1) Se disponían al combate sacrificando á un prisionero, y lo comenzaban provocando un desafío personal y se adelantaban al enemigo entonando el pean ó canto de guerra en que celebraban las proezas de sus antepasados ó las suyas. Aun después de vencidos los provocaban, pues cuenta Estrabon que los cántabros insultaban á sus enemigos desde la cruz entonando sus himnos de guerra.

Las mujeres acompañaban á sus maridos; muchas veces, vencidos, los hicieron volver á la pelea y mataban á sus hijos y se suicidaban antes de caer en poder del enemigo. (2) Agiles como montañeses, su manera de pelear era tan estraña y tan rápidas sus evolucioues, que desconcertaban á los romanos. (3) Sus armas eran un escudo de dos piés de diámetro y cóncabo por delante, ajustado con correas sin hebilla alguna; al costado una espada corta, especie de daga; los más usan corazas hechas de lino, pocos de malla y morriones con tres plumeros y los más traen cascos hechos de nervios. Los de á pié calzan borceguíes y cada cual trae un gran número de dardos; otros usan lanzas con puntas aceradas. (4)

Odiando la agricultura y viviendo del pillaje, estaban en contínua guerra, ya con los demás, ya entre sí, pues los que vivían de la agricultura, atacados de contínuo, tenían que soltar el arado para empuñar las armas. (5)

Las mujeres se ocupaban en el cuidado de los ganados y en el gobierno de su casa.

Sus matrimonios y sus funerales los hacían al estilo de los griegos.

---

(1) III,v. 353.

(2) Las mujeres de los cántabros tenían fortaleza, no ya de hombres, sino de fieras. Strab. Rerum. Geogr. Lib. III.

(3) Hæ tamem ratio nostros perturbat consuctuctonæ gentes pugnæ Cæs L. I, cap. XX.

(4) Strab. Rerum, Geogr., Lib. III.

(5) Id. id. id.

Todos los que habitan en las montañas, dice Estrabón, viven muy frugalmente; su bebida es el agua, su cama el duro suelo; dejan crecer largas sus cabelleras como las mujeres, entran en las batallas con las cabezas mitradas; las dos partes del año comen bellotas, las que secas, partidas y molidas amasan en panes, beben cerbeza porque la tierra escasea de vides; en vez de aceite usan la manteca. (1) Tenían la costumbre de bañarse en orines que dejaban corromper. Cenan sentados en unos bancos puestos en semicírculo y sujetos á las paredes. El primer asiento se dá á la edad y al honor. Comen por rueda y antes de beber danzan al son de la fláuta ó de la trompa, unas veces por alto y otras en cuclilla y arrodillados.

Los lusitanos ó gallegos se valen de vasos de cera para beber como los celtas, las mujeres usan trajes de color de rosa. En vez de monedas acuñadas, que no conocen, cambian unas especies por otras y también dan en pago láminas grandes de plata cortada y de cierto peso. A los que condenan á muerte los precipitan de un despeñadero y á los parricidas los conducen á las partes opuestas de los montes ó ríos y allí los apedrean. Hacen sus casamientos al estilo de los griegos. Imitando la antigua costumbre de los egipcios, exponen á los enfermos en las caminos públicos para que los que hayan padecido igual enfermedad les propinen el remedio. Los barcos de que usaban hasta la conquista de Bruto eran de cuero y en ellos navegaban por los estanques y los esteros del mar. Aun hoy día algunos, aunque en corto número, usan barcos excaibados de un solo tronco, á los que llaman monogila. Esta es, en suma, la vida de los montañeses, es decir, de los que forman el lado boreal de la Iberia, á saber, gallegos, astures y cántabros y se extienden dichas costumbres á los vascones y gentes del Pirineo, pues todos tienen un mismo género de vida.

Los historiadores y los geógrafos nos presentan, pues, á los celtas españoles en un estado de rusticidad y falta de civilización, que contrasta con la cultura que habian celebrado en los iberos, lo que á su juicio proviene no solo del estado de guerra casi continua en que viven, sino su apartada situación, que los incomunica con las naciones cultas, contribuyendo á ello la escasez y esterilidad de las tierras y la aspereza de las montañas, todo lo cual aumenta, añaden, la barbarie de estas naciones.

No es posible, pues, suponer en los celtas un pueblo que vino

(1) Strab. Rerum, Geogr., Lib. I.
(2) Strabón, Diodoro de Sicilia, Diógenes Laercio y Amiano Marcelino, los divide en tres clases Vates.

á civilizar á los iberos, de los que se distinguen, como dice Plinio, (1) por sus ritos, su idioma y los nombres de sus pueblos; antes, por el contrario, como dice Estrabón al tratar de la Beturia, ellos fueron los que se civilizaron á su contacto, aunque sin confundirse con ellos, pero reuniéndose las virtudes individuales de los unos y su educación helénica con las sociales de los otros y su educación oriental y perdiendo en parte lo que ambas tenían de esclusivas, llegaron, fundiéndose, á formar la poderosa confederación celtibérica.

LOS CELTÍBEROS Y LA CONFEDERACIÓN CELTIBÉRICA

De dos maneras puede considerarse este nombre, ó como significando las tribus célticas que habitaron la Iberia, *celtæ sociati nomen iberis,* como dijo Silio Itálico, (2) por lo que, como toda España se llamó Iberia, como dice Ptolomeo, donde quiera que tomaron asiento los celtas, se llamaron etimológicamente celtíberos, ó como expresando el de una nación con territorio, leyes, usos y costumbres propias. En este segundo sentido, la Celtiberia era una región mediterránea, situada en el centro de España, entre el mar ibérico y el Atlántico, *inter duo maria*, como dijo T. Libio, pero sin tocar á ninguno de los dos. Confinada, según Estrabon, al N. con los berones, (hoy la Rioja) de origen céltico; al O. con los vácceos y sus diez y ocho ciudades divididas por el Duero, con cuya orilla confinaban al M., dividiéndolos de los vettones; con éstos, entre el Duero y el Guadiana, por cuyas tierras corría el Tajo y con los carpetanos con sus ciudades de *Complutum* (Alcalá), *Toletum* (Toledo) y *Arriaca* (Guadalajara); al M. con los oretanos, que los tocaban, donde los antiguos forma las fuentes del Guadiana (Fuenllana), y aquellas ciudades de la Bastitania (3) y la Ditania (4) que están en el Oróspeda, y por el O. con el Idurbeda.

(1) Lib. 3, c. I.
(2) Lib. III, vers. 340.
(3) La Bastitania de que aquí se habla es la que, según Ptolomeo, estaba asentada desde el S. de los lobetanos hasta los oretanos y desde éstos hasta el mar, donde tenían el puerto de Urci; no hay que confundirla con la *Bastitania Virgen in mare*, que se extiende del Betis al Guadiana.
(4) Comenzaba en Totana y alcanzaba hasta Ciozar.

(A celtiberis versus septentionem sunt berones, vaccæi, vettones et carpetani accolunt ad occiduum latus, ad meridiem sunt oretani et qui de bastitanis et ditanis Oropedam habitant, ad ortum est Idubeda). Segóbriga, á ocho leguas del Mediterráneo, era el pueblo más oriental de la Celtiberia y *Clunia* (Coruña del Conde) el más occidental.

La Celtiberia, según Estrabon, es una región *ampla* y *anómala*. En su mayor parte es áspera y montuosa y está regada por ríos considerables (el Tajo, el Duero y el Anas); la otra parte de la Celtiberia ni era tan áspera ni tan grande, ni cruzada de tantos ríos, ni éstos iban al mar occidental, sino al Mediterráneo, vertiendo al cauce del Ebro; es la región de Segorbe, de Teruel, de Daroca, de Calatayud y de Tarazona. Dice también Estrabon, que dividida la Celtiberia en cuatro partes, los más poderosos son los que habitan habia el O. y el N. *(Et Celtiberia in quator partes distributa, præstatiores versus ortum habitant et meridiem).* Los del O. son desde Calatayud á Segóbriga, los del M. desde Ayora á Consuegra, terreno no sólo más llano, sino más feraz que el de Albarracín, Sigüenza y Numancia.

Hay, dice Estrabon, quien divide á la Celtiberia en cuatro partes y quien en cinco. Con efecto, esta confederación llegó á comprender: los Olcades (hoy Alcarria), limítrofes á los carpetanos y como apéndice de éstos, á los que se denominó así ó por su origen de los árcades griegos, como piensa Estephano Bizantino, ó porque como aquéllos habitanban un país montañoso y se dedicaban á la vida pastoril, *ólcades quasi arcades*. Su capital era *Attheia*, hoy probablemente Alconchel. En los tiempos de la dominación romana, los ólcades habían perdido su nombre y formaban parte de la Celtiberia rigorosa; los arévacos, en donde se peleó por los celtíberos con los romanos en las guerras más encarnizadas, tan unidos con los pelendones que en alguna inscripción se lee pelendones arevacos, y que una misma ciudad, como Numancia, es arévaca para Estrabon y Ptolomeo y pelendona para Plinio. Al S. de los pelendones y de los berones comenzaban al O., en las sierras donde tiene sus fuentes el Tajo, y tocaban por el SO. á los carpetanos, comenzaban en Agreda y acababan en Segovia. Entre sus ciudades, á más de las dichas, se encontraban Clunia (Coruña del Conde), Numancia, Volcia (Calatañazor), que dió nombre á los volsianos, Sigüenza, Osma, Tiermes y Tuttis; los pelendones ó belendones, *intra jacula* (hombres que se acercan á las flechas) confinaban al N. con los turmogos ó murgobos (los de Burgos y Bribiesca), al M. con los arévacos, al Oc. con los vacceos de Pa-

lencia, al E. estival con los berones de Nágera y al hiemal con los vascones de Grávalos y los arévacos de Confluenta (Agreda); los lusones (¿maldicientes?) en la Celtiberia oriental, desde el Idubeda hasta las fuentes del Tajo. El resto lo constituían los celtíberos propiamente dichos, al E. de los carpetanos con Consabura,(1) Segóbriga,(2) Alaba, (3) Turiaso, (4) Bilbilis, (5) Urceso (6) y otras ciudades. La nación celtíbera se constituyó por una mezcla de los celtas con los iberos. Así dice el celtíbero Marcial: *Nos celtis geniti et ex iberis.* (7) Silio Itálico: *Venere celtæ mixcentes nomen iberis*, Lucano: *Profugique á gente vetusta gallorum celtæ, mixcentum nomen iberis* y Diodoro de Sicilia lo afirma terminantemente.

No sabemos cómo se verificó esta unión. El texto que se cita de Estrabon para suponer que esta ocupación fué violenta, bien considerado dice precisamente todo lo contrario. El texto es este: "Si los iberos, unidas sus fuerzas, hubieran tomado á pechos defender su libertad, ni los cartagineses con sus expediciones, ni antes de ellos los tyros y los celtas, llamados ahora celtíberos y berones, hubieran podido sojuzgar, como lo hicieron, sin oposición, la mayor parte de España." (8) Como se ve, en él se dice que se hicieron dueños de la mayor parte de España *sin oposición*, lo que excluye la violencia; además, que es dudoso que se refiera á los primitivos celtas, y parece más bien referirse al extraordinario ensanche de los celtíberos.

Sea como quiera, esta unión debió verificarse dentro de España y no, como se ha supuesto también, allende el Pirineo. No fué un pueblo que vino á España ya formado, sino que en España se formó. Para esto no hay más que considerar que la Celtiberia tiene poblaciones puramente célticas al N., como son los berones, y que el núcleo de la Celtiberia, la Celtiberia propiamente dicha, no pasa á la orilla septentrional del Ebro. Abonan, además, esta opinión, el que los diferentes pueblos que la componen no están unidos bajo la forma de imperio, sino de confe-

---

(1) Consuegra, la más ocid.
(2) Segorbe, una de las más Or.
(3) Albacete.
(4) Tarazona.
(5) Calatayud.
(6) Alcaraz.—Además cuenta Ptolomeo Libana (Montalbán), Istonium (Huete), Valeria (Valera de arriba), Laxta (Aliaga), Bursada (Borja), Ergábica (Cabeza de Griego), Attacum (Ateca), Mediolum (Molina), Cœsada (Hita?), Arcóbriga (Arcos de Medinaceli) y Nertóbriga (Ricla.)
(7) Libro IV, epig. 55
(8) Rerum. Geogr., lib. III, p. 236.

deración, sin que se noten siquiera en ella las trazas de una heguemonía permanente, ni entre las dos razas una que aparezca como dominadora, ni aun entre las dos civilizaciones una que pueda llamarse predominante. Mezclan su sangre, se unen sus ideas y aspiran á unir sus Estados en un concierto superior de las civilizaciones orientales y occidentales, que parece ser el destino de nuestra nacionalidad.

Trabajos recientísimos han derramado una viva luz acerca de la manera como este concierto se verifica. El *Edictum provinciale* de los romanos dejó subsistentes las antiguas costumbres, las diversas prácticas religiosas y aun la diferente manera de ser civil y hasta cierto punto política de los pueblos que dominaron. El riquísimo arsenal de inscripciones romanas reunidas por Hübner nos permite, pues, reconstruir la vida del pueblo que examinamos. El sistema de los nombres de las personas es un trasunto de la organización social. El nombre completo de un indivíduo se componía de otros cuatro: 1.° el *prænomen* ó nombre individual, que se tomaba de las cualidades del indivíduo, ya físicas como *Andergus* (el Rojo) *Vaenico* (Blanca), ya morales como *Ambatus* (Noble), *Nithata* (Cándida), ó de nombres de objetos de la Naturaleza como *Auvanco* (Buitre), *Aion* (la Fuente). 2.° un nombre patronómico, que es el *praenomem* del padre, al que se le añadía la palabra *ives* como *Bod-ives* (hijo de Urbano). 3.° un nombre *(nomem)*, que es el de la gente ó de la behetria á que se pertenecía, que se expresaba con la terminación *em* ó *khum*, como *Ilibarakho-em* (Iliberitano), y 4.° el nombre de la tribu, por ejemplo: los Zoelas, que los latinos tradujeron con el nombre de gentes, *ex gente Zoelarum*. Más allá de esto no había más que la confederación; los Zoelas, con otra porción de tribus, formaban la confederación de los astures.

La familia era una personalidad eterna; el padre, al morir, se transformaba en una divinidad *lugos* (lar, man), cuyo espíritu era el protector de la familia. Esta creencia se ligaba con el culto del fuego. En la pira, el fuego reduce á cenizas el cadáver y abre á las almas el camino de la vida inmortal; en el hogar, el fuego hace invisibles las oblaciones y las lleva á los *lugos* que habitan los sepulcros, y es el medio por donde llegan á ellos las oraciones de los vivos; por eso la familia debía mantener constantemente viva la llama del hogar, en la que palpitaba el espíritu de la divinidad familiar, lazo que la unía á tierra y retenía sus almas en aquella *mamoa*, que era como el obligado accesorio de la casa; por eso al lado de la dedicación ritual se descubre el *swasti* indio y cántabro, símbolo del sol y del fuego, que

ha hecho decir que los cántabros habían dado culto á la cruz antes de la era cristiana, y que se encontraba en el *luburu* (lábaro). estandarte imperial de los cántabros. Así la familia es una institución esencialmente religiosa, que debía perpetuarse; por eso todavía en la Edad Media, el Fuero Viejo (1) y algunos de los Fueros municipales, prohibían adquirir todo el patrimonio de un labrador de behetria á fumo muerto, y las familias poseyeron siempre, á título de inalienable, un solar en que entraba, no sólo la casa, sino el huerto. Así dice todavía el Fuero Viejo: (2) "Todo devisero puede comprar en la villa de behetria, quanto podier del labrador, fueras ende sacado un solar que haya cinco cabnadas de casa, é sua era, é suo muradal, é suo güerto, que esto non lo puede comprar ni el labrador ge lo puede vender." Por eso el hogar era lo que daba toda la significación á la casa, por eso los cordobeses decían á César: *qui eos ad aras et focos suos recepissent*; (3) por eso los términos eran sagrados y se señalaban con las *piedras fitas* ó con la representación del héroe ó cabeza de la familia, y era común en Bretaña depositar alimentos en las mesas de los dólmenes, habiendo tenido el clero que declarar solemnemente que semejantes ofrendas sólo podían aprovechar al diablo, y á pesar de eso todavía hoy el campesino bretón deja el fuego encendido y leche en la escudilla, para que las almas de sus antepasados puedan calentarse y apagar la sed.

Organo de la divinidad ó divinidad encarnada, el padre es el sacerdote, el caudillo, el juez, el vate, el amo; administra los intereses, conduce el ganado al monte y los hijos á la guerra, oficia en el altar doméstico donde se veneran los lares y acaudala con su inspiración el himnario religioso que forma parte de este culto.

La educación y egercicios de los celtíberos eran todos ordenados para la guerra, pues como dice T. Livio no tenían por vida el tiempo que estaban sin las armas y reputaban por desgracia ó infamia morir en su lecho. Cuando no encontraban enemigos en su patria los buscaban fuera de ella. Era para ellos extremado el alboroso que les inspiraba en la guerra, la esperanza de encontrar una muerte gloriosa, por el contrario les atormentaba en las enfermedades el dolor de morir sin honra.

Vivían frugalmente, pero con mayor abundancia y civilidad

(1) Lib. IV, ley I.
(2) Libr. IV, ley, 1-2.
(3) Com. de bello hisp. c. 61.

que los pueblos célticos aunque con menos lujo que los tartesios y otros de orígen ibérico. Su comida se componía de las bellotas que ponían al sol dos veces al año, y cuando estaban secas las molían y hacían provisión de harina para seis meses, hacían también pan de avena y de cebada y acaso de trigo que conservaban en silos durante muchos años, comían también las carnes de sus ganados que guisaban con manteca, bebían la *celia* parecida á nuestra cerbeza, bebida que hacían fermentando la cebada y quizá el trigo, el comercio también les proporcionó el vino de que al principio carecían.

Comían sentados pero sin mesas, en asientos adosados á las paredes como todavía se ven en algunos de nuestros cortijos. Los primeros puestos los ocupaban los más dignos y los más ancianos. Los manjares se servían con orden dando vuelta á los asientos para que cada uno tomara con arreglo á su gusto y su apetito. Concluido el banquete se bailaba al son de trompas y de flautas haciendo los hombres ciertas danzas con pantomimas y movimientos violentos destinados á egercitar sus fuerzas. En los paises más cultos se mezclaban las mugeres en estos bailes con movimientos más modestos y sosegados. El vestido de los hombres era el sago fabricado de lana basta que se parecía al pelo de cabra, *quorum lana villis caprinis non absimilis*, era de color negro, doble y velloso y se prendía con hebillas ó fíbulas. Las mujeres usaban vestidos tegidos con flores de diversos colores, hay quien dice que los usaban rojos. Adornaban el cuello con gargantillas de acero de las que se levantaban subiendo hasta la cabeza unos hierrecillos encorbados sobre los que extendían un velo que les cubría el rostro, otras se apretaban la cabeza hasta las orejas con una especie de cerco que descendiendo por la espalda iba ensanchandose poco á poco. Tenían su vanidad en la anchura de su frente y para que apareciese más espaciosa se afeitaban parte de la cabeza y la bruñían todo lo posible. Colocaban sobre su cabeza una columnita de una tercia y á su alrededor, ensortijaban sus cabellos de varios modos adornando este tupé con un velo negro.

Eran muy limpios pero tenían una costumbre que nos parece repugnante, se lababan, según Diodoro Sículo, los dientes con orines, otros entienden que todo el cuerpo, Lucio Marineo Sículo defiende sin embargo la conveniencia de esta costumbre.

Los hombres no se cortaban la barba ni se rizaban los cabellos y todavía en tiempo de los romanos se distinguían de estos, ya afeminados con la imitación de los griegos, por su

porte varonil y un tanto rudo como se ve en este epigrama de Marcial. (1)

O Carmenion, ya que te precias tanto
De que todos te tengan por Corintio;
¿Por qué á mí, que de sangre celtibera
Nací Español, me has de llamar hermano?
¿Acaso en lo exterior nos parecemos?
Tus cabellos son lindos y rizados;
Los mios solo al verlos horrorizan
Tu te afeitas y bruñes las megillas;
Cubre el pelo, mis piernas y mi cara.
Tu voz es tan quebrada; que mi hija,
Cuando habla la tiene más entera.
Más se parece al águila el palomo,
Y el ciervo temeroso al león fiero,
No me llames hermano; que sería
Obligarme á llamarte hermana mía.

La hospitalidad era caracteristica virtud de los celtíberos con ser común á los antiguos y en general á todos los pueblos poco civilizados. Se esmeraban en honrar á los huespedes, convidaban con sus casas á los pasajeros y competían por agasajarlos. En los convites su mesa era abundante, sazonaban los manjares con con mucha variedad, gustaban de la miel y de ella fermentándola hacían una especie de licor. Las casas se hacían de aquella especie de construcciones que los romanos llamaron *formaceas* esto es de tapiales formando las paredes con tierra que apisonaban entre tablones.

Los matrimonios, dice Estrabón, eran muy semejantes á los de los griegos, refiriéndose á los de los pueblos célticos (astures, cántabros, lusitanos y gallegos) y es muy probable que sucediera lo mismo respecto de los celtíberos.

Respecto á las relaciones de los dos sexos en el matrimonio, nos refiere Estrabón: (2) "que las mujeres son tan fuertes como los hombres, aun para las faenas más pesadas; ellas desempeñan la labranza y apenas han parido ya se ponen á servir á los hombres y éstos son los que hacen cama en lugar de ellas" lo que explica Silio Itálico diciendo: (3) "Esta (la guerra) es la diversión y el descanso de los hombres; los demás trabajos y aun los del campo, cual es el arar y sembrar; los encomiendan á las

(1) Epigr. 65, Lib. X.
(2) Rer., Geogr., Lib. III.
(3) V. 350 y sig.

mujeres, porque eso lo tienen los hombres por cosa descansada así como todo lo que no es emplearse en las duras tareas de Marte."

Atribuye Estrabón (1) á los cántabros el que allí los hombres dotan á las mujeres sin llevar ellas cosa alguna, que las hijas son las herederas de todo y las que se encargan de casar á los hermanos, resultando de aquí una *ginœcocracia*. ¿Pasó á los celtíberos lo que Estrabón dice respecto de los cántabros? Solo una piedra se conoce en que los hijos lleven el apellido de la madre, pero ésta se descubrió en Tarazona, ciudad de la Celtiberia propiamente dicha y como aquella población era frontera á los vascones que los antiguos geógrafos confundieron á veces con los cántabros, de aquí podía provenir la equivocación. Mas si esta costumbre existió en la Celtiberia, debió de estar ya olvidada porque no solo los hijos llevan el apellido paterno sino que se apela á pruebas parecidas á las caldarias para demostrar la legitimidad y también parece que conocieron un símbolo de adopción semejante al que nos describen nuestros romances como existente en la Edad Media puesto que Diodoro lo atribuye á los bárbaros.

Los celtíberos eran exelentes guerreros y peleaban, ora á pié ora á caballo como los dragones, usaban corazas ligeras, yelmos de bronce, escudos ligeros, lanzas, espadas. dagas ó puñales y grevas. Sabían dar á las armas de acero un temple que fué muy celebrado. Según Diodoro las metían debajo de tierra, hasta que se consumía la parte más debil é impura, logrando que sus hojas sin mellarse rompieran de un solo golpe las más fuertes armaduras. También sabían dárselo al bronce; el Infante D. Gabriel dice que las dos espadas que tenía en su estudio, encontradas entre Calatayud y Sigüenza, conservaban tal corte que no se podían tomar por el filo sin riezgo de herirse. Los romanos tomaron muchas de estas armas como la lanza y la espada de punta y sin filo, *spatha*, de los celtíberos. En los funerales de los guerreros danzaban al rededor de la hoguera *(tripudia hispanorum)*, costumbre que cree T. Livio peculiar de los españoles, acompañando esta danza religiosa con las nenias ibéricas *(hiberæ naeniae)* cantos en alabanza del difunto *(laudisque virorum cum fletu canit et veneratur facta jacentium)*.

El nombre gentilicio revela un círculo social superior á la familia y del que las que estas no eran más que miembros, la

(1) Rer. Geog., Lib. III.
(2) Silio Ital. Punicor., libr. XVI.

gens ,la gentilidad, (todavía decimos mi gente), esto es la reunión de todas las familias colaterales procedentes de un mismo ascendiente y agrupadas en torno de un ascendiente común. La gentilidad tenía por lares á sus fundadores que se reputaban superiores á los lares domésticos. Cada gente ocupaba una villa ó behetria *(vest-cum)* que recibía el nombre de la gente que la habitaba y por lo tanto del lar gentilicio en ella venerado. No ha de figurarse esta aldea ó behetria semejante á nuestras modernas poblaciones. Un recinto fortificado eliptico ó circular con silos y algibes, situado en un altozano ó en una *croa*, hecha artificialmente de tierra á la entrada de un valle ó de otro lugar extratéjico, formaba el centro de la behetria, allí estaba el santuario consagrado á los lares de la gentilidad, el *prytaneo* donde ardía el fuego sagrado servido tal vez por la vestal, el granero público, el lugar donde se congregaba la asamblea de los padres de familia, primer embrión del Concejo y del Consejo de familia y la vivienda del jefe del clan que corresponde al *jauna* de los vascongados ó al *benefactor* de la Edad Media. Esta Magistratura se trasmitía casi de seguro hereditariamente con limitaciones ó sin ellas, sin que esto excluyera discensiones que unas veces se sometían á la asamblea del clan *(communibus cognatis)* otras se resolvían por el juicio de Dios. Príncipes llama T. Livio á estos jefes y en efecto, su autoridad era poco menos que real. En derredor de aquel centro fortificado, vivían, derramadas por el llano, las familias colaterales, los *ambactos* ó clientes, que probablemente adoptaban el nombre gentilicio del clan á que estaban adscriptos, los hijos por adopción, los extraños recibidos en la clientela por la entidad de la behetria, los artífices que fabricaban escudos, forjaban espadas y afilaban puntas de lanza y los esclavos que formaban parte de la familia de los señores y á quienes incumbían los oficios más bajos, como moler la avena y la bellota, los libertos que al tiempo de la emancipación recibían el prenomen de sus patronos, conservando como agnomen el apelativo con que se habian distinguido durante la esclavitud y al rededor de cada jefe los *soldurios* ó devotos que le asistían en la guerra y que se daban la muerte cuando moría *(celtibérica fides)*. Pobladas por un solo linaje, estas behetrias tenían que ser muy pequeñas y abundan tanto, según Villamil, los castros en ciertas comarcas de Galicia, que casi se cuenta uno por parroquia. Su altura es de 15 á 16 metros y su superficie la precisa para vivaquear de 800 á 1.000 hombres. La propiedad eminente del suelo era de la tribu, la usufractuaban comunalmente los clanes y cada año se dividían entre las familias las tierras cultivables

para que las labrasen; alzada la cosecha, se ponían los productos en común y se distribuían entre las familias en razón á sus necesidadas. Los Vacceos castigaban. al decir de Diodoro Síc ulo con pena capital la infracción de esta ley (1). Sin embargo, ya empezaba á desnaturalizarse, ensanchando el solar privado, reduciendo el sorteo de las tierras á mera formalidad y resistiendo la comunicación de los productos.

El tercer nombre nos revela un círculo más extenso que el de la gentilidad, la tribu de la que las diferentes gentes eran los miembros. La tribu era como las otras dos, una personalidad social, religiosa, militar y política. Cada tribu suponía una ascendencia común de que habían derivado sus diversas gentes. Era como hemos visto la dueña primitiva de la tierra que había distribuido entre su descendencia, pero sin aflojar el lazo natural que las unía. Poseía una capital ó centro fuerte, especie de castillo feudal con silos y algibes de unas 25 áreas de extensión y de 15 á 16 metros de altura capaz de contener unos 10,000 hombres, circuido de un sistema de fortificaciones consistente en uno, dos ó cuatro recintos con fosos abiertos en la roca, parapetos de tierra, algunas veces robustecidos con muros de mampostería en seco y una ciudadela (arx) en el centro ó en uno de los costados. En derredor de este castillo se levantaban los castros y behetrias de los clanes ó gentes formando círculo en lo posible, por eso T. Livio al hablar de las poblaciones españolas las describía diciendo *vicos castellaque*. En caso de guerra esta capital servía de refugio á toda la población de la tribu. Regíanse las tribus por gefes ya hereditarios, ya electivos dentro de ciertas familias patricias (2). Los historiadores clásicos los llaman régulos, *duces*. El órden de sucesión no se hallaba tan definido que la trasmisión del poder no provocase amenudo diferencias ventiladas unas veces en duelo *(is genti mos dirus erat)* (3), otras acaso por la mediación de árbitros. Habitaba el régulo la capital rodeado de su pequeña corte de servidores, clientes y soldurios, ora entregado á los placeres de la caza, ya á las fatigas de la guerra, ora oficiando como supremo pontífice en el altar de la tribu ó presidiendo la

(1) "Inter finitimas illas gentes. cultissima est Vacceæorum natio. Hi enim divisos qotannis agros colunt; et comiunicatis inter se frugibus, suam cuique partem attribmunt Rusticis aliquid intervertentibus supplicium capitis mulcta est. (Dio., Sic. IV.—44).

(2) Antiqua de stirpe Tagus, Sil. Ital. I 15; Tit., Lib. Tit. XXVIII 21 y 27; Val. Max, IX c. II, pf I.

(3) Sil. Ital. lib. XVI. Corbis y Orsua, príncipes de Ibses, hermanos ó primos hermanos, combatieron así en Cartagena al tiempe de los funerales de Scipión.

Asamblea general, ornado el cuello con rudo torques de oro; administrando patrialcalmente la justicia, vigilando el culto de los dioses domésticos y gentilicios, atendiendo á la administración de aquella especie de sociedades cooperativas que labraban el suelo en comun ó refiriendo al lado del fuego las hazañas de sus antepasados ó las propias. Como rey tomaba parte personal en los combates que comenzaban por el sacrificio de un caballero con su caballo, lidiaba como cualquier soldado entonando el canto de guerra é insultando ó desafiando al gefe de sus enemigos. (1) Como pontífice presidía los sacrificios y sacaba los agüeros á que estos pueblos eran muy aficionados; las piedras oscilantes testificaban de la pureza de las doncellas, la corriente sagrada de un río decidía de la legitimidad de los reciennacidos y servía de *ordalia* en los pleitos (2) las entrañas de las víctimas inmoladas á Neton revelaban los sucesos futuros (3) la fuente divina era consultada en los sucesos más árduos del Estado. (4) La corneja ó el águila volando á la derecha ó á la izquierda descubren el porvenir de la empresa (5) y llegó á decirse *vivir á la Española* para significar estas costumbres (6) y hasta la diosa Ataccina de Turibriga hacía milagros para encontrar los objetos perdidos mediante una oración que nos ha completado Hubner (7).

El poder de estos reyezuelos era muy exiguo el número de sus subditos libres no pasaba de 10.000, Alucio hizo una leva en su gente y no pudo reunir más de 14.000 soldados. La federación por consiguiente se imponía y á veces se obligó por fuerza á entrar en ella á las tribus que habían querido permanecer neutrales.

La tribu no era un orden meramente político sino social. Su dios era un dios sin nombre, *Yun* ó *Yunovis* el dios sobre toda particularidad de los dioses locales ó gentilicios. Los lares son sus hijos, de aquí el culto á las madres *matris gallaicis*, *matribus aucanianis;* del uno y de las otras procedían los dioses de los clanes y cada uno tenía su dios y su diosa en sus fundadores y además tantos como fenómenos naturales despertaban su atención, de aquí los dioses Endovel, Netón, especie de Marte,

(1) T. Liv. Sum. del lib. XLIX; Sil. It. lib. X; L. Flor. II, 17.
(2) Vide la inscripción de Lamas de Moledo, Hub. II, 416.
(3) Strab. III, III, 6.
(4) Pl. XXI.
(5) Pube penæ sagacem. Sil. It. III, 343. Juxta morem patriæ, por consultar el vuelo de un águila. Esp. Sagr. XXX, p. 101.
(6) Cent. nonv. ant. nov. 32.
(7) H. 463.

Erno, Tullonio, Suttonio, Poemana, Ataccina; los ríos, la luna, los árboles y acaso también los animales que servían de emblema á las tribus.

La diferencia de las tribus trajo como consecuencia un rey de reyes, un general de los generales *Megara*, elegido por los otros reyes (1) ó que adquiría esta autoridad por más prudente y esforzado (2) ó al que mostraba más grandeza de alma (3) *regalem animum* y una asamblea federal. Así como la asamblea de la tribu se reunía en el castro principal cobijado por las ramas del abedul sagrado ó en el drunimetón que Estrabón menciona y entraban á componerla los que César llamaba *equites* y *príncipes* y se ocupabu de las cosas de interés comun como la policía de los caminos(4) la de la confederación se juntaba en la capital donde concurría cada una de estas agrupaciones de gentes, declaraba la guerra, hacía las alianzas y la paz y cuando contradecía la opinión pública eran sus diputados quemados vivos en el Senado, como fueron en Bélgida, por no haber declarado la guerra á Roma.

Reuniendo los céltiberos el carácter individualista de los celtas y el socialista de los iberos forman una unidad social y religiosa que aprovechando lo sano de aquellos elementos mediante la adopcion en la familia y la confederación como medio político permanente va preparando la fusión de aquellos elementos con tanto éxito que de una pequeña comarca llega á ocupar la 10ª parte de España que hace populosa y rica (pecuniosa y populosa) presenta ejércitos de treinta mil hombres frente á los romanos, inventa un orden propio de batalla el *cuneus*, una organización militar la *caterva*, compuesta de seis mil hombres, un sistema especial de propiedad que se prolonga por toda la Edad antigua y Media, inicia el Municipio que respetan los romanos, crea una poesía que pasa también á través de la clásica á la Edad Media y amenazaba comprender á toda España porque á la venida de las romanos ya había quien llamaba á *Cástulo* ciudad celtíbera y los egércitos de la confederación se ponían en los límites turdetanos, y que ha formado de tal modo nuestro carácter que es el origen de nuestra nacionalidad.

Con la confederación celtibérica puede decirse que ha nacido el germen de nuestra nacionalidad, que despues no ha hecho más que desarrollarse, importa pues que nos demos cuenta

(1) Tit. Lib, XXVIII, 27.
(2) Sil. It. Lib. XVI.
(3) T. Liv, XXVII, 19.
(4) Tit. Liv. XXVII.

de porqué esta vida que tan vigorosa se anunciaba se paraliza por la venida de pueblos conquistadores, y para esto es preciso que echemos una ojeado á la situación de las razas que aquí estaban ya asentadas y á la de las que aquí solo tenian colonias, y cuyas luchas mercantiles fueron las que inmediatamente provocaron aquellas invasiones.

Los iberos y los celtas se asimilaron por completo en una porción considerable del centro de la península, pero era casi imposible que lo lograran, con los de los extremos, estaban todavia los unos poco cultos, y los otros se habian adelantado demasiado. Fué precisa la mano dc hierro de Roma que los arrancó de sus guaridas y los obligó á vivir en las ciudades para obtener una aparente sumisión de astures, cántabros y gallegos. Fué precisa la enseñanza de los gramáticos griegos y latinos, para que los felices habitantes de la Bética se aficionaran á la nueva cultura. La belicosa Celtiberia era para los pacificos turdetanos demasiado celta, la agricultura Celtiberia, era para los feroces concanos demasiado ibera.

Ella misma no habia constituído ni interior ni exteriormenmente un cuerpo bastante sólido, en las luchas nacionales, con Viriato y con Sertorio, los celtíberos se dividen, uno de sus principales jefes se alista con los suyos entre los romanos porque sus paisanos no habian defendido la honra de su gente.

Y era necesario que estas dos cualidades se conserbaran, la reputación de su brabura hizo que fuera la provincia que impuso por primera vez emperadores al Senado y luego se los nombró de entre sus hijos, sus adelantos en la cultura que llevara á Roma su genio literario y fuera con Quintiliano su maestra y le demostrara con Séneca, que no se tiene todo cuando se tiene el poder material.

Era un pueblo que nacia, pero que era preciso que se educara é iba á decidirse cual de las dos civilizaciones, la oriental ó la clásica era la que debía tenerle por discípula.

Ya los turdetanos, habian recibido la influencia fenicia y los *bástulos*, los enviados de Melkalte habían formado con los naturales una población mixta que dividió á los turdetanos, en turdetanos y túrdulos, pero la influencia griega predominaba en las costas orientales siendo para ellas Sagunto, lo que Cádiz para las del M. Habiendo hallado los griegos por el Ebro camino para el interior (como los fenicios lo habian hallado por el Guadalquivir,) se habian puesto en relación con los celtíberos, y mediante la alianza de las ciudades helénicas españolas con Marsella y las colonias greco-italianas disputaban á sus rivales el comercio del mundo. Ya Argatonio había queri-

do establecer á los focenses en sus tierras, pretendiendo acaso sacar provecho de aquella rivalidad, ya los griegos habian penetrado en la Betica, donde tenían dos ciudades, cuando un peligro mayor si (es cierto lo que refiere Macrobio) (1) amenazó á los gaditanos:" Theron, rey de la España, Citerior como si se sintiese impelido por un furor irresistible á apoderarse del templo de Hercules, aprestó una gran armada, los gaditanos, pusieron tambien en el mar sus naves largas (2) y cuando todavia permanecia indecisa la pelea (3) de improviso incendiandose las naves regias tuvieron las que logaron escapar al incendio que salvarse por la fuga. Algunos prisioneros hechos por los gaditanos, les contaron que les pareció ver en las proas de la flota gaditana unos espectros como de leones que arrojaban de sus cabezas rayos abrazadores como los que pintan en la cabeza del sol que abrasaron de súbito sus naves."

Malos años corrían para los fenicios; su metrópoli había sido destruída por Nabucodonosor, sometidos sus hermanos en Oriente á la servidumbre de los asirios y luego de los persas, se había de aminorar aquella fuente riquísima de sus provechos, mientras se había cegado del todo la de su comercio en Europa. Su desgracia quizá los hizo duros y se produjo una insurrección; los turdetanos y los otros pueblos de la Bética se unieron para arrojarlos del país. A creer lo que nos cuenta Vitrubio (4) debieron llegar hasta desposeerlos de Gades, puesto que lo que dice de la invención del ariete hace verosímil que lo fuera en el sitio de esta ciudad.

¿A quién habían de acudir los gaditanos? Una poderosa república, de su misma gente, se levantaba en las cercanas africanas costas, que venía distutando el dominio del Mediterráneo á las colonias helénicas y que ya, en unión con los tirrenios, habían derrotado á los focenses, impidiéndoles establecerse en Córcega; á ella fué, pues, á la que llamaron en su ayuda.

---

(1) Macrob, Saturnales, Libr. I. cap. XVII., Movers refiere esta narración á la invasión de los fenicios, D'Arbois de Jubainville á la de los celtas, Costa la cree un mito naturalista. Sin negar que como todos los hechos históricos, haya tomado en la imáginación del pueblo algo de este último carácter el fondo tiene las apariencias de real y por sus circunstancias de serlo debe referirse á esta época.

(2) Gaditani venerunt provecti navibus longis.

(3) Adhuc equo Marte existente pugna.

(4) De Architec, Libr. X, cap. XIX.

Cuadro geográfico de la situación de los pueblos que habitaron España á la venida de los cartagineses. (1)

Pueblos ó tribus de procedencia ibérica.

De N E. á S E. Los Cerretanos (Los de la Cerdaña) tocando al Pirineo, los orientales su capital Julia Lybica (Llívia), los occidentales Augusta (Puigcerdá), los Indiketes, Indica (Ampurias). Los Castellani entre los rios Congost y Llobregat (Sebellunum) (Sabadell). Los Ausetanos entre los cerretanos y castellanos, Ausa (Vich), había otros ausetanos *prope Iberum*. Hauseta (Falset). Los Iaccetani, Iacca (Jaca). Los ilergetes, Ilerda (Lérida). Los bargusios (Balaguer). Los Lacetani, Iesson (Manresa), Setelsis (Solsona), Los Bergistani, Bergium (Berga), Los Laletanos, Barcino (Barcelona), Los Cosetanos, Tarraco (Tarragona), Los ilergabones, Ilergabona ó Ibera destruída, Sicana (id.), Dertosa (Tortosa), Hemeroscopium (Uldecona), Los Edetani, Salduba (Zaragoza), Edeta (Liria), Los Contestani, Lucentun (Alicante), Ilorci (Lorca), Ilici (Elche), Dianium (Denia), y más tarde Cartagonova (Cartagena), Los Deitani (Totana), Los Mavitani (Moratalla), Los Mastiani ó Bastitani, Munda bastitania, Mentesa (Sto. Tomé entre Guadix y Cazlona, Basti (Baza). Había otra Bastitania *vergens in mare* acaso equivocación de Bastulia desde el Bétis al Guadiana, Tucci vetus (Tejada), Los Bástulos desde Varea (Vera) hasta el

(1) No se señalan sobre el mapa porque este es el trabajo que deben hacer por sí los que con algún fruto quieran dedicarse á estos estudios, acompañando siempre el de cada época con el trazado sobre mudos de la comarca en que se verifican los sucesos y marcándolos con puntos y líneas y otros signos convencionales.

estrecho, Malaca (Málaga). Los turditani (habitaban toda la Bética) se llamaban también turduli, algunos los distinguen dando á estos las costas desde el cabo Trafalgar al Bétis y desde las Alpujarras al Guadiana en cuya orilla izquierda habitaban la Beturia turdula, Córduba (Córdoba), en la Lusitania los turdulos viejos que tocaban con la orilla izquierda del Duero y tambien en la banda superior del Guadiana pues Mérida era ciudad de túrdulos. La Turdetania llamada también Tarteside comprendia en la Bética desde el rio Guadajoz hasta Cádiz y la Turdulia desde Córdoba hasta Jaen. En la Lusitania ocupaban los turdétanos desde el Guadiana al cabo Espichel donde estaba Salacia (Alcacer do Sal) desde el Guadiana al Tajo y los Cynetes ó Cunetes (los Argarbes). Las ciudades principales de la Turdetania eran Gades (Cádiz), Hispalis (Sevilla), Astigi (Ecija) &. Los Oretani, al N. de las Alpujarras y al S. de los carpetanos y celtiberos), Oretum (1) ruinas junto á Sta. María de Zuqueca, Cástulo (Cazlona). Los Carpetani. (Las provincias de Toledo y Madrid), Toletum (Toledo), Complutum (Alcalá).

Pueblos ó tribus de procedencia céltica.

Los Vasconi (parte de Navarra, Castilla y Aragon), Calagurris Nasica (Calahorra), los Varduli, (la Guipúzcoa) Tritium tuboricum (Motrico). Los Cántabri, Cántabros, al O. de los vascones y al E. de los astures y al M. los turmogos), Concana (Infiesto), Brigantia, luego Juliobriga, (Retortillo).

Los Turmogos ó Burmogos (los de Burgos) Sisaraca (Castrogeriz) Ambisna (Pampliega) Brabum (Burgos). Al E. de los cántabros y de los turmogos, los autrigones (la parte de Vizcaya donde está Bilbao), Uxamabarca (Osma), Antecusa (Pancorbo). Al M. de los autrigones los Berones, su capital Varia (Varea), Los Astures divididos en muchas gentes, su capital Asturica (Astorga) Bergidum Flavium (Villafranca del Vierzo) Interamnium (Ponferrada) Intercatia (Oviedo). Los galaicos que los romanos dividieron luego en lucenses y bracarenses, y quo se dividían en muchas tribus. A los primeros pertenece su capital Lucus Augusti (Lugo), Iria (el Padron), Celenis (Caldas del Rey) á los segundos Bracaria (Braga) su capital, Tudæ

(1) Oretum germanorum. Esto parece indicar que acaso los oretanos eran celtas, por lo menos no iberos, advenedizos.

(Tuy) Forum Narbasorum (Braganza). Los tierras al interior de estos las tenían los Vaceos con Itercatia (Villagarcía), Pallantia (Palencia), Segisama (Amaya), Cauca (Coca), Pintia (Valladolid). Los Lusitani (entre Duero y Tajo) Scalabis (Santarem) Ebura (Ebora), Olisipon, (Lisboa), Calle (Oporto). Los lusitanos orientales son los Vettones. Salmantica (Salamanca). Lancia opidana (Lamego) Cottæobriga (Ciudad Rodrigo) Deobriga (Bejar). Por bajo de los lusitanos habitan los célticos. Lagobriga (Lagos), Arannis (Monchique.)

Tribus celtíberas.

Los Celtíberos propiamente dichos Turiaso (Tarazona), Bilbilis (Calatayud), Alaba (Albacete) Libana (Montalban) Medulum (Molina),&. Los Olcades con su capital Altheia (Alconchel) que llegaron á fundirse con ellos. Por bajo de las celtíberos orientales estaban los lobetanos, Lobetum (Cuenca). Al oriente viniendo de N. á S. los pelendones ó belendones, Segeda (cerca de Canales). A S. de los pelendones y de los berones, los arebacos Clunia (Coruña del Conde), Numancia, Volcia (Calatañazor). &., los que Estrabon llama celtíberos quoque orientales desde el Idubeda á las fuentes del Tajo, los lusonones (linguones?). Su capital Lesos (Lechon) destruída, Segobriga (Segorbe).

Pueblos que tenían colonias en España.

Los ligures. (1)

Ocuparon desde el Ródano hasta Emporión (2) se establecieron á las orillas del Sicano (Cenia) (3) y se dice que dieron

(1) En la época „ que se refiere este cuadro ya habían sido arrojados ó se habían mezclado con los iberos, por eso ponemos á nombre de estos los territorios que se dice haber ocupado. Tzetzes, intérprete de Sicophon habla de estos ligures mezclados con las iberos.

(2) Silax, post Iberos secuuntur Ligures et Iberi mixti usque ad Rhodanum fluvium. Rufo F. Avieno nos presenta la costa ligúrica despoblada de colonos porque los Celtas con sus guerras los habían expulsado, teniendo que refugiarse á las montañas, pero añade que tras algunos años volvieron á buscar la orilla de las aguas.

(3) Thucydides, Guerra del Pelop, Libro VI, n. 2; Dion Hal. Antig. Rom. Lib. I, cap. XXII; Ruf. F. Avieno Oræ Marit. v. 130 y sig.

nombre al lago ligustino, donde según Estephano Bizantino, fundaron una ciudad (1).

Los fenicios.

Las colonias fenicias se extendian por toda la costa meriodanal de España desde el Promontorium sacrum al Charidemum. penetrando al interior por los esteros y rios navegables y siendo las principale: de O á E Ossonoba (Faro), Onuba (Huelfva), Olotingi (Gibraleón), Urium (Moguer) (en la ria de Huelva ormada por el Tinto y el Odiel); en el Guadalquivir (á más de) otras muchas menores), Hispal (Sevilla), Corduba (Córdoba) y aun hay indicios de que las hubo más allá; en los esteros á que dió nombre Asta (Mesa de Asta), Nebrissa (Lebrija); en el Guadialamar Menoba (Aznalcázar) (2), Gades (Cadiz) en la isla de su nombre; en la costa bastulo-fenicia Melaria (Val de Bacas ó Tarifa);Carteia (Torre de Cartagena): Calpe, (Gibraltar),Barbesula (destruida), Salduba (Marbella), Suel (Fuengirola), Malaca (Málaga), Menoba (Velez Málaga), Sextifirmio (Torrox), Sex (Almuñecar) (3), Selambina (Salobreña), Exoche, Abdera (Adra), Virgí (Portus Magnus), (4) Urcí (Aguilas) esta ya fuera del promontorio charidemo.

También parece que estuvieron algún tiempo en las Baleares pero en el de que tratamos ya habían sido arrojados de ellas por los griegos. También según R. F. Avieno en la Ophiusa.

Los griegos.

Las colonias griegas ocupaban las costas del Mediterráneo desde el Promontorium Charidemum al Promontorium Templi Veneris, siendo sus principales colonias del N. al S.: Rhoda (Rosas) en la desembocadura del Thychis, primero colonia de

(1) Las palabras de R. F. Avieno Fr. 283-285 no autorizan á creer que fuera la isla Mayor del Betis.

(2) Como se ve hay dos ríos y ciudades de este nombre, esta en los turdetanos y otra en la costa de Málaga.

(3) Así Florez, Ocampo, Motril, Vedmas, Velez Málaga.

(4) No creemos que se pueda reducir á Almería que no existía entonces, penetrando el golfo hasta cerca de Pechina que todavía en tiempo de los árabes daba el nombre á la Cora (Cora de Bachana) á pesar de ser ya Almería una de las ciudades más importantes del califato.

rodios(1) luego de los focenses de Marsella. La primera colonia de estos últimos fué Emporiæ (Ampurias) situada al principio en las islas Medas y después en la costa formando con Indica una diospolis ó ciudad doble. Luego fundaron en el seno sucronense á Hesmerocopium (La Rapita),(2) por donde por el Ebro se ponían en comunicación con los celtas berones. llegando hasta su capital Varia (Varea); Chersonesus (Peñíscola) Oleastrum (Estida) y Artalias (Artana), y Sagutum (Sagunto) que se atribuye á los griegos de Zante y que al principio debió ser también una ciudad gemina. Hay quien también da procedencia griega, sino ha sido seducido por la semejanza del nombre á los mediterráneos olcades, *olcades quasi arcades*. A la entrada del seno ilicitano Dianium ó Arthemisium (Denia) Alone (Guadamar) y Honosca (Nusia) todas procedentes de Marsella y ya en la Bética á Menaca (Punta de la Mona), y Ulisea (Ujíjar). Tambien se habían apoderado de las dos Baleares á que dieron el nombre de Gimnesias. Se atribuyen también á los griegos colonias en las orillas del Atlántico. P. Mela dice: á Durio ad Flexum Grovii ó Gravii; Plinio supone que estos eran descendientes de los griegos; Heleni, Gravii Castelum Tyde, græcorum soboles omnia; Silio Itálico avanza á hacerlos de la casa de Diomedes.

Et quos nunc gravios, violato nomme Graium,
Oenæque misere domus Aetolaque Tyde

Estas autoridades excelentes en sí mismas son bastante tardías y se hacen bastante sospechosas de haber copiadó las fábulas de Asclepiades Mirleano, sobre todo cuando tienen en contra la mejor para esta época, la de Polibio.

Las de Trogo Pompeyo y Estrabon que añaden que muchas de las costumbres de estos supuestos colonos tenían semejanza con los espartanas vienen á desvirtuarse por la adición, pues sabemos que cuando los celtas vinieron á España, ya habían estado en contacto con los helenos y que aquí lo estuvieron de contínuo. No es posible afirmar la venida de los expugnadores de Troya, y aun el establecimiento de los griegos en las costas gallegas despues del establecimiento en ellas de los celtas y del viaje de Pitheas de Marsella aunque posible nos parece todavía muy dudoso.

---

(1) Hanc quidem qui prius pollebant condideruntRhodii, post quos obtinuerunt Phocenses qui Massiliam condiderum; Scymo de Chio v. 203.

(2) La señalamos en este sitio por su proximidad debiendo haber quedado sumergida en los esteros de los Alfaques, pues como dice F. R. Aviено: Habitata pridem hiccivivitas, nunc jam solum vacuum incolarum languido stagno madet.

Cuadro cronológico de este período

Años a. Jc.	Fenicios	Iberos	Celtas	Griegos	Cartagineses
1500 á 1010	Venida (2)	Venida (1)			
1001 á 976		Flotas de Tharsis (3)			
764				Coleo en Tartesio (4)	
764 á 600			Venida (6)	Fundación de Sagunto; los rodios en las Baleares y Cataluña (5)	
600 á 555			Confederación celtibérica		
555				Los focenses de Asia en la corte de Argatonio (7)	Colonia en Ibiza.
555 á 543			Derrota de Teron	Colonias de los focenses de Marsella (8)	
543		Los iberos se apoderan de Cádiz			Venida de los cartagineses á la Peninsula.

(1) No es posible fijar su fecha ni aun con la más ligera aproximación; sabemos sólo que es muy anterior á la de los fenicios, pero la de estos mismos es muy insegura.

(2) En primer número concierta con la opinión de los que suponen que Arquelao, sobrino de Cadmo, fué el fundador de Cádiz, pues según los mármoles de Arondel, la llegada de Cadmo á Grecia coincide con el reinado de Anfiction, segundo rey de Atenas (1585-1573), y conforma también con la inscripción hallada por Procopio cerca de Tánger, esto es, con la conquista de la Palestina por Josué (1605-1580) El segundo se toma de Estrabon, que pone (libros I y II), la fundación de colonias fenicias más allá de las Columnas y en las playas de Africa, poco después de la guerra de Troya, y de Boco, que la pone 200 años después de esta guerra.

(3) Eran enviadas por Hiram y Salomón; éste reinó de 1001 á 962, y aquél de 1040 á 976.

(4) Herodoto, libro IV, dice que la dedicación de la copa que Coleo mandó construir con parte del dinero adquirido en esta expedición, fué cuando los habitantes de Teva enviaron á la Cirenaica una expedición al mando de Bato (764 a Jc)

(5) No es posible admitir la fundación de Sagunto 200 años antes de la guerra de Troya, en que la pone Boco Los rodios tuvieron el imperio de mar en el siglo IX, por lo cual acaso puede adelantarse algo la fecha de su venida á España.

(6) Según Herodoto, que escribió en el siglo V, los celtas ocupaban ya el O. de España.

(7) Con el dinero que les dió Argatonio repararon las murallas de su ciudad, sitiada por el ejército de Ciro, y éste reinó de 560 á 530

(8) La fundación de Marsella, según T. Livio (libro V, cap. XXXV), y Justino (libro XLIII), es coetánea al reinado de Tarquino Prisco, esto es, próximamente. J. Higino y A. Gelio la ponen en el de Servio Tulio y más de 600 después de la venida de Eneas á Italia, lo que nos llevaría á los 550 antes de Jesucristo.

LOS PUEBLOS CONQUISTADORES

LOS CARTAGINESES

En el ancho golfo formado por los cabos Bueno y Zibib, y en una península pequeña poco distante de Tunez y de Utica, cuyas ciudades podían alcanzarse á ver desde lo alto de sus murallas, estuvo situada Cartago, *Kartha Hadath*, la ciudad nueva que llegó á fundar el mayor imperio marítimo que conoció la antigüedad y á disputar á Roma el imperio del mundo.

Cuenta la tradición que Elisa ó Dido (la viajera) huyendo de su hermano Pigmalión que había hecho asesinar á Siqueo su marido por apoderarse de sus riquezas, abordó á las costas de Africa, compró á los naturales el espacio que pudiera ocupar la piel de un buey y partiendo á ésta en tiras muy delgadas rodeó el espacio en que se levantó Birza, la Cartago primitiva y la acrópolis de la nueva (que no tardó en estenderse por el llano formando lo que se llamó Megara á la que llegaron á rodear murallas de veinte y tres millas de circunferencia. No todos están conformes con esta tradición que estiman fabulosa y no falta quien crea que Cartago estaba fundada á la llegada de Dido y hasta señalan por sus fundadores á Carchedo y Zoro nombres griegos y fenicio de Cartago y Tiro lo que es sustituir una pretendida fábula con otra todavía más inverosimil, Tampoco están conformes los autores con la época de la fundación de esta ciudad, Apiano cree que lo fué cincuenta años antes de la toma de Troya, V. Paterculo sesenta y cinco antes de Roma, Justino setenta y dos y T. Livio noventa y tres.

Desgraciadamente han perecidos las obras de los historiadores cartagineses; de los griegos Herodoto solo trae de ella algunas noticias por incidencia, Aristóteles en su Política estudió y encomió la Constitución de Cartago. También Polibio nos dió preciosas noticias acerca de su constitución y publica documentos auténdicos por los demás historiadores ignorados, Diodoro de Sicilia nos refiere sus guerras con Siracusa aunque escasa é inexactamente. Entre los latinos Tito Livio y Apiano además de limitarse á copiar á Polibio no se ocupan

mas que de las guerras con las preocupaciones propias de romanos y Justino aunque tomó sus informes de Teopompo y de Timeo no nos ha dejado sino incompletas y escasas noticias.

La política de los cartagineses en Africa consistió al principio en atraerse y civilizar á los pueblos africanos como los libios, los masilios que se dejaban crecer los cabellos hácia la sien derecha cortándoselos por el lado izquierdo; los Zancios cuyas mujeres guiaban los carros de guerra y los Gizantos que se pintaban con minio y se alimentaban de carne y de mono y miel. Establecieron colonias entre ellos, consiguieron sujetarlos y mezclando su sangres dieron orígen á los libio-fenicios. Para proveer la ciudad fundaron colonias agrícolas en la Zeugitana y Bizancena, y para Impedir que se sublevaran las impidieron cercarse de murallas. Polibio vió los alrededores de Cartago cubiertos de jardines y árboles, de canales para el riego, de casas de campo sombreadas de olivos y de viñas y rodeadas de prados, y Catón para pedir la destrucción de la rival de su patria enseñaba frescos los higos recogidos en los jardines de Cartago. Los principales magistrados y los más ricos ciudadanos se ocupaba de la agricultura y Magon escribió sobre ella un tratado que fué la única obra que se reservaron los romanos. Sin embargo, la principal fuente de su riqueza fueron el comercio y la industria. Pero para conocer bien su sistema de colonisación, su grandeza y decadencia, precisa conocer primero su constitución social, política y religiosa.

Aristoteles estimaba como las mejores contituciones que había conocido la de los cartagineses y la de los espartanos. Sus primeros habitantes trageron probablemente de su país natal una monarquía templada, pero la aristocrácia ó más bien la plutocrácia, no tardó en prevalecer. Dos sufetas gefes del gobierno presidían al Senado. Eran elegidos entre todos los ciudadanos y tenían el poder judicial, pero no mandaban los ejércitos. Componían el cuerpo legislativo *sugeltos* todos los aristócratas y ciento de éstos formaban la secretaría *gerusia* consejo egecutivo, tribunal supremo del Estado que al fin acabó por apoderarse de todos los negocios. El senado se dividía en secciones de quindeviros ó pentarcas que trataban de objetos especiales y elegían los miembros de la gerusia. El *Sanhedrin* compuesto del gran Consejo y del Consejo privado trataba de los negocios exteriores de la paz y la guerra y de las rentas. En las deliberaciones de los sufetas con el Senado debían de estar de acuerdo con el Sanhedrin aristocrático sino había que apelar al pueblo. Este no votaba las contribuciones

ni elegía á los magistrados como no fuera á algunos inferiores ni egercía el poder judicial por medio de tribunales populares. Se castigaban los delitos con penas horribles como la crucifixión, la mutilación, ser aplastado entre piedras ó pisoteado ó devorado por las fieras. Con el fin de impedir los abusos de la autoridad de los generales se nombraron los *centumviros*, parecidos á los éforos de Esparta, pero que no se sacaban á la suerte sino se elegían por su mérito y riqueza.

Realmente esta era la que decidía de todos los empleos porque siendo estos honoríficos y gratuitos y obligando muchos á grandes gastos sólo los ricos los podían desempeñar.

Más que gobierno de un Estado parece el de Cartago la dirección de una vasta empresa mercantil. A esto obedecía todo su sistema de colonisación. Sus colonias eran factorias adonde enviaban á los habitantes más pobres para que se enriquecieran mediante el monopolio pero les prohibían cultivar los frutos de que podía proveerlas la madre patria y las mantuvieron siempre en aquel estado de debilidad que hace imposibles las revoluciones.

Las conquistas eran también para Cartago una especulación. No las hacía mas que por el provecho que de ellas pudiera obtener, Sus egércitos no estaban compuestos en su mayoría de ciudadanos sino de mercenarios. Sus generales sabían á punto fijo lo que costaba un soldado griego ó un africano, y así comparando el gasto con el producto que pensaban obtener hacían el cálculo de la conquista. Cuando concluían la guerra rescataban á los prisioneros y pagaban los gastos con el botin obtenido. Sus tropas compuestas de individuos de todos los pueblos no era facil que se entendieran para sublevarse, pero les faltaba la disciplina y nos la ligaba el sentimiento del honor y del amor patrio.

La caballería, por ser costosa, se componía de nobles cartagineses que se ponían un anillo par cada campaña que habían hecho y había además una legión sagrada, compuesta de ciudadanos lujosamente armados. Los generales, cuando triunfaban, eran honrosamente recibidos pero si eran vencidos no les esperaba mas que una mnerte ignominiosa.

Una nación mercantil como Cartago que aspiraba á arrojar del Mediterráneo otras potencias que tenían flotas militares, necesitaba de una armada formidable y en efecto la creó. Usaba primero naves de tres órdenes de remos, cuyas dimensiones aumentó en tiempo de Alejandro, llegando á construirlas durante las guerras púnicas de cinco y de siete órdenes con las popas adornadas con sus dioses marítimos, Poseidón, Tritón y los

Cabires. Un barco de cinco órdenes de remos llevaba 120 soldados y trescientos marinos, por lo cual eran muy veloces en las maniobras; los remeros eran esclavos. Respecto de su número, baste decir que pudieron auxiliar á Jerges con dos mil naves de mucha eslora y tres mil de transporte (1), Pero el senado cartacinés no trataba á sus almirantes mejor que á sus generales: Anibal, vencido por primera vez en el mar por los romanos bajo el cónsul Duilio, no pudo escapar de la muerte, sino embiando un emisario que le preguntara: "El cónsul romano manda una escuadra numerosa, pero de naves muy mal construídas y con ciertas máquinas desconocidas hasta ahora, Anibal os pregunta si debe dar la batalla. Que la dé, respondieron los sufétas y que castigue á los romanos por habernos atacado en nuestro elemento.—Y el enviado replicó.—La ha dado y la ha perdido pensando como vosotros."

Esta crueldad egoista que mancha la civilización cartaginesa, se muestra también en su religión. Esta parece una mezcla de la fenicia y de la de los pueblos conquistados. Daban culto principalmente á Bal-Moloch al que profesaban tanta veneración, que no se atrevían á pronunciar su nombre, designándolo con sus calificativos, El Eterno, el Antiguo y en el que adoraban al Sol como poder generador pero su estatua como la del de Tiro tenía los brazos de metal abiertos y un horno en el pecho á donde se arrojaba á los niños. Cuando los venció Agatodes, creyendo irritado al dios porque en vez de niños bien nacidos se les sacrificaban comprados, sacrificaron doscientos de las familias más ilustres y el mismo Anibal al saber mientras guerreaba en Italia que su propio hijo había sido designado para el sacrificio anual se limitó á exclamar: "Yo preparo á los dioses sacrificios que le serán más aceptos." Al dios varon asociaron la diosa Astarté á la que cansagraban un culto voluptuoso; ante sus altares se prostituían las doncellas y el dinero se guardaba para su dote. A estos dioses seguía Melcarte el dios de la ciudad á quien daban culto encendiendo grandes hogueras y enviando presentes á Tiro. Daban también culto á los Cabires de los que Peon, médico á quien se atribuían curas maravillosas. logró que su templo fuera redificado por los romanos, á Elisa, en cuya presencia celebraban las asambleas, á los hermanos Filenos, cuyas aras señalaban los confines entre Cartago y Cirene y tomaron de los livios la adoración á los vientos, al fuego, al aire y la tierra, de los sicilianos á Ceres y

(1) Diodor. XI=20.

á Proserpina y de los Sardos á Yolao, sobrino de Hércules. En toda su religión dominaban imágenes feroces y sombrías, abstinencias voluntarias, torturas, consejos nocturnos en la oscuridad, supersticiones atroces y disolutas que degradaban el alma. ¿Cómo no habían de ser los cartagineses duros, serviles, egoistas, sin fé ni piedad cuando cerraban su corazón á las emociones generosas el culto, la aristocracia mercantil y lo que formaba el fondo de su carácter el amor al lucro. Tan cierto es que no pueden vivir los pueblos ni los individuos, porque se degradan hasta la béstia, cuando solo persiguen fines egoístas y esclusivos.

En los tiempos en que vamos á ocuparnos, era ya Cartago una potencia en apariencia formidable. Su capital dividida en tres distritos; el puerto militar abierto artificialmente y que podía contener doscientas naves de guerra y dividido por la isla de Cotón que le daba nombre y que comunicaba con el puerto mercantil, cuya entrada se cerraba con cadenas de hierro; la ciudad nueva llamada Megara, cercada por una muralla que era triple en muchos sitios, cubierta de magníficos edificios, de jardines, de acueductos y canales; el barrio interior defendido por muros de treinta codos, con muchas torres en las que se apoyaba un edificio en cuya piso bajo se alojaban 300 elefantes y cuatro mil caballos, de los que en el superior estaban los almacenes, los forrajes y los equipos, y sobre todo esto se alzaba la acrópolis ó la ciudad antigua. Aliada, ó más bien ejerciendo una verdadera heguémonia sobre las otras colonias fenicias del Africa entre las que Utica ocupaba el segundo lugar, perfectamente cultivado su territorio mediante colonias agrícolas con las que había llegado á asimilarse los naturales hasta el territorio comprendido entre la grande y la pequeña Sirte, donde hoy se asienta la Regencia de Tunez, habitado por los Lotófagos y los Nasamones, pueblos incapaces de civilización pero que le servían de intermedio para el comercio con el interior y de barrera contra la colonia griega de Cirene, sus miradas debieron fijarse en las opuestas costas del Mediterráneo. Para Cartago la colonización era una necesidad. Con ella se descartaba del exceso de su población, alimentaba y alejaba á los ciudadanos pobres, impidiendo las rebeliones de la demagogia y evitándose la cuestión social que trabajó á todas las antiguas repúblicas, daba salida al exceso de sus producciones agrícolas, se proporcionaba primeras materias baratas para sus industrias y llenaba las arcas de su erario con las contribuciones que les imponía. Verdaderas factorías de una negociación en que la aristocracia cartaginesa era la razón social, al principio no

se propuso ocupar más que las islas. Su primer estoblecimiento en España fué en Ibiza, que según Diodoro Sículo, data de ciento sesenta años después de la fundación de Cartago, lo que nos lleva á fines del siglo VIII, a. J. C.

Aquí fundaron á Ereso pero se encontraron ocupadas las otras dos Baleares por los rodios. También ocuparon en Italia á Cerdeña y acaso á Córcega, pero se encontraron dominando al Mediterráneo á los tirrenos y tratando de dominarlo á los griegos y especialmente á los focenses. Aristóteles (1) nos dice que celebraron con los primeros muchos tratados. Los segundos, atacados por los persas en el Asia Menor, tuvieron en parte que emigrar colonizando la Sicilia y la Italia, fundando en la Galia la poderosa colonia de Marsella y acaso otras en las costas orientales de nuestra península. Los focenses habían tratado de fundar una colonia en Cerdeña. Fueron los primeros que entre los griegos tuvieron naves largas, es decir, una verdadera marina militar. Uniéronse etruscos y cartagineses contra estos nuevos rivales en el dominio del Mediterráneo, reunieron entre unos y otros 60 vageles, los focenses aceptaron el combate con fuerzas iguales, pero habiendo perdido 40 buques en ella, se retiraron con los otros veinte muy maltratados y abandonaron la isla al vencedor (550 a. J. C.) (2). También arrojaron á los rodios de las islas de Mayorca y de Menorca, aunque no podamos precisar cuando.

En este periodo del mayor poder de Cartago, (3) esta república encargó á dos de sus almirantes dos expediciones una al O, á Himilcon, á las costas occidentales y septrentionales de Europa y otra á Hannon á las occidentales y meridionales de Africa, llevando gente y provisiones para establecer colonias y ambos escribieron sus respectivos periplos. El primero se ha perdido pero sabemos que lo utilizó, ó al menos un extracto Rufo Festo Avieno. Del segundo que se colocó en el templo de Juno ó de Saturno (4) se conserva una traducción griega que tradujo al castellano el Conde de Campomanes. Llegó Hannón hasta el *Cuerno del Mediodía* ó Cabo de Tres puntas, donde comienza el Golfo de Guinea, donde en una isla (Ichoo?) aprehendieron dos de sus habitantes que tomaron por mujeres, á que llamaron gorilas y que eran dos ejemplares de monos antropomorfos Dejaron además establecida en Cere una colonia. Herodoto, (5)

(1) Polit. III=9.
(2) Herod., Hist., libr. I.
(3) Plin. Lib. II cap. LXVII.
(4) Plin. Lib. VI, cap. XXXI y Solino cap. LX dicen que en el de Juno.
(5) Libr. IV.

nos dice que traficaban en estos parajes recibiendo oro y plata á cambio de sus mercancías. Los cartagineses desembarcaban éstas en la plaza y se volvían á sus naves, desde donde hacían señas á los naturales, que dejaban en el mismo sitio la cantidad de oro ó plata en que los estimaban. Volvían los cartagineses y si no hallaban justo el precio, se volvían á embarcar y los negros aumentaban más cantidad de oro hasta que los cartagineses quedaban contentos.

Ya hemos visto que los gaditanos pidieron auxilio á Cartago y que con su ayuda vencieron á los naturales; ó se apoderaron de sus colonias ó por lo menos ejercieron sobre ellas una heguémonia parecida á la que tenían sobre las africanas y que los fenicios no hubieron de resistir mucho, no pudiendo esperar ayuda de la madre patria ni oponerse por si solas á la invasión de las griegas que desde la focense Marsella se extendían por todas las costas de Cataluña y Valencia. Entonces fué cuando probablemente se destruyeron por los cartagineses las colonias griegas andaluzas de Menace y Ulisea.

Unidos con los persas por un interés común, lucharon á su lado contra los griegos y fueron derrotados por los sicilianos al mismo tiempo que los persas por los griegos continentales. Pero no por eso abandonaron sus proyectos sobre la Sicilia. Decadentes ya los etruscos, y Roma ya á la cabeza de la liga latina celebraron con ésta dos tratados que nos ha conservado Polibio. En el primero, firmado el año mismo de la expulsión de los Tarquinos, se estipula: 1.° Que los romanos y sus aliados no navegaran más allá del cabo Bello sino fueren ocligados á ello por la fuerza de la tempestad ó de los enemigos y si se vieran en este caso no comerciaran ni tomaran cosa alguna excepto lo necesario para reparar las naves y para los sacrificios, y no podrán permaneeer allí más de cínco días. 2.° El que vaya á comerciar á Cartago no pagará más contribución que los derechos del pregonero y del escribano y todo lo que se venda delante de éstos tendrá fé pública para el vendedor ya sea hecha la venta en Africa ó en Cerdeña. Si un romano llegare á la parte de Sicilia sometida á los cartagineses gozará de los mismos derechos. 3.° No harán ninguna injuria los cartagineses á los habitantes de Ardea, Ancio, Laurento, Circeos, Terracina, ni á ningún latino que obedezca á los romanos. Respetarán tambien las tierras que no dependan de ellos, y si se apoderasen de ellas se las devolverán á los romanos sin daño alguno. No construirán castillo en tierras de latinos, y si entraran armados no pasarán la noche en ellos. (509)

En las guerras sostenidas por los cartagineses para apode-

rarse de Sicilia con una tenacidad verdaderamente aristocrática alistaron soldados españoles que dieron alli pruebas de su bravura. En los sitios de Salinunte y de Himera, abierta la brecha se precipitaron en estas ciudades apoderándose de ellas y llevando por todas partes el terror y la ruina, y cuando en tiempo de Dionisio el Antiguo habiendo desolado la peste el ejército de Cartago, sus generales con una vileza y mala fé verdaderamente púnicas, hicieron un tratado con Dionisio mediante el cual habiendo recibido la suma de 300 talentos, salieron sus tropas durante la noche abandonando al enemigo todos los extranjeros que militaban con ellos; solo los españoles, en vez de rendirse como los demás á discreción, sólos entre todos, como dice Diodoro de Sicilia, formando un escuadrón con las armas en la mano se encaminaron al enemigo pidiendo capitulación. Dionisio hizo con ellos un tratado y los alistó entre sus estipendiarios. Como se ve los cartagineses acostumbraban á enviar gentes de sus diversas posesiones á que militasen en otras. Este origen puede que tenga la frase *bástulos penos* los africanos *enviados* á guarnecer las colonias litorales españolas, mientras que como veremos más tarde se enviaban españoles á guarnecer sus posesiones africanas; acaso en otro sentido se empleó lo de *bástulos fenicios*, los fenicios *enviados* por el oráculo y que se asimilaron y casi se confundieron con los naturales.

Cuando Pirro desembarcó en Sicilia para combatir á los cartagineses, amenazando á la Italia continental al mismo tiempo; romanos y cartagineses, hicieron un nuevo tratado en que se estipulaba que ninguno de los dos pudiera tratar con los epirotas sin el concurso de la otra y que Cartago en caso de necesidad suministraría naves pero no desembarcaría sin el permiso de Roma.

Hasta ahora Roma y Cartago han tratado bajo un pié de igualdad y más que como enemigas como aliadas aunque recelosas, pero no tardó en cumplirse la predicción de Pirro al abandonar la Sicilia ¡Hermoso campo de batalla para cartagineses y romanos! Vencidos los primeros en la primera guerra púnica no tardó en sobrevenirles, como era de esperar otra más funesta la de los mercenarios, á quienes no se pagó y á los que se unieron los númidas y las colonias africanas á las que se subieron los tributos. Vencida también ésta por la pericia de Amilcar el partido aristocrático mercantil representado por Hannon, para deshacerse de el que representaba el militar y popular le envió á hacer la guerra á los númidas, buscando que en ella pereciera. Triunfó por el contrario y conquistó hasta

el Oceano toda la costa. De allí trajo mumerosas bandas de númidas y de mauritanos y no teniendo con qué alimentarlos, y buscando el desquite á las derrotas pasadas los llevó para dominar la Iberia, de donde se proponía sacar recursos de hombres y de dinero. El Senado de Cartago, hizo que no lo echó ver, esperando ó que pereciera libertándose así de un enemigo ó que si vencía recurriría para sostenerse á la escuadra de Cartago y tendría que cederle el fruto de sus conquistas. Así pues, Amilcar obraba casi por cuenta propia. Lo que se proponía con ello, bien claro nos lo dice el haber hecho jurar á Anibal, niño entonces de nueve años, ante los dioses en una de aquellas ceremonias nocturnas tan propias de la tétrica religión cartaginesa, odio eterno á los romanos.

Durante nueve años, dice Polibio, hizo suyas muchas ciudades, cuales por fuerza, cuales por persuación; multi populi subacti qua bello qua oratione. Comenzó por los turdetanos, los que de estos no quisieron someterse llamaron en su auxilio á los celtas que acudiendo bajo las órdenes de Istolacio fueron derrotados, alistando Amilcar en su ejército tres mil que quedaron prisioneros. Peor suerte tuvo Indortes, que con cincuenta mil celtas se dice que vino á combatirlo. Pues derrotado también y prisionero, el general cartaginés le hizo sacar los ojos y colgarlo de una horca. Sugetados los tartesios, estableció en las costas del reino de Granada los bastulospenos, ocupó la Contestania, hoy reino de Murcia, y penetrando en la Edetania donde los saguntinos alarmados, le enviaron embajadores, después de haber edificado en las crestas del Idubeda á Libana, que los griegos tradujeron Acra Leuce y los romanos Castrum Album (escrito por error de los copistas Castrum Altum) hoy Montalban y en los ilergabones á Cartago Vetus, hoy Cantavieja (que nuestros historiadores han confundido con la anterior) ambas á la banda derecha del Ebro, á Laxta en los lusones cerca de Hinojosa, á Osikerda (Mosqueruela) en los edetanos y en ellos también á Etovisa (Benifazá, célebre por el sueño de Anibal y la muerte de Sertorio) formando así en la derecha del Ebro, apoyada en el Idúbeda, una línea de plazas fuertes que pusieran á cubierto sus conquistas, acaso abanzó más por el Oriente hacia el N. y fundó á Barcelona. Tenaz en su propósito de llevar á Italia sus armas (1) empezó una serie de tratos con los gefes galos, pero habiendo llegado esto á oidos de los romanos ó excitados por las ciudades griegas que se veían amenazadas esti-

(1) Si diutius vixisse Amilcare duce pæni arma Italiæ intullissent T. L. Lib. XXI, cap. I.

pularon un tratado con los Cartagineses, fijando el Ebro como la divisoria de los paises á que debía extenderse su influencia, pero quedando también Sagunto bajo la protección de los romanos, aunque estaba de la banda acá. En nueve años que gobernó, empleando unas veces la severidad, mostrándose otras generoso, como cuando dió libertad á diez mil prisioneros, no solo restableció los antiguos intereses que tenían los cartagineses en la Bética, como dice Polibio, sino que como asegura Cornelio Nepote, enriqueció á su patria llenándola de hombres, de caballos y de dinero, y eso que tenía que dividir en tres partes el botín, una distribuía á sus soldados para mantenerlos adictos, otra que enviaba al Senado y otra que distribuía entre las principales cabezas del gobierno de Cartago para ganárselos de este modo. Acaso hubiera anticipado las empresas de Anibal, pero habiéndose insurreccionado los celtíberos ó edetanos de Helia ó Velia (Belchite) vino á sugetarlos, colocó sus reservas en Akra Leuce y emprendió el asedio, Orison, uno de los régulos de los celtíberos, acaso bajo apariencia de favorecerlo, le hizo levantar el sitio y colocados los dos ejércitos en batalla, Orison colocó en su vanguardia unos carros cargados de madera á la que pega fuego, los bueyes irritados por el calor se precipitan contra el ejército enemigo, espantan á caballos y elefantes, cargan los escuadrones celtíberos y el ejército cartaginés queda derrotado y muerto Amilcar, después de haber peleado valerosamente haciendo célebre á Acra-Lence *cæde magni Amilcaris*, á quien la mayoría de nuestros historiadores hacen morir ahogado en el Guadiana. (1).

Sucedió á Amilcar en el mando de España su yerno Asdrubal, no sin oposición de los Edos y de su gefe Hannon, gefes del partido aristocrático, rival del militar de los Barcas, acaso por miedo de que aprovechando sus fuerzas y el favor de los plebeyos aspirara á la tiranía y habiendo conseguido, no tampoco sin dificultades, la venida de su cuñado Anibal, á quien se quería retener en la ciudad bajo pretesto de que se educara en la igualdad republicana, le nombró gefe de la caballería. Con un ejército de cincuenta mil infantes, seis mil caballos y doscientos elefantes derrotó á Orison y sus aliados, posesionándose, como premio de esta victoria de doce ciudades y se internó después en la Celtiberia ampliando mucho los dominios de Cartago. Pero más que con las armas procuraba conquistar á los españoles con la dulzura de su mando y se hizo amar tanto de ellos

(1) Fortiter dimicando occumbit, dice Polibio, (lib. II núm. 11) sin que ni él ni T. Livio, ni Silio Itálico digan que murió ahogado.

que muerta su primera muger le ofrecieron una princesa española por esposa. Fundó á Cartago Nova, hoy Cartagena, que ofrecía para sus escuadras el puerto más seguro del Mediterráneo y estaba defendida por unas lagunas por parte de tierra, haciéndola centro de su poder naval como á Auringi (Jaen) el de sus expediciones mediterráneas. Levantó un cuerpo de 8.000 caballos y de setenta mil infantes, la mayor parte españoles. Alarmadas las colonias griegas pidieron protección á Roma que negoció un nuevo tratado ó la ratificación del antiguo con el Senado cartaginés en el que se establecía la libertad de las colonias griegas y se fijaba en el Ebro el límite de la dominación cartaginesa. Un celtíbero vengó en Asdrubal la muerte de su señor Tago, á quien Asdrubal había hecho perecer en medio de grandes tormentos, asesinándole, según unos en el templo, según otros en la caza el año VIII de su gobierno.

Proclamó el ejército por su jefe y tuvo que confirmarlo el Senado al grande Anibal que había vivido desde los nueve años en España y se hallaba casado con una española, con la princesa Ilmice de Cástulo. Después de castigar al asesino de su cuñado que pereció sonriendo en medio de los tormentos mas atroces, penetró en el interior de España domando en su primera campaña á los ólcades, llevó en la segunda sus armas victoriosas hasta los vacceos ó los vettones, donde sitió á Elmántica, hoy Salamanca, sitio célebre por el heroismo de sus mugeres. Habían prometido los salmantinos reconocer el dominio de Anibal y entregarle trescientos talentos de plata y trescientos ciudadanos en rehenes. No habiéndoselo cumplido, Anibal volvió sobre ella y los puso en tal aprieto que pactaron entregarle la ciudad saliendo libres los ingénuos con sus mujeres, quedando todo lo demás para el vencedor, pero las salmantinas ocultaron entre sus ropas las armas de sus maridos, y éstos cuando vieron entregados los cartagineses al saqueo, cayeron sobre ellos y los derrotaron; una de las mugeres le quitó á un soldado cartaginés llamado Hannon la lanza que llevaba y le hirió con ella. Repuesto los cartagineses de la sorpresa y no pndiendo los salmantinos mantenerse en la ciudad se retiraron á la cima de un monte, donde se fortificaron, capitulando al fin con Anibal que los trató con la mayor benignidad. De allí se dirigió á Arcabula (Toro) ciudad grande y populosa que se defendió valerosamente y le costó gran trabajo rendir. Vínose retirando por los carpetanos, que unidos con los ólcades y los que habían escapado de Salamanca, lo esperaron á las orillas del Tajo. Estos, en número de cien mil, cayeron sobre él desordenando su retaguardia, por lo que Anibal juzgó prudente retirarse amparán-

dose del río para continuar en marcha durante la noche. Pero los españoles creyendo que esta retirada era fuga sin órdenes de sus gefes lo atacaron desordenadamente. Anibal ordenó oportunamente los elefantes sobre la ribera, formó un cuadro con su caballería y volviendo la cara los deshizo con facilidad.

Preparando su grande empresa, exitó á los turbitanos (mal escrito en Livio turdetanos) por el agua y pastos del Mijares siempre en contienda con los saguntinos, cuestionaron y no solo se decidió á su favor, sino que faltando á lo pactado, pasó el Ebro para probocar é hizo un reconocimiento sobre Cataluña como dice Apiano. Arbitro de los negocios de España por el Senado, pues los turboletas enviados por Anibal habían exagerado los desmanes de los saguntinos, citó á éstos para que respondiesen á las quejas de los turboletas. Negáronse como era natural á reconocer aquel tribunal favorable á los enemigos y Anibal envió rápidamente su ejército contra Sagunto, que acudió á los romanos, los que enviaron embajadores al general cartaginés. Entretúvolos éste contestando entre otras cosas |que habiendo Roma condenado algunos años antes á algunos saguntinos con motivo de ciertas alteraciones, él intentaba restituir á los saguntinos la libertad de que Roma les había privado; acudieron entonces los embajadores al Senado cartaginés, pero este culpó á los saguntinos de que sin respeto á la autoridad y poder de Cartago molestaban y agraviaban á sus subditos; pidieron aquéllos que se dejase á Roma árbitra de la satisfacción, pero los cartagineses contestaron que ellos tenían fuerza para vengar sus injurias por si mismos. No estuvo el Senado romano muy acorde en la discusión. Las luchas que sostenía con los galos no aconsejaban emprender una nueva guerra y se alegaba además que los saguntinos si eran aliados no eran subditos. En tanto el sitio proseguía, *dum Roma consulitur Saguntum periit*. Anibal íntenlo el asalto pero fué herido en una pierna de un golpe de trágula. Se abrieron brechas,pero fueron heróicamente defendidas, acercaron máquinas pero las incendiaron con faláricas y haciendo una salida encerraron á los cartagineses en su campamento. En este intérvalo pudieron los saguntinos reparar sus brechas. Pero habiendo vuelto Anibal que había tenido que abandonar el sitio por causa de sus heridas y para aquietar á los oretanos y carpetanos que sufrían de mala gana las levas que el cartaginés hacía en sus tierras, dejando á Maharbal encargado del asedio, mandó fabricar una torre de madera, cuya altura exedía á la de los muros, haciendo jugar con gran vigor catapultas y ballestas, mientras por debajo minaba las mu-

rallas, sorprendió la plaza. Retiráronse sus defensores á un pequeño recinto que fortificaron, defendiéndolo valerosamente, hasta que faltos de víveres y oyendo con indignación las proposiciones de capitulación que les ofrecía Anibal y que eran tales, que el embajador saguntino Alcón prefirió desertar antes de comunicárselas y que les fueron llevadas por el español Alorco, antes su huésped (la de salir con un solo vestido de la ciudad) tomaron la resolución heróica de morir todos combatiendo. Hicieron una hoguera enmedio de la plaza con todos los objetos de valor y haciendo una salida nocturna acometieron el campo de los cartagineses, con los que combatieron hasta morir mientras sus mujeres mataban á sus hijos volviendo después las armas contra sí propias. Así cayó Sagunto víctima de su lealtad á los romanos. Hízola Anibal colonia cartaginesa y parece que dejó en ella algunas de las máquinas de guerra que empleó en tomarla, pues hasta fines del siglo pasado se conservaban unos fragmentos de arietes, llamados Arietes de Anibal, como consta de los inventarios que se hacían cuando se entregaba el castillo de Murviedro á nuevos gobernadores.

La caida de Sagunto hizo que el Senado romano despachara embajadores á Cartago pidiéndole la entrega del general infractor de los tratados. Negándose el Senado cartaginés á entregárselo el Embajador romano, desnudándose el pecho dijo: "Aquí os traigo la paz ó la guerra, escoged.—En tu mano dejamos la elección de nuestra amistad ó de nuestro odio, le contestaron.—Pues bien, la guerra, les contestó el romano,

No tardó Anibal en tener hechos los preparativos para ella, permitió á los soldados españoles que fueran á despedirse de sus mujeres y sus hijos y mientras tanto fué á Cádiz á sacrificar en el templo de Hércules para tener propicio al dios de su raza. Envió al Africa un cuerpo compuesto de trece mil infantes, mil caballos y ochocientos sesenta baleares, todos españoles. Dejó en España otro de once mil ochocientos cincuenta infantes, todos africanos y dos mil quinientos cincuenta caballos de la misma nación, quinientos baleares, trescientos ligúres y más de 20 elefantes al mando de su hermano Asdrubal y una escuadra de 50 naves de 5 órdenes de remos y otros vasos menores al mando de Hannon y él con un ejército de 90,000 infantes y 12,000 caballos españoles y africanos emprendió la marcha desde Cartagena y habiendo llegado á Etovisa (hoy Erves ó Benifazá), aquí hizo alto y es donde se dice que se le apareció en sueños un joven de divina presencia que se le anunció como enviado por Júpiter, para que le sirviese de guía en su expedición á Italia, al que debia seguir por donde lo condujera sin

volver los ojos atrás y que volviendo la vista, se le apareció una serpiente, que por su gran corpulencia doblaba y echaba los árboles á tierra. Preguntando por la significación de este prodigio se le contestó que significaba la ruina de Italia, pero que no quisiera saber más *sineretque fata in oculto esse*. En Etovisa dividió su ejército en tres cuerpos, dirigiendo la una por los orillas del mar, la otra por los ilergetes, bargusios y ausetanos y la tercera por la Lacetania. Dió licencia á 12,000 españoles que se la pidieron y entró en las Galias por el Rosellón con 50,000 infantes y 9,000 caballos. Algunos ponen ahora la fundación de Barcelona.

Los cartagineses, á más de las ciudades que hemos visto levantaron y de las que en alguna como Cartagena dejaron edificios que fueron la admiración de los romanos; fueron los primeros que establecieron en España vías públicas en las que colocaban de trecho en trecho torres (turris Annibalis) en que pudieran refugiarse los viajeros cuando fueran atacados por los malhechores. La arquitectura cartaginesa era semejante á la fenicia, como éstos cubrían las paredes de sus templos y de sus estatuas con planchas de oro, como se veía en el templo de Apolo en el Cothón y á la griega como aparece en el corintio de Esculapio en la acrópolis de Byrsa. Los romanos aprendieron de ellos los puertos artificiales que llamaron Cotones. Cultivaron la medicina y se les atribuye el bálsamo sarcispitium. En literatura siguieron á los griegos, aunque el Senado prohibió la enseñanza de esta lengua, Anibal la sabía y el filósofo Clitómaco fué á oir á Carneades.

VENIDA DE LOS ROMANOS

GUERRA CON LOS CARTAGINESES

Los legados romanos, al regresar de Cartago con la declaración de guerra antes de regresar á su país, trataron de proporcionarse alianzas entre los pueblos españoles, llegando en primer lugar á los bargusios (los de Balaguer) que los recibieron beniguamonte *quia tædebat imperii punici*, hallaron también disposiciones favorables en los celtíberos propiamente

dichos, pero habiendo llegado á los volcianos (los de Calatañazor, (arévacos) los despidieron diciéndoles: "Id á buscar aliados donde no se conozca el ejemplo de Sagunto".

Mientras Anibal caminaba á Italia donde había de ilustrar su nombre con victorias que pusieron á Roma al borde de su ruina, el cónsul Publio Cornelio, á quien había tocado el gobierno de España, no habiendo podido detener en el Ródano al general cartaginés, envió con su ejército y la escuadra á la península á su hermano Cneo Scipión, que desembarcó en Emporión y facilmente se le unieron todos los pueblos que hay desde el Cabo de Creux y los lacetanos hasta el Ebro.

Trató Asdrubal de ayudar á Hannon á quien Anibal había dejado encomendada la defensa de Cataluña y especialmente de mantener á raya á los bargucios, únicos aliadas de los romanos, pero se adelantó Cneo Scipión derrotando á Hannon en Cissium (Guisona), haciéndole prisionero. Asdrubal, que llegó tarde, se contentó con sorprender á unos marinos romanos que estaban descuidados y someter ó atraer á su partido á los ilergetes (los de Lérida). Estas nuevas obligaron á los romanos á salir de sus cuarteles de invierno y á sitiar á Athanagia (Sanahuja) que se les entregó á los pocos días, pagándoles una multa y dándoles dobles rehenes, de aquí se dirigió Scipión contra los ausétanos *prope Iberum* y habiendo venido los lacetanos á su socorro, les preparó una celada donde fueron muertos hasta 12,000, con lo que hubo de rendirse su capital y su régulo Amuseto buscar abrigo junto á Asdrubal. Una armada romana que venía con socorros á España cayó en poder de la cartaginesa. Entonces Asdrubal embió con una gruesa armada á Himilcón á recorrer las costas de la parte que dominaban los romanos, mientras él se dirigía por tierra contra ellos con 20,000 hombres. Pero Cneo Scipión, con una flota que armó en Tarragona, sorprendió á la cartaginesa en las bocas del Ebro (hallándola vacía por haber desembarcado sus soldados creyéndose fuera de peligro) talando luego hasta los campos cercanos á Cartagena, sin poderlo evitar Asdrubal que seguía á la armada por tierra.

Dueños del mar, se apoderaron los romanos de Ibiza y habiéndoseles unido los celtíberos quedaron también superiores en tierra, llegando con sus ejércitos hasta Cástulo, más hubieron de volver atrás porque Mandonio trataba de sublevar á los ilergetes. Acudió Asdrubal á su socorro pero los celtíberos tomaron á los cartagineses tres ciudades con los que éstos tuvieron que acudir al nuevo peligro, siendo derrotados por aquéllos con pérdida de 15,000 hombres.

Habiendo pedido Cneo Scipión al Senado que le enviase soldados y vituallas, partió su hermano Publio, á quien se le prorrogó el consulado, con ambas cosas. También los cartagineses enviaron á Magón en auxilio de Asdrubal, pero los marinos derrotados en las bocas del Ebro, temerosos del castigo, desertaron de las naves, se apoderaron de casi toda la costa ibérica é invadieron el país de los tartesios, que al mando de Galvo ó Calvo se unieron con ellos y se apoderaron, sin que Asdrubal pudiera impedirlo, de Asena (Jerez), donde éste tenía sus almacenes. Logró el cartaginés por último vencer con una estratagema y sosegar este movimiento y al mismo tiempo recibió orden de pasar á Italia. Para cumplir su mandato, dejando por sucesor á Himilcón, llegó á las orillas del Ebro, pero aquí, abandonado por los españoles que servian á sus órdenes, fué vencido por los romanos, teniendo que retirarse á Cartagena. Vino en su auxilio Magón y tomando la ofensiva, sitió á Ilitur-gis (Andújar) que se había pasado á los romanos, pero Cneo Scipión penetró rápidamente en la plaza y les obligó á levantar el sitio. Tuvieron que levantar también el de Cástulo, que aunque patria de la mujer de Anibal había tomado también partido por los romanos, vencidos de nuevo en Munda (Montiel); en una batalla en que Cneo Scipión salió herido, se retiraron á Auringis y pidieron ayuda entonces á los jefes galos Menicapto y Civismaro, aliados de Anibal y fueron de nuevo derrotados con muerte de estos dos jefes. Dirigiéronse entonces los romanos contra Sagunto que tomaron, devolviéndole á los pocos que de su destrucción habían sobrevivido y destruyeron á Turba, entregando sus campos á los saguntinos y vendiendo á sus habitantes por esclavos.

Por este tiempo, Siphaz, rey de Numidia había solicitado por esposa á Sophonisba, hija de Anibal Giscon y como el Senado demorase acceder á su petición por la ausencia de su padre, se alió con los romanos, venciólo Masinisa, á quien en premio de sus servicios le dieron á Sophonisba por mujer, el que para favorecer á su suegro pasó á España con caballería númida, los romanos toman también á sueldo á los celtíberos y éstos fueron sus primeros mercenarios. Indibil, cuñado de Mandonio se había levantado en armas. Con estas ayudas pusiéronse en campaña los cartagineses, dividiendo su ejército en dos cuerpos, uno al mando de Asdrubal Barca, otro al de Asdrubal Giscon, Magón y Masinisa. Dividiéronse también los Scipiones; Cneo con 30,000 celtíberos y el tercio del ejército romano se dirigió contra Asdrubal y Publio contra los otros caudillos cartagineses. Asdrubal tomó poseciones en Anitorgis (Al-

cañiz) y los demás generales cerca de Cástulo contra los que se dirigió Publio.

Cneo abandonado de los celtíberos que pretestaron tener una guerra en su país, tomó posiciones, viéndose inferior á su enemigo, en Arctalias, hoy Artana, mientras que Publio á quien los númidas de Masinisa no dejaban descansar sabiendo que venía contra el Indibil con 7,500 susetanos (los de las montañas de Prades) para impedir su reunión dejando á Fonteyo en los reales marchó contra él encontrándolo en el Saltus Tugensis (Puerto de Auxin) pero habiendo sobrevenido Masinisa y los otros dos generales, herido en un costado de un bote de lanza pereció y sus soldados quedaron derrotados. Dirigiéronse entonces todos los generales cartagineses contra Cneo, al que alcanzaron 30 días después, acaso porque Fonteyo los iba deteniendo por el camino. Acometido Cneo en Artana ó en Orsona se fué retirando hacia el Ebro, pero alcanzado por los enemigos tuvo que refugiarse en una colina pelada que no pudo defender con otra muralla que con la formada con los aparejos de sus bagajes y superada con facilidad tan débil defensa, pereció con la mayor parte de los suyos.

Hubiera caido con esto de todo punto en España el partido de los romanos sin el valor de Lucio Marcio, simple tribuno que juntando las guarniciones y los fugitivos vino en auxilio de Tito Fonteyo quien se hallaba en los mayores apuros, pues Cástulo le había cerrado las puertas é Iliturgis había degollado á los romanos que se refugiaron dentro de sus muros. Tomando L. Marcio el mando de las tropas por voluntad de los soldados, apesar de que le correspondía á Fonteyo, logró primero rechazar de su campamento á Asdrubal que pasado el Ebro lo perseguía y después de derrotarlo atacando de noche su campamento, en que confiados en su superioridad los cartagineses dormían descuidados, tomó también el de Magón que seguía á Asdrubal y que tampoco los esperaba y escribió al Senado noticiándole lo sucedido y pidiéndole víveres y vestidos en una carta en que se titulaba propretor. Disimuló el Senado y le envió lo que solicitaba, pero en vez de confirmarle el título que le habían dado los soldados y merecido por sus hazañas, enviaron á Cláudio Nerón con un ejército de 11,000 peones y 1,100 caballos que desembarcó en Tarragona y uniéndose á las tropas de Marcio y de Fonteyo, se dirigió contra Asdrubal que estaba en un bosque llamado Piedras Negras, entre Iliturgi (cerca de Andújar) y la Mentesa oretana. Ocupó Nerón un desfiladero por donde Asdrubal tenía necesariamente que pasar. Acudió Asdrubal á su astucia, entretuvo con negocia-

ciones al general romano hasta la noche en que valido de sus sombras escapó de él por la fragura de los montes. Entretanto el Senado trataba de nombrar un nuevo general, pero tal miedo había á la guerra de España que ninguno se presentaba cuando el joven Publio Scipión lo solicitó. Diósele el cargo de Propretor y nombró por sus legados á su hermano Lucío y á su amigo Cayo Lelio. Apenas llegado á España concibió el proyecto audaz de apoderarse de Cartago nova. Aunque la ciudad era muy fuerte, por lo mismo no tenía mucha guarnición y los generales cartagineses se encontraban muy lejos para socorrerla. Sitiáronla, pues, Escipión por tierra y Lelio con la armada. Giscón su gobernador rechazó los primeros asaltos, pero habiéndole avisado á Escipión unos pescadores que una de las lagunas ó esteros, cuando bajaba el mar se podía pasar casi á pié enjuto, hizo creer á los suyos que Neptuno le había revelado que le abriría este paso para que pudiera tomar la ciudad. Preparó un fingido asalto por la parte de tierra para distraer la guarnición y preparó por la dicha el verdadero. Sus soldados al ver patente el prodigio con la retirada de las aguas, escalan con valor la fortaleza que era por este punto más débil y penetran en la ciudad que Magón tuvo necesidad de entregarles quedando él mismo prisionero. Grande fué el botín que cogieron los romanos en este que era el arsenal de los cartagineses, pero lo más importante fué que esta ciudad era el depósito de los rehenes que los cartagineses exijían á sus aliados ó sometidos españoles.

Encontrábanse entre ellos la mujer de Mandonio y los hijos de Indibil á quienes Escipión trató muy honrosamente. Presentáronle los soldados entre los prisioneros una doncella hermosísima mientras que sus afligidos padres le ofrecían una gran cantidad por su rescate. Escipión no quiso verla y á Alucio, príncipe de los celtíberos, le dijo que se la había conservado intacta para hacerle un don que fuera digno de ambos, al que no ponía más precio que el de que fuera amigo del pueblo romano, donde había muchos ciudadanos parecidos á él; luego llamó á los padres de la joven que habían traido mucho oro para su rescate, los que viendo que Escipión se la entregaba sin él, le rogaron que lo recibiera á título de regalo, asegurándole que no le agradecerían menos que el primero este segundo favor. Vencido Escipión de su insistencia lo aceptó y lo entregó á Alucio como dote de su esposa. También había mandado venir á los padres que tenían en la ciudad hijos en rehenes á recogerlos porque el pueblo romano prefería atraerse los pueblos con beneficios que sujetarlo con el temor y cuando la mujer de Mandonio echándo-

se á sus piés le suplicó librase del ultraje á sus hijas y á las nobles jóvenes que de ella se amparaban condescendió á su ruego alabando el decoro de la noble matrona y prometiéndola que serían tratadas como madres y hermanas de sus huéspedes. Ganose con esto de tal modo á los naturales que no tardó Alucio en presentarse al frente de 1,500 ginetes escogidos entre sus clientes ni de vacilar la fidelidad á los cartagineses de Indíbil y Mandonio.

Escipión, después de haber enviado con los prisioneros y el botín á su amigo Lelio, cuya prudencia le había evitado una colisión entre legionarios y marinos por la corona mural,(1) á Roma donde el Senado decretó un día de acciones de gracia, (2) de reparar las murallas de Cartagena y de ejercitar su ejército y su escuadra, marchó á Tarragona á donde citó á todos los jefes de los aliados, reuniéndolos en el primero de los Concilios que los romanos celebraron en España.

Después de dedicar á esto el Invierno, cuando se preparaba á salir á campaña, vió llegar á Edescón. uno de los régulos principales que venía á ponerse á su servicio y á quien restituyó sus hijos y su mujer. También Indíbil y Mandonio habían abandonado el campamento de Asdrubal y se habían retirado á las alturas para reunirse á los romanos por las cimas de las montañas.

Asdrubal comprendió que todo estaba perdido sin una victoria y Escipión deseaba continuar las suyas. Acometióle, pues, en Bécula entre Ubeda y Baeza y apesar de la posición superior que aquí ocupaba el cartaginés la derrotó completamente sin que éste pudiera salvar más que los elefantes y el dinero. Escipión despidió á los prisioneros españoles sin rescate. Estos uniéndose á los que él traía como aliados le proclamaron *rey*, pero el general romano les contestó que á este título, odioso entre los suyos, prefería el de *imperator* que sus soldados acababan de darle (3). Hizo después regalos á estos príncipes, disponiendo que Indibil eligiese 300 caballos de los tomados al enemigo. Entre los africanos que el cuestor vendía se encontraba un joven hermosísimo, de sangre real. Escipión le preguntó quien era y por qué se encontraba allí. El le contestó que era sobrino de Masinisa, que su tío le tenía alejado de los combates á causa de su edad, pero que el día de la batalla él se había proporcionado un caballo y una armadura. Escipión le pregun-

(1) T. Liv. Ded. H. R. Libr. XXVII.
(2) Id. id. id.
(3) Id. id. XXVIII.

tó si quería volver al lado de su tío, el niño le contestó que sí llorando de alegría, Escipión le dió entonces un anillo de oro, una lacticlabia, un manto español con broche de oro y encargó á algunos ginetes que lo escoltaran (1).

La magnanimidad de Escipión producía sus naturales efectos y Asdrubal había logrado reunirse con Magón y Asdrubal Giscón, que acudieron aunque tarde á su socorro; celebraron consejo y comprendiendo que el único medio de evitar las deserciones era llevar los soldados españoles al extremo de la provincia ó á la Galia, convinieron en que Asdrubal, aun sin autorización del Senado cartaginés marchase á Italia, que Magón dejando su ejército al hijo de Giscón pasaría á las Baleares provisto de dinero para contratar voluntarios que Asdrubal se retiraría á la Lusitania, procurando evitar todo combate con los romanos y que Masinisa con 3,000 caballos escogidos recorriera la España Citerior para auxiliar á los amigos y molestar á los enemigos.

La marcha de Asdrubal á Italia había dejado á España en una relativa tranquilidad, los romanos dominaban el E., los cartagineses el O. y M. Pero no tardó de nuevo en encenderse la guerra; Hannón que había venido á reemplazar á Asdrubal se había unido con Magón y levantaban fuerzas considerables en la Celtiberia. Contra ellos envió Escipión á M. Silano. Este encontró al enemigo dividido en dos campamentos. En el de los celtíberos, como bisoños, no se habían tomado ninguna de las precauciones militares. Contra ellos se dirigió Silano sin que los cartagineses situados al otro lado del camino se apercibieran, hasta que los tuvieron á 1,000 pasos. Cuatro mil celtíberos defendidos con escudos y doscientos ginetes que formaban una verdadera legión opuso Magón en su vanguardia á los romanos, dejando detrás las tropas ligeras. Pero la estrechez del terreno que privaba á los celtíberos de las ventajas de su agilidad, se la dieron á los romanos; derrotados por éstos los que llevaban escudos, las tropas ligeras y los cartagineses que habían venido del otro campamento se dejaron matar, solo pudo escapar Magón con la caballería y los elefantes; Hannon quedó prisionero (2).

Escipión marchó entonces contra Asdrubal pero éste decampó y se refugió en Cádiz y para evitar los ataques del enemigo repartió todo su ejército en guarniciones. Viendo Escipión que no podía dar ningún golpe decisivo, se retiró también y

(1) T. Liv. Ded. H. R. Lib. XXVIII.
(2) Id. id. id.

envió á su hermano Lucio á que sitiara á Auringis. El primer asalto fué desgraciado, desde las murallas derribaban las escalas con horquetas ó cogían á los asaltantes con manos de hierro. Pero habiendo hecho retirar L. Escipión al primer cuerpo y abanzar los otros dos, los auringitanos se retiraron de las murallas y los cartagineses recelaron una traición. En efecto, aquellos abrieron las puertas saliendo de la ciudad con el brazo derecho desnudo para que vieran que no llevaban armas, los romanos antes que se apercibieran de ello mataron á muchos, creyendo que hacían una salida. Dueños de la ciudad los romanos, encadenaron á los cartagineses y á 300 ciudadanos que eran los que se habían negado á capitular á los demás les dejaron su libertad y sus bienes. Escipión elogió mucho á su hermano por la toma de esta ciudad que igualó con la suya de Cartagena, lo envió á Roma con los prisioneros y como llegaba el invierno se retiró á Tarragona (1).

Asdrubal Giscón abandonó á Cádiz y con ayuda de Magón hizo levas en la Celtiberia, levantó un ejército de 50,000 hombres y 4,500 caballos y esperó á los romanos en Silpia (Espeluy). Para hacer frente á tantas fuerzas, Escipión envió á Silano á pedir á Colcas, señor de 28 ciudades las tropas que tenía alistadas, él mismo recogió fuerzas de sus aliados aunque no muchas por temor de sufrir la suerte de su padre. Ya á la vista, cerca de Bécula y frustrada una tentativa de Asdrubal que intentó sorprender á los legionarios por su caballería mientras éstos se desembarazaban del bagaje, permanecieron los ejércitos tres días frente á frente, siendo Asdrubal el primero que salía y el primero que daba la orden de retirar. Ambos generales habían colocado respectivamente á los de su nación en el centro y en las alas á sus aliados, los elefantes aparecían como torres al frente del ejército cartaginés. Pero cuando Escipión se decidió dar la batalla mandó la víspera que los soldados estuvieran dispuestos y bien alimentados antes de amanecer y cambió el orden del combate colocando á los auxiliares en el centro.

Al rayar la aurora lanzó su caballería contra las avanzadas enemigas, al ruido despertó Asdrubal, mandó su caballería á detenerlos y colocó á los suyos en orden de batalla. Mucho tiempo peleaban los unos y los otros sin resultado, cuando el grueso de los dos ejércitos se encontró á distancia de 500 pasos. Entonces Escipión mandó al centro caminar despacio y abanzar las alas de modo que ya los bisoños auxiliares de los cartagineses estaban vencidos por tropas veteranas, sin que aquellos hu-

(1) T. Liv. Ded. H. R. Lib. XXVII.

bieran podido siquiera hacer uso de sus venablos. Resistíase, sin embargo, el centro, pero los soldados estaban estenuados por no haber tomado alimento en todo el día, por lo que empezaron á replegarse y se retiraron al campamento, que empezaron á fortificar, mas entonces comenzó la deserción. Atano, rey de los turdetanos, se pasó á los romanos, otros dos jefes entregaron á Escipión dos plazas con sus guarniciones y Asdrubal, temeroso del contagio tuvo que decampar. Perseguido en su retirada, se fortificó en una colina desde donde contuvo al enemigo, pero era imposible permanecer allí, la deserción continuaba y Asbrubal tuvo que abandonar de noche el ejército y embarcándose ir á Cádiz, desde donde envió otras naves en que escapó Magón (1).

Pacificada España, Escipión marchó á Roma y desde allí, por medio de Lelio, empezó á entrar en relaciones con Siphaz, de quien obtuvo un salvoconducto. Vuelto á España y dejando á L. Marcio en Tarragona y á M. Silano en Cartagena, se dirigió con Lelio en dos quinquerremes á los Estados del poderoso monarca que ya se había atrevido á luchar con la misma Cartago. Al abordar á las playas africanas se encontró con Asdrúbal que, fugitivo, entraba en el puerto con siete tirrenes, con las que se preparó á atacar las quinquerremes, pero éstas, favorecidas por la brisa, dieron fondo antes que aquéllas hubieran podido levar anclas. Siphaz quiso que los dos enemigos terminaran en su presencia sus querellas; escusólo Escipión diciendo que no tenía contra Asdrúbal enemistad personal y que de los negocios de la República no podía tratar sin autorización del Senado; lo que no pudo evitar fué comer con su enemigo en la misma mesa y dormir en el mismo lecho. Asdrúbal, cuando se despidieron, debió pensar que más que de la reconquista de España, Cartago debía ocuparse en vigilar la conservación del Africa.

Sin temor ya á los cartagineses, los romanos trataron de castigar á las ciudades que los habían favorecido. Cástulo, aliada de los romanos en su prosperidad, había vuelto á la alianza de los cartagineses después de su derrota; Iliturgis, no contenta con esto, entregó ó degolló los restos del ejército refugiado dentro de sus murallas. Así L. Marcio sitió á Cástulo y el mismo Escipión á Iliturgis. El convencimiento de la suerte que les esperaba acrecentó el valor de los defensores de esta última, á punto de que el ejército vencedor de toda España se vió frecuentemente rechazado por una sola ciudad y muy cerca de

(1) T. Liv. Ded. H. R. Lib. XXVIII.

empañar sus blasones con el miedo. Sólo el temor por la vida del general, que motejando á los soldados avanzaba á las escalas y la agilidad de los desertores africanos, que con ayuda de clavos asaltaron el acrópolis, pudieron hacer á los romanos dueños de la plaza. Dentro de ella, nada perdonaron; ni á las mujeres, ni á los niños, ni á las casas; el pico demolió lo que perdonó el incendio. (1)

Suerte menos dura cupo á Cástulo, defendida por los naturales y por los restos del ejército cartaginés que allí habían buscado amparo en la fuga. Cada cual trató sólo de proveer á su seguridad. Cerdubelo propuso francamente á los cartagineses la rendición y, apesar de Hamilcon, la entregó á los romanos, que por esto la trataron benignamente.

Dejando á sus lugartenientes el cuidado de recibir la sumisión de las demás ciudades, Escipión regresó á Cartagena para cumplir los votos que había hecho á los dioses y celebrar juegos fúnebres á los manes de su padre y de su tío. En ellos fué notable el desafío de Corbis y Orsa, primos hermanos, que se disputaban el señorío de Ibes (Ibi). En vano Escipión quiso avenirlos; los dos le contestaron que ya se habían negado á sus comunes parientes y que de los hombres y los dioses sólo Marte sería su juez. Corbis estaba orgulloso de su fuerza, Orsa de su juventud y, como era de esperar, aquél triunfó fácilmente. (2)

Entretanto, las ciudades de la Bética se entregaban á Marcio; sólo Astapa (Estepa) se conservaba fiel á los cartagineses. Y ni siquiera se había mantenido tranquila; sus moradores invadieron las tierras de sus vecinos aliados de Roma, sorprendían á los soldados y mercaderes extraviados y hasta habían exterminado un gran convoy que atravesaba su término con fuerte escolta. Cuando se presentó el ejército enemigo, no esperando capitulación ni pudiendo resistir un sitio, amontonaron en el foso los objetos más preciosos, hicieron sentar sobre ellos á sus hijos y á sus mujeres, elevaron á su derredor una pira, en la que arrojaron haces de ramaje seco y dejaron para su custodia cuarenta jóvenes bien armados, á los que les encargaron que si la suerte era desfavorable en el ataque iban á emprender, no dejaran nada que pudiera caer en poder del enemigo, pues mejor era que pereciesen por manos amigas que entregarlos al insolente orgullo del vencedor. Abrieron enseguida las puertas y se precipitaron en el campamento romano, arrollándolo todo, hasta que cercados por centuplicadas fuerzas,

(1) T. Liv. Ded. H, R. Lib. XXVIII
(2) Id. id. id.

perecieron hasta el último; los de la ciudad mataron á las mujeres y á los niños, y ellos mismos, armados, se precipitaron en la hoguera. Así, con un heroismo mayor que el de Sagunto, pereció Astapa por el hierro y por el fuego, sin dejar ninguna presa al vencedor. (1)

Unos desertores de Cádiz prometieron á Escipión la entrega de la ciudad y de la guarnición cartaginesa; Escipión envió con ellos á Marcio con las cohortes ligeras y á Lelio con una escuadrilla. Pero cuando ya todo parecía terminado, un accidente vino á cambiar el estado de las cosas. Enfermó Escipión y se corrió la noticia de su muerte. Indibil y Mandonio se levantaron; ocho mil hombres que tenían los romanos en el campamento de Sucrona estaban en plena sedición con varios pretextos, entre otros por falta de pagas, y Magon, el gobernador de Cádiz, creyó llegado el momento en que iba á cambiar la suerte de Cartago. Todo pasó, sin embargo, como nube de Estío. Escipión mejoró, se pagó á los soldados castigando á los más culpables, ofreciendo luego á la rapacidad de las tropas de Indibil y Mandonio unos rebaños débilmente defendidos, las rodeó con las suyas haciendo en ellas gran matanza, los príncipes españoles escaparon y se sometieron á Escipión, solicitando de su clemencia lo que antes habían esperado de su justicia, y fueron condenados á una contribución para pagar los sueldos del ejército; Hannon, que había logrado armar cerca de 4.000 hombres en las orillas del Betis, arrojado por Marcio de su campamento, escapó con pocos de los suyos.

Magón descubrió la conspiración de Cádiz, prendió á los culpables que envió á Cartago en una quinquerreme, mandando con ella á Adherbal, que la puso delante siguiéndola con ocho trirremes. Al llegar al estrecho se encontró á Lelio, que con una quinquerreme y con ocho trirremes venía á recoger el fruto de la conjuración abortada. Dudó Adherbal si seguir á la quinquerreme ó aceptar el combate que su enemigo le ofrecía. Esta indecisión le perdió; la agitación del mar impedía toda maniobra y la quinquerreme de Lelio, que debía á su peso mayor firmeza y al número más grande de sus remos oponerse mejor á la violencia de las corrientes, echó á pique dos trirremes, rompió los remos de otra y hubiera concluído con las restantes, á no forzar Adherbal las velas de las cinco que le quedaban.

Sabiendo Lelio lo ocurrido hízolo saber á Marcio y convinie-

(1) T. Liv, Ded. H. R. Libr. XXVIII.

ron en retirarse de Cádiz, dejando á Magon libre de temores. (1)

Escipión, vencidos ya los ilergetes, volvió á entablar las negociaciones con Masinisa. Para conferenciar sin excitar sospechas, éste, quejándose de que sus caballos consumían los víveres en la inacción y sufrían escasez, propuso á Magon hacer una entrada para talar las tierras más inmediatas. Escipión, á su vez, había vuelto á enviar á Marcio á la Bética, y él mismo le siguió con algunas tropas ligeras. Tuvieron la entrevista, se convinieron en daño de Cartago y, para más disimulo, Masinisa hizo la anunciada tala.

Desesperanzado estaba ya Magon de la reconquista de España, cuando recibió la orden de pasar á Italia con su flota, en auxilio de Aníbal. Partió pues, saqueando antes á los gaditanos y despojando hasta los templos, y de camino pretendió sorprender á Cartago nova, pero se le frustró la empresa. Retrocedió á Cádiz, pero los gaditanos le cerraron las puertas; entonces abordó á Ambis ó Cimbis (¿isla de Saltes?) y envió legados quejándose de que no se le hubiera recibido, siendo su aliado y su amigo; fueron allá los sufetas de Cádiz, escusándose con atribuir el hecho al populacho irritado por los desmanes que los soldados habían cometido á su salida, pero Magon los hizo azotar y luego crucificar.

Dirigióse después á la isla Pithiusa que permanecía en poder de los cartagineses, tomó víveres y refuerzos y con ellos se dirigió á Mayorca de donde fué rechazado y luego á Menorca en la que se apoderó del puerto que todavía lleva su nombre, alistó 2000 auxiliares que envió á Cartago y sacó sus naves para invernar. Cuando Magón abandonó las costas del Océano, Cádiz se alió con los romanos y Escipión marchó á Roma adonde lo llamaban sus grandes destinos, entregando á L. Lentulo y L. Manlio Acidino el gobierno de España. (2)

Hemos seguido hasta en las particularidades que permite la brevedad de este compendio los varios accidentes de la lucha en nuestro país entre cartagineses y romanos pero para formarnos de ella una idea cabal tenemos que examinar la constitución de aquellos ejércitos y su manera de combatir.

La legión romana se componía de infantería y caballería en proporción de 10 á 1. Un fracmento de Polibio (3) nos dá curiosos pormenores sobre su organización en éste tiempo. Hecha la elección de los tribunos de modo que todas las legiones ten-

(1) T. Liv. Ded. II. R. Lib. XXVIII.
(2) Id. id. id.
(3) Polib., Frag. Libr. VI.

gan igual número, sacan á la suerte las tribus y de las que les ha tocado sacan cuatro jóvenes próximamente iguales en edad y corpulencia, de éstos los primeros tribunos eligen los de la primera legión, los segundos los de la segunda, los terceros los de la tercera y los cuartos los de la cuarta; sacados otros cuatro los primeros eligen los de la segunda, los segundos los de la tercera y así sucesivamente hasta que se reune el número de 4.200 infantes para cada legión, les exigen este juramento: *Obedeceré á mis superiores y cumpliré hasta donde me sea posible sus mandatos:* y fijan el día y el lugar en que deben presentarse sin armas. Reunidos éste día eligen los más pobres y de menos edad para *velites* los que siguen á éstos para *astatos* los de juventud más florida para *príncipes* y los más viejos para *triarios*. Estos son 600, los príncipes y los astatos 1.200 y los demás velites. A éstos les mandan llevar espada, lanza y tablachina (escudo ligero y sólido, redondo y del diámetro de tres piés) y á la cabeza un yelmo sin cimera cubierto á veces con una piel de lobo ó cosa semejante para que les sirva de defensa y distintivo, el dardo de éstos velites tiene un asta de dos codos de largo y un hierro de un palmo, y tan sutil y afilado que se dobla cuando se lanza una vez para que no pueda devolverse. A los de la segunda edad se les manda llevar armadura entera á saber escudo convexo de 2 y 1[2 piés de ancho y 4 de largo formado de dos tablas unidas con cola vacuna, la superficie superior envuelta en un hierro y después con cuero de ternera, con una prominencia en el centro de hierro para defenderlo de las armas arrojadizas y otra plancha del mismo metal para salvarlo del corte y apoyarlo sin que se estropee en el suelo, sobre el muslo derecho la espada de buena punta y doble filo que llaman *española*; dos venablos, parte de ellos gruesos, unos redondos del diámetro de un palmo otros cuadrados de la misma medida en cada cara, parte delgados como jabalinas, el hasta de todos de 3 codos. Cada uno lleva un dardo corbo de hierro igual al mango en longitud cuya ligadura afirman de manera que antes se rompe el hierro que se salte el nudo aunque en donde se halla unido al mango es de dedo y medio de grueso. Adornan el yelmo con un penacho y 3 plumas rectas negras ó purpúreas de un codo de largas. Los más se ponen sobre el pecho una lámina de bronce de 12 dedos por todos lados que llaman *guarda corazón* pero los que constan en el censo con una propiedad de más de 10.000 dragmas llevan corazas encorvadas en vez de guarda corazón. Esta misma armadura tienen los príncipes y los triarios sólo que éstos últimos en vez de venablos llevan lanzas.

De cada clase, excepto de los más jóvenes, eligen 10 cabos

de escuadra y luego otros 10 de los que el primero forma parte del consejo y luego éstos otros tantos que están en la retaguardia. Divídense luego los de cada edad en 10 partes excepto los vélites y se asigna á cada uno dos conductores y dos aposentadores. Los vélites se distribuyen igualmente en todas las partes y llaman á cada parte escuadrón, bandera y estandarte y á los jefes centuriones y cabos de escuadra. Estos eligen en sus respectivos estandartes los dos más valientes y robustos para alféreces y dos conductores para cada escuadra á fin de que los estandartes no queden nunca sin jefe ni sin cabo. La figura de la infantería de una legión en batalla es la siguiente:

A A A A A A
P P P P P P
T T T T T

Así, si los hastatos eran desordenados se retiraban entre los príncipes llenando los vacíos de su línea y si no bastase ésta rigorosa resistencia se recogían en los anchos intersticios de los triarios. Los vélites combatían fuera de filas; eran los que comenzaban la lucha cuando todavía no se había llegado á las manos y luego se recogían á retaguardia ó entre la caballería.

La legión se dividía segun T. Livio en cinco *cohortes* y la cohorte en 30 centurias ó *manípulos*. Los de los hastatos y los de los príncipes se componían de 12 hombres de frente y de 10 de profundidad. Cada manípulo, centuria ó compañía tenía una bandera para reunirse, acaso al principio fué un haz de heno que se llevaba delante atado á una pértiga pero las verdaderas enseñas fueron dos para cada cohorte.

La caballería se dividía en 10 escuadrones ó *turmas* y sacaban de cada uno tres jefes, los cuales nombraban tres aposentadores. El primer elegido manda el escuadrón, los otros hacen el oficio de jefes de diez y se llaman decuriones. En éste tiempo ya estaban armados á la griega porque como nota Polibio los romanos son entre todos los pueblos los más aptos para cambiar de costumbres y procurar lo mejor. La República compraba los caballos y proveía á su manutención, pero además de éstos caballeros *equo público* hubo otros que sólo recibían un *æs hordearium* anual y posteriormente nada y se llamaban caballeros romanos para distinguirlos de los auxiliares.

Se servía 16 años en infantería y 10 en caballería; se diferenciaba poco en ésta época el traje de los oficiales y el de los soldados, los generales se distinguían por el color encarnado y algunas franjas de púrpura, en tiempo de guerra llevaban el *sago*

de lana rojo. Debajo de la coraza y del coselete bajaba hasta las rodillas una túnica de lana de bastante anchura para no embarazar los movimientos. El *paludamento* era el manto de guerra del general como el *sago* el del soldado, era de color encarnado ó blanco y se cogía al hombro con un broche de metal. En las marchas y en los inviernos fríos usaban la *pénula* manto oscuro largo y estrecho de lana gruesa abierto sólo por arriba y con capucha *(sagum cuculatum)*. La caballería vestía como la infantería salvo los días de parada en que se ponía la *trabea*, toga blanca plegada con una orla de púrpura.

El gefe de la legión era el cónsul ó el procónsul y después de su cuestor (gefe de la administración militar) y de su teniente, gefe de la caballería, seguían los tribunos cuyo distintivo era la espada llamada *perizonium* y el anillo de oro. Para serlo se exigía haber servido once años en caballería y 10 en infantería, recibían cuatro pagas de soldado.

Los tribunos nombraban los centuriones que el general confirmaba, su distintivo era un sarmiento. El de infantería se consideraba inferior al simple caballero pues mientras éste recibía tres partes del botín aquél dos. Los centuriones tenían otros oficiales inferiores, el de retaguardia que hacía sus veces y los decuriones y cabos.

A éstas tropas se unían las que tenían obligación de suministrar las ciudades aliadas. Reunidas con las romanas, los comandantes de los aliados propuestos por éstos pero constituídos por los cónsules y llamados prefectos eligen en unión de aquéllos los caballos é infantes más apropósito para la guerra que se llaman *extraordinarios* ó *electos*. De los infantes suele tomarse la quinta parte y de los caballos la tercera de modo que á la inversa de lo que sucede en la legión romana á la infantería excede la caballería. Esta se toma generalmente de los adictos del país en que se combate y se llama *ala*. Cada ala se componía de 512 hombres, formaban á los extremos de la legión, comenzaban con los velites el combate y recorrían los campos como más prácticos en el terreno espiando y forrageando.

Los romanos como se vé habían hecho en el ejército lo que en la ciudad de que era imágen, habían tomado de todos los pueblos con que habían combatido lo mejor que en ellos habían observado, la lanza inflexible de los griegos, el escudo de los galos, la espada celtíbera, pero sometiéndolo á una unidad que hizo á su legión casi tan fuerte como la falange pero más movible y más adaptable á los diversos terrenos. En ella estaba hábilmente combinada la facilidad para el órden abierto y el cerrado pero predominando éste, por lo que para comprender

bien la excelencia de éste organismo es preciso conocer su sistema de castramentación.

Los campamentos romanos eran ciudades bien dispuestas. Al acercarse al punto donde se quería colocar, un tribuno y algunos centuriones, recorrían el campo para elegir la situación más elevada y cómoda, donde había de elevarse el *prætorium* ó tienda del consul, allí plantaban una bandera, otras en los cuatro ángulos del campo y dardos para las divisiones más pequeñas. Alrededor de lo destinado al pretorio se medía un cuadrado de 200 piés, delante de lo destinado á los legionarios otro de 100 para las tiendas de los tribunos y prefectos de los aliados. A la derecha é izquierda del pretorio se ponían el mercado y el cuestor con su acompañamiento. Más allá del mercado, del pretorio y de la tienda del cuestor se dejaba una calle de 100 piés de longitud paralela á las de las tiendas de los tribunos tan ancha como el campo, en la que se alojaba á los extraordinarios y en medio de ella un pasadizo que conducía á las trincheras. Detrás de la tienda de los tribunos la vía principal donde comenzaban las tiendas de los legionarios divididas en dos partes por una perpendicular trazada desde el punto donde estaba la bandera, á cada lado se dejaba un espacio de 25 pies más allá del cual se colocaba la caballería de modo que á cada manípulo correspondía una fila de esta. La sexta calle transversal se formaba dejando 50 piés entre la 5.ª y 6.ª porcion de caballería y el 5.º y 6.º manípulo y se llamaba *via quintana* por esta causa.

Los romanos no dejaban de fortificar su campamento aunque sólo acamparan una sola noche. En los campos de evoluciones ó cuando estaba lejos el enemigo se hacía un foso de cinco piés y utilizando la tierra que de él se sacaba, un parapeto con terraplenes ó empalizadas, si el enemigo estaba cerca ó había que permanecer algún tiempo en el lugar, el foso se hacía de 10 á 12 piés y de 7 al menos de profundidad, con la tierra que de él estraían, levantaban el terreno afirmando la obra con trozos y ramas de árboles, sarmientos y estacas, luego clavaban en lo alto del terraplen los palos de 6 ó 7 pulgadas de diámetro, endurecidos al fuego, aguzados por una punta y teniendo en la otra 2 ó 3 ramas flexibles, de los que cada soldado debía llevar uno ó dos; hincadas estas estacas de modo que el enemigo no las pudiera arrancar, se enlazaban unas con otras por las ramas. Sobre este bastión se elevaba un parapeto hecho de barro con juncos entrelazados, y terminando en almenas. Pocas horas bastaban para este trabajo que de antemano estaba perfectamente distribuido, trabajando los aliados en los flancos colocados delante de su cabeza y los legiona-

rios en los otros dos. En los *castra stativa* eran todavía mayores las precauciones, solían hacerse dos fosos, se elevaba el bastión hasta 12 piés, se aumentaban las filas de las empalizadas, se dominaba el parapeto con torres que flanqueaban la línea, se hacían fosos cubiertos, se colocaban pequeñas máquinas de guerra, se construían torres de madera de diferentes pisos unidas por puentes que tenían un parapeto por el lado que miraba al campo, se resguardaban los soldados de los proyectiles en garitas de mimbre que formaban una especie de galería cubierta, *viñas*, y se las defendía del fuego con pieles frescas ó paños mojados en agua. Las salidas al campo se cerraban con una barrera fortificada con un enrejado grueso y si se temía un ataque le añadían un muro de tierra fácil de destruir cuando querían hacer una salida. A veces se sacaba un *brazo del campo* para ponerse en comunicacion con un fortín, ocupar una altura ó defender un río. De las trincheras al campo donde estaban las tiendas había 30 ó 35 toesas que servían para el desfile. El campamento tenía 4 puertas una á la cola del campo donde acampaban la décima cohorte y el décimo grupo de caballería y que por esta razon se llamaba *decumana*, otra á la cabeza llamada *pretoria* y dos laterales.

Encerrados en estas *civitates armatas*, como las denomina Vegecio, los generales romanos no aceptaban el combate más que cuando les convenía.

Y no sólo se había atendido á la defensa material del ejército, sino á fortificar la unidad moral, que es más importante todavía. Apenas ingresaban en el campamento los soldados, se les hacía jurar por los tribunos, *que no sustraerían nada del campamento y que si encontraban alguna cosa la llevarían á los tribunos*. Las guardias se hacían en toda la extensión de las trincheras y á las puertas por los velites, que custodiaban también el lado exterior del foso. Cada centinela duraba la cuarta parte de la noche, que por eso se llamaba *vigilia*.

Cuatro manípulos, dos de príncipes y dos de astatos, tenían la obligación de limpiar el campo, los otros manípulos hacían la guardia del cónsul, de los tribunos, del cuestor y del teniente; los triarios vigilaban los caballos. Se elegían un caballero y tres infantes, llamados *teserarios*, para recibir el santo y seña. Todos los días, por la tarde, se presentaban ante el tribuno de servicio, del que recibían una *tésera* (targeta), en que estaba escrita la orden, luego iban á la parte posterior del campo y se la entregaban al centurión de un manípulo, que después de enterado la pasaba al del inmediato, y así sucesivamente hasta que volvía al tribuno, al ponerse el sol. El tribuno daba

las téseras para las centinelas á los soldados que hacían las primeras; cada una tenía un número que señalaba la hora y otro que señalaba el puesto, y pasaban de mano en mano hasta los que hacían el último servicio. Se elegían cuatro caballeros para patrullar, uno para cada hora, á quienes el tribuno daba por escrito el nombre de los puntos que habían de recorrer dentro del campo y alrededor del baluarte, recogiendo la tésera de cada estación para dársela al tribuno por la mañana. Toda la educación del romano se dirigía á hacerlo apto para la guerra; desde niño se le acostumbraba á la pobreza y los trabajos y á los ejercicios gimnásticos; así que, además del peso de las armas y de lo necesario para levantar las tiendas y fortificar el campo, llevaban á veces grano para veintiocho ó treinta días, y sin embargo caminaban veinticuatro millas en cinco horas, con un peso que, aun reduciendo aquél á la mitad, era, además del de las armas, de sesenta libras. El soldado recibía cuatro módios de trigo al mes, el caballero romano doce, el auxiliar ocho, porque no tenía que mantener más que un criado. Ellos mismos molían el grano con una piedra, después de tostado; además de esto se les daba sal, carne de puerco ó de carnero, aceite, legumbres y queso. Bebían agua mezclada con vinagre. En los días de batalla se desayunaban muy temprano y cenaban á las cuatro ó las cinco de la tarde. El gasto de las armas, de la tienda y quizá el de la ración, se descontaban de la paga; en cambio se repartía entre ellos el botín. Los tribunos reunían toda la presa y asistían á la venta que de ella hacía el cuestor, y al reparto entre los soldados, que competía al general. Se les daba la mitad en el acto y la otra quedaba en depósito en caja. Aunque cada legión tenía diez cohortes, se dividía en once porciones, reservándose la undécima para los funerales, las guardias y los enfermos; éstos estaban libres de servicio, pero se contaba con ellos para el reparto del botín.

A los oficiales y soldados que se distinguían se les premiaba con *coronas* ó con *dones militares*. Las primeras eran de cinco clases: la *obsidional*, que se concedía al que había librado á una plaza ó á un ejército de un asedio, y era al principio de yedra y luego fué de oro imitando las hojas; la *cívica*, de hojas de encina, á los que habían salvado la vida á uno de los compañeros, éste quedaba obligado á su salvador mirándolo como á una especie de patrono; la *mural*, de oro, almenada, al que había plantado primero el estandarte en la ciudad enemiga; la *castrense*, también de oro, pero figurando estacas, al primero que penetraba en enemigo campamento; la *oval*, á los generales que merecían el pequeño triunfo, y la *triunfal*, á los que mere-

cían el grande. Esta no se concedía más que al general que con ejército propio, mandándolo como magistrado, hubiera muerto á lo menos 6.000 enemigos y conquistado algún país para la República. Se consideraba como de gran importancia el llevar *despojos opimos*, es decir, los del general enemigo muerto, que se depositaban en el templo de Júpiter Feretrio. Los segundos consistían en el *asta pura* ó sin hierro, al que mataba á un enemigo en combate singular; el *brazalete* y los *collares* á los que se distinguían en los combates, y los *estandartes* que se destinaban á los principales oficiales. Para los hechos extraordinarios había además columnas, arcos de triunfo, trofeos, &.

En cambio la disciplina era muy severa; oficiales y soldados eran iguales ante el hacha del lictor. El cónsul, al salir de Roma, añadía á las faces de sus lictores el hacha, en señal del poder de condenar á muerte. Dábase ésta, no sólo á los desertores, sino á los que combatían sin orden, no obedecían á las señales, abandonaban el puesto, abandonaban ó vendían las armas ó excitaban á la sedición. Los instrumentos de que se servían para las señales eran el *lituus* (de madera fina forrada de cuero), la *tuba* (trompeta de cobre), la *buccina* (la caracola) y el *cornicen* (el cuerno). La tocata, llamada *clasicum*, sólo podía ser ordenada por el general. Si el delito que merecía la pena de muerte era cometido por una colectividad, se diezmaba. El horrible castigo del palo (las baquetas) se imponía por el centurión. Cuando las faltas eran ligeras, se castigaban con encomendar á sus autores servicios penosos, como cavar zanjas, llevar estacas para fortificar el campo, diciéndoles como Escipión: *dejarás de llevar estacas cuando te baste la espada para defenderte.*

Cómo los triunfos militales eran los que abrían la carrera de los honores, apesar del *cedant arma togæ*, el poder civil nunca se sobrepuso ni aún se separó del militar, como debía suceder en un pueblo que aspiraba á la dominación; considerando la política como un medio para la conquista y juzgando por los resultados la eficacia de los principios y de los sistemas en más de una ocasión se hizo callar ante el éxito las honradas voces que en el Senado condenaban la injusticia y hasta la santidad de las mismas leyes. Pidiendo el severo Catón á Escipión el Africano las cuentas de la guerra, éste en vez de poner en claro su probidad presentándolas, le dijo al pueblo "Hoy hace años que con ayuda de los dioses vencí en Africa á Aníbal y á Sifax, venid conmigo á dar gracias á los dioses y pedidles que os dé siempre gefes que se me parezcan" y el pueblo le siguió dejando sólo á Catón en los desiertos comicios. Contribuían

mucho á mantener la disciplina las clases de licencia ó retiros que se otorgaban. Sin hablar de la *missio gratiosa* que los generales otorgaban por favor pero que los censores podían revocar, habia la *missio justa et honesta* concedida por la edad y los servicios, la *missio causaria* por enfermedad ó heridas y la *missio turpis et ignominiosa*, la que se daba por faltas.

Contra ésta poderosa organización militar los cartagineses no pudieron oponer más que el genio de algunos de sus generales y su dinero. Cierto es que, á lo que podemos apreciar, la aristocracia cartaginesa tenía una escuela militar no inferior á la romana. Cierto es que pudieron utilizar medios de guerra cómo los elefantes que los romanos no tenían, cierto es que con su dinero ó con su astucia pudieron proporcionarse auxiliares tan poderosos como la caballería númida y las catervas celtibéricas, con los que llegaron á igualarse y á sobreponerse en ocasiones á sus enemigos, por lo que á considerar sólo las fuerzas visibles el éxito hubiera sido difícil de predecir. Pero los romanos tenían una fuerza interna á que los cartagineses nada podían oponer, si las fuerzas materiales pueden oprimir temporalmente el derecho, éste acaba siempre por triunfar. En la situación en que en España estuvo la guerra éste dependió siempre de los aliados, siendo relativamente pocos los romanos y cartagineses que combatieron, los Escipiones que podían dar ya por arrojados de la península á los cartagineses abandonados de los celtíberos perdieron todo el fruto de sus victorias en un dia, los cartagineses abandonados á su vez de los celtíberos y de los númidas tuvieron á su vez que evacuar á España.

Por muchas simpatías que despierten en nosotros los cartagines como vencidos ¿que era lo que podían ofrecer á los españoles? Hacer de ellos colonos que trabajaran para sus amos.

Los romanos se presentaban como sus aliados y sus amigos y les daban muestras de una justicia superior. La elección entre ambos no era dudosa. (1)

Mejor se dirá hubiera sido no decidirse por ninguno de los dos. Indíbil y Mandonio y los celtíberos lo intentaron en la manera que les fué posible, inclinándose á la parte más débil para mantener el equilibrio entre ambas. ¿Hubieran podido mante-

(1) Un pasage de Cencio, *de re militari*, conservado por Aulo Gelio (XVI, IV) trae esta fórmula con que el ficial, arrojando el dardo al territorio enemigo, declaraba la guerra: "Qod populus hermundulus, hominesque populi hermunduli, adversus populum romanum bellum facere, delinqueruntque; quodque populus romanus cum populo hermundulo, hominibusque hermundulis bellum jussit ob ea a rem ego populus romanus populo hermundulo, hominibusque hermundulis bellum indico facioque.„

nerse neutrales? Los sucesivos acontecimientos han de decírnoslo y acaso revelarnos causas que para los historiadores han pasado desapercibidas.

No debemos empezar este nuevo estudio sin anotar un hecho que por lo pequeño pudiera pasar oscurecido y que sin embargo en adelante había de tener grande trascendencia. Escipión ántes de marchar estableció á los soldados estropeados y débiles en una ciudad que les edificó y llamó Itálica. (1)

Fuentes históricas.—Las principales para éste periodo son: Polibio uno de los mil aqueos traidos en rehenes después de la derrota de Perseo. Protegido por Escipión el Menor viajó por todo el mundo entónces conocido, reunió materiales que, como los primeros tratados entre Roma y Cartago, sólo en él se encuentran y escribió su *Historia General* en 40 libros de los que sólo se conservan los 5 primeros y fragmentos de los restantes. Comprendía desde la segunda guerra púnica hasta la conquista de Macedonia; estudia profunda é imparcialmente los hechos y sabe caracterizar á los actores. Comprende como nadie el génio político de Roma al que atribuye sus éxitos y presiente con claridad su destino, pero, si estudia sagazmente las causas inmediatas de los hechos, no se propone elevarse á las primeras y si admira la grandeza de la política romana no vé sus defectos, lo que le hace ser, sin quererlo, algo parcial en su favor. Mira lo propuesto y lo conseguido más que su justicia. Tito Livio que aplica la elocuencia á la historia á la que dá un tinte poético por lo que así como pórque su historia es una glorificación de Roma puede compararse con Herodoto aunque queda muy inferior á éste en su diligencia para la investigación de la verdad. Strat (zur Geschiste des 2 punischen Kruges nach der Schalah von cannæ) le acusa de haber deformado la tradición analística con sus invenciones y exageraciones. De los 142 libros de su Historia de Roma que comprendían desde su fundación hasta 744 se conservan los 10 primeros (h 460) desde el

(1) Una equivocación, consistente en haberse puesto en la traducción de las Ibericas de Apiano Santii en lugar de Sautii que es la traducción del griego *traumatías* (cstropeados ó inválidos), persuadió á Ambrosio de Morales á que la ciudad de Itálica se había llamado Santium (Sancios) antes de Escipión, error en que cayó Mariana (Libr. II, cap. 23). Rodrigo Caro (Antigüedades de Sevilla, cap. 12) y Cean Bermúdez (Sumario, página 282). El pasage es el siguiente: Scipio, militibus vulneribus debilitatis, urbem habitandam tradidit, quam ab Italia Italicam nominavit. En el texto griego, literalmente avecindó á los estropeados. Que debió haber, sin embargo, alli anterior población de naturales, lo demuestra el que la hizo municipio y no colonia.

XXI al XLV (534-585) y fragmentos de otros. Respecto de las fuentes en que ha bebido, Hesselbarth (Historisch Krische Untersuchungen zur III Decade des Livius) dice que todo lo ha tomado de Polybio, Von Breska) Quellenuntersuchungen in XXI XXIV Buche des Livius) que hay en él varidad de fuentes, Soltan (Las fuentes griegas de T. Livio, Philólogus. L. III) cree que ha seguido á Polibio en los libros XXIII y XXX más adelante ha tomado de él para describir el estado de los negocios en Grecia. Otras semejanzas se esplican por haber utilizado al analista Claudiano que los había tomado de aquél. No ha utilizado directamente á Sileno sino por el intermedio de Cælio. Justino: De los cuarenta y cuatro libros de los Orígenes de la historia de Filipo y de todo el mundo de Trogo Pompeio no ha llegado á nosotros más que el compendio de Justino que en el libro XLIV se ocupa de España y de Cartago. Lucio Anneo Floro escribió en tiempo de Adriano un Compendio de Historia Romana en 4 libros que comprende desde Rómulo hasta Augusto. Dionisio de Halicarnaso Arqueología romana en XX libros, comprende desde la fundación de Roma hasta la primera guerra púnica. Se conservan los 11 primeros que alcanzan hasta los decemviros. Busca entre sus compatriotas con estilo retórico y escasa crítica el orígen del pueblo y de las instituciones romanas. Diodoro de Sicilia Biblioteca histórica en cuarenta libros de los que poseemos los cinco primeros desde el XI al XVI que llega hasta la batalla de Ipso y escasos fragmentos de los restantes, es más bien una colección de documentos que una historia; su mayor interés consiste en los textos que nos conserva de historiadores ya perdidos. Entre los biógrafos Cornelio Nepote del que no quedan más que las biografías de Catón y Atico y la vida de los grandes capitanes por mucho tiempo atribuída á Emilio Probo; por las incorrecciones que en ella se notan hay quien la crea un trabajo posterior, y los Paralelos entre los capitanes griegos y romanos de Plutarco, en ambos se encuentran particularidades que faltan en los historiadores. También sirve á veces aunque escasísimo de crítica Valerio Máximo que reunió en 10 libros los dichos y hechos memorables que sacó de las historias.

Aunque poeta, es una buena fuente para esta época Silio Itálico que expuso en forma poética la Historia de la segunda guerra púnica. Veleyó Patérculo escribió la historia romana hasta 30 de Jesucristo en dos libros, de los que se conserva el II y fragmentos del I, cuadro de los tiempos y circunstancias más que narración de los sucesos. Appiano escribió una Historia romana por pueblos y provincias hasta Augusto, se ha perdido más de la mitad. Dión Casio, Historia Romana desde la fun-

dación de la ciudad hasta 229 en 80 libros de los cuales se han perdido enteramente los XX últimos á que suple en parte el compendio de Xipihlín. Apesar de su falta de crítica y de ideas elevadas sirve para llenar muchas lagunas.

Para la organización militar y el estudio de éstas y las guerras sucesivas pueden consultarse á Vegetio De re militari y las Estratagemas de Frontino especialmente en la edición crítica de Gundermán (Leipsig 1888) con indagaciones sobre las fuentes del autor.

Ayudan mucho para éste estudio el de los geógrafos que yá hémos citado especialmente Estrabón y la Historia Natural de de Plinio.

Respecto á la crítica de las fuentes de éste periodo; Meltzer De bello punico secundo primordiis adversariorum capita quator muestra la tendencia de los historiadores latinos á desnaturalizar en favor de los romanos las cuestiones de derecho y estudia la situación política de Roma y Cartago, Fultín (Veber den Ursprung des 2 punischen Kieges Neuruppen 1887 pondera á Polibio como la mejor fuente aunque sus datos sobre la situación política de Sagunto no estén exentos de parcialidad, K. F. Neumann (Philologus XLV (1886) 385 crée que Cecilio Antipater no compuso su guerra púnica sino 177 ántes de Jesucristo.

Entre las obras españolas merece consultarse la Historia de Cartago del Conde de Campomanes con la traducción del griego del Periplo de Hannon y algunos artículos en el Boletín de la Academia de la Historia.

LOS ROMANOS EMPRENDEN LA CONQUISTA DE ESPAÑA

LUCHA POR LA INDEPENDENCIA

Los romanos no habían venido á España á conquistarla sino á combatir á los cartagineses y á vengar á Sagunto. Las ciudades españolas se habían dividido; unas habían sido sus enemigas, otras sus aliadas. De las que no habían sido destruídas y sus habitantes degollados ó entregados por esclavos, conforme al bárbaro derecho de la guerra de la antiguedad, las

más habían celebrado pactos, en los que se convenía desde la simple alianza hasta una disimulada sumision, consistente en el pago de un tributo y en la obligacion de auxiliar á Roma con un cuerpo mayor ó menor de tropas en caso de guerra de todo lo que respondian los rehenes que se entregaban. No habían entrado por consiguiente á formar parte del pueblo romano, conservaban sus magistraturas, sus leyes y su administracion. Diferente era la condicion de los que se habían entregado á la piedad de sus vencedores y que se llamaban *deditícios*. Según la fórmula de dedicion que se les hacía jurar, pues Roma como pueblo leguleyo, cuidaba mucho de revestir con las mayores solemnidades y las actas más auténticas las mayores injusticias, se entregaban con sus dioses, con sus campos y con sus personas de modo que sus propiedades y aún su libertad no las tenían más que en precario.

Libre España de los cartagineses, según el derecho formulario que los romanos se cuidaban tanto de hacer cumplir á los que contrataban con ellos, la República hubiera debido retirar sus tropas de la península, dejando á lo más algunas guarniciodes en las ciudades dediticias. En todo pensaron sus gobernantes menos en eso, de lo que se ocupaban era de preparar los medios de reducirla á provincia. Justo es confesar que tampoco los españoles estaban muy dispuestos á cumplir aquellos tratados que les habían sido arrancados por la fuerza, así que apenas hubo partido Escipión, el único general que según Indibil quedaba á los romanos, éste llamó á las armas á sus ilergetes y á los demás pueblos de España, diciéndoles que hasta entonces habían sido esclavos de Cartago ó de Roma y algunas veces, al par de las dos; que los romanos habían arrojado á los cartagineses y que los españoles, si obraban de acuerdo, arrojarían á los romanos y España, libre de yugo extranjero recobraría las costumbres y cultos de sus padres. Cundió la rebelión á los ausetanos y á los sedetanos (cerretanos?) llegando á reunir Indibil un ejército de 30.000 infantes y 4.000 jinetes. Acudieron al peligro Lentulo y Acidino, les enviaron legados para inducirlos á deponer las armas y habiendo sido atacados algunos forrageros romanos por jinetes españoles, salió de sus líneas la caballería romana, trabándose un combate que quedó indeciso. Al día siguiente todas las tropas enemigas se presentaron en batalla á una milla del campamento romano; en el ala derecha venían los ilergetes, en la derecha los ausetanos y en izquierda otros pueblos oscuros de España. Entre las alas y el centro habían dejado grandes espacios para que pudiera avanzar la caballería en el momento oportuno. Persuadido Léntulo

que esto no sería útil más que al primero que la lanzara en los intérvalos del enemigo, ordenó que lo hiciera al tribuno militar Cornelio. El habiendo travado con mal éxito un combate de infantería, se apresuró á hacer avanzar la tercera legión de la reserva á la primera fila para sostener la segunda que cedía ante los ilergetes. Restablecido aquí el combate se reunió con Manlio que estaba en el centro enviando refuerzos adonde era menester. Cargando entonces las turmas romanas rompieron las líneas de la infantería enemiga y cerraron el paso á su caballería. Viendo esto los españoles desmontaron, é Indibil lanzándose á su frente, sostuvo por algún tiempo encarnizada lucha; herido mortalmente continuaba peleando, hasta que un venablo puso fin á su vida. Entonces comenzó la derrota por todas partes, siendo considerable el número de muertos porque los jinetes no tuvieron tiempo de volver á montar. Trece mil y ochocientos quedaron prisioneros, y los demás fugitivos se retiraron á sus ciudades. Convocadas estas á una asamblea por Mandonio, quejáronse vivamente de su derrota, acusaron de ella á los autores de la revuelta y decidieron enviar una embajada para someterse; los generales romanos les contestaron que no aceptarían la sumision á menos que les entregaran á Mandonio y á los jefes principales; los entregaron, fueron conducidos al suplicio, se exigió aquel año doble tributo, trigo para 6 meses, tunicas y togas para el ejército y entregaron rehenes cerca de 30 ciudades. (1)

Apénas habían terminado los romanos la guerra de Filipo cuando M. Helvio, pretor de la España Ulterior, escribió al Senado que los reyezuelos Colcas y Luscino habían tomado la sarmas, que el primero se había apoderado de 17 ciudades y el segundo de las plazas fuertes de Cardo y de Bardo (2) en fin que en toda la costa los malacitanos, los sexitanos, la Beturia entera y en fin que todo el país que no había descubierto aún sus intenciones se sublevaría imitando á sus vecinos, por lo que decretó el Senado que, inmediatamente después de los comicios pretorianos, el pretor designado para la provincia de España, sometiera á la asamblea la cuestión de la guerra. Pronto se di-

(1) Tit. Liv. Decad. de la Hist. Rom. Libr. XXIX.

(2) Sandovál puso á Cardo en el monasterio de Cardeña, lo que contradijo el P. Florez mostrando lo injustificado de ésta correspondencia. Pujades en la moderna Cardona y á Bardo en Barcelona, Cortés y Lopez á Bardo en Pardoens y á Cardo en Garbaón pero las palabras de T, Livio que hacenvecinos de éstos pueblos á los malacinos, los sexitanos y los de la Beturia nos hacen tener por no despreciable la opinión de los que sitúan á Cardo en Carmo (Carmona).

vulgó otra carta que anunciaba "que el procónsul Sempronio Tuditano había sido derrotado en la España citerior y que, retirado gravemente herido del combate, había muerto. Sorteadas las provincias entre los pretores tocó la España citerior á Q. Minutio Termo y la ulterior á Q. Fabio Buteo cada uno de los cuales recibió una legión de las que habían levantado los cónsules y además 4.000 infantes y 300 caballos de los aliados latinos, recibiendo órden de marchar inmediatamente á sus provincias.

Por un extraño contraste miéntras perecía Sempronio Tuditano, su compañero de proconsulado en España C. Cornelio Léntulo recibía en Roma la ovación por su victoria contra Indívil, llevando ante sí 1.519 libras de oro 20.000 de plata y 34.5s0 dineros en plata acuñada.

Tan grave parecía la guerra de España que el Senado decidió que exigía la presencia de un Cónsul y un ejército consular por lo que designaron por provincias á los cónsules la Italia y la España Citerior, rogándoles que se las repartirán de común acuerdo.

Catón eligió á España y se le dieron dos legiones, 5.000 aliados y 500 ginetes, poniéndose además á su disposición una flota de 20 naves largas. Miéntras los cónsules se detenían en Roma á celebrar una Primavera Sagrada que se había ofrecido 21 años ántes, se recibieron de España mejores noticias. Escribía Q. Minucio Termo que había dado una batalla cerca de Turba á los españoles Budar y Basaside que los había derrotado habiéndoles hecho perder 12.000 hombres y que Budar estaba prisionero (1).

Salió el cónsul P. Catón con sus 20 naves y 5 más que le habían súministrado los aliados y desde el puesto de Luna envió órdenes á la costa para reunir todo género de embarcaciones y se hizo á la vela dando cita al ejército para el *Saltus Pirinæus* (El Pórtús) Reunidos allí los romanos penetraron en España, llegaron á Rodas de donde expulsaron á la guarnición española que ocupaba la fortaleza y se dirigieron á Emporión. Los de la ciudad griega recibieron amigablemente á los romanos sus aliados. Enterado allí Catón de donde se encontraba el enemigo se preparó á marchar contra él, después de despedir á los proveedores diciéndoles que la guerra se alimentaría á sí misma, y penetró en el territorio enemigo llevándolo todo á sangre y fuego. En la misma época M. Helvio dejaba la España Ulterior y con un refuerzo de 6.000 hombres que le había dado el pretor

(1) Tit. Liv. Decad. de la Hist. Rom. Libr. XXXIII.

Ap. Claudio encontró y derrotó bajo los muros de Iliturgis un cuerpo considerable de celtíberos que Valerio hace subir á 25.000, entró en la plaza y pasó todos los jóvenes á cuchillo, llegando al campamento de Catón y habiendo encontrado la comarca bien defendida devolvió las tropas á la España ulterior y marchó á Roma donde obtuvo la ovación, y no el triunfo por haber combatido en otra provincia y bajo los auspicios de otro general, entregando al erario 32 libras de plata en lingotes, 17.023 en monedas acuñadas con la biga y 120.438 de plata de osca.

Esta ovación precedió sólo en dos meses al triunfo de su sucesor Q. Minucio Termo porque después de entregarle el mando le retuvo en su provincia una grave enfermedad. Minucio entregó también al Tesoro 34.800 libras de plata en lingotes, 78.000 en monedas con la biga y 278.000 de plata de osca. (1).

Entretanto Catón estaba acampado en las cercanías de Emporión. Belistage, rey de los ilergetas, le envió tres legados entre los que iba su propio hijo á pedirle le enviara siquiera 3,000 hombres de socorro, porque sus plazas estaban cercadas y de no recibir esta ayuda, tendria que faltar á la fé jurada para no sufrir la suerte de Sagunto. Negóselo el cónsul al principio, pero, habiéndolo meditado por la noche, á la mañana siguiente contestó á los legados que, á pesar del temor á disminuir sus fuerzas, atendía más á los peligros de su posición que al suyo propio é hizo embarcar á su presencia la tercera parte de las tropas que cuando aquéllos se marcharon á llevar la noticia, recibieron la orden de volver á tierra. Dejando luego abandonado su campamento, rodeó por la espalda el del enemigo; colocando á los suyos en una posición en que se quedaban sin refugio si huían y envió hasta las empalizadas tres cohortes, que fingieron huir cuando los enemigos le salieron al encuentro, por lo que estos las persigieron en desorden. El cónsul abanzó entonces ordenadamente con sus legiones; sin embarno, su caballería fué derrotada en el ala derecha, siendo tal el miedo de los ginetes, que á pesar de haber sido socorridos por dos cohortes escogidas, el general tuvo que coger á algunos por el brazo para obligarlos á combatir. Así, mientras no se peleó más que con armas arrojadizas se peleaba con Marte igual. Continuó también cuando agotados los *soliferros* y las *falaricas* pusie-

(1) Así T. L. Libr. XXXIV de las Decadas, sin embargo éste pasaje debe estar equivocado porque en el libro anterior se dice que la victoria de Termo que aquí se supone posterior á la de Helvio, se supo en Roma ántes de la salida de Catón para España.

ron mano á las espadas. Pero cuando ya estaban cansados los unos y los otros, Catón mandó abanzar las reservas que arrojaron sobre el enemigo una granizada de dardos y formando la cuña descompusieron sus filas, por lo que en plena derrota huyó á su campamento. Mandó el cónsul atacarlo y él marchó con la legión de reserva impidiendo con su caballo y con el *sparo* que se adelantase ninguno de los suyos (1). Reconocido el campamento y viendo que la parte más débil era la puerta de la izquierda, mandó asaltarla á los príncipes y hastatos de la segunda legión. Cuando los españoles vieron dentro á los romanos, arrojando las enseñas se apresuraban á salir, pero la aglomeración obstruía aquellas estrechas salidas y los romanos los exterminaban.

Grande fué el resultado de esta victoria; Indica se sometió, muchos de las ciudades inmediatas, refugiadas en Emporión se sometieron también. Catón les habló con bondad, les hizo dar vino y alimento y los envió á sus casas.

Púsose en marcha inmediatamente y por todo el camino se le presentaban legados que venían á ofrecerle la sumisión de sus ciudades, de modo que cuando llegó á Tarragona ya le estaba sometida toda la España allende el Ebro.

Mas, esta sumisión no era más que forzada, corrió el rumor de que el cónsul marchaba contra los turdetanos y también el de que marchaba por montañas inacsecibles y esto bastó para que se sublevaran siete plazas fuertes de los bergistanos, Catón llevó su ejército contra ellos y no necesitó combatir para reducirlos á la obediencia. Apenas, sin embargo, había llegado á Tarragona cuando sin esperar que saliera á nueva expedición se volvieron á levantar; el consul no los trató ahora con la anterior indulgencia, sino que los vendió á todos en subasta para evitar que pidieran la paz con tanta demaciado frecuencia dice, T. Livio (2).

Hasta los turdetanos tenidos por los menos belicosos de los españoles se levantaron en armas y alentados por su número marcharon al encuentro del pretor P. Manlio, un ataque de la caballería bastó para ponerlos en desorden, mas no con esto acabó la guerra porque tomaron á sueldo 10,000 celtíberos. Esto hacía la situación más dificil y el pretor solicitó el auxilio del cónsul. Preocupaba á éste la rebelión de los bergistanos y temía que, en cuanto marchara, los otros pueblos sometidos segui-

(1) El *Sparum ó sparus* era un bastón herrado y también un venablo corto,

(2) Dec. de H. Roma. Libr. XXXIV.

rían su ejemplo. Juzgó, pues, que antes era preciso reducirlos á la impotencia. Para esto comenzó á desarmarlos pero muchos se mataban porque para el altivo español la vida sin armas no tenía precio. Convocó, pues, á los senadores de las ciudades sometidas y les consultó sobre un medio que asegurara la tranquilidad. Como no le contestaran les dió un plazo y los volvió á reunir pero se encerraron en el mismo silencio. entonces mandó desmantelar en un día todas sus ciudades. Marchó luego contra todas las que aun se mantenían independientes y apenas se presentaba en cada comarca cnando recibia la sumisión de sus pueblos, solo le resistió la rica y poderosa Legistica, teniendo que emplear las máquinas contra ella.

Ya asegurada la España Citerior marchó contra turdetanos y celtíberos. Estaban éstos en dos campamentos separados. Envió el cónsul, al de los últimos, tribunos militares á proponerles ó que se pasasen á los romanos con doble sueldo ó que se volvieran tranquilamente á sus hogares ó que si proferían la guerra señalasen sitio para la batalla. Ellos pidieron tres días para deliberar; celebraron consejo, admitiendo en él á los turdetanos, pero se armó tal confusión que nada decidieron. Entonces, sabiendo Catón que los celtíberos se habían dejado en Segontia (Sigüenza) todos sus bagajes, se dirigió contra ella para tomarla ú obligar á los celtíberos á salir al campo á defenderla, pero no habiendo conseguido ni lo uno ni lo otro, dejando todo su ejército en el campamento de Manlio, se encamioó al Ebro con solo siete cohortes. Con aquellas débiles fuerzas tomó algunas plazas, y sujetó á los sedetanos (edetanos, los de Valencia), á los ausetanos (los de Vich), á los suesitanos (los de Prades) y entró en el territorio de los laletanos (los de Manresa, Agramont, Martorell) que, aprovechándose de la marcha de los romanos, saqueaban á sus vecinos, por lo que éstos se asociaron á aquéllos. Sitiaron su capital que era una ciudad más larga que ancha (acaso Cerbera) y el cónsul mandó á los susetanos delante. En cuanto los divisaron los laletanos que los despreciaban, salieron á ellos y mientras tanto Caton se apoderó de la ciudad desierta. De allí marcharon los vencedores á *Castro Vergio* (Bergã) que era una guarida de ladrones. El príncipe de esta ciudad se refugió al lado del Cónsul, diciéndole que ya no tenía en ella ninguna autoridad habiéndose apoderado por completo de la plaza los bandidos que recibieran en su seno. Aconsejóle Catón que se volviera y que cuando viese á los romanos al pié de las murallas y á los bandidos ocupados en defenderlas se apoderase del acrópolis con sus partidarios. Tomóse así la ciudad; Catón concedió la libertad y el goce de sus

bienes á los que habían ocupado la fortaleza, vendió los otros é hizo matar á los bandidos.

Pacificada así la provincia, estableció un impuesto considerable sobre le explotación de las minas de plata y hierro que llegó á ser para Roma gran fuente de riqueza. Por estos triunfos decretó el Senado tres días de acciones de gracias.

Apaciguada España de este modo, Catón marchó á Roma, donde obtuvo el triunfo, haciendo llevar delante de él 25,000 libras de plata en lingotes, 123,000 en monedas con el cuño de la biga, 540 de plata oscence y 1,400 de oro. Después tomó á España bajo su protección y la defendió contra las exacciones de los pretores. Del botín distribuyó 270 ases á cada soldado y triple cantidad á cada caballero. Por un voto que hizo en Emporión erigio un templo á la Victoria Vencedora y acuñó monedas de que se hallan muchas en España con la inscripción *Victoria Victrice*.

Repuestos los españoles del estupor que les produjeron las atrocidades de Catón, vuelven de nuevo á las ármas. Los pretores C. Calpurnio y L. Quincio reuniendo sus fuerzas en la Beturia se dirigieron á la Carpetania y encontraron á los enemigos entre Hippo (Yepes) y Toletum (Toledo). Trabaron combate los merodeadores de los dos ejércitos y los refuerzos que les enviaron unos y otros generalizaron á poco la batalla. Los romanos fueron vencidos con pérdida de 5.000 hombres y temiendo que los sitiaran en su campamento, aprovecharon la noche para abandonarlo. Al día siguiente fueron á atacarlo los celtíberos y encontrándolo sin enemigos lo saquearon, se armaron con sus despojos y se dirijieron al Tajo,. Entretanto los pretores sacaban socorros de las ciudades aliadas y procuraban animar á los suyos. Cuando se vieron bastante fuertes se dirigieron al Tajo los celtíberos ocupaban la orilla opuesta. Sorprendidos por la repentina de la llegada del enemigo no estorbaron su paso por dos vados pero luego cayeron sobre ellos. La batalla fué sangrienta. La 5.ª y 8.ª legión que mandaban Calpurnio y Quincio se defendiau valerosamente pero los celtíbeberos formaron la cuña y viendo á sus soldados á punto de ceder, se puso al frente de la caballería y atacó Calpurnio por un flanco. Los centuriones, avergonzados al ver al pretor en medio de las filas enemigas, mandaron avanzar á los signíferos y los españoles no pudiendo resistir á un enemigo que se renovaba sin cesar se refugiaron en su campamento. Aquí se renovó el combate, los ginetes romanos tuvieron que desmontar, pero habiendo venido en su ayuda la 5.ª legión y después todo el ejército, tomaron los reales cogiendo 133 ense-

ñas y no pudiendo escapar más de 4.000 hombres. 3.000 de éstos que conservaron las armas se situaron en una altura inmediata donde parece que los romanos no los persiguieron. La muerte de 5 tribunos romanos y de algunos caballeros inducen á creer que las pérdidas de éstos fueron más de las de 750 soldados que confiesan.

El pretor C. Atlnio consiguió tambien una completa victoria contra los lusitanos en el campo astense pero al asaltar la ciudad que le dá nombre recibió una herida de la que murió dentro de ella.

Con éstas desgracias la España Ulterior permaneció tranquila pero en la citerior A. Terencio combatió la ciudad de Corbión (Prades) que era de los mesetanos vendiendo los prisioneros y pasó tranquilamente el resto del invierno. Calpurnio fué el primero que triunfó de lusitanos y celtíberos, llevando ante sí 83 coronas de oro y 12000 libras de plata.

Nombrados pretores P. Manlio para la España Ulterior y F. Flacco para la Citerior, oyendo que los celtíberos llamaban todo su juventud á las armas, sitió éste último á Urbicua (Checa) y los celtíberos vinieron á su socorro, muchos romanos fueron muertos, muchos heridos pero la perseverancia de Flacco la hizo dueño de la ciudad.

Habiendo reunido F. Flacco los contingentes de las ciudades aliadas se dirigió á Ebura (Talavera de la Reina) acampando bajo sus murallas. Allí fueron á encontrarlo los celtíberos en número de cerca de 30.000, el mayor que habían levantado hasta entónces. El romano envió a su hermano M. Fulvio con dos turmas de caballería á hacer un reconocimiento, pero con órden de no combatir. Esta maniobra se repitió durante muchos días, los celtíberos entónces durante cuatro le ofrecieron la batalla pero los romanos no la quisieron aceptar. Así pasó mucho tiempo hasta que creyendo el pretor convencidos á los celtíberos de que no sería él quién iniciara el ataque mandó á L. Acilio que al frente del ala izquierda y de 6.000 auxiliares rodease la colina en que se apoyaba el campamento contrario y que lo asaltase en cuanto oyera el grito de guerra. Esta maniobra se verificó durante la noche, al amanecer C. Scribonio prefecto de los aliados salió con la caballería extraordinaria, los celtíberos sacaron la suya y pusieron en movimiento su infantería, Scribonio volvió grupas persiguiéndole aquéllos, Flacco formó sus huestes en batalla detrás de los parapetos haciendo dar grandes voces á los soldados. Oídas éstas Acilio se apodera del campamento enemigo y lo incendia, al ver las llamas, los celtíberos tienen un momento de vacilación pero vuelven al

combate y cargan sobre los aliados que cejan, refuérzalos Flacco con la legión séptima, sale la guarnición de Ebura y Acilio los ataca por la espalda, los celtíberos sin embargo se defienden valerosamente y hacen pagar cara á los romanos su derrota.

Atravesó luego el ejército romano la Carpetania y fué á sitiar á Contrebia (Zorita de los Canes) alcázar y cabeza de la Celtiberia como la llama Valerio Máximo. Los celtíberos acudieron en su ayuda con dos ejércitos pero las lluvias interceptaron los caminos y llegaron tarde. No sabiendo que se hubiera rendido cuando pudieron llegar, ni viendo al ejército romano creyeron que habían levantado el sitio ó que estaría de la otra parte y fueron tumultuariamente á penetrar en ella. Entónces los romanos hicieron una salida y los derrotaron pero la misma confusión facilitó la fuga. Los que huían avisaron al otro ejército que se dispersó distribuyéndose en los lugare fuertes.

Flacco se apoderó de muchos castillos y sometió á casi toda la Celtiberia oriental. Manlío había conseguido también contra los lusitanos muchas ventajas.

Sorteadas de nuevo las provincias L. Postumio obtuvo la Ulterior y T. Sempronio la Citerior. Este preguntó á los legados de Flacco si podía contarse con la sumision de los celtíberos pidiendo que le dejasen el ejército de éste y amenazando si no limitarse á invernar en un territorio amigo. Conocía el Senado las razones de Sempronio pero temía también la yá anunciada indisciplina de los veteranos, si después de tantos trabajos se les retenía mas tiempo en la provincia, por lo que obrando con su acostumbrada cordura creó una nueva legión de 5.000 infantes y 400 caballos y concedió la vuelta á los anteriores al consulado da Sp. Postumio y L. Marcio pudiendo reunírseles cuando llegaran los refuerzos, los que excedieran en las dos legiones de 10.000 infantes y 600 caballos y en los aliados de 12.000 y 600 respectivamente.

Viendo Flacco que su sucesor tardaba en llegar, sacó sus tropas y llevó á sus soldados á los términos de la Celtiberia aun no sometidos. Esto en vez de amedrentar á sus habitantes, los irritó. Reunieron secretamente sus fuerzas y fueron á esperarlo al desfiladero de Manlio. Graco había ya enviado á su legado á invitar á Flacco á que llevase el ejército á Tarragona, donde se proponía licenciar los veteranos y organizar el ejército. Hubo pues que renunciar á la expedición proyectada, por lo que los celtíberos, creyendo descubierta su conjura y que el general enemigo estaba asustado, lo esperaron con mayor confianza. Cayeron sobre él y despues de haber desecho á los aliados, atacaron á las legiones formando la cuña, quebranta-

ron á estas y casi desordenaron sus filas. Solo pudo salvarlas de la derrota, la caballería, que logró deshacer la cuña, por lo que votó el pretor un templo á la Fortuna Ecuestre y Juegos á Júpiter. Triunfó el romano, pero pagando tan cara la victoria, que no pudo acampar aquel día.

Concertaron L. Postumio Albino y Sempronio Graco, que el primero, cruzando la Lusitania y pasando por los vascos, penetraría en la Celtiberia y mientras entraba Graco en lo más occidental de esta región, donde el fuego de la guerra ardía con mas intensidad. Apoderóse el último de Munda (Montiel); por una sorpresa nocturna y por sus pasos contados vino á caer sobre Cértima (Criptana). Ya estaban aplicadas las escalas al muro, cuando vinieron comisionados de la ciudad á la tienda de Graco, diciéndoles que estaban decididos á resistir pero que si les permitían ir á los reales de los celtíberos, si estos no les ofrecían socorros, deliberarían acerca del partido que habían de tomar. Concedióles Graco el permiso y volvieron trayendo con ellos otros diez.

Lo primero que estos hicieron fué pedir de beber, apurados los primeros vasos pidieron más, lo que excitó la risa de los romanos. Satisfecha la sed habló así el más anciano de los venidos: "Nos envia nuestra nacion á saber de tu boca en qué confías para traer la guerra á nuestra casa." Graco hizo desfilar ante ellos su brillante ejército con lo que se marcharon y persuadieron á sus príncipes á no enviar socorros. Los vecinos de la ciudad, viendo que no les llegaba, apesar de las fogatas que pidiéndolo encendieron en las torres, capitularon, entregando 420.000 sextercios en dinero y 40 de los más nobles caballeros que los romanos asociaron á sus filas, aunque no en calidad de rehenes, siéndolo de hecho.

Desde allí se encaminó Graco á Alces (Alcazar de S. Juan) donde los celtíberos tenían sus reales. Después de algunas escaramuzas consiguió sacarlos de sus trincheras. Mandó entonces á los príncipes de los aliados que fingieran una retirada y cuando los celtíberos llegaron á su campamento hizo salir por todas sus puertas las tropas, ya para este efecto preparadas. Lo inesperado del ataque desconcertó al enemigo que en vez de apoderarse del campamento enemigo no pudo defender el suyo.

Después de ésta batalla Graco se retiró de Alces y, talando otras regiones de la Celtiberia, en pocos días se hizo dueño de 103 poblaciones recogiendo un enorme botín. Volvió luego sobre Alces que se resistió hasta que se aplicaron las máquinas al muro, pero no teniendo seguridad en la guarnición, los vecinos se retiraron á la acrópolis y enviaron oradores para entregarse.

Entre los prisioneros había dos hijos y una hija de Turro, uno de los régulos de la comarca y de los más poderosos de los españoles, el que habiendo sabido esta desgracia se presentó en la tienda de Graco y le preguntó: ¿Se me concederá la vida y la de mis hijos? Graco le contestó que sí. ¿Se me permitirá combatir en las filas de los romanos? Graco le contestó igualmente. Pues bien, añadió el príncipe, desde ahora os seguiré contra mis antiguos sócios, ya que ellos no han mirado por el honor de mi familia.

Amedrentada con tantos infortunios, entregóse también la cercana Ergabica (Cabeza de Griego).

Pero estas rendiciones no se hacían de buena fé; así que reunido un nuevo egército de celtíberos á las faldas del Mons Canus (Moncayo), se dió una gran batalla que duró desde el amanecer hasta las tres de la tarde, en la que sólo se puede decir que los romanos no fueron derrotados porque al otro día los celtíberos los dejaron quietos, ocupados en recoger del campo los despojos. Sólo en el tercero los celtíberos se dieron por vencidos.

Desde entónces dejaron las armas y se acomodaron á una paz estable y verdadera, bien que á ésto contribuyó en gran manera la moderación de Graco, que supo hacer reinar entre los vencidos la paz y las leyes. Distribuyó tierras á los pobres y celebró tratados con todos estos pueblos cimentados con recíprocos juramentos y tan equitativos que en las guerras posteriores los invocó la generación siguiente. Para perpetuar la memoria de estos trabajos Graco dió su nombre á Ilurcis que de él se llamó Gracurris.

No se conocen tan bien los hechos de Postumio. Se sabe que sometió á los vaceos y á los lusitanos que perdieron en aquella lucha 40.000 hombres, uno y otro general fueron á Roma á recibir los honores del triunfo.

Permaneció España pacífica durante el proconsulado de M. Titinio y T. Fonteyo que se les prorrogó porque el sucesor del primero P. Licinio Craso y el del segundo M. Cornelio Escipión alegaron para escusarse de venir tener que celebrar ciertos sacrificios solemnes. Pero las exacciones de Servilio Cepión procónsul de la Ulterior y de P. Furio Filón tan pobre como avaro excitaron de manera los ánimos que á la llegada de Apio Claudio los celtíberos atacaron repentinamente el campamento romano é impidiendo á éstos la salida llevaron por algún tiempo la ventaja, pero habiendo conseguido á costa de grandes esfuerzos forzarla los romanos los derrotaron con pérdida de 15.000 entre muertos y prisioneros y de 32 enseñas con lo que se acabó la guerra el mismo día.

Los españoles, para poner algún coto á las exacciones, acudieron al Senado. Enviaron legados que después de quejarse del orgullo y de la avaricia de los pretores se arrojaron á las plantas de los senadores, suplicándoles no consintieran se persiguiese y despojase más cruelmente que á los enemigos á los aliados del pueblo romano. Como además de otros indignos tratamientos había evidentes extorciones, el pretor L. Canuleyo á quien había tocado España recibió órden de elegir en el Senado 5 recuperatores (1) y se autorizó á los legados á elegir patronos. Cuatro fueron los elegidos: M. Porcio Catón, P. Cornelio Escipión, hijo de Cneo, L. Emilio Paulo, hijo de Lucio, y C. Sulpicio Galo.

Citóse ante el tribunal á M. Titinio, que compareció ante él dos veces y fué absuelto al tercer día. Suscitáronse desavenencias entre los legados de las dos provincias, por lo que los de la España Citerior tomaron por patronos á Catón y Escipión y los de la Ulterior á Paulo y á Galo. Los de la primera hicieron comparecer ante los comisarios á P. Furio Filon y los de la Ulterior á Macieno; contra ambos se dirigieron gravísimas acusaciones y se amplió la causa, pero cuando se debía ver nuevamente, se supo que Filon se había desterrado á Preneste y Macieno á Tibur. Se sospechaba que los patronos se oponían á que se persiguiese á ciudadanos ricos y poderosos y esta opinión se robusteció cuando se vió á Canuleyo abandonar el asunto para ocuparse de las levas. (2) De este modo se dejó en el olvido lo pasado, pero el Senado tomó medidas para lo porvenir. Los españoles consiguieron que los pretores no tuvieran derecho á tasar el trigo (3) ni á obligarlos á vender sus vigésimas al precio que les señalara (4) ni á establecer en las

(1) Era un tribunal que entendía en la reivindicación de las propiedades. Sus miembros, según unos habían de eligirse entre los jueces, según otros entre todos los ciudadanos.

(2) Cuando había que oír nuevos testigos ó había nuevas pruebas que hacer ó los jueces estaban indecisos respecto á la sentencia, marcaban sus tablillas con las letras N L (non licet) y el pretor pronunciaba la palabra *amphim* y se aplazaba la causa para otro día que él designaba. Esta era la *ampliatio*. Algunas veces el magistrado la aplazaba hasta el día en que terminaba sus funciones, privándose de la facultad de decidir.

(3) Las provincias tenían la obligación de suministrar á los magistrados cierta cantidad de trigo para su uso particular; pero algunos lo exigían en dinero á lo que se daba el nombre de *frumentum æstimatum* y lo tasaban á vil precio. Los españoles consiguieron que lo recibieran en especie ó al precio del mercado.

(4) Las provincias debían vender trigo á los romanos *(frumentum emptum)* y los magistrados recibían del Erario el dinero para comprarlo pero le ponían muy bajo precio y se quedaban con la diferencia.

ciudades receptores encargados de cobrar las tasas.

Una legacion de otro género llegó también á Roma por entonces. Más de 4000 nacidos de mujeres españolas y de soldados romanos solicitaban tierras en que habitar. El Senado decretó que diesen sus nombres á L. Canuleyo y los que el pretor manumitiese, serían enviados á Carteya, que se consideraría como ciudad latina con el nombre de colonia de libertinos. En cuanto á sus antiguos moradores, á los que quisieran permanecer en ella, se les señalarían tierras.

Aunque España continuó siendo una de las provincias pretorias, no se sabe cuales eran los pretores á quienes cupo en suerte la Citerior ni la Ulterior cuando estalló en esta la rebelión de Olinónico ó Salóndico. Este se fingió adivino y blandía una lanza de plata que suponía haber recibido del cielo. Con estas artes consiguió reunir un poderoso ejército de celtíberos y concibió el audaz proyecto de asesinar al pretor en su propia tienda. Penetró en el real con un solo compañero, pero un centinela le mató con un venablo y el compañero pereció tambien. Mandó el pretor que se clavaran sus cabezas en picas y que por prisioneros españoles fueran llevadas al campamento enemigo. Esto produjo tal terror que se disolvió el ejército y las ciudades enviaron legados, atribuyendo el delito á dos insensatos que habían ido á buscar su propio castigo. Así acabó aquella insurrección sin más efusion de sangre, por lo que el pretor fué alabado con justicia. (1)

Ardía sin embargo la guerra en la Lusitania. Un general llamado Africano murió de una pedrada al tomar una ciudad que no quería declarar la guerra á los romanos y le sucedió otro llamado Cesaron. Desbaratólo Mumio en el primer encuentro, pero siguiéndolo sin orden, aquél volvió sobre él, le mató 10.000 de los suyos y paseó los despojos romanos por toda España. Esta confianza perdió á los lusitanos que en una segunda batalla fueron vencidos con muerte de su jefe. Otro de sus capitanes llamado Chancheno ó Cantheno, tomó á Cunistorgis (Estombar) capital de los cuneos aliados de los romanos y se marchó al Africa. Rehecho Mumio, batió los restos de aquél ejército con lo que los lusitanos sosegaron y él alcanzó el triunfo. (2)

---

(1) Hasta aquí nos ha servido T. Livio de guía, pero desgraciadamente desde el libro XLXI en adelante no se conservan más que fragmentos y los Epítomes.

(2) Lo refiere Apiano en sus Ibéricas y creemos que debe colocarse en este lugar.

Pero otra guerra más terrible había comenzado ya. Entre las condiciones con que Sempronio Graco había pacificado la Celtiberia, estaba la de que sus habitantes no pudieran edificar nuevas ciudades fortificadas. Segeda ciudad de los pelendones, quiso ensanchar hasta cinco millas el ámbito de sus murallas, para lo que hizo concurrir no solo á los habitantes de los ópidos de su jurisdiccion, sino que obligó á los tithios (los de Atienza) á que los ayudaran; el Senado Romano se lo prohibió y los conminó á que pagasen los tributos pactados; pero los segedenses le contestaron que lo pactado era no edificar nuevas ciudades y que de los tributos ya el mismo Senado había hecho la condonación *et ita se res habebat*, dice en sus Ibéricas Apiano.

Tan grave estimaron el caso los romanos, que mandaron á España á Fulvio Novilior con un ejército consular, siendo tal el pánico que se adelantó desde entonces (598 A. U. C.) el mando desde Marzo á Enero.

Los de Segeda mandan á los arévacos sus mujeres y sus hijos y nombran á Caro por su capitán. Sale Fulvio Novilior con 30.000 hombres contra Caro y este lo derrota con pérdida de 6.000 hombres, haciendo huir á los restantes; mas descuidándose con el triunfo, pierde á manos de los romanos rehechos la victoria y la vida, teniendo que refugiarse en Numancia las reliquias de su ejército.

Había acogido Numancia á los segedanos como á sus aliados y consanguíneos *(socios et consanguineos)* (1) pero lejos de asociarse á su empresa, suplicó por ellos á los romanos. No solo sus ruegos fueron desatendidos sino que se les exigió entregar las armas en prenda de fidelidad. Exigencia era esta para los bárbaros dice Floro, que equivalía á que les cortaran las manos (2) por lo que se prepararon á la guerra. Juntáronse los arevacos en Numancia y en lugar de Caro nombraron por sus capitanes á Haraco y Leucon y los numantinos á Leuthebón por el suyo. Presentóse el Cónsul ayudado con 10 elefantes y 500 caballeros númidas que le había enviado Masinisa. Espantados los celtíberos con los elefantes se metieron en la ciudad; pretendieron entrar detrás los romanos, pero un elefante herido se revolvió contra los suyos y los celtíberos aprovecharon este accidente para perseguirlos hasta los reales, matando 4.000, obligándole á levantar el sitio, desbaratándole el

(1) L. Floro libr. II cap. XVII.
(2) Fl. Lib. II, Cap. XVII.

campamento y cogiéndole muchas armas é insignias militares. Rehecho Novilior de esta derrota, se enderezó á sitiar á Axenia (Ayora ó Nágera), mercado (1) de los celtíberos, pero no habiendo podido adelantar nada, una noche levantó el campo y se volvió á sus reales.

Falto de caballería envió á Blesio á una nación aliada á pedir caballos, pero los celtíberos le prepararon una emboscada; los españoles que auxiliaban á Blesio escaparon y éste y los suyos, obligados á pelear, perdieron la vida.

Viendo las ciudades celtíberas tantos descalabros se iban rebelando y entre ellas Ocilis (Medinaceli), donde los romanos tenían sus almacenes y el dinero, se entregó á los celtíberos.

No teniendo ya Novilior seguridad en ninguna parte, tuvo necesidad de invernar á campo raso, por lo que, y por el rigor del invierno y la abundancia de las nieves, perdió muchos soldados.

En lugar de F. Novilior que marchó á Roma, vino M. C. Marcelo con mayor ejército y con mayor fortuna. Apoderóse de Ocilis que perdonó multándola en 30 talentos y exigiéndola rehenes, de Nertóbriga (Ricla) vinieron legados para ofrecerle la ciudad, exigióles el Cónsul al principio sólo que le acudiesen con 100 ginetes. Luego como algunos de aquellos acometieran el último escuadrón de la retaguardia de los romanos, los cien caballeros fueron vendidos en almoneda y puesto cerco á la ciudad; volvió esta á enviar legados, llevando delante una lanza con una piel de lobo como pendón, para decirles que no podía imputarse á todos los ciudadanos el crimen de unos pocos. El Cónsul no quiso tratar con ellos si no entraban en la confederación los arébacos, los belos y los titios, pero éstos no querían sino con las condiciones con que lo hicieron con Graco. Remitieron la causa al Senado, el que por informes de Fulvio Novilior que se opuso á esos tratos, los remitió al general. Este sabiendo que los arévacos se habían apoderado de Nertóbriga se dirigió contra Numancia, donde estaba el jefe de aquellos Leutebon, quien, habiéndole pedido una conferencia, logró que los perdonase, habiéndole entregado rehenes y dinero, acaso porque deseaba Marcelo dejar arreglada las cosas de los céltiberos antes de la llegada de Lúculo su sucesor.

A este Marcelo se atribuye la fundación de la colonia patri-

(1) Así la llama Apiano en sus Ibéricas. Sin duda los celtíberos se reunían en ella como los turdetanos en Asta para tratar sus asuntos políticos, celebrar sus ferias ó nundinas y los sacrificios comunes á su culto.

cia de Córdoba, lo que acaso movió á Estrabón á suponer fundador de esta ciudad.

Tan grande era el miedo que en Roma inspiraban los celtíberos que hubo que sortear los soldados. Lúculo á quien la pobreza hacía avariento y la avaricia cruel, hallando pacíficos á los celtíberos acometió á los de Cauca (Coca) en los vacceos bajo pretesto de que éstos habían atacado á los carpetanos. Vencidos los de Cauca se concertaron en pagar 100 tálentos de plata, dar rehenes y cierto número de ginetes, pero una vez entrados los romanos en la ciudad, estos al son de una trompeta los degollaron á todos. Dirigióse después sobre Intercatia (Villa García) la principal de las 18 ciudades de los vacceos que se defendió valientemente. En una de las escaramuzas Escipión Emiliano, lugarteniente de Lúculo aunque de escasa estatura y fuerzas venció en combate singular al régulo de los vácceos que robusto y gigantesco venía todos los días á desafiar á los romanos. En un asalto Escipión llegó el primero á las murallas pero los romanos fueron rechazados y no pocos se ahogaron en una laguna. Por mediación de éste Escipión se convinieron en fin en dar 10.000 sayos y cierto número de jumentos, pues dinero no lo tenían ni lo deseaban, viviendo del producto de sus ganados.

Entre tanto Galva en la España Ulterior hacía frente á los lusitanos que saqueaban á los confederados con los romanos pero fué vencido por ellos teniendo que retirarse á Carmona. Habiendo penetrado de nuevo al año siguiente en la Lusitania y escusando los gefes de este país lo hecho porque á ello los obligaba la esterilidad de la tierra, Galva les prometió, si se pacificaban colocarlos en otras mejores. Convencíolos con su conocida elocuencia y cuando venían descuidados los acometió, adquiriendo tantos despojos que llegó á ser el ciudadano más rico de Roma, pero dando con su deslealtad ocasión á la guerra de Viriato.

Muchos lusitanos que se habían libertado de las crueldades y proscripciones de Galva se pasaron en número de 10.000 á vivir del pillage en la Turdetania. Marco Vetilio los encerró en un lugar tan estrecho que no tenían más remedio que rendirse. Dispuestos estaban ya á hacerlo, cuando Viriato recordándoles la perfidia de los romanos y mostrando á los suyos esperanzas de salvación, les ordenó que en el momento montasen á caballo y se dispersaran dándoles cita para Tríbola (Tobarra) (146 ántes de Jesucristo) él entretuvo á los romanos con 1.000 ginetes durante dos días y á la tercera noche escapó y se reunió con ellos en Tríbola. Siguióle Vetilio, pero Viriato le armó una

celada y lo derrotó con muerte del propretor, que alcanzado por un soldado y viéndolo tan viejo no lo creyó digno de hacerlo prisionero; los restos del ejército romano se refugiaron en Carpesa (Torre de Cartagena). El propretor de la España Citerior C. Pautio acudió con su ejército en cuya vanguardia llevaba 5.000 celtíberos; Viriato fingió huir, derrotó primero á los celtíberos sin dejar uno y luego á los romanos matándoles 4.000 de lo que quedó el pretor tan escarmentado, que se retiró á cuarteles de invierno en medio del estío.

Viriato se hizo dueño de toda la Lusitania (universam Lusitaniam occupavit). En Roma se absolvió á Galva y se envió á España á Claudio Unímano y á Cayo Nigidio como pretores de la Ulterior y de la Citerior, ambos se dirigieron contra Viriato. Unímano fué vencido y muerto cerca de Urique en Portugal como lo muestra la inscripción de Simonio Lubato que murió triste por no poder gratificar á Ebutio, soldado lusitano que lo salvó y lo hizo curar. Las haces y la segur fueron puestas por trofeo en los montes de la Lusitania con tanto espanto de los romanos, que mil de éstos, atacados por 300 lusitanos, dejaron tendidos en el campo mayor número de los suyos que era el de sus enemigos y que un peón puso en fuga á muchos ginetes romanos, asombrados de que de un solo golpe cortó la cabeza á un ginete y mató el caballo. Nigidio fué tambien vencido cerca de Víseo, como lo muestra un sepulcro de L. Emilio, que murió en aquella pelea.

Destruidos los ejércitos romanos *usque ad internictionem* se envió al cónsul Q. Fabio Máximo Emiliano con 15.000 infantes y 2.000 caballos, pero siendo todos bisoños el cónsul se acantonó en Osuna egercitándolos en pequeños encuentros. A la campaña siguiente, creyéndolos ya en disposición de presentarse en batalla, atacó á Viriato que estaba sitiando á Baccia (Baeza) le obligó á levantar el asedio y lo persiguió hasta Becor (Becorp) en la Contestania y retrocediendo á la Bética se apoderó de Escua (Archidona), de Gemella (Martos), de Obulcula (Mondova) y de Utica (Marmolejo); puso en ellas guarniciones romanas y las trató con tanta crueldad que á 500 prisioneros hizo cortar la cabeza y hasta 10.000 los vendió por esclavos ó los hizo perecer de varios modos; pasó luego á la Lusitania y conquistó gran parte de ella (pars máxima Lusitania recepta.)

Solicitó Viriato el auxilio de los celtíberos entonces en guerra con los romanos, Q. Pompeyo Rufo había sido enviado para sujetarlos, salióle al encuentro Viriato y sufrió un pequeño revés no lejos del Ebro y se retiró á Fanun Veneris (Almena-

ra) monte poblado de olivos. Desde allí hostilizó á los de Segobriga sin conseguir que le abrieran las puertas apesar de haberlos sorprendido en el día de sus sacrificios y cogido muchos prisioneros que hizo degollar delante de los muros, robádoles sus ganados y talado sus campiñas. Vino Pompeyo Rufo y Viriato pasó á la Bastitania, tomó á Utica (Marmolejo) é hizo prisionera la guarnicion romana. Pompeyo Rufo desde Córdoba no hacía más que enviar correos á Marcio que estaba en Itálica para que viniere en su ayuda y no habiéndolo conseguido se retiró á la España Citerior para abrir la campaña contra los termesinos y numantinos, con los que tuvo que hacer una paz vergonzosa.

Con la ineptitud de P. Rufo y la quietud de Marcio, Viriato se repuso de sus pérdidas. Envió el Senado contra el á Q. Max Serviliano con 18.000 hombres y 4.600 caballos; ademas recibió de Numidia 300 caballos y 10 elefantes. Se dirigió contra Viriato y este retirándose destrozó una division de Serviliano que se adelantó en su persecucion, tomó Serviliano á Utica, tomó tambien varias ciudades de la Beturia, pasó á Lusitania acabando con dos partidas de ladrones, habiéndose entregado un tal Coriba único á que perdonó. Viriato puso sus reales cerca de Erisana (Azuaga ó Lucena). Sitióla Serviliano construyendo fosos y empalizadas para rendirla. Mas Viriato entrándose en la ciudad con la oscuridad de la noche hizo una salida por la mañana y no solo le hizo levantar el asedio sino que persiguiéndolo hasta un desfiladero le obligó á hacer la paz reconociendo á Viriato como amigo de los romanos y quedando cada uno de los contratantes con lo que poseía. Según Apiano estos pactos fueron aprobados por el Senado (141 a. Jc.)

Viriato distribuyó su ejército en guarniciones, quedándose en los lusones con una pequeña división. Fab. Máximo marcha á Roma y viene en su lugar Q. Servilio Cepion, que escribe desde Tarragona á Roma lo mucho que convendría anular el tratado. Conseguido su propósito se apodera de Arsa en la Edetania (Hijar) y Viriato se retira á la Carpetania.

Servilio Cepión sugeta á los vettones, revuelve sobre Viriato y habiéndole puesto en grande aprieto, éste se escapa con una estratagema militar de las que acostumbraba y se vino á apoyar al mismo monte de Venus donde estuvo otra vez, (al N. de Sagunto). Desde allí envió á Aulace, Detalcón y Aumero, á reclamar el cumplimiento de los tratados, pero aquéllos se dejan corromper de Cepión y volviendo dándole lisonjeras esperanzas asesinan á Viriato dormido en su tienda, (139 años antes de Jesucristo). En vano se persigue á los asesinos; se le hacen

fúnebres exequias y se elige á Tántalo; éste se retira á Sagunto de aquí hácia el Bétis con dirección á Lusitania pero habiéndoles alcanzado Escipión y encerrado en un desfiladero les ofrece á los lusitanos un terreno feráz en que no tengan necesidad de seguir robando y los establece en Valencia que se funda entónces. Los lusones sin embargo seguían alborotados y habiendo venido Popilio contra ellos lo derrotan sin poder sujetarlos.

Concluída de este modo la guerra de Viriato y habiendo Metelo con su valor y buena maña pacificado á los celtíberos solo los de Termes y los de Numancia permanecían en libertad.

Con razón ha dicho L. Floro de Numancia. "Numancia cuanto es inferior en riquezas á Cartago, á Capua y á Corinto, tanto es igual por su fama á todas juntas. En efecto Numancia no era de grande extensión, sus muros ó mejor sus tapias exteriores no tenían más de 3.000 pasos. Colocada según Apiano y Floro en una altura medianamente elevada y en la cuña ó ángulo que se forma por la confluencia de dos ríos al Oc. el Duero y al S. otro pequeño que viene por Binieblas solo tocaba al continente por el NE. paso que defendieron con muchos fosos y estacadas, su término era montuoso y muy poblado de bosques, su población tan poco considerable que el número de los soldados que ella y sus aldeas podían armar no pasaban de 4.000 y sin embargo se sostuvo por espacio de 14 años según Floro, y según Estrabón de 20 contra todo el poder romano, derrotando á veces ejércitos de 40.000 hombres y obligando á sus generales á tratados vergonzosos.

No puede darse guerra más injusta; el pretexto fué haber dado asilo á los de Segeda que huyendo de los romanos se refugiaron en sus muros como sus aliados y parientes. Suplicó Numancia por ellos y no fué escuchada, protestó que no quería mezclarse en la guerra y se la mandó que entregara las armas, reunió entónces un pequeño ejército mandado por varios generales de los que se han conservado los nombres de Arathon, Lincón y Rethógenes y un Mégara ó jefe superior.

Marchó Pompeyo contra ellos con 30.000 infantes y 2.000 caballos, pero viendo que no hacía nada de provecho porque los numantinos se contentaban con fatigarle con escaramuzas sin presentarle nunca batalla, se dirigió contra Termancia, donde fué derrotado consiguiendo solo apoderarse de Manlía ó Malia (1) cuyos habitantes degollaron á la guarnición nu-

(1) Con esta ciudad se ha confundido Lagni que según Diodoro Sículo (Exerptas) pidió auxilio á los numantinos le enviaron 500 y viéndose muy apurado consintió en entregarlos á Pompeyo pero éste tomó á Lagni y perdonó 300 de estos valientes.

mantina y se entregaron, venció también á un capitán de banda llamado Tangino haciendo prisioneros á varios de los suyos que ó se mataban ó rogaban á sus dueños que los matasen y si se embarcaban agugereaban las embarcaciones para que se fuesen á fondo. Volviendo luego al sitio de Numancia, para rendirla procuró sacar al Duero de madre pero los numantinos hicieron una salida lo derrotaron y pudiéndolo desarmar se contentaron con un tratado de paz. Nególo luego Pompeyo avergonzado, acudieron los numantinos á Roma y el Senado mandó hacerles la guerra.

Vino para ello el cónsul Hostilio Mancino, que fué vencido varias veces en batalla y se desanimó de tal modo que sabiendo que los vácceos y cántabros venían en ayuda de Numancia no se atrevió ni á atajarles el paso ni á esperarlos, sino que levantó el cerco. Supiéronlo los numantinos por un accidente: dos jóvenes pretendían á una misma doncella y se determinó que se la darían al primero que trajera la mano de uno de sus enemigos.

Fueron al campamento enemigo y lo encontraron vacío y lo dijeron en la ciudad. Los numantinos salieron entónces contra los fugitivos y no tardaron en cercar á los que los tenían cercados.

El cónsul viéndose perdido negoció mediante Tiberio Graco la paz, en la que se concedía á los de Numancia la independencia. Negóse el Senado á ratificar el tratado. Entre tanto Marco Lepido quiso castigar á los vácceos y atacó á Plasencia, pero le vencieron degollándole 6.000 romanos. Con mejor fortuna Decio Bruto sometió á los célticos, lusitanos y gallegos, gozando el nombre de galaíco (1). Por órden del Senado Furio Frilón entregó á Mancino á los numantinos desnudo y con las manos atadas, éstos no quisieron recibirle, y pasado el dia y la noche lo recogió de nuevo. De este modo los romanos querían cumplir entregando al general y guardando el ejército. El nuevo cónsul Calpurnio Pisón, fué también vencido por los numantinos, perdiendo la mitad de su ejército.

Numancia había llegado á ser el terror de Roma, *máximum bellum* llama Cicerón á la que hacía á la señora del mundo esta pequeña ciudad. Para vencerla tuvo que acudirse al

(1) Según Floro (libr. 11 cap, XIII pasó el Lete río del Olvido) á cuya orilla se estremecieron de terror sus soldados, y habiendo recorrido victorioso la costa del Oceano no retiró sus banderas hasta que vió con sus ojos el sol sumergirse en el mar, y al fuego apagarse en las aguas, desde lo que no se podía mirar sin horror y sin cometer una especie de sacrilegio.

destructor de Cartago. Halla éste desmoralizado el ejército y lo entrega á fatigosos trabajos para que se manchen de barro manos que no se atreven á mancharse en sangre. Trajo de Roma 4,000 mancebos de la nobleza romana y de los príncipes aliados formando con ellos un escuadrón que llamó *Filonida*, contaba entre sus soldados, á C. Mario y á Yugurta y sin embargo entretuvo todo un año sus soldados, libertándolos de las celadas numantinas. Al siguiente con 60.000 hombres se acercó á la ciudad. Los numantinos le presentaron batalla que no quiso aceptar. Cercó á Numancia con una muralla más poderosa que la que ella tenía, defendida por torres, y puso dos castillos para impedir el paso por el río con vigas que lo atravesaban, tratando de vencer con hambre lo que no se había podido con las armas. Un ciudadano de gran valor llamado Retógenes Caraviano con otros 4 compañeros atravesó el valladar, degolló á los centinelas y fué á pedir auxilio á los arevacos. Solo la pequeña ciudad de Lucia intentó enviarles algún socorro pero Escipión venció y cortó las manos derechas á 400 de los jóvenes auxiliares. Desprovistos de toda esperanza los numantinos piden la paz, pero Escipión exige la entrega á discreción. Los numantinos ciegos de furor matan á sus embajadores, se emborrachan con la celia, escalan el valladar y degüellan á los romanos hasta que agobiados por el número, perdida toda esperanza y prefiriendo la muerte á la esclavitud, se matan unos á otros, no dejando al vencedor de la ciudad más que sus ruinas humeantes.

Pacificada por entónces la península, Q. Metelo pudo sujetar á los baleares que como corsarios infestaban las costas (125) por lo que obtuvo el sobrenombre de Balearico y M. Mario perseguir á los bandidos que infestaban los caminos. Dos veces invadieron los cimbrios á España y dos veces los vencieron los celtíberos unidos con los romanos (103).

Pero la paz no fué de larga duración; las exacciones de los pretores hicieron que se levantaran de nuevo los lusitanos y los celtíberos. Venció á los primeros Licinio Craso y libre Italia de los cimbros y tentones por el valor de Mario ya pudo el Senado, dice Apiano en sus Ibéricas, enviar á España á T. Didio que habiéndose dirigido á la región de los arevacos, dió una batalla indecisa, pero el cónsul hizo enterrar sus muertos, y los contrarios perdida la esperanza de la victoria fueron derrotados con pérdida de 20.000 y se dieron á partido. Termes la ciudad más constante en negar su obediencia á los romanos fué sitiada entonces y tuvo que capitular bajo la condición de que sus moradores abandonaran el sitio fuerte en que se asentaban y se vinieran á vivir al llano en un pueblo indefenso y sin mura-

llas. De aquí pasó T. Didio á sitiar á Colenda (Cutanda) á la que rindió después de 9 meses de asedio vendiéndose por el cuestor *sub hasta* hombres, mujeres y niños. Los celtíberos tenían junto á Colenda otra Ciudad que habitaban con ellos españoles de otras regiones que habían militado con Mario en la Lusitania y á quienes les había señalado allí campos y habitación autorizado por el Senado.

Estos extranjeros viéndose en la miseria, Didio con el consentimiento de los 10 legados que habían venido á establecer esta colonia de soldados eméritos decidió acabar con ellos. Para ésto dijo á los principales de la ciudad que quería repartirles parte del término de Colenda para aliviar su miseria. Cuando vinieron todos los de la ciudad para hacer las suertes mandó al ejército que saliese de Colenda y á los venidos que entraran en ella y cuando los tuvo dentro de la estacada y de los muros mandó al ejército que entrase y los degollara á todos, ¡y por semejante hazaña Roma le concedió el triunfo! (1)

Por este tiempo tambien Sertorio que en cualidad de tribuno militar estaba en Cástulo, habiendo los habitantes de esta ciudad concertado con los de Auringis degollar como lo hicieron á la guarnicion romana y habiendo podido escapar con pocos, rehecho su ejército, los castigó cruelmente y luego disfrazando á sus soldados con las ropas de los vencidos, penetró en Auringis y pasó á cuchillo á sus descuidados habitantes (2).

Todavía los celtíberos se rebelan de nuevo y el Senado envía contra ellos á C. Valerio Flacco que los derrotó con pérdida de 20.000. Belgida (Alcoriza?) que porque su Senado no quería declararse contra los romanos, pegó fuego á la casa en que se reunían pereciendo en ella abrasados todos los senadores, no sufrió más castigo que el suplicio de los principales motores del motín.

En las guerras que acabamos de describir se ofrece á nuestros ojos el extraño fenómeno de una lucha interminable cuya solución no se concibe.

Eran los pueblos del centro, del N. y del E. de España pueblos educados exclusivamente para la guerra; los montañeses más pobres vivían en gran parte de las rapiñas que hacían en sus incursiones sobre los más ricos que habitaban en los llanos, en cuanto los jóvenes podían manejar las armas se les enviaba á que de este modo se ganaran la vida; los que por habitar te-

---

(1) Omnes collendenses, vallum fossamque transgressos circumfuso milite trucidavit.

(2) Plutarc-Vid. de Sertor.

rrenos más fértiles sacaban de ellos lo necesario para cubrir sus necesidades, tenían que defenderlo, de aquí que la ocupación de todos los hombres fuera la guerra, dejando encomendada á las mujeres el cuidado de la agrícultura, de la ganadería y del gobierno de la casa. Aun entre los celtíberos los mas civilizados de estas regiones, se tenía por deshonra morir de otro modo que en el campo de batalla. Pueblos de esta naturaleza podían ser aniquilados pero no vencidos.

Mas estas mismas cualidades los incapacitaban para una acción común. Indivil llamó á todas las ciudades de España para arrojar á los romanos y recabar su independencia, solo le siguieron algunas de las tribus cercanas á la de los ilerdenses que era la suya y á la primera derrota los jefes de los confederados entregaron á sus enemigos á su cuñado Mandonio; el genio militar del lusitano Viriato logró que el Senado de Roma tuviera que reconocer la independencia de su pequeño reino, pero apenas fué asesinado, se disuelven sus huestes mostrando que sólo las mantenía unidas los prestigios de su general; á la Celtiberia misma que como más organizada presenta una resistencia más constante le falta también casi siempre aquella unidad de acción que asegura el triunfo, celtíberos son los de Segóbriga que combaten contra Viriato, celtíberos contra celtíberos acompañan las legiones, uno de sus jefes pide plaza entre sus auxiliares porque sus compatricios no han mirado como debían por su honra y la de su familia y el terror de Roma la inmortal Numancia, pelea sola durante veinte años y en sus postrimerías sólo un pequeño lugarejo se atreve á enviarle unos cuantos jóvenes en su ayuda.

Nec en bello concordia nec in pace quiescentia tal era la situación de unos pueblos que como todos y más que todos los de la antigüedad vivían en aquel estrecho particularismo que hace gastar las fuerzas en agitaciones infructuosas.

Tenían el más santo de los derechos que sustentar, el de la personalidad y el de la independencia, pero concibiéndolo como exclusivo á dejarlos entregados á sí propios hubieran sido un peligro permanente para los demás y para sí. Abandonados ellos hubieran consumado la obra de su destrucción y sin embargo tenían una cosa que á Roma le faltaba, el vivo sentimiento de la individualidad.

Roma representaba la paz que solo puede fundarse en el derecho, ese es su título de gloria, así lo reconocieron los españoles que proclamaron rey á Escipión después de sus magnanimidades de Cartagena.

Jamás pueblo alguno ha tenido tan clara intuición de su destino.

Tu regere imperios pópulus romane memento

ni de los medios adecuados para cumplirlo

Parcere subjectis ac debellare superbos.

ni encontró para efectuarlo una institución tan hábil, tan firme y tan prudente como el Senado Romano, esa asamblea de reyes.

Era preciso vencer y favoreciendo á los oprimidos se era más dueño en la casa agena que en la propia, era preciso conservar y se comenzaba por desmantelar las fortalezas; Catón se alabó de haber destruido más ciudades en España que días había permanecido en ella, se seguía por ocupar los puntos extratégicos con colonias militares, por abrir esas grandes vías, admiración de las edades que Marcial consideraba superiores á las bárbaras pirámides de Egipto, lazos con que el genio de Roma había de sujetar al mundo y se repartían á los montañeses, como se hizo á los soldados de Viriato con las tierras de Valencia, terrenos en las vegas para impedir que se remontaran y acostumbrarlos á las dulzuras de la paz, se comprendió por último que no hay victoria perdurable cuando no se cuenta con la resignación del vencido y el Senado trató de asimilar al suyo todos los pueblos.

Por lo mismo que él no lo era pudo tomar de todos lo mejor. Renunciando á lo que hubiera podido ser desarrollándose su ciencia y su literatura propia, se sometió á la ciencia y á la literatura de los griegos que tenía entonces y aún no ha perdido del todo, el carácter de ciencia y de literatura universal y mientras Escipión conquistaba, Asclepiades Myrleano enseñaba la gramática helénica, hacía gustar á los semi-vilizados turdetanos las bellezas de Homero y Marcelo fundando la colonia patricia de Córdoba, que no tardó en ser el lugar de moda de la aristocracia quiritaria, al establecerla estableció una escuela de romanismo (1).

Era preciso crear un derecho en que cupiera el derecho de todos los pueblos y Roma que sin alterar aparentemente la inmutabilidad del primitivo, mediante los edictos pretorios, concede con ingeniosas fórmulas á los plebeyos la familia y la propiedad de que el carácter religioso de estas instituciones los ex-

(1) Cicerón nos dice que en su tiempo apénas había patricio romano que no tuviera casa en Córdoba.

cluían (1) con la del *prætor peregrinus* llega á la concepción más alta de derecho á que se elevó la antigüedad á la de un derecho universal fundado en lo que hay de común en los diversos derechos al *jus gentium*.

Recopilando así esta civilización todo lo que había de común entre los hombres no se podía ser más que romano ó bárbaro.

Cada provincia que se agregaba á Roma, llevaba nuevos dioses á su panteón, nuevos auxiliares á sus legiones, nuevas leyes á su derecho y con el tiempo había de llevar nuevos ciudadanos á sus comicios.

Porque el Senado romano tan prudente como atrevido no hubiera consentido nunca en abrir de pronto los muros de su ciudad á aquella inundación de tribus diversas que hubieran destruido en sus comienzos su obra civilizadora, para evitarlo no concedía su derecho sino por fracciones á título de privilegio y conforme iban entrando las ciudades en la órbita de su civilización (2).

Poco había tocado de esto á nuestra España, salvo las colonias genuinamente romanas de los inválidos de Escipión y la patricia de Marcelo solo á la de Carteya se había concedido el derecho de los libertinos y eso porque los que vinieron á habitarla eran de sangre mixta romano-española. Lo que no se puede negar es que eran escuelas de educación y focos de propaganda porque en todas se dejaban á los antiguos habitantes concediéndoles tierras. Por lo pronto solo se habían sentido los males de la conquista la desolación y la ruina.

Estos males aunque por el lado opuesto, pues lo injusto no es bueno para nadie se hacían sentir en la misma Roma. La abundancia de metales preciosos encareció las subsistencias en Italia, la multitud de esclavos mató el trabajo libre, la acumulación de la riqueza en pocas manos hizo sentir la desigualdad y se abrió el abismo entre una aristocracia poderosa y una plebe

---

(1) Desde que los plebeyos adquirieron el *jus commertii*, no se pueden casar, porque no pueden santificar su matrimonio por la *confarreatio*, ritos de unos dioses y de una religión que no es la suya, pero pueden comprar á su mujer por el *æs et libram*, no pueden testar porque no tienen la propiedad quiritaria pero por el *æs et libram* pueden vender la herencia; no pueden alcanzar el dominio quiritario que es sagrado, pero el pretor les concede la *bonorum posetio*.

(2) El derecho quiritario comprendía el *jus commertii* el *jus connubii* el *jus sufragii* y el *jus honorum*, de éstos ni los latinos poseían más que los dos primeros, pues si se les concedió el tercero fué de una manera irrisoria pues teniendo que votar después de la última de las tribus la votación quedaba hecha ántes que ellos tuvieran que emitir su sufragio.

hambrienta á que había que alimentar. Para hacerlo había que expoliar á las provincias y los pretores tuvieron carta blanca, pero desconocería la lógica del mal quien sospechara siquiera que con pocas excepciones (la de Cátón es acaso la única) habían de cometer aquellos desmanes en provecho de la hacienda pública y no en el suyo.

El estado de la política los impulsaba á ello. Los cargos públicos eran electivos y la plebe degradada por el hambre elevaba á las supremas dignidades al que más le daba y al que la divertía más.

A tal extremo había llegado la expoliación y tan horribles eran los procedimientos empleados para conseguirla, cometiendo para ello crimenes expantosos que avergonzarían á los bandidos más desalmados que los varones menos inmorales como los Escipiones y Catón tomaron bajo su amparo nuestras provincias.

Sometióse á juicio á los pretores pero el dinero que habían robado sirvió para absorverlos y aún los mas justos apelaron á esas fórmulas de tramitación con que se disfrazan las injusticias en los estados corrompidos para que no recayeran sentencias condenatorias en varones consulares, lo único que pudo obtenerse fué algunas disposiciones que moderaran estos males para lo sucesivo.

En Italia la situación había llegado á ser insostenible. Aquellos campos feracísimos que merced á los esfuerzos del trabajo libre y á las pocas exigencias de una vida severamente viril habían alimentado una población tan enérgica y tan numerosa destinados ahora á *villas* de placer cultivadas por esclavos se despoblaban, los colonos libres afluían á Roma pidiendo pan, la ola de la miseria crecía, las provincias se agotaban y no era difícil predecir que á seguir aquel estado de cosas ni las provincias podrían suministrar más, ni Roma tendría ciudadanos para sujetarlas.

Los tribunos y sobre todo los Gracos pidieron una distribución más equitativa del *ager publicus* y el envío de colonias á los paises sometidos, los privilegiados se opusieron como era de suponer á entregar una parte de lo que detentaban, con su oro se ganaron una parte de la plebe más degradada y hasta á algunos tribunos y cerradas las vías del derechó se apeló á la fuerza.

Mario y Sila, representantes, el primero del partido popular y el segundo del aristócrático, cometieron á porfía los crímenes más horrendos, bastaba que incluyeran el nombre de un ciudadano en sus listas, para que su hacienda y su vida estuvie-

ran á merced del primer asesino. Mario aunque más rudo que su rival, tenía más el instinto de Roma y trató de conceder á los italianos el derecho de ciudadanía. Pero ¿qué parte tomó y qué efectos produjeron estas contiendas en nuestra España?

ESPAÑA EN LAS LUCHAS CIVILES DE LOS ROMANOS

En las luchas civiles entre Mario y Sila, Q. Sertorio había seguido el partido del primero, con quien había servido en las Galias, perdiendo un ojo á consecuencia de una herida. Desaprobando toda crueldad y amigo de la moderación, no tuvo gran partido entre los suyos, y prevaleciendo los temperamentos contrarios, las cosas de Mario iban cada vez de mal en peor, como Sertorio lo había pronosticado, y los de Sila lo proscribieron como á otros muchos.

Esto le obligó á refugiarse en España, donde ya había estado antes como tribuno militar con el prétor Didio. Conocía á los españoles, y con relevar á los pueblos de varias gabelas, especialmente de la de alojamientos, se atrajo la benevolencia de algunas ciudades y logró formar un mediano ejército.

Concibió la idea de atraerse á toda España, ofrecer en ella un asilo á todos los proscriptos y volver á Roma á restablecer la libertad.

Dejó para guardar los Pirineos á uno de sus capitanes llamado L. Salinator, pero Cayo Annio, enviado por Sila, lo hizo matar alevosamente por medio de Calpurnio Lanario, disolviéndose sus tropas.

Conociendo Sertorio que no podía mantenerse en España, para salvar los proscriptos en unas naves que hizo construir de prisa se embarcó en Cartagena y pasó á la Mauritania, donde habiendo saltado á tierra algunos soldados para hacer aguada, fueron degollados por los bárbaros; dirigióse de nuevo á las costas de España; mas rechazado de ellas y reforzada su armada con algunos corsarios de Cilicia, se apoderó de Ibiza. Buscóle en aquellas aguas la escuadra de Annio, y maltrecha

la de Sertorio por una tormenta, no pudo conservar la isla, y se dirigió á las bocas del Betis. Aquí encontró unos navegantes que venían de las Fortunatas y se decidió á establecerse en ellas. Según Floro, llego á ir, pero Plutarco afirma que los célticos le obligaron á tomar el rumbo de Africa, en donde tomó parte en la guerra que se hacía contra Ascalio, que quedó vencido, sitiado y preso en Tegena.

Por este tiempo los lusitanos habían levantado la cabeza y se habían refugiado en el monte Bellera; (1) enviaron embajadores á Sertorio y le ofrecieron el mando. Aceptólo Sertorio, encontróse con la armada de Cota en las aguas de Mellaria (Tarifa). Desembarcó luego junto al monte Bellera con 2.600 romanos y 700 africanos. Su fama se extendió rápidamente y desde luego se le unieron veinte ciudades lusitanas y algunas vacceas. El se atraía á los pueblos con su amabilidad y para herir la imaginación de la multitud, siempre afecta á lo maravilloso, fingió que Diana le había enviado una cierva blanca (regalo de un tal Spano), para que le revelara los consejos de la diosa en los sucesos más árduos. Fufidio fué á atacarle, pero no pudo vadear el Tajo ni vencer las asperezas y fué derrotado por Sertorio. (2) Pasó luego éste á la Bética, y junto al Betis derrotó á Didio, matándole 2.000 hombres.

Tan grave se presentaba la situación de España, que Sila envió á ella á Q. Metello, su colega en el segundo consulado. Este envió delante á su cuéstor Thoranio, que unido con Domicio, prétor de la Citerior, se adelantaron hasta el Ana, donde los derrotó Sertorio completamente. Desembarazada de enemigos toda la Ulterior, avanzó Sertorio por la Batistania á la Contestania y pasó á Denia, donde dió orden para que se refugiaran las naves con que hacía el corso á los romanos, tanto por ser lugar apto para este género de guerra, como porque tenía una atalaya (hemeroscopium) desde la cual se alcanzaba á gran distancia y podía evitarse las sorpresas. De ahí pasó á la Edetania é Ilergarbonia, que se aliaron con él.

Entró Metelo en España en el consulado sigiente, pasó el Ebro y como el ejército que traía era más apto para batallas campales que para escaramuzas y la edad avanzada de Metelo no era para la táctica de guerrillas, eligió para campo de su primera campaña las llanuras entre Segóbriga y Bílbilis. Apoderóse Sertorio de las montañas que había á uno y otro lado y tanto lo trabajó y fatigó con escaramuzas, que se vió Me-

(1) Salust. Fragm.
(2) Salust. Fragm.

telo precisado á llamar en su socorro á Manlio, procónsul de la Galia Narbonense, pero Sertorio mandó á Hirtuleyo á su encuentro que lo derrotó y lo obligó á encerrarse en Lérida. Tal era el estado de las cosas, que dice Veleyo Paterculo que comenzó á dudarse si Italia obedecería á España ó ésta á Italia, y á cual de los dos pueblos tocaría obedecer ó mandar.

Metelo, pasando por Borja (1) que estaba á su devoción, fué á los berones y de aquí á los vacceos, puso sitio á Lacóbriga, junto al Pisuerga (Lagunilla) y la cercó creyendo que en cinco días la rendiría, por no tener la ciudad más que un solo algibe; pero acudiendo Sertorio con más presteza que Metelo se figuraba, la socorrió introduciendo mil odres de agua en hombros de sus soldados. Con esto Metelo, desconfiado, levantó el cerco, se dirigió á la Galia donde tomó víveres, y desde allí se dirigió á la Lusitania, tocando por Segovia, donde encontrando un destacamento sertoriano, lo venció. Venció luego á Hirtuleyo junto á Itálica, con pérdida de éste de 20.000 hombres.

Sertorio en tanto desde Lacóbriga volvió á la Celtiberia, sacó á los caracitanos de sus cuevas con una estratagema, y los obligó á vivir en forma de ciudad. De allí pasó á Contrebia (Zorita de los Canes) la tomó á los cuarenta días; pasó á Castra Ælia (Morella) y allí reunió un concilio de las ciudades que le eran afectas; (2) de acuerdo con ellas aumentó su ejército, lo proveyó de nuevas armas que mandó construir con premura; para dar á España una forma de gobierno, creó un senado compuesto de ciudadanos romanos, que parece residió en Evora y abrió una escuela de letras griegas y latinas en Osca (Huesca) y allí envió varios jóvenes de los príncipes de los celtíberos, edetanos é ilegarbones, á quienes, mediante esta instrucción, concedió el título de ciudadanos romanos y que al propio tiempo le servían de rehenes. Por entonces desembarcó en la costa ibérica otro mariano, Perperna, con su ejército y sus soldados le obligaron á unirse á Sertorio. Este supo que venía Pompeyo contra él, mandó á Hirtuleyo, que estaba en Lusitania, que evitase las batallas con Metelo y prolongase la guerra, á Perperna que quedase en la Illegarbonia protegiendo á las ciudades aliadas y él, talando los campos de los enemigos, recogió de los amigos gente y vituallas, oro, hizo requisición de caballos, y mandó conducir todos estos auxilios á Contrebia, de que hizo su cuartel general.

---

(1) Tit. Liv. Frag.
(2) Tit. Liv. Fragm.

Pompeyo pasó los Pirineos con un gran ejército, sugetó á los indigetes (Ampurias) y á los lacetanos (Manresa y Llobregat) y pasó el Ebro.

Sertorio había vencido y muerto á varios generales subalternos y estaba maltratando á Metelo. Supo que varias ciudades aliadas, entre ellas Laurona (Liria), se habían pasado á Pompeyo. Con los auxilios traidos de Contrevia le puso sitio Pompeyo, anunció á los de Lauronia que él tenía sitiados á los sitiadores, pero Sertorio dijo: yo enseñaré á ese aprendiz de Sila que un buen general tiene que mirar más hacia atrás que hacia adelante y le amarró de tal manera con su ejército á retaguardia, que á su misma presencia tomó á Laurona y la incendió. Afrentado Pompeyo, tomó la vuelta de los Pirineos y sin duda entonces fué cuando edificó ó fortificó á Pamplona; á su vez Sertorio y Perperna tomaron la de Lusitania. Pompeyo volvió de los Pirineos á la Contestania y ocupó á Sucro (Alcira). Sertorio estaba en Denia, donde recibió los embajadores de Mitridates que buscaba su alianza para su segunda guerra contra los romanos.

Eran los embajadores L. Magio y L. Babino, desertores romanos, que habían venido en una nave que les vendió Verres de la escuadra de Mileto, aliada de Roma. Concertóse que Mitridates entregaría 3.000 talentos y que sus embajadores llevarían consigo á M. Mario con algunos soldados para que instruyesen á los ejércitos del Ponto en la táctica romana y parte de su armada, pero no le permitió que tomase las ciudades del Asia Menor sino á su nombre. Cuéntase que el terrible rey del Ponto dijo al saber estas condiciones: Si esto exige desterrado y proscripto, ¿qué exigiría si fuera dueño de Roma?

Concluidos estos tratos, Sertorio pasó el Sucro y se dió una terrible batalla, en que ambos generales vencieron y fueron vencidos. Sertorio llevaba la victoria en el ala del ejército que mandaba. Supo que Metelo venía de la Bética, aunque no llegó á tiempo, por lo que se supone que dijo Sertorio: Yo hubiera enviado azotado á Roma ese muchacho, si no hubiera venido á quitármelo esa vieja.

En esto se le perdió la cierva á Sertorio y fué tal su sentimiento que dió el mando de la batalla que se empeñó entre el Turia y los muros de Valencia á Herenio ó Herenuleyo. (1) Por fin la cierva apareció en los campos saguntinos, Metelo volvió de la Betica adonde había vencido y muerto á Hirtuleyo tomó el mando y á los pocos días se dió en ellos una terrible batalla

(1) Salust. Frag.

que duró todo el dia, al siguiente se volvió á la carga y quedó vencido Sertorio quien mandó retirar el grueso del ejército á Calagurrís y él con una pequeña división se metió en una pequeña ciudad cercana á Sagunto puesta entre montañas para protejer la retirada. Logró Sertorio su objeto y cuando le pareció hizo una salida y se les escapó á los dos generales. Metelo quedó en la Celtiberia y Pompeyo se retiró á los pirineos. Desde aquí fué donde escribió su atrevida carta al Senado manifestándole el estado de las cosas y pidiendo refuerzos si no quería que los españoles fueran á Italia. (1)

Reforzado, Pompeyo con dos legiones pasó á la Ceítiberia y sitió y tomó á Segeda. Metelo, Sertorio y Perpena estaban asolando y talando los territorios por donde pasaban. La mala conducta de los generales de Sertorio comenzaba á hacer odioso su nombre y Sertorio desconfiando de los celtíberos talaba sus campiñas y se vengaba de ellos, ya vendiendo, ya sacrificándo á los jóvenes que tenía en los estudios de Osca. Las ciudades se pasaban al partido de Metelo salvo Osma Tutia (Atienza) Termes (Ntra. Sra. de Termes) y Calagurris (Calahorra) por último los celtíberos y los generales romanos arrojaron á Sertono do la Celtiberia por lo que cruzando el Idúbeda puso su cuartel general en Etosca ó Etovesa (Benifazá). Allí desconfiado y sombrío, detestado por la envidia de sus generales y acaso por las intrigas de Perperna que no veía con gusto que el varon senatorial tuviera que estar sometido á un advenedizo, de los soldados romanos porque había preferido para su guardia á les celtíberos y de éstos por las atrocidades que había cometido con los hijos que le habían entregado para su custodia, no atreviéndose á empeñarse en empresas de importancia empleaba sus ejércitos en hostilizar á Lérida Ileosca (Aytona) á Tarragona y Hemeroscopio (Uldecona) siendo estas sus últimas acciones de guerra.

Sus generales conjurados fingieron que se había conseguido no se que victoria y trataron de celebrarla con un convite. Antonio que se encontraba á su lado se arrojó sobre él que estaba recostado, acudió Perperna y entre todos lo cosieron á puñaladas. Tal fué el desgraciado fin de un hombre á quien llamaban los españoles el Aníbal romano. (2)

Dice Veleyo Patérculo; "tum M. Perpena prætoribus, é proscriptis, gentis claririoris, quam animi, Sertorium inter cænam Etoscæ interemit". No hay pues que corregir en este texto

(1) Plutarco, Salust. Fragm.
(2) L. Flor., Apian y Strab.

como han hecho muchos filólogos esminentes Oscæ por Estoscæ haciendo morir á Sertorio en Huesca, ni menos las palabras de Estrabon Eteleuta d'noso, murió de enfermedad, lo que es un error histórico evidente, por Eteleuta d'en oscæ sino, cambiar la n en t ó en dos tt cosa frecuente por Eteleuta d'ettoscæ.

Sertorio había designado por su sucesor en el mando á su asesino Perperna. Pompeyo rinde á Atienza y á Calahorra despues de un obstinado sitio en que, según L. Floro, cuanto de horrible puede causar el hambre todo lo experimentó Calagurris (in fame nihil non experta Calagurris) dando orígen al proloquio *hambre calaguriana*. Metelo al año siguiente volvió á la Bética y á la Lusitania acabando con el otro Hirtuleyo y los restos sertorianos. (1) Perperna que escusaba los combates cayó en una emboscada en poder de Pompeyo que le dió muerte y ambos generales vencedores quedaron tan satisfechos de sus triunfos, más debidos á la fortuna que á su habilidad, que el uno se hacía casi deificar en la Bética, miéntras el otro levantaba en los pirineos los trofeos pompeyanos ántes de ir á triunfar en Roma.

La cuestión social romana resuelta por un momento en favor de los patricios con el triunfo de Sila vino á resolverse al fin en favor de los plebeyos por César aunque con más amplitud de miras. Bien lo había conocido Sila cuando repugnando perdonarle había dicho, en ese jóven mal ceñido veo muchos Marios.

C. J. César había estado en nuestra península y acaso aquí fué donde se le despertó aquella ambición que había de llevarle al sólio y á la muerte.

Vino por primera vez con el Pretor Antistio Tuberon en cualidad de cuestor. Como tal y visitando los Conventos jurídicos llegó á Cádiz donde al ver la estatua de Alejandro en el templo de Hércules se dice que lloró considerando que en la edad en que Alejandro había dominado el mundo él todavía no había hecho nada de provecho. Cuatro años después vino como pretor.

Lo primero que hizo fué obligar á los habitantes del monte Herminio (sierra de Estrella) de donde bajaban á merodear en las tierras de la Lusitania á habitar al llano, sosegó las alteraciones de otros pueblos comarcanos que habían pasado el Duero en busca de nuevos asientos y vencio de nuevo á los habitanfes del monte Herminio que habían vuelto á levantarse; parte de éstos huyendo se refugió en las Cíes. Mandó César á uno de

(1) Salus. Frag.

sus capitanes á perseguirlos pero habiendo subido la marea cuando alguno de los soldados habían ya desembarcado en la isla quedando abandonados, fácilmente fueron vencidos y muertos. Para vengar esta afrenta César se presentó personalmente al frente de una gran armada y despues de castigarlos se apoderó del puerto brigantino (la Coruña-Betanzos) cuyos habitantes se rindieron, asustados de la grandeza de las naves romanas, ellos no las usaban más que pequeñas armadas en su parte inferior de maderas ligeras y en la superior de mimbres tegidos y cubiertos de cuero. Y sin embargo con ellas se habían aventurado hasta las costas de Irlanda á ser cierta la tradición conservada por el poeta Cæmano en que se lee que Briogano hijo de Brathío, descendiente por línea recta de Feneo varón sábio, fué el que edificó en España á Brigantium desde la que sus descendientes acaudillados por Hibero y Heremon pasaron á la Ibernia ó la que no sabemos donde ha encontrado Keleting de que el Faro Brigantino fué erigido por Briogano hijo de Bratho, el cual desde el mismo faro mediante un espejo observó y esploró la Ibernia y enseguida trasladó á ella una colonia de brigantinos que en los anales ibérnicos son llamados Slíocht Briogan la descendencia de Briogan.

Según testimonio de Ciceron Cesar restituyó á su fuerza y vigor muchas de las leyes municipales gaditanas aboliendo de ellas cierta inveterada barbarie, inveteratam quamdam barbariem é gaditanorum moribus disciplinaque delevit.

Moderó tambien las usuras, ordenando que al deudor le quedase la tercera parte de su capital.

Deseoso de obtener el consulado marchó á Roma sin esperará su sucesor ni aceptar la honra del triunfo que le ofrecía el Senado. Cuentan que de aquí se llevó un caballo con las uñas hendidas que según los adivinos, le pronosticaba el imperio del mundo y al que muerto, le mandó erigir una estatua en Roma en el templo de Vénus y tanto dinero que tuvo para pagar sus deudas, que ascendían á 830 talentos de oro y comprar amigos que lo elevasen al consulado.

Para obtenerlo se compuso de tal suerte con Craso que había ántes salido fiador con sus acreedores para que lo dejasen marchar á España y con Pompeyo gefe del otro partido que entre ellos formaron un triunvirato que disponía de los negocios públicos. El Senado alabó á César por haber disipado una peligrosa enemistad pero Catón conoció que lo que había concluído era la libertad romana y se opuso aunque en vano á sus proyectos.

Anuló primero á su colega Bíbulo (Calpurnio) que le dió al

Senado haciendo dormir la ley por consejo de Caton y comprando los votos de modo que llegó á decirse que los cónsules eran Julio y César y propuso una ley agraria por la que los terrenos que el Estado poseía en la Campania se dividian entre los ciudadanos pobres que tuviesen mas de tres hijos y si éstas no bastasen se comprasen las que faltaran á los particulares con los tesoros traídos del Asia.

En vano difirió el Senado la aprobación de la ley, en vano Catón le manifestó rudamente que no era grato al Senado verle ganarse á la multitud con el empleo de las riquezas públicas, en vano los otros senadores y Bíbulo quisieron rechazar la ley, con ayuda de Pompeyo que dijo que la sostendría aunque tuviera que defenderla con espada y escudo, el pueblo enardecido rompió á Bíbulo las haces consulares, maltrató á sus lictores y le hirió á el mismo, los demás se amedrantaron y pasó la la ley. Poco despues se le dió por cinco años el gobierno de las Galias donde había de mostrar su genio militar y crearse un egército deboto.

Durante esta guerra se dice que los vizcaínos fueron en auxilio de los Galos segun Orosío en número de 50.000. Tambien Q. Metelo Nepos que sitiaba á Clunia fué derrotado por los vácceos.

En tanto haciendo sombra á Pompeyo y Craso la gloria de que César se cubría en las Galias solicitaron el consulado. Disputábaselo Domicio Enorbano con ayuda de Caton, pero cierto día que de madrugada andaban buscando sufragios cayeron sobre ellos una tropa de bandidos mataron al esclavo que llevaba la tea é hirieron á Caton. En seguida los tribunos impidieron la reunión de los comicios, Roma se quedó sin cónsules, el Senado se vistió de luto hasta que viendo que no había otro medio de restablecer la tranquilidad, preguntó á Pompeyo y á Craso si querían el consulado para sí y de este modo quedaron electos. Para no ser menos que César y permanecer desarmados cuando aquel se grangeaba con sus triunfos la adhesión de un egército, se hicieron adjudicar, Craso el mando de la Siria, el Egipto y la Macedonia y Pompeyo el de España, consintiólo César con tal que no le turbaran en su proconsulado y Caton que se opuso fué preso por el tribuno Trebonio.

Decretóse enseguida que no podrían ser reemplazados los gobernadores sino al cabo de cinco años que podrían levantar tropas á su albedrío y exigir de los aliados las contribuciones y los contingentes necesarios. Craso marchó contra los partos pero como Pompeyo ambicionaba mas que el mando sus apariencias permaneció en Roma gobernando á España por sus le-

gados. A Afranio encargó el gobierno de la Citerior con tres legiones. A Varrón el territorio que está entre Sierra Morena y el Guadiana y á Petreyo todo lo restante de la Bética y de la Lusitania con dos legiones.

Muerto Craso en su desgraciada espedición contra los partos y muerta Julia hija de Pompeyo y mujer de Cesar los dos rivales, el Senado y los tribunos, los patricios y los plebeyos se encontraron frente á frente. Había pedido Cesar aunque ausente de Roma el Consulado y el Senado trató de desarmarlo primero mañosamente, luego fijándole un plazo perentorio para que dejase el Gobierno de las Galias y como Cesar se resistiera á licenciar el ejército el Senado confirió á los consules aquellas facultades extraordinarias que tanto se asemejaban á la dictadura con la conocida fórmula Caveant Consules... y los tribunos á su vez se marcbaron al campo de Cesar. Este con enérgica decision pasa armado el Rubicón lo que lo declaraba enemigo de su patria. Sus enemigos que esperaban detenerlo con un decreto no saben reunir sus fuerzas y Pompeyo que se jactaba de que tocando con el pie en el suelo haría brotar legiones abandona á Roma mientras su enemigo se apodera rapidamente de las ciudades italianas se arroja sobre Corfinio donde estaba su sucesor en el gobierno de las Galias Domicio con 30 cohortes, pero las cohortes se subleban y Cesar perdona á los Senadores y al mismo Domicio y se dirige sobre Brindis donde Pompeyo había reunido sus tropas y que había fortificado para resistir. Pero tampoco resiste temeroso de que le cierren el puerto y se marcha al Oriente. Así habiendo conquistado á Italia en 60 días se dirige sobre Roma. Allí fingiendo respeto á la legalidad que acababa de quebrantar acampa en los arrabales, el pueblo salió en tropel á recibirlo, los tribunos refugiados en su campo le prodigaron alabanzas é indujeron á los senadores á que vinieran á escucharlo. Cesar justifica su conducta y les aconsejó que enviaran personas de crédito á los Cónsules y á Pompeyo para persuadirlos á la paz.

Pero al mismo tiempo se apoderó de aquel tesoro reservado para los tumultos galos á que no se había osado tocar ni en las guerras de Pirro ni en las de Anibal diciendo: Yo he libertado á Roma de su juramento, ya no hay Galos.

No creyéndose todavía fuerte para hacer frente á Pompeyo en el Asia se dirige á España diciendo vamos á combatir contra un ejército sin general, luego venceremos á un general sin ejército.

Pompeyo había enviado á España á Bibulio Rufo para ordenar á sus tenientes que reuniesen sus fuerzas para oponerse á

su enemigo. Para obedecer á este mandato y dejando á Varron encargado de la España Ulterior. Petreyo y Afranio con sus tropas y 80 cohortes que levantaron en la Celtiberia marcharon á la frontera poniendo su cuartel general cerca de Lérida. Cesar teniendo que entretenerse con el sitio de Marsella que á persuación de aquél Domicio que perdonó en Corfinio, le cerró las puertas, envió delante á Cayo Máximo con tres legiones el que vencidos los que guardaban los pasos del Pirineo, puso sus reales pasado el Segre á la vista de sus enemigos, viniéronle después otros refuerzos, pues corrió la noticia de que Pompeyo pretendió pasar en breve por Africa á España.

Cesar dejando sitiada á Marsella vino á España pero la crecida del Segre con las lluvias y el derretimiento de las nieves se llevó los puentes que los cesarianos tenían sobre este río impidiéndoles forragear y dificultándoles los mantenimientos quedándose encerrados porque también el Cinca se había salido de madre. Grande fué la alegría de los pompeyanos que creyeron á Cesar perdido sin remedio, aumentándose con esto en Roma y en todas partes el partido de aquéllos. Pero César hizo fabricar con extremada diligencia otro puente que colocó 20 millas sobre Lérida, con lo que pudo recibir mantenimientos y nuevos socorros que le vinieron de Francia.

Muchas ciudades de la España Citerior como Calagurris Fibularia (Loharre) y no la Nasica como equivocadamente escribió Mariana por desconocer un fragmento de T. Livio, Osca, Tarraco, los ausetanos, los lacetanos y los illergarvones se declararon por Cesar y habiendo éste hecho sangrar el Segre temerosos los pompeyanos de que la caballería de su enemigo, más fuerte y numerosa que la suya, no les impidiera los aprovisionamientos, acordaron levantar el campo y dirigirse tierra adentro. Sus vacilaciones hicieron que César se les adelantara, tomándoles los pasos é imponiéndose á sus soldados que querían pelear, les obligó á rendirse.

Varron que como hemos visto había quedado gobernando la España Ulterior, al principio mostraba cierta inclinación á César, pero cuando le vió en Lérida á punto de sucumbir, comenzó á levantar gentes y aparejar galeras en Cádiz y Sevilla para ir contra él y para ésto ó con su pretexto saqueó á los naturales sin respetar en este saqueo el templo mismo de Hércules. Dirigióse César contra Varron, sus soldados abandonaron á éste cerca de Sevilla y él mismo tuvo que rendirse, entregando las naves, el dinero, las alhajas y el trigo que había reunido, contentándose con que su generoso vencedor le dejara la vida, Gades arroja también la guarnición que en ella tenía

puesta; Cesar restituyé al templo de Hércules los tesoros que le había arrebatado, como también los ciudadanos los que habían ocultado para que no cayesen en las manos del pretor, concede á los gaditanos los privilegios de ciudadanía rómana, reune en Córdoba un concilio de las ciudades de la España Ulterior y dejando para el Gobierno de esta provincia á C. Casio Longino se dirigió por mar á Tarragona y de allí á Roma, desde donde envió á M. Lepido como gobernador de la Citerior.

Mientras Cesar vencía en Farsalia, en Egipto y en Utica, la España Ulterior andaba alterada por la avaricia y crueldad de Longino. Habíale ordenado Cesar que pasase al Africa contra Juba que favorecía el partido de Pompeyo. Con esto se le dió ocasión para nuevas imposiciones y para vender las licencias de los que querían eximirse de ir á la guerra, llegando á producir tal irritación con su descarada inmoralidad que algunos á cuya cabeza se pusíeron Lucio Recilio y Annio Scapula se conjuraron para darle la muerte. Bajo pretexto de entregarle una solicitud Minucio Sylon fué el primero á herirle, cayeron los otros sobre él, le derrivaron y le hirieron, pero acudiendo la guardia prendieron á Sylon que puesto á cuestión de tormento delató á algunos de sus cómplices. De éstos, unos fueron muertos, otros huyeron y no pocos salieron por dineros libres de la prisión porque en Longino á todos los otros vicios superaba la codicia.

Sanó de las heridas, se supo la victoria de Cesar y sin embargo con color de la jornada de Africa salió Longino á revistar su armada, pero llegado á Sevilla le avisaron que gran parte de su ejército se había alborotado al mando de Tito Torio, natural de Itálica. Para sosegar este movimiento envió Longino á su cuestor Marcelo que se sublevó en Córdoba que había venido á defender y á quien Thorio cedió el mando. Longino viendo que todos le eran contrarios se retiró de Córdoba frente á la que había asentado sus reales y se fortificó cerca de Ulía (Montemayor) avisando á Bogud y á M. Lepido para que le socorriesen si no querían que el partido de César no cayese de todo punto. Acudió Bogud y peleó con Marcelo con varia fortuna pero habiendo venido Lepido y habiendo puesto Marcelo en sus manos la resolución de sus diferencias y no habiendo querido Longino hacer lo propio, se le dió licencia para marcharse donde quisiera. Avisado Longino de que venía Trebonio para sucederle se embareó en Málaga pereciendo ahogado en las bocas del Ebro con el dinero fruto de sus depredaciones. Triunfó Lepido en Roma y fué desterrado Marcelo aunque á poco volvió á la gracia de César.

Muchas ciudades españolas que habían seguido el partido de Pompeyo despacharo legados á Escipión que á nombre de aquel sustentaba en Africa su partido para que las ayudase en su común empeño. Despachó éste al hijo mayor de Pompeyo Cneo que comenzó por apoderarse de Mayorca y Menorca pero tuvo que detenerse en Ibiza por haber enfermado.

En tanto Asinio Scapula y Quinto Aponio hecharon de toda la provincia á Aulo Trebonio sustentando el partido pompeyano. Mejorado Cn. Pompeyo y habiéndose refugiado tambien en España su hermano Sexto con Accio Varo, Tito Lavieno y lo que les quedó del egército y la armada de Africa, donde habían sido derrotados por César, Cneo se apoderó de varias ciudades de grado ó por fuerza y entre ellas de Córdoba donde dejó á su hermano, yendo él á sitiar á Ulía. Acudieron los generales cesarianos Q. Pedio y Q. F. Máximo, pero escusando la pelea y entreteniendo la guerra hasta la venida de César. Éste despues de haber ordenado las cosas de Roma y obtenido cuatro triunfos vino con tal celeridad que en 17 días llegó á Sagunto y en otros diez á Obulco (Porcuna) á tiempo que cerca del estrecho se daba una batalla naval entre Didio por parte de César y Varo por la de Pompeyo. La batalla quedó indecisa pero el haberse metido Varo en Tarifa y el haber cerrado su puerto con una cadena, muestra que su daño debio ser mucho mayor.

Los de Córdoba aficionados á César vinieron á avisarle que fácilmente podría tomar de nocbe la ciudad sin que los enemigos lo sintiesen y los de Ulía de la estrechura en que se encontraban. César envió 6 cohortes en socorro de los últimos que se metieron en ella en una noche tempestuosa haciéndose pasar por pompeyanos.

César puso sus reales frente á Córdoba. Tan grande fué el espanto de Sexto, que avisó á su hermano para que levantado el cerco viniese á su socorro. Asentó sus reales frente á los de César pero éste enfermó y tuvo que retirarse á Attegua (Teba la Vieja) Aquí tenían los pompeyanos sus almacenes y su tesoro por lo que sitiándola pensaba César obligar á dar la batalla á los de Pompeyo ó hacerles perder sus recursos y su reputación. No se atrevió Cn. Pompeyo á presentársela limitándose á seguirle en su camino apoyándose en los lugares fuertes, pero habiendo experimentado algun daño en las escaramuzas se volvió á Cordoba. Los de Attegua trataron de rendirse pero con condiciones que mas parecían de vencedores que de vencidos. Desechadas, Mr. Flacco hizo entónces degollar á todos los que creía afectos al partido de César haciendo que este espectáculo lo presenciaran sus esposas y arrebatándolas los hijos

para ponerlos en las puntas de las picas. Varias veces acudió Pompeyo al socorro de la ciudad sitiada, colocándose entre esta y Attubi (Espejo) de que en vano quiso apoderse como tampoco averiguar por sus partidarios, aunque impuso penas muy severas, cuales eran los partidarios de César.

Tomada Attegua levantó el campo y se dirijió á Ucubi (castra movit Ucubim versus) César le siguió y así paso por paso se fué preparando todo para la batalla que deseaba. Por los servicios que Attubi le hizo estableció en ella una parte de sus soldados, la eximió de tributos y la decoró con el nombre de Claritas Julia.

Efecto de las hábiles maniobras de César C. Pompeyo tuvo que presentarle la batalla cerca de Munda que según Estrabón *era como la capital de aquel distrito*. Los cesarianos formaban la línea de batalla mirando al M. los pompeyanos al N. en un sitio ventajoso por su elevación (etenim Pompejus et natura loci defendebantur) mediando entre los dos campamentos una llanura de 5.000 pasos, pantanosa y quebradiza que hacía difícil el acceso al real de Pompeyo. La victoria pareció al principio decidirse por este (in quo adeo Cæsar pene victus est ut fugientibus suis se voluerit occideri, dice Eutopio). Entonces hechando pié á tierra con su inmensa cólera obliga á los legionarios á volver al combate, Bogud el rey africano que peleaba con él se apodera de los reales enemigos que habían quedado con una pequeña guardia, acude Lavieno á defenderlos y pensando los demás que huía volvieron las espaldas. Tal fué ésta terrible batalla de la que César solía decir que en las otras había peleado por la gloria pero en ésta por la vida. Perdieron los pompeyanos 30.000 infantes y 3.000 ginetes á los generales Varo y Labieno y 13 águilas, quedando el mismo C. Pompeyo herido en un hombro. Embarcóse Cn, Pompeyo con ánimo de pasar á la España Citerior donde contaba con partidarios, pero con el mar enconósele la herida, tuvo que saltar en tierra, los cesarianos dieron con él en una cueva donde se había refugiado y le dieron muerte; Sexto no creyendo poder mantenerse en Córdoba marchó á la España Citerior y Scapula después de un convite mandó á sus esclavos que le dieran muerte.

César dejó á Q. Fabio en el sitio de Munda, tomó á Córdoba donde hizo degollar á 20.000 partidarios de sus enemigos (1) partió para Sevilla en cuyo camino le presentaron la cabeza de Cneo, entró en Sevilla y habiéndose vuelto á levantar, la sosegó

(1) Acusó á los cordobeses de que no tenían nec in pace concordia nec in bello virtus.

segunda vez apoderándose de otras ciudades miéntras Fabio Máximo se apoderaba de Munda y de Osuna.

No ha sido posible fijar con entera precisión el lugar en que estuvo la primera de estas ciudades á que la batalla que acabamos de describir hizo tan famosa por mas que abunden acerca de ella las indicaciones geográficas en los autores antiguos. Apiano Alejandrino dijo que estaba frente ó cerca de Córdoba (para polin Cordobem) Dion Casio refiere tambien la batalla como si se hubiera dado á la vista de Córdoba y añade que al punto que logró la victoria se presentó delante de esta ciudad (Cæsar victoria facta Cordubam petit quam Sextus reliquerat, deinde Hispalim, post Hispalim Munda capta). Tambien Hircio, Estrabon y Eutropio refieren que vencido Cneo en el campo mundense su primer huída fué á Córdoba. Estrabón asegura que para ir Cneo de Córdoba á Carteia, tuvo que andar 1.400 estadíos.

Las ciudades de que segun Estrabón era Munda como la capital eran Attegua (Teba la Vieja) Urso (Osuna) Ulía (Montemayor) Tucci (Martos). Estaba pues entre Martos al N. Osuna al M. Montemeyor á su izq. y á Espejo á corta distancia. Plinio dice terminantemente que estaba entre Osuna y Espejo (Attubi quæ claritas Julia, Urso quæ gemina urbanorum interque fuit Munda cum Pompei filio capta).

La semejanza del nombre hizo que Morales, Mariana, Ferreras y otros muchos la pusieran en Monda un poco al N. de Málaga. Perez Bayer fué el primero que lo puso en duda "porque no acomodaban á este pueblo las nociones que se le atribuyen ni concordar las distancias que se señala respecto de otros pueblos y ciudades". El á su vez la puso en Monturque, Cortés y Lopez en Montilla, uno de nuestros más queridos discípulos en Lantejuela, D. Aureliano Fernández Guerra en Rosa Alta, Oliver y Hurtado en Ronda la vieja (Acinipo) otros en Ronda, quien que en las Mezquitas quien en la Sierra de Estepa. Los comisionados por Napoleón III para estudiar los lugares para su historia de Julio César tampoco á pesar de su trabajos han obtenido resultado satisfactorio.

César acomodó á muchos de sus legionarios en muchas de las ciudades que por los privilegios que les concedió ó por adulación á su persona tomaron su nombre, así Attubi como hemos visto Claritas Julia; Evora Liberalitas Julia; Calahorra Julia Sexi; Andújar Forum Julium, y los de Ampurias, quitada la diferencia entre indígenas y griegos, recibieron las costumbres, lengua y leyes romanas. Con esto y con recabar grandes sumas de donativos más ó menos espontáneos, tributos y venta de

cargos sin perdonar el templo de Hércules *que antes respetara*, marchó á Roma dejando aquí por gobernadores á Asinio Polión (en la Ulterior y á Marco Lepido (en la Citerior),

Asesinado César en el Senado en los Idus de Marzo de 710, Polión que estaba persiguiendo á los salteadores que, efecto de las pasadas revueltas, poblaban Sierra Morena, al saber la nueva, reunió un concilio en Córdoba en que protestó que seguiría por su parte la voluntad del Senado. Pero Sexto Pompeyo que desde las anteriores guerras andaba oculto en los Yacetanos llegó á formar una legión y con ella tomó á Virgí y se apoderó de toda la Bética despues de haber derrotado á Polion, se dice que por haber arrojado su sobrevesta en la batalla y creer por eso los suyos que era muerto. Pero la venida sin embargo de M. Lepido lo sosegó todo, porque persuadió á Pompeyo á que con el dinero que había recogido se marchase á Roma á disputar el poder.

A la muerte de César lucharon primero los partidarios de la República y del Senado y los de César. Opuso aquel á Marco Antonio al propio sobrino de César, Octavio que encontró y venció al primero cerca de Módena pero que no tardó en formar con él y con Lepido el segundo triunvirato *constituendæ reipublicæ* que se repartió las provincias. A Lepido cupo la Galia Narbonense y la España; á Antonio lo demás de la Galia; á Octavio la Italia, Sicilia, Cerdeña y Afríca, del Oriente no se trató por estar en poder de los republicanos.

Pero vencidos en Filipos Bruto y Casio se hizo nuevo reparto de las provincias y porque en él se adjudicó á Octaviano toda España, se tomó este hecho para comenzar la cuenta de los años llamándola Era de César que comienza 38 años ántes de la cristiana, Por este mismo tiempo el gaditano Cornelio Balbo fué nombrado Cónsul sufecto primer extrangero á quien se concedió este honor. Cinco años despues una insurreccion de los cerretanos vencida por el Procónsul Domicio Calvino le valió que le concedieran los honores del tríunfo.

Abandonado Lepido por sus soldados y vencído en Actium el valiente Antonio por el cobarde pero astuto Octavio quedó éste único señor de Roma.

El Senado le dió el nombre de Augusto y el tribuno Sexto Pacubio consagró su nombre dispensándole honores divinos costumbre, dice Dión Casio, tomada de España. En el año 8.º de Augusto se hizo la vía romana que iba de Córdoba á Astigis (Ecija) y de aquí al Occeano. Algunas alteraciones de los cántabros asturianos y vácceos fueron apaciguadas por Statilio Tauro.

Aunque Augusto asumió de hecho todos los poderes no alteró aparentemente la constitución romana sino que además del título de Imperator se hizo revestir de todas las dignidades aún de las mas opuestas como las de cónsul y tribuno ésta última para él tan importante como que hacía inviolable y sagrada su persona.

Una cosa parecida acontcció con el gobierno de las provincias. Manifestando respeto al Senado dejó bajo su administrasión las pacíficas y se reservó para sí el gobierno de las belicosas. Mejor conocido la extensión de España se hicieron de ella tres províncias la Lusitania, la Tarraconense y la Bética, las dos primeras se adjudicaron al Emperador que las gobernaba por legados *legati Cæsaris* y la tercera al Senado que contínuó enviando á ellas procónsules ó propetores (1),

Los cántabros gentes aun no domadas hacían contínuas incursiones en el territorio de los vácceos yá sometidos á los romanos. Eran los cántabros un pueblo semibárbaro de costumbres guerreras que constituían su única ocupación pues lo poco que se ocupaban de agricultura lo dejaban al cuidado de sus mugeres, no menos robustas que los varones y las que modernamente se ha supuesto egercían el dominio sobre los hombres, encontrándose indicios del matriarcado en la costumbre singular de que cuando daban á luz no eran ellas sino sus maridos los que guardaban cama, si ésto no fuera contradtcho por la costumbre inconciliable con éste supuesto de que los varones dotaban á las doncellas y de que en las lápidas aparece primero el apellido paterno que el materno. Se tocaban la cabeza con una especie de turbante muy semejante al que hoy usan las vizcainas. Los hombres llevaban siempre ponzoña apercibida para sufrir primero la muerte que la esclavitud.

Aliados ahora con los astures y los galaicos tal importancia dió Augusto á esta insurrección que vino en persona á combatirla. (2) Asentaron los romanos sus reales en Segisama (Amaya) buscando á los fieros cántabros al modo que el cazador va en busca de las fieras (3). Los cántabros incapaces de resistir el número de fuerzas que sobre ellos venía, se retiraron á los lugares ásperos y Augusto que siempre que había que combatir encontraba pretextos para alejarse á parte segura, enfermó

(1) Aparentemente en ésto como en todo no se hizo ninguna innovación pues yá hemos visto ser costumbre que los cónsules tomaban para si las provincias levantadas en armas. Lo que sí comienza ahora es la distinción de los tesoros *erario* el del Senado y *fisco* el del Emperador.

(2) Apesar de haberse sublevado al mismo tiempo los salacios.

(3) L. Floro, libr. IV, cap. XII.

de melancolía en el aire destemplado y se marchó á Tarragona, dejando encargada la guerra á sus generales; á Publio Carisio contra los cantabros y astures y á Antistio y Firmio contra los galaicos. Agripa á quien se le dió el mando supremo de la guerra y el gobierno de la armada trajo naves de Bretaña y de Inglaterra dominando con ellas la costa por lo que los cántabros faltos de mantenimiento tuvieron que presentar batalla cerca de Vellica (Barcena ó Velilla de Guarda) siendo derrotados y teniendo que refugiaase en el monte Vindio; rechazados los romanos en la subida lo rodearon con guarniciones y con fosos y los cántabros antes de rendirse ó perecer de hambre se dieron la muerte. (Tum demum cantabri... ín monte Vinium natura tutissimum confugerunt, ubi obsídíonis fame ad extremum pene compsumpti sunt (Paul Oros. lib. 6 c. 30) Entre tanto Antistio y Firmio apretaban la guerra en Galicía de modo que gallegos, astures y cántabros tuvieron que refugiarse en el Monte Medulio (sierra de S. Mahemed.) Los romanos lo ciñeron con un foso de 15.000 pasos. Aquellas gentes recias y feroces por caracter *trux natura et ferox* como dice P. Osorio se dieron la muerte á hierro á fuego y á veneno (se penes omnes certatim igne, ferro ac veneno necaverunt.) Este veneno segun nos dice Floro se sacaba del Tejo (ex arboribus Taxis exprimitur.) Por aquel mismo tiempo díce L. Floro los astures descendieron en gran número de sus montañas. no de tropel como acostumbraban los bárbaros, sino que haciendo en regla este movimiento plantaron sus reales junto al rio Astura (El Ezla) dividiéndose en tres cuerpos para atacar á otros tantos en que estaban divididos los romanos. Hubiera sido el choque no solo dudoso en su resultado sino sangriento y acaso el último con ruina de ambas partes, presentándose los astures con tal denuedo tan de improviso y con tal cautela y consejo, á no ser porque los briguesinos (1) les hicieron traicion, advirtiendo de antemano á Carisio que, ya prevenido, los desvarató, aunque aun así le costó no poca sangre. Recogieron á Lancia (Mansilla) sus reliquias, y aún allí se peleó con tal empeño, que tomada la ciudad, como los soldados pidieran teas para incendiarla, apenas el general pudo lograr que la perdonaran, con objeto de que conservada quedara como monumento del triunfo, así más patente que abrasada. Este fué el último término de la guerra. Hic finis Augusto bellicorum certaminum fuit; idem rebellandi finis Hispaniæ.

(1) Los de Brigantium (Betanzos-La Coruña).

Augusto acabada la guerra volvió á Cantabria donde perdonó á la muchedumbre pero obligándola á habitar en el llano y para mantenerlos sujetos fundó la ciudad que después como veremos había de ser Leon. Fundóse también á Emérita Augusta en la Lusitania con los soldados eméritos por Carisio y en Salduba otra colonia que llevó el nombre de César Augusta (Zaragoza), Pax Augusta (Badajoz) y otras muchas ciudades tomaron el nombre de Augusto como Augusta Asturica; (1) Braçara Augusta (2) Augusta Gemela (Tucci) (3) Augustobriga (Olbega) (4). Vuelto Augusto á Roma, los cántabros y asturianos volvieron á tomar las armas, los esclavos dando muerte á sus amos se acogieron á los montes moviendo á los pueblos á la insurrección. Preciso fué que viniera de nuevo Agripa que muchas veces en aquella guerra llevó lo peor, teniendo que degradar á una de sus legiones quitándole el nombre de Augusta. Al fin triunfó y en lugar de la solemnidad acostumbrada dejó memoria de él haciendo pintar en Roma en el campo de Marte un mapa de España, bien que segun dice Plinio, las medidas de la Bética estuvieran defectuosas.

Tambien Cornelio Balbo triunfó de los Garamantas siendo éste el último particular que obtuvo los honores del triunfo.

La República romana había sabido conquistar el mundo que más ó menos había participado de la civilización helénica y puesto los medios exteriores más eficaces para conservarlo, pero su espíritu egoista era impotente para asimilárselo. Patricios y plebeyos querían ser los señores y cerraban ó dificultaban cuanto podían á sus nuevos súbditos la entrada en su ciudad. Esta estrechez de miras hubiera concluído con el destino de Roma y hubiera hecho de ella una República inferior á las griegas, que si no acertaron á dar á los extranjeros carta de ciudadanía, esparcieron por lo menos su civilización por todas partes, dando, ya qne no la política, la unidad moral al mundo antiguo. Pero como cuando una obra humana tiene que efectuarse encuentra siempre su órgano adecuado, el pensamiento de Roma, mal comprendido por todo el pueblo, se concentró en

(1) Astorga.
(2) Braga.
(3) Martos, hecha colonia con los soldados de la legión décima tretense que era gemela por lo que se la nombra en las inscripciones Augusta Gemella.
(4) O Pozalmuro lugar cercano. A pesar de ser ésta la opinión común ha podido ponerse tambien en otra ciudad que lleva tambien el nombre de Augustobriga en Lusitania (Villar del Pedroso, del poderoso Augusto?) á que convienen tambien las medidas.

un hombre; este hombre fué César. César no sólo realiza los propósitos de Mario, igualando á patricios y plebeyos, sino que los completa ampliando lo que éste sólo había tímidamente entrevisto, cuando quiso hacer penetrar á los italianos en la ciudad, ejerciendo, con el divino derecho de la justicia, una dictadura humana, que era en aquel momento la salvación del mundo y de la misma Roma. Vencedor de los galos, lleva los galos al Senado; desaloja á los patricios del último recinto jurídico en que se habían atrincherado con la corrección del Calendario; intenta reconstituir á Cartago y á Corinto, las capitales destruidas por los republicanos autócratas; mantiene las antiguas leyes de los diversos municipios, como hízo con Gades, quitándoles lo que tenían de crueles; multiplica las colonias en ciudades que, agradecidas, toman su nombre, y concibe la publicación de un código qne hubiera sido el de derecho de gentes, dentro del cual hubieran cabido las legislaciones particulares.

El puñal de los republicanos acabó con la vida de César en los Idus de Marzo, pero el pueblo no acudió á su llamamiento y el pensamiento de César fué realizado por el imperio, aunque sin la grandeza y la magnanimidad que aquel hombre extraordinario.

Detengámonos á considerar la situación en que las provincias españolas se encuentran respecto de esta nueva institución.

La colonia de Marcelo y las instituciones de Sertorio habían contribuido á romanizarla mientras que el ámplio espíritu de César, constituyéndose en su defensor (1) y la era de relativa justicia que parecía iniciarse para ellas, después de tantas tentativas fracasadas por conservar su independencia las hicieron resignarse para no empeorar su situación, á aceptar el nuevo estado de cosas. Así es que salvo los cántabros, que apesar de las victorias de Augusto, parece que nunca quedaron por com-

(1) Plutarco, celebrando la sabiduría de la administrreión de César en su pretura, nos dice "que restableció la concordia entre las ciudades y se dedicó especialmente á terminar las diferencias que estallaban de continuo entre acreedores y deudores, ordenando que los primeros cobraran cada año las dos terceras partes de los réditos y que los segundos retuvieran la otra tercera, hasta la extinción de la deuda, y el mismo César, en un discurso pronunciado en Hispalis, censura por ingratos á los españoles, para quienes, durante su pretura, obtuvo del Senado el aplazamiento de los impuestos que le había encargado Metelo, y á los que habiendo tomado bajo su patronato, procuró muchas veces que sus diputados entraran en el Senado, arrostrando muchos odios por haber defendido sus intereses, tanto públicos como privados.

pleto subyugados, (1) todos los pueblos españoles habían quedado sometidos.

Augusto continuó la política de su padre adoptivo, fundando á Emerita Augusta, en que no hubo clase ni género alguno de edificios públicos que no hiciera construir, (2) prohibiendo á los gobernadores exigir más tributos que los establecidos, dejando su libre administraeión á las ciudades, estableciendo escuelas públicas en muchas dc ellas, adornándolas con magníficos edificios y facilitando las comunicaciones con nuevas vías.

España había entrado definitivamente en cl orbe romano, donde debía tomar aquel tinte indeleble de cultura que todavía hoy distingue á las naciones que por esta razón se llaman latinas.

Mas se equivocan mucho, sin embargo, los que creen que con esto se borró por completo la civilización que sus diversos pueblos venían elaborando.

La unidad espiritual de la civilización helénica, que tuvo su foco principal en la colonia patricia de Córdoba, se encontró aquí con otra civilización oriental bastante adelantada y que no cabía enteramente en los moldes de aquélla.

La primera manifestación conocida de esta literatura mixta aparece en la guerra sertoriana, cuando Metelo hacía cantar sus hazañas más ó menos auténticas en la Colonia Patricia por los poetas cordobeses que se cree llevó consigo á Roma, y ya Cicerón notaba en ellos *pingue quiddam sonantibus atque peregrinum*. (3) El teatro helénico, que intentarían popularizar los discípulos de Asclepiades Myrleano y luego los maestros de Gramática con que Augusto dotó á las ciudades principales, halló también entre los turdétanos la iniciación de un teatro indígena en los cantos épico-líricos representados, semejantes á los romances, relaciones y pasillos que todavía en los pueblos pequeños y apartados se recitan, por dos actores generalmente ciegos ó por uno cambiando de voz. Salustio, refiriéndose á

(1) Estrabón dice que Augusto sometió á los cántabros, que ahora más especialmente roban y saltean, y en otro pasaje nombra á uno de estos pueblos: "Los que antes saqueaban á los amigos de los romanos, ahora toman las armas por ellos, excepto los *Tuisos*.„

(2) Hoc finito bello, Augustus emeritos milites exautoravit, urbemque eos in Lusitania, Augustam Emeritam nomine condere jussit. Dion. Cas., Lib. LIII, núm. XXVI.—Debieron ser los de las legiones V y VI, según las monedas de aquella ciudad.

(3) qui præsertim (habla de Q. Metelo Pío) usque eo de suis rebus scribi cupere, ut etiam Corduvæ natis poetis, pingue quiddam sonantibus atque peregrinum, tamen aures suas dederit. Cicer. Pro Archia poeta.—Plutarco. Sert.

fuentes más antiguas, (1) nos cuenta que al paso de Metelo se alzaban en las salas de los festines magníficos teatros (scenisque ad ostentationem histrionum fabricatis), en los que se representaban piezas escénicas cuyo argumento eran las victorias del mismo Metelo, que cantaban coros de niños y doncellas, se le rogaba tomase el título de *imperator*, se le ofrecía incienso y sacrificios como á un dios y con ingeniosos artificios una victoria alada descendía de las nubes entre truenos y relámpagos, y ceñía una diadema de oro á la frente del viejo general. El teatro indígena debió subsistir al lado del romano, pues según Suetonio, Augusto daba representaciones al pueblo, no en el foro ni en el anfiteatro, sino en el circo y en el lugar de los comicios, *per omnium linguarum histriones*. (2)

Este teatro indígena continuó viviendo, aunque oscurecido, pero hubo otro ó algo parecido á él, los bailes dramáticos, en que triunfaron desde luego las graciosas gaditanas, oscureciendo bien pronto á las muelles lesbias, siendo aliciente de las cenas y escollo de bolsas.

Las tablas municipales de Osuna nos han conservado la obligación que tenían los duumviros y otros magistrados de esta colonia de dar juegos escénicos durante su magistratura, al establecer las disposiciones administrativas que respecto de ello debían observarse (3) y en otras inscripciones se ve que también se celebraban en la dedicación de las estatuos y exvotos á los dioses y en la inauguración de las obras públicas. (4) Por último, debían darse también representaciones en las grandes solemnidades de la familia, que fueron probablemente las que se llamaron *fábulas familiares*

Además de estas cemposiciones, cuenta la poesía popular latina y de ella debieron pasar á España, pues que de algunas es evidente la analogía y por otra parte los romanos avecindados en nuestra península no habían de dejar de traerlos ni de

---

(1) El poeta Nonnio, el gramático Sosipater y Macrobio (Sallus. Libr. II)

(2) ...fecitque nonnumquam vicatim ac pluribus scenis,per omnium linguarum histriones non in foro modo nec amphiteatro, sed in circo et in septis.—Suet. Oct. Caes. Aug. CXLIII.

(3) Los duumviros debían dar cuatro durante su magistratura en honor de Júpiter, Juno y Minerva, durante tres días cada uno, gastando 2.000 sestercios por lo menos, que podían obtener del tesoro público, los ediles otros tantos á los mismos dioses y otro á Venus, un día en el circo ó en el foro, gastando en ellos 2.000 sestercios de su propia hacienda y 1.000 á lo sumo de la municipal.

(4) En Canama (Villanueva del Río) Isturgis (Los Villares) Itálica, Osset (San Juan de Aznalfarache), Tucci (Martos).—Inscrip. 1074, 2121, 1108, 1255 y 1663 de la colec. de Hübbner.

imitarlos los antiguos moradores de ella. Canciones de niñera como el lalla (nuestra nana):

lalla lalla lalla
aut dormi aut lacta (1)

Canciones usadas en los juegos de niños, que nos ha conservado Horacio, (2) que según Diodoro cantaban los soldados de César con opuesto sentido, en la entrada triunfal del año 708 A. U. C. y que con el primero pasó después á nuestro Fuero Juzgo:

Los niños: Rex eris si recte facies
Si non facies no eris rex. (3)

Los soldados: Plecteris si recte facies
Si non facies rex eris. (4)

Coplas de trabajadores, como nos lo atestiguan Varron (5) y Quintiliano. (6)

Pasquines difamatorios (famosa carmina), como estos dirigidos contra César:

Gallos Cæsar in triumphum ducit, idem in curiam
Galli braccas deposuerunt latum clavum sumpserunt

—

Brutus, quia regis ejecit, consul primus factus est;
Hic quia consules ejecit rex prostremo factus est. (7)

Este contra Augusto:

Pater argentarius ego corintharius

ó este otro, que se refiere á cierto suceso de la familia de Augusto, y que puede traducirse así:

A los afortunados les nacen los hijos á los tres meses.

Entre estos cantos satíricos pueden colocarse aquellos con que los soldados acompañaban los coros de alabanzas el día del

(1) Schol.—Pers. III, 16.—En este capítulo, como en otros muchos de este libro, nos hemos servido de el de la Poesía popular española de Don Joaquín Costa, con las variaciones y adiciones que hemos estimado oportunas, lo que decimos de una vez para todas, para no atribuirnos sus trabajos ni hacerlo responsable de nuestros yerros.
(2) Epist. I ad Mæcenas.
(3) Diod. XLIII, XX.
(4) Diod. XLIII, XX.
(5) Homines rusticos in vendimia incondita cantare saranatrices in machinis (Varron in *Non* pág. 56.)
(6) De Instit. Orat. libr. I, cap. I.
(7) Sueton. J. Cæsare, cap. 20, 80, 81.

triunfo, á fin de que el triunfador no se enorgulleciera olvidando sus defectos, como este á César cuando sometió á las Galias:

Urbani, servate uxores, mechum calvum adducimus
Aurum in Gallia effutuiti: at huc sumpsiti mutuum (1)

Canciones amatorias con que los jóvenes obsequiaban á sus amadas en serenatas, que se prolongaban durante toda la noche, después de haber apagado su antorcha á la puerta para no ser conocidos, y de las que puede darnos una idea la que Plauto pone en boca de Phedromo en el Curculio.

Canciones de campamento, de las que más adelante habremos de citar alguna.

Nenias.—Según Cicerón, (2) una ley de las XII tablas ordenaba celebrar en asambleas públicas las virtudes de los personajes distinguidos, con acompañamiento de cantos y flautas, y también en las comidas, según había leido en los Orígenes de Catón ser costumbre de sus antepasados, (3) lo que confirma Valerio Máximo. (4) De estas nenias o cantos encomiásticos como de nuestros nobiliarios, proceden gran parte de las fábulas de que están llenas las historias.

El arte latino y el arte hispano están en el fondo en el momento de una posible conjunción, con esta diferencia: en los pueblos de abolengo céltico la común educación helénica ha de aproximarlos en la regularidad y proporción del pensamiento y en la limpidez de la frase, en los de procedencia ibérica por sus tradiciones de familia y por la enseñanza que han recidido de los orientales, más aptos para sentir lo sublime que lo bello, han de traer atrevimientos que no cabían en la medida literatura del Lacio, y formas inusitadas que rompían los moldes de su armoniosa lengua. Lo uno y lo otro hemos de verlo confirmado en los tiempos que á seguida vamos á historiar.

Por lo pronto, lo que nos conviene dejar asentado, como ya Costa lo ha hecho antes que nosotros, es que si la poesía escrita adoptó la lengua de los vencedores, se conservó la forma retórica de los vencidos, esto es, la aliteración y la rima, de que existen documentos antes de la venida de los bárbaros. Para no multiplicar las citas nos limitamos á la siguiente, tomada del

(1) Id. id. id. 49, 51.
(2) De Legibus, lib. II, cap. XXIV. Con razón afirma Costa que estos cantos romanos tienen su correspondencia en sus semejantes de los celto-hispanos y en los *criasc* (genealogías de los euskaros). Poes. Pop. Esp.—Pág. 425, not. I.
(3) Cic. Tuscul, libr. IV, cáp. II; cf., lib. I, cap. II.
(4) Memorabil., lib. II, cap. I.

epitafio del auriga Fusco, que sirvió en el cerco de Tarragona:

"Integra fama tibi, laudem cursus meruista;
certasti multis, nullum pauper timuisti;
invidiam passus, semper fortis tacuisti;
pulchre vixisti, fato mortalis obiste:„ (1)

Lo que en el arte acontece en la lengua hay, como dice gráficamente Costa, una fosilificación; las voces del idioma más culto van reemplazando á las del más rústico, pero permanece la forma sintáxica y el genio de la lengua, sobre todo cuando la más atrasada es joven y la de sus maestros, llegada á su apogeo, empieza á envejecer.

Como los hechos verdaderamente nacionales no se dan nunca en una sola relación, lo que pasa en la literatura y en la lengua pasa también en la religión, en la vida política y social y en las costumbres.

El amplio politeismo romano respetaba las creencias en todos los dioses, prohibiendo tan sólo los bárbaros sacrificios, y como muchos de los que los españoles adoraban tenían atributos semejantes á los romanos, éstos comenzaron por darles el nombre de los suyos y acabaron por confundirlos, como sucedió con Neton y Marte, ó tomaron de España nuevas costumbres religiosas ó ya por ellos olvidadas, como la deificación de los emperadores. Pero había también una cosa incompatible, la firme creencia en la inmortalidad personal, que es uno de los rasgos más acusados y persistentes de nuestra fisonomía religiosa y de los más obscuros y faltos de relieve en las mitologías clásicas. (2)

En la organización política, si los romanos fundaron aquí algunas colonias, dejaron subsistente la legislación patria en los municipios y hasta en las ciudades dediticias, como consta por el *Edictum Provintiale*, y si mediante los conventos jurídicos que ya existían en la cuestura de César se procuraba generalizar el derecho romano, también por las decisiones del *Prætor Peregrinum*, el derecho provincial iba haciendo anticuarse el inmoble derecho quiritario, hasta el extremo de quedar reducido á fórmulas de que se burlaba Cicerón.

En las costumbres, aunque como es natural las personas de más elevada posición iban adoptando las modas romanas y muchos de los pueblos célticos dejaron las bragas por la toga, esto

(1) Hübner Corp. ins. lat. vol. II, 4313 de Tarragona.
(2) Véase la descripción de los Campos Elíseos en Virgilio, y eso que en este poeta encuentran los críticos presentimientos cristianos.

no debió pasar de la superficie y todavía en tiempos de Vespaciano nuestro compatriota Marcial pone, como hemos visto, en parangón, en el epigrama citado con otro propósito, la afeminación romana con la enérgica rudeza celtibérica, y en otras composiciones (1) celebra la existencia viril y patriarcal de sus paisanos. Como contraste, si los *belli homines* (2) no eran insensibles á la gracias sensuales de las juglaresas gaditanas, tampoco los ricos armadores de Cádiz hallaron demasiado esquivas las damas romanas á los encantos de su dinero.

La antigua civilización española se colocaba así dentro del círculo de la civilización romana, que era entonces y fué por mucho tiempo toda la civilización europea, anunciando que había de ocupar en ella un lugar no despreciable, el que los Balbos de Cádiz fueron los primeros extranjeros que obtuvieron el consulado, el triunfo y el Pontificado Máximo, que los literatos españoles no tardaron en disputar á los griegos la supremacía y el que de España no sólo se llevaban á Roma las primeras materias, sino los tejidos con que se vestían los ciudadanos de la gran República; pero si la civilización española entró en el círculo de la romana, no fué borrada ni absorvida por aquélla, como con frase más retórica que verdadera acostumbran los historiadores á decir.

Como vivió la civilización del pueblo vencido dentro de la del vencedor, es lo que vamos á estudiar en el período siguiente.

Son fuentes históricas para este período: Polibio, Historia General (desde la segunda guerra púnica, hasta la conquista de Macedonia) de sus cuarenta libros sólo se conservan los cinco primeros y fragmentos de los restantes. Tito Livio, (Décadas de la Historia Romana y fragmentos completados por Freinshein) Floro Epitome de gestis romanorum, Justino (Historiarum ex Trogo Pompeio). Veleio Patérculo (Historia romana, tomo II). Appiano, (Historia romana), Dion Casio, (Historia romana,) Salustio fragmento Aulo Hircio ó C. Opio, (Comentarios sobre la guerra de España.) Suetonio que escribió la vida de doce Césares como dice San Gerónimo, pari libertate ac ipse vixerunt. Pueden consultarse además con provecho entre los antiguos á Silio Itálico que escribió en verso la segunda guerra púnica, *mayore cura quam ingenio*; Plutarco, Vidas paralelas; Estrabon Re-

(1) Epigr. Libro I., ep. L.

(2) Quid, dic mihi, bellus homo?
Bellus homo est flexus qui digerit ordine crines;
Balsama qui semper cinnama semper olet,
Canticos qui Nili, qui Gaditana susurrat.—Mart. Libr. III, ep. LXIII.

rum Geographicarum, Aulo Gelio Noches Aticas, y entre los modernos, Campomanes, Antiguedad marítima de Cartago, Heeren Política y comercio de los pueblos de la antigüedad, Church Historia de Cartago, Merivale Los romanos bajo el imperio, Mommsen, Historia de Roma, Hopfensack, Derecho político de los súbditos de Roma, Fourer Ephemerides Cæsarianæ (desde 3 de Septiembre de 47, trata el fin de la guerra de España). Scheneider, Ilerda Gardthausen Augustus und seine Zeit, (monografía del siglo de Augusto, hasta la batalla de Accio). Delatre, Notas sobre la Necropolis púnica de Cartago cercana al Serapeum. Herón de Villefose, Relación de los objetos encontrados en ella. Ph. Berger, Nota sobre un pendiente de collar de oro con inscripción púnica con el nombre de una divinidad llamada Pigmalión (Acad. de Ins. y B. Arties. Nov. dup. 1894). Kubichek Imperium romanum tributum descriptum (Trabajo exelente basado en el Corpus Inscriptionem de Berlin) Von Brinz Zum Begriff und Wesen der rösmichen Provinz (presenta uu nuevo concepto de la Provincia como siendo una propagación de la magistratura romana). Voigt Privatalterthumer und Culturgeschichte. (Manual dividido en tres partes; la primera comprende la Roma antigua, la segunda llega hasta el fin de la República que se caracteriza por la invasión helénica y la tercera contiene la época imperíal, hasta Diocleciano, en que el elemento provincial transforma el elemento romano). Lubinam Zur Geschichte und organisation des rösmichen Vereinwesens. (De la extensión del derecho de asociación en el Imperio romano, teniendo en cuenta la organización de las sociedades obreras según las inscripciones). Weber Die rösmiche Agrargeschichte (Estudia las diferentes clases de cultivo). Schulten, organización de lascomunidades rurales en el Imperio romano, (Magistraturas, santuarios, hacienda del pagus, del vicus carabarum, del castellum y de lo que en Africa se llamaba pagus y civitas con ayuda de inscripciones). Gustavo Fongeres, Vida pública y privada de griegos y romanos. Friederichs, Matronarum monumenta congesit, congesta digesit, é Ihm (mejor que el anterior) Der Mütter oder Matronen cultus und seine Deukmäler, (propagación y representación de estas dignidades bienhechoras eonsideradas como protectoras de la familia y del pueblo). Schiller, Rösmiche Kiegsalterthümer. (Guía útil y cómoda para conocer el sistema militar romano). Presenta objeciones contra él acerca del órden de batalla romano, Delbruck, Triarier und Luchtbewaffnete y en die Manipularlegion und die Schlacht bei Cannæ, defiende su opinión contra los ataques de Soltan; Hankel Die Ernennung und sociale Stellungder Kugstri-

bunen. (Contiene juicios importantes acerca de las funciones de los tribunos militares) E. Marcks. De aliis quæ in exercitu romano tempore liberæ republicæ fuerunt, (estudia en detalle las divisiones de los aliados que al principio no comprendían más que la infantería y caballería; Mommsen, Conscriptión sordnung der Provincial milizen. (Estudia como las milicias provinciales eran reclutadas y empleadas especialmente en su patria). Meyer, De legione romanorum X gemina. (Reune todo lo relativo á las campañas, acantonamientos y trabajos públicos de esta legión). Herzog, Geschichte und System der Rösmichen Satsverfassung. (Estudio con arreglo á los últimos adelantos de la constitución romana). Hübner, Rösmiche Herschaft in Westeuropa. (Colección de trabajos de los que interesan á nuestros propósitos los dedicados á la dominación romana en España, Mommsen Rösmiches Staats recht Hübner, Inscriptiones Hispaniæ latinæ, P. Fita Epigrafía romana, Cortés y López, Diccionario geográfico histórico. Bonanza, Hist. de la Iberia, hasta el establecimiento de los romanos. Duruy, Histoire des Romains.

LOS PUEBLOS CONQUISTADORES

CUADRO CRONOLÓPICO

DOMINACIÓN CARTAGINESA

Años A. Jc.	
384	Primera venida de los cartagineses á la península.—Toma de Gades.
238—229	Amilcar Barca.—Los cartagineses emprenden la conquista de España.—Istolacio é Indortes.— Orison.
229—221	Asdrubal.—Los cartagineses extienden sus conquistas desde la Bética al Ebro.—Auringis y Cartagonova.
221—218	Anibal.— Toma de Elmántica y de Arcébula.—Toma de Sagunto.—Sale para Italia.

Guerra entre cartagineses y romanos

	Cartagineses		Romanos
218	Asdrubal y Hannon.	Batalla de Cissium.	Cneo Scipión
213	Asdrubal Barca, Asdrubal Giscon y Magon.	Batallas del Saltus Tugensis y de Anitorgis. Derrota y muerte de los Scipiones.	Publio y Cneo Scipión.
			Lucio Marcio luego Claudio Neron.
211			Publio Cornelio Scipión.
210		Toma por los romanos de Cartagonova.	
209		Batalla de Bécula.	
207		Asdrubal sale para Italia.	
	Asdrubal Gescon, Hannon y Magon.	Toma de Auringis por los romanos.	
		Batalla de Silpia.	
		Toma de Auringis y de Cástulo. Dextruccion de Astapa.	
205		Magon sale para Italia.	
		Crucifixión de Ambis.—Los cartagineses abandonan la peninsula.	

CONQUISTA DE ESPAÑA POR LOS ROMANOS

Años A. Jc.			
205	Lucio Léntulo y L. Manlio Acidino		Levantamiento de Indibil.
	M. Helvio y Sempronio Tudetano.	Derrota y muerte de Tudetano.	Levantamiento de Colcas y Luscino.
194	Q. Minutio Termo y Q. Fabio Búteo.	Batalla de Turba.	Id. de Budar y Basaside.
196	Marco Porcio Caton.—P. Manlio.	Victorias de Caton y sumision de la España Citerior y victoria de Manlio contra los turdetanos.	Levantamiento en casi toda España.
192	C. Calpurnio y L. Quintio.	Derrota de los romanos por los celtiberos.	
186	Victoria de Calpurnio cerca de Toledo, victoria de Atinio contra los lusitanos cerca de Asta.		
182	L. Manlio y L. Fulvio Flacco.	Sitio de Urbicua.—Batalla de Ebura.-Toma de Contrebia y sumisión de la Celtiberia oriental.	
180	L. Postumio y T. Sempronio Graco.	Sitios de Munda, de Cértima y de Alces.—Toma de Ergavica.—Victoria de Postumio sobre los vaceos y lusitanos.—Sumisión de la Celtiberia.	
	M. Titinio y T. Fonteyo.	Paz.	
175	Servilio Cepión y Q. Furio Filon.	Insurrección general.	
173	Apio Claudio Pulcro.	Los españoles atacan su campamento y son derrotados.—Paz.	
171	Lucio Canuleyo.	Legados españoles en Roma.—Colonia de Carteya.	
154	L. Mumio.	Derrota y muerte de los dos pretores.—Muerte de Púnico.	Rebelión de Púnico y los lusitanos.
		Victoria y derrota de Mumio.	Rebelión de Olónico ó Salóndico.-Rebelión de Africano.—Cesaron.
		Toma de Cunistorgis por Cantheno.—Se marcha á Africa.—Paz en la Lusitania.	Cantheno.
153	Q. Fulbio Novilior conl.	Guerra de Segeda.—Victoria y derrota de Caro.	Caro.
		Guerra con los arévacos y numantinos.—Derrota de Novilior.—Derrota de Blesio.—Toma de Ocilis por los celtíberos.	Haraco, Lencon y Lenthebon.
152	M. Claudio Marcelo conl.	Toma de Ocilis y del Nertobrigá—Paz con Numancia.—La colonia patricia de Córdoba.	
	L. Licinio Lúculo c. y el pretor Galva.	Infamia de Lúculo.—Degüello de Coca.—Sitio de Intercatia.—Derrota de Galva por los lusitanos.—Traición de Galva con los lusitanos.	
146	Cayo Vetilio y Cayo Plautio	Retirada á Trivola.—Derrota y muerte de Vetilio.—Derrotas de Plautio.	Viriato.
145	Claudio Unimano y Cayo Nigidio.	Derrota de Urique y muerte de Unimano.—Derrota de Nigidio cerca de Viseo	
144	Q. Fabio Máximo consul.	Sitio de Baccia.—Toma por Máximo de Escua, de Gemela, de Obúcula, de Utrera y ocupación por los romanos de gran parte de la Lusitania.	

Años A. Jc.			
143	Q. Cecilio Metelo cons.		Insurrección de los arevacos.—Sitio de Contrebia.
142		Solicita Viriato la alianza con los tiios, arevacos—Sitio de Segobriga.—Toma de Utica por Viriato.	
141	Q. F. Máximo Serviliano. Q. Pompeyo Rufo.	Toma de Utica por Serviliano.—Celada de Erisana —Paz con Viriato.	Guerra con Termancia y Numancia.—Derrotas de Pompeyo Rufo 141 y 142.
140	Q. Servilio Cepión.	Toma de Arsa.—Estratagema de Viriato en la Carpetania. — Asesinato de Viriato en Afrodisio.	Paz.
139		Capitulación de Tántalo con los lusitanos.	
	Decimo Junio Bruto.	Fundación de Valencia.—Derrota de Junio Bruto por los lusones.	
138	M. Popilio Lenas.		Tala el territorio de los lusones y es derrotado por los numantinos al asaltar la plaza.
137	C. Hostilio Mancino. M. Emilio Lepido.		El egército romano es hecho prisionero y por mediación de T. Graco se le concede la vida entregando las armas y reconociendo la independencia de Numancia. M. Emilio Lepido lleva la guerra contra los vacceos y es derrotado por los palentinos.
136	Lucio Furio Filon.		Continúa la guerra con los numantinos sin obtener ventajas.
135	Q. Calpurnio Pison.		
134	P. Cornelio Scipión. Africano reorganiza el ejército.		
133	Sitio de Numancia.		Retagenes Caraunio. Scipión hace cortar las manos á 400 jóvenes de Lucia que querian ir en auxilio de Numancia.—No consiguiendo los numantinos que los romanos acepten el combate y obligados por el hambre pegan fuego á la ciudad y se matan antes de entregarse á los romanos.
125	Q. Metelo.	Somete las Baleares.	
113		Los celtiberos y los otros pueblos del N. vencen á los cimbros en dos batallas.	
109		Insurrección de los lusitanos.	
100	T. Didio.	Batalla contra los arévacos.—Capitulación de Termes.—Degüello de los de Colenda.	Guerra con los arevacos.
99		Q. Sertorio tribuno militar de Didio habiendo los de Cástulo degollado á la guarnición romana de concierto con los de Auringis después de castigar á los primeros disfraza á los soldados en sus trajes y pasa á cuchillo á los de Auringis.	

Años A. Jc.		
93	Dolabela.	Somete la Lusitania.
89	C. Valerio Flaco.	Los de Belgida pegan fuego al Senado y queman á los senadores porque no quieren declarar la guerra á los romanos. Flacco derrota á los celtíberos con pérdida de 20,000

Participación de los españoles en las guerras civiles de los romanos

GUERRA DE SERTORIO

Años A. Jc.		
83		Sertorio viene á España.
	C. Annio.	Muerto L. Salinator á traición, C. Annio penetra en España por los Pirineos.
82		Sertorio abandona á España, es rechazado en la Mauritania y en las costas de España.—Se apodera de Ibiza.—Su escuadra es derrotada por la de Annio, quiere irse á las Canarias pero los célticos le obligan á ir al Africa donde toma parte en la guerra contra Ascalio.
81	Fufidio ó pretor.	Los lusitanos insurreccionados llaman á Sertorio. -Derrota este á la armada de Cota.—Se le unen 20 ciudades lusitanas y algunas vaceas.—Derrota á Fufidio ó Dedio.
80	Fufidio ó Dedio.	Sertorio penetra en la Bética y derrota á Fufidio.
	Q. Cecilio Metelo cons.	Derrota Sertorio cerca de Anás á Thoranio cuestor de Metelo y á Domicio pretor de la Citerior, hace de Denia su Arsenal y se alia con edetanos é ilergarbones.
79	Q. Cel. Metelo proc.	Guerra de guerrillas de Sertorio contra Metelo entre Segobriga y Bilbilis.—Este último llama en su auxilio á Manlio que es derrotado por Hirtuleyo —Hace levantar Sertorio el sitio de Lecobriga.—Metelo se va á las Galias.
78		Vuelto Metelo á España derrota un destacamento de Sertorio cerca de Segovia. —Vence á Hirtuleyo en la Bética.—Sertorio saca á los caracitanos de sus cuevas.—Toma á Contrebia, Concilio de Castra Ælia, Senado de Evora y escuela de Osca.

Años A. Jc.			
77	Q. C. Metelo y Cno Pompeyo.	Vienen á España Perpenna en ayuda de Sertorio y Pompeyo en la de Metelo.—Toma de Laurona á la vista de Pompeyo.—Este despechado toma la vuelta de los Pirineos.	Sertorio y Perpenna.
76		Pompeyo reforzado toma á Sucro.—Sertorio recibe á los embajadores de Mitridates.—Batalla indecisa del Sucro.—Se le pierde la cierva á Sertorio y este deja el mando de su ejército.—Metelo vence á los sertorianos en la Bética con pérdida de Hirtuleyo y toma el mando de todas las tropas romanas.-Aparece la cierva.—Batalla de Sagunto.—Sertorio vencido escapa con una estratagema.—Pompeyo escribe su famosa carta al Senado.	
75		Pompeyo reforzado toma á Segeda.—Disgusto de los celtiberos.-Crueldades de Sertorio.—Las ciudades celtiberas toman partido por los romanos.—Sertorio arrojado de la Celtiberia pasa á la Edetania.	
74		Conjuración de los generales de Sertorio.—Es asesinado por los suyos.	
73		Pompeyo derrota y mata á Perpenna.-Toma á Atienza y Calagurris después de una defensa heróica.	

GUERRA CIVIL DE CÉSAR Y POMPEYO

69	J. Cesar cuestor de Antistio Tuberon.	Llora al ver en Cadiz la estátua de Alejandro.—Restablece y quita lo que tienen de bárbaras las leyes gaditanas.	
65	Julio Cesar pretor.	Obliga á los habitantes del monte Herminio á habitar el llano.—Expedición á las Cies.—Cesar se apodera del Puerto Brigantino.	
		Los vizcainos van en auxilio de los galos en la guerra de estos contra Cesar	
55		Q. Metello Nepos que sitiaba á Clunia es derrotado por los vacceos.	
53	L. Afranio, M. Petreyo y Marco Varron.	Gobiernan á España por Pompeyo.	

Años A. Jc.		
49		J. Cesar viene á España y vence á los tenientes de Pompeyo.
	C. Casio Longino y M. Lepido gobernadores de las provincias Ulterior y Citerior por Cesar.	Exacciones de Longino.—Insurrección contra él.—M. Lepido despide á Longino.
	Aulo Trebonio.	Cneo Pompeio se apodera de Mayorca y Menorca.—Annio Scápula y Q. Aponio echan de la Bética á Aulo Trebonio.
45		Cesar viene a España contra los hijos de Pompeyo.—Batalla de Munda.
38		Era de César.

ÚLTIMA GUERRA POR LA INDEPENDENCIA

25	Augusto viene á España.	Liga de los cántabros asturres y galaicos contra los romanos. Augusto se retira á Tarragona y deja entregada la guerra á sus tenientes.
19		Batallas de Vellica y de Lantia.—España se somete á los romanos.—Fundación de Emerita Augusta y la ciudad que después se llamó Legio Décima Gemina.

LOS CÉSARES

Lo que no pudo lograr el genio de César, la más alta personificación de Roma, lo alcanzó la astucia política de Augusto, asentar de un modo permanente la dictadura plebeya. No sin motivo quisieron más adelante los emperadores fundar el origen de su autoridad en una *lex regia* por la cual el pueblo había delegado en ellos todos sus poderes; porque si esta ley no ha existido nunca, la plebe fué la que los elevó y para la plebe gobernaron. El Cesarismo romano, como los que por ser sus imitadores han tomado después su nombre, no es más que el socialismo coronado, la tiranía en provecho de los más. Los em-

peradores como los tiranos en la Grecia, no son más que unos dictadores plebeyos. De un estado social á otro no puede pasarse nunca legalmente, siendo la legalidad la forma en que se encarna el estado que se pretende derribar, y como las muchedumbres fuertes para destruir son inhábiles para el gobierno, lo han de entregar so pena de consumirse en la anarqnía á una de sus hechuras. Nace así una autoridad fuerte como apoyada por los más, justa en cuanto se propone acabar con privilegios egoistas y prudente porque no sintiendo inmediatamente la necesidad que aqueja á las masas y temiendo á las reformas violentas por lo que pueden perjudicar á su estabilidad, es una garantía, de que no ha de precipitarse nada aún para las clases conservadoras más ilustradas y más justas, teniendo así las apariencias de un gobierno nacional.

Pero la plebe al elevar á sus mandatarios, los aparta de sí, se dificulta la comunicación entre quien siente los necesidades y quien vé el remedio y no siempre, sino las menos veces el mandatario es fiel á su mandato, la autoridad que recibió como delegada, la considera como propia, confundiendo la voluntad con el derecho y la justicia con el poder, la ley deja de ser la expresión de la justicia efectuable para trocarse en la del capricho del que manda (quod principi placuit legem habet vigorem,) en ocasiones, las menos, de una virtud exéntrica, las más de preferencias obtenidas por una adulación servil cuando no por crímenes ó por vicios repugnantes. Y como no hay manifestación legal de derecho contra el que se considera su órgano exclusivo, viene con ello la deificación del imperante, la colocación de un hombre fuera de las condiciones humanas, el delirio del poder supremo y lo que se había levantado sobre todos por estimarse la expresión más fiel de lo justo, acaba por ser lo más incapacitado para serlo.

La plebe pretende que se ejercite para ella la autoridad que en sus hombros se sostiene y que al menor movimiento puede derribar y multiplica sus exigencias, no le basta con que se destruya el privilegio, quiere ser á su vez la previlegiada, el derecho sin el deber, que se le alimente y se la divierta sin trabajar, (panem et circenses, pan y toros), soñando aquella sociedad no ya injusta sino imposible en que los más viven y gozan con el trabajo de los menos.

Vénse así las dictaduras en la necesidad imprescindible de procurar sujetar las muchedumbres, para esto han de buscar una fuerza que las domine y que les sea adicta por su propia conveniencia, no pudiendo contar con el número hay que apelar á le calidad y crean los ejéreitos mercenarios, mas ¿quid cus-

todiat istos custodes? los que mantienen las dictaduras ¿porqué no han de ejercerlas? y se recae en el despotismo pretoriano; ¿porqué otro que no yo? y se desciende á la anarquía militar; esta trae la necesidad de algún órden y viene el absolutismo puro con sus cortes fastuosas, con sus millares de privilegiados, holgazanes insaciables que forman el país oficial y que como un inmenso pólipo chupa y seca todas las fuentes de la vida, después de lo cual nada resta más que la anémia y la muerte. Veamos como el Imperio Romano ha descendido por todos los grados de esta escala, efectuando en su camino la gran revolución social de cuya necesidad recibió la existencia con las virtudes y hasta con los vicios individuales de sus príncipes.

Augusto, que profesaba la máxima de que se hace pronto lo que se hace bien, (1) no apresuró las reformas en Roma ni en las provincias, ni tenía para qué hacerlo. Habiendo desaparecido los más valerosos ciudadanos á causa de las guerras y proscripciones y cayendo los otros nobles en la cuenta de que cuanto más fáciles se prestaban á la servidumbre, más presto alcanzaban los honores y las riquezas, quisieron mejor el estado presente seguro, que el pasado peligroso (2). Viviendo en Roma, como particular, rehusando algunas veces el consulado ó pidiendo que se le nombrara no uno sino dos colegas; él, que obtuvo por primera vez esta dignidad, diciendo al Senado su centurión Cornelio, con la mano puesta en el puño de la espada: "ésta lo hará si no lo haceis vosotros„ (3) con el modesto título de príncipe, se apoderó de todo el estado, cansado y exhausto con las discordias civiles(4). Con él limpió al Senado de los senadores llamados orcinos (5) y no recogiendo en los asuntos importantes los votos, según el orden habitual, sino como le agradaba, quitó la libertad al Senado bajo apariencia de quererla respetar (6). Concluyó enteramente con ella con la prohibición de que se publicaran sus actas (7). Obtuvo á perpetuidad el poder tribu-

(1) Sueton.-Doce Césares.-Octav. XXV.
(2) Tacit.-Anal.-Libr. I.
(3) Sueton.-Octav. XXVI.
(4) Tac.-Anal.-Libr. I.
(5) Se llamaban así á los nombrados por Antonio por favor ó dinero, suponiendo que César los había designado en sus memorias.
(6) La primera elección para llenar las plazas vacantes la dejó al Senado, pudiendo cada Senador elegir otro; la segunda la hizo él mismo con Agripa. Sin embargo, tan poco se fiaba de él, que cuando presidió este nuevo Senado llevaba una coraza bajo la toga y una espada al cinto y diez robustos senadores amigos suyos rodeaban su asiento. Tampoco, según Cordo Cremucio, se admitía en esta época ningún Senador á su presencia sino sólo y después de haber sido registrado.
(7) Sueton.-Octav. XXXVI.

nicio (1) que hacía sagrada é inviolable su persona; si como representante de la plebe cuidó de ésta, dándole frecuentes congiarios (distribuciones entre el pueblo en dinero ó en especie), procuró evitar los abusos, respondiendo un día á las quejas sobre el alto precio del vino "que su yerno Agripa había construído muchos acueductos para que nadie padeciera sed.„ Hasta concibió, según él mismo dijo, el proyecto atrevido de abolir perpetuamente las distribuciones de trigo, porque la esperanza de él hacía descuidar el cultivo de las tierras; pero renunció á ello por temor de que sus sucesores no lo restablecieran con miras ambiciosas. Sobrepujó á todos en el número, coste y variedad de espectáculos, no siendo raro que los diese en diferentes barrios á la par. Mientras que así se conciliaba el favor de la plebe, alhagaba también á los patricios, proyectando más ó menos sinceramente por dos veces restablecer la república, una á la muerte de Antonio, otra durante una larga enfermedad y no aceptando sino con intérvalos los consulados (2). Como Pontífice Máximo, muerto Lepido, corrigió de nuevo el calendario de la confusión introducida en él por los pontífices, sus inmediatos antecesores, que en vez de intercalar un día al espirar cada año cuarto, lo hacían al comenzar, resultando de esto al cabo de treinta y seis años, doce días complementarios, en vez de nueve y para que concluyera de una vez mandó que se dejasen pasar doce años sin intercalación y grabar en bronce el método que había de seguirse en lo sucesivo. Entonces se cambió al mes Sextilis su nombre en el de Augustus. Como vigilante perpetuo de las costumbres y de las leyes; y en virtud de este derecho que no era el de la censura, (3) hizo tres veces el censo del pue-

(1) El Senado se lo concedió después de la derrota de Antonio en 724, pero no tomó posesión de él hasta 731, conservándolo hasta su muerte. Dos veces tomó colega en esta dignidad cada una por cinco lustros; la una á Marco Agripa, y la otra á Tiberio Nerón. Según Tacito (Anales-Lib. III). "Había Augusto inventado este nombre á la suprema dignidad, por no tomarle de rey ó dictador, queriendo declarar con algún vocablo la preeminencia sobre todos los otros magistrados.„

(2) Transcurrieron nueve años desde su primero á su segundo consulado y uno solamente hasta el tercero. Siguió siéndolo hasta el undécimo sin interrupción y rehusando todos los que le ofrecieron; después pidió él mismo el duodécimo diez y siete años más tarde y dos años después el décimo tercero, con objeto de recibir como primer magistrado de la república en el Foro á sus nietos Cayo y Lucio que iban á entrar en la vida pública. Suet. Octav. XXVI. El consulado décimo octavo lo tuvo solo algunas horas, habiendo dimitido y nombrado en su lugar otro cónsul.

(3) Sueton.-Octav. XXVI.

blo la primera y tercera con su colega; la segunda solo (1).

Augusto procuraba que nadie tuviera que quejarse del nuevo orden de cosas (2). Por sí ó por sus generales, entre los que sobresale Agripa y se cuentan Tiberio y Germánico, después de apaciguadas las discordias civiles, sometió á los Cántabros, los Aquitanos, la Pannonia, la Dalmacia y toda la Iliria; sujetó la Recia, la Vendelicia y á los Salesos; contuvo las incursiones de los Dacios; arrojó á los Germanos al otro lado del Elva; hizo que los Persas le restituyeran la Armenia y las enseñas militares que en su poder habían dejado Craso y Marco Antonio, sin sufrir más derrotas graves que las de Lolio y Varo en la Germania, que le hacía exclamar en su delirio: ¡Varo, vuélvame mis legiones! Cerró tres veces el templo de Jano, que desde la fundación de Roma sólo lo había estado dos, ofreciendo al mundo asombrado el espectaculo de aquella larga y tranquila paz que se ha hecho proverbial con el nombre de Octaviana. Ayudado de Mecenas y comprendiendo que Roma no tenía un aspecto digno de la capital de tan grande imperio, la adornó con suntuosos edificios, exhortando también á los principales ciudadanos á que los construyeran, entre ellos se cuenta el teatro del español Cornelio Balbo, proveyendo además á la seguridad de la ciudad con excelentes medidas de policia. Para distraer á los ciudadanos de las contiendas políticas, protegió, ayudado de su ministro, á los literatos, de manera que el siglo de Augusto ha sido llamado el Siglo de Oro de la Literatura Latina y Mecenas á los protectores de los literatos. Esta literatura, en general, no es más que una imitación de la griega, la que contribuyó á universalizar. En un ramo sólo se muestra verdaderamente original en el derecho. Hasta Augusto respondían á los que tenían que hacer consultas jurídicas: primero los patricios, que eran los únicos que conserban el secreto sacerdotal del derecho y que representaban á sus clientes, luego cualquiera que hubiera estudiado las leyes, pero aquél privilegió á algunos, cuyas respuestas habían de considerarse como dadas por su autoridad. La creación de la Jurisprudencia como ciencia se debe Q. Mucio Scebola y los jurisconsultos no tardaron en formar dos escuelas, según querían el perfeccionamiento

(1) En el Códice en que está escrita la crónica Albeldense se encuentra el nombre de los mensores del Imperio y el tiempo que tardaron en la medición. Estos son: Nicodoso, Didinieto, Theudoto y Polydico, que tardaron en medir el Or. XXI añ. 2 ms. y 3 ds; el Ocd. 26 añ. 3 ms. 17 dias; el Sept. 29 años. 2. ms. 3 ds. y el M. 22 años. 1 ms. 30 ds.

(2) Id.-id.-id.

progresivo del derecho ó atenerse á su interpretación estricta. Jefes de ellas fueron en este tiempo, Antistio Labeon y Ateyo Capiton, que fundaron las que más adelante habían de llamarse de sabinianos y proculeyanos. Entran en esta elaboración del derecho dos elementos; el histórico romano y la filosofía. No pudo Roma tenerla propia, no siendo un pueblo, sino un Estado y la recibió de la Grecia cuando allí había descendido ya de las alturas metafísicas á que la elevaron Platón y Aristóteles y mediante una apresurada componenda entre lo sensible y lo inteligible entre la materia y la idea, se trataba de aplicarla á las exigencias morales y prácticas de la vida con predominio del aspecto material en Epicuro y del formal en los estoicos.

Producto de la decadencia del pensamiento helénico, el dogmatismo de estas doctrinas se acomodaba muy bien al carácter autoritario de la dominadora del mundo, así es que bien puede decirse que fueron los dos sistemas que más influyeron en ella y que mejor en ella fueron comprendidos. Enseñando Epicuro que el mundo y los seres no son más que el resultado de la accidental combinación de los átomos en el vacio, que los dioses son meros fantasmas creados por el temor, que debemos desechar el miedo á la muerte, porque mientras somos la muerte no es y cuando la muerte es, nosotros ya no somos; conducía á aquella moral egoista del placer reflexivo, del placer sin incomodidad que nos aconseja abstenernos del matrimonio por las molestias que ocasiona la familia, de los cargos públicos por los disgustos que proporcionan y las responsabilidades que en ellos se contraen y nos persuade á someternos á toda tiranía, porque mayor que el derecho que contra ella pretendamos defender, es el daño que con su fuerza nos puede causar. Imponiendo una moderación de hecho que pudiera confundirse con la virtud sino fuera hija de la más degradantes de las pasiones que enervan la voluntad, de la debilidad y del miedo, dominó aquella masa de ciudadanos pacíficos resignados á todo con tal de no hacer ningún esfuerzo que alterara su perezosa tranquilidad y que Tácito ha descrito con las admirables frases de homines ad servitutem parati y de miserables que se contenta con el derecho de vivir. (1)

Los estoicos, partiendo de los mismos principios que los

(1) A ellos perteneció Mecenas, que decía: que me dejen cojo pero que viva; que me dejen ciego pero que viva; el poeta Horacio que se llamaba á si propio puerco del rebaño de Epicuro; el poeta Lucano que en su poema de Rerum Natura canta el sistema de su maestro, aunque con la aun no enteramente perdida energía romana y el mismo Julio César.

epicureos de la identitud de la materia y de la forma y del mundo y Dios, daban el primer lugar á la forma y á la energía, y en vez de sufre, decían: haz. Dios es la razón en que están las semillas eternas de las cosas, el mundo su vestido, que en cuanto se cambia está regido por el accidente y la fortuna; el hombre partícipe de la razón divina halla á Dios en su conciencia que es su verdadero templo. Dios habla en la razón ó más bien es la razón de todos los hombres; todos los hombres son iguales sin distinción de razas, sin distinción de libres y de esclavos, nombres que ha inventado la vanidad, dando con esto la filosofía al derecho aquella universalidad abstracta que lo elevó en Roma hasta encontrar principios comunes en todas las legislaciones, hasta el derecho de gentes; lo que conforma con la razón, es el bien, el mal, lo que de ella se aparta; todo lo que se hace con buena intención, con la de sujetar la voluntad á la ley, es igualmente bueno, lo que la voluntad obra por un motivo que no sea el racional, igualmente malo; así no viendo en el bien más que la moralidad y prescindiendo de toda relación objetiva, se ha hecho de la moral y del derecho, una moral y derecho abstractos dentro de lo que todo cabe, como se explicaba en una de las célebres paradojas estoicas, creándose así un derecho que servirá para todos en general sin que aproveche á ninguno en particular. Como la razón es la que dirige inflecsiblemente todas las cosas, hemos de seguirla de grado ó por fuerza, fata volentem ducunt, nolentem trahunt. El dolor y la desgracia no son un mal porque tenemos siempre en la mano el medio de libertarnos de ellos. Así el estoico se encuentra miembro de un estado divino de que aquél en que vive no es más que una manifestación transitoria á cuya ciudadanía puede renunciar cuando quiera. Por eso el estoicismo aún con sus imperfecciones es lo que forma los últimos nobles caracteres en medio de la corrupción universal y como la sal de la sociedad antigua la vá manteniendo sin que se pudra por completo, hasta que otra nueva y superior no venga á reemplazarla.

En tanto la religión que ahora levantaba templos más suntuosos y fascinaba á la multitud con la pompa de los sacrificios había muerto en toda conciencia ilustrada que comparaba las fábulas poéticas de los sacerdotes, buenas cuando más para entretener á niños, con las altas concepciones de la filosofía. Cicerón que era augur escribía que no podían encontrarse en la calle dos augures sin echarse á reir el uno en las barbas del otro.

"Ni á las mismas provincias, dice Tácito (1) fué desagrada-

(1) Anal. Lib. I.

dable esta forma de estado (la introducida por Augusto) sospechosas del gobierno, del senado y del pueblo, á causa de las diferencias entre los grandes y avaricia de los magistrados, siéndoles de poco fruto el socorro de las leyes, enflaquecidas con la fuerza, con la ambición y finalmente con el dinero.„ Ya hemos visto como las favoreció mejorando su administración, fundando colonias que exornó con magníficos edificios y abriendo nuevas vías. Para la seguridad de éstas persiguió á los ladrones de caminos que so pretexto de atender á su defensa llevaban descaradamente armas con las que secuestraban á los viajeros y los encerraban sin distinción de libres ó de siervos en los talleres de los mercaderes de esclavos. Para ello Augusto estableció guardias en los puntos convenientes; visitó los talleres de esclavos y disolvió las asociaciones de malhechores que con el título de gremios nuevos cometían todo linaje de crímenes (1). Mas no trató de asimilar á Roma las provincias concediendo á sus naturales el derecho de ciudadanía. Antes por el contrario, como dice Suetonio (2). "Dando grandísima importancia á conservar al pueblo romano, puro de toda mezcla de sangre extraña ó servil no concedió el derecho de ciudadanos, sino con extraordinaria reserva, y restringió la facultad de las manumisiones. (3) A Tiberio que pedía aquel derecho para un griego, cliente suyo, escribió que no lo concedía si él mismo no venía á probar la justicia de su pretensión.„ Livia solicitaba lo mismo para un galo tributario, y se lo negó, ofreciendo libertar á su protegido del tributo "prefiriendo decía quitar algo al fisco á prostituir la dignidad de ciudadano romano.„ Distribuyó entre las provincias las legiones y puso á cortas distancias en los caminos militares jóvenes correos y después carros para que le informasen de lo que pasaba en ellas (4). Situó una flota en Mísena y otra en Rávena, para vigilar los dos mares (5). Proveyó en alguna manera á la justicia, entregando al Prefecto de Roma, cargo que el había creado, las apelaciones interpuestas por los litigantes que residían en esta ciudad y las de los habitantes de las provincias á los varones consulares encargados de los asuntos exteriores (6). También parece que ordenó que los gobernadores de las provincias, concluido su mandato, residieran un año en la capital, para que no se eximieran de responder á los cargos que se

(1) Suet. Los doce Césares. Octav. XXXII.
(2) Id. Id. Id. XXXIX.
(3) Por las leyes Fusía, Caninia y Ælia-Senia.
(4) Suet. Doce César. Octav. XLIX.
(5) Id. Id. Id. XLVII.
(6) Id. Id. Id. XXXIV.

presentaran contra ellos. Amante de todo lo romano, trató de restablecer el antiguo traje; viendo en una asamblea del pueblo muchos mantos oscuros, exclamó indignado: "He ahí

Romanos, rerum dominos, gentemque togatam;„

y encargó á los ediles que velasen para que ninguno se presentara sin toga en el foro ni en el circo; despreciaba por eso todas las superticiones extranjeras, en Egipto no se dignó separarse un poco del camino para ver al buey Apis y alabó mucho á su nieto Cayo por no haber practicado en Jerusalén ningún acto religioso. Y no en verdad porque él dejase de tenerlas. Sin cortar los prodigios que se refieren de su nacimiento, como el que se dice ocurrido en Roma y de que fueron testigos todos sus habitantes, anunciándoles que la naturaleza les preparaba un señor, por lo que el Senado prohibió criar los niños que naciesen aquel año, el que ocurrió á su madre Acia, que á la media noche en un templo, habiéndose quedado dormida en la litera, vió deslizarse á su lado una serpiente, por lo que al despertar se purificó como si hubiera estado con su marido, y conservaba siempre en su cuerpo la imágen de la serpiente que nunca pudo borrar, por lo que jamás quiso ir á los baños públicos, y Augusto pasó por hijo de Apolo, los innumerables que se refieren á sus triunfos en que parece haber creido como el de la palmera de Munda (1), y los que Suetonio llama evidentísimos de su muerte, (haberse parado un águila sobre la primera letra del nombre de Agripa y haber quitado un rayo la C del suyo de la inscripción de una de sus estátuas, lo que se interpretó porque viviría cien días, pues la palabra Æsar en etrusco significa Dios (2) tenía innumerables supersticiones, temía de un modo insensato á las tormentas y se refugiaba durante ellas en parajes abovedados y subterráneos (3), creía en los ensueños, por uno pedía limosna un día del año, y por otro creyendo á Júpiter Capitilono quejoso de la vecindad del templo de Júpiter Tonante, le contestó que se lo había edificado para que le sirviese de portero é hizo guarnecer al día signiente con campanillas (4) la

(1) Cuando despejaba Cesar el campo cerca de Munda para establecer sus reales, mandó respetar una palmera como presagio de victoria. Enseguida brotaron retoños que en pocos días no solo igualaron al tallo sino que lo cubrieron anidando en él palomas que huyen del áspero follaje de este árbol. Esto es lo que se dice movió á César á designar por sucesor á Augusto. Tanta confianza tenía este en su destino, que mandó grabar una moneda con el signo de Capricornio en que había nacido é hizo publicar su horóscopo. Suet. Loc. cit. XCIV.

(2) Suet. Doce César. Octav. XCVII.

(3) Id. Id. Id. Id. XC.

(4) Id. Id. Id. XCI.

parte superior del edificio, nunca se ponía en camino al día siguiente de las nundinas, no emprendía negocio importante el día de las nonas (1).

Lo que no pudo lograr con estas obras externas de piedad ni con su política ni con sus leyes, fué hacer reinar la moralidad ni en Roma ni en su familia. Burláronse sus disposiciones contra los célibes eligiendo desposadas que en muchos años no podían casarse y multiplicando los divorcios (2), las más ilustres matronas romanas, perdido todo decoro, para libertarse de las penas contra el adulterio de la ley Julia (3), se hacían inscribir por los ediles entre las meretrices, y los jóvenes libertinos se hacían tachar de infamia para meterse á cómicos.

Poco moral el mismo Augusto, aún sin dar fe á todas las infamias que de él propalaron sus enemigos, repudió á su primera esposa por casarse con Claudia, cuñada de Antonio, á la que, disgustado con este, repudió virgen, casó poco después con Scribonia, de quien únicamente tuvo una hija y á la que hubo también de repudiar por sus perversas costumbres, de Livia su última mujer, no tuvo sucesión. Casó á Julia primero con Marcelo, hijo de su hermana Octavia, luego con Agripa, que estaba casado con una de las hijas de Marcelo, del cual aquella tuvo tres hijos, Cayo y Lucio, á los que adoptó per œs et libram y Agripa, Julia y Agripina, y por último muerto aquél con Tiberio á quien hizo abandonar su mujer á quien amaba. Tales fueron los desórdenes de Julia, que Augusto estuvo á punto de darse la muerte y después de referirlos al Senado la desterró á una isla, privándola de todas las comodidades de la vida y prohibiendo que á ella se acercase ningún hombre sin su permiso. Ni fué mejor su nieta Julia á quien hubo también de desterrar y de impedir que reconociera y alimentara al hijo que había tenido después de su destierro.

Tampoco fué afortunado con sus nietos. Cayo y Lucio murieron prematuramente y Agripa á quien con su yerno Tiberio adoptó después, mostró tal ferocidad é insensatez (se hacía llamar Neptuno) que tuvo que expulsarlo de su familia. Por eso siempre que oía hablar de él y de las dos Julias, exclamaba suspirando:

Feliz el que vive sin hijos y sin mujer

y les llamaba sus tres cánceres (4).

(1) Id- Id. Id. XCII.
(2) Id. Id. Id- XXXIV.
(3) Perder la mitad de la dote, el tercio de sus bienes y ser desterrado á nna isla.
(4) Suet. Doce César. Octav. LXV.

Llevando hasta el fin su disimulo, el día de su muerte preguntó Augusto si su estado producía algún tumulto en el exterior; pidió un espejo, se arregló el cabello para disimular su flaqueza, y cuando entraron sus amigos, les dijo: ¿He representado bien? Aplaudid. En seguida mandó despedir á todos y murió en los brazos de su esposa, diciéndole: Livia, vive y acuérdate de nuestra misión; adios. (1)

Así pereció Augusto; no sin sospecha de que hubiera sido víctima de alguna maldad de Livia, temerosa de que se reconciliase con Agripa (2), dejando asentado aquél imperio que parecía eterno; pero durante su reinado, en un oscuro rincón de la Judea había nacido el Salvador del Mundo y á su muerte los huesos de los legionarios de Varo blanqueaban todavía en la selva de Teuterberg. El germanismo y el cristianismo que habían de ser el cuerpo y el espíritu de una nueva Edad.

Sucedióle Tiberio su entenado é hijo adoptivo de la familia patricia de los Claudios y ejemplo de la abyección hipócrita que produce el despotismo en los que lo sufren y del suspicaz y cruel desenfreno en los que mandan, maleando las naturalezas mejor organizadas. Había combatido con gloria, obteniendo una vez la ovación y cuatro veces el triunfo, tres el consulado y la potestad tribunicia, mereciendo que Augusto le escribiera: "juro por mi fortuna que eres el más amado de los hombres, el más valiente de los guerreros y el general más entendido„(3), y sin embargo se cuenta que al salir de la alcoba donde celebró la última conferencia con el emperador moribundo, los esclavos oyeron exclamar á éste: "Desgraciado de tí, pueblo romano, que vas á ser presa de tan lentas mandíbulas„.

Desterrado semi-voluntariamente en Rodas, para no inspirar celos á los que Augusto destinaba al poder, alimentaba allí haciendo la vida de un simple particular con el filósofo y astrólogo Trasilo los sueños ambiciosos con que acaloraban su fantasía, no solo su posición en la familia imperial, sino predicciones (4) como la del matemático Scribonio que le prometía llegaría á reinar sin las insignias reales y el oráculo de Gerion al que consultó arrojando los dados de oro en la fuente de Apona, obteniendo el número más alto. Allí ambicionándolo todo y teniéndolo todo, y de todos se había acostumbrado, como dice Tácito, aun sin necesidad por naturaleza ó hábito, á usar siempre

(1) Suet. Doce César. Octav. XCIX.
(2) Tacit. Anal. Lbr. I.
(3) Suet. Doce César. Tib. Ner. XXI
(4) Id. Id. Id. XIII.

palabras ambiguas ú obscuras, lo que hizo de él uno de los tiranos de peor género, de los que hay que obedecer y cuya voluntad no se puede averiguar.

Su primer crimen, fué mandar asesinar á Agripa, mientras él y su madre ocultaban la muerte de Augusto y su primera hipocresía decir que no lo había mandado y que debía darse cuenta al Senado mientras que Salustio Crispo que era el que había dado la órden al tribuno, temiendo aparecer reo le persuadió de que esto era amenguar su autoridad.

Rogábanle los senadores de rodillas que se dignase aceptar el mando, él, que ya tenía en derredor del Senado con numerosa guardia el aparato del honor y de la fuerza excusábanse diciendo, "que solo Augusto era capaz de tanto peso y al cabo aceptó sin confesarlo abiertamente y como obligado y de una manera transitoria "(Esperaré el momento en que juzgueis equitativo conceder algún descanso á mi vegez)„ pero no sin recordar para abrumar con su odio á los que habían tomado en serio sus manifestaciones ó á los que por su interés hacían que las tomaban.

El motivo de estas aparentes vacilaciones eran los peligros que le rodeaban. Solía decir que sujetaba á un lobo por las orejas y en efecto, Clemente, esclavo de Agripa, fingiéndose éste con quien tenía algún parecido, reunió fuerzas considerables en la Galía, que aumentaron en Italia, y marchó sobre Roma donde mantenía inteligencias. L. Scribonio Libon tramaba una revolución y las legiones de la Iliria y de la Germania se habían sublevado pretendiendo igual paga que los pretorianos y hostigando las últimas á Germánico, para que se apoderase del mando, no queriendo obedecer á Emperador que ellas no hubiesen elegido. Tiberio fingió estar enfermo para que Germánico esperase con paciencia la sucesión, Clemente cayó por traición en su poder, el tormento no le pudo arrancar confesión acerca de sus cómplices en Roma y preguntado por Tiberio: ¿Como has llegado á ser Agripa?—Le contestó:—Como tu César. La firmeza de Bleso y la lealtad de Germánico apaciguaron las sediciones y, mostrando una vez más su carácter, esperó más de un año para acusar ante el Senado á Libón.

Libre de temores, se condujo al principio con singular moderación. Vivía con la sencillez de un particular; habiéndole llamado uno señor, le exhortó á que no le hiciese aquella ofensa; no quiso que á sus ocupaciones se las llamase sagradas, sino laboriosas; ni que se dijera que se había presentado uno al Senado por su órden, sino por su consejo. Restituyó á este cuerpo la majestad antigua, no habiendo asunto que con él no consulta-

ra, engañando á todos de tal modo, que unos embajadores de Africa acudieron al Senado en queja contra él. Lo mismo hizo con las magistraturas que fué muy parco en ejercer; de modo que á juzgar por lo exterior se había restablecido la libertad antigua.

Poco á poco se fué apoderando de la autoridad con actos en general, que, como favorables á la utilidad pública, contentaban á todo el mundo. Restringió el gusto de los juegos y espectáculos; puse límites al lujo y tasa á los artículos de alimentación, dando él mismo ejemplo de economía; abolió el uso de besarse todos los días; restableció la antigua costumbre de que el consejo de familia acordase por unanimidad el castigo de las adúlteras que no tenían acusadores públicos; desterró á las mujeres que habían perdido su reputación para burlar las leyes, y á los jóvenes que se hacían tachar de infamia para poder bajar á la arena; prohibió las ceremonias extranjeras, como los ritos egipcios; bajo pretexto de servicio militar, repartió á la juventud hebrea en las provincias más insalubres y expulsó de Roma á todos los que profesaban estas sectas, bajo pena de perpetua esclavitud si volvian. Aunque hacía casi todos los años preparativos para visitar el ejército y las provincias, no salió de Roma, por lo que en burlas le llamaban Calipedes.

Hizósele odiosa su madre Livia por temor de su participación en el poder y ni permitió que se añadiera á sus títulos el de hijo de Livia, ni que se la llamara madre de la patria y la advirtió que no convenía á las mujeres mezclarse en asuntos importantes; bien es verdad que esto lo disimulaba con fingida modestia no habiendo querido él tomar el título de emperador. Separóse completamente de ella, porque no habiendo querido condescender con que á un ciudadano que le recomendaba se inscribiese en las curias, ella sacó del santuario consagrado á Augusto unas cartas en que éste hablaba de su carácter duro y tiránico. Desde entonces solo la vió una vez durante algunas horas, no fué á visitarla cuando estaba enferma y difirió sus funerales hasta que su cuerpo estaba ya corrompido.

Celoso de los triunfos de su sobrino é hijo adoptivo Druso, que había vengado la derrota de Varo, mereciendo el renombre de Germánico, lo envió sin asegurar esta conquista á la Siria, donde redujo la Capadocia y la Comagena á provincias romanas y le hizo asesinar por su legado Pison. Volvió Agripina á Roma con las cenizas de su marido en una urna (1). Él escri-

(1) Con el corazón intacto, que según los antiguos era señal de haber muerto de veneno.

bió al Senado una de esas cartas ambiguas que parecían favorables al matador, pero recogidas las órdenes que lo comprometían, se deshizo de aquel vil instrumento. Pero, ¡qué podía esperarse del hombre que muerto su propio hijo Druso contestó á los enviados de Troya que habían venido algo tarde á darle el pésame, que él también se lo daba por haber perdido un ciudadano tan bueno como Hector y del que envidiaba á Priamo por haber sobrevivido á toda su familia!

No tardaron en aparecer pasquines en Roma, en que se decía; vuélvenos á Germánico; por lo que y porque su mujer se quejó con alguna libertad después de la muerte de su marido, después de infamarla la hizo azotar por un centurion que la saltó un ojo y la desterró á la isla Pandatária. De los tres hijos de Germánico; Neron, Druso y Cayo, recomendó á los dos primeros al Senado, pero cuando supo que por ellos se habían hecho votos solemnes, los hizo morir de hambre, habiéndose comido el último hasta la lana de los colchones.

Tiberio había revelado desde su infancia su caráeter feroz, su maestro Teodoro de Gadarea le llamaba barro mojado en sangre; este carácter apareció aun al principio de su reinado, cuando trataba de disimularlo; un bromista al ver pasar á un difunto, le encargó dijese á Augusto que no se habían pagado todavía los legados que había hecho al pueblo romano, Tiberio lo llamó, le pagó su legado y luego lo mandó matar para que le llevara mejores noticias. Cuando se vió seguro, no solo no perdonó como hemos visto á su propia familia, sino que extendió la persecución á sus parientes, á sus amigos y poniendo en vigor las leyes de lesa majestad, puede decirse que á todo el pueblo; por este delito se castigaba como crimen capital, haberse desnudado ó hecho azotar á un esclavo delante de la estátua de Augusto y hasta entrar con una sortija en que estuviera gravado su imágen en un lugar escusado.

Una nueva plaga comenzó en su reinado, la de los acusadores. Se creía á los delatores bajo su palabra ó se proporcionaban testigos por el tormento, toda acusación acarreaba la muerte, toda palabra era un crimen. Acusóse á un poeta de haber injuriado á Agamenon, á un historiador de haber llamado á Bruto y Casio los últimos romanos. Se envolvía en la misma pena á esposa é hijos de estos inocentes reos y estaba prohibido llevarlos á sus parientes, mientras se daban grandes recompensas á los acusadores y hasta á los testigos. Como una antigua costumbre vedada extrangular, á las vírgenes las hacían violar antes por el verdugo. No hubo día ni aún los consagrados por la religión que no se señalase por ejecuciones en que no se perdo-

naba ni á los niños, llegando en algunos hasta veinte. Ni se contentaba con la muerte, sino que se gozaba con los tormentos de sus víctimas; á uno que le suplicaba acelerase su suplicio le contestó: "Ignoraba que nos hubiéramos reconciliado„. En Capri se enseña una roca donde á una señal suya se arrojaban al mar los sentenciados, después de tormentos tan largos como inauditos. Como la pena de muerte traía consigo la de confiscación, muchos por sustraer á su familia de ella y á sí mismo de la infamia, se suicidaban, pero se vendaba á los heridos y se los llevaba espirantes al suplicio, de un tal Carnulio que lo previno matándose dijo: "ese Carnulio se me ha escapado„.

Puso Tiberio las leyes, su autoridad y tribunales al servicio de su avaricia. Confiscó los bienes de los más ricos ciudadanos de las provincias, bajo pretexto de que tenían en dinero gran parte de su caudal y esto contravenía á la ley Julia, De modo credendi possidendique intra Italiam, que prohibía tener en Italia más de 15.000 dragmas (13.500 ps.) en numerario, llegó á hacer aborrecible la vida con sus importunidades y amenazas para que lo nombrara heredero al augur Cn. Léntulo, por complacer á Quirino, varón consular riquísimo y sin hijos, hizo condenar á su virtuosísima esposa Lépida, acusándola él mismo, envenenó á Vonon rey de los partos, refugiado en Alejandría para apoderarse de sus tesoros y lo que ya excede á todo horror, para robarle las minas de oro al riquísimo español Sexto Mario, lo hizo acusar de incesto con su propia hija y arrojarlo de la roca Tarpeya.

Durante su mando no hizo Tiberio ninguna expedición militar, conteniendo á los enemigos y venciendo en la Germania á Arminio y en el Asia á las partos por medio de generales de quienes desconfiaba, y lo mismo hizo con las insurrecciones de los Galos y de Tacfarinas en la Numidia. Otra manera de conquistar usaba, más propia de su política y de su carácter; atraía con promesas y lisonjas á los reyes que le eran sospechosos, y una vez en Roma, no los dejaba marchar; así lo hizo con Marabodo el germano, con Rhascupolis el tracio y Arquelao el Capadocio, cuyo reino redujo á provincia romana.

Temeroso de las legiones, quiso tener una fuerza propia en los pretorianos, á quienes alhagó con sueldos y privilegios, que excitaban la envidia de las otras tropas y cuyo gobierno entregó á Elio Seyano, que en otro tiempo le había salvado de un peligro. Abandonóle el gobierno y él se retiró á la isla de Caprea, inabordable por todos lados, salvo por un sitio muy estrecho. Allí, el que en los campamentos había merecido el nombre de Biberius, Caldius, Mero, se entregó á las mayores obscenidades, inventando monstruosos placeres que, por fortuna, no tienen

nombre en nuestras lenguas. En tanto Seyano que había provisto á su propia seguridad so pretesto de proveer á la del emperador, reuniendo á los pretorianos en un campamento, sucitó fácilmente las sospechas de Tiberio hacia los miembros de su familia, de los que no quedaban ya más que su hijo Druso y sus nietos Cayo y Tiberio, que pudieran hacerle sombra. De éstos últimos, el primero, apesar de su disimulación, le era sospechoso, y al segundo lo despreciaba, porque acaso sospechaba que era adúltero. Quedaba Druso, pero Seyano enamoró á Lavila, su mujer, y la adúltera consintió envenenar á su marido con la esperanza del nuevo casamiento y lo envenenó, hay quien dice y aunque no sea cierto, muestra la idea que se tenía de las tenebrosas intrigas de la época por mano de Tiberio.

Cuando éste supo el verdadero estado de las cosas, el poder de Seyano se hallaba cimentado tan firmemente que se celebraba públicamente el día de su casamiento, se veneraban sus doradas estatuas, la mayoria de los magistrados eran sus hechuras y podía disponer de los pretorianos. Tiberio, como de costumbre, acudió á la astucia, para adormecer á su enemigo; le tomó por colega en su quinto consulado; le lisonjeó con la esperanza del poder tribunicio y de un enlace con su familia: pero envía á Macron á Roma para ganarse á los pretorianos y de pronto envió al Senado aquella carta, en que en vil y miserable oración acusa á Seyano, dirigiendo á los senadores, entre otras súplicas, la de que "le enviasen uno de los cónsules con escolta militar para que condujese á su presencia al viejo emperador, á quienes todos abandonaban." No tranquilo con esto, mandó que en caso de alarma, se pusiese en libertad á su nieto Druso y le diesen el mando de las fuerzas militares; tenía naves preparadas para refugiarse en alguno de los ejércitos y esperaba en lo alto de una roca las señales que había ordenado le hiciesen desde lo más lejos, por si lograban interceptarle los mensajes.

Pero los senadores, más indignos aún de lo que el emperador se figuraba, vacilantes al principio por temor de que las primeras encubiertas acusaciones no fueran más que para probar su fidelidad, cuando se convencieron de que el mónstruo omnipotente había caido en desgracia, huyeron de él los más amigos como de un apestado; condenado á muerte su cuerpo fué arrojado á las gemonias y la bárbara persecución decretada contra su familia y sus amigos, hace odiar más que al infame ministro, á aquel bárbaro sistema de la fuerza, en que no cabía más elección que la de víctima ó verdugo.

Tibério en tanto, temeroso de todos y por todos injuriado, encerrado en su casa de Júpiter, se había hecho tan odioso á sí

mismo, que en una carta decía al Senado; "no sé que os escribiré, sí lo sé que los dioses y las diosas me hagan perecer más miserablemente de lo que me siento perecer todos los días„. Por último, habiendo leido en las actas del Senado que habían declarado absueltos sin oirlos siquiera á muchos acusados á los que había nombrado su denunciador; creyendo que se menospreciaba su autoridad, trató de regresar á Caprea, pero detenido por vientos contrarios y habiéndosele agravado la enfermedad, murió en la casa de campo de Lúculo á los 78 años de edad y 23 de su reinado. Sus crueldades le sobrevivieron. Un Senado consulto había establecido que las ejecuciones se defirirían hasta el décimo dia; algunos desgraciados habian de serlo el de la muerte de Tiberio, y no sabiendo á quién dirigirse, los guardias los estrangularon y los arrojaron á las gemonias. A ellas y al Tiber quiso también el pueblo arrojar el cadáver del que fué su emperador, pero los soldados al fin lo quemaron en Roma con las ceremonias ordinarias.

Mala memoria dejó también Tiberio en nuestra España. Su único acto laudable respecto á ella, el no haber aceptado el templo que con baja adulación en la Ulterior querían levantarle, más que á verdadera modestia debe atribuirse al desprecio que inspiraban al mónstruo los dioses, los hombres y aún él mismo. (1) En cambio sus pretores se distinguieron por sus exacciones y por la fiereza de sus costumbres. Bibio Sereno, procónsul en la España Ulterior, convencido de haber usado pública violencia, fué condenado en virtud de la lex Julia (2) de ví pública á destierro en la isla de Amorgo. No pudiendo conseseguir lo mismo los de la Citerior con el suyo, Lucio Pisón, un campesino de Termes le mató de una sola puñalada, y escapando á uña de caballo se apeó de él á la entrada de unos grandes bosques y arrojándose luego por quebradas y sendas inaccesibles burló á sus perseguidores; cogido sin embargo su caballo y llevado por las aldeas, por él pudo darse con el amo que fué

(1) Según se dice, su desprecio á los dioses consistía en creer que todo está gobernado por el destino; de ahí su fé en los augurios. Respecto del desprecio de sí mismo, véase la oración que pronunció cuando el Senado quiso nombrarle Padre de la Patria.

(2) Vióse entonces, dice Tacito (Anal. IV) un caso extraño, miserable y cruel un padre y un hijo del mismo nombre; éste, con ricas vestiduras, acusándole; el otro entre cadenas, y aunque por la indignación del pueblo que amenazaba al hijo *carcere et robore* huyó; hecho volver y puestos á cuestión los testigos del padre, aunque los más negaron; se le condenó, pero Tiberio por no hacerse aborrecible no permitió se le castigase al uso antiguo ni se le desterrase á Giaro ó á Donusa que no tenían agua pues era justo dejar modo de vivir á quien se dejaba la vida.

sometido al tormento para que declarase sus cómplices, pero él en alta voz gritó en su lenguaje "que era inútil que le interrogaran, pues aunque estuvieran presentes sus compañeros, ningún género de dolor podría arrancarle la confesión de la verdad;„ y cuando al siguiente día le llevaban para renovar el tormento, logró desacirse de sus guardias y se estrelló contra una peña. (1). Mientras en Roma se creía en la aparición del ave fénix, pasaba desapercibido para los romanos que en el Gólgota había sido crucificado entre dos ladrones el Salvador del Mundo.

Ninguno de los emperadores llegó al poder con más felices auspicios que Cayo Cesar, por sobrenombre Calígula (2); querido de las provincias y del ejército que lo habían visto niño, querido del pueblo romano que amaba en él la memoria de Germánico y al último vástago de aquella familia desgraciada, todos ponian en él el amor al héroe, la compasión á las víctimas y el odio al tirano de que se acababan de libertar. Así que la multitud que salía por todas partes á su encuentro le prodigaba los nombres cariñosos de estrella, hijo y discípulo; apenas llegó á Roma cuando por consentimiento unánime del senado y del pueblo que había invadido la asamblea, se le reconoció como único señor del Estado con menosprecio del testamento de Tiberio que le daba por coheredero á Tiberio, hijo de Druso, niño á la sazón, y habiendo caido enfermo, todo el pueblo pasó la noche al rededor de palacio, habiendo quien por su salud hiciera el voto de combatir en los juegos, ó se ofreciera como víctima expiatoria. Hasta Artaban rey de las Partos que no había ocultado su desprecio á su antecesor, atravesando el Eufrates rindió culto á las águilas romanas y á las imágenes de los Césares (3).

Los primeros actos de Calígula parecieron justificar esta popularidad. Después de pronunciar entre lágrimas el elogio fúnebre de Tiberio marchó en medio de una tremenda tempestad á las islas Pandataria y Poncia para recoger las cenizas de su madre y de su hermano, que él mismo colocó en las urnas y las llevó por el Tiber á Roma, donde las depositó en el Mausoleo, estableciendo ceremonias fúnebres anuales y además por su madre juegos públicos en el Circo en los que se había de pasear su imagen en un carro como la de los dioses; en memoria de su padre dió el nombre de Germánico al mes de Septiembre hizo conceder por un Senado consulto á su abuela Antonia to-

(1) Tacito.--Anales.--Libr. IV

(2) Mote militar, de *Caliga* calzado guarnecido de clavos que usaban los soldados y que probablemente á él le habían puesto cuando niño cuando por broma ó cariño lo vestían de soldado.

(3) Suet. C. Calígula XIII-XIV.

dos los honeres que antes se le habían otorgado á Livia, la mujer de Augusto, tomó á su tio Claudio como colega en el consulado, adoptó á su primo Tiberio y le dió el nombre de príncipe de la juventud; mandó que se jurase por sus hermanas y que se pusiera su nombre en las comunicaciones de los cónsules; hizo llevar al Foro todos los documentos del proceso de su madre y de sus hermanas, y, después de haber jurado por los dioses no haberlos visto ni tocado, los hizo quemar; rehabilitó á todos los condenados y suspendió todas las persecusiones anteriores á su advenimiento: un día le presentaron un escrito que decían interesar á su vida y contestó que no había hecho nada que pudiera atraerle el odio de nadie y que no tenía oidos para los delatores, desterró de Roma á los inventores de orgías monstruosas (1), hizo buscar las obras de T. Lavieno, de Cordo Cremucio y de C. Severo diciéndose personalmente interesado en que se escribiese la historia con fidelidad, publicó las cuentas del Imperio, uso introducido por Augusto y desdeñado por Tiberio, y trató de volver al pueblo el derecho de sufragio que este le había quitado, terminó los monumentos que Tiberio había dejado incompletos, comenzó un acueducto cerca de Tibur y un anfiteatro cerca del campo de Marte; por su orden se reconstruyeron en Siracusa los muros de la ciudad y proyectó reconstruir el Palacio de Policrates en Samos, terminar en Mileto el templo de Apolo, edificar una ciudad en las cumbres de los Alpes y romper con un canal el itsmo de Corinto, dió muchos juegos en Italia y fuera de ella, añadió un dia llamado de la juventud á las fiestas saturnales é inventó un espectáculo superior á todo lo que hasta entonces se había visto: hizo formar entre Baias y Puzzola en un espacio de cerca de 3.600 pasos un puente con naves traidas de todos los mares en doble fila sujetas con anclas y semicubiertas por un pavimento que recordaba la vía Apia, sobre el cual pasó el primer día, llevando corona de encina en la cabeza, clámide bordada de oro en los hombros y escudo y espada en las manos; á la mañana siguiente vestido de auriga en un carro tirado por dos famosos caballos, precedido de Dario, uno de los rehenes de los partos y seguido de la guardia pretoriana y de sus amigos en carretas: hay quien dice que imaginó este puente para sobrepujar al de Jerges sobre el Helesponto, quien que para asustar con tan gigantesca empresa á los germanos y bretones, á quienes pensaba declarar la guerra y quien que para que se cumpliera el augurio del matemático

(1) Las Spintrias del tiempo de Tiberio y costó mucho trabajo, dice Suetonio, impedir que los ahogaran en el mar.

Trasylo que viendo inclinado á Tiberio á elegir por sucesor á su nieto natural había afirmado en son de burla "que Cayo no sería emperador hasta que atravesara á caballo el golfo de Bayas."

Bien pronto debió conocer el pueblo que se había engañado. Quien no se engañó fué el malvado pero sagaz Tiberio que viendo el disimulo con que devoraba sus ofensas había dicho de él "que nunca hubo mejor esclavo ni peor amo" y conociendo sus inclinaciones repetía con frecuencia (1): "Dejo vivir á Cayo para su desgracia y la de todos" ó bien "Crio una serpiente para el pueblo y otro Faetón para el universo." (2)

Un dia oyendo disputar á varios reyes que habían venido á visitarlo sobre la nobleza de su origen exclamó en griego: No hay más que un señor, no hay más que un rey y quiso tomar las insignias reales, pero digeron que era superior á todos los reyes de la tierra y desde entonces se atribuyó la majestad divina. Hizo traer la estátua de Júpiter Olímpico, otra de Fidías y le quitó la cabeza para ponerle la suya, hizo prolongar hasta el Foro un ala de su palacio y convertir en vestíbulo el templo de Castor y Polux, entre losque se sentaba para que le adorasen. También tuvo templo especial en que se veía su estátua de oro á la que todos los días le ponían igual vestido que el que él usaba. Los ciudadanos más ricos se disputaban el sacerdocio de este templo en el que se sacrificaban flamencos, pavos reales, codornices, gallinas de Numidia, pintadas, faisanes, cada día de diferente especie.

Por la noche, este dios extravagante invitaba á la luna cuando brillaba en todo su explendor á compartir su lecho, de día tenía con Júpiter secretas conversaciones hablándole al oido y presentándole el suyo. Estas conversaciones no eran siempre amigables pues una vez se oyó exclamar á Calígula:

Muéstrame tu poder ó teme al mio

al fin se dejó ablandar habiéndole invitado el padre de los dioses á vivir con él. Para estar cerca hizo construir una puerta por encima del templo de Augusto entre el Palatino y el Capitolio y luego cavar en este monte los cimientos de un nuevo palacio.

Se desdeñaba de descender de Agripa y proclamaba que su madre había nacido de un incesto de Augusto con su hija Julia, llamaba á su bisabuela Livia, Ulises con faldas, negó una conversación particular á su abuela Antonia y exigió que la

(1) Tacit. Anal. Libr. IV.
(2) Suet. Doce. Cesar.---C. Calíg. XI.

presenciara el prefecto Macron, matóla á disgustas ó con veneno y á su muerte no la tributó ningún honor, contemplando tranquilamente las llamas de la pira, mandó á un tribuno militar á que matase de improviso á su primo Tiberio porque no había querido embarcarse con él un día de tormenta, y obligó á degollarse á su suegro Silano porque había aspirado un remedio para la tos. Tuvo comercio criminal con sus tres hermanas (Agripina, Drusila y Livila) y reconoció á una hija nacida de una de ellas (1). Amó especialmente á Drusila cuya muerte lo enloqueció, en lo sucesivo no juró más que por su nombre, la colocó en el mismo rango que Venus Anthea y mandó á las mujeres invocarla en sus juramentos como á Juno, no profesó á las otras una pasión tan constante, frecuentemente las prostituyó á sus compañeros de libertinaje y en el proceso de Emilio Lepido las hizo condenar como adúlteras y cómplices de aquel conspirador, diciéndolas cuando las desterró que no tenía solo islas, sino también espadas. No respetó en nada la santidad del matrimonio ni las leyes del pudor. Habiendo asistido á las bodas del C. Pison y de Livia Orestila, mandó que la llevasen á su casa, se casó con ella y á los dos años la repudió bajo pretexto de que había vuelto á ver á su marido; habiendo oído decir que la abuela de Solía Paulina, mujer del consular C. Memmio, había sido la mujer más hermosa de su tiempo, obligó á Memmio á que le cediera la nieta y la repudió á poco prohibiéndola que tuviera en adelante comercio con ningún hombre. Más amó á Cesenia, ni hermosa ni jóven, que ya había tenido hijos con otro, pero lasciba cual ninguna. La hacía cabalgar á su lado vestida con clámide y armada con espada y escudo y á sus amigos la enseñaba desnuda. Tuvo de ella una hija á la que llamó Julia Drusila y la colocó en el seno de Minerva para que la alimentara y la mejor prueba para él de que era suya era que arañaba en el rostro á los niños que jugaban con ella. Jamás cuidó de su pudor ni del ajeno; sin hablar de sus amores con la cortesana Pyrralis, no respetó á ninguna mujer distinguida, las invitaba á su mesa con sus maridos, las examinaba con atención y se llevaba á una habitación inmediata la que le gustaba más, repudió á algunas en nombre de sus maridos ausentes é hizo insertar estos divorcios en los anales públicos, se dice que amó con amor infame á M. Lépido, al payaso Mnester y á algunos rehenes.

(1) Así Eutropio, en algunos manuscritos en lugar de agnovit se lee cognovit, lo que significaría que había cometido tambien (lo que nos repugna creer) horrible incesto.

Algo había en Calígula que superara á la lascibia su crueldad. Estimaba, como su prenda mejor, la de ser insensible. Por los pretextos más fútiles ó por las faltas más ligeras, condenó á las minas, á los trabajos de caminos y á las fieras á multitud de los condenados más distinguidos; después de haberlos hechos marcar con el estigma, los encerraba en jaulas, en que tenían que estar á cuatro piés ó los hacía aserrar por la mitad; recomendaba á los verdugos "que hiriesen á sus víctimas de modo que se sintieran morir„ Obligaba á los padres á que presenciaran el suplicio de sus hijos; á uno, que se excusó por enfermo, le envió su litera, á otro, después de tan horrible espectáculo, le llevaron á la mesa del Emperador, que exitó con bromas su alegría; muchas veces hacía dar tormento en su presencia mientras comía ó se entregaba al desorden con sus amigos. No respetaba á éstos ni á sus parientes. Ptolomeo, su primo, hijo de Juba, rey de Mauritania y Macron y Ennia que lo habían elevado al poder y ésta un tiempo su querida, como los otros sufrieron la muerte. Como costaba cara la carne para el mantenimiento de las fieras, les arrojaba condenados vivos; habiendo enviado á suplicio á uno por otro dijo: "Ese lo ha merecido tambien;„ furioso por ver á la multitud favorecer en el Circo á un partido al que era contrario, exclamó: "Ojalá que el pueblo romano no tuviera más que una cabeza.„

Su envidiosa malignidad se extendía hasta con los muertos. Derribó las estatuas de los grandes hombres que Augusto había colocado en el Capitolio; quiso destruir los poemas de Homero, preguntando: ¿por qué no había de poder él como Platón desterrarlo de la República? Faltó poco para que hiciera desaparecer de las bibliotecas los retratos y las obras de Virgilio y Tito Livio, diciendo que "el uno carecía de ingenio y de saber y el otro era un historiador locuaz é inexacto;„ llamaba á las obras de Séneca, el escritor entonces en boga, puras amplificaciones, arena sin cal (1) y le amenazó de muerte por haberlo eclipsado en la elocuencia en que pretendía sobresalir. Prohibió á los más ilustres romanos las distinciones de sus familias; el collar á los Torcuatos; á los Cicinatos el pelo rizado, á Pompeyo el nombre de grande.

Tal era su prodigalidad, que en un sólo año consumió los tesoros de Tiberio, que ascendían á 2.700 millones de setercios (unos 330 millones de peseta); había hecho construir naves libur-

(1) Esta frase puede interpretarse de dos modos, ó arena sin trabazón ó refiriéndose á una costumbre del Circo donde se marcaba con cal el límite señalado al objeto, por lo que dijo Arminio Marcelino *extra calces decurrere*, separarse del objeto.

nesas de diez órdenes de remos, con velas de diferentes colores y la popa adornada con piedras preciosas, en que había baños, galerías, comedores, vides y árboles frutales y con las que costeaba la Campanía, tendido, y regalado por danzas y músicas; lavábase con esencias; tragaba perlas de gran precio disueltas en vinagre; hacía servir á sus comensales panes y manjares condimentados con oro; arrojaba durante muchos días al pueblo desde la basílica Julia gran cantidad de monedas, diciendo que era preciso ser económico ó César.

Reducido á la pobreza por su prodigalidad, creó impuestos sobre todo; hasta por el uso del matrimonio, hasta sobre las prostitutas por su infame menester; no promulgó estos impuestos y como el pueblo instase á que se escribieran hizo trasladarlos sus edictos en letra tan menuda y los colocó tan altos en sitio tan estrecho que era imposible copiarlos y aún leerlos (1).

No bastándole con esto, recurrió á mil supercherías. Declaró que la palabra descendientes solo significa hijos y anuló los títulos de ciudadanía concedidos por César y Augusto, rescindía por ingratitud los testamentos de los prompiliarios que desde Tiberio no habían dejado su herencia á los emperadores y los de todos los ciudadanos cuando cualquiera declaraba que el testador había manifestado deseos de que el César fuera su heredero; si lo nombraban por miedo decía: ¿que irrisión vivir después? y les mandaba pasteles envenenados; vendía la justicia, inventaba subastas en que obligaba á tomar objetos inútiles al precio que se le antojaba; en fin llegó hasta establecer un lupanar en su propio palacio.

Quiso también obtener los honores del triunfo y todas sus hazañas se redugeron á admitir la sumisión de un rey de los bretones expulsado por su padre, á hacer ocultar en un bosque á algunos Germanos de su propia guardia, y como no había de faltar lo cruel á lo farsante á enviar á ocultarse á algunos jóvenes rehenes que después hizo acuchillar por su caballería; luego recogió para su triunfo los galos que le parecieron más robustos á los que llamaba triunfales, les obligó á dejarse crecer el cabello á teñirlo como el de los Germanos, á vestir su traje y hasta á aprender su lengua. En fin, su extravagancia llegó á mandar hacer á *Incitatus* su caballo una caballeriza de mármol, un pesebre de marfil, mantas de púrpura, collares de perlas; púsole una casa completa con muebles, esclavos y todo lo necesario para que recibiesen magnífico trato aquellos á quie-

(1) De aquí el proloquio vulgar: Esas son leyes de Calígula.

nes invitaba á comer en su nombre y hasta se dice que pretendió nombrarlo cónsul.

Aunque esta delirante tiranía había de sentirse menos en las provincias por más lejanas de los caprichos imperiales, fácil es de suponer como andaría su gobierno cuando un loco semejante era el que manejaba las riendas del estado; de España solo sabemos que quitó á las ciudades que lo tenían el derecho de batir moneda. Y un loco era Calígula, desde niño había padecido ataques epilépticos, y á su locura física unió la locura del poder sin travas; cuando hombres ó pueblos creen que la justicia es la voluntad y no esta el instrumento que debe ejecutarla, se cae en la insensatez de este emperador que decía á su abuela Antonia: "Recuerda que todo me es permitido y contra todos...„ esta frase explica la mayor parte de los hechos de estos príncipes.

Tomando á juego la justicia y la vida de los hombres el que nos ocupa, escribía todas las noches en dos listas la de la espada y la del puñal, los nombres de los que al día siguiente habían de ser ejecutados: á esto llamaba burlonamente ajustar sus cuentas. Dos prefectos del pretorio, nombrados aunque injustamente como cómplices de una conspiración, temieron aparecer en ellas y se adelantaron; según unos, el tribuno Querea fué el primero que le hirió en el cuello gritando: haced lo mismo, y otro tribuno, Cornelio Sabino, le atravesó el pecho. Según otros, éste habiendo pedido á Caligula la consigna y contestándole éste; Júpiter, Queras exclamó: Recibe una prueba de su cólera, descargándole un golpe en la mandíbula de que cayó, acabándole los otros conjurados. Un centurión asesinó á Cesonia y á su hija la estrellaron contra la pared. Los soldados de la guardia germánica que acudieron al ruido, mataron á muchos de los asesinos y hasta á dos senadores inocentes.

Tras del emperador loco, el imbécil. Tal era, por lo menos, la opinión que de Tiberio Claudio Druso tenía su familia. Su madre Antonia le llamaba "sombra de hombre, aborto infame de la naturaleza,„ y cuando quería hablar de un tonto decía: "es más estúpido que mi hijo Claudio„, su abuela Livia, rara vez le dirigía la palabra; su hermana Livila, habiendo oido decir que reinaría algún día, compadecía en alta voz al pueblo romano. Augusto le llamaba pobre insensato, añadiendo que los negocios no serían su ocupación y dudaba en una de sus cartas á Livia si era apto ó incapaz, aunque en otra y en la conducta que tuvo con él, parece inclinarse á esto último. Verdad es que Tiberio le concedió las insignias consulares, pero como le instase para obtener el consulado, le contestó: "Te mando cuatro monedas

de oro para las Saturnales y las Sigilarias. (1) Bajo su sobrino Calígula, fué cónsul durante dos meses; pero no por eso dejó de ser juguete de la corte: si llegaba tarde á la cena, se le dejaba dar vueltas alrededor de la mesa; si se dormía, después de la comida, le tiraban huesos de dátiles ó de aceitunas; se divertían los bufones en despertarle como á los esclavos, con el látigo ó la palmeta ó le ponían sandalias en las manos para que, despertando bruscamente, se diera en la cara con ellas. Su estupidez llegó hasta la de hacer discursos para disculparla, diciendo que era una astucia de que se había valido para librarse de Calígula; pero, según Suetonio, no logró convencer á nadie.

Y sin embargo era un príncipe que no carecía de cultura ni de afición al estudio. En su juventud trató de escribir la historia, exhortándole á ello T. Livio y ayudándole Sulpicio Flavo; pero habiendo comenzado su lectura ante numeroso auditorio, un hombre muy grueso rompió el banco en que se sentaba; el público se hechó á reir y el autor también. Su historia comenzaba después de la muerte de César, pero tuvo que pasar al fin de las guerras civiles, porque su madre y su abuela le impedían escribir con imparcialidad; dejó dos libros de la primera parte y veinte de la segunda; escribió en griego veinte libros de la historia de los tirrenos y ocho de la de los cartagineses, de que se daba lectura pública en el Museo de Alejandría y además en latín ocho libros de memorias sobre su vida, con más elegancia que ingenio, y una apología bastante erudita de Cicerón, para contestar á Asinio Galo.

Los rasgos más notables de su carácter son la desigualdad de su conducta y su extrema debilidad que, más que como emperador, le hizo vivir como esclavo de sus mujeres y de sus favoritos.

Ya había llegado á los 50 años, cuando los conjurados para asesinar á Calígula habían separado de él á todo el mundo bajo pretexto de que el emperador deseaba estar solo; Claudio se retiró á un comedor pequeño llamado Hermum; sobrecogido de miedo al saber la muerte, se arrastró hasta una galería inmediata donde se ocultó bajo un tapiz; un soldado le vió los pies y le sacó de aquel sitio. Claudio se arrojó á sus plantas pidiéndole la vida; el soldado le saluda como Emperador, y le lleva á sus compañeros; éstos, indecisos, le colocan en una litera y le llevan al campamento triste y tembloroso, mientras los transeun-

(1) A las antiguas Saturnales que duraban muchos días, se añadieron otros dos, en que se regalaban á los niños unas figuritas de relieve; era, pues, tratarlo de chiquillo.

tes le compadecían, como á inocente que llevan al suplicio; en el campamento le llevan á la parte fortificada y le hacen pasar la noche rodeado de centinelas. En tanto, el pueblo y el Senado, no habían creido al principio la noticia de la muerte de Calígula, suponiéndola una astucia de éste para conocer á los que le eran desafectos; cuando ya se tuvo la certeza de ella, los cónsules y el Senado hicieron ocupar el Foro y el Capitolio por las cohortes urbanas y trataron, á propuesta de Saturnino, de restablecer la antigua libertad; hasta el mismo Claudio fué citado para que manifestara su opinión, pero éste contestó "que estaba retenido por fuerza."

A la mañana siguiente, no pudiendo el Senado, presa de divisiones, ponerse de acuerdo y oyendo los gritos de la multitud que le rodeaba pidiendo un solo jefe y aclamando á Claudio, éste recibió delante del pueblo reunido el juramento del ejército, prometiendo 15,000 sextercios á cada soldado, siendo el primero de los Césares que compró á precio de oro la fidelidad de las legiones.

No quiso Claudio tomar el título de Emperador, concedió una amplia amnistía de la que solo exeptuó á algunos tribunos y centuriones, no solo por escarmiento de lo pasado sino porque supo que habían pedido también su muerte; celebró sin ostentación los esponsales de su hija y el nacimiento de su nieto, pidió como favor que le permitiesen llevar consigo al Senado al Prefecto del Pretorio y á los Tribunos militares para que se ratificasen allí las sentencias que pronunciaban en asuntos judiciales; solicitó de los cónsules tener mercados en sus dominios, se disculpó con los tribunos por tener que dejar hablarlos en pié en su tribunal por la estrechez de la estancia, asistía como simple consejero á los juicios de los magistrados y se levantaba cuando estos entraban en los juegos públicos. Construyó obras de verdadera utilidad como el canal Emisario para desaguar el lago Fucino y el puerto de Ostia, rodeándole de dos brazos y elevando á su entrada un dique, para asegurarlo hizo sumergir la nave que había traido el gran obelisco y levantó sobre este dique, sobre fuertes pilares un faro parecido al de Alejandría. Llevó á Roma las aguas del nuevo Annio por un hermoso acueducto y las frescas y abundantes que de su nombre se llamó Claudina; cuidó mucho del abastecimiento y seguridad de Roma; durante el incendio del barrio Emiliano se pasó dos noches en el Diribitorio y cuando vió á los soldados y esclavos extenuados de fatiga, hizo llamar por los magistrados al pueblo de todos los barrios y mandando traer canastos llenos de dinero exhortó á todos al trabajo prometiendo premios propor-

cionados á los servicios. Habiendo encarecido una vez el precio de los víveres á consecuencia de una prolongada esterilidad, la multitud detuvo á Claudio en el Foro insultándole y arrojándole á la cara pedazos de pan; trabajo le costó entrar en su palacio por una puerta reservada, pero sirvióle la lección para no dejar medio que no imaginase á fin de asegurar en Invierno la llegada de los convoyes; como resarcir á los abastecedores de las pérdidas que ocasionase el mal tiempo, conceder á los que equipasen naves para el comercio de granos si eran latinos los derechos de ciudadanos romanos, á estos los beneficios de la ley Papia Popea y á las mujeres las prerogativas de madres de cuatro hijos; estableció en Puzzola y en Ostia una cohorte para los casos de incendio y lo que honra más su reinado, declaró libres á los esclavos enfermos que exponían sus amos en la isla de Esculapio, condenando al que los matare por no exponerlos á la pena de los homicidas. Esta conducta le grangeó tanto el aprecio de los romanos, que habiendo corrido la voz de que había sido asesinado en uno de sus viajes á Ostia, el pueblo abrumó de imprecaciones á los soldados como traidores y á los senadores como parricidas, hasta que se demostró la falsedad del rumor. No estuvo enteramente libre sin embargo de asechanzas contra su vida; una noche se encontró á un hombre del pueblo con un puñal cerca de su lecho, dos caballeros romanos armados de estiletes y cuchillos de caza le espiaron el uno á la salida del teatro, el otro durante un sacrificio en el templo de Marte; Galo Asinio y Statilio Corvino nietos de los oradores Polión y Mesala, intentaron una revolución en que entraron libertos y esclavos de Claudio y Furio Cámilo Scriboniano promovió una guerra civil que abortó por que se toma á prodigio el que los soldados no pudieron armar las águilas ni arrancar las insignias. Administraba asíduamente la justicia, en lo que mostró unas veces rara sagacidad, como cuando ordenó á una madre que se negaba á reconocer á su hijo que se casase con él; otras de extravagancia, ligereza ó imbecilidad: dutándose si uno á quien se disputaba la ciudadanía, debía presentarse al juicio con traje romano ó griego, ordenó que se pusiera manto durante la acusación y toga durante la defensa; otra vez sentenció por escrito opino como los que tienen razón. De aquí las burlas y aún los desacatos de que era objeto. Después de preguntar mucho por las causas de la ausencia de un testigo, le contestó el que la excusaba: "Ha muerto, y creo que le estaba permitido;„ en otra ocasión, un litigante osó decirle: tú también eres viejo é imbécil y un caballero romano, injustamente acusado de cometer monstruosas obscenidades, viendo que lo ca-

reaban con prostitutas de profesión, le arrojó al rostro las tablillas y el estilo, hiriéndolo en la cara.

Lo mismo le ocurría en la censura y hasta en los juegos. Habiéndole saludado unos gladiadores con la acostumbrada frase *Cæsar morituri te salutant*, él les contestó: *Salvete*, con lo que aquellos se creyeron indultados, teniendo el emperador que bajar á la arena para obligarlos á combatir.

Durante toda su vida fué el juguete de sus libertos y sus mujeres. Aquéllos daban órdenes en su nombre ó se las hacían firmar. En una ocasión firmó la sentencia de muerte de 35 senadores y más de 300 caballeros, y cuando el centurión encargado de matar á uno de los consulares vino á decirle que estaban cumplidas sus órdenes, respondió que no había dado ningunas, y sin embargo aprobó lo hecho, porque sus libertos le persuadieron de que los soldados habían cumplido con su deber, vengando á su emperador. Quejándose otro día de tener su caja vacía, le replicaron: "la tendrás llena si tus dos libertos quieren admitirte en su compañía." (1)

Cuatro mujeres había tenido ya cuando se desposó con la impúdica Mesalina, cuyo nombre ha pasado como la personificación de la lujuria femenil. No contenta con sus innumerables amantes, decidió casarse con el joven C. Silio, con todas las solemnidades legales. Y lo hizo, aprovechando uno de los viajes de su marido á Ostia, delante de testigos, consignando la dote en poder de los augures, oyendo las palabras de los sacerdotes y pasando, según la ley, la noche en el regazo del marido. Y de nada se hubiera enterado el desapercibido Claudio ó le hubieran engañado; como no falta quien diga que lo hicieron (2) haciéndole firmar él mismo el contrato de estas nefandas bodas, haciéndole creer que era una farsa para echar sobre otro un peligro que le amenazaba por ciertas prodigalidades ó con otra artimaña semejante. Con otra tan burda se habían deshecho Mesalina y Narciso de Apio Silano, diciéndole los dos haber soñado que lo iba á matar, y presentándose éste en aquel momento (porque lo habían citado para ello); bastó esto para que Claudio creyese en la verdad del sueño y lo hiciese prender y morir. Por sospechas, poco más fundadas, había hecho degollar á las dos Julias, á Cneo Pompeyo (3) casado con su hija mayor y ha-

(1) Suet., Doc., Ces., Tiber. Claud, XXVIII.

(2) La narración de Tacito. (Anal. Libr. X) no permiten creer que sea verdadera esta suposición.

(3) Según Suctonio (Doce Cesar. Tib. Claud. XXIX fué degollado *in concubitu dilecti adoslecentule* lo que muestra cuáles eran las costumbres aún de los que no pasaban por malos.

bía desterrado á Séneca á la isla de Córcega. Pero ahora los libertos Narciso y Palante temieron por sí y se valieron de dos de las mancebas de Claudio, Calpurnia y Cleópatra, para que le revelaran el crimen inaudito. Entonces Narciso refirió á Claudio los adulterios de su mujer, diciendo que los había callado, como también callaría éste, si no fuera porque temía que si se le daba tiempo á Silio se haría dueño de Roma. Tan grande fué el temor que esto puso en Claudio, que después de castigada Meselina, todavía preguntaba á los transeuntes en Roma si él ó Silio era el emperador. Por lo demas, tal era su falta de memoria, que á los pocos días de ejecutada preguntó que por qué no venía a la mesa la emperatriz. (1)

A pesar de tantos crímenes y desaciertos, el imperio continuaba extendiendo sus fronteras, reduciéndose á provincias romanas la Licia, la Judea y la Tracia y emprendiéndose la conquista de la Britania. También contínuaba la obra de romanización. Claudio concedió á los Eduos el derecho senatorial, no sin oposición de algunos senadores, mediante una oración de Claudio que se ha encontrado grabada en 1528, cerca de León en unas tablas de bronce y en la que son de notar las siguientes palabras: "¿Arrepentímonos por ventura de tener acá los Balbos de España y tantos hombres ilustres de la Galia Narbonense? Todavía viven sus descendientes sin reconocernos ventaja en el amor de esta patria.„ El censo hecho durante su reinado muestra cuan escaso era todavía el número de ciudadanos romanos, pues no alcanzó en todo el imperio al de diez millones. Así Claudio parece conocer perfectamente la misión de Roma, cuando dice en el documento citado: "¿De qué tuvo origen la ruina de Lacedemonios y Atenienses, puesto que fueron grandes en las armas, sino de haber tratado como extranjeros á los pueblos que sojuzgaban? Nó lo hizo así nuestro fundador Rómulo que con singular prudencia supo tener á muchos pueblos en un mismo día por enemigos y por ciudadanos suyos„ además de la resistencia de los que considerándose señores no quieren admitir á los que vencieron y explotan por compañeros, si se vé una cierta tolerancia á aceptar en su comunidad á los pueblos de procedencia helénica y aunque con alguna más dificultad á los helenizados como los españoles y los galos, hay una repugnancia invencible á asociarse á los de procedencia oriental de que éstos participaban á su vez. Ya hemos visto en tiempo de Tiberio las persecuciones contra los judíos; ahora

(1) Suet. Doce César.-Tib. Claud. XXXIX.

Claudio los expulsó de Roma porque á excitación de un tal Cresto promovían turbulencias (1).

Algo también tuvieron que agradecerle las provincias. Abolió por completo en las Galias los sacrificios bárbaros de los Druidas que Augusto no había hecho más que prohibir á los ciudadanos y restableció una ley de este último emperador que ordenaba que los gobernadores de las provincias no pudiesen recibir cargo alguno hasta pasado un año de su mando, para que durante éste aquellas pudieran pedir satisfacción de los agravios y exigir á aquéllos la responsabilidad en que hubiesen incurrido, disposición por la que se erigieron á Claudio estátuas en España.

Aunque éste había jurado ante los pretorianos, después de la muerte de Mesalina "guardar celibato ya que tan mal le había salido el matrimonio y dejarse matar por ellos si faltaba al juramento (2), no pasó mucho tiempo en que no pudiera encontrarse sin ellas como nacido dice Tácito para estarles sujeto (3). Divididos estaban los libertos en la elección, pero al fin triunfó su sobrina Agripina, protegida de Palante que traía consigo un nieto de Germánico, nacido de su primer matrimonio; aunque se le acusaba de haber envenenadoá su segundo marido para heredarle más pronto. Eran estos consorcios no solo reputados entre los romanos incestuosos, sino de los llamados *prodigia*, como causa de calamidades públicas. Todo lo allanó, sin embargo el Senado que se adelantaba á toda servidumbre, algunos senadores salieron á la calle sustentando que si César diese largas al matrimonio, convenía forzarle á que lo verificara; juntóseles una multitud de gente de toda laya gritando que el pueblo romano quería lo mismo, con lo que el Senado dió el solicitado decreto.

La ambiciosa Agripina desde que se había creido segura del matrimonio, había comenzado á intrigar para casar á su hijo Domicio con Octavia hija de Claudio, ya desposada con Lucio Silano. Valióse para ello del Censor Vitelio que le acusó de amores incestuosos con su propia hermana Junia Calvina, por lo que César rompió el parentesco; Silano renunció á la

(1) No falta quien suponga ser esta una persecución contra los cristianos, aplicando al Cristo las palabras impulsore Chresto, pero este Chresto era un griego que se había hecho judío. Los romanos por lo demás ignoraron por mucho tiempo la diferencia entre judíos y cristianos, tomando á éstos por una secta de aquéllos.

(2) Suet. Doce. César. Tiber. Claud. XXIV.

(3) Tác., Anal. Libr. XII.

pretura y se mató el mismo dia de las bodas de Agripina. Esta ya emperatriz comenzó á gobernarlo todo no por vía de deshonestidades como Mesalina que se burlaba del imperio romano, sino haciéndose obedecer como varon mostrándose severa en público, (1) ni teniendo en su casa cosa deshonesta más que cuando le convenía para mandar y disimulando su codicia con la disculpa de tener que atender á las necesidades del imperio. Impetró el levantamiento del destierro de Séneca y su nombramiento de pretor para congraciarse con el pueblo que le admiraba por el brillo de sus estudios y para allanar con tal maestro á su hijo el camino del poder. Inducía á su marido con sus mañas á actos de crueldad; deseando los huertos de Estatilio Tauro le hizo acusar por Tarquicio Prisco de algunas cosas contra la ley de residencia y de supersticiones mágicas al extremo que el primero se suicidó antes de escuchar la sentencia del Senado que sin embargo hechó á Tarquircio de la curia y más tarde hizo condenar á muerte por competencias mugeriles á Lepida, semejante á ella en hermosura, en edad y riqueza como en deshonestidad, soberbia é infamia; no menos en las grandezas que en los vicios.

Hizo adoptar por su marido á su hijo Domicio aunque la adopcion era desconocida en la familia Claudia, luego procuró malquistar á Claudio con Británico que era el suyo, le privó de sus maestros, poniéndole otros de su confianza, y para privarle de todo apoyo hizo destituir á los prefectos del pretorio del tiempo de Mesalina haciendo nombrar á Burrho en su lugar.

A punto estuvo sin embargo de fracasar trama tan bien urdida. Narciso, disgustado con el asesinato legal de Lepida y sospechoso de Agripina cada vez más, dejaba escapar entre sus amigos y familiares que sería su mayor delito no haber callado las deshonestidades de Mesalina como si faltasen ahora cosas de este género que acriminar á Agripina con su adúltero Palante con quien á trueque de reinar no hacía caso de honra, de vergüenza ni de su propio cuerpo. Pero lo que más asustaba á Agripina era haber oido á Claudio embriagado exclamar: "que era su destino sufrir las maldades de sus mujeres y castigarlas después„ y el amor que comenzaba á mostrar por su propio hijo. Era preciso apresurarse y decidió envenenar á su marido. Pero necesitaba consultar la cualidad del veneno porque si su efecto era muy rápido podría descubrirse la maldad y si lento daría espacio á que Claudio advertido del engaño impidiera que sacara de él el provecho que se proponía, conveníale pues buscar algu-

(1) Tacit. Anal. libr. XII.

na cosa exquisita que turbando primero el entendimiento, acabara despues lentamente con la vida. Consultólo con Lacusta, condenada por envenenadora y tenida por mucho tiempo por uno de los instrumentos del Estado *(et diu inter instrumenta regni habita.)* Aprovechóse la ocasión de que habiendo enfermado Claudio fué á Sinuesa á mudar de aires. Dióle la ponzoña el eunuco mismo encargado de hacer la salva en unas setas de que Claudio gustaba mucho pero habiéndosele indigestado y descomponiéndole el vientre comenzó á sentir mejoría por lo cual temerosa de que la hubiese arrojado ganó al médico que so color de provocarle el vómito le tocó la garganta con una pluma mojada en un veneno (1).

Así pereció un Emperador que no careciendo de ilustracion y aun de talento fué durante toda su vida por su debilidad y su falta de memoria el juguete y la burla de todos, sirviéndose de ellas los que le rodearon para cometer en su nombre los mismos crímenes que los otros cometieron por su voluntad.

En este periodo de depravación que no deja al ánimo horrorizado ni el triste consuelo de la compasión de las víctimas que en la mayoría de los casos son tan malas como sus verdugos, en que los romanos impotentes por el abuso del placer no parecían á M. Anneo Séneca ni siquiera hombres, (2) no solo brillaban en Roma los ingenios españoles sino que enseñaban á sus maestros.

Distínguense entre ellos Porcio Latrón, el primer profesor de esclarecido nombre, maestro de Ovidio y Junio Galión dulce entre los cordobeses ilustres, representante el primero de la descuidada valentía pátria y el segundo de la imitación helénica; Turrino Clodio que parece ser un término medio entre los dos, Cornelio Hispano y Victor Estatório, Marco Anneo Séneca á quien se ha llamado el príncipe de los declamadores romanos, L. Cornelio Balbo (Teophanes), orador, historiador (con el título de Ephemérides escribió los hechos de J. César) y teólogo (se le atribuye tambien otro libro de Lustraciones ó ritos gentílicos), su sobrino C. Cornelio Balbo, C. Julio Higyno bibliotecario de Agusto oráculo de las antigüedades que escribió *De vita rebusque illustrium virorum-De Urbibus De Familiis troyanis. De propietatibus deorum. De Penatibus* y un tratado de agricultura de que se sirvieron Columela y Plinio, un libro de Fábulas, unos Comentarios á Virgilio y el *Propemptico* de Cinna y se da á conocer L. An. Séneca. Ya en tiempos

(1) Tacit Anal. libr. XII.
(2) Quint. De Instit. Orat. libr. X cap. VI.

de Calígula, dice Dión Casio, que L. Anneo Séneca que superaba en ciencia á todos los romanos de su tiempo y á otros muchos, estuvo á punto de perecer, no por crimen alguno sino porque había defendido en el Senado á presencia de Cayo brillantemente cierta causa. Ya condenado á muerte le salvó el que una de las concubinas dijo á Calígula que padecía de una enfermedad de que no tardaría en morir. Obtuvo después la cuestura, el primer año del reinado de Claudio, complicósele en el adulterio de Julia por lo que el Senado lo condenó á muerte pidiendo y concediéndole el Emperador su vida. *(Deprecatus est pro me Senatum et vitam non tantum dedit, sed etiam pétit)* y Agripina por intervención de Polibio le elevó á la dignidad de cónsul, (aunque se cree que no en propiedad) y le encargó de la educación de su hijo.

Al reinado de Claudio se refiere también la primera propagación del cristianismo en España. Una tradición piadosa afirma la venida á ella de los apóstoles San Pablo y Santiago. Los fundamentos históricos de la primera son las palabras del mismo apóstol en su Epístola á los Romanos (1) en que manifiesta su intención de venir; verdad es que de las Actas de los Apóstoles no consta su venida, pero esto puede explicarse porque se terminaran antes de ella. Y segundo la tradición que remonta á su discípulo San Clemente y que por San Gerónimo, San Anselmo y San Gregorio se enlaza con los escritores visigodos, teniendo también valedores en Oriente (2). La de Santiago se apoya también en una tradición bastante antigua que aparece ya en Dídimo maestro de San Gerónimo y en Hesiquio su compañero consignada en el oficio gótico en estos versos:

Regens Joannes dextra solus Asiam
ejusque frater potitus Hispaniam

Púsola en duda el cardenal Loaysa, publicando en las Actas de los concilios unas palabras atribuidas al Arzobispo Don Rodrigo Jiménez de la Rada en el concilio Lateranese IV, que decían que la tradición de la venida de Santiago á España era una conseja inventada por viejas para adormecer á niños. Tanta importancia se les dió que la Santa Sede, movida por los cardenales Cenci y Baronio, mandó cambiar las palabras del rezo del Santo. El jesuita Román de la Higuera hizo afirmar la venida á Flavio Dextro en el falso cronicón que publicó con el nombre de este historiador del período visigótico ya perdido. Urbano

(1) Cap. XV.. ver. 24 y 28 cum in Hispaniam proficisci cæpero, spero quod præteriens videbo vos=per vos proficiscar in Hispaniam.
(2) Juan Crisóstomo, Teofilacto y Ecumenio.

VIII consignó de nuevo el hecho en el rezo eclesiástico y hoy se ponen en duda las palabras atribuidas á D. Rodrigo, porque la crítica estima que no asistió al cuarto concilio de Letran. A la predicación de Santiago se refiere la fundación del primer templo y la aparición de la virgen del Pilar de Zaragoza (1).

A esta tradición se añade la de los siete varones apostólicos. Torcuato, Tesifonte, Indalecio, Cecilio, Secundo, Hesiquio y Eufrasio á los que se atribuye la fundación de las iglesias de Acci (Guadix), Bergium (Berja), Vergi (Pechina hoy en Almería), Iliberis (Granada), Carteya (Torre de Cartagena) y Abula (Avila).

Ya fermentaban así dentro del orbe romano los nuevos elementos que debían alterarlo, transformarlo y destruirlo para que de este modo se cumpliera la obra de la humanidad. De una parte, la obra de la unificación era diversamente concebida por el imperio y por la filosofía. Para el primero no había otro principio que el de la voluntad, que se traduce por el poder; para la segunda la voluntad obedece á una ley inflexible que obliga lo mismo á los hombres que á los dioses; para el uno todo es el mandato, para la otra todo la justicia; el Emperador se cree el dispensador de todos los dones, Dios en la tierra y cuando muere en el cielo, para la otra los bienes de la tierra son dones despreciables de la fortuna, no habiendo más bien verdadero que la firme y constante voluntad de cumplir el órden eterno que se manifiesta en la conciencia, riéndose de un poder de que el hombre puede sustraerse en cuanto quiere, y mientras los Césares mandan en nombre de Roma y tratan de asimilarse el mundo concediendo lentamente á los federados y á los vencidos el derecho de ciudadanía, para que Roma no perezca, pero manteniendo siempre la distinción entre Roma y las provincias, porque estas tienen que alimentar á aquella y entre libres y esclavos, porque unos tienen que trabajar para que gocen los otros, el estoicismo enseña la igualdad de todos los hombres y se burla de las diferencias establecidas entre ellos por la vanidad. El uno y la otra tienen sin embargo un punto común. Para el uno y la otra el bien no es más que la sumisión de la voluntad

(1) Ibn. Adharí dice que Santiago desembarcó en Caurá (Coria del Rio) y el P. Fita y Fernández Guerra que predicó en Sevilla é Itálica, teniendo por discípulo á San Geroncio, la tradición le hace morar muchos años en Zaragoza. La iglesia de Tarragona reconoce por fundador á San Pablo y se muestra la piedra donde se subía á predicar por su pequeña estatura. En la iglesia de San Miguel de Viana se lee en la portada:

Paulus preco crucis
Fuit nobis primordia lucis.

á un orden establecido, ya se revele por las constituciones del príncipe, ya por el imperativo de la conciencia. La una y la otra es una moral formalista, una moral de esclavos, se obedece porque no hay más remedio que obedecer, por fuerza y sin amor. La grandeza del estoicismo frente al imperio es que aquel ordena obedecer á la ley del concierto universal, mientras que éste al capricho de un hombre. Realmente el estoicismo era lo que Roma no era, sino lo que debía ser, la ciudad terrena imágen de la sociedad celeste, y Roma encontraba ahora ante sí este grave problema que resolver ó tenía que hacerse la ciudad universal renunciando á sus privilegios, dejando de ser Roma, ó mantener su carácter privilegiado y perecer como Esparta y como Atenas, como ya lo había dicho al Senado el Emperador Claudio.

El que tenía que resolver este problema era Nerón. De la dura y aristocrática familia de los Claudios, hijo de la astuta y malvada Agripina y discípulo de Séneca, en su ánimo habían de luchar estas tendencias diferentes y del resultado de esta lucha habrá de depender la suerte de la dinastía, de Roma y del mundo romano. De la otra revolución que se iniciaba, la que había de regenerar al hombre interior, la que había de buscar la unidad en la fé y ligar á los hombres por el amor, estimándose todos hermanos como hijos del mismo padre, participantes de las mismas creencias y teniendo las mismas esperanzas, la sociedad excéptica romana no vió á los principios más que una bárbara superstición y más tarde algo que minaba el magestuoso edificio del Estado romano, algo enemigo de la humanidad.

Cuenta Suetonio, que muerto Claudio, su mujer mantuvo oculta su muerte hasta que todo estuvo dispuesto para asegurar el imperio á su sucesor. Después de muerto, se hacían votos por su vida y hasta se trageron cómicos para que lo distrageran (1) y según Tácito (2) Agripina mostrándose vencida por el dolor abrazaba á Británico llamándole retrato de su padre y le entretenía para que no saliera de su cámara, detenía también á sus hermanas Octavia y Antonia y echaba de vez en cuando la voz de la mejoría del príncipe para que no se alteraran los soldados. Cuando llegó el momento señalado como favorable por los astrónomos caldeos, Nerón se mostró á la corte acompañado de Burrho y aunque muchos quedaron suspensos preguntando por Británico, viendo que no se presentaba alguno que pudiera oponerse, siguieron al príncipe que se les ofrecía. Lo primero

(1) Suet. Doce César. Tib. Claud. XLV.
(2) Tácit. Anal. Libr. XII.

que después hizo Agripina, fué hacer envenenar, pero encubiertamente á Junio Silano, de quien recelaba que los enemigos de su hijo pudieran hacer un competidor y poner á Narciso su enemigo en tan dura prisión que tuvo que darse la muerte, y hubiera continuado sin anuencia de Nerón con otros homicidios semejantes si Burrho y Séneca no se interpusieran formándose desde entonces dos partidos: el de Agripina y Palante que inclinaba al príncipe á la ferocidad y el de los ministros que procuraban apartarlo de ella. Á este pareció inclinarse Nerón á los principios. Después de las demostraciones de piedad filial, anunció que imitaría la conducta de Augusto, abolió ó disminuyó los impuestos demasiado onerosos y se inclinaba á suprimirlos todos, haciendo este hermoso presente al género humano, pero le hicieron desistir los senadores, observándole que esto sería la disolución del imperio. Un día que tuvo que firmar una sentencia de muerte exclamó: ¡quién no supiera escribir! al Senado que le dirigía acciones de gracias le contestó: me las dareis cuando las merezca, le dejo parte de las facultades que antes tenía, y no admitió el senadoconsulto en que por adularle se quiso variar la cuenta del año, haciéndole comenzar en primero de Diciembre día de su nacimiento, dejóse también cierta independencia á las antiguas magistraturas y estableció que los cónsules introdujesen al Senado á los que viniesen de provincias á pedir justicia. Esta oración de Séneca (porque Nerón fué el primero de los emperadores en aprovechar la agena elocuencia) agradó tanto á los senadores que la mandaron esculpir en una columna de plata.

Aunque con las mayores muestras de respeto se iba mermando la autoridad de Agripina. Se había ésta propuesto gobernar con su hijo, si no reinar en su nombre, se citaba á palacio al Senado para que ella entre cortinas pudiera escuchar sus deliberaciones y hasta quiso sentarse públicamente con Nerón en el trono para recibir á los embajadores de Armenia, pero el Senado apesar de su oposición hizo anular el decreto de Claudio que obligaba á los cuestores á celebrar juegos con lo que les produjera la cuestura y el emperador saliendo por consejo de Séneca á recibir á su madre, evitó con esta prueba de consideración el que presidiera una mujer en los negocios públicos lo que entre los romanos era tenido por deshonra. Contribuyó aun más á menoscabarla los amorzuelos de Nerón con una liberta llamada Acti, lo que excitó el orgullo de su madre, por lo que Nerón rompió enteramente con ella, destituyendo á Palante y entregándose á Séneca. Amenazó entonces Agripina ir con Británico á los acantonamientos militares y "verase, decía, de una

parte á la hija de Germánico y de otra á Burrho, infame y vil y al desterrado Séneca, el uno con su mano cortada y el otro con su lengua de maestro de escuela pretender el gobierno del género humano.

Cumplía entonces el pobre Británico catorce años. A Nerón le había tocado por suerte en las Saturnales el papel de rey y para dar ocasión á que se burlasen de aquél le mandó que con un pié levantado cantase alguna cosa, pero él con generoso atrevimiento recitó una poesía en que significaba como había sido arrojado de la suma grandeza y de la silla de su padre. Con esto decretó su muerte: el primer veneno que proporcionó Locusta no hizo efecto, por lo que Nerón amenazándola le ordenó que le diese el más violento, añadiendo: Porque ¿temo yo acaso á la ley Julia?

No se asustó con esto Agripina ni se mitigó su ira con ninguna largueza, sino que ahora amparaba y favorecía á Octavia, recogía dineros por todas partes y alhagaba á tribunos y centuriones. Quitóla Nerón la guardia y la apartó de su casa aposentándola en la que fué de Antonia. Una de las pocas mujeres que la acompañaron en este mal disimulado destierro que tenía que vengar ofensas personales, la acusó de querer casarse con Rubelio Pláuto, descendiente en cuarto grado de Augusto y de aspirar al imperio. Amedrantado Nerón, quiso darle muerte y sólo lo defirió porque Burrho le manifestó que á nadie y menos á la madre propia debe condenarse sin oirse. Defendióse Agripina con la elocuencia de madre, pidió ver á su hijo, pero no tratar con él de su inocencia por no necesitarlo, ni de sus beneficios por no zaherírselos, solo pidió castigo para los acusadores y premios para los amigos. Poco después fueron acusados también Palante y Burrho de haber consentido en querer aclamar emperador á Cornelio Sila, pero fué desterrado el acusador. Mientras en el imperio se gozaba de paz y se reprimían muchos abusos, Roma parecía por las noches una ciudad entregada al enemigo; Nerón disfrazándose de esclavo acompañado de otros, robaba las tiendas, injuriaba á los hombres y mujeres de calidad y cuando esto se supo, aprovechando la ocasión salieron otras cuadrillas que hacían lo mismo.

Sincera parecía la reconciliación de Nerón con su madre, cuando unos amores vinieron á turbarla. Sabina Popea, mujer á quien nada faltó más que la honestidad del ánimo, había abandonado á su marido por Otón y no tardó en juntar el matrimonio con el adulterio. Alabábala éste delante de Nerón ó poco recatado por la fuerza del amor ó deseando proporcionarse medros. Alcanzando licencia de visitarla, ella en cuanto le vió caer

en el lazo, se mostró esquiva, diciéndole que era casada y no quería renunciar al casamiento con hombre de tales prendas, mientras que él sujeto á los amores de Acte, vil esclava, no podía haber aprendido más que pensamientos del mismo jaez. Prohibióle las visitas y Nerón para quitarse el competidor envió á Otón al gobierno de la Lusitania (1). Trató ya de sus bodas y Popea comprendiendo que Agripina era el mayor obstáculo, irritaba al emperador llamándole pupilo y pidiendo la restituyera á su marido. El deseo de mando inspiró á Agripina el más horrible de los crímenes el incesto con su propio hijo, para lo cual se presentó casi desnuda cuando éste estaba casi borracho. Evitólo Séneca haciendo que se presentara Acte, acongojada no menos por la infamia que por el peligro, asegurándole que el hecho se había divulgado y que los soldados no estaban dispuestos á sufrir á un príncipe que así menospreciaba la religión (2).

Empezó Nerón por recatarse de su madre, siguió por enfadarle y acabó por decidirse á darle muerte. El medio parecía difícil de encontrar si el crímen había de quedar secreto. Pero Aniceto, liberto, capitan de la armada del Cabo Miseno, propuso la invención de una galera que abriéndose por una parte se anegara antes de que pudiera caerse en el engaño. Con alhagos y persuaciones convidó Nerón á su madre á que viniese á celebrar con él unas fiestas á Minerva. Tratóla con el mayor cariño y puso á su disposición la galera mejor adornada. Navegaba por el golfo de Bayas en una noche muy serena, como si la Naturaleza no permitiera que quedase oculta aquella maldad y Aceronia recostada á los piés de Agripina, discurría con gran regocijo acerca del arrepentimiento de Nerón y de la facilidad con que la madre había vuelto á recobrar sus derechos, cuando, dada la seña, cae el techo de aquella parte cargado de plomo; las paredes del sitio donde estaban Agripina y Aceronia, aunque se doblan no caen; la galera no se abre, los que estaban en el complot cargan á una de las bandas para trabucarla, pero cargando á la otra los que no sabían el intento, dan lugar á que los náufragos se echen al agua para salvarse á nado. Aceronia poco discreta, dice que es Agripina y pide auxilio, pero la acaban con las batallolas y con los remos, mientras que su señora puede salvarse, aunque herida. Nerón que por un recado de su madre sabe el fracaso de su proyecto, consulta con sus ministros, pero Burrho le contesta, que

(1) Tácт. Anal. Lbr. XIII.
(2) Tácт. Anal. Lbr. XIV.

estando los soldados tan obligados á la casa de los Césares y á la memoria de Germánico, no podía contarse con ellos para semejante crueldad, que la acabe el que la comenzó; Aniceto se ofrece á ello, Nerón le dice, que aquel día se le da el imperio. Aniceto tira su puñal al lado de Angerino, el enviado de Agripina, y lo prende para hacer creer que esta trata por su medio de dar la muerte á su hijo y que avergonzada, al verse descubierta se la había dado á sí propia. Rompe Aniceto con los suyos las puertas de la quinta donde estaba Agripina, asegura á los esclavos que no huyen y con Hercúleo, capitan de una de las galeras, penetra en la estancia de la madre del Emperador que les pregunta si vienen á saber de la salud, pero que sí á cometer maldad no puede creer que sea con orden de su hijo, pero sin contestarla Hercúleo la pega con un bastón en la cabeza, y ella viendo que el centurión se le acercaba con la espada desnuda, presentándole el vientre, le dice: "hiere aquí.„ Así murió Agripina y se cumplió la predicción que se dice haberle hecho los caldeos de que había de morir á manos de su hijo y que ella había aceptado respondiendo: "Mate con tal que reine.„

Nerón escribió una carta al Senado relatando la fingida historia y haciendo inculpaciones á su madre, y el Senado más vil que el parricida, de quien se dice haber tenido algunos remordimientos, decretó acciones de gracias á los dioses y puso entre los días nefastos el del nacimiento de la víctima (1).

Alhaga Nerón al pueblo con juegos en que él mismo toma parte, entre ellos los Neronianos á imitacion de los griegos. En éstos el pueblo entero pide oir su celeste voz y Nerón que no cesaba de repetir el proverbio griego: *La música no es nada si se la tiene oculta*: cantó á Niobe en medio de los aplausos atronadores de la multitud. Verdad es que ya había formado un cuerpo de más de cinco mil plebeyos, que divididos en grupos aprendieran las diferentes maneras de aplaudir, llamados bombos, tejas y castañuelas, para que le ayudasen siempre que cantara y cuyos jefes ganaban 40.000 sextercios. Luchaba también en las carreras del circo y tenía también para aplaudirlo á los *augustiani* un cuerpo de 5000 hombres, los compañeros de su gloria y los soldados de su triunfo. No necesitaba de ellos, bastaba con la adulación y el miedo; un pretor le ofreció un millón de sextercios porque representara en un teatro. Como es de suponer, en todas partes obtenía el premio. Una vez sin embargo quiso recitar en competencia con Lucano, su compañero de educación, bajo la disciplina de Séneca que le había llevado á

(1) Tácit. Anal. Libr. XIV.

su lado como su pariente. Recitó Nerón las transformaciones de Niobe y Lucano, Orfeo bajado á los Infiernos. El jóven artista entusiasmado, se olvidó de que había de dejarse vencer y el público arrebatado por la belleza de los versos, le aplaudió más que á Nerón con lo que le preparó la muerte.

Iban creciendo los males públicos y no tardaron en faltar los remedios. Murió Burrho no sin sospechas de que fuera envenenado y Nerón se echó en brazos de Popea y de Tigelino ministro de aquel en sus secretos desórdenes á quien nombra prefecto del pretorio en compañía de Rufo Fenio y comienzan las insidiosas acusaciones contra Séneca. Advertido éste quiere retirarse pero Nerón no se lo consiente con falsas caricias. Séneca sin embargo se encierra en su casa y se niega á las visitas pretextando su falta de salud ó tener que atender al estudio. Alejado Séneca de los concejos fué fácil derribar á Rufo Fenio y divorciarse de Octavia por estéril y casarse con Popea. Hace ésta acusar á Octavia de amores con un esclavo pero sus siervas en el tormento defienden la santidad de su señora y el pueblo se alborota en su favor. Acude Nerón á Aniceto que finge más de lo que se le mandaba y Nerón publica por medio de un edicto que Octavia con intento de valerse de la armada se había ganado al capitán de ella y que para disimular su trato deshonesto hacía diligencias para malparir. Con ésto la destierra á la isla Pandataria y poco después hace darle muerte. El Senado, como siempre, ordena acciones de gracias á los dioses. Hácese morir á los principales libertos; á Doriforo porque contradijo el matrimonio de Popea, á Palante porque tardaba mucho en abandonar sus riquezas. Aconsejado por su bufón Vatinio que le decía: "te odio porque era senador" perseguía Nerón á todo el que se distinguía por su nobleza ó sus riquezas haciéndolos sospechosos de novedades; entónces libre de todo freno daba aquellas fiestas consagradas á todos los vicios de que es ejemplo el banquete ordenado por Tigelino que nos ha conservado Tácito. (1) En el estanque de Agripa hizo fabricar una balsa remolcada por bajeles barreados de oro y de marfil y tripulados por mozos lascivos, repartidos segun su edad y cursos de lujuria. Se habían traído aves y fieras y peces hasta del Océano. A la una orilla del estanque había burdeles llenos de mures ilustres y á la otra rameras públicas desnudas moviéndose en posturas dehonestas. Al llegar la noche el bosque, las casas y cuanto había en derredor del lago comenzó á resonar con músicas y voces infinitas y á iluminarse con antorchas y el mis-

(1) Tacit. Anal. libr. XIV.

mo Nerón revolcándose en todo género de sensualidad natural y contra natural nada dejó de hacer más que lo que hizo á los pocos días casándose como mujer, llevando el velo flámeo (1) con un tal Pitágoras con todos los ritos civiles y religiosos.

Nada respetó la lujuria de Nerón; sin hablar de sus adulterios con mujeres ilustres violó hasta á la vestal Rubría é hizo castrar al jóven Sporo, le tomó por esposa con todas las solemnidades del matrimonio, lo vistió con el traje de las emperatrices y hasta quiso convertirlo en mujer. (2) Prolongaba sus comidas de medio día á media noche á veces cenaba en la Naumaquia ó en el campo de Marte haciéndose servir por todas las prostitutas de la ciudad, cuando iba de Ostia á Roma establecía á lo largo de la ribera del Tíber posadas y casas de prostitución en la que mujeres distinguidas vestidas é imitando los incitantes modales de posaderas y cortesanas le invitaban á descansar. No creía que las riquezas sirvieran más que para disiparlas; nunca viajaba con menos de mil carruajes, las mulas llevaban herraduras de plata, los muleros vestían hermosa lana de Canusa y sus conductores y corredores iban adornados con brazaletes y collares. Pescaba con redes doradas cuyas mallas eran de púrpura y escarlata, jugaba á los dados á 400 sextercios dobles el punto, gastaba con Tiridates rey de Armenia que había venido á ponerse bajo su protección 800.000 sextercios diarios y al marcharse le regaló un millón; consumiendo en donativos segun Tácito 2,200.000.000 de sextercios (4.000.000.000 de pesetas).

En nada gastó tanto como en edificaciones, extendió su casa desde el Palatino á las Esquilias á cuyo edificio llamó casa de paso pero bien pronto tuvo que gastar más. Un incendio casual segun unos, ordenado segun otros por Nerón (3) cuyo delicado gusto de artista no podia sufrir la fealdad de los antiguos edificios y la estrechez é irregularidad de las calles hizo arder á Roma no quedando de las catorce regiones en que se dividía más

(1) Llamábase así el velo nupcial con que las romanas se cubrían enteramente el día de las bocas por su color amarillo oscuro parecido á la llama.

(2) Sueton. Doce Ces. Nerón. Claud. XXVIII.

(3) Suetonio Doce Ces. Nerón XXXVIII se lo atribuye. Segun él un familiar suyo recitó un día el verso Que todo se abrase y perezca después de mí que Nerón enmendó diciendo más bien viviendo yo, y cumplió esta amenaza, viendo algunos consulares en sus casas á sus esclavos con estopas y luces: Tácito distingue el primero miéntras Nerón estaba en Ancio y otro á los pocos días que salió de la casa de Tegelino creyéndose que Nerón deseaba edificar una nueva ciudad y darle su nombre Nerópolis.

que cuatro enteras; el Emperador contempló el incendio desde la torre de Mecenas "encantado decía de la hermosura de la llama" y cantó en traje de teatro el "incendio de Troya". Para dar algun alivio al pueblo hizo abrir el campo Marcio, las memorias de Agripa y sus propios jardines, é hizo fabricar en ellos casas provisionales para albergar á la desamparada muchedumbre, hizo traer muebles de Ostia y bajar el trigo hasta tres numos. Pero nada de ésto aplacaba al pueblo que le atribuía el desastre. Nerón entónces lo atribuyó á los cristianos, odiados del pueblo que los consideraba enemigos del género humano. Añadió Nerón al castigo la burla y el escarnio; á unos vestía con pellejos de fiera para que los despedazasen los perros, á otros los crucificaba, á otros los echaba sobre rimeros de leña á la que pegaban fuego en faltando el día para que sirviesen de antorchas y alumbraran los jardines donde Nerón celebraba los juegos circenses. (1) En esta primera persecución murieron los apóstoles S. Pedro y S. Pablo y parece que debió extenderse á España porque en una lápida encontrada por Ambrosio de Morales se le alaba por haber destruido la nueva superstición. Tambien quiso envenenar á Séneca por un liberto, pero el filósofo se libró del peligro ya porque se lo denunciaran ya por su extrema frugalidad pues por entónces no se alimentaba más que de leche, huevos y frutas.

El incendio de Roma proporcionó á Nerón la facilidad que buscaba para construir la *Casa de Oro*, de cuya magnificencia bastará decir que en el vestíbulo se veía una estatua de Nerón de 120 codos de alta, que la rodeaban pórticos de tres filas de columnas de mil pasos de longitud, que había en ella un lago imitando al mar rodeado de edificios que semejaban una gran

(1) Tan equivocada idea se tenía entonces de los cristianos aun por las personas más ilustradas, que el profundo Tácito dice de ellos al referir estos sucesos; Y así Nerón, para divertir esta voz y descargarse dió por culpados de él y comenzó á castigar con exquisitos géneros de tormentos á unos hombres aborrecidos del vulgo por sus excesos llamados comunmente cristianos. El autor de este nombre fué Cristo, el cual imperando Tiberio había sido justiciado por Poncio Pilatos, procurador de la Judea: y aunque por entónces se reprimió algun tanto esta perniciosa superstición, tornaba otra vez á reverdecer, no solamente en la Judea, orígen de de este mal sino tambien en Roma donde llegan y se celebran todas las cosas atroces y vergonzosas que hay en las demás partes. Fueron pues castigados al principio los que profesaban públicamente aquella religión y después por indicios de aquellos una multitud infinita, no tanto por el delito del incendio que se les imputaba como por convencidos de aborrecimiento al género humano. Y Suetonio más brevemente: Los cristianos clase de hombres llenos de supersticiones nuevas y peligrosas fueron entregados al suplicio.

ciudad, que se veían explanadas, campos de trigo, viñedos y bosques poblados de rebaños y de fieras. El interior dorado por todas partes estaba adornado con pedrerías, nácar y perlas, el techo de los comedores era de tablillas movibles de marfil para que dejaran escapar perfumes y flores, la mas hermosa de las salas era redonda y giraba noche y día para imitar el movimiento circular del mundo, los baños se alimentaban con las aguas del mar y con las de Abula. El dia de la dedicación de éste palacio dijo Nerón. "al fin voy á habitar como hombre." Hizo reedificar tambien á Roma bajo un nuevo plan. Mandó que cada una de las casas formase una isla, que ciertas partes de ellas no se techasen con vigas sino con bóvedas de piedra de Gabi y de Alba muy resistentes al fuego, se midieron y se partieron por nivel las calles dejándolas anchas y desahogadas, se tasó la altura de los edificios y se les añadieron galerías y soportales que Nerón prometió fabricar á su costa, ofreciendo premios á los que acabasen las edificaciones en el término señalado por él. Comenzó tambien baños enteramente cubiertos desde Mesena al lago Averno que debían estar rodeados de pórticos y á donde habían de llegar las aguas termales de Baía. En fin quería abrir un canal desde Baía hasta Ostia que hubiera evitado la navegación por mar y prolongar hasta este puerto las murallas de Roma.

No se contentó Nerón con triunfar en los juegos en Roma sino que quiso disputar tambien los premios en la Grecia. Las ciudades en que había concursos de música acostumbraban á mandarle las coronas de los vencedores y él les decía que solo los griegos sabían escuchar y eran dignos de su voz. Partió pues sin detenerse y apenas desembarcó en Cassiope cantó ante el altar de Júpiter Casio. Hizo reunir en un mismo año los espectáculos que se daban con largos intérvalos y ordenó contra la costumbre abrir en Olimpia un concurso de música, pero no se atrevió á iniciarse en los misterios de Eleusis al oir al heraldo que allí no se admitían á los criminales. Ni se contentó con triunfar en todos los juegos ni con derribar las estatuas de los antiguos triunfadores, quiso emular con los dioses mismos y disfrazado de Júpiter realizó públicamente algunas de las obscenidades que á aquel le atribuía la fábula. Tan satisfecho se mostró que quiso abrir el Istmo de Corinto descargando el primer golpe con su azadón y meditaba una expedición á las Puertas Caspias para lo que había levantado una legión de reclutas italianos de seis pies á la que llamaba la falange de Alejandro. En vano su liberto Helio le escribía que los asuntos de Roma exigían su presencia él le contestaba. "En va-

no quieres que regrese pronto, mejor sería que quisieras que regrese digno de Nerón. "Al regresar entró en Nápoles teatro de sus primeros triunfos en un carro tirado por caballos blancos y usando el privilegio concedido á los triunfadores por una brecha abierta en la muralla y lo mismo en las otras ciudades. En Roma verificó su entrada en el carro que sirvió al triunfo de Augusto con traje de púrpura, clámide bordada de estrellas de oro, en la cabeza la corona olímpica y en la mano derecha la de los juegos píticos y las demás pomposamente ante sí con inscripciones en que se explicaba donde las había ganado contra quien y con que obras. Antes de partir de la Grecia había concedido la libertad á la Acaya provincia que cambió al Senado por la imperial de Cerdeña, y concedido á sus imparciales jueces el derecho de ciudadanía romana.

Para todas sus prodigalidades confiaba Nerón en el tesoro de la reina Dido que díjole haber descubierto el cartaginés Cecilio Casio pero el tesoro no parecía y fué preciso saquear á Italia, á las provincias, á las ciudades libres y hasta los mismos dioses, pues los recursos faltaban á punto de tener que demorar la paga á los soldados, por lo que hubo que acudir á las rapiñas y á las falsas acusaciones. Por todas partes se sentían señales de disgusto, en Preneste se habian escapado los gladiadores y amenazaban una guerra servil, la armada de Misena había perecido por una órden insensata de Nerón, se divulgaban prodigios aterradores, los arúspices anunciaban que se aparejaba otra cabeza para el imperio del mundo (1) y lo que era más de temer, se había descubierto en Benavente la conspiración de Vinicio y se tramaba en Roma la de Pison. No movió á Pisón deseo que tuviera de reinar á pesar de su nobleza y de ser bien quisto de la muchedumbre ni sería fácil hallar quien fuera autor de una cosa de que se encargaron tantos (2) juntáronse todos los que habían recibido agravios de Nerón ó veían en éste la ruina del imperio. Hasta hay quien dice que Subrio Flavio había tratado secretamente con los centuriones que después que fuera muerto Nerón con ayuda de Pisón fuese

(1) Se había presentado un cometa que según la opinión común anuncia á los señores del mundo su cercano fin. Viéronse arrojadas en público partes humanas y de animales con dos cabezas y en el territorio de Plasencia nació al lado del camino un becerro que tenía la cabeza en una pierna lo que interpretaron los arúspices que se preparaba al mundo otra cabeza pero que no sería poderosa por haber sido reprimida en el vientre de de su madre y que no vendría en secreto por haber nacido junto al camino.

(2) Tácit. Anal. Libr. V.

muerto este tambien y se entregase el imperio á Séneca como hombre inculpado y que merecía aquella suprema grandeza por el esplendor de sus virtudes (1) pues decía "Honrado trabajo fuera el nuestro si quitáramos el imperio á un tañedor de cítara para dárselo á un farsante de tragedias". Con ésto se muestra la oposición que hemos señalado entre la opinión de la parte sana del imperio que comprendía que la salvación de Roma consistía en abrir sus muros recibiendo dentro de ellos á todos los provinciales bajo el pié de igualdad humana proclamado por el estoicismo y sustituir á aquellos simulacros de dioses en quienes nadie creía, el dios de la conciencia y la privilegiada entre la que se contaba la misma plebe romana y los provinciales que habían logrado el derecho de ciudadanía; en esta lucha entre la idea de Roma personificada en Séneca y su poder material personificado en Nerón éste al principio debía triunfar aunque de la otra fuera al cabo el triunfo definitivo. Así sucedió, los diversos intereses de los comprometidos hacían que la conjura caminase con tanta lentitud que se hubiera desvanecido en gérmen si una mujer Epícaris no hubiera precipitado el desenlace. Procura ganarse á uno de los tribunos de la armada del Miseno mal satisfecho del premio recibido por la muerte de Agripina aunque sin revelarle los nombres de los conjurados. El tribuno denuncia el complot, los conspiradores viéndose descubiertos quieren asesinar á Nerón en la quinta de Pisón pero este no consiente en faltar así á las leyes de la hospitalidad, por último deciden matarlo en las fiestas de Ceres. Uno de los conspiradores por consejo de su mujer lo denuncia, Epícaris con varonil entereza resiste los tormentos y se ahorca y el mismo tribuno Fenio Rufo que estaba en la conspiración como uno de los gefes detiene á Subrio Flavio que le hacía señas puesta la mano en la espada, de si acababa con el tirano interin se ventilaba la causa. Aconsejan á Pisón que vaya á ponerse al frente de los pretorianos pero éste se encierra en su casa y se prepara para la muerte y se la dá dejando un testamento lleno de vergonzosas adulaciones á Nerón, hace éste matar en seguida á Plaucio Laterano, nombrado cónsul en el lugar donde se ajusticiaba á los esclavos con tanta prisa que no le dejan abrazar á sus hijos, siguese á ésta la de Séneca. (2) Pide éste recado para hacer testamento pero no se lo consienten, entónces dirigiéndose á sus amigos les dice que les deja los que le

(1) Tácit. dice que no sin sabiduría de Séneca pero su proceso prueba lo contrario y él mismo lo contradice más adelante.

(2) Tácit. Anal. Libr. XV.

puede dejar, el ejemplo de su vida. El y su mujer á quien no puede decidir á que no lo acompañe se cortan á un tiempo las venas pero como la sangre del filósofo que tranquilamente dictaba sus últimas sentencias, con la larga abstinencia corría lentamente, retirada su mujer á quien Nerón mandó salvar, toma la cicuta y no haciéndole tampoco efecto se mete en un baño caliente consagrándolo á Júpiter Libertador. Entre la multitud de condenados lo fué tambien su sobrino Lucano que murió como poeta recitando unos versos suyos en que pintaba la de un soldado herido. A unos hizo condenar la parte que habían tomado en la conjuración, á otros como á Mela padre de Lucano y hermano de Séneca el parentesco, á otros la amistad, á otros la enemiga de Nerón ó de los delatores á otros como Virginio su celebridad en la elocuencia ó como á Musonio en la Filosofía. Nerón recitó en el Senado lo ocurrido é hizo inscribir en los registros públicos los nombres de los condenados y sus confesiones y el Senado decretó acciones de gracias á los dioses y especialmente al Sol, se edificó un templo á la salud, se dió al mes de Abril el nombre de Neroniano y un cónsul electo propuso que se levantase un tempo al divo Nerón que en su opinión había subido de la cumbre mortal á la divina.

Envanecido por haberlo intentado todo impunemente, sostenía que ningún príncipe había sabido hasta él cuanto podía hacerse desde el trono, y su vida fué desde entonces una série no interrumpida de asesinatos y de infamias. Mató de un puntapié á su esposa Popea, que se hallaba en cinta y luego embalsamó su cuerpo como los de los reyes extranjeros, con más perfumes que la Arabia produce en un año y lo colocó en el sepulcro de los judíos; mató á Antonia, hija de Claudio, porque no quiso casarse con él; amenazó concluir con el Senado, hizo dar la muerte á Corbulon, que en el Asia mantenía el honor de las armas romanas, á Cornuto, maestro de Lucano y de Persio, y con Peto Traseas á la virtud misma.

Horribles eran aquellas cenas de Nerón, donde después de haber agotado todos los placeres en los encantados jardines de la Casa Dorada, se obligaba á uno ó á muchos de los más ricos senadores á hacer testamento á su favor y anunciándoles que la graciosa Hebe iba á servirles la copa de ambrosía, aparecía la repugnante vieja Locusta con el tósigo, mientras Nerón les excitaba á que le alabasen la felicidad que les acababa de proporcionar.

En Nápoles se hallaba ensayando un órgano hidráulico de nueva invención, cuando recibió la noticia de la insurrección de Vindex el aniversario del día en que asesinó á su madre. Díce-

se que al primer rumor de la sublevación concibió proyectos atroces, llamar y degollar á todos los gobernadores y jefes de las provincias, á todos los desterrados y á todos los galos que estaban en Roma, abandonar al ejército el pillaje de las Galias, envenenar á todo el Senado en un festín, incendiar á Roma y arrojar las fieras sobre el pueblo, pero durante ocho días nada hizo ni contestó á ninguna carta. Al cabo escribió al Senado exhortándolo á vengar al Emperador y la República y fué á Roma, donde sólo celebró consejo con algunos amigos y se pasó el día delante de ellos ensayando sus órganos y asegurando los llevaría al teatro "si Vindex lo permite.„ Cuando supo que Galba y las Españas se habían sublevado también, destituyó á los cónsules y pensó ir á las Galias á presentarse sin armas á las legiones, que lloraría y ellas se arrepentirían y él volvería triunfante entonando un canto que iba á componer. Su primer cuidado para esta expedición fué preparar carros para los instrumentos de música, hacer cortar el cabello á todas sus concubinas y vestirlas de amazonas; llamó á las tribus urbanas á las banderas, pero no quisieron ir; pidió á todos una parte de su fortuna, pero le contestaron que recogiera las recompensas de los delatores. y como al mismo tiempo llegase, en vez del trigo que se necesitaba por la escasez, de Alejandría una nave cargada de arena para el Circo, la indignación fué general. Corrió la voz de que también los otros ejércitos se habían sublevado y Nerón unas veces pensaba refugiarse entre los partos, otras arrojarse á los pies de Galba, otras pronunciar en el Senado una de sus elocuentes arengas con la voz más lastimera, y si los corazones permanecían insensibles pedir la prefectura de Egipto, que un antiguo augurio le había prometido. Llamó á las puertas de sus amigos, pero las encontró cerradas; volvió á palacio y los guardias habían huido, llevándose hasta las ropas de su cama y la caja de oro del veneno de Locusta; quiso que lo mataran y no encontró quien. Su liberto Faon le ofreció su casa de campo y salió casi desnudo para ella. Al pasar cerca del campamento de los pretorianos oyó imprecaciones contra él y votos por Galba. Escondido en una cantera, tuvo que beber agua de una charca exclamando: "Estos son los refrescos de Nerón.„ Supo que el Senado le habia declarado enemigo de la patria y luchando con su cobardía exclamaba: "Esto no es digno de Nerón.„ Al fin, cuando ya se acercaban los ginetes que iban en su busca, recitando un verso griego, se mató entre él y su secretario. El centurión quiso vendarle las heridas, pero él exclamó: "Es tarde.„ ¡Cuanta fidelidad! Murió á los 32 años, en el aniversario de la muerte de Octavia.

Así acabó la dinastía de los Césares. Al saberse la muerte de Nerón, muchos ciudadanos corrían por las calles de Roma con el gorro de libertos. Y sin embargo, por trabajo que cueste creerlo, Nerón había sido un monarca popular. Su tumba aparecía adornada con flores en la primavera y en el verano, había quien creía que había de volver á vengarse de sus enemigos; Vologueso, rey de los partos, en su embajada al Senado, pidió ante todo que fuera honrada su memoria y por mucho tiempo una porción de falsos Nerones llegaron á formar considerable partido (1). Y es que por una parte había favorecido á los esclavos prohibiendo por la ley Petronia que sean entregados por los amos á las luchas de fieras, intenta purificar la familia anulando las bodas de los sexagenarios, inválida las donaciones simuladas y regulariza los fideicomisos y por otra sus locas prodigalidades y su delirante afición á los espectáculos alimentan y divierten á la hambrienta y holgazana plebe que en cada una de sus crueldades aplaude instintivamente su propia venganza contra sus enemigos. Aun en el exterior, aunque los romanos experimentaron una importante derrota en la Britania y vieron en el Asia pasar sus legiones bajo el yugo; Suetonio Paulino vencía á Boadicea, extendiendo en la Britania el dominio romano, Corbulón triunfa de los partos, deponiendo su rey Thiridates su corona á los piés de la estátua de Nerón, y Vespaciano después de haber vencido á los hebreos en una sangrienta batalla, sitiaba á Jerusalém. Salvo unas cuantas, aunque gloriosas exepciones, los enemigos de Nerón no eran mejores que él. Roma afeminada y corrompida no podía dirigir el mundo, era preciso esperar su salvación de las legiones y de las provincias.

LA VIDA ROMANA

DURANTE EL PERÍODO DE LOS CÉSARES

Comencemos por la vida material. Las ciudades.—La forma preferida para las que los romanos edificaron es la del cam-

(1) Lo testifican Tácito y Suetonio.

pamento que hemos descrito, así se adivina en muchas ciudades de Italia y en España en Mérida, su forma es generalmente un pararelógramo, rara vez un cuadrado, á veces cuadrado y medio. Se edificaban generalmente en alturas de modo que la muralla seguía la pendiente y en la cima estaba la acrópolis ó ciudadela donde se refugiaban las mujeres y á donde se guardaban las cosas sagradas en caso de peligro. Al rededor, por dentro y fuera de las murallas había un espacio determinado por pequeñas columnas *(cippi pomœrii)* que se consideraba sagrado y no podía destinarse á ningún uso profano. Las murallas eran de cortinas, con torres de trecho en trecho, especialmente en los ángulos y barbacanas y fosos, á veces el muro era doble. Las entradas á la ciudad se llamaban *portæ* á diferencia de las de las casas *januæ*, á su lado había un postigo *portula* acaso para la noche y una habitacioncilla para el guarda, algunas puertas se denominaban *schee*, siniestras porque estaban más fortificadas á la izquierda para herir al lado derecho del enemigo que no cubría el escudo; generalmente tenían todas una torre para su defensa, en que se colocaban imágenes de divinidades. Las únicas calles que se hacían y conservaban á expensas del público eran las *vías* Estas legalmente debían tener de ancho ocho piés romanos, (2,46 metros) á su lado había aceras de 2 á 4 pies. Siendo la mayoría tan estrechas, en los días de lluvia el agua formaba un arroyo en el centro, y en ningún tiempo se permitía á los carros venir en opuesta dirección; las calles de la ciudad estaban pavimentadas con grandes piedras y las de fuera con glárea, debiendo tener las márgenes elevadas. Había también otras más anchas (grandes vías) y en ella orinaderos *(gastra)*. Los ediles, curules y plebeyos, sorteaban á los cinco días de electos la parte de la ciudad que debía estar á su cuidado, los propietarios debían conservar la calle frente de su casa para que no se estanque el agua y si tienen delante una acera de que las piedras se conserven unidas, enteras y planas, según lo disponga el edil del barrio, además deben mantener las calles limpias, barriendo y regando. Si frente á una casa hay un edificio público, los gastos de entretenimiento se dividen entre el propietario y la ciudad. Las tablas de Heraclea prohiben el tránsito de carros desde el alba á la hora décima. Si algún propietario no cuida de la calle frente á su casa después de la intimación del edil, éste anunciará en el Foro durante diez días y avisará al propietario que va á darlo en arrendamiento y pasados, lo adjudicará en el Foro, mediante el cuestor urbano, inscribiendo al dueño como deudor en los libros de la hacienda por una cantidad igual á la adjudicada y al empresario un crédito

exigible sobre todos los bienes del dueño; si éste no lo pagare á los treinta días, ni diera caución, deberá pagar la mitad más. Las calles particulares que llevaban los nombres de *angiportus*, *iter*, *semita* eran estrechas, tortuosas y sin empedrar. También había vastas plazas rodeadas de porticos para las asambleas, para la administración de la justicia y para los mercados, muy anchas porque solían servir de palenque á los gladiadores, que se denominaban Foros. Los intercolumnios y las galerías eran muy espaciosas á propósito para pasear y en ellas se colocaban las tiendas de los mercaderes, cambistas y recolectores de impuestos. De los 17 que Roma tenía, solo tres eran *civilia* y *judiciaria*; el romano viejo ó latino, célebre por las arengas que se pronunciaron desde la famosa tribuna adornada con las proas de las naves tomadas á los cartaginesas; el de César cerca del campo vaccino que costó un millón de sextercios y el de Augusto donde éste hizo edificar un templo á Marte Vengador circuido de dos galerías con las estátuas de todos los reyes latinos por un lado y las de los romanos por el otro. Más tarde se edificaron; el de Nerva comenzado por Domiciano donde Alejandro Severo colocó estátuas de los emperadores y columnas de bronce y el de Trajano que á todos excedió en magnificencia. Los otros catorce eran *venalia*, esto es mercados y más modestos los destinados á la venta de las yerbas *(olitoria)* y de la carne (*macella*). Interiormente se dividía la ciudad en *regiones*, *vicus*, é *insulæ*; una agrupación de casas particulares separadas de las inmediatas equivalente á nuestras manzanas, es lo que se llamaba *insula*, algunas islas constituían un *vicus* y muchas *vicus* una *regio*, Durante la república no hubo en Roma más que cuatro. Los edificios pueden distinguirse en privados y públicos. Los primeros eran las *cædes privatæ*, *domus* y constaban de dos partes distintas; una para el público y otra para uso particular del dueño. Se entraba por la puerta *janua* que se componía del umbral de la cornisa y de las jambas. El umbral se miraba con un respeto supersticioso, por lo que se ponían en él palabras del felíz augurio ó se tenían papagallos que las repitiesen y se consideraba señal de desgracia tropezar en él. Las hojas eran á veces de mármol ó de bronce con botones, mascarones y otros adornos. A no ser las de los tribunos, todas estaban cerradas, sobre ellas se colocaban adornos ó inscripciones; cuando había bodas se adornaban con festones ó flores y con cipreces en caso de muerte; los amantes colocaban flores en la de sus novias. Solían también tener las casas un postigo ó puerta trasera *portica* que daba á la *angiporta* ó callejuela, é veces sin salida *(non pervia)* por donde

los dueños escapaban á las visitas enojosas *(Portica fallem clientem)*. Por la puerta principal se entraba por el *prothyrum* vestíbulo largo y estrecho donde había pintado un perro con el letrero *silentium tene* ó *cave canem* ó se leía *ave* ú otra salutación de feliz augurio, á un patio descubierto hacia la mitad *(cavædium)*. Las aguas lloviedizas se recogían en el techo saliente y por el espacio descubierto *(compluvium)* caían en un estanque rectangular *(impluvium)* adornado muchas veces con una fuente. A derecha é izquierda del cavedio estaban dispuestas las habitaciones para los huéspedes.

A su frente había un sala abierta por el lado del patio *tablinum* donde estaban los archivos y los retratos de familia y donde el dueño recibía á los clientes que esperaban su llegada paseándose por el cavedio ó sentados en antesalas *(alæ)* en la extremidad del pórtico del tablino. Este dividía la casa exterior de la interior, á su lado se encontraban corredores *(fauces)* que conducían á las habitaciones de la familia. La parte principal era el atrio desconocido de los griegos y tomado por los romanos de los etruscos. Se llamaban *toscanos* cuando los techos estaban sostenidos solo por vigas muradas, *tetrástilos* cuando tenían cuatro columnas en los puntos de intersección de las vigas, *corintios* cuando eran más las columnas, *displuviatum* cuando el techo no arrojaba el agua hacia el centro, sino hacia la pared exterior, *testudinatum* si estaba cubierto enteramente. En un principio el fuego estaba en el atrio donde se cocían y se comían los alimentos y en derredor del que se reunían los esclavos, despues se tuvo en el atrio un hogar ó brasero para quemar incienso á los lares, en algunas casas se ve una capillita especial ó *lararium*. Después del tablino el *perístilo* entre cuyas columnas debajo de la *traevación* se colgaban aquellos discos de mármol, con figuras en ambos lados que tanto abundan en los museos y que se han tomado por *clipeos votivos*. El perístilo de la casa de Pansa en Pompeya tenía 16 columnas pseudo-corintias estriadas, desde el tercio de su altura de estuco reluciente y la parte lisa pintada de amarillo. En la misma casa en medio del perístilo, se vé un patio abierto con un estanque donde las aguas de los techos eran conducidas por tubos metálicos, teniendo en su centro un surtidor, á un lado estaban las alcobas, *cubícula*, al otro la habitación para biblioteca, el *triclinio* ó comedor y al frente un *eco* ó antesala con salida á un jardin al que conducen también unas fauces que guían igualmente á la cocina y á la sala de la servidumbre que tiene puerta á la calle, otra habitación pequeña mira también al jardín, delante de este hay un pórtico y á un lado de él el depósito de lagua. En

el frontis de la casa había tiendas, una sola de las cuales comunicaba con el interior, dos de ellas y una lateral eran *pistrinos* ó panaderías, y una del otro lado una habitación con tres piedras de molino, una gran mesa, un horno, tres grandes vasijas y una artesa con dos calderas sobre los hornillos y más allá dos habitaciones humildes de dos pisos quizá de la *fullonica* ó lavandera particular. Entre dos salidas de la casa está pintada una serpiente custodio y al lado se ve un ladrillo sobre el que se colocaba la lámpara encendida á los dioses tutelares.

Por la inspección de otra casa llamada de los Capiteles, en la vía de la Fortuna, se ve que las puertas de la calle se cerraban con barrotes de hierro y trancas y que en los atrios había arcas para guardar dinero ú otros objetos. La que se encontró allí era de madera con revestimientos de hierro y bronce, con muchos adornos y tres bajorelieves representando escenas de Baco. Las cocinas tenían hornillas parecidas á las nuestras, los dormitorios se colocaban de manera que les diese el sol y, sobre todo, lejos del ruido; para tomar el fresco y dormir la siesta había aposentos subterráneos que en los palacios eran de bastante extensión, con muchos corredores y pinturas y adornos de estuco, que por eso se han llamado grotescos. Las casas no tenían ventanas ó eran muy escasas, pequeñas y altas, las que se han encontrado en Pompeya merecen llamarse troneras y están cerradas con espejuelos ó vidrios opacos; las habitaciones recibían la luz por las puertas, frecuentemente no estaban divididas más que por cortinas ó travesaños; se ha sostenido que no había chimeneas, pero Suetonio dice que en una comida dada por Vitelio, la sala ardía á consecuencia de haberse pegado fuego á la chimenea; las escaleras, porque había casas de dos y tres pisos, aunque no muchas, porque las escaleras se encuentran rara vez, eran de piedra ó de madera, fijas en las paredes y por lo común muy obscuras; de aquí las frases de esconderse *in scalis* y de *in scalarum tenebris*. Sólo las personas muy ricas podían habitar una isla entera; Marcial habitaba un tercer piso *(scalis habito tribus sed altis);* muchos alquilaban las casas y se nos han conservado algunas papeletas que después de indicar las condiciones concluían: "S. Q. D. E. N. C. A.„ que se han interpretado: *Si quis dominam ejus no cognoverit adeat*, y aquí las señas. Otros arrendaban habitaciones que no tenían comunicación con el interior, para tienda; alguna que la tiene, debió ser para vender los productos del dueño. Las llaves eran de hierro ó de bronce, machos y hembras; se conocían también las falsas *(adulterinæ)*. En las casas ricas había porteros encadenados como nuestros perros; se llamaba golpeando acaso

con los pies (así podría interpretarse el *æquo pede pulsat* de Horacio) ó con aldabón; el pavimento solía ser de mosáicos, que representaban excenas adecuadas al servicio para que la estancia se destinaba. La entrada de la llamada de Diomedes en Pompeya está adornada con dos pilastras corintias y abierto el tablino se veía desde ella hasta el peristilo, como también se infiere de estos versos de Virgilio:

Parietibus longis fugit et vacua atria lustrat...
Apparet domus intus, et atria longa patescunt.

Los *palacios* recibieron su nombre del monte palatino, donde estuvo el de los reyes de Roma. Nerón comprendió también en el suyo el Esquilino y el Célio. No eran como los nuestros, sino más bien pequeñas ciudades rodeadas de un muro cuadrado con una puerta en cada frente, y dentro de cuyo recinto había jardines, plazas, calles, atrios, templos, teatros, termas, cuadras, almacenes y muchas casas, sin la regularidad á que estamos acostumbrados en los modernos.

Los *ergástulos* eran las habitaciones destinadas á los esclavos, donde se los arrojaba de noche sin distinción de sexos; los de los gladiadores debieron ser algo mejores, porque se los alimentaba bien. Habia otros ergástulos que servían como de presidios. Ya hemos visto por muchas disposiciones imperiales que se solía coger á los transeuntes y se les encerraba allí, sin que se volviera á saber de ellos.

Las tiendas tenían puertas á la calle, á veces con rótulos ó signos que indicaban lo que en ellas se vendía; los diferentes comercios se hallaban agrupados; así en el Foro Romano estaban establecidos los banqueros, en la Vía Sacra los sigillari, vendedores de juguetillos de marfil, tablillas para escribir, escritorios de maderas preciosas, dados, tablas para jugar, diges para las mujeres, etc.; en el *Viscus tuscus* y en el Velabro los mercaderes de telas, los perfumistas, los drogueros, los peleteros; en Argitele los zapateros, etc.

Los edificios públicos eran: 1.° Los *Templos*.—Los antiguos eran mucho más pequeños que los modernos, porque la nave *(naos)* bastaba apenas para contener la estátua y el altar. A la nave la rodeaba un pórtico *(pronaos, prodromus);* si éste tenía una doble fila de columnas, se llamaba *diptero*. Los psendodipteros eran de dos clases, ora la fachada tenía dos filas de columnas aisladas y los otros tres lados una hilera sola aislada y otra apoyada en el muro de la nave, ora se suprimía este último y el pórtico tenía más anchura. La fachada *(frons* ó *pronaos)* tenía siempre columnas en número par y por esto se distin-

guían en *diástilos, tretástilos, exástilos*, etc.; cuando se encuentra un número impar de columnas no es un templo, es una *estoa*. La figura del templo era generalmente un paralelógramo cuya longitud era doble de la latitud. Los romanos y los griegos la medían diversamente; éstos contaban las columnas, aquéllos los intervalos; los primeros, por consiguiente, contaban en las alas una columna menos. Los templos de Vesta eran redondos. Los pórticos eran necesarios, porque el pueblo permanecía fuera del santuario, pero su magnificencia contribuía á empequeñecer la nave; para evitarlo se inventaron los templos *pseudo-perípteros*, en los que las columnas de las alas y de la parte posterior están encajadas en las paredes; los rectangulares no tenían ventanas; los redondos recibían la luz por aberturas practicadas en la bóveda; todos miraban al Oriente, á fin, dice Vitrubio, que los que sacrificaban viesen el templo y el sol naciente, y que las imágenes colocadas en el fondo del santuario parecieran elevarse á guisa de astros para mirar á los suplicantes; su altura se aumentaba con gradas. La naos se componía del *tálamo* (el lugar donde estaba la estátua, detrás del cual solía haber un nicho desde donde se daban los oráculos y adonde se subía por una escalera secreta; algunas veces solían colocarse en la nave, además de la de la divinidad principal, estátuas de otras divinidades) y el altar. Estos, al principio muy sencillos, luego se hicieron muy adornados con una base y con inscripciones que declaraban el nombre de la divinidad y en ocasiones el del devoto; frecuentemente los adornos consistían en festones de yerbas sagradas, que por lo general se llamaban verbenas; á imitación de ellos se hicieron después festones de piedras ó se pusieron los emblemas del dios; águilas para Júpiter, palomas para Venus, el olivo y el pino para Minerva y Pan, el álamo ó mazas para Hércules. Las naves solían estar pintadas. Los romanos no acostumbraban á construir templos perípteros como los griegos; de algunas ruinas se infiere qne los fabricaron dípteros, pero lo común era construirlos pseudo-dípteros; daban gran proyección á los pórticos y empleaban generalmente las columnas corintias; en suma, como dice Hosking, el templo romano se distinguía del griego por su aspecto más grandioso, por sus columnas más delgadas, generalmente corintías, y por su construcción sobre un *podio* ó basamento. 2.° *Los pórticos*.—Se componían de columnas y de un artesonado.—Solían construirse con entera independencia de los edificios; unos estaban enteramente abiertos y tenían dos ó más hileras de columnas, algunas veces casi formaban calles. 3.° *Las*

basílicas. (1)—Son pórticos rodeados de muros; formaban un paralelógramo cuya anchura no excedía á la mitad ni era menor que la tercera parte de su longitud. Se dividían en públicas y privadas y éstas en *ambulatorias, domésticas* y *venarias*. La primera de las públicas fué edificada por Catón el Censor, de cuyo nombre se llamó *Porcia*, y parecieron tan cómodas, que en los veinte años siguientes se edificaron otras tres. Las más sencillas eran de una sola nave y desde la entrada, donde solía haber la estátua de quien la hizo edificar, como en la de Eumaquia, conducía á uno de los lados menores de un pórtico sencillo ó doble, cuyas columnas, según Vitrubio, han de tener de altas tanto como el pórtico de ancho; las de la galería superior, porque las basílicas solían tener más de un piso, no debían pasar de $^1/_4$, según el mismo autor. Enmedio de este pórtico había un paralelógramo más elevado, á fin de que recibiese luz por ventanas superpuestas. En su parte inferior y dentro de un espacio por lo común circular *(abside)*, se encontraba el tribunal con la silla curul del pretor rodeado de los jueces que solían llegar á 180 y de los abogados, y en los dos lados menores los *calcidicos*, vestíbulos salientes abiertos para el paseo, aunque no falta quien crea que eran los hemiciclos que flanqueaban el tribunal, ni quien los confunda con los ambulacros. La basílica Ulpia de Trajano constaba de cinco naves, el pavimento era de mármol, las columnas de granito y la techumbre de madera de cedro revestida de bronce, con entablamentos de bronce dorados. 4.° *Los acueductos*.—Son de las obras más grandiosas que nos han dejado los romanos. Aunque éstos conocían y practicaban las leyes de la hidrostática, como lo prueba el acueducto de Lion, por su afición á lo arquitectónico y monumental, prefirieron la conducción aérea sobre magníficas arcadas; la pendiente, según Vitrubio, era de 1 por 200, lo que daría una velocidad de 60 centímetros por segundo; los tubos eran de barro. En las ciudades terminaban en grandes depósitos, desde donde se repartían para la ciudad y á veces para el campo, produciendo el *vectigal formæ* ó *vectigal ex aquaductibus*. Era en Roma el agua tan abundante, que Frontino calcula que en su tiempo se hubieran podido obtener 25,582 quinarios, esto es, 1.320,592 metros cúbicos cada veinticuatro horas. Abundaban por tanto en Roma las fuentes y debieron servir para ellas las gigantes vasijas monolíticas de mármol y de pórfido que enriquecen los museos, como la que se ve en Fuente Caballo.

(1) Acaso del adjetivo *basileus*, empleado por Plauto en el sentido de magnífico, régio.

El agua de los acueductos servía también para regar los campos; el que tomaba más de la que se le concedía pagaba una libra de oro por cada óbolo que usurpase. 5.° *Baños.*—Los antiguos necesitaban lavarse con más frecuencia que nosotros, porque carecían de ropa blanca; así que en Roma había muchos establecimientos balnearios. 800 se contaban en tiempo de los Antoninos; las palabras *balnea* y *thermæ* con que se los designa no parecen denotar más que su menor ó su mayor magnificencia. Para que se forme una idea de ellos, indicaremos el plano de uno descubierto en Pompeya. Entrando por la puerta que daba al Foro y dejando á la izquierda un cuartito con un escusado, se encontraba un pórtico y adelantándose por él los tres flancos de un átrio que formaban el vestíbulo de los baños, donde esperaban los sirvientes y los esclavos, *fonacatores* (calentadores), *capsarii* ó *vestipici* (guardarropas), *balneatores* (bañadores), *unctuarii* (ungidores), *aliptæ* (estufitas), *analeotæ* (barrenderos); á la izquierda la habitación del empresario, que recibía el dinero y daba la señal á una sala de descanso para personas de consideración; en ellas se ponían los carteles de los espectáculos y otros anuncios; volviendo á salir de esta habitación y siguiendo el mismo flanco del átrio, se encuentra un corredor que conduce á otra puerta exterior, pero que antes de llegar á ella da entrada á la izquierda al *frigidarium,* que servía también de *apodyterium* ó de cuarto para desnudarse y que comunicaba con la estancia fría, *natatio*, *natatoria*, *baptisterium, puteus*, revestida de mármol blanco y con un ancho depósito para muchas personas, donde el agua entraba por un surtidor de bronce, á su izquierda está la *tonstrina* para cortarse las uñas y los cabellos y hacerse frotar y ungir y un corredor que da á otra puerta, donde hay un nicho quizá para el bañero; también tenia la piscina otra puerta en la dirección inversa á la que venimos siguiendo, que conducía al *laconicum*, donde no había agua sino vapor, y que servía de apoditerio para los que iban á los baños calientes, por lo que estaba dividido en muchos departamentos, divididos por medio de atlantes, donde cada uno ponía su ropa; tenía una puerta al *concaremata sudatio*, donde estaba el agua caliente; á su lado había dos hornos, á donde se podía ir también por otra entrada y en esta estancia tres grandes vasijas, el *caldarium*, el *tepidarium* y el *frigidarium,* colocadas en este orden de abajo á arriba, y que recibían el calor las dos que lo necesitaban, como también la *concremata sudatio* de un fuego encendido bajo el pavimento, en lo que se llamaba *hipocaustum*. La forma general de los baños era la redonda; alrededor de ellos había pórticos, exedras,

museos, bibliotecas, gimnasios, escuelas y hasta pequeños teatros; estaban adornados con magníficas obras de arte, contándose entre las mejores las que se han extraido de sus ruinas. Con los baños se relacionan los *ninfeos*, grandes cúpulas con surtidores, que se han encontrado en las orillas de los lagos, uno con esta inscripción:

Nynphis loci
Bebe, Lava, Tace

6.° *Las cloacas.*—Son de las obras más antiguas de Roma, tanto, que la primera mandada construir por Tarquino Prisco, se cree obra de los etruscos, de los que los romanos probablemente aprendieron el arco. Tan vasto era este sistema de desagüe subterráneo, que Plinio llamaba á Roma *urbs pensilis*. Las bóvedas en que se recogían las aguas del Velabro y de los montes vecinos iban á reunirse bajo el Foro, y de allí desembocaban las aguas que conducían al Tíber por dos canales cubiertos que se llamaban *cloaca máxima* y *minor*. Por los restos que se conservan de una de ellas sabemos que tenía cerca de cuatro metros de alta y otro tanto de ancha, que formaba tres arcadas una dentro de otra y que estaba fabricada de piedra sin cemento. El mucho gasto que ocasionaba su conservación se satisfacía parte con el impuesto *cloacarum*, parte por el Tesoro público, y su inspección estaba encomendada á los *cloacarum curatores*. 7.° *Edificios destinados á los juegos públicos.*—(a) *Circos.*—El primero se dice que fué construido en tiempo de los reyes y después agrandado por los emperadores al extremo que, pudiendo contener al principio 150,000 espectadores, Constantino lo hizo capaz para 405,000. Era un espacio muy oblongo que concluía por un lado en semicírculo, en el otro había cárceles ó cocheras y alrededor gradas para los espectadores. La *arena* estaba ceñida por un *podium* (parapeto) rodeado por un canal *(euripus)* de poco más de tres metros de ancho, para regar el circo ó para anegarlo para las *naumáquias*. La arena estaba dividida en dos por un parapeto *(spina)*, sobre la que se ponían monumentos dedicados á las divinidades, especialmente al Sol (1), y que terminaba á los dos extremos en *metas*, pequeñas columnas agudas ó tres conos de mármol que salían de un pedestal común. A las gradas se llega-

(1) Era el protector de los juegos circenses; Augusto trasladó de Egipto un obelisco que le estaba consagrado; desde entonces se trasladaron otros, porque la mayor parte de los obeliscos se han encontrado en las ruinas de los circos.

ba por escaleras y *vomitorios;* la galería reservada á la familia imperial recibía el nombre de *pulvinare*, de los almohadones que se colocaban en ella (1). Las cárceles estaban divididas en celdas adornadas con términos en cada puerta. En medio estaba la puerta principal, y á las dos extremidades de aquel lado había torres de muchos pisos, quizá para los músicos; encima de las cárceles se extendía un terrado reservado á cierta clase de ciudadanos, y junto á cada torre se abría una puerta y otra en el opuesto hemiciclo, que se llamaba triunfal, porque por ella pasaban los vencedores. Los circos en su parte exterior estaban circuidos por galerías de muchos pisos, en la inferior había tiendas y prostíbulos (2).--(b)--*Anfiteatros*.--Parecen ser invención de los etruscos; en ellos se reunía el pueblo para asistir á los espectáculos públicos, que consistían en matanzas de fieras y de hombres. Destinados á contener una multitud inmensa, tenían por lo común una forma elíptica. Al extremo del eje mayor estaban las entradas, en el muro había otras puertas más pequeñas, que se cerraban con verjas de hierro y además huecos para que en ellos se refugiasen los gladiadores. Debajo de la arena y separados de las gradas había vastísimos subterráneos, donde se encerraban las fieras que salían á la arena por planos inclinados. Limitaba la arena un *podium* de bastante altura, para que las fieras no pudiesen saltarlo; más allá de él comenzaban las gradas; la primera fila tenía á las dos extremidades del eje menor á un lado los asientos destinados á la familia imperial y al otro los de cónsules, distribuyéndose los demás de esta grada entre las vestales, los magistrados, los senadores y los embajadores. Las otras gradas se dividían en tres *precinciones* las dos primeras que formaban cuarenta escalones revestidos de mármol blanco con el número de los puestos correspondientes á tal familia ó á tal colegio se destinaban á las familias patricias, á los caballeros y á los ciudadanos romanos. Un muro, *balteus*, con puertas y ventanas ricamente adornadas por las que se introducían perfumes y en cuyos huecos brotaba el agua los dividía de la tercera precinción que pertenecía al pueblo, sus gradas estaban cubiertas de madera elevándose hasta un pórtico elegante que rodeaba todo el edificio. Se entraba á las diversas precinciones por algunas puertas *(vomitoria)* abiertas en las gradas y adornadas artísticamente y debajo había es-

---

(1) También se llamaba *pulvinar* el lecho en qne se colocaba á los dioses en los templos.

(2) En los circos se celebraban también asambleas, se daban representaciones teatrales y servían de plazas.

caleras que dividían dichas gradas en *cunei* de cada una de las que cuidaba un *cuniarius*. Exteriormente se componía de cuatro órdenes, los tres primeros de arcos sostenidos en postes adornados de columnas embutidas, dóricas en el piso bajo, jónicas en el siguiente y en el tercero coríntias todas muy sencillas; el piso superior no tenía arcos sino pilastras coríntias intercaladas de pequeñas ventanas rectángulares y una cornisa encima de la que había un adorno de bronce formado de trofeos y armas de los juegos (1).—(C).—*Teatros*.—No eran como los nuestros recintos cubiertos, carecían de techo, salvo la escena que solía estarlo por uno de madera, eran de forma semicircular como el de Marcelo ó de una que se aproximaba á ella, el de Pompeyo tiene la de una D. En la parte rectangular opuesta al semi-círculo estaba la *escena* donde se verificaba la representación con la decoración sólida que se modificaba con otras movibles adaptadas á lo representado. Algunas veces estaban sobre un prisma que al girar ofrecía vistas diversas, palacios para la tragedia, casas para la comedia, paisajes para el drama satírico. La escena tenía las paredes laterales salientes, muchos pisos, columnas, muros intermedios y cornisas; detrás estaba el *postcenio* ó *parascenia* donde los actores se retiraban, delante el *proscenio* donde había asientos al lado ó sobre la escena entre las alas y un tablado de madera que avanzaba hacia la orquesta *pulpitum*, y el *hipostcenio* adornado con columnas y estátuas mirando á los espectadores debajo del tablado. La orquesta era un semicírculo interior en Grecia destinado al coro que bailaba delante de un altar generalmente de Baco pero que como no existía en Roma se destinaba para los senadores, las vestales, los tribunos y los ediles. El semicírculo esterior que comprendía á éste era la *cavea* donde estaban los demás espectadores con gradas divididas concéntricamente por escaleras y puertas y con la *prœcinctio* que separaba á la nobleza del pueblo. Por cima de las gradas corría un pórtico que servía para agrandar el teatro y coronar el edificio y quizá tambien para la acústica. Detrás de la escena había tambien otros pórticos. Los teatros no servían sólo para las representaciones dramáticas, tambien se hacían allí procesiones de carros y caballos y bacanales; se hacían las revistas de los huérfanos, de los que habían perecido en el campo de batalla ó de los soldados que se licenciaban, publicaba bandos el heraldo y hasta se azotaba á los malhechores. 8.°.—Monumentos honoríficos.—(a).—*Colum-*

(1) Esta descripción es la del famoso Coliseo de Roma que hemos elegido como tipo.

nas.—Constituían un género insigne de honor y se erigieron en Roma desde muy antiguo; sirva de ejemplo la levantada al cónsul Duilio con las proas de las naves cogidas á los cartagineses; á su imitación se construyeron otras del mismo órden que se llamaron rostradas y que servían de memoria y para adornar los Foros. Las más estimadas eran las *coclitas* ó espirales, entre los que despues habian de hacerse célebres los de Trajano y Antonino.—(C).—*Arcos.*—Al principio sólo se construyeron como adorno y para que sirvieran de comodidad para cubrir á los negociantes en los foros como el de Jano cuadrifonte que existe todavía con un arco para cada cara pero luego se erigieron como monumentos de honor y de magnificencia. Se conservan algunos de la época de Augusto y se prodigaron en tiempo de los emperadores siguientes: unos tienen un solo arco como el de Tito, otros dos como el de Nerón y otros tres, siendo el de enmedio más ancho hacia la mitad como los de Septimio Severo y Constantino, los hay tambien fúnebres y hasta se encuentran en las sepulturas privadas.—9.º—*Sepulturas.*—Las leyes de las XII tablas, prohibían quemar y enterrar los cadáveres dentro de las ciudades, sin embargo se quemaba dentro de ellas á los emperadores y á las vestales. Lo más frecuente es encontrar los sepulcros á uno y otro lado de las vías. Los comunes consisten de ordinario en una habitación abovedada con nichos en que están colocadas las urnas que contienen las cenizas y se llaman *columbarium* porque se asemejan á un palomar. Los nichos suelen estar adornados con pinturas lindísimas al fresco, entre las filas se encuentran á veces los epitafios como en el de la familia Pompeya, la habitación está decorada con cariátides y atlantes, en otras con pinturas hasta obscenas. Al exterior tienen una figura de torre, la de conos sobre una base circular ó en forma cuadrangular que en ocasiones termina en pirámide. Cerca de las tumbas de Pompeya y en otras se encuentran triclinios para el banquete fúnebre. A los más ricos solía dárseles exteriormente la forma de pirámide, de templo ó de simple habitación é interinamente tenían muchos compartimientos adornados de estucos con pavimentos de mosáicos donde se colocaban urnas, sarcófagos (1) y vasos; los había más suntuosos, el de

(1) El sarcófago se llama así segun Plinio, de la piedra de la Troade con que se construían y que tenía la propiedad de consumir la carne, en algunos hay cabidades á lo largo para colocar á los parientes, se distinguen del *ossuario* en que se conservaban los huesos que se sacaban de la hoguera, en algunos se encuentran las telas de amianto que habían servido para quemar el cadáver.

Augusto está compuesto de terrados sobrepuestos en disminución adornados de árboles, encima de los cuales se levantaba la estatua del emperador y la urna cirenaria de él y de su familia; el mausoleo de Adriano, *moles Adriani* es el castillo de Sanct' Angelo.

Las colonias eran imágenes reducidas de Roma (1). Para fundarlas se enviaban de Roma tres (á yeces eran más de tres porque para la fundación de Colenda vinieron 10) curatores, *triunviri coloniæ deducendæ* que elegían el lugar y hacían el reparto de las tierras entre los colonos. Con un arado llevado por un buey y una vaca blancos que hasta entónces no hubieran sido uncidos al yugo, los triunviros levantada la toga al estilo de los gabinos, trazaban el circuito de la nueva ciudad levantando el arado donde se había de dejar paso para las puertas, porque el *pomerium* se consideraba sagrado. Es claro que los colonos romanos habían de imitar en sus edificios á los de Roma; de las ciudades de España en que los fabricaron la primera fué seguramente Tarragona, de quien dijo Plinio que era obra de los Escipiones á la que Mela llama opulentísima y Estrabón como la metrópoli no solo de la España que está dentro del Ebro, sino de una gran parte de la que cae hacia fuera de este río. Lo que hicieron ante todo fué fortificarla para hacerla su alcázar (arx) para lo que levantaron sus famosas murallas utilizando en parte una antigua ciclópica que todavía se ve en su parte más baja, de este tiempo quizás sea tambien el *Prætorium*, llamado vulgarmente palacio de Pilatos, acaso el acueducto y el monumento que se vé cerca de ellas consagrado por Escipión el Africano á la memoria de su padre y de su tio, las demás obras, pues que de ninguna de ellas dejó de estar dotada. son probablemente de época posterior; la segunda debió ser la colonia de Marcelo á quien Augusto hizo Colonia Patricia (2) aumentando su población con los eméritos de las legiones V.ª y X.ª y que muy pronto debió ser opulentísima porque segun Cicerón se hizo de moda entre los patricios tener casas en ella y Estrabón le dá su preferencia por los edificios á la cercana Hispalis. (3) Quizas de este tiempo es el templo de Jano Augusto, desde donde se contaban las millas y que se supone que estuvo donde hoy

(1) Pópuli romani, cujus iste coloniæ, quasi effigies parvæ simulacraque esse quædam videntur. Aul. Gel. Noches Aticas. Libr. XI cap. XIII.

(2) Hasta el tiempo de Augusto no lleva este título en las monedas sino el de Córdoba.

(3) Licet non adeo magnífice condita. Rerum. Geogr. Libr. III. Tambien nos dice en el mismo libro que fué la primera colonía que tuvieron los romanos en la región Ibera, prima ístis regionibus coloniam deduxerunt.

la catedral. Tambien debieron tener algunos edificios en Hispalis cuyas murallas atribuye la tradición á Julio César. Cæsaraugusta (1) y otras, pero sobre todo Emérita Augusta de quien dice Cean Bermúdez que no hubo género de edificios públicos que Augusto no hiciera construir en ella. Se dice que él mandó edificar dos acueductos del que se descubren todavía las ruinas del primero sobre el puente de Albarregas y otro que entra por el Or. de la ciudad sobre grandes arcos no solo para proveerla sino tambien para alimentar una neumaquia; quizás tambien alguno ó quizás los dos puentes; uno sobre el Guadiana, de 2575 piés de largo, 26 de ancho y 33 en su mayor elevación y otro sobre el Albarregas de 450, 29 y 25 respectivamente. Tambien ahora ó posteriormente debieron construirse de estos edificios en ciudades que no fueron colonias como lo muestran en Itálica el anfiteatro, las termas y otros y los restos de ellos que se encuentran en Gades, otra de las ciudades más opulentas de la Bética.

Así como mediante las colonias trató Roma de unir moralmente á la metrópoli los pueblos conquistados, los unió de hecho materialmente mediante las grandes vías. Estos caminos como tedo lo romano parecen fabricados para la eternidad. Primeramente se trazaban dos surcos paralelos de á 10 ó 19 piés de distancia, se sacaba tierra hasta encontrar el firme *(gremium)* y sino era posible se hacían estacadas *(fistucationibus)*; sobre este fondo se disponían 4 capas; la primera *(statumen)* de guijarros sueltos, la segunda *(rudus)* de piedra muerta, la tercera *(nucleus)* de fragmentos de tejas y de vasijas con cemento y la última *(pavimentum)* de anchos polígonos de pedernal ó de lava, de modo que formaran una superficie compacta de aspecto parecido á las otras pelásguicas (2). Solían tener aceras. Cayo Graco hizo colocar en ellas columnas miliarias que indicaban la distancia á Roma ó á los puntos principales con las letras M. P. *(Millia Pasum)* y el número de las millas recorridas Todas las vías partían de la columna aurea colocada en el Foro romano

(1) Hecha por Augusto colonia inmune y cercándola de muros de que aun se conservan los indicios. Allí colocó los soldados eméritos de las legiones IV, VI y X.

(2) Esta es la construcción de que hablan generalmente los autores sin embargo Plutarco (en Graco) nos dice que se cortaban largas piedras sillares para las dos orillas y lo de enmedio lo llenaban de arena y piedra menuda y las escavaciones hechas en las lagunas pontinas bajo la vía Apia no muestran aquella complicada extructura. A veces en las secundarias como la que pasaba en España por Cáceres se aprovechaba la firmeza del terreno.

por Augusto (1), de allí á la primera milla se ponia por señal la primera columna miliaria, de modo que llegar á la primera, á la segunda ó á la tercera piedra era lo mismo que decir haber andado una, dos ó tres millas. Al sitio ó pueblo donde los pretores en tiempo de paz habían de hacer noche, se llamaban *mansio* (mansión) que solían ser estativas ó de larga permanencia ó solamente de descanso y pernoctación, pero todas ellas como dice Vegetio deben tener provisión de aguas saludables, no estar cerca de las malsanas, ni han de faltar en ellas leña y forrajes en el invierno, siendo muy conveniente que estén en ciudades ó castillos murados *(sire civitates sire castella murata)*. Parece también que en estas mansiones había vastos edificios, especies de caravanserrallos y sabemos que en ellas puso Augusto paradas de postas.

Según las doce tablas, las vías debían tener ocho pies de ancho y diez y seis en las vueltas (2), á lo largo de ellas había ventas y tabernas *(popinæ* y *cauponæ)*. Por dos puntos penetraban las vías romanas en España por el Pirineo, por el Portús y por el *saltus olarso* de Plinio (Eichalar). Según el Itinerario de Antonino (3) se distribuían 35, aunque no falta quien suponga, no sin fundamento, que había más. Con las vías se enlazan los puentes á los que los romanos aplicaron el arco característico de su arquitectura; solían construirlos de piedras unidas sin ce-

---

(1) Mensura currente á milliario in capite romani fori statuto dice Plinio y Dion Casio lo llama aureum milliarium.

(2) Viæ latitudo, ex lege XII Tabularum, in prorrectum octo pedes habet; in anfractum id est ubi flexum est sexdecim. Gayo in l. 8. ff de servit. proed. rust.

(3) Hay quien supone que este Itinerario se comenzó á hacer en tiempo de Augusto, tal como existe en el dia parece posterior á Constantino. Las vías españolas descritas en él son: de Italia á España que aquí comienza en el Summo Piryneo y termina en León y de Arlés á Narbona que penetra por el mismo lugar y termina en Cástulo. La de Cástulo á Córdoba (99 M. P.) otra entre las mismas ciudades (78 M. P.), de Cástulo á Málaga (291 M. P.), de Málaga á Gades (145 M. P.). de Gades á Córdoba (295) M. P.), de Hispal á Córdoba (180 M. P.), de Sevilla á Itálica (6 M. P.), de Sevilla á Mérida (162 M. P.), desde Córdoba á Mérida (144 M. P.), desde Salacia á Ossonoba (16 M. P.), de Olisipon á Emerita (142 M. P.), desde Salacia á Ossonoba (116 M. P.), de Lisboa á Mérida (220 M. P.), de Lisboa á Braga (244 M. P.), de Bracara á Asturica (247 M. P.), otra id. (207 M, P.), de Esuri á Pax Julia (264 M. P.), de Braga á Astorga (212 M. P.), otra id. de (399 M. P.), de Esuri á Paz Julia (76 M. P.), de la boca del Ana á Mérida (313 M. P.), de Mérida á Zaragoza (632 M. P.), otra (349 M. P.), de Astorga á Zaragoza (497 M. P.), otra (301 M. P.), de Tarazona á Zaragoza (56 M. P.). desde Mérida á Zaragoza (498 M. P.), de Laminio á Toledo (95 M. P.), de Laminio á Zaragoza (249 M. P.), de Astorga á Tarragona (486 M. P.), de Zaragoza al Sumo Pirineo (122 M. P.), de Astorga al Sumo Pirineo (421 M. P.)

mento. Eran estrechos como las calles y las vías; en medio tenían el *agger* ó el *iter* para carros y caballerías y á los lados *decursoria* (aceras) cerradas por un parapeto para los peones, Los arcos son por lo común semicirculares, pero á veces presentan un segmento de arco muy abierto; se solía abrir otras salidas á las aguas con nichos entre los arcos, en otro caso adornaban artísticamente aquel espacio y siempre el parapeto y las cabezas, en el de Alcántara en España se colocó una capilla de 14 piés de ancho y 23 de altura; y las piedras están tan bien dispuestas que forman un techo y han resistido desde la época de Trajano á las inclemencias del tiempo y á la mano destructora de los hombres.

Hemos pasado revista á los edificios, ahora debemos ocuparnos de sus habitantes. El censo hecho en tiempo de Claudio, nos manifiesta que el número de ciudadanos romanos en todo el imperio, no alcanzaba la cifra de seis millones. Todos ellos vivían de las provincias, los unos como próceres, los otros como mendigos. La invasión del mundo por los romanos, había traido á Roma de retorno dos invasiones más peligrosas, la del oro y la de los esclavos; la acumulación del primero en pocas manos mató la pequeña propiedad, la abundancia y la baratura de los segundos el trabajo libre. La unidad normal de la propiedad en Roma era unas 200 yugadas y la de la viña de 100. Los más ricos propietarios no podían aumentar su dominio aunque se compran muchos separados; las 500 yugadas, cifra máxima de las que podían obtenerse por ocupación, se dividían por lo común en dos ó tres dominios. Por regla general los cultivaba el mismo propietario; se sembraba generalmente en el otoño y por excepción en la primavera. Se cultivaban el trigo, la cebada y el maiz, los nabos, los rábanos, los ajos y la adormidera; para alimento del ganado el haba, el altramuz, el guisante, la arbeja y algunas plantas para forraje, el olivo en medio de las otras sementeras y la viña en los ribazos. De los árboles frutales conocían la higuera, el peral y el manzano, importaron la palmera de la Grecia, de aquí también probablemente el almendro ó nuez griega y los albérchigos ó nueces persas, el cerezo (fruto de Carasanda) del Mar Negro y más tarde el albaricoque ó ciruela de Armenia; de los maderables, los álamos y olmos. Por regla general cultivaba los campos el mismo dueño, por mano de esclavos, al frente de los cuales había un aperador *(villicus)* á cuyas órdenes estaban la casera *(villica)*, los boyeros *(bulbulci)* y todos los demás *(familia rústica)*. Las alquerías *(villa rústica)* comprendían las oficinas necesarias para la labor, el dueño tenía su habitación aparte *(villa urbana)*. Los

esclavos incluso su jefe recibían del amo las cosas necesarias para el cultivo, el vestido y el alimento en épocas y cantidades determinadas, arreglándose después por sí mismos. Los esclavos salvo el aperador que podía esperar la emancipación, si hacía progresar la labor, eran tratados al igual de las bestias, "el esclavo, dice un aforismo catoniano, debe trabajar ó dormir,„ para él no regían ni las disposiciones benéficas de la religión que mandaban que los esclavos y los bueyes dejasen el arado durante las fiestas, porque interpretándolas extrictamente aplicaban aquellos á otros trabajos que no estuvieran expresamente prohibidos; cuando se inutilizaban se vendían, porque sería un mal negocio alimentar bocas inútiles ó poco productivas, á la menor falta se les encadenaba, un adagio romano decía: "tantos esclavos otros tantos enemigos„ un agrónomo refiriéndose al capataz, "un perro de cadena no debe ser suave con sus compañeros de esclavitud„ y era opinión entre ellos que no deben criarse sino comprarse, pero antes de los veintidos años. Destinándose á las faenas rústicas los que habían cometido faltas, la esclavitud rural era una esclavitud en la esclavitud. Los prados *(saltus)* eran más extensos que las granjas, su mínimum eran 800 yugadas. Se regían lo mismo que las tierras de pan sembrar haciendo de capataz el dueño del rebaño *(magister pecoris)* pero la vida nómade que tenían que hacer los pastores les daba siquiera la libertad de moverse y la necesidad de defender los ganados el uso de caballos y armas. Las grandes cantidades de trigo enviadas á Roma, ya gratuitamente, ya por una módica retribución de las provincias y la prohibición de que estas lo exportaran más que á Italia, mató el pequeño cultivo y favoreció el grande que podía contentarse con menor interés y siendo el de los cereales el que menos lo producía y el del ganado el que más, se sustituyeron á las pequeñas propiedades los latifundios que habían de perder la Italia. No se dividió ya como antes la tierra entre muchos pequeños colonos, sino que se cultivó por bandas de esclavos, el lujo hizo que se destinasen las mejores á quintas de placer y al régimen agrícola se sustituyó el capitalista. En Roma, dice Polibio, nadie dá á otro si no está obligado á ello; nadie paga un óbolo antes del término fijado, aún cuando sea entre parientes, hasta los mismos legisladores veían un disipador en todo el que daba gratuitamente. Roma parecía habitada exclusivamente por mercaderes, todo hombre ordenado llevaba con exactitud el registro de sus ingresos y de sus gastos que servía de prueba legal en los asuntos judiciales y apuntaba en sus tablillas las operaciones diarias. De aquí un gran desarrollo del espíritu de asociación. Desde

el arrendamiento de las rentas públicas hasta los grandes negocios mercantiles, todo se hacía por empresas, en vano la ley Claudia había prohibido á los senadores y sus familias el hacer acto alguno de lo que los romanos llamaban *quæstus*, la ley no logró más que establecer la separación entre los que especulaban á las claras y los que lo hacían ocultamente. De aquí el desarrollo desproporcionado de un comercio puramente pasivo. ¿Á qué producir, no se poseía oro suficiente para comprar lo necesario y lo superfluo? El capital se apoderó de la propiedad, cuatro dominios iguales al que Catón nos describe que debían nutrir 150 familias de campesinos se manejaban ahora con una familia libre y 50 esclavos solteros: el capital acaparó las industrias, el empresario de construcciones compraba esclavos arquitectos, el mercader tenía en sus naves esclavos y libertinos, se organizaban compañías de esclavos artistas para las representaciones dramáticas y de gladiadores para los juegos; esclavos eran los que trabajaban en las fábricas y en las minas. No había más que lujo ó miseria, la mayoría de la población libre había quedado sin ocupación y ¡ay del que no lo alimentara! Roma era la caja donde tarde ó temprano venían á depositarse las ganancias obtenidas por el capital en todo el mundo civilizado. "Para un romano no hay nadie rico„ decía un griego hablando del segundo Escipión el Africano (1), así que el lujo era enorme en las clases elevadas. Para formarnos una idea de él es preciso conocer los muebles, las artes, las costumbres y la vida. Las mesas se hacían de las maderas más costosas y se pagaban á precios para nosotros increibles. Cicerón que no era muy rico tuvo una valuada en un millón de sextercios (204.500 pesetas) y los Cétegos otra de 1.400000, en el siglo VI los embajadores de Cartago se burlaban de que les servían en la misma vajilla en todas las casas en que los convidaban á comer y era raro que alguno tuviese una bandeja de plata á más del salero paterno y Marco Druso tribuno del pueblo llegó á tener 10.000 libras de plata labrada y hay que advertir que se pagaba por la hechura como pagó C. Graco 15 veces el valor de su peso, cuando no se daba como dió L. Craso á un hábil artista 100.000 sextercios por una sola copa, un vaso murrino fué comprado por Nerón en 40.000.000 de sextercios, los colchones se rellenaban de pluma de ganso y para los ricos de pluma de cisne, por lo que algunos pretores enviaban legiones enteras á proporcionarse esa pelusa.

(1) Mommsen.—Hist. de Roma.—Cap. XII.

Para formarnos una ligera idea del lujo de las mujeres, daremos un brevísimo extracto de la descripción hecha por Böttiger del tocador de una dama: cruge sus dedos y se levanta en brazos de una de sus doncellas, cubre su rostro la miga de pan mojada en leche de yegua, con que se embadurnó la cara para conservar el cútis, al mismo tiempo que se quitaba las cejas, los dientes y los cabellos; una multitud de esclavas la esperan en el gabinete, pone á una de centinela en la puerta, las encargadas de los cosméticos le quitan suavemente de la cara con una esponja mojada en leche de yegua acabada de ordeñar la miga de pan seca, otra, despues de haber echado el aliento sobre una lámina de metal que la señora olfatea á ver si está sano y perfumado por las pastillas que se le han hecho mascar, disuelve con su saliva el colorete y le aplica el albalde y el arrebol, otra le tiñe las cejas y le da una pincelada para que los ojos parezcan mayores, colocánle los dientes y con esto se llama á las peluqueras, el rojo es entónces el color de moda para los cabellos, la naturaleza no se lo dió á la dama, no importa ó se pone el de una esclava gérmana en vez del suyo ó se lo tiñe con una pomada de nueva invención, una se lo riza otra se lo perfuma, otra le ata graciosamente la trenza y le pone un alfiler, otra le presenta por todas partes el espejo de pulidísima plata con cornisa de oro y estuche delicadamente cincelado; todas ellas, desnudas de cintura arriba para que su cruel señora pueda herirlas á su placer en el seno con el alfiler de oro que empuña á la la menor molestia que le causen ó al menor descuido que padezcan, cuando no manda al *lorario* que la cuelgue de los cabellos y la azote hasta que ella diga *basta*; concluídas tan delicadas como interesantes tareas, se hace cortar las uñas y se deja penetrar á la florista acompañada de dos esclavillos étiopes con cestas en la cabeza, una llena de claveles, narcisos, azucenas, rosas entretegidas de mirto y otras flores y guirnaldas naturales, otra de artificiales de oro y plata entre las que suele venir, porque la florista hace á todo, alguna galantería del amante. Concluída esta parte del vestido, dos pagecillos de rubia y rizada cabellera vestidos de finísimo lino egipcio traen el desayuno; el uno tiene en la mano derecha un cestito de plata con ocho higos y en la izquierda una caja con dos copas y una botella de vino de Chipre, el otro una vasija dorada con agua hirviendo de la que según la prescripción del médico debe echar unas gotas en el vino. Durante el desayuno escucha á las que vienen á contarla los últimos chismes de la ciudad y se ocupa de la elección de túnica. Elejida, se enviaba una esclava por ella, penetra ésta en las habitaciones inferiores; en la primera

estancia hay mujeres que hilan y tejen, en la segunda están las costureras, en la tercera las bordadoras, la cuarta es el guardarropa. Es costumbre que las romanas se presenten uniformemente vestidas con el traje que por eso se llama matronal el cual es todo blanco á excepción de las franjas inferiores que son de púrpura ó de oro, la única distinción permitida es la de dar al blanco más ó menos realce y se han inventado prensas para hacerlo de mezclilla y formando ondas. Exige además la moda que se dispongan los pliegues con sumo cuidado y por eso se ven en derredor tantos instrumentos de diversos tamaños, en los armarios que cubren las paredes de la estancia están guardados los adornos y la ropa blanca y tambien otras túnicas de diversos colores porque la matrona que durante el día no se permitiría salir sin el severo traje de su estado, se las pone por la noche cuando disfrazada de cortesana ó de libertina sale á correr aventuras por las calles. Mientras le llevan la túnica, la señora ha concluido su frugal desayuno, una esclava ha bañado con leche los dedos de su ama en una aljofaina de plata, le han puesto la camisa de algodón con mangas cortas, le han sostenido el seno con una faja y le han puesto la túnica tejida de lana de Mileto con mezcla de algodón y franjas de púrpura, sus mangas están abiertas por delante y sujetas á los puños con broches de oro. Ahora se trata de elegir las joyas, sácanse de un cofrecillo pendientes de aquellas perlas que Séneca condenaba diciciendo "que no eran perlas sino patrimonios" (1) se le presentaban diversos collares cuyo extraordinario valor aumentaba el suponerse que habían pertenecido á antiguas heroinas, especialmente á la amiga de César y de Antonio y brazaletes; elegía cuatro de oro cincelado y cuajados de brillantes, anillos de los que elegía diez y seis (2) y algún amuleto. Ya no le faltaba más que ponerse el manto ó *palla*, operación difícil, pues es preciso colocarlo con elegancia y no han de emplearse alfileres ni broches sino hacer de modo que, pasando por bajo del sobaco izquierdo, deje al descubierto el brazo y la espalda, descendiendo con hermosos pliegues hasta el suelo. Dispuesta ya para salir se mira por última vez en el espejo, entra en la li-

(1) En los pendientes el anillo era de oro y de bronce para los pobres y se les añadían diversos adornos siendo las perlas los más estimados y teniendo á veces dos y tres gotas.

(2) Se ponían 4 en cada dedo excepto en el del medio, eran generalmente camafeos grabados por artistas famosos, solían llevar piedras preciosas duras grabadas. Las damas romanas llevaban su lujo hasta tener joyas distintas para Verano é Invierno, éstas mas pesadas aquellas mas ligeras.

tera (1) dos lacayos étiopes la preceden, ocho fornidos capadocios la llevan gritando *paso*, *paso*, dos doncellas llevan á su lado las plumas de pavo real que sirven de quitasol á la matrona y la siguen con cojines dos esclavos.

El mismo lujo que hemos visto en las mugeres se encuentra en las habitaciones; los pavimentos son de mosáicos de millares de piedrecillas de diferente forma y color, algunas brillantes, representando cuadros por lo que merecieron el nombre de pinturas marmóreas esquisitas (2) sobre ellas se levantaban archivoltas sostenidas por columnas de mármoles ultramarinos de hermosa mancha y de fino grano, cerradas por paredes colgadas de púrpura y de paños soberviamente recamados (3) en los que se admiraban, ora cuadros admirables coronados de preciosas cornisas con retratos hechos con perlas y piedras preciosas, ora los entónces costosísimos espejos de cuerpo entero (4) ora tubos que contenían flores ó aceites olorosos cubriendo la estancia y techos exhornados con oro para que el artesonado correspondiera al brillo del pavimento (5). En ellas se colocaban mesas y bufetes con vetas que figuraban alguna cosa y los bordes adornados de esmeraldas y rubíes (6). En los triclinios las mesas mas usuales eran de tres piés, Cayo Manlío llevó del Asia Menor el uso de las redondas de un solo pié *(monopodium)* á veces se las hacìa en forma de luna adaptándoles un sofá de igual forma *(stibadium)* eran muy bajas porque se comía recostado; los lechos para comer eran tan altos ó mas que las mesas, cada uno podía contener tres convidados, las mujeres á veces comían sentadas. Las sillas eran mas variadas y bonitas que cómodas, en las de las señoras se ponían cogines y bordados. Las sillas curules ó adornadas de marfil eran el distintivo de los principales magistrados, el *bisellio*, asiento para dos personas, se reservaba para ciertas dignidades, se llamaban *tronos* los asientos de mayor magnificencia y el *lectisternio* era el lecho de mármol ó de bronce sobre el que se colocaban las divinidades á cuyos piés se ponían á menudo escabeles.

---

(1) Las leyes romanas prohibían el tránsito de coches por la ciudad á no ser en los casos de triunfos ó de ceremonias religiosas por eso se generalizó el uso de las literas.

(2) Apuleyo. libr. V. cap. XIII.

(3) Tertul. De habitu. mul. cap. V.

(4) Sabido es que los romanos no conocieron el arte de azogar y que sus espejos por lo común pequeños eran de acero ó de plata pulimentada.

(5) Sénec. Epist. XCVIII.

(6) Así se infiere de este pasage de Ulpiano: "In coronis mensarum gemmæ coronis cedunt, hæ mensis.

Se hacía uso de las sillas en los carruages y en las literas. Lo dicho de las sillas puede aplicarse á las lucernas. Además de la forma tan conocida del candil romano con su asa y uno, dos y hasta tres picos *(rostrum)* esta suele exhornarse con palabras y dibujos y además del agujero para derramar el aceite suelen tener otro mas pequeño para el atizador y á veces atado un ganchito para quitar la pavesa (el apagador no se ha encontrado); se hallan otras muchas lucernas; unas de vidrio, otras de metal ya con graciosos relieves ó inscripciones, ya con figuras sobre la lámpara ó que la sostienen la forman ó la acompañan; por ejemplo la de dos mecheros que tiene encima un niño abrazado á una oca, la que representa un niño que la lleva como un incensario teniendo al lado izquierdo el atizador, la que figura un hombre sentado con un fuelle soplando hacia el agujero por donde sale la luz. Muchas de estas lámparas se sostienen en candelabros para de este modo aumentar la iluminación. Según la definición de Varrón y su propio nombre los candelabros debían servir para colocar bujías pero solo uno de los descubiertos parece servir para este objeto, viéndose por su forma que el destino de los mas era el de sostener lucernas ó braserillos de perfumes. Se hacían de barro, de mármol ó de metales adornados á veces con piedras preciosas y eran de formas muy variadas, en Pompeya se ha encontrado uno, cuyo pilar sostiene 4 lámparas y en el museo borbónico hay otro de dos brazos con un Diógenes. Tambien en Herculano y Pompeya se han encontrado linternas que tenían en lugar de cristales placas de cuerno transparente.

Mayor era el lujo que se desplegaba en las cenas, en las que se servía lo que había de mejor en el aire, en la tierra y en el agua y entre esto lo que era notable por su tamaño ó preferible por su rareza, por lo que los peces y las aves se pesaban en el mismo convite y su precio se anotaba por los escribanos en los libros como hechos dignos de memoria. Había quien tenía siempre dispuestos en los asadores seis jabalíes enteros para que estuviesen siempre á punto cuando el señor pidiese la cena, se anegaba á las truchas en las salsas ó se las ponía vivas en las mesas en vasos de cristal sin agua para verlas morir y en su agonía ponerse ya encarnadas, ya pálidas, adquiriendo entre la muerte y la vida un color dudoso con lo que los comensales recreaban la vista antes de satisfacer el paladar, se servían pavos reales, pero el arte más estimado de los cocineros consistía en disfrazar los manjares de modo que engañasen á la vista y al gusto, se presentaban huevos que parecían empollados y luego tenían becafigos dentro, había quien con un solo cerdo prepa-

raba 20 platos que parecían de carne diferente como lo refiere admirado Tito Quinto Flaminio, quien sabía dar á los rábanos la figura y el sabor de anchoas como se los sirvieron á Nicomedes rey de Bitinia (1), había quien presentando un jabalí con su gorro liberto venía á pedir perdón por haberse olvidado de abrirlo y pegándole una cuchillada en el vientre salían de él embuchados y pájaros ó palomas con campanillas. Esto en cuanto á la táctica, pero más difícil aun era la extrategia culinaria. Era necesario ordenar las viandas según el valor de cada una y de mudar la escena como en el teatro, ora presentándola marítima con las deradas y murenas, las murenas de las que se ha dicho que para que tuvieran mejor sabor se hacían alimentar con carne de esclavos, ora silvestre con faisanes y con tordos y saber graduar la comida según la dignidad de los comensales, á no ser que se tuviera por dueño á alguno que contestara al que le pidiera la lista de los convidados. "Lúculo come en casa de Lúculo.„ Por eso no es extraño que se preciaran estos maestros de conocer la pintura, la astronomía, la geometría y la medicina (2) de que alguno de los que se llamaban esfinges, por ser extranjeros se jactasen de hacer vivir á sus amos doscientos años con la delicadeza de sus manjares (3), de que formaran escuelas (4), de que uno fuera llamado el Fidias de los cocineros, á otro se comparase con los siete sabios de la Grecia y sobre todo que se obtuvieran con su arte tales provechos que uno con los residuos de la mesa de su amo comprara en dos años tres aldeas (5). Los vinos se presentaban con los nombres de los cónsules en cuyo tiempo fueron encerrados, se aromatizaban con especias y se dulcificaban con miel y fué tal la locura que se disolvían en ellos ó en vinagre perlas, como se cuenta de Cleopatra y del cómico Clodio y más adelante se mezclaron d amantes al arroz y se llamó ambrosia al asa fétida.

Rodeaban la mesa por tres de sus lados aquellos suntuosos triclinios que habían venido á sustituir á los antiguos lechos púnicos y á los archiaques propios solo de la gente de mediana ó pobre condición, y los que se construían ahora eran de las ma-

(1) T. Livio. Dec. de la Hist. Rom. Libr. IV. Cap. XIII.
(2) Ateneo. Libr. IX. Pág. 450.
(3) Plaut. Aulul. IV, XVII. Aún quitada la exageración de lo cómico queda la naturaleza de la pretension.
(4) Se citan discípulos del seciliano Lábdaco, de Moschione, del siracusano Míteco (el Fidias de los cocineros) y adquirieron también gran fama Sofon de Acarnania, Damosseno de Rodas, Agis, Nereo, Caciades, Lampria, Aftoneto, Eutimo y otros.
(5) Moschione.

deras más preciosas, incrustradas de marfil, de plata, oro y pedrerías con colchoncillos de púrpura bordada de oro y de colores, con almohadones ó atravesaños de las mismas materias, exigiendo la moda que se cambiasen segun las estaciones (1) y eran las mesas, no de madera de limonero, sino de marfil ó de concha, con oro y pedrerías; sobre ellas después de lavadas con aguas arómáticas se ponían servilletas, porque los romanos no conocían los manteles. El anfitrión daba á los convidados vestidos destinados para comer y una corona de flores ó de hiedra que se suponía preservativo de la embriaguez, *corona convivalis*, otras semejantes se ponían á las estátuas de los dioses, á las ánforas y crãteras y sobre la puerta de la habitación. La mesa se cubría regularmente dos veces (llegó á cubrirse hasta 7). La *prima mensa* llamada también *gustatio* se componía de huevos frescos, fiambres, lechugas, ostras, aceitunas y otros aperitivos, no bebiéndose vino, sino agua miel. La *secunda mensa* que se denominaba también *caput cœnæ* se componía de cosas más sólidas y se escanciaban vinos. A la primera libación se elegía el rey de la cena *(Arbiter bibendi, Rex ó Magister convivii)* por la suerte de los dados, este determinaba el orden de la cena y las veces que se había de beber. Antes de comenzar la comida se repartía la lista de los manjares para que cada uno reservase su gana para el de su gusto; jóvenes y hermosos esclavos de ambos sexos que refrescaban el aire con ligeros abanicos, trinchaban, presentaban las tazas con gentil desenvoltura ó llenaban unos palanganas de plata para que los comensales se lavasen las manos á cada servicio y los otros presentaban un paño de púrpura ó sus cabelleras sueltas y perfumadas para que se las secasen, pues entre los romanos era de mal tono enjugárselas en lienzos. Las amenizaban las arpistas del Asia, las bailarinas gaditanas, la presentación de enanos que para que no crecieran se encerraban en cajas cuando pequeños y como Conopa el de Augusto tenían dos palmos y medio de altura, de polífagos capaces, como el Fagon de Jubenal, de comerse un

(1) El uso de comer acostado no se introdujo hasta la segunda guerra púnica, importándolo Escipión de Cartago. Estos primeros lechos púnicos eran de madera común, cubierta de zaleas; un carpintero llamado Arquias los perfeccionó y después se hicieron magníficos. Como ocupaban tres lados de la mesa, para dejar el cuarto libre para el servicio, se llamaron triclinios, ellos, la mesa y la habitación, en las más grandes se recostaban cuatro personas, en las más pequeñas dos, tenían algún declive hacia el borde de la mesa. No comian acostados ni los jóvenes que no habían vestido la toga viril, ni las mujeres, hasta el tiempo de los Césares. La costumbre de comer acostado, nació de comer después del baño.

jabalí, un carnero, un lechón y cien panes de una sentada (1), representaciones dramáticas casi siempre obscenas y hasta combates de gladiadores. De pronto se abrían el techo del triclinio, compuesto de tablillas movibles de madera ó de marfil y caía sobre los comensales una lluvia de esencias ó de flores, ó saltaba sobre una cuerda un titiritero. A los postres se servían frutas crudas, cocidas, confitadas ó encurtidas, sobre todo uvas, que sabían conservar frescas todo el año y pastas (2) y dulces (*dulciaria*, *belliaria*). Las comidas terminaban como comenzaban, con libaciones que consistían en derramar un poco de vino sobre la mesa. También se solían hacer regalos á los convidados. Polilla de los convites eran las sombras (3) que acompañaban al dueño de la casa ó á los invitados y que agotaban su ingenio en alabanzas del que por ellas sacaba su vientre de mal año ó en sátiras contra sus enemigos.

El trage de los romanos era la toga, vestidura sin mangas que envolvía todo el cuerpo y que para accionar se recogía sobre el brazo, en la guerra se le sustituía el *paludamentum* ó el *sagum* que se ajustaba á la cintura, se llamaba *pretexta* cuando tenía franjas de púrpura estrechas en el borde y era el vestido de los jóvenes nobles hasta los 17 años y con franjas más anchas el de ciertas dignidades; se llamaba *lacticlaria* la banda con botón de púrpura ó de oro que usaban los senadores y *angusticlaria* la de los caballeros por ser más estrecha. También usaban la clámide á manera de toga ó manto que se sujetaba al hombro derecho por medio de un broche y se levantaba para que el brazo derecho quedase enteramente libre. Bajo ella se ponian la túnica, vestido que llegaba hasta la rodilla, con mangas anchas y cortas hasta el codo, solían llevar otra encima que se llamaba *estola*. También las mujeres usaron un tiempo la toga encima de la túnica, pero luego la sustituyó el *amiculum* ó estola. También usaban el *pèplo* más fino que la clámide y parecido al moderno chal; solían ponérselo sobre la cabeza á modo de cendal, cubriéndole todo el brazo; las mujeres de alta esfera lo usaban largo y arrastrando sujeto con un broche, se bordaban en los *pèplos* historias y símbolos; los trabajadores se cubrían con el *hexòmide* que dejaba descubierto parte del lado derecho y parte de los muslos. Los romanos usaban diferentes

(1) Es lo curioso que esta exageración del satírico la ha tomado á la letra Vopisco. (Aurel. C. 13.)

(2) En Pompeya se han encontrado los moldes con que se hacían estas pastas.

(3) Cada convidado podía llevar un compañero.

especies de calzados, según su categoría, el más ordinario consistía en una suela atada con cintas al rededor de la pierna, el *mulleus* era una especie de borceguí ó coturno de color de púrpura que llevaban los hijos de los senadores. En los viajes se ponían como los griegos, un sombrero de copa baja y alas redondas, parecido al de Mercurio.

El matrimonio se contraía entre los romanos *per confarreationem*, *per coœmptionem* y *per usum*. El primero, el matrimonio religioso y patricio exigía la presencia de 10 testigos y fórmulas y ceremonias particulares, entre ellas la de comer los esposos durante el sacrificio un pan de trigo *panis farreus* de donde recibió el nombre; no podía disolverse sino por una ceremónia inversa que se llamaba *disfarreatio*. En el segundo el marido y la mujer se compraban simbólicamente uno á otro mediante la entrega de una pequeña moneda, preguntando al mismo tiempo el varón á la mujer *an mater familias esse vellet*, contestando ésta *se velle* y haciendo al hombre la misma pregunta invertida, que había de obtener la misma contestación; el tercero llamado también *per cohabitationem* se constituía por el hecho de haber vivido maritalmente en la casa de un hombre una mujer libre sin haber estado ausente tres noches seguidas. A las que habían contraido el matrimonio en las dos primeras formas se la llamaba *justa uxor*, *mater familias* á la que lo hacía según la tercera *uxor* solamente.

La petición de la novia se hacía solo al padre, cuando los de los dos contrayentes se habían puesto de acuerdo acerca de la dote, se pedía el consentimiento de los futuros cónyuges, las capitulaciones matrimoniales se extendían en un registro público que cada uno sellaba con su anillo (1). Siempre se tenía la precaución de hacerlo en un dia que no estuviera nublado por que se suponía de mal agüero; terminada la ceremonia, el esposo entregaba á la esposa las arras, que consistían en algunas monedas de oro y plata y poco después le enviaba un anillo de hierro, algunas veces guarnecido de una piedra de imán, (*pronubum*) que la novia se ponía en el segundo dedo de la mano izquierda. Se consultaban los auspicios haciendo sacrificios en que se quitaba la hiel á los víctimas, al Cielo y á la Tierra (los primeros esposos) á Juno (diosa tutelar del matrimonio) y á las demás divinidades que se querían tener propicias. No se podía contraer matrimonio en los días nefastos, ni en los de fiestas públicas, ni en las calendas, nonas é idus, ni en todo el mes de Ma-

(1) Los romanos ponían sus sellos en los contratos como nosotros la firma.

yo. El día de la boda se peinaba á la novia, dividiendo su cabello con una lanza (1) en seis trenzas como las vestales, la adornaban con una corona de verbena cogida por ella misma y la ponían un ceñidor con un nudo *nudus herculeus* que solo su marido podía desatar, invocando á Juno, cuando iban á meterse en el lecho, se la vestía con una ropa flotante y sobre la corona se le ponía un velo de púrpura ó de color de azafrán *(flameum)* á veces guarnecido de brillantes; un vestido del mismo color y un calzado alto. En el momento de salir de la casa paterna, la esposa se arrojaba en brazos de su madre ó de la parienta más cercana de donde tenía que arrancarla el marido con fingida violencia y era conducida de la mano por dos jóvenes que tuviesen sus padres vivos, vestidos con la pretexta *paraninfos ó pronubi*; otro como ellos iba delante con la antorcha del Himeneo que era de espino; detrás de la novia iba una mujer con una rueca y un huso revestido de lana y otras con cestas ó canastillos en que se llevaban sus joyas, su tocador y juguetes para los niños que habían de nacer. Cuando la comitiva llegaba á la puerta del marido, éste preguntaba á su mujer quién era ella, á lo que contestaba *Ubi tu Caius ibi ego Caia.* La puerta de la casa estaba adornada por la mano misma del esposo, con flores y cintas, entre las que se ponían tiras de lana mojadas en aceite ó untadas con grasa de lobo ó manteca de puerco para evitar los maleficios. Unas mujeres pasaban en brazos á la novia por cima del umbral (pues era considerado mal augurio el que lo tocase con el pie estando consagrado á los penates y á Vesta) y la rociaban con agua lustral. Ya dentro de la casa se le entregaban las llaves y se le hacía sentar sobre un vellón y los dos esposos tocaban el agua y el fuego. Todas estas ceremonias, lo mismo que la comida de bodas que las seguía, iban acompañadas de cantos á Thalasius y después á Himeneo (2). Acabada la cena, las mujeres llamadas *pronubæ* conducían á la desposada á la cámara nupcial y la metían en el lecho, llamado genial, por estar consagrado al genio del marido; este lecho era armado y arreglado por la nueva esposa en una pieza situada á la entrada de la casa, en la que estaban colocados los retratos de los ascendientes del marido y se miraba con tanto respeto que el viudo no podía servirse de él si contraía segundas nupcias y si

(1) Á esta lanza se la denominaba *hasta celibaris.*

(2) Estos cantos consistieron al principio en la invocación á Thalasius numen de las bodas, los versos que se cantaron luego fueron los *fesceninos*, llenos de groserías y obscenidades, hasta que Catulo, tomando por modelo á Safo sustituyó la invocación a Thalasio con la de Himeneo perfeccionando los epitalámicos.

era la viuda, no solo se quitaba de la cámara nupcial, sino también los otros muebles y hasta la puerta, para evitar los malos presagios que anunciaron la muerte del difunto. Los parientes hacían regalos la víspera, el día de las bodas y el siguiente; en el último el marido daba á sus parientes y amigos una gran comida, llamada *repotia*, durante la que la recien casada recostada en el mismo triclinio que aquel se permitía conversaciones libres hasta el extremo que la frase *palabras de recien casada*, ha pasado en proverbio para indicar una conversación licenciosa. Al siguiente día de terminadas las bodas se hacían sacrificios á Júpiter, á Venus y á los dioses domésticos.

No se podía contraer matrimonio legal, sino entre ciudadanos romanos libres y púberes; la ley Popeena prohibía á los senadores, sus hijos y sus nietos casarse con libertinas, actrices ó hijas de los actores. El matrimonio celebrado entre peregrinos, no se llamaba *nupcias* (1), sino *matrimonium* y las uniones entre esclavos *contubernium*.

Por las *juxtas nuptias* salía la mujer de la *patria potestas* y entraba *in manum marìti* siendo reputada como hija en la nueva familia y hermana de sus hijos. Y nótese que todo el derecho quiritario se funda en el poder: en el del padre sobre los hijos *potestas*, en el del marido sobre la mujer *manus*, en el del señor sobre el esclavo *mancipium*. La finalidad del matrimonio romano era mantener la certeza de la filiación que estaba ligada á altos intereses religiosos, políticos y sociales y era la base en que descansaba toda la economía de la sociedad romana; Catón decía, si pudiéramos tener hijos sin nuestras mujeres, los dioses nos habrían hecho un gran don, mas como no podemos tenerlos de otro modo, hay que sufrir esta incomodidad. De aquí la severidad de las leyes respecto á las casadas; pero esta severidad produjo á la larga resultados contraproducentes. Recluida la matrona dentro de la casa y ocupada su vida en los trabajos domésticos, fué más bien el ama de llaves que la compañera del marido y no pudo competir con la emancipada, que no teniendo aquella dignidad que conservar era más libre, más culta y podía usar trajes y modales más incitantes y provocativos. De aquí el libertinaje llamado así de las libertinas y el alejamiento de los hombres del matrimonio que en vano quisieron

(1) El nombre *nuptiæ* viene de *nubere* ir velada por la costumbre romana de que las jóvones casaderas llevasen un velo en la cabeza ó quizá mejor del *flameum* que se ponían en las ceremonias nupciales, de aquí las palabras *nùbiles y nobia*. En los primeros siglos de Roma, se ponían sobre la cabeza de la desposada un yugo, de aquí la palabra *conjugium*, de donde se ha derivado la de cónyuges que empleamos todavía.

combatir las leyes, como si las relaciones jurídicas pudieran cambiar por la sola voluntad de los imperantes. Este mal, trajo consigo otro mayor, la matrona abandonada disputó á la libertina su infame posición, disfrazada como ella salía por las noches, sin el cortejo que la servía y que la guardaba á quitarle los amantes y depuesto todo pudor se hacía inscribir por los ediles en las listas de las meretrices para evitarse la pena de las adúlteras. El odio multiplicó los envenenamientos, la facilidad del divorcio, hizo que contaran los maridos por consulados y la abundancia de ricos célibes hizo nacer la repugnante industria de los cazadores de herencias.

No bastaba en Roma ser hombre para que se reconociera su personalidad, para ser persona era preciso tener un estado. Por el estado los hombres eran libres ó siervos, los libres eran ó ingenuos ó libertinos, hijos de padre y madre libres, ó emancipados. Se emancipaba por los modos solemnes y públicos de la vindicta y del testamento ó privadamente *inter amicos*, la emancipación obtenida por este segundo modo era revocable. El período de los Césares que acabamos de historiar, es el período de los libertinos, mientras los emperadores persiguen á los patricios y no se fían demasiado de los plebeyos, los libertinos, sus hechuras, ocupan los más altos puestos que es ley fundada en la naturaleza misma de la voluntad arbitraria que el déspota sea el servidor de sus propios criados.

Los libres se dividían en personas *sui juris vel alieni juris subjectæ*; no se salía de la patria potestad por la edad, por el matrimonio ni por las dignidades, sino solo por la muerte del padre, solo entonces se adquiría la consideración de padre de familia; la mujer puede decirse que no salía nunca, porque cuando salía de la potestad del padre y de la *manu mariti* entraba en la tutela de los agnados, pero ya habían sabido arreglársela tan bien que estos tutores eran los que de hecho estaban bajo la tutela de sus pupilas.

Al principio, los romanos daban nombre á sus hijos en el momento de nacer, pero después se esperó para ponérselo al día de la lustración ó purificación, que era para las hembras el octavo y para los varones el noveno de su nacimiento. Llevaban tres nombres por lo menos el *prænomem* (1) ó nombre indivi-

(1) No pasaban de 30 los prenomenes usados por los romanos y de éstos, 18 eran tan comunes que se escribían siempre abreviados, y aún de estos 8 que por comunísimos se abreviaban con una sola letra, como C. Cayus; T. Tiberius.

dual, el *nomen* (1) ó nombre de la *gens* y el *cognomen* (2) ó nombre de la rama de la *gens* ó de la familia. Además solían usarse el *agnomen* que era el recuerdo de una acción muy célebre ó la señal de la adopción (3). Las mujeres llevaban *prænomen* raras veces, se las nombraba generalmente con el de la *gens*, como *Valeria*, con el de la familia, como *Mesalina* ó con el de las dos, como *Cecilia Metela*, algunas veces se les añadía la terminación *illa* para distinguirlas en la familia de otra, de la madre, la tía ó la suegra, como *Livilla* de *Livia*, las hermanas solían distinguirse con los adjetivos *mayor* ó *minor*, y si eran más de dos, con los numerales *prima, secunda* etc. En las familias solían repetirse el mismo prenomen, especialmente si era el de un indivíduo esclarecido, como Apio, que se ponía siempre á los hijos mayores de las familias de la *gens* Claudia, Numerio en la Fabia (4).

La vida romana era una vida esencialmente pública, que se pasaba en los templos, escuchando á los clientes, en los comicios, en el foro, en los espectáculos y en las termas, pero ya los elegantes comenzaban á fastidiarse de ocuparse en los negocios de interés común. He aquí el retrato que de uno de ellos hacía C. Ticio, orador y poeta trágico á quien Cicerón elogia mucho: "Está jugando á los dados, perfumado con un cuidado exquisito y rodeado de mujeres mundanas. Cuando llega la hora décima, llama á un esclavo y le envía á que pregunte que es lo que ha sucedido en el Foro, quién ha hablado en pró y quién en contra de la moción, cuantas tribus la votaron y cuantas la han rechazado. Entonces vá al comicio para no contravenir las disposiciones vigentes. Por el camino no hay en los rincones de las callejuelas, mingitoria que no llene, tan repleta de vino lleva la vejiga. Lleva por fin regruñendo y dice: ¡vamos espóngaseme la causa! Hablan los litigantes y el juez interroga á los testigos. Mientras estos declaran; él se sale á orinar. Vuelve luego diciendo, que se ha enterado perfectamente: pide los autos; apenas si el vino le permite abrir los ojos!

---

(1) Todos terminaban en *ius*, como Marcius, menos el de Cecina.

(2) Terminaban en *us*, en *o, c,* en *ex,* pero nunca en *ius*, como Cicero, Lentulus, Augur y Judex.

(3) En el primer caso terminaban en *anus* ó en *a*, como *Africanus, Asiaticus, Corolianus, Mesala;* en el segundo en *ianus*, unida á la del nombre antiguo, como *Æmilianus, Mucianus*. También solía servir para distinguir las ramas de una familia muy numerosa y se colocaba simplemente después del *cognomen* sin especial terminación.

(4) Por haber exigido Numerio Otacilio al dar su hija á uno de los Fábios que el hijo mayor llevase su nombre.

Por último, cuando vá á votar pronuncia este magnífico discurso: ¿Qué he de hacer yo con todas esas majaderías? ¿Cuanto más no vale irnos á echar un trago del meloso vino de Grecia, y á comernos unos tordos y un buen pescado, un buen *lupum germanum de entre los dos puentes*?„ (1)

La antigua piedad inconscia, pero sincera que admiraba á los Etolios cuando veían durante la batalla al general romano orar y ofrecer sacrificios, se había trocado para las clases ilustradas en un medio político (2) y para los sacerdotes en un medio de vivir. Sin raices en la conciencia, donde había penetrado la incredulidad griega con el evemerismo, multiplicaba las devociones y las minucias del culto; se estableció como regla que solo agrada á los dioses el sacrificio en que nada se omite y todo se observa puntualmente y como era tan cómodo al delincuente ganarse el favor de las divinidades celestes con dones, como en la tierra se ganaba el favor de los poderosos, se enriquecieron los templos y se multiplicaron las pompas religiosas.

El ciudadano se pasaba las primeras horas de la mañana visitando dioses porque cada uno tenía su especialidad, á reserva de pasarse lo restante de la jornada como si no los hubiera; los más por el bien parecer, los menos por convicción. "Y además, dice una mujer á su marido (3) en el *Miles Gloriosus*„ necésito, sabes tú, dar algo para las quincuatrias, pagar á la maga, á la adivina, á la que explica los sueños y á la arúspice. ¡Que vergüenza cuando no se les dá nada! ¡Que ojos echan! En fin nada me queda que dar á la expiadora!„ Aparte de los enormes gastos que ocasionaba al Estado la devoción era una carga bastante pesada aun para los particulares; era costumbre bastante generalizada ofrecer á los dioses el diezmo de los bienes, el culto oriental de Cibeles había introducido las colectas *(stipem cogere)* que se hacían anualmente de casa en casa é hipotecando la vida á la muerte la frase "*heredad sin cargas*„ fué un proverbio equivalente al nuestro de *rosa sin espinas*.

---

(1) T. Mommsen. Hist. de Roma. La Revolución. Cap. XI. El *lupus* pescado entre los dos puentes del Tiber, era muy nombrado, porque se alimentaba con las inmundicias del río.

(2) Ya Polibio llamaba la atención de sus conciudadanos acerca de la utilidad política del temor á los dioses, porque "el Estado no se compone solo de gentes ilustradas y las ceremonias del culto producen buen efecto en las muchedumbres.„

(3) I., 18. Poniendo los gastos de la devoción entre los de la cocina. Dado el carácter popular del teatro de Pláuto, se muestra que ésta necesidad del buen parecer no era exclusiva de las clases superiores.

Las ritos del culto público eran suntuosísimos: se inmolaban á Júpiter bueyes, á Neptuno toros, á Latona vacas, á Baco jabalíes, á Ceres cochinas y en general á los dioses celestes víctimas blancas, y negras á los infernales, á las primeras se les levantaba la cabeza y se las hería de arriba á abajo, los sacerdotes iban vestidos de blanco y era preciso lavarse y hacer libaciones con las palmas de la mano vueltas hacia arriba, á las segundas se les hacía bajar la cabeza, se las hería de abajo á arriba y se derramaba su sangre sobre una fosa y no sobre el altar, los sacerdotes se vestian de negro, se arrojaba al fuego la taza que había servido en las libaciones y se rogaba con las palmas de la mano mirando al suelo, que se golpeaba con el pié. Si el animal huía del altar se tenía por mal agüero. Una vez muerto, si el sacrificio era holocausto se quemaba todo, sino se dividía en pedazos que se distribuía entre los sacerdotes y los que lo habían ofrecido. Los arúspices consultaban las entrañas y especialmente el hígado; dividíase este en dos partes, que se llamaban *familiaris* y *hostilis*, porque de aquella se sacaban los pronósticos de los que ofrecían el sacrificio y de ésta los de sus enemigos. Terminado el acto, el sacerdote hacía nuevas preces y libaciones y despedía á los concurrentes diciéndoles: *ilicet* (podeis marchaos): en seguida se celebraba el banquete, del que se distribuía una porción al pueblo. Era costumbre al entrar en el templo arrodillarse en el umbral, besarlo, arrastrarse en el interior y subir las escaleras de rodillas, se rogaba con la cabeza cubierta, repitiendo las palabras que el sacerdote profería, se andaba de izquierda á derecha, se tocaban las rodillas de las divinidades y se ponía la mano en su boca *ad os* y de aquí *adorare*. Se ponían *exvotos* en los templos; los guerreros consagraban sus armas á Marte, los gladiadores sus espadas á Hércules, los poetas á Apolo mechones de cabellos, los marinos salvados de un naufragio á Neptuno los vestidos y los que habían obtenido milagros tablillas donde se pintaba el hecho, brazos, corazones, niños, llevando las inscripciones las abreviaturas E. V. (Ex Voto) ó V. P. (Votum possuit (1).

(1) Entre los objetos de culto se han encontrado al natural ó representados en los monumentos; el *lituo* bastón encorvado por la parte superior con que los arúspices señalaban la parte del cielo de que debían sacarse los augurios, el aspersorio formado de crines de caballo ó de hojas y los cubos para el agua lustral, á las puertas de los templos había también pilas con agua bendita, la *Secespita*, cuchillo con que se degollaba y desollaba la víctima la pequeña maza con que se la atontaba y la segur con que se la dividía; el *perifículo*, vaso de una sola asa; la *pátera*, vasija con el pié muy ancho que servía para las libaciones; la *acerra*, cajita para los inciensos y las *aras*. El pontífice máximo y el flamen se cubrían la cabeza con el *ápice* ó galero sacerdotal.

Entre las ceremonias del culto deben contarse los juegos circenses, que tuvieron siempre un significado religioso. Comenzaban con la *pompa circensis*, procesión en torno de la *spina*, compuesta de todos los que debían tomar parte en los juegos y de las vestales, augures, cónsules, sacerdotes, magistrados y mancebos nobles con las efigies de los dioses y de los emperadores, tirados por mulos, elefantes, camellos y leones; después se hacían los sacrificios, y dada la señal, se abrían las cárceles y los aurigas se lanzaban con sus bigas, trigas ó cuadrigas, vestidos con el color de cada facción (1) se daban siete vueltas y el que en la última tocaba la meta, conseguía aquella palma con la que, según Horacio, se creía igual á los inmortales. Luego venían las carreras á pie, la lucha, los atletas y hasta se dieron espectáculos de caza. Los mejores caballos eran los que se llevaban de España, y cada uno tenía su nombre y llevaba un penacho con el color de la facción. A los aurigas les estada prohibido beber. En los mismos circos se dieron también *naumaquias* ó combates navales en que se prodigaba la sangre humana, como en una batalla verdadera. Los tripulantes eran esclavos ó criminales, á quienes perdonaba el emperador, y se dividían en bandos de Persas y Griegos, Tirios y Egipcios, etc. Para una de ellas reunió Domiciano casi tantas naves como tenía la escuadra imperial. Los combates de gladiadores, que por lo común se daban en los anfiteatros, lo mismo que los de los hombres con las fieras, se introdujeron en Roma (2) á pesar de la repugnancia de los mejores y de las prohibiciones del Senado. P. Sempronio Sofus se divorció de su mujer por haber asistido á unos juegos fúnebres, el Senado hizo votar una ley prohibiendo traer á Roma béstias extranjeras, y procuró excluir los combates de gladiadores de los espectáculos públicos, pero continuaron en las solemnidades funerarias y el pueblo no tardó en hacer de ellos su diversión favorita; en el triunfo de Trajano combatieron más de 10.000 gladiadores. Los más de estos eran extranjeros, esclavos ó condenados, los que lo eran *ad gladium* servían toda su vida, si *ad ludum* podían quedar libres á los tres años. Se les encerraba en ergástulos mejores que los de los esclavos útiles, se les alimentaba bien, se les hacía prestar un juramento que nos ha conservado Petronio y tenían

(1) Generalmente la carrera era de cuatro carros; las hay representadas de ocho.

(2) La primera vez que combatieron los gladiadores en Roma, fué en tiempo de los cónsules Marco y Décimo Bruto, el año 264 a. Jc. en el Foro Boario.

escuelas en que se ejercitaban bajo la direccion de un maestro, con espadas de madera *(rudes)*. Los había de diferentes clases. Al salir aquellos hombres robustos, en la flor de su juventud, para ofrecer con una muerte innecesaria un espectáculo divertido para aquel pueblo cruel, pronunciaban el conocido *Cæsar, morituri te salutant*, saludo que mostraba que en aquella sociedad la adulación al poder injusto no cesaba ni con la espectativa de la muerte; seguían los combates en conjunto y los singulares en que es digno de mención el del reciario, armado con una red y un pequeño tridente, contra otro gladiador armado de espada que procuraba herirlo, mientras que el otro se defendía con el tridente y trataba de envolverlo con la red. El derramamiento de sangre humana excitaba á aquel público hasta el delirio; hombres y mujeres aplaudían los mejores golpes, se insultaba á los perezosos, se estimulaba al combate á los cobardes hasta con un hierro ardiendo, había quien se acercaba á los moribundos y bebía su sangre (1) ó introducía la mano en las entrañas del caído y las arrancaba para mostrar al público que estaba bien muerto, y cuando el gladiador vencido demandaba piedad, la piadosa vestal *(pollici verso)* (2) le hacía perder su última esperanza, y entre el dolor de las heridas y las sombras del miedo, veía abanzar la fatídica máscara de la media luna que venía á rematarlo.

Además de otros grandes juegos, menos inhumanos, introducidos de la Grecia, los romanos conocieron muchos domésticos que se han transmitido hasta nosotros, como el de la pelota, (3) los dados, (4) el trompo, el de peonza, (5) el de cara y cruz llamado *caput aut navis*, el de pares y nones, el de la gallina ciega *(mynda)*, el de la barra *(ostrachynda)*, etc.

Casi se tocaba el ideal de la ociosidad; todo vago tenía en que ocupar el tiempo: "¿Buscais un perjuro?—dice Plauto—pues id á los comicios; ¿un embustero ó un fanfarrón? al templo de Cluacina. (6) Los maridos pródigos ó borrachos van á la Basílica: allí encontrareis á los cortesanos ya jubilados y á los nego-

(1) Plin., Libr. LXXXVIII.

(2) Los antiguos, para aprobar ó conceder, juntaban el pulgar al índice, y para negar ó condenar, lo separaban.

(3) Se ejercitaba en todas las edades, especialmente antes del baño, y se levantaron estátuas á pelotaris famosos.

(4) Eran dos ó tres y se tiraban con el *frítillo* (cajita cuadrada ó cilíndrica de madera, cuerno ó marfil) sobre el *alveo* (tablero). La tirada más feliz era la que se llamaba *venus* ó *basilicus* (la en que todos eran seises) y se llamaba *canis* ó *asinus* (la en que todos eran ases.)

(5) Parecido al de nuestra trompa ó trompo al que se da cuerda.

(6) En el Foro, á la entrada de la vía Sacra.

ciantes. Debajo del Foro se pasean los notables y los ricos. A lo largo del aroyo los matamoros. (1) Más arriba del lago los parlanchines, etc.„ Las tiendas eran también, como entre nosotros, reunión de desocupados. ¿Quién trabajaba, pues? Precisamente los que no tenían ningún derecho, los esclavos. Todas las grandes obras se hacían por contratas; el acueducto de Mario fué construido por 3,000 dueños de esclavos, cada uno con su rebaño *(grex);* había esclavos arquitectos; verdad es que había gremios de los diferentes oficios *(collegia)*, pero ya hemos visto, por las disposiciones imperiales, que no sólo sus trabajadores eran esclavos, sino que se metía entre ellos al extranjero, al que lograban coger; la industria no era más que una forma de la aplicación del capital; por eso prefería el trabajo hecho, se procuraba coleccionar las hermosas obras de los pueblos conquistados, especialmente de la Grecia y del Egipto; la industria romana es una industria puramente pasiva; el comercio asimismo era siervo de los intereses usurarios del capital; una oligarquía económica lo mismo que una oligarquía política dominaba el mundo romano.

Hemos visto al ciudadano en la vida, veámoslo ahora en la muerte. En el momento de morir el enfermo, lo besaba en la boca su pariente más próximo y cerraba enseguida sus ojos y sus labios, pero no le quitaba el anillo hasta que se le iba á llevar á la pira ó al sepulcro; un relieve (2) nos indica que también se les velaba; solía llamársele varias veces para ver si estaba sólo aletargado *(conclamatio),* después se inscribía al difunto en el registro de los *libitidinarios*. Estos formaban un colegio que se encargaba de las operaciones de vestirlo, ungirlo, sacudirle las moscas é impedir que los ladrones le robasen la ropa ó que los acreedores se apoderasen de él para obligar á sus parientes á pagar sus deudas, privándole entre tanto de sepultura. Los *vespillones*, siervos de los *libitidinarios*, conducían al muerto sin ruido si era pobre; pero si era rico se hacían los funerales con mucha pompa. Un heraldo público invitaba á todos los ciudadanos diciendo: "este Quirite ha muerto; que todo el que pueda venga á acompañarlo.„ Abrían el cortejo las plañideras, los músicos, los bailarines y mímicos (3), llevando uno de estos últimos *(archiminus)* el vestido y la máscara del difunto, pro-

(1) De aquí *canalicola*, de donde se hace derivar canalla.

(2) Conservado por Montfucon; representa una joven vestida y calzada tendida en su lecho, el padre á su cabecera, la madre á los pies, ambos cubierta la cabeza con sus vestidos y rodeada de los demás parientes.

(3) Præficæ, cornicines, siticines, histriones.

curando imitar sus acciones. Después seguían la procesión de las imágenes de sus antepasados *(imagenes majorum)*, llevando sus máscaras y los vestidos de su dignidad otros histriones asalariados (1) subidos en carros; el triunfador con su manto bordado de oro, el censor con su toga de púrpura, el cónsul con su toga de anchas franjas, llevando delante sus lictores; detrás el féretro *(lectica, feretrum capulus)* (2) cubierto de pesados tapices de púrpura ó bordados de oro y ricas mortajas sobre las que reposaba el cadáver vestido igualmente con todas las insignias de su cargo; á su lado se llevaban las armaduras de los enemigos que había muerto y las coronas de honor que había ganado. Cerraba la comitiva el duelo, formado por sus parientes vestidos de negro y sin adornos, los hijos con la cabeza cubierta, las hijas sin velo, los agnados y cognados, los amigos, los clientes y los emancipados. Al llegar al Foro se detenía la comitiva, colocábase el lecho mortuorio sobre un tablado, bajaban del carro los antepasados y se sentaban en las sillas curules; el hijo ó pariente más próximo subía á la tribuna rostral, enumeraba los nombres y las acciones de los antepasados del difunto y hacía ante el concurso el elogio de éste *(laudatio funebria)*. En los primeros tiempos de Roma se enterraban los cadáveres, pero antes de la ley de las XII Tablas se había ya introducido el uso de la cremación, pues en la citada ley se mencionan ambos procedimientos; parece que había diferentes costumbres en las familias patricias, pues sabemos que el dictador Sila fué el primero de la suya que se hizo quemar; al echar el cadáver en la pira que, según la ley decenviral, no debía adornarse *(Rogum ascia ne poleito)*, se le envolvía en una sábana de amianto para conservar las cenizas y los huesos que resistían la acción del fuego en una urna, después se celebraba el banquete fúnebre y se depositaban las cenizas ó el cuerpo en la sepultura. Se usaba el colocar lámparas encendidas en los sepulcros (3). Esta costumbre y los fenómenos de fosforecencia dió

(1) Todos los que habían desempeñado algún alto cargo desde la Edilidad curul, tenían en sus casas las máscaras de cera colocadas en armarios á lo largo de los muros del átrio.

(2) El féretro de fero llevar era la *lectica* y la *sandapilla* dos géneros de camillas, la *capula* una especie de féretro; de él se llama á los viejos *senes capulares*, y á los condenados á muerte *capulares rei*.

(3) Lo prueba esta inscripción de Salerno referida por Pitisco:

HABE SEPTIMA SIT TIBI
TERRA LEVIS QVISQVE
HUIC TUMVLO POSUIT
ARDENTEM LVCERNAM
ILLIUS CINIERES AUREA
TERRA TEGAT

origen á la opinión sostenida aun por personas científicas de las lámparas *perpetuas*, que ardían sin extinguirse; también ha caido en el merecido descrédito la que hace llamar todavía *lacrimatorios* á unos botecitos de vidrio que probablemente contenían aromas ó bálsamos. Con el difunto se sepultaban armas, vasos, adornos y en los de los niños juguetes. Algunos de los epitafios son conmovedores, como este de una niña de un año y ocho meses:

Quisquis legis titulum; sentis quam vixerim parvum:
Hoc peto nunc dicas: sit tibi terra levis (1)

Otros hacen alarde de descrecimiento como el de un niño de ocho años y medio en cuya boca se pone: Nil fuí, nil sum, et tu qui vivis, es, bibe, lude veni (2).'

Con razón ha cantado Horacio: (3).

"Græcia capta ferum victorem cepit, et artes
intulit agreste Latio

pero con razón tambien ha escrito Mommsen: La civilización griega no se llamaba ni era en realidad, civilización helénica sino *humanitaria* y *cosmopolita* (4). En los pueblos antiguos predomina un fin que tiende á hacerse universal y Grecia es el pueblo del arte. Pero si es verdad, desde que en Roma se sienten las influencias helénicas, no se reciben como las de un pueblo sobre otro pueblo, sino como la de la ciencia y la del arte mismos ante los que no se depone solo la antigua ignorancia, sino la propia personalidad nacional, lo es más que nunca en el siglo de oro de la Literatura Latina en el ponderado siglo de Augusto.

Ya ha cesado aquella enemiga que hacía aconsejar á su hijo al viejo Catón: "El día en que nos entreguemos al cultivo de las artes se ha perdido todo. Peor será aun que dé en la manía de enviarnos sus médicos. Ellos han jurado no dejar un bárbaro vivo, valiéndose de sus medicinas y ésto es lo que hacen pidiendo salario para que nos fiemos de ellos„. Ya en la obra de Varrón el programa de los estudios comprende la Gramática, la Dialéctica, la Retórica, la Geometría, la Astronomía, la Músiica, la Medicina y la Arquitectura. Las siete primeras constituyen los célebres *trivio* y *cuadrivio* ó las *Siete Artes Liberales* que se perpetuaron en los estudios de la Edad Media. Mientras

(1) Hübner, corpus Inscrip. 235 de Sevilla.
(2) Id. Id. 1434 de Tolox.
(3) Epist. II. 1, 156.
(4) 4. Mommsen. Hist. de Rom. Libr. 11. cap. XIII.

que en la época anterior la cultura literaria no era mas que tolerada, César concede el derecho de ciudadanía ó todos los maestros de artes liberales y á todos los médicos de Roma y funda una biblioteca griega y latina cuya dirección encomienda á Varrón. La lucha literaria presenta la misma face que la política, el espíritu nacional cuyos últimos grandes representantes son en la poesía y en la prosa Catulo y Varrón cede en la lengua y en la literatura al cosmopolitismo alejandrino (1). En Alejandría se ha formado de todos los dialectos helénicos una lengua griega que no se ha hablado nunca, el *aticismo*, y se han hecho clasificaciones de los autores que se presentaban como modelos, atendiendo cuidadosamente á lo exquisito de la forma y desdeñando el espíritu, es la literatura griega en lo que tenía de formalmente universal. Era la literatura que correspondía al entónces actual estado político de Roma y el estado de sus cultivadores hizo que no tardara en ser importada. Extinguidas las dinastías de Pérgamo, de Cirene, de Bitínia y de Siria y eclipsado el explendor de la corte de los Lágidas, los literatos si ocupación afluyen á Roma y el filósofo, el poeta y el historiador pasan á ser en las casas ricas un objeto de lujo, al lado del cocinero, del parásito y de la infame prostituta (2). La pobre condición de éstos miserables sábios hacen que se esfuercen en alagar el orgullos de sus amos, no faltando entre ellos quien para recomendarse al suyo se propusiera demostrar que Homero había sido romano (3). Pónese de moda en Roma la literatura como una nueva diversión, hacen versos hasta las mugeres y los senadores se la dan de filósofos. Encauza Augusto esta corriente para sus fines políticos y por un momento parece romanizado el helenismo como se trata de romanizar á las provincias y se produce esa literatura de imitación y de reflejo que, tomando todo lo general de la literatura griega despojada de su carácter individual, la populariza en el mundo, dejándonos modelos acabados de la forma antigua entre los elegiacos; Catulo, suave y delicado (4) Tibulo el primero de todos (5) por la deli-

(1) Entónces fué cuando se manifestó esta extraña divergencia de opiniones y tendencias: de una parte Lucrecio, el antiguo poeta franco, de otra Catulo el poeta mederno; de un lado Ciceron con su periodo cadencioso, de otro Varrón que desdeña el número y divide la frase. Mommsen. H. de Rom. Libr. V.

(2) Mommsen. Hist. de Rom. Libr. V.

(3) Aristodemo de Nisa.

(4) Cultivó tambien los géneros lírico, épico y epigramático.

(5) Es tambien el mas romano y el único que no se manchó con las adulaciones á Augusto, nueva confirmación de que con el cuidado exclusivo de la forma desaparece en las obras el espíritu nacional.

cadeza y verdad del sentimiento. Propercio, el más erudito, el de más imaginación y el de menos corazón y Ovidio el más fácil, original é incorrecto de todos los poetas del siglo de oro. (1) Entre los líricos ocupa el primer lugar el epicureo Horacio que en sus cuatro libros de odas y el Epodon imita á los griegos que viste con traje romano, siendo más original en las Sátiras y en las Epístolas de las que la *Ad Pisones* ha pasado, quizás por el exclusivo predominio del clasicismo latino en nuestra educación literaria, como el código del buen gusto. Y en la epopeya excede á todos Virgilio que en la Eneida canta, imitando á la Iliada y la Odisea, la fundación de Roma y la ascendencia de la familia Julia que enlaza con los destinos del pueblo rey. Más apropiadas á su génio son las Eglógas en que imita á Teócrito, aunque no sabiendo dar á sus escenas el color local y con pastores demasiado cultos y sobre todo sus Géorgicas intachables en la forma aunque muy deficientes en la enseñanza. Príncipes de los escritores en prosa y rivales en la pureza del habla latina son Cicerón y César. Emúlo el primero de Demóstenes en la elocuencia retrata en las Verrinas la tiranía de los pretores y en las Catilinarias, en las Filipicas en las Pro lege agraria, Pro lege Manilía; Pro Murena las luchas civiles y las vacilaciones de su carácter como en la de pro Archía su amor á la literatura. Ni se limita á practicar la oratoria, quiere tambien enseñarla en sus tratados de el *Orador, Bruto ó de los esclarecidos oradores, Diálogos del Orador &.* y como auxiliar de la oratoria, cultiva tambien la filosofía profesando un eclecticismo que en teoría se inclina á la nueva academia y en la práctica á la moral estóica (2) En la historia que con la oratoria son las dos artes literarias más propias del génio político de los romanos se nota la imitación helénica, comparándose á Tito Livio con Herodoto, á Salustio con Tucidides y á César, á quien llama Tácito el mejor de los historiadores latinos *(summus auctorum divus Julius)* con Jenofonte. Este florecimiento produjo en verdad, obras que

(1) Además de sus obras elegiacas sus Tristes y sus Epístolas del Ponto, compuso el tratado mas completo de mitología romana en su poema de las Metamorfosis, los Fastos, calendario poético, las Heroidas cartas en verso que se suponen escritas desde el otro mundo por amantes de los tiempos míticos, los Amores, el Arte de Amar y los Remedios contra el Amor, notables por el conocimiento de la vida y su mérito artístico pero inmorales.

(2) Fruto de estos trabajos son los 3 libros de la Naturaleza de los Dioses, los 3 de los Académicos, las cuestiones tusculanas y las Paradoxas de los estoicos, desenvuelve la parte práctica de la doctrina en los de la Adivinación, del Hado, de los Deberes, de la Amistad y de la Vejez, y la política en los de las Leyes y de la República; sus cartas son un modelo de estilo epistolar y un documento histórico interesantísimo.

serán eternamente admiradas y que dividen literariamente el mundo helénico del mundo latino pero no teniendo su raíz en el espíritu mismo del pueblo fué tan brillante como fugaz.

Ya se dolía M. Anneo Séneca de que era en su tiempo tan grande la ignorancia de los jóvenes que con facilidad se les hacía creer suyo lo que los hombres más discretos trabajaron, consistiendo toda su gloria en llevar el pelo cortado, en tener la voz delicada como las mujeres, en competir con ellas en los afeites del cuerpo y en acicalarse con los unguentos más inmundos; ¿que podían hacer aquellos que segun el autor citado, no eran ya bastante ingeniosos, bastante estudiosos, pero ni aun siquiera bastante hombres? Desiertas estaban ya las escuelas de los filósofos aun aquella en que Sextio *græcis verbis romanis moribus philosophantur* convinando las enseñanzas pitagóricas con las estóicas quiso crear una filosofía romana (1). Tan impracticable como había sido el propósito de hacer una Roma del mundo lo fué hacer de la literatura y de la lengua abstractas romanas una literatura y una lengua universales. Conforme el latin se extendía perdía de su pureza, siendo el idioma hablado un conjunto de dialectos de que después habían de nacer las lenguas nacionales, bajo una lengua meramente oratoria y literaria, como llegó á ser el Estado romano, la reunión de una multitud de Estados bajo uno que no era en suma más que lo que todos ellos tenian de común, quitadas las diferencias. Pero como las abstraciones si se piensan no se viven, con la extensión del romanismo, el provincialismo vino á Roma y encontrándola desierta, se apoderó de ella. Los primeros á iniciar esta revolución fueron los españoles, entre los discípulos los más adelantados; el cetro de las antigüedades de Varron pasó á Julio Higinio y Marco Anneo Séneca tuvo que enseñar á los degenerados quirites la historia y los méritos de sus grandes oradores ya por ellos olvidados. Con la invasión de los literatos cordobeses entra el espíritu hispano de individualidad (2) y si al principio lucha éste con la imitación helénica (3), aquella acaba por triunfar decididamente con Lucio Anneo Séneca. Discípulo de aquél, Sextio que mientras los otros filósofos enseñan, disputan y cavilan, pero no dán ánimo, porque no lo tie-

(1) *Sextiorum nova et romani roboris secta.*

(2) De Porcio Latrón, dice Marco Anneo que era su voz gruesa y muy áspera por no curarse de educarla ni de modularla, siguiendo la costumbre de los españoles que en todas partes quieren vivir á su manera.

(3) A Publio Galion se le llama dulce entre los cordobeses ilustres y Turrino Clodio parece haber imitado á los griegos sin perder todo su natural vigor.

nen, él vive, se vigoriza, es libre, está sobre todos los hombres (1) halla que la filosofía no es obra del acaso, que cada uno la lleva dentro de sí, que Dios está cerca de nosotros con nosotros dentro de nosotros (2), que al que se someta á la razón todas las cosas le serán sometidas, que lo que Dios exige de nosotros, es una cosa facilísima que vivamos con arreglo á nuestra naturaleza, que la libertad consiste en obedecer á Dios, que nuestra patria es el mundo, que los hombres han nacido para ayudarse, que no vivir para los otros, es no vivir para sí, que la servidumbre del esclavo no llega á su alma, que el castigo no daña sino cura aparentando dañar, y extrema su individualismo pensando que el sabio estoico es Señor del mundo, único que sabe vivir por qne es el único que sabe morir y no puede ser desgraciado sino por su causa; ¿quiere vivir? vive; no quiere, puede marcharse adonde vino; llegando á pensar que el sabio es superior á los mismos dioses porque estos hacen por naturaleza lo que este por voluntad. Como Séneca en la filosofía, su sobrino Lucano en la Farsalia, poema en que llevado de su amor á la libertad se decide por el partido peor, presenta la misma lucha entre el mundo y los dioses que lo rigen mera apariencia, regida por la fortuna y la razón divina que lo rige lanzando á los poderes transitorios de la tierra y del cielo este magnífico reto de la conciencia humana:

Victrix causa deis placent, sed victa Catoni

Cambiando así de papeles los discípulos trocados en maestros crean la literatura hispano-romana, que en esta se llama siglo de plata y que puede llamarse el origen de la nacional en cuanto los hasta entonces dispersos y hasta contradictorios elementos que informaban la muestra, se unen y compenetran en un medio común. Así la literatura latina cumple su misión en Occidente de educar las diferentes literaturas nacionales, mientras que estas le prestan el contenido y el soplo de vida que á aquella le faltaba, aunque á costa de romper la encantadora armonía de los moldes helénicos en que aquella había pretendido encerrarse y que ya no bastaban á satisfacer las necesidades de los tiempos, y así también la indomable raza española triunfa primero en la esfera de las ideas como ha de triunfar después en la esfera de los hechos, realizando el cambio tan importante

(1) Epist. Ad Lucil. LXIV.

(2) Non sunt ad cœlum elevanda manus, nec exorandus ædituus, ut nos ad aurem simulacri, quasi magis exaudiri possumus admittat; prope está te Deus, tecum est, intus est.

como hasta ahora poco apreciado de lo que pudiéramos llamar régimen latino en el régimen provincial.

Solo puede presentarse una excepción que confirma la verdad del principio. Roma que no es un pueblo, sino un Estado, no es verdaderamente original, sino en las artes del Estado y nos ha dejado una literatura jurídica que será un modelo eterno y que comienza ya á adquirir una autoridad moral efectiva en este período, mediante el valor legal concedido por Augusto á las respuestas de los prudentes, pero que se ha de desarrollar extraordinariamente en lo sucesivo.

Para completar este ligero estudio de la literatura debemos hablar ahora de sus medios de comunicación; estos son la palabra hablada, las representaciones y la escritura. La oratoria tan floreciente en el período de la Repúbliea, decae falta de objeto en el período del imperio. A aquellas nobles controversias en que se debatían los más altos intereses públicos, suceden las escuelas de los retóricos en que las cuestiones se reducen á temas en que se procura solo lucir el ingenio con los artificios del lenguaje, sin conocimiento alguno serio del asunto, pudiéndose decir á estos declamadores lo que se cuenta que pensaba Aníbal de aquel retórico griego que le explicaba los deberes de un general: he oido delirar á muchos viejos, pero á ninguno he escuchado más dislates que á este. La expresión oral que ahora comienza son las lecturas, estas son más literarias que científicas y más eruditas que populares, por lo que influyen poco en la cultura y solo en la de las clases más elevadas. Tampoco logró hacerse popular el teatro en que triunfa la imitación del griego y al que impiden desarrollarse; primero la censura aristocrática y después la de los emperadores que no le permiten tratar asuntos de interés palpitante, ni ser como en Grecia palenque político, teniendo que limitarse á presentar tipos como el actor se envolvía en la máscara. Los romanos no conocían nuestros medios de escritura, no existe papel anterior al siglo VI y las primeras noticias de las plumas las encontramos en S. Isidoro y en el anónimo de Valesio (1), remontándose su uso cuando más al tiempo de Teodorico, ellos se valían en su lugar de las tablillas enceradas, del pápiro y del pergamino. Las primeras se empleaban en los *pujilares* ó codicilos, libritos de dos páginas ó poco más, en que se escribían apuntes del momento ó

(1) Calamus arboris est; penna avis, cujus acumen dividitur in duo Orig. IV. XIV. El anónimo de Valesio refiere que Teodorico para firmar tenía una lámina de oro con las 4 iniciales de su nombre gravadas por la que hacía correr la pluma.

cartas y también servían para enseñar á leer á los niños. Dos que se han encontrado en una mina de Transilvania son tríptico. La parte interior de las hojas de las dos primeras y las dos caras de la media están cubiertas de cera encarnada, las tablillas son de ab-o y de haya y muy pequeñas. Para escribir en ellas se usaba el estilo, agudo por una punta para trazar los caracteres y obtuso por la otra para borrarlos. También se hicieron las páginas de estos libritos de marfil, cuerno, cedro, de las cortezas de tilo ó pergamino enyesado. El pápiro es una caña que crece especialmente en Egipto, de cuya pasta filamentosa se hacía la carta; con un instrumento muy cortante, muy delgado se abrían los tallos en láminas sutiles que se extendían de modo que sus orillas se tocasen y adhiriesen merced á los jugos gomosos de la planta cuando está verde, si estaba seca se tegían sobre una tabla humedecida con agua del Nilo, cuyo cieno servía de cola. Preparada así la hoja *(scheneda)* recortada y seca al sol se cruzaba con otra igual de modo que sus fibras formasen ángulos rectos, á lo que se llamaba *plágula*, que luego se frotaba, batía y pulimentaba con marfil. Los pápiros escritos se arrollaban al rededor de una especie de lancita *(umbilico, atralisco)*, de aquí el nombre de volumen. En las extremidades *(cornua)* del palo que sobresalían se ataba un pedacito de pápiro con el *syllabus* ó título de la obra y ellas se conservaban en cajas (*capsæ*). Los rollos se escribían por un solo lado, excepto en los documentos públicos en que los testigos firmaban por dentro y por fuera y por lo común á lo ancho y no á lo largo, pero esto último se usaba en las epístolas consulares al Senado, César fué el primero que en ellas escribió por ambos lados. Resultaban así líneas á veces de 12 palmos y más y para evitar la incomodidad que ofrecían para la lectura se dividieron en columnas *(paginæ)*. Herodoto nos refiere que los jonios empleaban para los escritos pieles de animales por la escasez de pápiro, una causa semejante, nacida de la rivalidad literaria entre los reyes de Egipto y los de Pérgamo, hizo que este uso se perfeccionase en esta ciudad, por lo que esta especie de cartas se denominaron pergaminos. Se alisaban con la piedra pómez que servía también para borrar y para afilar el *cálamo*. Era éste una cañita delgada de junco marítimo, á veces también de bronce ó de oro, redonda ú octangular, á la que solían ponerse adornos, se impregnaban en una tinta, cuya composición nos ha conservado Plinio, muy diferente de la nuestra, negra ó roja (esta última se usaba especialmente para las iniciales y después por los emperadores de Oriente). Para que no desapareciese lo escrito, se untaba la carta con aceite de cedro. Algunas veces

el pergamino se teñía de púrpura y *se escribía con* oro ó plata, por eso se dá el nombre *chrysographi* á los escritos de los emperadores de Oriente y á la tinta que ellos se reservaban el de *sacrum incaustum*. Había también libros parecidos á los nuestros *volumina* en que se escribía por ambos lados cuando se trataba de obras largas y de poco lujo. El alfabeto que se usaba por lo común para la escritura era el mayúsculo; se ha encontrado sin embargo el fragmento de una sátira de Juvenal en una iglesia, fundada en el siglo V con caracteres minúsculos. Los pergaminos que contenían documentos públicos, como leyes, testamentos etc. y en general los mayores se llamaban códices y los más pequeños y privados codicilos. También se tiene noticia de libros escritos en telas probablemente enyesadas (*libri lintei*). Aunque los bibliógrafos, lo mismo en Grecia que en Roma, solían tener esclavos dedicados á la copia de manuscritos, el comercio regular de libros no parece que comenzó en esta última ciudad hasta los tiempos de Augusto. Los pórticos del Foro y las columnas de la Sigilaria se veían ya llenos de anuncios de ellos. Muchos libreros de la vía Sacra y del Argileto tenían á sus órdenes muchos esclavos ocupados en copiar. Se dictaba á muchos juntamente; cuando más era buscada una obra, mayor era el número de amanuenses y las copias solían ser más incorrectas; el que las quería exactas suplicaba al autor que las revisara. El relativamente reducido precio de los libros, muestra en cuan poco se estimaba este trabajo manual; á las obras á que no podía dárseles salida se enviaban á provincias para que sirviesen para enseñar á leer á los niños, y en último caso iban á parar á los vendedores de perfumes ó de pescado. También se conocía una escritura abreviada, especie de taquigrafía, llamada notas tironianas, de Tiron, liberto de Cicerón, que fué el que las había inventado.

Los romanos recibieron también de los griegos las artes plásticas, en que tanto sobresalieron los pueblos clásicos, pero les impusieron su genio. Los distintivos del arte griego son la belleza y la gracia, los del romano la fuerza y la majestad. En la arquitectura las obtuvieron mediante el empleo sistemático del arco, (1) que uniendo paredes y pilastras muy distantes y extendiéndose, mediante la bóveda á espacios á que no alcanzaría ningún techo, cubría con pocos materiales grandes áreas,

(1) El arco se encuentra ya en las construcciones ciclópicas y en las egipcias y lo usaron los griegos, aunque por incidencia, pues nunca supieron tender de una pilastra á otra más que un arquitrave de piedra ó una viga.

pudo satisfacer la necesidad de edificios más ámplios y darles la severa dignidad que distingue á la arquitectura romana de la sencillez armónica de la griega. El arco que la caracteriza tanto que lleva el nombre de romano, es el semicircular ó de plena cintra, pero se encuentran también en ella arcos agudos, especialmente en los dibujos. De los órdenes griegos ya hemos dicho que el que más usaron los romanos fué el corintio, pero hicieron la hoja de acanto más redonda, más ancha, más grandiosa, más mórbida, pero también menos alta y más pesada que la griega: inventaron ó perfeccionaron, si lo recibieron de los etruscos, el orden compuesto, mezcla del corintio y del jónico, que estaba en consonancia con su afición al fausto, pero parece que todavía no lo usaban en esta época, pues se cree que fué empleado por primera vez en el arco de Tito. Lo mismo los edificios griegos que romanos se cubrían de tejas alternativamente planas y convexas, las del extremo se hallan cerradas por un relieve que en los edificios suntuosos se encuentra muy adornado y se llama *antefixa;* éstas son de mármol ó de barro cocido y forman por encima de la cornisa una lujosa guarnición. Perdida la idealidad helénica, se mezclan los órdenes, como en el teatro de Marcelo los dentellones jónicos con los tróglifos dóricos, se altera la proporción de las columnas, cuya altura llega á 9 y 9 $^{1}/_{2}$ diámetros en el arco de Tito; dejan éstas de ser el elemento característico de la construcción, convirtiéndose en adorno del muro, demasiado distantes para que puedan servir de sostén y recibiendo un cornisamento que no sostenía nada y se levantan sobre pedestales para que correspondan á la altura del arco. En Pompeya se encuentran columnas revestidas de estuco y mudadas de un orden á otro, y el haberlas mezclado con las arcadas rompe las cornisas y varía los intercolumnios; las pilastras, que entre los griegos sólo servían de cabezas, ahora se extienden por toda la pared. Los edificios pequeños se construían con toda especie de piedras; en los extensos como en los anfiteatros, eran de piedra las bóvedas y los cornisamentos ó el zócalo y lo demás de ladrillos, sobre los que se hacían figuras, se ponían inscripciones ó después de colocados en su lugar se cortaban como lo exigía la variedad de los adornos arquitectónicos; (1) las bóvedas se hacían ligeras, empleando tobas volcánicas ó vasijas de barro. Las bases y los pedestales eran más anchos que el muro y éste más robusto que los ángulos, y en los pórticos las columnas laterales. También se edifi-

(2) Suelen llevar los ladrillos el nombre del fabricante: v. gr. Tit. Faber.

caba con cemento; los romanos fabricaban uno fuerte mezclando la cal con tierra puzolana y otro compuesto de cal, yeso y polvos de mármol para las labores de estuco *(albanum opus);* las paredes interiores de las casas de Pompeya están cubiertas de una especie de escayola que imita variedad de mármoles, en que se pintaban escenas con arreglo á la condición de sus dueños. (1)

Tal afición se despertó á las estátuas entre los romanos, que las leyes tuvieron que moderar su uso. Se fabricaban por lo común de bronce ó de mármoles porque los romanos acostumbraron á emplearlos en las suyas de diversos colores. Se ven tambien algunas de hierro y de plomo y á las de mármol se suelen poner de metal los cascos, los cetros las copas etc., y los ojos tambien de metal, de marfil ó de calcedonia, las de madera con extremidades de mármol se llaman *acrólitas*. Los mármoles más estimados eran entre los griegos el Pentélico y el de Paros y entre los romanos el de Luni, tambien se fabricaban muchas especies de bronces como el estatuario, ciprio, eginético, cordubense, deliaco, &, siendo el oricalco el mas famoso, y se mezclaban los metales para producir los efectos de color, Aristonides se propuso mezclar hierro al bronce para imitar el rubor de la vergüenza y Silanio para que apareciera pálida Yocasta le echó plata. Plinio establece como carácter diferencial entre la estatuaria griega y romana que aquellos figuran desnudos á sus héroes y éstos con armadura (2). Se ponía mucho esmero en el estudio de los pliegues del manto y la toga. Se llaman veladas las estátuas cubiertas con un paño que descendía hasta el suelo (como en algunas divinidades femeninas, las emperatrices representadas en alguna virtud y algunas de Augusto) y curules las que van en carros sentadas ó de pié. Las estátuas gozaban del derecho de asilo, su custodia estaba encomendada á *comites* ó *curatori*, *tutelarii statuarum* y para dedicarlas se hacían sa-

(1) La unidad de medida se tomaba del cuerpo humano y era el *pes* (pie); éste tenía cuatro palmos *(palmus)*, el ancho de la mano sin el pulgar, que naturalmente se dividía en cuatro dedos *(digiti)*, pie y medio formaban un cúbito *(cubitus)*, el brazo desde el codo á la punta del índice extendido. El pie era la unidad de longitud, el *pes cuadratus* la superficial, la arquitectónica el *cubitus*, la itineraria la milla *(millia pasum)* y el *jugerum* (la yugada) la agraria; la de peso el *as* (la libra), que se aplicó también á las herencias y á las monedas y que conservó su nomdre aunque luego se redujo á la *semuncia*. La libra se dividía en 12 onzas. Los romanos, aunque empleaban también el decimal, aplicaron el sistema duodecimal á todas las necesidades de la vida.

(2) Plin. Rerum Natur. XXXIX. Algunos griegas tienen sin embargo el manto ó la clámide.

crificios, se celebraban juegos y se hacían distribuciones de víveres, dinero y vino. De la costumbre ya notada de representar con máscaras de cera las imágenes de los antepasados que se llevaban en las exequias se originó el nombre de *busto* ésto es hermes con los hombros y parte del torax pero su uso así como el de los dipticos &, de marfil, es posterior á esta época, lo que sí abundaban eran los términos, los hermes, los fáunos y los priapos. Las estátuas griegas y romanas presentan casi siempre actitudes nobles y tranquilas. Los altos, medios y bajos relieves, tan interesantes para la interpretación de las estátuas, sirven de tránsito á la pintura. En ella los antiguos son muy inferiores á los modernos. La más estimada era la hecha sobre madera, pero los romanos se sirvieron tambien del lienzo, los colores se desleían en agua-cola ó agua-goma y segun Plinio se les echaba huevo para darles brillo (1).

Los romanos como no conocieron los colores transparentes (2) y daban el claro y el relieve por efectos cortados de luz, conocieron sí los que después se han llamado arabescos (3) y tambien lo que Plinio llamó *tabellæ comicæ* siendo propiamente suyo el género grotesco amalgama de figuras de follages, de líneas y de extravagancias de que se ven adornadas las paredes de las habitaciones subterráneas de lo que ha recibido el nombre, su pintura de paisage carece de perspectiva. No tuvieron lo que nosotros llamamos pintura al fresco. Vitrubio explica lo que Plinio llamaba *in udo pariete pingere* conservándonos la manera de hacerlo. Sobre la pared todavía fresca se extendía una capa de pintura que á veces ha llegado á penetrar hasta media línea y sobre este fondo se dibujaba ó al temple con colores desleídos en el agua ó al incausto. Este se empleaba mucho para representar animales y flores donde se quería que fuera mayor la ilusión. Sabemos que se llamaba así porque se emplea-

(1) Si purpuram facere malunt, cæruleum sublínum, mox purpurissimum ex ovo inducunt. Id. id. XXXV. XXVI.

(2) Entre los colores mas usados por los romanos se citan entre los rojos el cinabrío que llevaban del Oriente. el bermellón del Asia menor del Egipto y de la Libia, la tierra senopica y el minío de España que la sustituyó, la sandaraca y el purpurissimum; entre los amarillos el oripimente de la Siria, entre los verdes el armonium pasta de tierra, entre los azules el indicum producto de una fécula y el cæruleum que despues se llamó ultramar hecho de lapizlazuli. Había tintorerías en el golfo de Nápole donde se hacía la frita de Puzoli (azul turquí) en Narbona y en España en las Baleares.

(3) Convinación de rectas formando figuras geométricas muy usado por los musulmanes á quien su religión les prohibía rapresentar figuras de hombres y animales aunque no siempre cumplieran este precepto.

ba un hierro candente pero no se está tan de acuerdo en la manera de proceder: dícese que se trazaban los contornos con el hierro enrojecido sobre láminas de marfil ó planchas de arcilla ó de madera coloreada, y en los buques con un pincel empapados en cera derretida mezclada con pez. Pintábanse los escudos; cada legión se distinguía por un signo particular y los veteranos de los reclutas por las figuras que llevaban en los suyos; y los de los patricios adornados de retratos se consagraban á veces en los templos donde formaban verdaderas genealogías simbólicas semejantes á nuestros blasones. La pintura sirvió tambien para teñir las estátuas y no falta quien afirme que se consagraban todavía á los distintos dioses colores rituales (1).

Con la pintura se enlaza tanto el mosáico que se han influído mútuamente. Se ignora el orígen de este nombre porque su derivación de Musas parece algo aventurada. Consiste en unir piedrecitas duras *(tesserulœ)* por medio de una almáciga fabricada con cal. Se llamaba *vermiculatum opus* al de piedras rojas y finas, si formaba baldosas ó escaques *opus tessellatum* ó *quadratarium* y si se variaban las líneas ó el campo *opus sectile*. Con ellos se hacían tambien inscripciones y se adornaban las bóvedas y en las habitaciones de las casas ricas se representaban con ellos objetos análogos á su destino, un perro en el *perystilum* restos de comida en los triclinios, pero la mayor importancia que tienen para nosotros es que es probable que los mejores sean la reproducción de cuadros de autores distinguidos como el de Pompeya que representa una batalla que se sospecha ser la del Gránico.

Tambien con la pintura se enlaza el *esmalte*. Se llama así (2) un revestimiento de materia retrificable sobre metal ó barro. Los antiguos trazaban en el metal los dibujos y luego llenaban los huecos con la materia diversamente colorida que se había de vitrificar. Los romanos conocieron tambien los retratos Varrón y Pomponio Atico los unieron á sus biografías y Cicerón nos dice que se los regalaban los amantes. Debe notarse que en este tiempo los artistas procuraban la imitación del objeto real y no de su perspectiva óptica por lo que el bajo relieve y la pintura eran artes esculturales.

---

(1) Juan Lidio. Sabemos por lo menos que el Júpiter de Tarquino en el Capitolio estaba pintado de minío.

(2) Tambien se ha solido llamar esmalte cualquier vidrio coloreado por una sustancia metálica como muchos escarabajos egipcios, cuentas y cilindros de collares y los cubos que se empleaban para los mosáicos.

Música.—Tuvo gran importancia entre los romanos; se empleaba en los ritos, en los triunfos, en los banquetes, en las marchas, y se acompañaban con ella los himnos de guerra y las odas báquicas; de oradores sabemos que se hacían dar el tono con una flauta. Nerón sostenía más de 5.000 y los *tibicines* llegaron á ser una especie de institución pública, como lo muestran las tablas municipales de Osuna; en los sacrificios obtenían una porción espléndida y como se les quitase el privilegio de comer en el templo se retiraron á Tíboli (309 a. Jc.), y como no se podía hacer sacrificios sin ellos fué preciso enviarles una embajada para que volvieran. Con la música recibieron los romanos la notación de los griegos, pero, según refiere Boecio, encontrándola muy complicada, la sustituyeron con las letras de su alfabeto de la A á la R. No parece, sin embargo, que en Roma dosempeñase el importante papel que se le atribuía en la educación griega, el de moderar los instintos feroces que despertaban los ejercicios paléstricos, pues nos refieren que no habiendo gustado unos artistas que daban á conocer en el Circo un nuevo modo de cantar, el público les impuso silencio y les obligó á combatir.—*Baile.*—También desde antiguo fué conocido en Roma, pues pertenece á los primeros tiempos la de los sacerdotes Salios, que bailaban los ciudadanos más insignes. De la Etruria, de la Grecia y después de España, se introdujeron las danzas en Roma. Las sagradas de las gentiles consistían en graciosos movimientos alrededor del altar, con alusión á escenas mitológicas; algunas debían seguir el movimiento de la oda, la estrofa, anti-estrofa y epodon, como se puede vislumbrar en las fiestas que todavía en algunos de nuestros pueblos se hacen en honor de Maya. La danza pírrica, imitando una batalla, fué introducida en Roma por Julio César; las había rústicas en honor de Pan, en la que los bailarines llevaban guirnaldas de flores; también se coronaban con ellas mancebos y doncellas en la de Himene, distinta de la nupcial de actitudes obscenas; gran perfección adquirieron entre los romanos los bailarines de cuerda, sobre la que se hicieron danzar hasta elefantes; las dionisiacas; que comenzaron semejando las empresas de Baco, fueron, como es sabido, el origen de las representaciones dramáticas. Entre los romanos los histriones eran reputados por infames, el prétor tenía el derecho de hacerlos apalear, facultad que Augusto cambió por la de reducirlos á prisión; cuando alguno desagradaba al público tenía que levantarse la máscara, y Tiberio los desterró á todos de Roma. Tenían tres vestidos, trágico, cómico y satírico; en el primero, como representación de hechos heróicos, todo debía ser grandioso, porque

los héroes tenían estatura más que humana. Para agrandarla usaban el *coturno*, sandalia con triple y cuadruple suela de corcho, que se ataba con correas que llegaban á media pierna; en algunos bajorelieves se encuentran hasta verdaderos zancos. También se agrandaban por la parte de arriba con las máscaras, *persona* ó *larva*. Estas cubrían, no sólo la cara, sino la cabeza, y solían tener una prominencia puntiaguda encima de la frente, de la que pendían largas trenzas de cabellos. Se enumeran veinticinco máscaras trágicas. Como la tragedia por el coturno, la comedia se distinguía por el zueco, especie de chinelas, y había también máscaras cómicas: figuraban también tipos como el Macco, especie de polichinela, del cual se han encontrado algunas figurillas con la nariz corva y con la joroba, y el Zanni, especie de Arlequín vestido con retazos de tela de diversos colores, del que decía Cicerón "toto corpore ridetur;„ dos máscaras destinadas al drama satírico se conservan en el Museo Británico. No puede explicarse el uso de las máscaras por la extensión de los antiguos treatros; en 20 de Noviembre de 1788, se representaron en el de Sagunto cuatro comedias españolas, ante más de 4.000 espectadores, y los más distantes pudieron oirlas tan bien como los situados en las primeras filas. Propios del arte romano son los *mimos*, (1) en que un sólo actor improvisaba versos groseros, acompañados de visages y contorsiones alusivas, de que no se libraron ni los mismos emperadores, en que se ridiculizaba un carácter, un personaje ó una profesión. Mecenas introdujo las pantomimas, en las que suprimida la palabra sólo quedó la acción, floreciendo en este género actores tan hábiles, que de uno se dice que con la elocuencia de sus gestos vencía la de Cicerón con la palabra. Para la entrada de los teatros se usaban de targetas *(tesseræ)*. En Pompeya se han encontrado algunas que tenían en el anverso unas la fachada del teatro con la puerta á medio abrir, una escalera de tres peldaños y una barrera, otras la cavea dividida por los cúneos y por detrás la localidad; también se han conservado de marfil con bajorelieves y una en forma de cangrejo. También las había gladiatorias, una de ellas de cuatro caras: en la 1.ª M. Sil. L. No. B. Con. *(Marcus Silanus, Lucius Norbanus, Balbus consules)*, en la 2.ª A. D. X. K. N. *(ante diem decimum Kalendas novembris)*, en la 3.ª Marcelinus. Q. Max y en la 4.ª TASVCIO. Se usaban también para las invitaciones á comer y otras se usaban en los banquetes para sortear entre los invita-

(1) Los griegos que se conocen con este nombre son una especie de danzas y de escenas sueltas.

dos objetos de más ó menos valor, que á veces tenían dibujado. Las había también *frumentarias* para las distribuciones de granos ó de dinero,(1) *pagánica*, que se distribuían en los pagos para consagraciones y ritos religiosos, hospitalarias ó de patronato, de pasaporte (2) y además de las militares, de que hemos hablado, otras para servirles de contraseña para distinguirlos de los enemigos y algunas que llevaban el nombre de la cohorte.

Artes industriales.—Los romanos no conocieron las mismas piedras preciosas que nosotros, ni las emplearon de la misma manera; la verdadera esmeralda no se encuentra más que en el Perú, las doce especies que conocieron los antiguos son heliotropios, plasmas, dialaje y hasta espato fluor, se han encontrado algunos aunque no muchos diamantes y el jaspe era tan raro que Plinio se cree en el caso de asegurar haber visto con sus propios ojos un pedazo de once onzas que poseía Nerón. El trabajo de estas piedras se dividía entre el pulimentador que les daba la forma siendo más usadas las exágonas ó cilíndricas que la moderna de muchas facetas; el del grabador *(litoglyphus, scatptor, cavarins)* y los *litocoleses compositores gemmarum* que las montaban. Se las trabajaba en hueco ó en relieve, á las primeras se llaman grabados á las segundas camafeos. Excelentes se hicieron en el tiempo que venimos historiando; el insigne grabador Dioscorides hizo la cabeza de Augusto que servía de sello á este emperador y poseemos una serie que representan las familias Julia y Claudio en diferentes épocas algunos de mucho mérito, tambien se conservan gran número de camafeos. Los romanos hacían gran uso de de las piedras grabadas ya empleándolas en los anillos para sellos, ó en collares, pendientes, brazaletes, y aun como adorno de las diferentes partes del vestido y aun de los muebles y tambien como amuletos (3). Los anillos entre los romanos al principio eran de hierro, luego se concedió á los senadores el uso de los de oro, que luego se extendió á todos los patricios y

(1) Ar. XII *(Argenti duodecim).*

(2) Eran, por lo general, de bronce y se daban á los que habían de conducir mercancías ú otra cosa cualquiera.

(3) Augusto regaló al templo de la Concordia de Roma una cornucopia de oro con adorno de piedras grabadas y mas tarde Heliogábalo las llevaba en el calzado y en el mismo carro. Los amuletos llevaban figuras de dioses, serpientes, hojas sagradas, ojos, pies, manos, el cuerno de la abundancia, el falo, el *mutinus* con una mano en la boca y á veces otra atrás para que los niños no despertaran, palabras de buen augurio como *utere félix* y más adelante se pusieron en ellos símbolos alejandrinos. A las piedras preciosas se les atribuían tambien virtudes medicinales.

más tarde á los caballeros, no usándolos los plebeyos hasta que adquirieron la igualdad política; se ponían en todos los dedos menos en el de enmedio y se distinguían por su hechura en *unguli* que tenían una piedra engastada, *tinni* todos de oro y *samotraci* en que al círculo de oro se sobreponía un cordón de hierro (1), los había de invierno y de verano algunos estaban huecos y llevaban en lo interior recuerdos ó veneno; por su uso como el *annullus natalitius* que los clientes ofrecían á sus patronos el día de su cumpleaños el que hemos visto que entregaba el esposo á su desposada, los de sellar *annulli signatorii* en cuya piedra estaba grabado el sello *symbolus*. Eran éstos de dos clase cóncavos para grabar en cera ó en otra materia semejante y de relieve para marcar vasos, tejas &, ó ponerlos en las cartas (éstos eran generalmente oblongos) (2) á veces eran tambien prendas de amor ó de amistad como se induce de las inscripciones: *Pignus amoris habes; Vita tibi; Amo te*, *Ama me*; *Hospita felix vive, Bonam vitam &*, tambien se usaron muchos los mágicos y adivinatorios. Se ponían tambien anillos á los dioses, algunos son tan grandes que no pueden ser sino votibos. Tambien tenían sellos las ciudades que eran el tipo de sus monedas. No creemos que deban entrar en esta clasificación y que son anillas los que servían para sostener las cortinas de las camas, ó de adorno en las habitaciones *(annulli velares)* los que se ponían á los esclavos en el muslo ó en la pierna y en el cuello á los malhechores ó siervos fugitivos. En uno de estos últimos se ha encontrado esta inscripción: *Tene me quia fugio et revoca domino meo Bonifacio Linario*. No desconocieron los plateros de esta época la *toreutica* ó cinceladura, si pertenece como se cree á la época de Nerón el escudo votivo de Woodword que representa la toma de Roma por los Galos. Ya hemos hablado de los pendientes que parece se le ponían tambien á las diosas y de los collares y de los brazaletes que servían tambien de adorno á los soldados. Tambien hemos hablado de las coronas. Además de las citadas se tenía suspendida sobre el triunfador una de oro y joyas, otra se le enviaba de regalo al general por la provincia, lo que luego dió orígen al tributo llamado *aurum coronarium*, se supone por algunos que la de la ovación semejaba mirto, la de olivo parece

(1) Isd. XIX XXXII.

(2) Ya hemos visto que el sello tenía entre los romanos la importancia que la firma entre nosotros. Augusto ponía al principio en los documentos públicos la cabeza de Alejandro, luego la suya, uso que continuaron los que le sucedieron hasta Galba que grabó en su lugar un perro tendido en la proa de una nave.

que estaba destinada al que hubiera contribuído á una acción que merecía el triunfo, pero sin haber estado en ella personalmente, á los sacerdotes correspondían tambien ésta ó la de espigas, propia de Júpiter era la de encina sin bellotas, de Baco la de yedra. Por tocar á coronas acabaremos diciendo que los que concurrían á los sacrificios se las ceñían de la planta consagrada al dios, que á los difuntos se las ponían fúnebres ó sepulcrales que los esposos y los convidados las llevaban de flores y que se colgaban á las puertas de las novias y en los dias de natalicio.

En Pompeya y en otros lugares se han encontrado vasos de plata con hermosísimos relieves; muchos parecen fundidos con las figuras que luego se perfeccionaban con el cincel, en otros los pedazos en que había relieves podían separarse y adaptarse á muchos vasos. Se conocía tambien la mezcla de metales que hizo célebres los vasos de Corinto tan buscados.

Por el testimonio de Plinio sabemos que se sabía soplar y tornear el vidrio hasta hacerlo maleable. Los que tienen relieves pudieron ser soplados en moldes de metal ó de tripol y yeso ó bien se grababan con el estilo de dentro ó fuera en la masa incandescente, los bajos relieves debieron hacerse con el sacabocados antes de solidificarse la pasta ó fundiendo en un molde todo el vaso. Se fabricaron magníficas tazas sobreponiendo vidrios de diferente color ó uniendo el vidrio y el oro. Los lacrimatorios que tanto abundan en las tumbas, son de vidrio muy inferior, pero nosotros hemos visto una patera, acabada casi de sacar, de vidrio blanco hermosísimo. Sabemos que hasta ahora se ignora la materia de los vasos murrinos que llegaron á alcanzar precios fabulosos, fabricáronse tambien de alabastro sin asas, destinados probablemente á bálsamos y ungüentos. De los de arcilla se llaman ánforas á los de dos asas de largo cuello y terminados por abajo en punta para colocarlos en un pedestal ó clavarlos en arena. A los destinados al vino se les ponía un tapón y luego se echaba hiel y pez que se sellaba con el nombre del cónsul, los que servían para aceite no carecían de asas y tenían todavía mas angosta la boca; las hydrias en que se guardaba el agua eran vasijas panzudas parecidas á los canopos egipcios, el *guttus* ó *nasiterna* servía para verter el agua para lavarse las manos, las *pebrís* ó mármitas cuando no se destinaban á ponerse al fuego estaban muy adornadas, la *cratera* era una vasija muy ancha que se colocaba en medio de la mesa y de la que se sacaba el vino con otras provistas de asas y más pequeñas á modo de escudillas, el *infudibulum* servía como nuestras alcuzas para verter el aceite; para beber servían

de vasos, ya largos y muy estrechos hacia la mitad y con asa desde el borde al pié, ya anchos y cubiertos con un orificio á un lado, ya de cuello ancho y alto pié, ó ancho y redondo llamado hercúleo, con asas pequeñas y otras muchas formas. Llevan generalmente inscripciones alusivas como *sitio*, *reple*, *utere felix, felix vivas*, muchas de estas tazas para beber ó sacar el vino, tienen un relieve ó hueco donde asegurar el pulgar. Para beber tambien se usaba el *calix* el *carquesio* especie de taza grande con dos asas el *cado* para vino que iba angostándose en la parte superior, la *lenticula* para guardar aromas y las ollas para la cocina y conservar las cenizas de los difuntos, los *ritones* eran á manera de cuerno y el líquido se vertía por una abertura que tenía en una extremidad. Hay vasos que carecen de fondo y que debían servir solo para ostentación y de otros muy hermosos y ricos estaban llenos los aparadores y se puso en moda regalarlos á los convidados. Habia tambien vasijas parecidas á nuestras teteras *(termopolía)* donde se echaba agua caliente, que se mezclaba con el vino y otras parecidas á nuestras alcarrazas que probablemente se llevaron de España. Otros se destinaban especialmente al culto como el *canestro* entrelazados de arcilla y de metal donde se ponían el cuchillo, la harina salada y las coronas, el *vanno* propio del culto de Céres, otros platos con muchas divisiones para poner diversas frutas, los *turibulus* para el incienso, el *cántaro* con dos asas usado en los sacrificios de Baco, la *capeduncula* con una y el *pefericulo* ó *cotilo* de bronce sin asa á manera de aljofaina que se representa en los monumentos como signo del sacerdocio y del pontificado máximo.

Los antiguos no escogían ni purificaban las arcillas sino que las usaban mezcladas como vienen con arenas y materias carboníferas, les aplicaban un barníz especialmente el negro, formado por el óxido de plomo y las vasijas ya barnizadas se cocían al descubierto. Variando la temperatura segun las fábricas, el barniz cambiaba de color pasando del negro al verde y de éste al rojo y el humo de la leña ennegrecía en ocasiones la superficie de los vasos, llenándola de manchas jaspeadas ó abriendo en ella grietas teñía la parte que estaba debajo. Las vajillas romanas por virtud del procedimiento empleado, resultan mal cocidas y son por lo mismo frágiles y porosas. Para remediar en parte esto último solía frotarse con ocre rojo las partes no barnizadas sobre todo si salían del fuego demasiado pálidas. Son interesantísimos los vasos helénicos é italianos antiguos por sus dibujos pero su estudio no entra en nuestro plan.

Las monedas.—Se llamaron así del templo de Juno Mo-

neta, en que se acuñaban y cuya imágen llevan algunas y *pecunia* porque fueron sustituidas al ganado *pecus* como instrumento de cambio. Los triunviros monetarios de Roma se titulaban A. A. A. F. F. (Auro, Argento, Æræ, Flando, Feriundo.) Estas dos últimas palabras explican los procedimientos de fabricación, ó se fundía el metal en una forma que tenía las dos improntas ó se fundía primero el pedazo y luego se grababa ya con punzón y martillo, sea con unas tenazas que tenía en los dientes los dos cuños (1). Según Plinio no se acuñó plata en Roma hasta los años 483, 484 y 485 A. V. C. ni oro antes de 557, siendo según él los romanos los primeros que alteraron la pureza de los metales, esencialmente del más precioso. Por el *módulo* ó tamaño se dividen las monedas en *medallones* cuando excede de 15 líneas, *grandes bronces* cuando tienen de 12 á 15, *medianos bronces* de 11 á 9, y de *pequeños bronces* las que no alcanzan las nueve líneas. Los medallones no se fabricaron para que tuvieran curso en el comercio sino como memoria de algun suceso importante ó de algun donativo y servían para recompensar alguna hazaña, para colocarlos en las enseñas militares, para ponerlas en los templos, ó como objeto de adorno, después se contramarcaron para que corrieran como monedas. Las que tenían curso legal eran el *aureus* ó *solidus* de oro que valía 25 dineros, el *denarius* de plata que valía 2 quinarius ó victoriacus, el *quinarius* que valía dos *nummus* ó *sextertius*, el serstercio que valía 1 ¼ dupondios ó 2 ases y ½ y el *dupondius* que valía dos ases, (todas estas eran de plata), de bronce había el *as libella* ó *assipondium* que valía dos *sembella*, este que valía dos *teruncios* y el *teruncio* que equivaldría próximamente á 2 céntimos de nuestra moneda. Hasta el año 556, el dinero valió 10 ases, después 26 y desde el año 270 cambió muchas veces de valor; en el reinado de Augusto bajó de 0,81 ps. á 0,79, en los de Tiberio y Claudio á 0,78 y en el de Nerón á 0,73, siguiendo el aureus estas mismas variaciones. En las monedas se distinguen el *anverso* que representa la cabeza del príncipe ó el símbolo de la ciudad en que fué acuñada, el *reverso*, el *tipo* que expresa como ejecutado bajo la sanción de la autoridad pública ideas nacionales en que debe buscarse la his-

(1) También se dice que se acuñó á los principios poniendo un cuño en el yunque y poniendo otro encima de la pasta y martilleando. Trabajaban las monedas los *cælatores* (grabadores), *los spectadores numularii* (ensayadores), los *cænarii* refinadores, los *fusarii* (fundidores), los *æquatores monetarum* (pesadores), los *supportores* (que colocaban los pedazos de metal en el cuño), los *maleatores* (acuñadores) y el *primicerius* (jefe de la oficina).

toria de las creencias, de las costumbres, y de los símbolos; cuando hay cabezas ó figuras en ambos lados, la del anverso es la principal. Se llama *leyenda* á lo escrito al rededor por el anverso y reverso de la cabeza ó del tipo é inscripcion á las palabras que ocupan el lugar de estos, *exergo* á las que ocupan el pié de la medalla sin corresponder á la leyenda ni á la inscripción ó á los signos que ocupan el mismo lugar y campo á la superficie que recibía la impronta. Las monedas en este tiempo se distinguen en imperiales, familiares y coloniales y ya hemos visto que para el estudio de nuestra historia estas son las de más interés.

Respecto de los relojes, los romanos, no conocieron al principio más que los de sol y esto en tiempo de la primera guerra púnica. Se colocaban en las fachadas de los templos y de muchos palacios y hasta á lo largo de las vías. Augusto colocó uno en el campo de Marte á que servía de estilo un obelisco; usaron también las clepsidras ó relojes de agua que eran globos llenos de este líquido, con un agujero, por el que saliendo el agua señalaba el tiempo, en las mayores solía ponerse un objeto flotante, y Vitrubio describe una ingeniosísima, inventada por el alejandrino Clerivio, en que una pequeña estátua, movida por el agua, con una flechita marcaba la hora. Un pasaje de Filon nos ha dejado la descripción de uno de máquina que se diferencia muy poco de los nuestros. Ya hemos visto como los romanos dividían los días en horas, en estas apreciaban los 3 cuartos *dodrans*, la media *semi-hora*, el cuarto *quadrans*, y la *semuncia* (vigésima cuarta parte) y la fraccionaban en *puntos* (de 12 minutos), *minuto* (medio punto), *parte* (4 minutos) *momento* (igual á minuto y medio) é *instante* (un minuto). En las casas había esclavos destinados expresamente para anunciar la hora.

La imperfección de la cerámica hizo que se utilizaran los metales para los platos; los más grandes que se llamaban *lanx* y *lancula* se destinaban para los sacrificios. De aquí ha venido el nombre de balanza, la de un solo platillo se llamaba *statera* y de su orígen le hemos dado el nombre de romana. En Pompeya se ha encontrado pintada una prensa de usillo parecida á las nuestras, son innumerables las *fibulas* ó hebillas de variadísimas formas, que se conservan; ya hemos hablado de las armas y de otros instrumentos agrícolas (como el arado que todavía se usa en nuestros campos) y de útiles de cocina. También poseemos muchos juguetes de niños, extraidos de las tumbas y de otras partes (1) y Ausonio hace mención de figuras geométricas

(1) Nosotros poseemos un guerrero romano de bronce, encontrado

que servían á los niños al par de instrucción y de recreo.

En general predomina en este período en las artes industriales la influencia helénica, como en la literatura, en la ciencia y hasta en las costumbres y en el vestido.

Continúan siendo fuentes históricas para esta época los Anales de Tácito, que comprenden desde la muerte de Augusto, aunque algo de él se ocupa en el primer libro, concluyendo el VI el año 37 de Jc., faltando desde este hasta el 47 y terminando los seis últimos en el 66 de Jc. Los Doce Césares de Suetonio hasta Servio Sulpicio Gabra; Veleyo Paterculo cuyo II libro alcanza hasta 30 de Jc.; los libros LI á LX de Dion Casio; Aurelio Victor. De Cæsaribus, Herodiano, Historia de los Emperadores y los Paralelos de Plutarco. Entre los modernos, Rüpl ha reunido las apreciadas memorias de W. A. Schmid entre las que deben mencionarse las que tratan de la ruina de los derechos del pueblo, del diarismo oficial, de la transformación de la república en monarquía y de los proyectos de reforma de Galba; Asbach, Rosmiches Kaiserthum und Verfassung bis sur Erhebug Vespasians; Raumer Hist. Taschenbuch VII, 10. (El camino del principado á la monarquía y la teoría de Séneca acerca del gobierno de uno solo); Abraham, Velleius und die Parteien in Rom. unter Tiberius (Berlin 1885), Programme Tiberius und Sejan (Berlin 1888), (Analiza á Veleyo y juzga bien á los personajes más notables de la primera época imperial, pero exagera la influencia de Seyano); Arnold, Die neroniche Christenverfolgund (Leipzig 1888) (Cree que Nerón no persiguió á los cristianos por motivos religiosos y que esto lo han supuesto después los escritores eclesiásticos); Mommsen, Rosmiche Geschichte, Die Provinzen von Cesar und Dioclecian (Berlin 1885); Duruy, Histoire des Romains; Hopfensack. Derecho político de los súbditos de Roma; Amador de los Rios, Historia de la Literatura española; Martin Amandi, Escritores españoles de la época latina; Picatoste, Descripción é historia política, eclesiástica y monumental de España. Tolra, Venida de Santiago á España; Itinerarium Provinciarum llamado de Antonino; Cortés y Lopez, Diccionario geográfico-histórico; Guzmán, Caminos militares de los romanos en España; Hübner Inscriptiones Hispaniæ latinæ; P. Fita, Epigrafía romana; Merivale, Los Romanos bajo el imperio; Champagny, Los Césares;

---

en Castilla la Vieja y segun César Cantú de quien tomamos muchas de estas noticias; el marqués Olivieri descubrió en Pésaro una cajita con figurillas de divinidades y pequeños instrumentos de sacrificios. También se hallan otras figuras representando el *manducus*, equivalente á nuestro *bú*.

Thierry, Cuadro del Imperio romano; Tillemon, Historia de los Emperadores; Dumond, Resumen de los Emperadores romanos.

Cuadro cronológico de este período

Augusto	30	a.	Jc.	á	14	de	Jc.
Tiberio	14	de	Jc.	á	37	»	»
Calígula	37	»	»	á	41	»	»
Claudio	41	»	»	á	54	»	»
Nerón	04	»	»	»	68	»	»

LOS EMPERADORES NOMBRADOS POR LAS LEGIONES

LOS FLAVIOS

Descendiente de aquel Servio Galba, el más elocuente de los romanos de su tiempo, pero que tan malos recuerdos había dejado de su pretura en España, por la traición y la crueldad con que hizo degollar 30,000 lusitanos, lo que dió ocasión á la guerra de Viriato, Servio Sulpicio se había dado á conocer por su aplicación á la jurisprudencia, por la severidad con que restableció la disciplina en las legiones de la Germania, harto quebrantada durante el mando de su antecesor Getúlico, que hacía cantar á los soldados:

Atención, soldados, al oficio
Galba manda y no Getúlico.

y por la habilidad con que logró pacificar el África, servicios que le valieron los honores del triunfo, así como el del pueblo el haber hecho bailar un elefante sobre una cuerda en los juegos que dió cuando era prétor. No faltaron tampoco los prodigios que anunciaran su elevación al poder. Augusto mismo se lo había anunciado cuando niño, y cuando dijeron á Tiberio que reinaría, pero en edad muy abanzada, éste contestó: "Que viva, pues que á mí ya eso no me importa.„ Sacrificando su abuelo, para conjurar un rayo, un águila, arrebató las entrañas de la víctima y las llevó á una encina: los augures interpretaron que el

presagio prometía el imperio á su familia, pero para tiempo lejano. "Sí, dijo aquél riendo, para cuando páran las mulas:„ así que, cuando Galba pensó escalar el trono, nada le inspiró más confianza de lograrlo que el parto de una, que todos miraban con mal augurio.

Calígula y Claudio le estimaron mucho, pero luego vivió oscurecido hasta mediados del reinado de Nerón, que le ofreció el gobierno de la Tarraconense, donde al principio mostró mucha energía y tal severidad, que habiendo invocado un tutor que había envenenado á su pupilo los derechos de ciudadano romano, le hizo clavar en una cruz pintada de blanco y más grande que las ordinarias. Mas á poco cayó en la inacción para no despertar los recelos de Nerón, y "porque á nadie se puede pedir cuenta de lo que no hace.„

Presidía un concilio en Cartagena, cuando supo la rebelión de Vindex y tuvo cartas al par de éste que le instaban á declararse "libertador y jefe del Universo,„ y del legado de la Aquitania que le pedía socorros.

No vaciló mucho; impulsado de una parte del temor, pues había sorprendido una orden de Nerón á sus agentes para que lo asesinaran, y de otra por la esperanza, pues la profecía de una virgen de noble familia prometíale un resultado feliz, lo que convenía con otro presagio más singular: Un sacerdote de Júpiter Clunio, advertido por un sueño, acababa de encontrar en el santuario del templo el mismo oráculo ó sentencia: *á fatidica puella ante ducentos annos pronunciata. Quorum carminum sententia erat oriturum quandoque ex Hispania, Principem Dominumque terræ.*

Subió, pues, á su tribunal como si fuera á proceder á una manumisión, y haciendo colocar delante de él los retratos de la mayor parte de los ciudadanos condenados y muertos por Nerón, y á un joven de noble linaje que había hecho venir de las Baleares, donde estaba desterrado, deploró los males de aquel reinado.

Saludáronlo *imperator,* pero él declaró que no quería ser más que "legado del Senado y del pueblo romano.„ Anunció enseguida que el curso de la justicia quedaba interrumpido, levantó legiones y tropas auxiliares para reforzar su ejército, que no constaba más que de una legión, dos turmas de caballería y tres cohortes, creó una especie de Senado compuesto de ancianos muy experimentados para deliberar con ellos en los asuntos importantes y eligió del orden de los caballeros jóvenes que, sin perder el derecho al anillo de oro, con el nombre de *evocati,* prestaran servicio militar en sus localidades. Envió también

edictos á las otras provincias, exhortando á todos á servir cada uno, según sus medios, á la causa común.

Aunque en donde quiera encontraba nuevos presagios animadores, su proyecto estuvo á punto de fracasar. Uno de los cuerpos de caballería se arrepintió de haber violado su juramento; algunos esclavos que un liberto de Nerón le había regalado, trataron de matarlo en una callejuela; algunas ciudades tardaron en declararse, y la avaricia (1) con que las cargó de tributos y la crueldad con que trató á otras que habían destruido sus murallas, haciendo ajusticiar á sus jefes con sus esposas é hijos, empezaban á debilitar su partido, cuando la noticia de la muerte de Vindex le hicieron encerrarse en Clunia, dudoso de lo que debía hacer. Por fortuna para él, el liberto Sicelo, que sólo en siete días vino de Roma á Clunia, le trajo la noticia de la muerte de Nerón y de haber sido elegido para sucederle. Sin embargo, tenía todavía que vencer al prefecto del pretorio Ninfidio Sabino, que reconvino severamente al Senado por haber despachado cartas dirigidas á Galba sin su sello y se procuraba ganar la voluntad del pueblo entregándole los amigos de Nerón para que le sirvieran de espectáculo, llevando tan adelante la carnicería, que hubo de decir uno de los senadores: "temo que este nos haga echar de menos á Nerón.„ Pero habiendo querido proclamarse emperador, los soldados lo asesinaron.

La muerte rápida que recibieron sus partidarios y los instrumentos de Nerón, entre los que se contaron Locusta y Narciso, si alhagó al pueblo, mostró que el manso Galba recorrería tambien un camino de sangre. Las cualidades que le habían hecho estimable como particular le perdieron como Emperador. La severidad en mantener la disciplina que le hizo negar á los pretorianos el ordinario donativo diciendo: he elegido mis soldados, no los quiero comprar, y que hizo acuchillar, en puente Milvió á los marineros organizados en legión por Nerón que se habían sublevado por que los había mandado disolver, disgustó á los soldados; el rigor con que quiso poner coto á las liberalidades de sus predecesores obligándoles á restituir las nueve décimas partes y creando un tribunal que turvó las posesiones, logró crear más descontentos que aumentar los ingresos del fisco, su estrecha economía que castigaba hasta su mesa, le hacían odioso á los acostumbrados á las antiguas profusiones y la pereza con que dejaba á sus ministros Vinio, Laco é Icelo reno-

(1) Según Suetonio era tal, que habiéndole los de Tarragona ofrecido una corona de oro de Júpiter, que pesaba quince libras, la hizo fundir, y resultando tres onzas menos, se las hizo abonar.

var las miserias y los horrores del tiempo de Nerón le enagenó también el cariño de los buenos.

Los soldados de la Germania quisieron nombrar también su Emperador, Galba entonces eligió para sucesor á Pison Liciniano, jóven estimado por su modestia y severidad, diciéndole que tuviera presente que había de gobernar á gente que no sabía tolerar la libertad ni la servidumbre. Agradó á los soldados y á los senadores, tan digna elección pero contrarió á Oton que había ayudado á Galba y que aspiraba á sustituirle; proclamado emperador, solo por 25 pretorianos á quienes se había ganado con dinero, en medio de la indiferencia de todos, acudió Pison indignado de que unos cuantos desertores quisieran imponer un emperador y el pueblo gritó viva Galba, Oton suplica, envía besos á todo el mundo, rodeánle algunos de sus partidarios, los marineros ofendidos por Galba se le unen. Sale éste de palacio en una silla á causa de su edad y lo ultrajan, hasta que abandonado de todos presenta el pecho á los asesinos diciéndoles que hiriesen si así convenía á la república. Entretanto Vitelio se había sublevado con las legiones de la Galia y de la Germania. Oton por ganarse á España le agregó la provincia de la Mauritania Tingitana, asignándole al convento jurídico de Gades. Comenzóse la guerra con ventaja para Oton, pero derrotado en Bedriaco, acometido de un violento deseo de morir, aunque sus soldados le decían que el caso no era desesperado, no quiso que se derramase más sangre de hermanos, diciendo que si otros ocuparon el imperio más largo tiempo, ninguno lo abandonó más generosamente que él, y aconsejando á sus partidarios que se pusieran en salvo y añadiendo una noche á la vida se suicidó al amanecer, dejando el imperio en poder del infame Vitelio que se recreaba en el campo de Bedriaco, diciendo que el cadáver de un enemigo siempre huele bien y mejor si es el de un ciudadano. En su breve reinado no dió pruebas más que de crueldad, manchándose con muchos homicidios, incluso el de su madre, y de una gula desenfrenada, inventando un plato que por su extraordinaria cabida llamó el Escudo de Minerva, en el que se reunían los manjares más raros y más costosos, sesos de faisan, leche de lamprea, lenguas de aves cogidas á cierta hora en la época de la muda, hembras sorprendidas en la pollada y machos en el sueño, porque el susto daba al hígado un sabor delicioso, peces traidos en el agua en que se habían cogido, manzanas embarcadas con los árboles para que no perdieran su fragancia, setas cuyo nacimiento se expiaba en las noches húmedas etc.

Entretanto Vespasiano que hacía la guerra á los judíos,

supo la muerte de Nerón y *envió á su hijo Tito* á felicitar á Galba, pero como supiera en el camino la muerte de Galba y la contienda entre Oton y Vitelio, volvió atrás y exhortó á su padre á tomar el poder. Las legiones de Oriente que se creían con tanto derecho como las de España y las de la Galia para hacer emperadores lo aclamaron. Establece un senado en Berito y manda á dos de sus generales contra Vitelio. Las provincias y entre ellas España, la primera de todas, se declaran por él. Huye el ejército que Vitelio antes descuidado había reunido atropelladamente, deserta su escuadra, el emperador quiere renunciar, pero el pueblo se lo impide y degüella al gobernador de Roma, hermano de Vespasiano, que sin embargo no se había declarado por él. Pero Roma es tomada, Vitelio se esconde en una pocilga y el pueblo que poco antes lo aclamaba, lo pasea por las calles con los brazos atados á la espalda en medio de los insultos más soeces, á los que Vitelio solo replicaba, y sin embargo ha sido vuestro emperador.

Vespasiano que entretanto hacía milagros en Egipto y encontraba quien los creyera, hizo el que por tal podía tomarse de restablecer la disciplina en el ejército, gobernó con moderación y Roma respiró libre de atrocidades y locuras, aunque no faltaran del todo los suplicios, como el del republicano Elvidio Prisco y el de Cecina, antiguo espía de Nerón y complicado en la conspiración de Marcelo, hecho asesinar por Tito en una cena. Venció la insurreción de Civil, destruyó al nacer el Imperio que Julio Sabino había querido levantar en las Galias, haciendo matar á su mujer que con sus hijos nacidos en una cueva, le imploraba suplicante, haciendo ceder la compasión á la razón de Estado, hecho indigno de su ordinaria magnanimidad, acabó con Agrícola la conquista de Bretaña y por medio de su hijo Tito destruyó á Jerusalén con tan atroz matanza que fué llorada por su mismo destructor. Hasta su economía rayana en avaricia que le hizo proporcionarse dinero á veces por medios indignos de un príncipe, se convirtió en bien de la administración del imperio tan necesitado de regularizarse y al que dotó de magníficos monumentos.

Con razón, pues el nombre antes oscuro de la familia Flavia pasó á ser el distintivo aun de los emperadores que no pertenecieron á ella.

Estos Emperadores, elegidos por las provincias derramaron sus beneficios sobre ellas, Oton agregó la Mauritania Tingitana á España y Vespasiano agradecido, concedió á todas sus ciudades el derecho del Lacio, recompuso los caminos, mandó continuar la vía Aurelia hasta Gades y pasado el mar á

Tanger; levantó muchos y notables monumentos, acaso entre otros el acueducto de Segovia, y le envió Cuestores, como Plinio protector de los literatos españoles, por lo que agradecidas muchas ciudades, tomaron su nombre, como Flavium Brigantium (La Coruña), Flavio-briga (Bilbao), Flavio-Navia (Navia), Flavio-Augusta (desconocida), Iria-Flavia (El Padron). Por este tiempo se dice que muchos de los judíos que escaparon de la persecución vinieron á España y se establecieron en Mérida, según consta de sus escrituras.

A Vespasiano que se burlaba de las apeteosis imperiales diciendo cuando se acercaba la muerte; veo que voy á convertirme en Dios; sucedió su hijo Tito, las delicias del género humano, otro de los emperadores que como su padre mejoraron en el trono; en su breve reinado abolió la ley de felonia diciendo: ó murmura de mi injustamente y lo compadezco ó con razón y sería injusticia castigar la verdad. En cuanto á mis antecesores pues que son dioses pueden castigar sus injurias cuando lo crean conveniente. A este príncipe excelente que cuando no recordaba por la noche haber hecho un beneficio, decía, he perdido un día, que al aceptar el pontificado declaró que desde entonces no se contaminaría con sangre y no volvió á sentenciar á pena capital y reparó á su costa los daños que un incendio había ocasionado en el Capitolio, en el Panteon y en la Biblioteca de Augusto vendiendo hasta sus muebles y que procuró remediar con pródiga mano los daños que produjo la tremenda erupción del Vesubio que sepultó á Pompeya y Herculano y la peste que afligió al Imperio; le sucedió el licencioso, brutal, vanidoso y cobarde Domiciano. Al principio pareció querer seguir las huellas de su antecesor, prohibiendo los sacrificios cruentos, imponiendo la nota de infamia á los jueces que vendían las sentencias y á los gobernadores que robaban, reprimió la licencia pública castigando á muchos adúlteros con pena capital, prohibiendo á las prostitutas recibir legados y pasear en litera y con graves penas el hacer eunucos. Tan ganoso de gloria militar como incapaz de conquistarla alcanzó 4 veces el triunfo en un año, por victorias agenas y por primera vez el imperio pagó un tributo á los bárbaros. Habiendo hecho sacar el horóscopo de los grandes del imperio, halló pretexto para hacer morir bastantes senadores y caballeros. En su tiempo los romanos no se atrevían á comunicarse sus pensamientos y los tribunales eran instrumentos de asesinatos y de robos, bajo el nombre de corrección y castigo. Desterró á los filósofos y persiguió á los cristianos *adversum (christianos et mathemaicos)* sin perdonar á las personas de su misma familia, como el varón consular Fla-

vio Clemente y su esposa Domicilia, en cuya persecución parece que pereció S. Eugenio, obispo de Toledo. Habiendo habido un año escaso de granos y abundante de vinos, decretó que no se plantasen más viñas en Italia y arrancar la mitad de las de las provincias. Menudeaban las conspiraciones y los suplicios. Su miedo era tal que hizo revestir sus habitaciones de piedras especulares para que nadie se le acercase sin verlo. Pero un día se quedó dormido y un niño con quien jugaba le quitó una lista de sospechosos. Alterada la emperatriz al ver en ella su propio nombre le ganó por la mano.

Florecen en su tiempo los españoles. Quintiliano primer catedrático oficial que hubo en Roma, autor del tratado de Institutione Oratoria; Marcial, natural de Bílbilis, que con sus epígramas puso de manifiesto la corrupción de su época y los poetas C. Canio, gaditano, y el emeritense Deciano. Al mismo tiempo la filosofía estoica llega á hacerse predominante en el Senado, logrando colocar en el trono una serie de emperadores que es preciso clasificar en el número de los buenos. Así la parte sana del espíritu romano que Séneca había representado frente á Nerón, asciende al trono y cumple la obra de la universalización del derecho por una porción de emperadores en su mayoría españoles.

El nombramiento de los emperadores por las legiones de las provincias *(novum concilium)* debía aumentar la influencia de éstas, de que ya se quejaba Nerón, haciendo decir por su Cuéstor al Senado "que desamparaban los cuidados de la República y con su ejemplo los caballeros también se entregaban al ócio, por lo que no era maravilla que vinieran á ocupar los oficios públicos gentes de las provincias más remotas (1)„ verificándose en las relaciones políticas de aquéllas con la metrópoli un cambio más importante que percibido. Galba disolvió la legión germánica de lealtad no desmentida desde Augusto como que no tenía intereses locales que defender, y había levantado sus tropas en España; Otón, para ganársela á su causa, había extendido su territorio con la Mauritania Tingitana, y Vespasiano, por ser la primera ó de las primeras que se habían declarado á su favor, la colmó de beneficios; los emperadores no tenían ya una fuerza que fuera exclusivamente suya, y si no hubiera sido por los celos de sus diferentes provincias, hubieran estado respecto de ellas como el Senado respecto de las legiones, reducidos á mandar lo que aquéllas ordenaran. Debemos, pues, ahora en que vá á entrar como un im-

(1) Tácit.—Anal., Libr. XVI.

portante factor político, estudiar la organización de nuestra España. Hallábase dividida desde Augusto en tres provincias: la Tarraconense, que se extendía desde el Pirineo hasta el campo laminitano, separándola de la Bética y de la Lusitania el monte Solorio, (1) los Oretanos (2) y Carpetanos (3) y por el Duero. (4) Había en ella siete conventos jurídicos: los de Cartagonova, Tarraco, Cæsaraugusta, Clunia, Asturica, Lucus Asturum y Bracara Augusta. Comprendía dos colonias inmunes, Illici (5) y Cæsaraugusta; una de federados, Larraga; (6) 12 colonias, 13 ópidos de ciudadanos romanos, 18 de latinos viejos y 135 estipendiarios, y además, en las islas Pitiusas, Ebusus, ciudad federada, y en las Baleares dos ciudades con fuero de ciudadanos romanos, Palma y Pollencia, y dos con fuero latino, Cinium (7) y Cunici (8) en Mayorca, donde también hubo antes una ciudad federada, Bocorum, (9) y en Menorca las ciudades de Iamno, (10) Sanssera (11) y Magón (12). La Lusitania comienza en el Duero, y el Anas la separa de la Bética. Se divide en tres conventos jurídicos, el emeritano en Æmerita Augusta, el pascense en Beja y el escalavitano en Scalavis, Santarén. Comprende cinco colonias, un municipio de ciudadanos romanos (Olisipo), 3 con fuero de viejos latinos y 36 estipendiarias. Por último, la Bética tiene 4 conventos jurídicos: el gaditano, el hispalense, el cordubense y el astigitano. Comprende 3 ciudades federadas, 6 inmunes, 9 colonias, 8 municipios, 29 con fuero del Lacio antiguo y 120 estipendiarias.

Los pretores ó *legati Cæsaris* de estas provincias se trasladaban en épocas fijas del año, generalmente en invierno, á las ciudades que hemos visto designadas para ello, para administrar justicia, concurriendo á cada una los litigantes de los pueblos que comprendía su jurisdicción, constituyendo allí lo que se llamaba convento jurídico, que se componían de un cierto nú-

(1) Sierra Nevada.
(2) Navas de Tolosa, Almadén hasta la Puebla de Alcocer.
(3) La Sierra de Guadalupe, término occidental de la Carpetania por Guadarrama, Avila, Salamanca á Fermosilla.
(4) Aceptamos la corrección de Cortés y López que entiende debe entenderse *Ad Durium* en vez de *Asturium*, que se ve en los manuscritos.
(5) Elche.
(6) Larraga en Navarra y no Tarraga en Cataluña.
(7) Senén.
(8) Alcudia.
(9) Ruinas de Bocar.
(10) Ciudadela.
(11) Santa Agueda.
(12) Mahón.

mero de jueces ó recuperatores, bajo la presidencia del magistrado romano *(conventus intelligetur.... quum á magistratibus populus convocatur judicii causa)*. Así como en el convento jurídico se dirimían las contiendas entre particulares, para tratar de los negocios públicos se reunía el *concilium provinciale*, que se componían de los *honorati*, los *possesores*, los *judices* y los habitantes más ricos y notables para deliberar de los intereses comunes de la provincia y de nombrar personas encargadas de exponer sus reclamaciones y de sostener sus derechos. Estas asambleas se reunían con frecuencia y es de creer que en épocas fijas; su origen pudo ser muy bien el de las antiguas federales que hemos visto celebrarse desde la venida de los romanos en su favor y contra ellos y de las que se aprovecharan como instrumento administrativo y que después ampliaron extendiéndolas á diversas provincias reunidas y más tarde á toda una diócesis. Con ellas guardan grande analogía las reuniones de delegados de estas pequeñas repúblicas para la construcción de obras que á todas interesaban igualmente como la que decidió la edificación de la puente trajana. Este lazo colectivo era muy debil para por lo que predominó el régimen municipal.

Al describir siguiendo á Plinio las tres provincias españolas, hemos nombrado las diferentes clases de ciudades que en ellas existían, ahora vamos á examinar su constitución. Colonias.—La ley orgánica municipal es la *Lex Julia Municipalis* promulgada en 709 para toda Italia y que contiene disposiciones comunes para Roma considerada como el primer municipio y para las colonias italianas y extraitálicas. Savigny ha demostrado que las tres *tablas de Heraclea* la contienen; por desgracia no completa, pues falta toda la primera parte (1). Por lo que nos resta, se vé el elevado propósito de César de poner límites á la excesiva centralización y dar independencia al municipio evitando los abusos de los procónsules que derogaban los actos de los consejos locales, se mezclaban arbitrariamente en su administración y en sus asuntos de justicia pronunciando sentencias de pena capital y en tiempo de guerra disponía á su arbitrio de las milicias, lo agobiaban con impuestos onerosísimos (2) y cometían todo género de crímenes como si la justicia no

(1) Faltan los textos citados por Ulpiano (Dig. 60, 9, 3) y á los que alude Gordiano (Cod. 7, 9, 11. Mommsen Hist. de Rom. Trad. de A. García Moreno. Tomo IX. No le pertenece el fragmento conocido con el nombre de ley de la Galia Cisalpina, pues es una parte de la Lex Rubria que no se refiere en nada á la organización municipal.

(2) Durante la pretura de Verres en Sicilia el 59 por 100 de los propie-

existiera para ellos. Los bronces malacitanos, los de Salpensa y sobre todos el mayor número de los descubiertos en Osuna, aunque por desgracia todavía incompletos, nos permiten dar una idea de la organización colonial en nuestra patria. Se llamaban colonias de ciudadanos romanos las fundadas por estos, ya fueran los eméritos de las legiones, colonias militares, ya ciudadanos que vinieran á poblar. Estos conservaban todos sus derechos, incluso el de votar cuando se encontraran en Roma. Se hallaban divididos en tribus, pero esto debe entenderse en la colonia, pues en tiempo de César todos los colonos estaban adscriptos á una sola tribu romana, cualquiera que fuese su procedencia. Sabemos que muchas de las colonias en España se fundaron sobre ciudades ya existentes y de en muchas que se dejó habitar en ellas y el disfrute de sus tierras á los naturales por lo que nos inclinamos á creer que estos son los que se denominan incolæ (1). En muchas cosas como veremos, se ven asimilados á los colonos. Las mujeres alienígenas de los colonos se asimilaban á sus maridos. Entre las obligaciones de los colonos é incolas y hasta de los tributarios estaban la del servicio militar al que podía llamarlos el duumviro ó su representante siempre que ocurriera invasión en el territorio de la colonia ó peligro de ella y el de obras públicas, al que podían ser compelidos desde la edad de 14 años (2) á los 60, aunque no fueren propietarios para trabajar personalmente ellos y sus esclavos cinco jornales en cada año y además los que poseyeren bestias de tiro á destinar á las antedichas obras tres días con cada yunta, la obligación de contribuir á la fortificación de la colonia, alcanzaba también á todo el que dentro de la colonia ó de sus límites estuviese domiciliado ó tuviere predio. No se podía adoptar ningún senador ni hijo de senador como huesped de la colonia, ni darle tesera de hospitalidad sino por sentencia de la mayor parte de los decuriones dada por tablillas y cuando el sugeto de que se trate se encuentre en Italia como particular y sin mando. Se llamaban curiales á todos los ciudadanos que poseían 25 yugadas de tierra, de entre ellas se elegía el senado de la ciudad ó sea el consejo de decuriones que recibían este nombre por que aquel

tasios de los 4 distritos mas fértiles prefirieron dejar sus campos eriales á cultivarlos con aquel régimen.

(1) En la inscripción hallada en Terni se enumeran coloneis, incollis, hospitibus y adventoribus.

(2) Es de notar que aquí aparece decidida la cuestión que dividía á sabinianos y proculeyanos sobre si debía fijarse la pubertad por la inspección de los signos de ella ó señalar un plazo común desde el que se comenzara á contar.

se componía á los principios de la décima parte de los curiales. Según Savigny no podía exceder de 100 miembros, á él pertenecían los descendientes de los primeros inscriptos y los elegidos por la curia entre sus indivíduos. Más tarde se añadieron á ellos los que en los cargos del imperio ó de la ciudad habían obtenido los títulos de *honorati* ó *spectabiles*. Los curiales elegían también los duumviros imágen en la colonia de los cónsules de Roma. Tenían á su cargo la vigilancia sobre los diferentes ramos de la administración y presidían el Senado de la ciudad, la de levantar y mandar tropas con la misma autoridad que los tribunos militares y entender en la administración de justicia, conociendo como magistrado y nombrando jueces. Por mucho tiempo tuvieron el imperio además de la jurisdicción. Las iniciales J. D. *(juri dicundo)* que siguen á la palabra duumviro en muchas inscripciones sirven para distinguir esta magistratura de otros cargos inferiores en los municipios que llevaban el mismo nombre. Esta facultad se le fué sin embargo mermando en lo sucesivo y en las Pandectas se les denomina *magistratus minores*, *sine imperio*. *sine potestate*. En este tiempo sin embargo la tenían, bien claramente lo dice la ley Antonia, para la eregion de la colonia Julia Genitiva (26.1.19) en estas palabras: (XCIV) "Nadie diga el derecho ni tenga la dicción del derecho en esta colonia, sino los duumviros ó el prefecto que el descemvir dejase ó el edil como por esta ley le correspondiere, ni nadie ejerza mando ni poder en virtud del cual diga el derecho en esta colonia, sino aquel á quien con arreglo á esta ley correspondiera decirlo." Estaban por consiguiente unidas las facultades judiciales á las militares y á las gubernativas y administrativas como lo estuvieron en los cónsules antes que de ellos se separase la pretura. También se infiere que estuvieron unidas á la autoridad ordinaria de los descemviros las de los censores en esta colonia de que se les prohibe admitir dádivas de los arrendatarios de las rentas públicas y de que á ellos competía borrar de las listas los decuriones ó sacerdotes que deberán serlo, cuando en otras con el nombre de *quinquenales* y *curatores* ó con el mismo de censores reunían la autoridad de la censura romana á las de la cuestura. Por último podían delegar su autoridad en los prefectos ó vice-descemviros y en el jefe que había de encargarse del mando de las tropas que levantaran. La segunda de las magistraturas eran los prefectos. Se había venido creyendo que se diferenciaban de los descemviros en que su nombramiento se hacía en Roma y no era producto de la libre elección de los ciudadanos, pero las tablas de Osuna muestran que por lo menos en algunas colonias era nombrado según la ley de su

constitución por el descemviro para suplirle en caso de ausencia ó imposibilidad. Este prefecto era diferente del jefe del ejército. El prefecto del descemviro no podía nombrar á su vez prefecto subdelegado lo que expresamente prohibe la ley de Salpesa y por consiguiente no podía nombrar el prefecto de la milicia. Menciónase también el *inter rex* entre el descemviro y el prefecto, en lo que también se encuentra aunque raras veces en otras ciudades fuera de Roma. Ediles.—Ejercían una función semejante á los de Roma; arreglar, limpiar y reparar las calles de la ciudad, organizar juegos públicos y entender en las obras de defensa de la ciudad (1). El *defensor plebis* ó *defensor civitatis* fué al principio un cargo temporal y para negocio determinado no haciéndose perpetuo hasta la época de Constantino y Valentiniano I. Sus funciones consistían en defender los intereses de la ciudad y reclamar contra los agravios de los gobernadores. Tambien les correspondía el nombramiento de los tutores, practicaban en lo criminal las diligencias de instrucción y entendían y castigaban pequeñas faltas en lo civil, su jurisdicción al principio muy limitada llegó á extenderse hasta 300 sueldos; de sus providencias se apelaba ante los legados imperiales. Se elegían por todo el pueblo y no eran elegibles más que los plebeyos. Andando el tiempo, esta especie de tribunado de las colonias llegó á ser en algunas una verdadera magistratura y desempeñada por los obispos de las más influyentes á la caida del Imperio. Por incidencia hemos tratado de los censores ó quinquenales y del oficio que desempeñaban solo nos resta añadir que se consideraba de tal importancia que para obtenerlo había que haber desempeñado todas las otras magistraturas que su nombramiento solía hacerse por un año y estaba vacante por cuatro, por lo que suenan menos en los documentos que las otras magistraturas.

Todas ellas como se vé desempeñaban lo que pudiéramos llamar poder ejecutivo; el legislativo y la alta dirección de la administración pertenecía al Senado de los decuriones. Los descemviros tenían que someterles lo relativo á las legaciones que públicamente debían ser enviadas cuando estuvieren reunidos la mayor parte de ellos y lo que resolvieren la mayoría de los presentes ha de tenerse por determinado. Si la legación no fue-

(1) En la tabla III de las leyes de Osuna se equiparan á los decemviros en los decretos sobre cosas sagradas, nombramiento de Senador del pueblo romano, patrono ó huesped y sobre el tesoro público, siendo así que no tuvieron nunca el derecho de refrendar, por lo que Mommsen supone que esto es una interpelación.

re llevada á cabo por el elegido, éste designará entre los decuriones otro que lo sustituya, y si no lo designare sea condenado á dar 10.000 sextercios para los colonos, lo que podrá perseguirse por acción pública. Si algun decurión pidiera al decemvir ó al prefecto que se lleve á la decisión de los decuriones la manera de proceder y de juzgar en los asuntos referentes al estado de los fondos públicos, de las multas y de las penas ó de los lugares, campos ó edificios públicos, el que presida la dicción de derecho debe dar cuenta á los decuriones el primer día y si están presentes al menos la mayor parte lo que la mayoría decide téngase por resuelto y determinado. Sea permitido hacer cualquiera fortificación que los decuriones decreten estando presentes la mayoría y los ediles emprendan la obra con arreglo al decreto de los decuriones. Los decemviros han de someterles cuando estén presentes las dos terceras partes la designación de los campos por donde ha de ser conducida el agua á la colonia y séalo por donde la mayoría de los presentes acuerden siempre que no sea por edificio hecho no por causa de dicha agua. Si algún colono pidiese al decemvir que diese cuenta á los decuriones de su deseo de conducir á su propiedad el agua que se derramase de los depósitos, aquel deberá darles cuenta cuando estén presentes 40 á lo menos y si la mayor parte accediesen á la petición tenga el que lo solicitó derecho á usar el agua de modo que no cause perjuicio á ningún particular. Ninguno ocupe el lugar que se le asigne y señale á los decuriones en los espectáculos á no ser que sea decurión de la colonia Genetiva, magistrado ejerciendo mando y poder por sufragio de los colonos, con autorización del dictador Cay. César, cónsul ó procónsul, ó el que haga sus veces en la colonia y á los que correspondiera señalarse lugar entre los decuriones por decreto dado por éstos concurriendo al menos de ellos la mitad. Si alguno lo hiciera ó mandara con dolo malo, sea condenado por cada vez á dar 5000 sextercios á los colonos y del que de ellos quiera pueda entablar el género recuperatario. El decemvir, edil, prefecto ó cualquier otro magistrado de la colonia que diere espectáculos escénicos, lleve asiento, distribuya y asigne lugar á los colonos, avecindados huéspedes y á los transeuntes sin dolo malo conforme hubiese sido decretado y sancionado por los decuriones cuando estén presentes lo menos 50, cuando se trate del asunto y el que faltare á esto sea condenado á dar 5000 sextercios á los colonos y cualquiera de estos pueda seguir el juicio recuperatorio. Ninguno en los espectáculos escénicos se siente en la orquesta, sino el magistrado ó promagistrado del pueblo romano ó el que presida á la dicción del dere-

cho ó cualquier senador ó hijo de senador que allí estuviera ó el prefecto de los zapadores del magistrado ó promagistrado que obtuviere y gobernare la Bética ylos decuriones á quienes corresponda sentarse en el asiento de los decuriones. Cualquier decemvir, edil ó prefecto de la colonia durante la anualidad de su mando haga y cuide que se nombre como debe hacerse sin dolo malo los jefes de los santuarios, templos y capillas en la forma que los decuriones lo resolviesen y procuren también que en su anualidad se hagan conforme al decreto de los decuriones, juegos circenses, sacrificios y pulvinares. Si alguno obrara en contra cuantas veces lo hiciera, sea condenado á dar 10.000 sextercios á la colonia y quien de ellos quiera pueda entablar el juicio recuperatorio. Los duumviros, ediles y prefectos y todos los decuriones de la colonia obedezcan los decretos de los decuriones rectamente y sin dolo malo, y si no lo hicieren sean condenados por cada vez á dar 10.000 sextercios á los colonos y cualquiera de ellos puede entablar el juicio recuperativo. Ninguno de los duumviros, ediles ni prefectos pueden dar cuenta á los decuriones, ni consultarles, ni provocar decreto, ni haga ni mande hacer anotación en los tablas públicas para que un senador ó hijo de senador sea adoptado como patrono de la colonia, sino con arreglo á sentencia dada por medio de tablillas por las tres cuartas partes de los decuriones, á no ser que cuando de este asunto se trate sea un particular sin mando en Italia ni tampoco para que las dichas personas sean adoptadas como huéspuedes, ni se celebre con el convenio ni se les dé tesera de hospitalidad, salvo en los casos y en la forma antes indicada y cada vez que á ello se falte sea condenado á pagar 10.000 sextercios á los colonos, pudiendo cualquiera de ellos exigirlos en el juicio recuperativo.

Los decuriones podían ser nombrados aún de la clase de los libertos, como expresamente se declara en la ley Antonia (1) pero podían ser arrojados del decurionato por causa de indignidad después de vencido en juicio y en el que en él fuere condenado no podrá dar su voto entre los de su clase ni pretender el decemvirato, ni la edilidad, ni el decemvir que presida los comicios cuente los votos que obtenga ni lo proclame y el que lo acusare y venciere si es decurión de categoría inferior al acusado puede si quisiere dar su voto en el lugar suyo (2). Deben

(1) Si alguien dijere que algun decurión era indigno del lugar de la categoría que ocupaba en el decurion, excepto porque fuera liberto. Lex. Ant. C. V. Sin esta indicación no podían ser decuriones más que los ingenuos. Ley de Málaga. Cap. LIV.

(2) Segun Cicerón Pro Baldo 25, 57 los acusadores podían obtener en recompensa *prætoriam sententiam et pretextam togam.*

residir en la población y si después de nombrados dejasen pasar 5 años sin trasladarse á ella los decemviros, mandará borrar su nombre de la lista de los decuriones y los que citados á la curia no quisieren acudir podrán ser compelidos á ellos por los decemviros con la imposición de una multa, se les prohibe recibir merced, dádiva por razón de obras públicas ó del arrendatario con hipoteca de edificio ú obra pública, se rescindian los que Ulpiano llama *ambitiosa decreta decurionum* (1) mandando que no se recompense con dinero ó á costa del erario público á los que costeen algun ornato para la población, dé ó prometa algún obsequio ó erija á sus expensas alguna estatua. En los juicios recuperatorios salvo en las causas que hayan de fallarse el mismo día, se veda al decemviro celebrar juicios antes de la hora prima y después de la undécima, de estas se conceden 4 horas al delator, 2 á cada *suscriptor* y al reo otro tanto tiempo que á la acusación. El magistrado incoador del juicio no tenía derecho de citar como testigos más que á los sometidos á su autoridad. Si durante la celebración del juicio alguno de los testigos nombrase á otros en sus declaraciones, estos podran ser obligados á declarar no pasando de 20. El duumviro *judicium reddit*, el actor *postulat* ó *acusat* y se distinguen el *delator* y el *suscriptor* que lo apoya. Cuando el decemviro ó prefecto es el que hace las veces de demandante se presente el hecho singular de que haga de demandante y magistrado. Para evitar el soborno en las elecciones se prohibe hacer regalos ni dar convites públicos durante la elección, permitiendo solo invitar á 9 personas cada día (2).

Colonias latinas.—Se llamaban así las ciudades situadas en las provincias que eran administradas como las de Italia. Tenían la propiedad quiritaria del terreno el *jus commercium* y por consiguiente la capacidad de la mancipación, de la usucapión, de la vindicación y como las de pleno derecho quiritario estaban exentas de impuesto, pero no tenian ni el *jus sufragii*, ni el *jus honorum*. Ya hemos visto que Vespasiano concedió este derecho á todas las ciudades españolas. Esto, por supuesto debe entenderse de las que anteriormente no tenían uno superior.

Municipios, acaso de *municeps (munera particeps)* eran aquellas ciudades que conservando su gobierno propio, recibidos en la ciudad de Roma, esta hacía partícipes á su habitantes de su derecho. Así los municipios se diferenciaban de las colo-

(1) Dig. 50, 9. 4.
(2) Esta es la diferencia entre banquetes públicos y privados.

nias en que la población de aquellos era indígena, la de estas transportada de Italia (1); en que aquellos se regian por leyes y magistraturas propias, estas por las de Roma que se aplicaban acomodándolas á las circunstancias mediante una ley, y se asemejaban en que los moradores de los unos y de las otras gozaban del derecho quiritario.

La idea de un régimen municipal organizado fué desconocida de los antiguos que confundían la nación y la ciudad, así es que aun para la misma Roma no cabian fuera de ella más que ó colonias que eran su prolongación exterior, formadas por ciudadanos ausentes de la metrópoli ó pequeños estados dependientes de ella, ligados por los pactos ó por las concesiones; nada que se parezca á nuestro actual derecho de representación.

Las colonias y los municipios representan en lo político y en lo administrativo, los dos principios que se encontraron frente á frente por el hecho de la conquista; sin el régimen colonial el orbe romano hubiera sido una ciudad única, á triunfar el municipal una federación de ciudades bajo la eguemonía de una.

Estos dos principios exclusivos tuvieron sin embargo que modificarse á su contacto.

Fundadas muchas colonias en ciudades ya existentes en las que se dejó subsistir toda ó parte de la población indígena, fué preciso reconocerles algun derecho que se fué asimilando con el tiempo al de los romanos. Comenzóse por conceder ya por el estatuto provincial, ya por la voluntad de los magistrados, una especie de jurado indígena para los pleitos y acabóse porque se diferenciaran tan poco los *incolæ* de los ciudadanos que no llegó á haber más diferencia entre ellos que entre los habitantes de la población y los del campo. En las ciudades no colonizadas habitaban tambien ciudadanos romanos y estos tenían derecho para reclamar en los juicios los privilegios de su ley. De la compenetración de estas dos ideas nace la concepción del municipio (gracia concedida por servicios especiales á título de privilegio) y que más que ninguna representa el estado transitorio en que se encontraba ahora el estado romano. Independiente en lo civil y en lo administrativo el municipio es dependiente en lo político, aunque sus ciudadanos pueden gozar los privilegios del derecho civil quiritario. Y como el derecho político colectivamente es considerado tan ilusorio en las colonias como en los municipios, no es dificil preveer que esta institución es la que ha de triunfar en definitiva andando el tiempo.

(1) *Gens ad habitandam aliquam terram, missa, al incolenda et tuenda.*

No conocemos suficientemente las diferentes legislaciones municipales y porque no sabemos que se hayan conservado ninguna de las tablas en que debieron escribirse, sus magistraturas aparecen en las inscripciones con los nombres de los de las colonias, esto pudo suceder porque ó adoptaran los nombres de estas ó los romanos se las dieran á las que reputaban análogas como vemos á los historiadores llamar senado á las juntas de los principales de las ciudades, aun de aquellas que se conservaban independientes todavía. A esta opinión nos inclinaría la distinción de los municipios en *autónomos* (los que tenían sus antiguas leyes y magistraturas) y *fundos* (los que se regían por las instituciones de Roma) si la etimología misma no nos hiciera nacer la sospecha de que aquella se refiere á la existente entre municipios y colonias, tomándose aquí la palabra municipio en un sentido lato. Por lo demás, la superioridad del derecho que gozaban los habitantes de los municipios sobre los de las colonias no tardaremos en ver que fué reconocida por uno de los emperadores.

El mayor número de las ciudades españolas no pertenecía á estas categorías sino al de las *estipendiarias* que estaban obligadas á pagar tributo y en las que las autoridades probablemente debían ser nombradas por los pretores ó por lo menos confirmadas por ellos. Se llamaban *contributas* á aquellas poblaciones mas pequeñas que venían á tributar con otras mayores de que dependían. Las más privilegiadas de todas eran las ciudades *inmunes* que estaban exentas de tributos, privilegio tan raro que como ya hemos dicho solo poquísimas lo gozaban en nuestra España. Por último, independientes de Roma y solo ligadas á ella por los tratados las ciudades confederadas eran de derecho independientes, pero los tratados eran tales que de hecho no se diferenciaban mucho de los municipios ó de las colonias de las que copiaron las magistraturas, así vemos á Gades tomar el nombre de Colonia y á Juba rey de Mauritania honrarse con ser su duumviro.

Muchas ciudades españolas han acuñado moneda y las que contínuamente se encuentran van aumentando el número de las que conocíamos por los geógrafos, citándose hasta 138 de las que se tiene noticia. Augusto parece que lo había concedido á muchas, despues de él ya en la Bética y la Lusitania solo lo tenían: en la segunda *Ebora* y *Emérita* y en la primera *Gades, Hispalis*, *Itálica*, *Córduba*, *Carteia*, *Traducta* y *Tingi*. En la España Ulterior duró este privilegio hasta Tiberio y en la Citerior hasta Calígula.

Tributos.—Además de los ordinarios que le eran comunes

con las otras provincias España participó con Sicilia y Africa de ser una de las nodrizas *(nutrices)* del pueblo rey y como tal tenía que enviar á ella la vigésima parte de su cosecha de granos, que el Senado se reservaba la facultad de tasar. Para evitar que la cosecha de granos disminuyera se prohibía dedicar las tierras que le estaban destinadas á otro cultivo y aun cuando se toleró el olivo y el de la viña, ya hemos visto que se mandaban arrancar todas ó partes de éstas á cada mala cosecha de cereales. Justo es decir que la agricultura estuvo bastante adelantada, sobre todo si es cierto que se encuentran lápidas romanas en las acequias maestras de Valencia lo que demostraría que su admirable sistema de irrigación había comenzado antes de los árabes, mas lo que no es dudoso pues lo muestran las ruinas que se encuentran á cada paso es que de sus productos se mantuvo una población más numerosa de lo que hoy acertamos á concebir. Yo mismo he visitado los restos de cuatro más que medianos lugares dos de ellos de extensión muy considerable y que tenían el título de municipios que no podían vivir más que de una vega que apénas si basta hoy para alimentar una ciudad de tercer órden. A más del testimonio geográfico tenemos el de Cicerón que decía: "no somos tan numerosos como los españoles, ni tan fuertes como los galos„ y el de Paulo Osorio que hacía ascender á 40.000.000 los habitantes de la Iberia.

Ya hemos aducido los más imparciales testimonios para mostrar hasta qué extremo llegaba la riqueza del subsuelo de nuestra península que asombró á los antiguos como despues asombró á los españoles la de América, y las obras colosales que emprendieron los romanos para explotarla hasta partir montes enteros para arrancarla de sus entrañas como que constituía uno de los mayores ingresos de su erario, pero es imposible abandonar este punto sin dirigir una mirada de compasión á los infelices á quienes se ocupaban en estos trabajos. "No los dejaban descansar, dice Diodoro Sículo ni de noche ni de día, con contínuos azotes los hostigaban para que hiciesen más de lo que podían, los más débiles exhalaban el último aliento entre crueles martirios y los más robustos pasaban tan desesperada vida que de buena gana la hubieran trocado por la muerte. Aunque haya algo de exageración en suponer que todos estos tormentos los sufrieron los españoles porque el mayor contingente de los que se destinaban á las minas eran esclavos y los condenados *in metallum* algo debió alcanzarles teniendo en cuenta lo que Estrabón nos refiere de los accitanos. Y como las minas por lo común se arrendaban no hay que ponderar lo que en esto produjo tambien el régimen capitalista.

La helenización de Roma y el afan que se despertó por el lujo, hizo como nos dice Estrabón que España dejara de ser la casi exclusiva proveedora de tejidos para los romanos al terminar la república, sin embargo gozaban y todavía siguieron gozando de general estimación, las servilletas y pañuelos (1) de Setabis que merecían que Cátullo les dedicara una composición, los lienzos de Emporión y de Cartagonova, las telas escutulatas de los de Salacia, los encages de Cetóbriga, los velos de lino y los carbasos de Tarragona y no menos los tejidos de la lana que á veces se teñía en los mismos carneros, siendo mencionada por Virgilio la *ferrugo hispánica;* parece que en la Bética se crió la cochinilla, que en las Baleares había tintorerías de púrpura y el mínio de Sisapo se empleaba no solo para la pintura sino como afeite por las damas de Roma. Se sabía teñir la plata con aguas medicinales y se empezó á hacer uso del ocre para las pinturas. Los vasos saguntinos son celebrados por Marcial y otros poetas romanos, como por Plinio los barros de Maxilva y Calentum, de los talleres de Córdoba, Mérida y Tarragona salían obras de hierro y piedra muy estimadas y son famosas las armas bilbilitanas y las templadas en el Calibe (2). De éstos de los escabeches del garo y de la otra multitud de productos y de industrias de que antes nos hemos ocupado, se hacía un gran comercio por los diferentes puertos, especialmente por Gades, cuyos habitantes se aventuraban á largas y atrevidas navegaciones y que puede considerarse como la Marsella ó la Rodas del Océano. Facilitaban este comercio la navegación fluvial que penetraba mucho más al interior que hoy y la abundancia de vías aunque todavía se hicieron más en el periodo siguiente.

La riqueza y el contacto con un pueblo más adelantado y como ninguno aficionado á la magnificencia hizo que comenza-

---

(1) Ad Asinium.

Puesto que de la Iberia
Y su ciudad Setaba
Pañuelos me han enviado
Fabulo y Veranio: *cosa fina*
Y es justo los estime
Como á entrambos mi alma los estima.

Los antiguos no usaron los pañuelos para lo que nosotros de ordinario sino para limpiarse las lágrimas como lo dice su etimología.

(2) Entre los objetos artísticos, es notabilísimo el celebrado escudo de Escipión encontrado en el Rodano en el siglo XIII, que representa en bajos relieves la historia de la doncella devuelta por el general romano á su familia; es de plata, pesa 21 libras y tiene dos pies y dos pulgadas de diámetro.

ra á llenarse España de edificios suntuosos, siendo los de este tiempo aquellos en que mejor se muestra la filiación helénica (fenómeno análogo al que hemos visto producirse en la literatura) como por ejemplo, el acueducto de Segovia, atribuido posteriormente á Trajano. Y como la civilización española aun contando con las obras que aquí dejaron los cartagineses y que en su parte util ó bella los romanos supieron aprovechar sin gran esfuerzo, pues los mismos cartagineses estaban también semi helenizados (1), nada de semejante tenía que contraponer al nuevo arte, salvo algunos monumentos de las colonias griegas que en rigor no puede considerarse que le fueran extraños y el templo fenicio de Hércules (2) más que algunos toscos edificios y esculturas incapaces de sufrir el paralelo, la obra de la helenización de los romanos hecha por maestros griegos ó por sus discípulos no ofreció aquí los obstáculos que en la literatura y aun en la ciencia opuso el genio nacional.

Los restos de los teatros, anfiteatros y circos, aunque no podemos asegurar que todos sean de esta época ó anteriores á ella, como asímismo lo que Estrabón nos dice de los trajes al hablar de la Beturia y de los pueblos del norte, nos muestran lo que la romanizacióu había adelantado, pero este influjo donde se hizo sentir, fué especialmente en las clases elevadas como lo muestra, que el anciano Marcial tuvo que dejar entregada al ocio su musa latina porque sus bellezas no eran comprendidas en su patria y como él mismo dice *videor mihi litigare in aheno foro*. Y sin embargo él y Quintiliano enseñaron ó manejaron la lengua latina, procurando conservar su pureza entre los mismos romanos, tan cierto es que no puede juzgarse de un movimiento nacional, por ejemplo de algunas individualidades preeminentes que, ó adelantándose ú oponiéndose á él, contribuyen á él á su manera.

Son fuentes históricas para este período: Tácito, Historias aunque no alcanza más que el año 71, el mismo Vida de Agrícola (78-85); Suetonio. Doce Césares hasta Domiciano, Dion Ca-

(1) Recuérdese lo dicho acerca de alguno de los templos de Cartago, de la influencia en sus sabios de la filosofía griega y de la prohibición del Senado cartaginés acerca de la lengua y literatura helénicas.

(2) Quizá pudiera oponerse á esto los sepulcros que se suponen fenicios encontrados en Punta de Vaca y cuya cubierta marmorea sin inscripciones parece querer seguir las ondulaciones del cuerpo del difunto, sobre todo si fuera cierto, como no lo han asegurado, que tres monedas romanas, una sola gaditana que poseemos, se encontraron dentro de él y quizá también el teatro de Rigas, de que escribe Marcial *antiqua patrium theatra Rigas, Tutelamque chorosque Rexamarum.*

sio que con el compendio de Xiphilín abraza toda esta época y parte de la siguiente. Herodiano, Historia de los Emperadores. Entre los modernos merecen consultarse especialmente: Mommsen, Römisches Staatsrech; Schultem, La organización de las comunidades rurales en el imperio romano; Kubitchek Imperim romanum tributum descriptum; Lubinam Zur Geschichte und organization des rösmischem Vereinwesens que se ocupa de la extensión del derecho de asociación en el imperio romano, teniendo en cuenta las asociaciones obreras cuya organización describe detalladamente según las inscripciones; Weber Die Romische Agrargeschichte, excelente resúmen de Agricultura romana, tratando á fondo la cuestión del colonato; Merivale, Los romanos bajo el imperio; Duruy, Historia de los romanos; Tierry, Cuadro del Imperio romano; Dumond, Resúmen de los emperadores nomanos; Hübner, Inscriptiones Hispaniæ latinæ; P. Fita, Epigrafía romana; Amador de los Ríos, Historia de la literatura española; Picatoste, Descripción é historia política, eclesiástica y monumental de España; Hopfensach, Derecho político de los súbditos de Roma; Martín Amandi, Escritores españoles de la época latina.

Cuadro cronológico de este periodo

Galba	68			a.	de	Jc.
Oton y Vitelio	69	á	70	»	»	»
Vespasiano	70	á	79	»	»	»
Tito	79	á	81	»	»	»
Domiciano	81	á	96	«	»	»

EMPERADORES PROVINCALES

Elige el Senado al anciano Nerva, que subió al solio, no para hacer su felicidad, sino la del pueblo, y gobernó como si hubiera de volver á la vida privada, llamó á los desterrados y les devolvió sus bienes, prohibió los procesos de lesa magestad, amenazó á los delatores y castigó á los siervos y libertos que ha-

bían acusado á sus amos, dejó en paz á los que vivían conforme á las doctrinas de los judíos, limitó los gastos, suprimiendo juegos y espectáculos é impidiendo se le levantasen estátuas de oro hacía educar á los niños indigentes, prohibió la castración, mejoró la justicia, distribuyó vastísimos terrenos á los pobres y para socorrer y recompensar vendió hasta parte de su vajilla. Pero los pretorianos se sublevaron para que se les entregasen los asesinos de Domiciano y aunque Nerva les presentó su pecho desnudo, hubo de ceder. Entonces conoció que se necesitaba una mano más firme que la suya y adoptó y nombró sucesor al español M. Ulpio Trajano, que entró á pie en Roma, y al dar la espada de prefecto del pretorio á Liturano le dijo: Sácala en mi favor si cumplo con mi deber, si no cumplo, vuélvela contra mí.

El mejor guerrero de su tiempo vengó la ignominia de Domiciano, lanzando el admirable puente sobre el Danubio y conquistó la Dacia y cedió en diezmo la comarca entre el Danubio y el Rin superior (campos decumanos). Reprimió á los partos y conquistó la Armenia, subyugó la Mesopotamia, la Asiria y la Arabia Petrea, llevando los límites del Imperio lo más lejos que llegaron nunca. Disminuyó la renta y las prerogativas imperiales en lo que convenía el bien público, devolviendo las elecciones á los comicios, al Senado la mitad de los sufragios y á los magistrados la consideración, castigó las concusiones de los gobernantes y buscaba los más dignos para los cargos públicos; liberal en sus distribuciones á los soldados y al pueblo, mantuvo á más de dos millones de personas y siempre los granos á bajo precio, sembró el Imperio de magníficos edificios que conservarán su nombre, por lo que se le dió el epíteto de *parietario*. Levantó en España la magnífica puente trajana sobre el Tajo en Extremadura, habiendo contribuido á ella muchos de los pueblos de aquella provincia, el Circo de Itálica, la columnata de Zalamea la Serena, el Monte Furado y la Torre de Hércules en Galicia. Quizá por celos de divinidad persiguió á los cristianos, pero templó esta persecución por una carta de Plinio, el jóven Gobernador de Bitinia, en que le decía que aquella superstición más debía combatirse con la maña que con la fuerza, ordenando que no se hicieran pesquisas contra ellos, pero que si los denunciaban los castigasen y despues de haber sometido á los judíos que se sublevaron de nuevo, murió cuando volvía de la guerra contra los partos que habían arrojado al rey que les impusiera. La rara felicidad de su tiempo en que todos podían pensar lo que decían y decir lo que pensaban, dió nuevo esplendor á las letras.

Sucedióle P. Elio Adriano á quien su antecesor había casado con una sobrina suya, español ú oriundo de españoles. Pensando que un monarca debe ser como el Sol, visitó las provincias del Imperio. En España reunió en Zaragoza un concilio de las ciudades para pedir un contingente de hombres que le fué negado. Allí estuvo á punto de morir porque un esclavo le acometió con una espada desnuda y teniéndolo por loco le entregó á los medicos para que lo curasen. Dividió como dice Sexto Aurelio Victor la España en 6 provincias; Bética, Lusitania, Cartaginense, Tarraconense, Galicia y Mauritania Tingitana, gobernándose la Lusitania y la Bética por legados consulares y por presidentes las otras cuatro.

De Adriano es tambien de quien se dice que habiéndole pedido sus paisanos de Itálica le hiciera colonia lo negó por ser mejor la condición de municipio de que gozaba.

La penetración de la filosofía histórica en el derecho había dado al romano el carácter de universalidad y los elevados principios que hacen haya merecido ser llamado la razón escrita. Prepararon esta dichosa transformación los edictos pretorios, correcciones que el espíritu flexible de la democracia hacia al inflexible del antiguo derecho quiritario, enseñando acciones ó excepciones; para proteger la propiedad natural contra la quiritaria, la prescripción que garantizaba la bonorum posetio donde no cabía la usucapion como en las provincias, la de inoficioso testamento que declaraba locos á los que desheredaban á sus hijos, los cuasi contratos y cuasi delitos, con lo que hacía pasar al fuero externo lo que en el vigor antiguo era solo un deber de conciencia. Cicerón fué el primero que reunió estos edictos y acaso otros pero con carácter meramente privado, pero ahora Adriano mandó al célebre juriconsulto Salvio Juliano redactar el Edicto Perpetuo que hizo aprobar por el Senado y que como veremos no tardó en ser imitado para las provincias. También es este el período del florecimiento de los jurisconsultos, *sacerdotes que buscan la verdad*, *no la filosofía disimulada* (D. 1. 2.) Adriano dió un rescripto, en virtud del cual si la opinión de los jurisconsultos era unánime obtenía lugar de ley (*lege vicem obtenit)* y en caso de desavenencia decidía el juez creando así nueva fuente de derecho que se llamó *responsa prudentum*. Ya hemos visto que los jurisconsultos no tardaron en formar escuelas, según querían aceptar perfeccionamientos progresivos ó apegarse á la interpretación estricta de que fueron jefes en tiempo de Augusto, Antistio Labeón y Ateyo Capiton, y que sus discípulos Sempronio Proculo y Marnurio Sabino dieron origen después á las escuelas de Sabinia-

nos y Proculeyanos. La influencia de la filosofía estoica que había proclamado la unidad humana y la necesidad histórica de los romanos de reducir tantas diversas legislaciones á una comun produjo la necesidad de hallar una fórmula en que aquellas cupieran bajo principios universales y ésto dió al derecho romano ese carácter de universalidad formal que se funda menos en la naturaleza de las cosas que en los principios universalmente admitidos por todos los hombres, menos en el derecho natural que para los romanos no eran los principios absolutos de la razón sino *quod natura omnia animalia docuit*, que en el derecho de gentes. Como este es anterior al derecho político de cada pueblo, de aquí los hermosos principios que traen á él derecho civil tales como el que la esclavitud es contraria á la naturaleza *(contra naturam subjicitur)* que el matrimonio es la unión del hombre y de la mujer en una personalidad superior *(individuam vitam)* comunicación de todo lo divino y humano *(divini et humani juris comunicatio)*.

Con la creación del gobierno imperial había nacido una nueva fuente de derecho. Los emperadores como representantes del pueblo en quien éste se suponía que había delegado sus funciones por la supuesta lex regia tenían derecho de legislar *(sed quod principi placuit legis habet vigorem)* lo que si abría una puerta á la arbitrariedad no dejó de producir por otra parte ventajosos resultados. Deseosos los emperadores de destruir la antigua constitución favorecieron las manumisiones, extendieron la ciudadanía, mejoraron la condición de los esclavos reprimiendo la crueldad de los amos, favorecieron los peculios de los hijos de familia y las emancipaciones, ejerciendo una dictadura verdaderamente humana. Pero así como la filosofía estoica atiende sólo á la intención y no se ocupa de la bondad objetiva de las acciones, los jurisconsultos romanos estudian el derecho separado de las cosas ú ocupándose de estas sólo bajo una abstracta generalidad, constituyendo una unidad formal del derecho en que todo cabe.

El amor de Adriano á la paz que le había hecho abandonar las provincias allende el Eufrates y levantar una muralla en los confines de la Britania y de la Caledonia *(vallum romanum)*, le hizo viajar por todas las provincias del imperio para mejorar la administración; en España perdonó 19.000 sextercios á la Bética é hizo reedificar la calzada de Munda á Carsama. Prohibió que los gladiadores combatieran con armas homicidas y dotó á Atenas de escuelas de filosofía. También prohibió condenar á los cristianos sin oirlos y sin que antes quedaran con-

vencidos de haber cometido algun crimen contra el Estado (1).

Tuvo sin embargo que sostener una guerra terrible contra los judíos. Queriendo fundar en Jerusalem una colonia gentílica, *(Ælia Capitolina)* y habiendo comenzado á levantar un templo de Júpiter sobre el sagrado suelo del antiguo, los hebreos para impedir tal profanación se sublevaron al mando de Barkokeba: la pericia triunfó contra el arrojo de los sublevados, el país quedó desierto y los judíos esparcidos por toda la tierra, pero conservándose fieles á sus tradiciones.

La afición un tanto presuntuosa de Adriano á la ciencia y al arte que le condujo á pasar frecuentes temporadas en Atenas y á rodearse de aduladores griegos y sacerdotes egipcios impulsó un renacimiento inclinado á la erudición y á las doctrinas secretas en la ciencia y en el arte, de que son monumentos en su reinado la *Vila de Tiboli* llena de preciosidades artísticas, templos en Atenas y con otras ciudades y su grandioso sepulcro *(Moles Adriani)* aunque con tendencias un tanto afeminanadas en la escultura como se manifiesta en los Antinoós y que por desgracia no eran agenas á sus costumbres.

Como Tiberio se había retirado á Caprea, él se retiró á Tíboli, donde se entregaba á las lascibias de que no se avergonzaba el paganismo lo que le permitia su salud tan quebrantada que estuvo varias veces para quitarse la vida. Para evitarlo se acudió hasta las milagros; una ciega se le presentó diciendo que un sueño le había advertido le intimase que no se quitase la vida y que por no haberlo hecho se había quedado ciega y al besar los pies del Emperador le volvió la vista. Devolviósela también á otro ciego y al tocarlo disminuyó su fiebre, pero apesar de estos prodigios y diciendo: los muchos médicos me matarán, se dió á comer y beber con confianza y murió dejando por sucesor por muerte de Comodo Vero, á Antonino que mereció el sobrenombre de Piadoso, el de Numa del Imperio y que Dion Casio digera de él que todos los corazones lo querían y todas las lenguas lo alababan. Ganó no solicitó el favor del pueblo, perdonó por completo á las ciudades de Italia el *aurum coronarium*, disminuyó los impuestos y cuidó de que se exigiesen con humanidad pensando que la riqueza de un monarca es la felicidad pública. Decretó que los que sin causa matasen á sus esclavos fueran condenados como si matasen al ageno. Oficiaba como Pontífice, pero prohibió se molestase á los cristianos y escribió á los griegos alabando su virtud. Hizo ver que era tan

(1) Este notable Edicto nos ha sido conservado por Eusebio, Historia Eclesiástica, IV, 9.

grande el poder del imperio que se conservaba sin la guerra. En su familia lo hizo desgraciado su esposa Faustina, entregada á la lujuria y sin embargo colocada entre las diosas. Al morir, habiendo adoptado por orden de Adriano á Marco Aurelio y L. Vero dejó al primero que había casado con una sobrina suya la sucesión del imperio. Marco Aurelio asoció á L. Vero al poder y para apartarle de los vicios le encargó el gobierno militar. No lo consiguió y mientras vencían sus generales siguió entregado á ellos hasta que murió. Prosiguió M. Aurelio la guerra contra los bárbaros. Una vez que se hallaba en grande aprieto rodeado de los Marcomanos y falto de agua, lo salvó una tempestad que los egipcios atribuyeron al mago Anufis, los cristianos á milagro y los gentiles á oraciones del Emperador. Habiéndose divulgado la muerte de éste, su esposa Faustina persuadió á Casio, vencedor de los Persas y de los Egipcios y que ahora gobernaba la Siria á que tomase el imperio y se casase con ella. M. Aurelio tomó el camino de la Iliria para encontrar á Casio y cederle el imperio si éste fuera la voluntad de los dioses, porque decía, si sufro tantos trabajos no es por mi interés ó ambición, sino por el bien del pueblo. Un centurión había asesinado á su enemigo y Marco Vero quemó las cartas de sus partidarios, diciendo: Esto agradará á M. Aurelio y si le desagrada, perdiendo mi vida habré salvado la de muchos. Bien interpretaba los sentimientos del monarca que al ammistiar á los conjurados, decía: La venganza es indigna de un monarca. Prohibió también á los gladiadores que usaran armas homicidas y dotó en Atenas escuelas de Filosofía.

Bajo M. Aurelio los moros invaden la Bética y sitian á Singilia (cerca de Bobadilla) Cortijo del Castillón, como consta de la siguiente inscripción del pedestal de una columna encontrada en sus ruinas en laude de G. Vallio Maximino que le libertó del asedio:

G. Vallio Maxumiano
Proc. Augg. E. V.
Ordo Singil Barb.
Ob Municipium
Diutina Obsidione
Et bello maurorum
Liberatum
Curantibus
G. Fab. Rutico et
L. Æmil Pontiano

Completando la gran obra legislativa de estos emperadores, publicó M. Aurelio el *Edictum provinciale* á semejanza del

perpetuo que sancionando las legislaciones propias aún en las ciudades dediticias fué un inmenso paso en aquella obra de cosmopolitismo inspirada por la filosofía estoica y el triunfo decisivo del elemento provincial sobre el romano.

Lucio Vero había logrado rechazar la invasión de los partos que al mando de su rey Borogneso se habían apoderado de la Armenia, obligándolos á encerrarse en sus antiguas fronteras. Pero enemigos más terribles amenazaban al imperio, los marcomanos, los quados, vándalos y jazigos penetran hasta Aquilea mientras que los godos se iban acercando á los límites del imperio.

Haciendo un esfuerzo supremo para lo que fué preciso alistar hasta esclavos y gladiadores, los emperadores lograron reunir un ejército y se dirigen contra los germanos. Lucio Vero muere en la lucha, pero Marco Aurelio los derrota y haciéndoles retroceder hasta el Danubio les obliga á pedir la paz (174) pero de nuevo la rompen los belicosos bárbaros (178) y sin que pudiera acabar de someterlos el valeroso príncipe muere en Vindobona (Viena) acabado por sus pesares.

No solo había tenido que tolerar los desórdenes de su colega el sensual L. Vero, sino de los de su propia esposa Faustina, á quien la gratitud que debía á su padre adoptivo le impidió separar de su lado. Y como para poner á prueba su bondad, todo género de calamidades afliguieron al imperio como hambre, peste y terremotos. La superstición gentílica atribuía estas calamidades á la tolerancia con los cristianos, por lo que faltándole la necesaria energía decretó contra ellos la cuarta persecución, si bien la suspendió á poco á consecuencia se dice de haber vencido á los germanos con el apoyo de la legión mauricia (fulminante), compuesta toda de cristianos.

Los 84 años que transcurrieron desde la muerte de Domiciano á la de M. Aurelio, fueron los más felices del imperio y España disfrutó entonces de un período de bienandanza. Los legados y procónsules cumplían por lo general las leyes, los magistrados administraban justicia y reinaban el orden y la paz. Entonces se cubrió España de esos magníficos edificios, cuyas ruinas se encuentran por todas partes: Tarragona, Itálica, Mérida, Sagunto, Córdoba se embellecieron con templos, palacios, circos, anfiteatros, naumaquias, arcos, estátuas, acueductos y termas.

Pero esta felicidad nacida de las cualidades personales de los Emperadores y del influjo de la filosofía que no alcanzaba al pueblo, no tardó en desaparecer. Cómmodo hijo de M. Aurelio y á quien la lubricidad de su madre Faustina y sus instintos hicie-

ron creer que lo era de un gladiador, había mostrado desde temprano su perversa índole arrojando á los 14 años al horno á un bañero por que le había puesto el agua demasiado caliente. Se complacía en ver padecer á los condenados al tormento. De fuerzas colosales atravesó con su lanza á un elefante de parte á parte y se gloriaba de haber vencido mil gladiadores sin ser herido. Se disfrazaba de Hércules y hería con su maza á los que encontraba y luego jactándose de hábil cirujano los curaba lo que era peor. Tan lujurioso como feroz tenía 300 concubinas y 300 bagaros y llegó á violar á sus hermanas. Necesitando dinero para tantas locuras vendió los empleos, aumentó los impuestos, absolvía á los reos por dinero y hasta permitió por precio las venganzas y los asesinatos. Castigaba lo mismo á sus cómplices que á sus enemigos, entre lo que se contó su propia hermana, lo que le hizo renovar los procesos de lesa magestad. Un soldado Materno al frente de una banda de desertores, sembró la confusión en España y en la Galia y cercado por todos lados fué á Italia y con unos pocos de los suyos estuvo á punto de proclamarse emperador. Marcia su concubina, Lito Capitan de sus guardias y Ecleto su mayordomo, sabiendo que estaban condenados á muerte lo envenenaron. Los conjurados eligieron emperador á Helvio Pertinax, valiente soldado que conservó en el trono sus virtudes privadas pero los pretorianos que temían que se reformase la disciplina lo asesinaron. Dueños del poder, ofrecieron el imperio al mejor postor y Didio Juliano lo fué, porque en aquella vergozosa subasta ofreció 6.220 dragmas pagadas en el acto, en vez de las 5000 que á cada soldado había ofrecido el suegro del Emperador, Sulpicio, comprometiéndose é restablecer las cosas en el estado de Commodo. Aquella venta indigna del Imperio sonrojó hasta la plebe que no dejó de manifestar su disgusto en los juegos del Circo, pero más disgustó á los generales de las provincias, que se sublevaron proclamando las legiones de las provincias, emperadores á Clodio Albino en la Britania, á Pescenio Niger en la Siria y á Septimio Severo en la Panonia.

Gloria fué de los emperadores españoles haber detenido la ruina del imperio que se derrumbaba. Trajano con su energía y sus virtudes militares, no sólo borra la ignominia del tributo que el feroz y cobarde Commodo había pagado á los bárbaros, sino que extiende los límites del mundo romano hasta países que nunca habían entrado en el, y que después de él se abandonaron; inicia con los campos decumanos el sistema de defender las fronteras con colonias militares y comprende que su poder mayestatico no es arbitrario ni irresponsable. La filosofía estoi-

ca, que ha llegado hasta los esclavos con Epicteto, asciende con Marco Aurelio al trono imperial; ella y la jurisprudencia, que es el más preciado de sus frutos, enseñan que la verdad y la justicia tienen un orígen más alto que los decretos de los príncipes y que los votos de los comicios, que unos y otros deben obedecer á la voz divina de la razón que habla por la boca de sus órganos adecuados y emprenden aquella obra de cosmopolitismo de que son insignes monumentos el Edicto perpétuo y el Edicto provincial. Pero ni la filosofía estoica ni el genio romano, su más fiel expresión, careciendo de contenido, podían dar al pensamiento y á los hechos más que una unidad formalista. Para hallar la real era preciso penetrar en la naturaleza misma de las cosas, y ya á fines del siglo anterior había ido á buscarla en los remotos paises del Oriente, el que á sí mismo se titulaba sacerdote de todas las religiones, Apolonio de Tyana.

Comiénzase á obrar en el mundo pagano una reacción importantísima. La incredulidad y la más grosera superstición dividen las conciencias y dividieron al paganismo en dos partidos opuestos: el *ortodoxo*, representado por el mediano poeta *Serapion*, que condenaba todos los adelantos de la ciencia, procurando acabar con ella, y el racionalista, que intentaba purgar de sus ridiculeces á la religión pagana, buscando á sus símbolos una explicación inteligible. Señal de la necesidad de los tiempos, es que todas las escuelas filosóficas toman ahora un tinte religioso. Epícteto, nacido en la esclavitud pero libre por la nobleza de su alma, enseña á acatar la justicia con que Dios gobierna al mundo y á sostener la libertad moral con la fortaleza de que tan buena prueba dió en las desgracias de su vida, y Marco Aurelio, pensando que su alma es una parte de la del mundo, trata de establecer en la suya el orden y concierto que en la de aquel por todas partes resplandecía, porque ya sea que el mundo obedezca á una necesidad fatal ó sea dirigido por una providencia, la ley es ley y hay que obedecerla. Esta resignación pasiva no podía satisfacer la inteligencia, y el exceptisismo filosófico de Sexto Empírico y el literario y burlón de Luciano de Samosata, minaron las creencias, ya en su base científica, ya poniendo en ridículo todas las que pretendían dirigir aquella civilización.

Con mayores elementos tratábase de realizar la fusión del trabajo reflexivo de la filosofía griega con las intuiciones religiosas del Oriente en la Roma del saber, en Alejandría; los judíos Akiba y Simeón ben Jocaí fundan la cábala, que buscando en la Biblia un sentido secreto, pero que en la misma Biblia pretendían encontrar, crean una especie de doctrina intermedia entre la religión y la filosofía, mientras que Judas Akadosc, con

la Misna, supone una revelación oral que debe completar la ley escrita, llegando Filon á encontrar tales semejanzas entre Platón y la Biblia, que esplica á la Biblia por Platón y á Platón por la Biblia. Con esto se preparaba aquel último pero poderoso esfuerzo de la civilización pagana, que se llama el neoplatonismo. Entre los preparadores de él no podemos olvidar á un insigne español, Moderato de Gades, de cuyas obras desgraciadamente no conservamos más que escasísimos fragmentos, pero que nos bastan para ver el influjo que ha ejercido en todo nuestro pensamiento filosófico posterior.

Del lado opuesto la nueva civilización que se incuba comienza á manifestarse con S. Justino y los apologetas que defienden al cristianismo de las calumnias paganas y presentan el contraste acentuado de las dos creencias como los primeros tiros de la dura batalla que el cristianismo naciente y el paganismo expirante han de reñir lo mismo en la esfera de las ideas que en la de los hechos.

Entre los autores españoles, después de Pomponio Mela con que termina el siglo anterior solo pueden citarse Marcial y Silio Itálico en aquella verdadera exterilidad que comienza para la literatura propiamente dicha en la que sin embargo como señal de los tiempos comienza á iniciarse la novela. Los ingenios se dirigen más á las ciencias (Galeno y Ptolomeo) y á la Filosofía. El arte que levanta ahora monumentos más amplios y más espléndidos el Foro de Nerva, la columna triunfal de Trajano, la basílica ulpia, la puente de su nombre en España, la ampliación del Circo, la *Moles Adriani*, etc., se inclina cada vez más á la ostentosidad romana y se aparta de la delicadeza griega preparándose á recibir influencias orientales.

Son fuentes para este período, Herodiano, Historia de los Emperadores (de 138-229). Los escritores *historiæ augustæ*, Elio Sparciano, Vulcacio Galiano, Trebelio Polion, Elio Lampridio, J. Capitolino, Fl. Vopisco que comprenden las vidas de 34 emperadores, desde Adriano á Diocleciano. Plinio, Panegírico de Trajano, S. Aurelio Victor, los Césares hasta Juliano; Eutropio, compendio de Historia romana que alcanza hasta 364; Sexto Rufo, Sumario de las victorias y de las provincias del pueblo romano (363).

Entre los escritores modernos á más de los citados Gibbon, Historia de la decadencia y ruina del imperio romano. Y como escritores críticos: Gregororius, Der Kaiser Hadrian Gemälde der romische hellenischen Welt zu siner Zeit. Según él, la principal fuente de Sparciano es Mario Máximo que para la primera mitad de los viajes de Adriano, ha utilizado la autobiografía

de este emperador. Plew, Krische Beiträge zu den Scriptores historiæ Augustæ, Quellenuntersuchungen zur Geschichte des Kaisers Hadrian; Des sau Hermes XXIV, 337 y Seeck Fleckeisens Jasbücher vol. CLI, 609, cree que la colección de los escritores historiæ augustæ no es obra de muchos autores, sino de un solo personaje contemporáneo de Teodosio; Mommsen, Hermes XXV, 228, pone su redacción en tiempo de Diocleciano, cree que ha sido rehecha bajo Constantino y más á fondo bajo Teodosio; Klebs, Questions Severianæ, no cree tampoco en una redacción única, pero tampoco en un doble refacimiento, pues los pasajes atribuidos á los últimos redactores forman parte del medio de las biografías.

Cuadro cronológico de este periodo

Nerva	96-98	dc.	Jc.
Trajano	98-117	»	»
Adriano	117-138	»	»
Antonino Pio	138-161	»	»
Mr. Aurelio	161-180	»	»
Commodo	180-193	»	»
Pertinax Didio Juliano	193	»	»

EL IMPERIO MILITAR

La degradación que manifestaba la subasta que dió el imperio á Didio Juliano por los pretorianos hizo que las legiones de las provincias quisieran nombrar también ellas emperadores y las de Siria proclamaron á Pescenio Niger, las de Bretaña á Albino y las de Iliria á Septimio Severo.

El Senado no tardó en proclamarlo y á enviarle senadores, mientras enviaba sicarios á Didio, dispuesto á renunciar por la vida. ¿Que mal he hecho? ¿He quitado la vida á alguien? decía, pero pagó con la suya los 66 días de su reinado. Severo mandó reunir á los pretorianos dentro de un cuadro formado por sus tropas, los exhoneró y los desterró como á traidores, creando

luego un número cuatro veces mayor, tomado de todas las legiones, alhagando de este modo al ejército y preparando el dominio militar. Se dirigió luego contra Niger, á quien entretenía indicándole sería su sucesor batiendo á su general Emiliano cerca de Cívico, y á el mismo en Ipso que tuvo que huir y fué asesinado en Antioquía. Castigó á los partos y conquistó parte de la Mesopotamia y tomó á Bizancio, que destruyó. Dirigióse contra Albino, á quien alhagaba haciéndole creer que iba á nombrarle César y le derrotó cerca de Lión en una batalla en que estuvo á punto de perder la vida y en que su ribal espiró á sus pies, haciéndole pisotear por sus caballos y entregándolo á los perros para que lo devorasen. Condújose con crueldad contra los partidarios de sus enemigos, triunfó de nuevo de los partos, proscribió á judíos y cristianos y encerró los libros de doctrinas secretas en el sepulcro de Alejandro Magno para que ni aquel ni estas se volvieran á ver. Entregóse á Severo Plauciano, prefecto del pretorio, con cuya hija Plautilla casó á su hijo Caracalla, al que trajo una dote que hubiere bastado á 90 reinas. Caracalla irritado por el fausto de su mujer y de su suegro trató de perderlos, por lo cual el último conspiró, pero Caracalla le mató con su espada en el mismo aposento de su padre; su mujer fué desterrada y sus amigos muertos. Entonces se nombró prefecto del pretorio al célebre jurisconsulto Papiniano, el que se asoció á los no menos célebres Ulpiano y Paulo, con los que el Emperador publicó leyes de grande, aunque severa justicia. Nunca perdonó, pero cuando hubo concluido con sus enemigos hizo florecer al pais y despreciando aquel vano simulacro de Senado estableció francamente el despotismo militar, aconsejando á sus hijos mantener el afecto de los soldados.

Eran estos Caracalla y Geta, á quienes había nombrado augustos para que juntos le sucedieran. Su padre había pronosticado que el más fuerte mataría al otro y luego sería arruinado por sus vicios. Así sucedió; en vano la prudente emperatriz Julia, su madre, trató de reconciliarlos, Caracalla lo mató en la misma estancia de su madre, diciendo: que sea Dios, pero que muera, y quiso que Papiniano escribiese una apología del fraticidio, pero el gran jurisconsulto le contestó: Es mas fácil cometerlo que justificarlo, sellando con intrépida muerte la fama adquirida con su ciencia y su moralidad. Desde entonces vivió Caracalla entre crueldades y locuras, seguro del apoyo de los soldados, con quien compartía el dinero, los vestidos y los vicios. Un adivino africano, había pronosticado el imperio á Opilio Macrino, prefecto civil del pretorio. Caracalla le remitió el aviso y aquél, comprendiendo que no había más que morir ó matar,

compró á un soldado que lo asesinó. Su reinado es memorable por haber declarado ciudadanos romanos á todos los soldados del imperio,

Fecisti patriam diversis gentibus unam
Urbem fecisti quæ prius orbis erat
Rutil Num.

pero no por amor á la justicia, sino por cobrarles la vigésima parte de las herencias que sólo pagaban los ciudadanos.

Augusto había restringido la facultad de admitir nuevos ciudadanos, limitando el derecho de ciudadanía á los libertos que antes adquirían la ciudadanía privada, aunque no podían aspirar á los empleos, ni servir en el ejército, ni ser admitidos en el Senado hasta la 2.ª ó 4.ª generación. Mecenas le aconsejaba concediese la ciudadanía á todos sus súbditos, pero el no pagar éstos impuesto territorial ni de aduanas ni peajes, hizo á los emperadores muy parcos en concederlo, limitándolo á los grandes propietarios de las provincias, á los magistrados y á los que servían en las legiones, que lo adquirían por derecho propio. Esto hacía sin embargo que la propiedad se acumulase en éstos que no pagaban tributos, por lo que desde la época de Trajano hubo cierta distinción de privilegios entre los ciudadanos antiguos y nuevos y desde Vespasiano los provinciales admitidos en la ciudad no quedaron libres de ningún impuesto. Las prerogativas de ocupar solos los empleos, de no ser juzgados más que por la asamblea del pueblo y de decretar la guerra y la paz, habían caido con la república, eran por el contrario excluidos de las herencias intestadas, á no ser en grado próximo de agnación y de algunos impuestos que pesaban sobre ellos. No les hizo pues Caracalla un beneficio, porque sometió á los provinciales á todas las cargas de los ciudadanos, quitándoles los privilegios que les eran peculiares.

Todo contribuía como sucede siempre, en una mala administración á acumular la propiedad. El aumento de riquezas que trajo la conquista, hizo que el *ager públicus*, que estaba en poder de los patricios, pagase un canon que puede reputarse nulo; la multiplicación de esclavos mató el trabajo libre, las proscripciones y la distribución de las tierras de los antiguos colonos á los soldados produjeron aquellos lalifundios que perdieron á Italia *lalifundia Italiam perdiderunt*, pero los privilegios de los emperadores á los senadores, á los *ilustrissimi* á los que servían en las legiones y la necesidad de alimentar á la soldadesca y la plebe hambrienta los llevaron tambien á las provincias y con ellos la ruina aumentada por el funesto sistema del arrenda-

miento de los impuestos, la tasa de los productos y la multiplicación de las distribuciones gratuitas. Según Plinio, los bienes confiscados por Nerón á 6 ricos, constituían la mitad del Africa proconsular. La agricultura pereció de manera que dejaron de existir los colonos libres y fué preciso que los esclavos se hicieran siervos de la gleba, que se vendían con las tierras para que no desertasen. Tampoco había podido prosperar la industria; había antiguas corporaciones de operarios libres (collegia), pero los emperadores bajo pretesto de organizarlas encadenaron al operario á su taller como el esclavo á su campo y las gravaron con enormes tributos, debiendo pagar á más de las contribuciones de renta y de peaje la auraria, llamada así, porque se pagaba en oro y á la cual estaban obligados mancomunadamente todos los miembros, hipotecándose para ello todos los bienes de la comunidad. Con todo esto llegó á encarecerse tanto el precio de las cosas, que de un edicto de Diocleciano en que se prefijaba el precio de los víveres y de las obras, resultan que estos costaban de 10 á 20 veces más que en la actualidad. No quedaba pues otro modo de vivir que las liberalidades ó la infamia y el imperio ofreció el triste espectáculo de un mundo de trabajadores hambrientos para mantener unos cuantos millones de holgazanes viciosos.

Como es natural, todos quisieron ser de los privilegiados y claro es también que lo obtenían los que menos lo necesitaban, los más poderosos y los más ricos. Con esto la mayor parte de la propiedad estaba exenta de contribuciones y sus dueños que tenían de sobra, no se cuidaban de cultivarla bien. La plebe de las ciudades, el populacho que podía amotinarse, no tenía por qué quejarse mucho, se le alimentaba, se le consideraba por miedo y se le envilecía con bárbaros espectáculos. La víctima de todo era la clase media.

El régimen municipal destinado á servir de salvaguardia contra la tiranía, había llegado á ser el instrumento y la víctima de todas las opresiones. Los gastos municipales aumentaban al compás de la miseria pública.

Los curiales que estaban obligados á sufrir el déficit de las contribuciones de su propio peculio, eran verdaderos esclavos de la municipalidad, su responsabilidad era solidaria, ni siquiera podían libertarse de ella, enagenando sus tierras, pues esto no podían hacerlo sin la autorización del emperador verdadero propietario del *ager provincialis*, del que los antiguos propietarios no eran más que usufructuarios á perpetuidad. Tan horrible llegó á ser la condición de los curiales, que se escapaban para entrar al servicio militar y hasta para hacerse esclavos, pero

rara vez el gobierno dejaba de descubrirlos y se los volvía á la fuerza á la curia, si no se les sustituía por judíos, por sospechosos, por criminales; de tal modo la dignidad de curial antes tan honrosa y apetecida había llegado á ser una desgracia y un castigo.

Subió Macrino al solio y no bien había comprado la paz á los partos, cuando proclamaron las legiones á Heliogábalo, tirano sensual que introdujo en Roma los bárbaros cultos orientales, formó un Senado de mujeres, se hizo adorar y llevó el lujo y la disolución hasta el delirio. Asesinado por los pretorianos, elevaron éstos á su primo Alejandro Severo, que aconsejado por Mammea su madre, afecta á los cristianos, restituyó su consideración al Senado, confió cargos importantes á los jurisconsultos Ulpiano y Paulo (al primero lo hizo prefecto) pero aquel no tardó en morir á manos de la soldadesca que no toleraba la disciplina y habiendo muerto también el mismo Alejandro Severo despues de haber contenido á los persas cuando se dirigía contra los germanos murió á manos de sus propios soldados sublevados por Maximino, enemigo del lujo y de toda cultura, vencedor de los germanos y perseguidor de los cristianos. Irritados el Senado y el pueblo porque cerraba los institutos científicos y se apropiaba las sumas destinadas á los juegos, proclamaron Augustos á los dos Gordianos que fueron derrotados y muertos por su gobernador de Africa. Elevó entonces el Senado á Maximino Pupieno y Cl. Balbino. Las legiones asesinaron á Maximino y los pretorianos á los emperadores senatoriales. Sucedióles Gordiano III que reinó felizmente bajo los consejos del virtuoso Misiteo, prefecto del pretorio y parecía asegurado por una victoriosa expedición contra los persas, cuando el prefecto que sucedió á Misiteo, el árabe Filipo lo asesinó y se proclamó en su lugar. Este quiso atraerse á los romanos celebrando juegos seculares, pero el haber favorecido á los cristianos y su origen asiático produgeron una multitud de insurrecciones en las que pereció Filipo, derrotado en Verona por Decio, que dictó un edicto sangriento contra los cristianos. En su tiempo, por primera vez los Godos que se habían establecido á lo largo del Danubio hicieron una irrupción en el imperio y apesar de los triunfos que al principio alcanzó Decio contra ellos lo derrotaron y mataron en la Tracia: Galo les compró la paz y fué asesinado. Igual suerte cupo á Emiliano cuando abanzó contra él Valeriano en que el ejército y el pueblo creían ver al restaurador del imperio, pero si bien defendió las fronteras contra alemanes y godos y persiguió á los cristianos para sostener el gentilismo, fué derrotado y muerto por los persas. En tiempo de su hijo, el

débil Galieno, cayó el imperio en la anarquía militar erigiéndose en las provincias emperadores independientes que se llamaron los 30 tiranos, de los que tocaron á España Pupieno y su hijo Tétrico, mientras que los persas invadian la Mesopotamia, la Siria y la Cilicia y los germanos formando las 3 poderosas ligas de francos en el bajo Rin, alemanes en el alto y godos en el Danubio, amenazaban destruir el imperio. Venció Claudio II á los alemanes en el lago de Garda y á los godos en Niza y muerto de la peste en Sirmium, le sucedió Aureliano, el restaurador del imperio, que venció á los godos y alemanes (en Pavia), fortificó á Roma con un nuevo muro, sometió á la Galia, á la Bretaña y á España, venciendo á Tétrico su emperador y en el Oriente á Zenobia y al Egipto, abandonó la Dacia, decretó la novena persecución contra los cristianos y fué asesinado por su secretario Mnesteo. Después de un interregno de 6 meses, el senado eligió á Tácito, nieto del historiador que murió en una campaña contra los godos. El ejército de Siria proclamó al valiente Probo, que aseguró las fronteras con murallas, llamadas del diablo, desde el Danubio al Tauno y estableciendo colonias de soldados, á quienes se concedieron terrenos y una constitución civil, protegió la agricultura y el comercio, edificó 70 ciudades y restableció la disciplina, pero fué asesinado por las legiones que eligieron á Caro.

LA MONARQUÍA ABSOLUTA

La creación del Imperio militar por Septimio Severo, trajo como obligada consecuencia dejar el poder en manos de las legiones, así que desde él hasta Diocleciano no se ven más que una serie de emperadores levantados en las diversas provincias que de este modo vienen á dominar á su antigua dominadora, imponiéndola sus dioses y sus costumbres con frecuencia bárbaros, porque perdidos los derechos de la ciudadanía y no siendo el servicio militar un derecho, sino una carga los ciudadanos la rehuyen y los ejércitos tienen que nutrirse de los mismos pueblos con quienes combaten poniendo en sus manos las armas

que en su día han de volver contra Roma, pero haciendo el bien de irlos iniciando en la civilización con lo que al cabo el choque ha de ser al final menos violento. Príncipes débiles que se dejan vencer ó que no pueden vencer la anarquía ó espíritus enérgicos que la refrenan y tienen á raya á los invasores es lo que en una monótona anarquía más allá de la cual no se vislumbraba siquiera un rayo de esperanza, nos ofrece este largo período para mostrarnos que en la fuerza sola nada puede cimentarse.

Y en tanto, teniéndose por única mira contentar á los soldados, de quienes todo dependía, las provincias se arruinaban. Una nube de funcionarios recorrían las provincias como langostas asolándolo todo. "Cual enemigos invasores, dice Lactancio, medían los campos por terrones, contaban las cepas de las viñas, anotaban los animales de toda especie y empadronaban á los hombres. Los hijos eran colgados para deponer contra sus padres, los esclavos más fieles puestos en el tormento para que acusasen á sus señores y hasta las mujeres para que denunciasen á sus maridos. El caos, la tristeza y el luto reinaban por todas partes. A cada cabeza se imponía cierta suma y de este modo se compraba la existencia á peso de oro.„ Entre tanto, alternativamente tolerada ó perseguida, una nueva sociedad nacía dentro de la sociedad pagana que debía regenerarla y civilizar á los bárbaros, siendo el vínculo de unión entre aquellos enemigos irreconciliables, la sociedad cristiana.

Pero la sociedad antigua antes de perecer había de tentar sus últimos esfuerzos. Era preciso salir de aquella especie de constitución anómala con magistraturas meramente honorarias y con poderes temporales de hecho, y ésto fué lo que hizo Diocleciano al establecer la monarquía absoluta. De una familia de libertos oriunda de la Dalmacia, era comandante de la guardia doméstica, cuando habiendo sido herido por un rayo el emperador Caro que hacía la guerra á los persas y muerto en la retirada su hijo Numeriano á que le obligaron las tropas tomando aquel suceso como un mal presagio, el ejército le proclamó emperador.

Habiéndose divulgado el rumor de que era cómplice en la muerte de Numeriano, juró que estaba inocente y mandando venir á Aper suegro del muerto, lo atravesó con su espada, diciendo: He ahí el asesino del Emperador. Así se cumplió la profecía que le había hecho una sacerdotisa druida de que sería emperador cuando matara á un jabalí (aper). Entre tanto el otro hijo de Caro, Carino, que se hallaba en Roma, donde había ido desde las Galias, donde había dirigido la guerra con cierta ha-

bilidad, había ocupado el imperio tardando menos en ocuparlo que en mostrarse indigno de obtenerlo. En pocos meses se había casado con 9 mujeres, sin contar el gran número de las que deshonró, pasaba el tiempo en conciertos, bailes y placeres obscenos, mandó matar á los amigos y consejeros de su padre y á todo el que pudiera reprenderle por sus excesos, orgulloso con los senadores preconizaba que iba á repartir sus fincas entre la plebe á la que divertía con fiestas y de donde sacaba sus favoritos en los que descargaba hasta el cuidado de firmar decretos. Al saber la proclamación de Diocleciano, le salió sin embargo al encuentro y le derrotó en las orillas del Danubio, pero un tribuno para vengarse de un adulterio lo asesinó.

Apenas Diocleciano afirmó en Roma su autoridad, asoció al imperio á Maximiano aldeano de Sirmio, pero una de las mejores espadas, aunque tan cruel y perverso que Diocleciano, moderando sus actos tuvo ocasión de aparecer generoso. Este tomó el título de Jovio y aquél el de Herculeo. Para acudir con más presteza á todas las partes del imperio, entonces por todas las fronteras atacado, eligió por Césares á dos generales experimentados: Galerio á quien dió una hija en matrimonio y Constancio Cloro á quien dió otra Maximiano, dividiéndose la administración de las provincias entre dos Augustos; Diocleciano con el Asia, el Egipto y la Tracia, Maximiano con la Italia, con las dos Retias, las dos Noricas, la Panonia y parte del Africa; y dos Césares, Galerio con las provincias ilíricas á orillas del Danubio, la Mesia, la Macedonia, el Epiro y la Acaya y Constancio Cloro con la Galia, la España y la Bretaña. De este modo las provincias estaban vigiladas más de cerca y las legiones aprendían á respetar la vida de sus jefes, pues que nada hubieran conseguido asesinando á uno de ellos, y no se fraccionó la monarquía, pues todos miraban como primero y gran Dios al que los había llamado á ocupar aquel puesto y éste con sabia política consiguió que aquellos guerreros diferentes por su patria, su edad y sus inclinaciones se ayudaran con el consejo y con el brazo. Consiguió no solo vencer á los enemigos exteriores que atacaban al imperio desde el Africa, desde la Germania y desde la Persia, sino á los interiores, los bagaudos de la Galia y á Carausio en la Bretaña. Para defender las fronteras, extendió Diocleciano una línea de campamentos, desde el Egipto hasta los dominios persas, restableció desde la garganta del Danubio hasta la del Rin las antiguas trincheras y puso nuevas fortalezas tan bien custodiadas que los bárbaros no se atrevieron á traspasarlas. Con los prisioneros que se les hacían, se repoblaban las provincias, empleándolos en la ganadería y en la

agricultura (coloni) y á veces en el servicio militar (leti).

Disgustado Diocleciano de la plebe insolente, del Senado que todavía quería atribuirse algun derecho y de los pretorianos que, sintiendo debilitado su poder por aquella robusta constitución, se inclinaban al Senado, disminuyó los privilegios de estos y fueron sustituidos para la custodia de Roma con dos legiones de la Iliria, con los nombres de jovianos y hercúleos, puso su residencia en Nicomedia que hermoseó hasta el punto de que en pocos años pudo competir con la antigua capital del mundo y estableció á su colega en Milan, que situada al pié de los Alpes era más apropósito para vigilar é los germanos, con lo que Roma perdió su importancia política. Libre así de las antiguas tradiciones, no parecieron ya necesarios los títulos de cónsules, de censores y de tribunos y el emperador dejó de ser el general de los ejércitos para trocarse en un verdadero monarca, *dominus*, como se hacía llamar en los actos públicos, con atributos cuasi divinos. A la sencillez de los buenos emperadores que solo se consideraban como los primeros ciudadanos, sustituyó toda la pompa oriental. La seda, el oro y las piedras preciosas cubrían su sagrada persona y su cabeza la corona que á César había costado la vida. Nubes de oficiales domésticos custodiaban las avenidas de palacio donde comenzaron las intrigas de los eunucos y el que se acercaba al emperador despues de multiplicadas ceremonias debía prosternarse ante él como los súbditos de los imperios asiáticos ante el representante de su dios. Dos emperadores y dos césares que rivalizaban en cortes fastuosas multiplicaron esos ministros del lujo con lo que crecieron los tributos y las quejas de los pueblos. Aunque la culpa de esto recae sobre Diocleciano, institutor del sistema, él por su parte se mantuvo moderado y continuó las antiguas distribuciones al pueblo, si bien aumentó la carestía por tasar los géneros á bajo precio ¡y era diez veces mayor que el de hoy! Edificó suntuosamente además de Nicomedia, á Cartago y á Milán y las maravillosas termas de Roma, capaces de 3000 personas y su memoria no hubiera sido execrada si no hubiera perseguido ferozmente á las cristianos, según se dice, por instigación de Galerio. Dícese que habiéndose avistado este con Diocleciano despues de la guerra con los persas, resolvieron extirpar una secta que propagándose independiente en el corazón del Estado embarazaba su movimiento y podía amenazar su existencia. Publicóse una proscripción general, se demolieron las iglesias, se impuso pena de muerte á los que celebraran reuniones secretas, mandó que se entregasen los libros santos para quemarlos solemnemente, que se vendiesen los bienes eclesiásticos en

almoneda ó se aplicasen al fisco ó se diesen al municipio ó á los cortesanos. A los que negaban sus homenajes á los dioses del imperio, si eran ingenuos se les excluían de los honores y de los empleos, si esclavos de la esperanza de la libertad, y se ordenó á los jueces que acogiesen cualquier acusación contra los cristianos y que no diesen oido á ninguna reclamación ni disculpa de estos. Por eso desde el día de la promulgación comienza la Era de los mártires, que estuvo por mucho tiempo en uso en la Iglesia y todavía lo está entre los coptos y abisinios.

La persecución que se extremó en los paises inmediatamente regidos por Galerio y Diocleciano fué menos cruel en los que administraba Constancio. Este gobernaba con dulzura, tanto que se cuenta que habiéndole enviado Diocleciano mensajeros á reprenderle, porque no tenía dinero en el tesoro, les rogó Constancio que volviesen por la respuesta á los pocos días. En este tiempo informó á los principales de la provincia que necesitaba dinero y aquellos á porfía se lo trajeron. Mostrándoselo á los enviados de Diocleciano, les suplicó refiriesen á Diocleciano que él era el más rico de los cuatro, solo que dejaba al pueblo en depósito sus riquezas. En lo más recio de la persecución contra los cristianos dió auxilio á éstos que lo pusieron en el cielo y aun cuenta Eusebio que intimó á los oficiales de palacio y á los gobernadores de las provincias que eligiesen entre dejar su fé ó sus empleos y luego destituyó á los primeros porque los que hacían traición á su Dios con más facilidad la harían á su príncipe y recompensó y ascendió á los que prefirieron la conciencia al interés.

Pero España aunque sujeta á Constantino tuvo en el aristócrata Daciano un ejecutor feroz de la proscripción. Entonces sufrieron aquí el martirio después de Santa Justa y Rufina por haber roto una estátua de Salambona en Sevilla y de Santa Marina en Orense, víctimas de las primeras órdenes á la venida de Daciano, que recorrió toda la península; en Mérida Eulalia y Julia, Engracia y el diácono Vicencio en Zaragoza, los niños Justo y Pastor en Alcalá de Henares, Leocadia en Toledo, Zoilo en Córdoba, Felix en Gerona, Cucufate en Barcelona, Vicente, Sabina y Cristeta en Avila, Centolla y Elena en Burgos y en Zaragoza tantos, que por lo innumerables no se cuentan. Pero la sangre de los mártires era semilla de cristianos. Roma para quien eran una misma cosa la religión y el estado, condena al cristianismo declarándolo enemigo del género humano, esto es del imperio, su genio legal, decreta, atormenta, mata, no discute, pero el cristiano ansia la muerte que ha de abrirle las puertas de la eterna felicidad. La fuerza que se creía incontras-

table nada puede contra aquellos hombres desarmados, contra aquellas mujeres y niños que no tienen más coraza que la fé en que se embotan todas las armas terrenas. El último esfuerzo del Imperio vá á ser inútil, los bárbaros vencidos pero alojados en el Imperio y el cristianismo perseguido no tardarán en ser los dueños del mundo romano.

El mismo año (303) en que se decretó la persecución, Diocleciano triunfaba en Roma, pero los romanos no veían con buenos ojos al que los había despojado de su capitalidad, por lo que aquel abandonó la ciudad de las siete colinas en la víspera misma del día en que iba á ser nombrado cónsul. Viajó por las provincias ilíricas, pero allí contrajo una enfermedad que le puso á las puertas de la muerte y no sintiéndose ya con el vigor primitivo para gobernar, resolvió abdicar, no por filosofía como los Antoninos ni por cansancio de las adversidades, sino por deseo del bien público. En una llanura inmediata á Nicomedia y desde un elevado trono declaró su intención al pueblo y al ejército, nombrando Césares á Maximiano y á Severo. En el mismo día abdicaba Maximiano en Milán cumpliendo la promesa que había hecho á su colega.

Ahora vivo, decía, frecuentemente durante los 9 años que sobrevivió á su abdicación, ahora veo la belleza del Sol y cuando Maximiano que se había retirado á Lucania le instaba á recobrar el gobierno, le contestaba: No me lo aconsejarías si vieses que hermosas coles he plantado en Salona por mi mano. Las turbulencias que sobrevinieron en el imperio, las desventuras de su mujer y de su hija y algunos ultrajes de sus sucesores lo molestaron tanto en su soledad, que dicen se suicidó cuando iba á cumplir los 80 años.

Cuando la robusta mano de Diocleciano soltó las riendas del Imperio, las discordias antes hábilmente reprimidas volvieron á agitarlo durante 18 años. En lo que toca á España, muerto y deificado Constancio fué elegido Augusto su hijo Constantino. Envió segun costumbre al otro Augusto su retrato con las insignias imperiales, pero Galerio que siempre le había mirado con mala voluntad, aunque por evitar la guerra civil, le envió la púrpura, se limitó á darle el título de César, dando el de Augusto á Severo. Pero la crueldad de Galerio, su larga ausencia y un censo de las riquezas, hecho con tal rigor que se empleó hasta el tormento para descubrirlas, hizo que Majencio que compró á los pretorianos y ganó á los romanos con la esperanza de libertarlos de Galerio y á los gentiles con la de restaurar su culto, se proclamara emperador y habiendo abandonado Maximino su retiro volvió á los negocios como colega de su hijo. Acudió

contra ellos Severo desde Milán, pero su propio ejército que había servido antes á Maximino le abandonó y le sitió en Rávena teniendo él que abandonar la púrpura á su rival quien le prometió la vida que le quitó después.

Maximino, amigo entonces de Constantino, le dió por mujer á su hija Faustina y el título de Augusto. Galerio había penetrado en tanto en Italia, pero asustado de la extensión de Roma, se retiró desvastando la Italia más que pudieran haberlo hecho los bárbaros. Viéndose Maximiano menos considerado de lo que deseaba, intentó suplantar á su hijo, pero viéndose descubierto se trasladó al lado de Galerio. Este eligió en lugar de Severo, al bravo pero ignorante Licinio. Al saber esto Maximino, que gobernaba ó más bien oprimía el Egipto y la Siria, tomó tambien el título de Augusto, por lo que presidían al mundo romano seis emperadores, Constantino y Magencio en Oc., Licinio y Maximino en Or., favorables aquellos á Maximiano, éstos á Galerio. Rechazado por éste, Maximiano se dirigió á Constantino y depuso de nuevo la púrpura, pero en breve quiso recobrarla y mientras Constantino hacía la guerra á los francos divulgó su muerte y habiendo abierto el tesoro de Arlés con sus prodigalidades y con el recuerdo de la antigua magnificencia se procuró partidarios, pero vino sobre él Constantino, le sitió en Marsella y no le dejó más elección que la del género de muerte.

Más felìz Galerio empleaba la vida en obras de utilidad pública, en placeres y en crueldades y habiéndose acostumbrado á la sangre con la persecución de los cristianos, dirigió tambien su persecución contra los demás de modo que se consideraba dichoso el que era decapitado solamente. Cubierto de úlceras que lo consumían y no hallando remedio ni en los médicos á quienes enviaba cen frecuencia á la muerte ni en las ofrendas á Apolo y á Esculapio, suspendió con un edicto en su nombre, en el de Licinio y en el de Constantino la persecución contra los cristianos, pero murió al poco tiempo. Voló desde el Oriente Maximino á ocupar su puesto y Licinio se preparó para oponérsele, pero se pusieron después de acuerdo señalando por límites el Helesponto y el Bósforo de Tracia, convenio de enemigos, porque ambos cubrieron de guerrereros entrambas orillas y buscaron, Licinio la amistad de Constantino y Maximino la de Magencio.

Tiranizaba éste la Italia y el Africa y la proclamación en esta última de un emperador, le dió ocasión para entregarla á la matanza, desvastar á Cirta y á Cartago y prolongar por algún tiempo los suplicios y las confiscaciones. No trataba á

Roma mejor, la arruinaba con sus prodigalidades, exigía donativos á los senadores, desahogaba su rencor contra ellos por la más mínima sospecha y con la seducción ó la violencia deshonraba á sus esposas ó á sus hijas y dejaba que los soldados le imitasen concediendo á veces á uno la casa del campo, á otro la mujer de un senador. Formaba contraste con ésto el estado de las provincias sujetas á Constantino, aseguradas de las invasiones de los bárbaros y aliviadas un tanto de tributos. Teniendo éste noticia de que Magencio armaba un fuerte ejército para quitarle el imperio bajo pretexto de vengar la muerte de su padre, se le adelantó, bajó á Susa, se apoderó de esta ciudad, derrotó en las llanuras del Dora un ejército de italianos, todos cubiertos de hierro, hombres y caballos, entro en Turin y Milan, Verona se le rindió á discreción despues de haber derrotado á Pompeyano que con gran arte la defendía. Magencio entre tanto se aturdía en sus placeres hasta que sus oficiales tuvieron que advertirle de su inminente ruina. Puso en pié un tercer ejército y Magencio á su frente, aunque de mala gana, si bien alentado por los libros sibilinos que habían contestado que en aquel día perecería el enemigo de Roma. Habiéndose encontrado los dos ejércitos en un lugar llamado Saxa Rubra, presenció Magencio la derrota del suyo y se arrojó al Tiber desde puente Milvio. Se dice que al marchar á Italia Constantino se le había aparecido en el cielo sobre el Sol una cruz con estas palabras: "Cum hoc signo vinces,„ que un sueño le aclaró manifestándole que significaban que el cielo quería adoptase la cruz por bandera con el monograma de Cristo; desde entonces se pusieron en el lábaro ó estandarte del Imperio. Ello es, que Constantino dió por el Edicto de Milan de 313 tanta libertad á la nueva religión como á la antigua. Se dice que Constantino se había ya convertido al cristianismo, pero sus hechos no están de acuerdo con esta aserción. El año 308, después de su victoria contra los francos, dirigió acciones de gracias á Apolo con magníficas ofrendas. Eusebio, su eterno encomiador, dice que al partir para Italia se puso á deliberar qué Dios elegiría y que despues del milagro del lábaro pidió doctores cristianos para que le instruyesen en su doctrina. Se ha dicho que el doctor que lo convirtió fué un egipcio de España en quien se ha creido reconocer al grande Osio.

Despues de extirpar en Roma á toda la raza del tirano, pero perdonando á sus amigos, suspendiendo la crueldad cuando ya no le era necesaria, olvidó lo pasado, licenció á los pretorianos y destruyó su campo, restituyó su explendor al Senado que le recompensó dándole el primer lugar entre los emperadores

y dedicándole el magnífico arco de triunfo que aun existe.

Maximino que entretanto continuaba las persecuciones contra los cristianos, concibiendo sospechas de Licinio que se había casado con una hermana de Constantino marchó contra él, pero fué vencido y tuvo que huir hasta la Capadocia, muriendo á poco en Tarso.

Dueño Licinio de las provincias orientales y Constantino de las occidentales era de prever un rompimiento. Constantino lo derrotó en la Panomia y en las llanuras de Tracia, pero le concedió la paz. Mas á poco, como Constantino persiguiera á los Sármatas y á los godos hasta los dominios de Licinio se renovaron las quejas que concluyeron en guerra abierta. Derrotado de nuevo Licinio en Andrinópolis y su escuadra en Galípolis, pidió otra vez la paz y la obtuvo. Sabiendo sin embargo Constantino que preparaba nuevas fuerzas y que llamaba en su auxilio á los bárbaros, se le adelantó y lo derrotó de manera que no creyó poder salvarse sino arrojándose á sus pies y renunciando la púrpura. Constantino le recibió benignamente, lo sentó á su mesa y lo envió á Tesalónica guardándole todas las consideraciones, pero luego lo mandó extrangular. Eusebio pretende pintarnos como guerra de religión la de Constantino y Licinio, pero en realidad el uno y el otro deseaban reinar solos, aun cuande Licinio presentase á su rival como peligroso para los ritos patrios y para la constitución interna.

Cuando Constantino se encontró sin colegas ni rivales, concibió el doble pensamiento del cambio de religión y de gobierno. Así escribía á Arrio. "Estoy persuadido de que si fuese tan feliz que atrajese á todos los hombres á la adoración del mismo Dios, este cambio de religión produciría otro en el gobierno, pero añadía que procuraba conseguir este objeto sin hacer mucho ruido. Y para preparar los ánimos á ello dejó de celebrar los juegos seculares de 314 y si no impidió los capitolinos á los que hubiera debido presentarse rodeado de los pontífices y del Senado y á la cabeza del ejército, tuvo valor para burlarse de ellos.

Para hacer olvidar el doble recuerdo de la república y del paganismo, trasladó la corte desde Roma á Bizancio, que de él se denominó Constantinopla, decorándola con tan magníficos edificios que muy luego emuló con su rival y concediendo á las dos ciudades la misma consideración; creó una nueva aristocracia que dividió en cuatro órdenes, los ilustres, los respetables, los preclaros y los perfectísimos, además de los nobilísimos que eran los miembros de la familia imperial. El de preclaros comprendía á los senadores y á los que de ellos salían á go-

bernar alguna provincia, el de respetable al que se elevaba sobre los demás por jerarquía ó empleo. El de ilustres á los cónsules (nombrados desde Diocleciano por el Emperador) y los patricios, los prefectos de Roma y de Constantinopla, los generales y siete oficiales de palacio y tras de estos estaban los perfectísimos. Constantino conservó la división de Diocleciano del Imperio en 4 prefecturas; la de Oriente, la de Iliria, la de Italia y la de las Galias. Esta se dividió en tres diócesis; la de las Galias, la de Bretaña y la de España, y la última de ellas comprendía siete provincias, Bética, Lusitania, Galicia, Tarraconense, Cartaginense, Tingitania y Balearíca. Solo Roma y Constantinopla escapaban á esta división teniendo un prefecto cada una.

Con la ida á Constantinopla, favoreció abiertamente al cristianismo, fué liberal con las iglesias, asistía á pié á las homilias de los obispos, presidía los concilios y tomaba parte en sus disputas, pero en vez de hacer la guerra al paganismo conservaba como sus predecesores el título de sumo pontífice y en calidad de tal determinó el modo con que se habían de interrogar á los arúspices cuando cayera un rayo en los edificios públicos, hizo cerrar los templos de Venus junto al Líbano y de Heliópolis en la Siria que eran un plantel de libertinage, renovó la severidad de las XII tablas contra los vaticinios secretos, dejó que le esculpiesen en las medallas con títulos idólatras y con imágenes de divinidades y cuando murió se le hicieron sacrificios al uso antiguo y se le inscribió entre los dioses. Aunque al parecer convencido del cristianismo, lo que proclamó fué la libertad religiosa. Así dice en uno de sus edictos que nos ha sido conservado por Eusebio. "Los que aún se hallaban sumergidos en los errores del paganismo que gocen libertad como los fieles: la justicia usada con ellos y la igualdad del tratamiento respecto de unos y otros contribuirán á ponerlos en el buen camino. Ninguno inquiete á otro; cada uno elija su religión como juzgue más apropósito; tengan los que se sustraen á vuestra obediencia con tal que lo deseen templos consagrados á la mentira y no se moleste á nadie porque piense de diferente manera. El que goce de la luz, sírvase de su poder para iluminar á los demás y sino lo consigue déjelos tranquilos. Una cosa es combatir para adquirir la corona de la inmortalidad y otra es usar de la violencia para obligar á otro á profesar una religión.

Los apologistas cristianos habían presentado ya el contraste de la sociedad antigua basada en la fuerza con la nueva basada en el amor, el amor del maestro para los discípulos, de los discípulos para el maestro. Al principio los cristianos hacían una vida común, por lo que no le era permitido la propiedad

individual, pero esta comunidad de bienes posible en una sociedad reducida dejó de serlo cuando la Iglesia se extendió y los prosélitos pudieron conservar sus bienes y aumentarlos con el tráfico, con la industria y con la herencia, estando obligados solo á socorrer á sus hermanos pobres y á hacer una ofrenda en los hebdomanarios ó reuniones semanales, para el culto, sus ministros y obras de piedad. Estando sin embargo prohibido por las leyes poseer á los *collegia* y corporaciones sin dispensa del Senado ó del Emperador, las iglesias no empezaron á tener bienes hasta fin del siglo III. Custodiábase el dinero por los obispos, quien por medio de los diáconos los distribuían donde había necesidad, no limitándose la caridad por el país, ni por las creencias; Juliano el Apóstata dice á los suyos que los cristianos auxiliaban á los pobres aunque fueran gentiles. Cada comunidad tenía un solo obispo en el que estaba representada la unidad de la iglesia que mientras vivieron los Apóstoles fueron sus coadjutores y muertos sus sucesores, cristianos para sí, obispos para los demás (S. Agust.), el grado no llevaba siquiera la distinción de traje, vivían frugalmente ganándose el sustento con sus manos, inspeccionando los ritos y la enseñanza y sin rehuir las funciones más minuciosas del sacerdocio resolvían las controversias que los fieles evitaban llevar á los tribunales legos infestados de fórmulas paganas. Todo nuevo obispo comunicaba su elección á sus hermanos por medio de cartas pastorales en las que hacía profesión de fé, los unos participaban á los otros las listas de los excomulgados y daban cartas de recomendación *litteræ formatæ* para los fieles de la diócesis que viajaban.

No teniendo nada de coercitivo esta sociedad inerme, solo castigaba á los miembros viciosos, excluyéndolos de su seno. El pecador escandaloso, el apóstata, el homicida, el hereje eran privados de toda participación en las oblaciones y en las oraciones de los fieles hasta que con larga penitencia no hubieran expiado sus culpas, mejorándose y sirviendo de ejemplo á los demás. Si un excomulgado entraba en la iglesia se suspendían los oficios divinos y si se negaba á salir el sacerdote abandonaba el altar. El que quería someterse á penitencia se presentaba el primer día de cuaresma en traje humilde en el humbral de la iglesia donde el sacerdote le echaba ceniza en la cabeza y debía pasar el tiempo llorando y ayunando. Había 4 clases de penitentes, lacrimosos, oyentes, postrados y consistentes. Los primeros estaban excluidos del acceso á los templos y segregados de todos los fieles condenados al llanto, los segundos podían permanecer en el interior de la iglesia, pero solo hasta el ofertorio, los otros eran admitidos á la lectura y al sermon y despues

al sacrificio pero no á la comunión; siempre separados de los demás y con la cara en el suelo, vestían de luto, llevaban la cabellera despeinada y cubierta de ceniza, abandonaban toda delicadeza de baños, convites y pomadas y vivían entre ayunos, cilicios y oraciones. El obispo imponía las penitencias y podía dispensarlas en parte, no por completo, generalmente consistían en 2 años por causa de hurto, 7 por fornicación, 11 por perjurio, 15 por adulterio y 20 por homicidio; la apostasía no se absolvía más que á la hora de la muerte. Para decidir las cuestiones acerca de la disciplina y uniformarla los obispos de cada región se reunían en concilios. Uno de los más antiguos es el de Iliberis en España, en el que 43 obispos y 26 presbíteros que se sentaron entre ellos con multitud de diáconos y pueblo que permanecieron en pié se establecieron 81 cánones, unos referentes á la idolatría imponiendo graves penitencias al que subiese al Capitolio, diese espectáculos ó suministrase trajes para pompas seculares ó tolerase ídolos como no lo hiciera para evitar sublevaciones de los esclavos; prohibióse por otros que se contase entre los mártires el que fuese muerto derribando ídolos por no estar mandado esto en el Evangelio, que la señora que matase á golpes á su esclava hiciera penitencia 7 años, que el delator no fuera admitido á la comunión ni á la hora de la muerte, que el adúltero solo pudiera ser perdonado á la hora de morir y que ni aún á esta lo fuera si reincidiese despues de hacer penitencia ni el conivente en el deshonor de su mujer, la mujer que procurase abortar, el que abusase de niños ó prostituyese sus hijas. Del mismo modo se vedaban el divorcio, el matrimonio de cristianas con gentiles ó judíos, la ordenación en una provincia de los que en otra hubieran recibido el bautismo y la de los libertos cuyos amos fueran paganos. Se mandaba que los obispos, sacerdotes y diáconos dedicados al servicio divino se abstuvieran de sus mujeres y no pudieran tener en su compañía más que hermanas ó vírgenes consagradas á Dios, que no abandonasen su residencia para ir á ferias, que las meretrices, los conductores del circo y los mímicos que pidieran el bautismo, lo recibieran siempre que renunciaran á sus oficios, que las mujeres no pasaran la noche orando en los cementerios para evitar ocasiones de desórdenes ni que en ellos se encendiesen luces y que no se pintasen figuras en las Iglesias. Entre los obispos asistentes á este concilio se cuenta Osio que entonces lo era de Córdoba y del que hemos hablado al tratar de la conversión de Constantino. La Iglesia había pasado ya del periodo de la lucha al de la enseñanza y á los apologistas habían sucedido los catequistas de la escuela de Alejandría que tratan de crear una me-

tafísica cristiana, utilizando especialmente la filosofía de Platón. Cosa semejante parece preparar Osio en nuestra España, proponiéndose primero traducir el Timeo de Platón y encomendando luego á Calcidio que lo tradugera.

La lucha que se había empeñado en el terreno de los hechos, se empeñó también en el terreno de las ideas. El paganismo moribundo apeló en sus postrimerías á buscar explicaciones de sus dogmas en la filosofía que antes había perseguido y como la luz al morir derrama un brillante reflejo, la ciencia antigua concluye con el neoplatonismo. Entre sus precursores se cuenta tambien un español ilustre. Moderato de Gades que antes que los neoplatónicos intenta la conciliación entre Platón y Arístoles sirviéndose del sistema de Pitágoras, infiriéndose del pequeño fragmento que nos resta de su obra, conservado por Simplicio, que admitía tres principios; la unidad primera superior al ser y á toda ciencia, la unidad segunda, lo inteligible, las ideas, que es el verdadero ser y la tercera que es el alma que como tal participa de la unidad primera y de las ideas; la razón universal, queriendo dar nacimiento á los seres, separó de su esencia la cantidad, retirándose de ella y privándola de las formas é ideas que le pertenecen; esta cantidad así privada de las ideas es la materia. Considerando á esta Plotino y sus sucesores como antes la habían concebido Platón y Aristóteles, como lo meramente potencial, como lo no seyente en que la verdadera realidad que son las ideas, lo eterno y permanente, se reflejan como los rayos del sol en un espejo partido ó en el agua turbia, se levantaban sobre este conocimiento que no puede producir mas que la opinión, apariencia mudable de lo verdadero, al conocimiento ya inteligible el de las ideas en las cosas á las formas ó categorías aristotélicas pero sin detenerse aquí ascendían con Platón al conocimiento de las ideas en sí mismas, á las ideas como los rayos del Sol inteligigle, de Dios, cuya identidad se muestra en que todas ellas no son mas que aspectos distintos para nosotros solos de la idea del bien, siendo Dios el ser en quien el bien, la verdad y la belleza son la misma cosa. Pero no se detenían aquí, todo conocimiento, supone un dualismo entre el que conoce y lo que es conocido y para que sea tal conocimiento verdadero exige la unidad de ambos términos que en el conocimiento no cabe. Es preciso elevarse todavía sobre él hasta que el que conoce y lo conocido formen una sola unidad y esto no puede hacerse sino por la renuncia del sujeto, por la absorción en el objeto, porque de tal manera renunciemos á nosotros que nos hagamos unos con Dios para que este sea el que conozca y sienta en nosotros, por el éxtasis, adonde llegamos por el amor. Allí

hechos unos con él es cuando conocemos verdaderamente. Allí vemos que Dios es la unidad pura, la unidad inefable á la que no podemos darle ningún nombre ni aun el de ser sin limitarla, sin que con esto dejara de ser la unidad lo que pensamos. Pero la unidad sin dejar de serlo se derrama como el Sol conteniendo sus rayos ilumina. Esta iluminación primera es la Inteligencia, el Verbo que es Dios en cuanto lo cognoscente y lo conocido son la misma cosa que es inferior á él en cuanto fraccionamos en dos lo que es uno. La Inteligencia contiene ya un principio de multiplicidad y de distinción. La Inteligencia en cuanto es el tipo eterno de la realidad contine los tipos eternos, pero particulares de las cosas es el Alma del Mundo. Los seres no tienen mas realidad que lo que tienen de ideas, que lo que tienen de divino, los que sólo atienden á las apariencias y se mueven por el placer son los hombres hylicos, juguetes de las sombras de sus sentidos y de la materia, los que atienden á lo permanente y eterno en las cosas y sobre todo á esto permanente como en Dios son los pneumáticos, pero los que sobre esto se levantan todavía á unirse con él por el amor desasiéndose de todo lo particular y viviendo su misma vida los verdaderamente perfectos. La obra de la vida consiste en subir los grados de esta escala por lo que enseñaban una moral por lo general muy pura. Dos defectos tenía sin embargo esta doctrina, uno teórico y otro práctico. El teórico consiste en el contrasentido de que pensándose que el principio de la diversidad ó el de la materia es la nada, había de llegar á pensarse que todos los seres particulares, en cuanto de particulares tienen, no son mas que fantasmas ilusorios y Dios mismo la unidad inefable sin atributos, es á su vez una mera abstracción y el práctico de que siendo una doctrina que exige una gran profundidad de pensamiento y espíritus muy cultivados era una ciencia y una moral aristocrática que no podía influir sobre las masas.

El progreso del cristianismo que las persecuciones no hacían mas qne acelerar, porque *la sangre de los mártires era semilla de cristianos*, que como dice Tertuliano no dejaban á los paganos mas que los templos, habían cambiado las condiciones en que los unos y los otros se encontraban, antes se trataba de defenderse, ahora de conquistar y á los Apologistas sucedieron los Padres de la Iglesia. Mientras aquellos trataban de abultar las diferencias, estos trataban de buscar las semejanzas y no buscando solamente ya la salvación individual para la que bastaban la fé y las buenas obras coronadas casi siempre por el martirio, sino pretendiendo ahora la salvación del mundo, necesitaron sistematizar la doctrina creando una filosofía cristiana,

obra que emprendió la escuela catequista de Alejandría, valiéndose de la filosofía griega y especialmente de Platón, encontrándose así en aquella metrópoli de la ciencia el paganismo que agonizaba y el cristianismo que nacía. Sino el fundador el que dió la dirección y la verdadera importancia á esta escuela fué S. Clemente. El hombre, segun él, para salvarse no necesita mas que de la fé y las obras, pero el cristiano gnóstico debe darse razón de su fé. Esta, el conocimiento y el amor son los tres grados por los que llegamos á Dios cuya unidad encontramos abstrayendo todo lo sensible. Dios como fundamento inmutable no puede ser representado, pero lo conocemos en su Hijo igual y uno con el Padre. Dios manifiesta su bondad absoluta creando eterna, pero libremente el mundo, el mal nace del abuso que el hombre hace de su libertad. Para rescatar al hombre del pecado, Dios empleó primero el temor y la ley mediante los Profetas con los judíos y la ciencia y el conocimiento con los filósofos, pero si el hombre puede elevarse hasta él por el mundo sensible y la ciencia secular para elevarse en religión que es la salvacion por el amor, necesita de la divina gracia que nos ayuda mediante el Verbo que por el amor ha venido á salvar á todos los hombres y espíritus caidos; para alcanzar la perfección se necesita de la propia actividad que puede pecar por su culpa, pero teniendo toda criatura por fin el bien todos los hombres llegaran despues de pruebas mas ó menos duras y prolongadas á la contemplación beatífica de Dios renaciendo el espíritu y el alma corpórea. Discípulo suyo fué el grande Orígenes que desarrolló y sistematizó la doctrina de S. Clemente. Según él todos necesitamos vivir y obrar con fé la que tiene su fundamento supremo en Dios cuyo conocimiento nos es inmediato por la divina gracia, pero que debe ser desenvuelto por la razón para llegar á penetrar la esencia de las cosas. Dios es sobre esencial, uno, inmutable, racional, está sobre la realidad y el conocimiento, pero su sabiduría necesita revelarse, su bondad hacerse efectiva, su poder dominar; luego Dios se ha manifestado eternamente. El Verbo realidad y ser (no pura idea) de un ser con Dios, aunque distinto de él como sugeto, es el mediador entre Dios y el mundo. Bajo la perfección divina los espíritus (la primera creación) eran perfectos, pero con perfección solo en potencia, pues la efectiva nace de la libertad. Por abuso de ella los espíritus pecaron y con el pecado nació su limitación que es la materia, formada por Dios para mantener la unión rota de los espíritus y castigarlos, pero Dios castigándolos mira á su bien debiendo todos, hasta el diablo mismo, corregirse y entrar en su reino en definitiva.

La interpretación de los textos bíblicos mediante la filosofía produjo diversidad en su inteligencia y de aquí se organizaron las heregías. Cierta semejanza entre la trinidad platórica con la cristiana y alguna vaguedad de expresión en Orígenes hizo nacer la disputa acerca de la consustancialidad del Padre y del Hijo que mantenía S. Atanasio contra la inferioridad del Hijo respecto del Padre que sustentaba Arrio. El mundo cristiano se dividió y para poner término al conflicto se reunió en Nicea el primer concilio general; 250 obispos en su mayoría orientales entre los que se contaban hasta un godo y un persa se reunieron allí bajo la presidencia de Osio, obispo de Córdoba; el papa á quien Sócrates llama el obispo de la ciudad imperial, á causa de su abanzada edad se había hecho representar por dos sacerdotes. El concilio declaró la consustancialidad del Padre y del Hijo contra los arrianos y contra los sabelianos la distinción de las personas y formuló el símbolo de las creencias cristianas. Constantino que había dicho á los obispos: "Poneos de acuerdo acerca de vuestra fé y someteos á lo que decida la mayoría,„ desterró á Arrio, hizo quemar sus libros é impuso pena de muerte á los que los conservaran.

La lucha entre el paganismo y el cristianismo había hecho nacer otras doctrinas intermedias las *gnósticas*. La palabra *gnosis* que significa ciencia superior no fué siempre empleada en sentido herético. El mismo S. Clemente reconoce sobre el razonamiento y la fé un modo superior de conocer que no exige el laborioso y lento trabajo reflexivo "El verdadero gnóstico, dice, tales como lo fueron los Apóstoles sabe todas las cosas de ciencia cierta aun aquellas de que no podemos darnos razón porque es discípulo del Verbo para quien nada hay de incomprensible. Pero el gnosticismo de que nos ocupamos es una mezcla de racionalismo y misticismo, de las religiones orientales, del judaismo, del cristianismo y de los sistemas griegos que expresa en lo que tiene de sincero la confusión producida en muchas inteligencias por las antiguas y las nuevas ideas religiosas, no claramente comprendidas. Haciendo del Verbo uno de los *eones* neoplatónicos anuncia una revelación superior que unas veces se inclina al panteismo indio y otras al dualismo persa.

En tiempo de Constantino, no solo se reorganizan el Estado y la Iglesia, sino también el ejército y la administración.

Las tropas en tiempo de Constantino se dividían en: *(a)* palatinas que comprendían: 1.° los *domestici* y *protectores* guardia imperial de infantería y caballería compuesta de jóvenes nobles y centuriones eméritos mandada por dos jefes supremos llamados condes de los domésticos, que tenían á sus órdenes 10

comandantes que tenían el tratamiento de *clarísimos*; 2.° los *scolares* que Procopio hace ascender á 3.500 hombres al mando del Maestro de los oficios que tenían la guardia del palacio imperial. Unos y otros gozaban de crecidos sueldos. y seguían al emperador en todas las expediciones importantes: *(b)* los *comitatenses*, tropas de línea infantería, caballería y auxiliares bárbaros que al mando de los condes y los duques guarnecían las diferentes divisiones del imperio y á las que se juntaban las flotillas destinadas á vigilar las costas y los ríos: *(c)* los *ripenses* y los *limitanei* llamados así porque al mando de sus duques *(duces)* ocupaban los campamentos y fuertes destinados á defender los ríos *(ripa)* ó las murallas que servían de límites *(limes)* al imperio. Se les llamaba también *pseudo comitatenses* porque no cambiaban nunca de guarnición; estos *leti* ó gentiles tenían terrenos en las fronteras que se les daban á cargo de su servicio militar, por último: *(d)* cuerpos enteros de bárbaros *fœderati* que ó se tomaban á sueldo con sus propios jefes ó que estos á cambio de pensiones permitían que se reclutasen en sus tierras.

La administración era deplorable, Eusebio nos la describe: "Yo he visto, dice, una avidez insaciable para apoderarse de los bienes agenos y en la iglesia una piedad hipócrita. El emperador tiene puesta su confianza en hombres cuya vida no es más que puro artificio é impostura y esto le hace cometer grandes faltas„ (1) y Amiano Marcelino (2) acusa á este emperador de "haber sido el primero que había dejado abrir las bocas insaciables de los palaciegos. La nobleza de Constantino, sin mérito, ni fuerza propia, nacida del favor y cuyos bienes y cuya vida están á su merced, ni podrá servir de defensa para su trono, ni impedir que gobiernen la corte los eunucos y los esclavos; pero servirán para arruinar el país, pues como dice Lactancio: "Los que viven del impuesto son más numerosos que los que lo papagan.„ Los curiales, el antiguo nervio de las ciudades, habían perdido sus franquicias y solo habían conservado las cargas. Se habían aumentado aún. Los nobles, los veteranos, los colectores de ciertos impuestos, los colonos de los dominios imperiales, los artesanos cuya industria se quería fomentar porque favorecía el lujo de la corte y hasta los navieros que transportaban los granos á donde había que hacer distribuciones gratuitas, todos estaban exentos de impuestos. Esto recargaba como era natural los que habían de satisfacer los otros contribuyentes y

(1) Vida de Constant. IV, LIV.
(2) (XIV, 5; XX, 2; XXI, 16; XXV, 4.)

como una disposicjón,no enteramente injusta en su principio,hacía á los curiales responsables del déficit (una especie de reparto entre los mayores contribuyentes) el cargo de curial que antes era un honor se trocó en una pena. Una pena era aun considerado legalmente puesto que llegó á condenarse á ser curial *ob culpam, loco supliciі* (1). La tendencia á los cargos hereditarios ó el temor de que se desertase de la curia había hecho el cargo hereditario. Se les quitaban los bienes á los que huían (2) para dárselos á los que los reemplazaban, no podían enagenar sus bienes ni viajar sin autorización del gobernador, si morían sin hijos la curia los heredaba, si dejaban hijos la curia se apoderaba de la cuarta parte, en cambio se les encargaba de repartir los impuestos de recaudarlos y de hacer la recluta militar. No compensaba esta verdadera esclavitud ni los honores con que se la encubría ni el privilegio más util de estar exentos de la tortura en unos tiempos en que tanto se abusaba de ella y la demostraba el derecho que tenían de reclamar alimentos á la curia cuando se arruinaban en aquella administración obligatoria. Otras facultades tenían de las que no tardaron en sacar provecho, los esquilmados del fisco se hicieron á su vez esquilmadores. Cada curial es un tirano (3) dice Salviano, porque seguía con los contribuyentes la misma ó peor conducta que el fisco seguía con ellos, habiendo llegado su mala fama hasta escribirse en el elogio de un santo: Fué santo aunque curial.

Como la corte y el fisco solo se preocupaban de que no faltase dinero para mantener ostentosamente aquella nube de parásitos, el mismo sistema se aplicó al impuesto de comercio y á la industria ó *lustralis collatio*. Comerciantes é industriales tenían gue repartírselo *absque ulla ærarii nostri deminutione*. Los acueductos también quedaron á cargo de los propietarios por cuyos fundos atravesaban, que quedaban por esto exentos de contribución y que,claro es, había de recaer sobre los otros. Además de los curiales había los *possesores* propietarios ó comerciantes ricos que no habían entrado en la curia, pero que en algunos casos, como por ejemplo, en la designación de médicos municipales, entraban á deliberar con los decuriones. Estos tampoco podían abandonar su residencia sin tener que pagar dos veces la contribución, pues que estaban obligados á los *munera* en la ciudad de su nacimiento, y en la de su adop-

(1) Cod. Theod., XII, 1, ley. 66 y 108.
(2) Eusebio, vida de Const. 11, 30.
(3) De Gubernatione Dei, V, 4.

ción. Y las contribuciones eran tales que un emperador llamará al chrisargyro *vectigal miserable prorsus*, *Deoque invisum et barbaris ipsis indignum*. Las clases que hemos ennumerado eran las que componían el grupo de los *honestiores* que desde el tiempo de Augusto no podían ser citados á juicio por hombres de cualidad inferior, y cuyo testimonio según Constantino debía ser especialmente atendido (1).

Por bajo de él se encontraba el de los *humiliores* compuesto de los pobres que no tenían 50 *aurei* (900 ps.) y de los que ejercían oficios que se reputaban infames. Estos que constituían la mayoría de la población y no la menos útil no gozaban el derecho de los otros, por un mismo delito, aquellos eran condenadas solo á la deportación, estos podían morir por los azotes.

Las exigencias del lujo hizo organizar manufacturas imperiales de tegidos, de orfebrería, de tintorería, de armas etc.; en ellas se marcaba á los obreros en el brazo con una señal indeleble á fin de que no pudieran escapar y eran solidariamente responsables de cualquier desperfecto.

También los artesanos cuyos oficios se creían necesarios para las ciudades ó para el gobierno formaban corporaciones obligatorias. (2). Los emperadores los encadenaron á su oficio como á los curiales á la curia. Es preciso, dice, Constantino que los fabricantes de monedas permanezsan siempre en sus talleres, el hijo del maestro á los 2 años tenía que seguir el oficio de su padre ó perder su herencia, una ley obligaba á los libertos que poseían 30 libras de plata á hacer el oficio de cargadores, los carboneros, calentadores, carreros encargados del trasporte de leñas para el servicio de las termas estaban enregimentados. Los *fabricences* de las manufacturas imperiales, los *navicularii* que transportaban los granos, el aceite y las otras contribuciones que se cobraban en especie los *metallarii* y hasta los empleados en las oficinas están sugetos á la misma condición hereditaria y sus oficios se reputaba una servidumbre, *serviunt*.

Fuera de estas corporaciones dedicadas al servicio público había otras de artesanos libres que se hallaban también agremiadas en colegios, *collegia*. Algunas de ellas habían sido protegidas por los emperadores y mostraban los restos de la antigua opulencia, mas para comprender la situación de la mayo-

(1) *ut honestioribus potius fides testibus habeatur*. (Cod. Theod., XI, 39, 3).

(2) *vestiarios, linteones, purpurarios qui devotione nostræ deserviunt*. (Ley de Constantino sin fecha) en Roma había 254 panaderías.

ría basta decir que un hombre destinado á la curia *obnoxius curiæ* valía 5 *collegiati*. Estaban obligados por una antigua ley á desempeñar por turno bajo la dirección de los curiales todos los oficios bajos de la ciudad, *ministeria urbium* y se les imponían lo que se llamaba *sordida munera*, llegando el caso de ser una pena legal la incorporación á un colegio *collegiis applicetur*. Así los agremiados huían de los colegios como los curiales de las curias.

Verdad es que 38 profesiones liberales ó artísticas habían obtenido de Constantino una completa inmunidad. Por todas partes lo mismo la esclavitud ó el privilegio. No hacemos mención de la dispensa de los *munera* á los *fabricicentes* porque esta era puramente ilusoria no poseyendo los bienes sobre los que se podía imponer.

No era mejor la situación de lo que pudiéramos llamar plebe rústica. Los colonos de los dominios imperiales se habían exceptuado al principio de las cargas municipales á fin de que no se distrajesen de su cultura, pero ya en tiempo de Ulpiano eran reputados *instrumenta fundi* como los arados y los bueyes, y estaban tan adscriptos á la tierra que se vendían con la que cultivaban; si huyen, manda Constantino, se les persiga como á esclavos, y tal era la humildad de su condición que los mendicantes válidos eran condenados á ella. La ley de Constantino que impide dividir á su familia cuando se divida el fundo, no es más que una aplicación de lo antes ordenado para los esclavos, pero á diferencia de éstos podían poseer un peculio propio, ganado con los productos de su heredad.

Trabajadores y agricultores eran poco menos que esclavos. Uno de los hijos de Constantino, en un rescripto, ha dicho de ellos: "Que no osen pretender ninguna dignidad más que la que merezcan los que tienen las manos sucias con el fango del trabajo *omni ofliciorum fœce* y que permanezcan siempre en su condición.

Por bajo de ellos estaban todavía los esclavos. Constantino no solo conservó esta institución sino que en algunos casos la agravó (1).

En materias religiosas no era fácil conciliar la independen-

(1) El amo que hace matar á golpes á su esclavo no es culpable de homicidio si declara que no tuvo intención de matarlo. (C. Theod., IX, 7, 1) Los expósitos á quienes los Antoninos habían dejado su libertad, Constantino los hace esclavos de los que los recojan y quita á los padres el derecho de recobrarlos y devuelve á éstos el derecho que Diocleciano les había quitado de vender sus hijos recien nacidos, *sanguinolenti*. (Cod. Theod. V, 7, 1, y V, 8, 1.) La mujer libre que tenía comercio con un escla-

cia del poder espiritual que proclamaba el cristianismo con la omnipotencia que se atribuían emperadores que no se habían olvidado todavía de su papel de soberano pontífice. Los arrianos y los eusebianos antes enemigos se habían unido contra S. Athanasio y le habían acusadoante Constantino de malas costumbres y de crímenes de estado, de todo lo que puede inventar la envidia y la malevolencia cuando para hallar disculpa ante sí mismas intentan persuadirse de que con ello se sirve á la fé, gráficamente lo ha dicho S. Gregorio Nacianceno: nuestro enemigo es siempre hereje. Citado S. Athanasio á un concilio en Tyro donde sus adversarios estaban en mayoría, Constantino envió á él al conde Dionisio con una carta en que el emperador decía: Si alguno rehusare obedecer, yo le haré conocer con el destierro que nadie desobedece impunemente las órdenes del príncipe. Los atanasianos contestaban: Si ellos hubieran querido juzgar como obispos, ¿qué necesidad tenían de condes, de soldados y de cartas convocatorias del emperador?

Así había quedado planteada la cuestión de las relaciones entre el poder espiritual y el temporal. Constantino desterró á S. Athanasio y el obispo de Constantinopla recibió la orden de admitir á Arrio en su comunión. Iba este á recibirla con un brillante cortejo, cuando se sintió acometido en el Foro de una súbita indisposición de que murió. Al año siguiente del Concilio de Nicea, Constantino había ido á Roma, donde esta vez no asistió á las fiestas paganas. Esto irritó á los gentiles y Constantino sospechaba si se había formado una conspiración para derribarlo. Así parece indicarlo el Edicto dirigido á todas las provincias en que á pretexto de prevaricaciones permite que todos se dirigan á él sin intermediarios, se ofrece á hacer por sí mismo la información y promete al que prueba su dicho los honores y la fortuna (1).

Había llegado Constantino al vigésimo año de su reinado y según la regla establecida por Diocleciano debía abdicar. Dos partidos se habían formado en la corte; el uno favorable á Crispo, su hijo mayor que se había señalado por sus victorias en la Galia y en el Helesponto á punto de dar celos á su padre, pero

---

vo era condenada á muerte y éste á la hoguera (id., IX, 9, 1) si el decurion se casaba con esclava, él era deportado y sus bienes confiscados, ella condenada á las minas y su dueño perdía la mitad de sus bienes (id. XII, 1, 6). Las mujeres de las posadas, aunque fuera la misma posadera no pueden ser acusadas de adulterio *quas vilitas vitæ dignas legum observatione non credidit*. (Id., IX, 7, 1).

(1) Ad. universos provinciales. (Cod. Thed., IX. 1, 4).

que era hijo de su concubina Minervina; el otro que quería que la sucesión recayese en los hijos de la emperatriz Fausta, Constantino, Constancio y Constante y del que ocioso es advertir que contaba con el apoyo poderoso de ella. Crispo fué acusado de tentativa de parricidio, aprisionado en la fortaleza de Pola de Istria y muerto allí por el veneno ó por el puñal. Todos sus amigos fueron perseguidos entre ellos Lactancio, el más elocuente de los apologistas cristianos que terminó su vida en el destierro y la miseria (1). Un hijo de Constancia, hermana del emperador á quien éste quería mucho y que entonces contaba 12 años también fué hecho degollar.

La muerte de Crispo horrorizó á Helena la anciana madre de Constantino, que unida con Minervina acusaron á Fausta de un complot y cogida por sus damas fué afixiada en un baño caliente. En las puertas de palacio aparecieron clavados estos versos de Suetonio Apolinar. *Saturni aurea secla quis requiret? Sunt hœc gemmea sed Neroniana.*

Dos años antes de su muerte, Constantino dividió las provincias del imperio entre sus hijos, aunque sin abandonar la dirección suprema; al mayor, Constantino, le asignó la España, la Galia y la Bretaña; al segundo, Constancio, el Asia, la Siria y el Egipto, y á Constante, el menor, la Italia, el Africa y la Iliria.

Constantino cercano á su muerte, se hizo bautizar por Eusebio de Nicomedia, pero como éste era el gran amigo de Arrio, hay quien sospeche que murió arriano. Acaso por esto y por la injusta muerte dada á su hijo Crispo, injusticia que él mismo reconoció y la de su mujer por un crimen no probado (2) pero que sirvió para decretar la de otros, algunos sus amigos, la Iglesia romana no le ha colocado como la griega en el número de sus santos.

Mejoró la legislación estableciendo una cierta igualdad en la justicia criminal; abolió las fórmulas en los legados y contratos, mitigó las penas aflictivas, suprimiendo la de cruz en respeto de la del Salvador, y la marca en la frente, hizo menos dura la detención de los procesados, regularizó las apelaciones, prohibió que por deudas al fisco se embargaran los aperos y los esclavos y durante la recolección eximió á los agricultores de todo servicio y de asistir á las fiestas; fué como dice Tomás, hu-

---

(1) *Interficit numerosos amicos.* (Eutrop., X, 6) *adeo in hac vita pauper est, est plerumque etiam necesariis indigerit.* (S. Ger. Chron. ad an 318).

(2) Se supuso que la causa de su condenación fueron sus adulterios con un esclavo de las cuadras imperiales.

mano en legislación y bárbaro en política, y en administración no supo contener la ruina del imperio, donando á las iglesias los bienes comunales de los pueblos y creyendo hacer bastante con fijar las usuras en el 12 por 100 cuando se trataba de dinero y en tres fanegas por cada dos cuando se trataba de semillas.

Despues de los funerales de Constantino, Constancio tardó todavía tres meses en tomar el título de Augusto; es que necesitaba este tiempo para entenderse con sus hermanos y tramar con ellos la matanza que preparaba. Su padre había constituido dos reinos; uno compuesto de la Tracia, la Macedonia y la Acaya para el César Dalmacio su sobrino y otro del Ponto de la Capadocia y de la pequeña Armenia para Hanibalino. La soldadesca se precipitó en las calles y en el palacio gritando que no quería más emperadores que los hijos de Constantino y comenzó la matanza en que pereció toda la descendencia masculina de Constancio Cloro inclusos Hanibalino y Damalcio, excepto Galo y Juliano, aquél de 12 años, éste de 6. Entonces los Césares tomaron el título de Augustos, se les levantaron estátuas con la inscripción: *A los hermanos que se aman*, y reunidos en Sirmiun se repartieron los despojos: Constancio obtuvo el Ponto, la Italia y Constantinopla, Constante la Iliria y Constantino II el N. O. de Africa.

El arrianismo dominaba en el Or., el catolicismo en el Oc.; Constantino II persuadió á su hermano á que levantase el destierro á los obispos desterrados y envió á S. Atanasio, confinado por su padre en las Galias, con una carta. No es fácil de creer que esto obedeciera sólo á motivos de piedad, tratándose de un monarca que mantenía á conocidos gentiles en los primeros puestos: es de suponer que se propuso con ello ganarse la benevolencia de sus súbditos é introducir la discordia entre los de su hermano, como en efecto aconteció. No tardó mucho tampoco en mostrar la sinceridad de su afecto hacia el otro. Suscitóle una querella acerca de los límites de sus dominios en el Africa y aprovechando la ocasión de que Constante estaba en el interior de la Dacia de Aureliano penetra en la Alta Italia, somete á escape el valle del Pó y llega con su ejército en desorden cerca de Aquilea, donde le esperaba un hábil general, que le atrae á una emboscada, donde perece, siendo arrastrado su cuerpo por el Asia hasta el Adriático.

Constante se apodera de todos los estados de su hermano y Constancio no se opone. Ni hubiera podido hacerlo. Al mismo tiempo que Constantino I daba el Edicto de Milán, Sapor rey de Persia había publicado el Avesta, había comenzado la persecución contra los cristianos y las guerras contra el imperio.

Ahora los armenios habían arrojado á los cristianos y á su rey Tiridates, poniéndose bajo la protección de los persas y Constancio, privado de las bravas legiones ilíricas, no tenía más que bandas de godos y de bandidos árabes para oponerse á los terribles catafractarios (1).

Constante había quedado así dueño de los dos tercios del mundo romano, pero sus estados no tardaron en ser presa de las rebeliones. Magnecio, bárbaro de origen, se había elevado por su audacia y por su fuerza á jefe de los jovinianos y de los hercúleos y éstos, embriagados en un banquete, le proclaman emperador. Avisado Constante, huye á toda brida y la caballería franca enviada á su persecución lo encuentra al pié de los Pirineos, uno quiere defender al emperador caido y otro lo mata. Los pueblos acostumbrados á la servidumbre acatan al nuevo emperador, pero los soldados de la Iliria proclaman á su veterano general Vitranion, bárbaro que por mucho tiempo no supo ni escribir, pero del que Constancia, la viuda de Hanibaliano, pretendió hacer su instrumento.

Los dos usurpadores ligaron su causa y escribieron á Constancio ofreciéndole la paz ó la guerra. Dícese que á éste le decidió á ella la aparición de la sombra de su padre, mostrándole el cuerpo ensangrentado de su hermano. Hízose más con el dinero que con las armas y el tesoro de Constantinopla estaba mejor provisto que el de la Iliria. La altiva Constantina, no hallando en Vetranión el hombre que necesitaba, se reconcilió con su hermano y sirvió á la intriga. Reunidos para una entrevista en medio de sus tropas, el recuerdo de las victorias de Constantino y el dinero derramado las hicieron prorrumpir en gritos contra los usurpadores y Vetranión viéndose perdido se despojó de la púrpura y se arrojó á los piés de Constancio que no creyó necesario condenar á muerte á este viejo incapaz.

Más difícil era vencer á Magnencio que había obtenido al principio algunas ventajas, Constancio le envió un embajador ofreciéndole la paz á cambio de la cesión de la Iliria, la proposición fué altivamente desechada, pero el enviado había trabajado á sus tropas de que se pasó un cuerpo de caballería franca. Magnencio sitiaba á Mursa y en sus campos se encontraron los emperadores. Cincuenta mil guerreros, la mitad de los combatientes, perecieron en ella, pero la caballería de Constancio sobre todo los catafractarios decidieron la victoria. Todavía Mag-

(1) Guerreros, según nos los describe Juliano, cubiertos de hierro como nuestros caballeros de la Edad Media, los emperadores armaron á semejanza de esta caballería parte de la suya.

nencio trató de defenderse, pero la defección cundía y al cabo por no ser entregado á su enemigo se atravesó con su espada, dejando á Constancio dueño único del imperio. Este se vengó implacablemente: "bastaba, dice Amiano Marcelino, una palabra ó el rumor más ligero para hacer un culpable de un inocente y mientras la sangre corría á torrentes, celebraba en Arlés con fiestas suntuosas el trigésimo año de su imperio.

Rodeado de eunucos (1) á quienes obedecía y de cortesanos que explotaban sus temores para arrancarle condenaciones que los enriquecieran; bajo su reinado se prescinció hasta de las formas más comunes de justicia.

En la guerra contra Magnencio para defender las provincias del Oriente, nombró César á su primo Galo, hijo de una de sus víctimas, á quien casó con su hermana Constantina y á cuyo lado puso el hábil capitán Luciliano para que lo vigilase. Galo se entregó á una vida de desórdenes y como para ellos necesitaba dinero, todo se vendía, en lo que le ayudaba su avara mujer. El hambre produjo un tumulto en Antioquía y el cobarde Galo echó la culpa al gobernador, á quien hicieron pedazos los amotinados, entretanto los árabes saqueaban los paises cercanos al desierto, los ladrones de la Isauria merodeaban en muchas provincias, los persas habian vuelto á hacer incursiones en la Mesopotamia y Galo no se movía. Constancio irritado mandó al prefecto de Oriente que se lo enviara, pero Galo hizo degogar al prefecto y á su cuestor, pretextando un atentado contra su vida. Constancio fingió creerlo y lo obligó á ponerse en camino con palabras cariñosas, pero sucesivamente le separaron de sus tropas, Constancia, que hubiera podido servirle de intercesora, murió durante el viaje, le quitaron luego las insignias cesarianas y por último le cortaron la cabeza, se proscribieron sus amigos y hasta su cadáver.

En Occidente un franco, Silvano, á quien por sus buenos servicios en la Pannonia se había enviado á detener las incursiones de los germanos en la Galia, acusado por los eunucos de palacio, fingiendo cartas suyas, acusación de que después se hizo eco Juliano, vió llegar un comisionado regio, que obró con tanta precipitación, que el franco teniendo que elegir entre la usurpación y la muerte se hizo emperador. Ursimano (2) logró exitar una rebelión en sus tropas que le dieron muerte. Con es-

(1) Amiano Marcelino dice de Eusebio, uno de ellos, que el emperador tenía mucho crédito cerca de él. XVI, 8.

(2) Condenado á muerte como cómplice de Galo, se le perdonó para confiarle el mando de las Galias.

to las fronteras ya desguarnecidas desde la sublevación de Magnencio, dejaron libre paso á los alemanes á la primera y segunda Germania y á los francos á la Bélgica, 45 grandes ciudades habían sido saqueadas y el país era presa de aquellos hombres feroces, uno de cuyos jefes, habiendo preguntado á su madre como conseguiría hacerse famoso, recibió esta respuesta: destruye y mata.

Entre tanto, Constancio se ocupaba en resolver cuestiones teológicas. El concilio que él y su hermano habían convenido en convocar en Sardica, límite de los dos imperios, no sirvió para pacificarlas porque los eusebianos se retiraron pretextando no poder reunirse con excomulgados y se reunieron á la vez en Filipolis en número de 80. Con esto comenzaron tales turbulencias que S. Cirilo obispo de Jerusalen exclamaba: "Obispos se levantan contra obispos, sacerdotes contra sacerdotes, pueblos contra pueblos, llegándose hasta derramar sangre„.

A la muerte de Constante, la lucha recomenzó con más furia, S. Athanasio desterrado encontró protección en S. Antonio y los monges de la Tebaida. Los ortodoxos eran arrojados de sus sillas y á las disputas sobre la igualdad del Padre y del Hijo vino á unirse otra sobre la naturaleza del Espíritu Santo. Estas disputas no se contenían en los límites de la discusión, 4000 soldados perecieron en uno de estos combates, había sede que tenía tres obispos, Amiano Marcelino exclamaba: "Las fieras no son más crueles con los hombres que los cristianos entre sí y S. Gregorio Nacianceno deploraba que el reino del cielo fuera un caos en que se agitaban todos los furores del infierno. La cuestión no era solo de fé, sino de independencia ó dependencia de la Iglesia del poder civil; mientras que Constancio decía: "Lo que yo quiero debeis tenerlo por regla. Mis obispos de Siria encuentran bien que así sea y Dios está conmigo, pues he puesto todo el mundo romano bajo mi potestad„, S. Hilario de Poitiers, le respondía: Os ha sucedido lo que á los arquitectos ignorantes.... No haceis más que edificar y destruir, mientras que la iglesia católica desde la primera vez que se reunió construyó un edificio inmortal y dió en el símbolo de Nicea tal declaración de la verdad, que basta que se repita para condenar al arrianismo eternamente. Los obispos reunidos en Rimini y en Seleucia (359), por orden del emperador y bajo la vigilancia de sus condes favorecieron su política y el mundo, dice S. Jerónimo se asombró al verse arriano.

En tanto llegaban los lamentos de la Galia desolada y Constancio se decidió al fin á enviar un general; Eusebia le aconsejó que enviase á Juliano; "más vale le decía, un pariente que un

extraño;„ Casóle con su hermana Elena, hízole César y encomendósele la prefectura de las Galias, pero rodeándole de todas las precauciones que pudieron inspirar las sospechas. Juliano no había sido nunca hombre de guerra, él había preferido siempre Sócrates á Alejandro y mientras estudiaba la estrategia militar y se ejercitaba en la gimnástica, decía: "Mira Platón lo que han hecho de un filósofo!

Inhábil ó traidor el general (1) que se le había dado por adjunto, sufrió un revés que puso de manifiesto la pericia de Juliano y el emperador estableció la unidad del mando confiándole el de todo el ejército. Sus brillantes campañas en las Galias en que venció á los alemanes y á los francos, aseguraron la provincia y comenzaron su fama mientras que su buen gobierno y buena administración le hicieron querer de las tropas y de los ciudadanos.

Sean celos, sea necesidad porque los persas habían invadido de nuevo el imperio y se habían apoderado de Amida, Constancio pidió á Juliano parte de sus tropas. Estas se resisten á marchar, pero Juliano las obliga á obedecer y las despide resuelto á deponer la púrpura al verse incapacitado de defender la Galia, pero las tropas restantes le proclaman Augusto. Juliano resiste un poco y al fin escribe á Constancio contándole la verdad de lo sucedido, que él ni había artificiosamente preparado ni combatido enérgicamente. El emperador, para ganar tiempo, le contestó moderadamente, diciéndole, que se contentara con el título de César. La ruptura sin embargo era inevitable y Eusebia acababa de morir; así mientras que después de una campaña inútil en la Mesopotamia, Constancio parecía no ocuparse más que del embellecimiento de Antioquia, enviaba emisarios á los alemanes para que cayendo sobre la Galia pudiera cogerse á Juliano entre dos ejércitos y le escribió una última carta en que le ordenaba deponer la púrpura á cambio de la vida. Juliano entonces publicó una amnistía general para los partidarios de Magnencio, fortificó las fronteras de la provincia y dividiendo su ejército en tres cuerpos con gran celeridad, toma la ofensiva, sorprende la flotilla del Danubio y no encuentra resistencia en ninguna parte. Constancio estaba en Edesa de vuelta de una expedición á la Mesopotamia y sabiendo que Juliano acampaba ya en la Iliria, sale contra él, aunque enfermo y muere en el camino pocos dias después de haber recibido el bautismo. Se cuenta que en su testamento había dejado á Juliano por sucesor: sea de ello lo que quiera, el hecho es que éste

(1) Marcelino.

subió al trono sin oposición y que su reinado es el supremo esfuerzo político del paganismo. Cuanto mayores sean las condiciones personales del príncipe que intentó restaurarlo, más clara aparecerá la necesidad de su derrota: la historia en su severa imparcialidad no puede inclinarse ni á sus panigeristas ni á sus detractores.

El rigor con que había sido hecho educar en el cristianismo por los perseguidores de su familia que temían que en él encontraran un jefe los gentiles, le hizo odiar aquella religión y no conocerla sino á través de su enemiga. Su vida durante aquel largo suplicio moral que duró 18 años, se dividió desde entonces en dos partes; una pública para disipar las sospechas de la corte, otra oculta en que alimentaba su espíritu con la lectura de Homero y de Platón; se había hecho iniciar en el neoplatonismo por un discípulo de Jámblico y en la teurgia en Efeso por un taumaturgo que le mostró los pretendidos misterios de la religión condenada. Si estas lecturas le llegaron á inspirar tan alto concepto de los deberes de "un príncipe que pensaba que un rey necesitaba la naturaleza de un Dios„, no le dieron aquel heroismo moral con que los cristianos desafiaban el martirio y se rebajó hasta mezclarse ó consentir por lo menos en la intriga que hizo deponer á Silvano y en escribir una apología de Constancio. Juliano, aunque él acaso se figurara lo contrario, no es un filósofo, sino un creyente. Al subir al trono cree obedecer á una orden de los dioses (1). Es además un partidario de lo antiguo. Sueña sino con la libertad de la República al menos con la felicidad del imperio en tiempo de los Antoninos. Marco Aurelio es su ideal y procura imitarlo. Rechaza los títulos de Señor y Dueño y piensa que la adopción vale más que la herencia para trasmitir el poder; el primer cónsul que nombró fué Mamertino, que decía en una arenga: "La filosofía antes sospechosa y juzgada culpable, hoy vestida de púrpura, coronada de perlas y oro se sienta en el trono real„ en el palacio *abundaban los eunucos más que las moscas en el Estío* y estaba plagado de cortesanos hambrientos y Juliano vende á los unos y despide á los otros. Amiano Marcelino llamaba á la corte del último monarca la sentina de todos los vicios, Juliano forma un tribunal con los principales personajes del imperio para juzgar estos crímenes, la venalidad de los empleados, sus exacciones y las inmunidades tenían arruinados al par el tesoro y las provincias. Juliano disminuye las inmunidades restituye á los municipios los ingresos de que habían sido despojados, alivia las provincias demasiado recargadas y disminuye ó estingue los *curiosi*, los goberna-

(1) Corría por este tiempo entre los paganos un oráculo que anuncia-

dores son obligados á entregar al tesoro las sumas devengadas en el término de 30 días bajo la pena de 10 libras de oro para ellos y de 20 para sus subordinados, frente al lujo insolente de los cortesanos afecta una sencillez en el vestir y tal frugalidad en la comida que hubieran avergonzado á un cínico; hipocresía ó virtud, todas ellas eran medidas útiles. Mas cuando se sienta en la curia como simple senador, cuando muestra extraordinario respeto á aquel Senado de palaciegos y se condena á sí mismo en una multa de 10 libras de oro por haber emancipado esclavos el día que tocaba hacerlo á los cónsules, se ve en todas estas acciones la afectación del retórico y el desconocimiento de los tiempos.

Mayor la hay todavía en la imposible empresa que acomete de restaurar el paganismo. Ni bastante filósofo para comprender algunas de las altas enseñanzas de Plotino, ni tan ignorante que creyera poder volver á la vida aquel gentilismo incongruente popular, cuya elasticidad sin embargo había podido evitar á la república las luchas religiosas, él se crea un gentilismo á su manera que tiene los inconvenientes de los dos. Hay según él 3 mundos; el de lo *sensible* donde la materia muestra todas sus imperfecciones, el de lo inteligible, modelo perfecto de aquel y el de lo inteligente reproducción debilitada del Inteligible y modelo inmediato del sensible. Cada uno de ellos tiene su Sol; el superior rodeado de los celestes ejércitos y de las razas divinas, el inferior que nos alumbra y otro intermedio que liga el Sol inteligible al sensible. Estas arbitrarias componendas ni podían satisfacer á las inteligencias profundas ni entrar por el ojo sensible de la multitud.

Así que esta tentativa pasó al principio casi desapercibida, lo mismo para los gentiles que para los cristianos. Amiano Marcelino no le da importancia y San Gerónimo, más preocupado de las discordias que dividían á la cristiandad, escribe: "Al fin se despierta el Señor, ha muerto la bestia y la tranquilidad renace.„ En efecto, el emperador había llamado á todos los desterrados, había prohibido molestar á los cristianos "porque es preciso convencerlos por la razón y no por el palo„ y habiendo llamado á su presencia á los obispos y á los doctores de las diversas sectas, les había dicho: "Desde ahora cada cual puede profesar el culto que prefiera, pero dejaros de disputas y vivir en paz.„ En el nuevo sincretismo religioso que su espíritu de ro-

---

ba que los sortiligios empleados por Pedro para hacer adorar á Cristo perderían su eficacia á los 365 años. (S. Agust. De Civit. Dei, XVIII, 35) y el plazo estaba para cumplirse.

mano había confusamente concebido, el cristianismo mismo no había quedado excluido del todo. "Estas gentes, escribía, son piadosos á su manera, puesto que el Dios que adoran es en verdad el Ser Omnipotente y bueno á quien nosotros mismos dirigimos nuestras oraciones con otros nombres." Y procuraba vencerlos empleando contra ellos sus propias armas; la creencia en una vida futura, la caridad y la predicación.

Pero cuando vió que estos medios no bastaban, de tolerante se convirtió en perseguidor. Quitó á los obispos la jurisdicción voluntaria de sus fieles, privó á la Iglesia de la facultad de recibir legados, devolvió á los templos paganos y á las ciudades los bienes de que Constancio y su padre los habían privado para donárselos á las iglesias; declarado el paganismo religión del Estado, para los gentiles fueron todos los favores y para los cristianos todas las severidades y, por último, prohibió á los profesores cristianos enseñar en las escuelas públicas, porque "no se nos debe herir con nuestras flechas ni armarse de nuestros libros para combatirnos." Cerró la entrada de los galileos á las funciones públicas, "porque convenía preferir para ellos hombres piadosos." Juliano, en fin, empleaba contra los cristianos todas las armas, disputaba como teólogo, se burlaba como literato y decretaba como emperador.

A su vez S. Athanasio había reunido un concilio en Egipto (362), que proclamó como regla única de fé el símbolo de Nicea, prohibió á los cristianos asistir á los juegos y representaciones gentílicas, prestar el juramento exigido por la ley romana y desempeñar puestos en la administración y en el ejército y hasta excomulgó á los que comunicaran con soldados, publicanos ó gobernadores. S. Gregorio Naciaceno contestaba á Juliano, que había dicho: "Para nosotros la elocuencia y las artes de la Grecia, para vosotros la ignorancia y la rusticidad." "Yo te abandono las riquezas, la gloria, el poder y todos esos bienes de aquí abajo, que se desvanecen como un sueño, pero guardamos la elocuencia, y los hombres más ilustres abandonan las más altas posiciones por cargos eclesiásticos ó la vida en el desierto. Una nueva sociedad, una nueva ciencia, una nueva literatura nacen; el cristianismo y el Estado romano se declaran para siempre incompatibles." Amigo de los judíos por odio á los cristianos, intenta reedificar á Jerusalén y también se cuenta que quiso restablecer el templo, para desmentir las profecías.(1)

(1) La carta número 27 de la colección de las obras Juliano, dirigida á los judíos, ha suscitado acerca de su autenticidad dudas *legítimas*. La

Las polémicas religiosas no le hicieron, sin embargo, abandonar la defensa del imperio. Los cortesanos le habían propuesto una espedición contra los godos, pero él les contestó: "yo iré á buscar enemigos más serios„ y se dirigió contra los persas. Mandó á Procopio con 18,000 hombres, á los que mandó unir con sus contingentes á Arsaces, rey de Armenia, á maniobrar en las orillas del Tigris y él, habiendo desechado la oferta de los sarracenos que le ofrecían su ayuda á condición de que se le continuaran dando los antiguos subsidios, (1) con el nervio de las tropas y la armada bajó por el Eufrates. En esta campaña mostró Juliano todas sus prendas de soldado (hasta matar enemigos por su mano) y de general (hizo correr de nuevo el agua por el Nahal Malcha, canal del Tigris al Eufrates que los enemigos habían cegado). Los persas le propusieron la paz, pero Juliano la rechazó, y dando orden á Procopio de entrar en el valle del Tigris, abanzó al centro del imperio. En Tummara acababa de rechazar una partida de catrafactarios, cuando sabe que en otra parte se ha producido algún desorden; corre allá sin ponerse la coraza y un dardo lanzado al azar le hiere mortalmente, y queriendo arrancárselo, se corta en la mano con su doble filo. Trasladado á su tienda sobre un escudo, hace venir á sus amigos y otorgando testamento militar, reparte sus bienes entre ellos. Pregunta por Anatolio el Maestro de oficios y Salustio le contesta: "Ya es feliz.„ Entretiene sus últimos momentos en conversaciones con sus filósofos acerca de la inmortalidad del alma, y esperando *cælo sideribusque conciliatum*, (2) su respiración se hace fatigosa, pide agua y muere sin agonía. La leyenda pagana supone que la noche antes, velando en su tienda, había visto pasar el genio del imperio que en Lutecia le había prometido el poder, triste y silencioso, con la cabeza cubierta con un velo fúnebre, que le abandonaba; los cristianos cuentan á su vez que, herido, había vuelto al cielo sus ojos irritados gritando: "Venciste, Galileo.„ Nada de esto pasó y sin embargo ambas leyendas son la expresión de la verdad. El paganismo acababa de perder su última batalla y el genio de Roma abandonaba el mundo. (3)

---

idea de hacer su capital á Jerusalen y de adorar allí al dios de Moisés, á quien antes ha tratado tan mal, y que es la negación de su politeismo, es difícil que se le ocurriera á Juliano. Amiano Marcelino dice, sin embargo, que los trabajos se suspendieron porque unos globos de fuego que estallaron de reprente dispersaron á los trabajadores.

(1) Carezco de oro, no tengo más que hierro, se dice que les contesró.

(2) Son sus mismas palabras, poco antes de morir. (A. Marcell., XXV, 3.

(3) Livanio acusa á los cristianos de haber seducido á un asesino y

A la muerte de Juliano se celebró consejo en la tienda imperial. Los antiguos jefes del ejército de Constancio pretendían que el nuevo emperador fuera elegido entre ellos y lo mismo los capitanes de las legiones galas. Ofrecióse la púrpura al Prefecto del Pretorio, Salustio, que se excusó por su edad y se desechó la proposición de esperar la llegada del ejército de Procopio, pero mientras en la tienda se deliberaba, algunos impacientes proclamaron á Joviano, hombre mediano, á quien el favor de su padre, más que su mérito, había encumbrado á los primeros puestos, y de buena conducta, si se exceptúa su afición un tanto desmedida á la buena mesa, á las mujeres y al vino. Su elección fué muy bien recibida por los cristianos, cuya religión públicamente profesaba. Tratóse enseguida del plan de campaña. Los persas habían perdido en Tummara dos de sus mejores generales, 50 sátrapas, muchos soldados y casi todos los elefantes; los augures sacaron de la inspección de las entrañas de las víctimas que todo se perdería si se permaneciese en el valle y que convenía continuar la marcha. Así se decidió, pero se perdieron dos días en hacer un puente de barcas, que se llevó el Tigris, y Sapor, sabiendo el desorden del ejército romano, hizo proposiciones de arreglo é inspiró temores de Procopio. El emperador cedió á estos temores ó al desconcierto de las tropas y firmó la paz. Por ella perdía el imperio las cinco provincias más allá del Tigris, los dos baluartes de la Mesopotamia, Nisibe y Singare, (1) y abandonaba la Armenia, cuya importante alianza se habían asegurado los romanos á costa de cuatro siglos de trabajos.

En Nisibe había hecho Joviano matar á Jovino, conde de los notarios, que había tenido algunos votos para el imperio, y para libertarse de Procopio le encargó de conducir á Tarso el cadáver de Juliano; el general Jovino había logrado sofocar una insurrección de las legiones de las Galias, que no querían creer en la muerte de Juliano y habían quitado la vida á dos de los enviados del emperador, uno de ellos su suegro Luciliano.

---

un historiador de la Iglesia, Sosomeno, esta á punto de reclamar esta pretendida gloria para uno de los suyos. S. Gregorio lo hace caer por mano de los ángeles y exclama: "Tú que nos habías prohibido la palabra, mira como has caido en el silencio eterno.„ El mejor juicio de Juliano es este del poeta cristiano y español Prudencio: "Era un jefe valeroso en el combate y un famoso legislador. Sirvió bien al Estado con su inteligencia y con su brazo, pero no á la Iglesia. Adorador de mil dioses, no tuvo fé en el Dios verdadero, pero la tuvo en la patria. (Apoteosis, v. 150—254.)

(1) En vano los de Nisibe ofrecieron defender solos la ciudad que tantas veces había servido de baluarte á los romanos; se mandó "salir de ella á sus habitantes, bajo pena de muerte.

El cristianismo de Joviano no era muy firme, (1) ó por lo menos él era muy tolerante. Devolvió á la Iglesia los privilegios de Constantino, reduciendo sin embargo á la tercera parte la annona que se suministraba á sus ministros, no intervino en las disputas teológicas y publicó una ley de libertad de cultos, (2) pues como decía su orador Temistio "Dios que ha puesto en el corazón del hombre el sentimiento religioso, se deja honrar como entiende cada uno. El derecho de dirigirse á él por el camino elegido no puede ser negado por las confiscaciones y la muerte. Del cuerpo destrozado el alma se desprende con la conciencia libre.„

Joviano, que había tomado el consulado con su hijo, niño de pecho, terminaba pocos días después su breve reinado de 7 meses. Habiéndose acostado, después de haber cenado mucho, en una alcoba recién blanqueada, donde para evitar el frío había dejado un brasero encendido, á la mañana siguiente se le encontró afixiado.

Los jefes civiles y militares reunidos en Nicea, ofrecieron la corona á Salustio, que renunció por sí y por su hijo diciendo: "Yo soy demasiado viejo y él es demasiado joven.„ Entonces la elección se fijó en Valentiniano, pero los soldados, que querían dos donativos, le pidieron que nombrara un colega. "Si tu afecto te inclina á tu familia, le dijo el Maestro de la Caballería, tienes un hermano; si prefieres la patria, busca en otra parte.„ Después de algún tiempo, Valentiniano eligió á su hermano Valente. Los dos hermanos se dividieron el imperio. Valentiniano, que se quedó con los paises de lengua latina, puso su corte en Milán; Valente, á quien tocaron los de lengua griega, conservó la suya en Constantinopla.

A dos cosas, ambas muy graves, tenían que atender los emperadores: á conservar la paz interior y mejorar la administración y á defenderse de los enemigos que por todas partes traspasaban las fronteras. Al servicio de la primera puso Valentiniano toda la energía de su carácter honrado, pero duro. Creó el *defensor civitatis,* porque los pobres deben defenderse como hijos *(liberorum loco tueri debet).* Ordenó que los juicios fuesen públicos é intentó restablecer las asambleas provinciales,

(1) Ya hemos visto los sacrificios hechos después de su elección y las monedas suyas que llevan la leyenda *Vota Publica*, tienen los mismos tipos que otras de Juliano, Anubis, Isis y Osiris, Isis dando de mamar á Horo. Isis y Anubis.

(2) No está en el código donde no podía ser inscrita por los jurisconsultos de Justiniano, pero el v. discurso de Temistio nos garantiza su existencia.

pero castigaba cruelmente cualquier abuso, á un empleado que solicitaba otro empleo, lo mandó matar diciendo: "ya que quiere que lo separen que le separen la cabeza,„ y tenía dos osos que mantenía con la carne de los ajusticiados y á quienes dió después la libertad por sus buenos servicios. Mantuvo la libertad religiosa, excluyendo sólo de ella á los maniqueos y donatistas, que turvaban el imperio; volvió á poner el lábaro en las banderas, reconoció la jurisdicción espiritual de los sínodos diocesanos, pero respetó la antigua religión de Roma *(concesam á majoribus religionem)*, terminó la cuestión de los bienes de los templos paganos dados por Constantino á las iglesias y devueltos por Juliano á los gentiles, quitándoselos á éstos pero aplicándolos al fisco como mostrencos, y renovó la ley de Constantino que impedía admitir en el clero los que tenían bienes y adjudicó al erario los donativos hechos á los eclesiásticos, porque "á éstos les basta ser ricos de piedad.„

La trompeta de los bárbaros, dice Amiano Marcelino, resonaba por todas partes y Valentiniano, dejando que su hermano se compusiera como pudiese en el Oriente, no hizo poco con defender sus tierras. Jovino venció cerca de Chalons á los alemanes, descontentos porque no se les habían enviado los ricos donativos de costumbre, y los saxones, que habían invadido la Bélgica, fueron destrozados por una astucia desleal. El español Teodosio rechazó en Inglaterra á los escotos y á los pictos, y sacó el Africa del poder de Firmio, que allí se había proclamado emperador. Mientras este general devolvía una provincia al imperio, su hijo le salvaba otra. El rey de los cuados, invitado á un festín por el gobernador romano, había sido degollado con todos los suyos, y éstos en venganza, se lanzaron sobre las tierras romanas, donde aprisionaron á una hija del emperador Constancio, prometida de Graciano, hijo de Valetiniano, y destrozaron dos legiones; el joven Teodosio los obligó á pedir la paz. El mismo Valentiniano los persiguió después tan cruelmente, que éstos vinieron á pedir humildemente el olvido de lo pasado, pero el emperador los recibió con tanta cólera, que se le rompió un vaso en el pecho y murió á la siguiente noche.

Dos hijos había dejado: Graciano, hijo de su primer esposa, repudiada, y Valentiniano, de la segunda emperatriz; pero contra lo que era de esperar, se dividieron pacíficamente la herencia de su padre, quedándose Valentiniano II con la Iliria, la Italia y el Africa.

Entre tanto Valente, que había visto su imperio perturvado por los anti-Césares, por las guerras con los persas y por las

discordias religiosas, pues habiéndose hecho bautizar por un obispo arriano, perseguía á los católicos que se aumentaban cada día más en el Oriente, tuvo que habérselas ahora con un enemigo más formidable. Desde las orillas del Don á la Transilvania dominaban los godos, que se dividían en ostrogodos (godos del Este ó acaso habitantes de la estepa *(Grutunges)* y visigodos (godos del Oeste ó habitantes de los bosques *(Tervinges)*. En paz durante mucho tiempo con el imperio, á quien con el nombre de federados servían con un cuerpo de 40,000 hombres, y que mediante el obispo Ulfilas ó Wulfila había propagado entre ellos el arrianismo, sacándolos de la barbarie pero sin haberlos traido todavía á la civilización, habían vuelto sus armas contra los otros pueblos, más bárbaros que ellos. Hermanrico, de la familia venerable de los Amalos, se había hecho obedecer de numerosas tribus germánicas y escíticas, y los visigodos con su rey el baldo Atanarico, se extendían desde el Dniester hasta el medio de la antigua Dacia. Aprovechando las muertes de Juliano y de su sucesor, algunos de sus guerreros se aventuraron á pasar á la Tracia, de donde Procopio, que se había sublevado contra Valente, tomó 3,000 á sueldo. Vencido el pretendiente y no habiendo querido dar al emperador la satisfacción que les pedía, éste pasó dos veces el Danubio, desoló sus tierras y ofreció un premio por cada cabeza de godo que le presentaran. Llegóse por fin á la paz, que concertaron el emperador y el rey, cada uno desde su embarcación en el Danubio. Limitóse el comercio á dos ciudades ribereñas y se mantuvo la pensión del rey, pero se suprimió la de los otros jefes.

Ahora los hunnos, que habían franqueado el Ural y el Volga, después de vencer á los alanos cayeron sobre los ostrogodos. Su rey Hermanrico, apesar de sus 110 años, se preparaba para rechazarlos, pero las tribus sometidas no quisieron seguirle, él se mató y su sucesor fué vencido; encontráronse entonces los hunnos con los visigodos. Atanarico no consiguió defender el paso del Dniester y tuvo que retroceder al Pruth. Quiso fortificar sus orillas, pero los suyos prefirieron ir bajo el mando de Fritigerno á pedir asilo á los romanos. Conviniéronse en que el emperador los alimentara y en que ellos entregaran hijos suyos en rehenes. Pero los empleados romanos especularon con el hambre y los visigodos tuvieron que adquirir los víveres á precio de oro; cuando se acabó éste vendieron á sus mujeres y á sus hijos, y cuando nada les quedó, acudieron á las armas. Valente trató de sugetarlos y pidió auxilios á Graciano, que le envió algunos, anunciándole que no tardaría en venir él mismo

en su ayuda. Cerca de Salices se encontraron los visigodos, que entonaban los cantos de guerra en que celebraban las hazañas de sus antepasados, á los que contestaba el *barritus* (1) de los legionarios. La batalla quedó indecisa y habiendo recibido refrescos los romanos, rechazaron á los godos hasta las gargantas del Hæmus, pero los godos recibieron á su vez refuerzos de otros bárbaros, y los romanos, no considerándose fuertes para mantener sus líneas, las abandonaron y dejaron entregado todo el país á la desvastación.

Una división, entre tanto, de los alemanes, sabiendo que las tropas de Graciano iban á marchar á Oriente y quisieron aprovechar la ocasión, le había impedido venir. Venciólos al fin en Argentaria y se puso en marcha; pero Valente, celoso de su sobrino, no quiso esperarlo para combatir. Encontráronse visigodos y romanos cerca de Andrinópolis; los romanos fueron derrotados y Valente, herido de una flecha cuando huia, fué llevado á una choza. Admirados los visigodos de la resistencia que aquí encontraban, le prendieron fuego y Valente pereció, sin que quedara nada de su cuerpo, en aquella batalla tan desastrosa, que se ha comparado á la de Cannas. (2)

En circunstancias tan difíciles, Graciano tuvo el buen sentido de darse un colega en el que fué el último de los grandes emperadores, en el español Teodosio. Su padre, perseguido por el odio de los exactores, cuyas concusiones había reprimido en Africa, fué acusado de aspirar al imperio y la madre de Graciano le hizo decapitar en Cartago; su hijo, temeroso ó no queriendo servir á los asesinos de su padre, se hallaba retirado en Cauca cuando los mensageros del emperador le trageron la púrpura y el gobierno de los estados del difunto Valente.

Los visigodos, desconocedores del arte de los sitios, habían sido rechazados de las plazas fuertes; (3) en Constantinopla se habían encontrado con otros bárbaros, con los árabes, con quienes han de luchar tan largo tiempo, que desnudos hasta la cintura, con el puñal en la mano, se lanzaban sobre sus enemigos y bebían su sangre, y su intemperancia había desarrollado entre ellos las enfermedades. No teniendo nada que hacer después de bien saqueado el país, y queriendo poner á salvo el

(1) Canto que empezaba como un suave murmullo y acababa como un trueno.

(2) Perecieron dos tercios del ejército romano, todos los generales y 35 tribunos.

(3) Hablando de Fritegemo, dice Amiano Marcelino, XXXI, 7: "*Pacem sibi esse cum parietibus memorans.*„

botín recogido, se habían concentrado entre los Balkanes y el Danubio, *(genitales terras)* (1) dejando sólo pequeñas bandas en la Tracia y en la Macedonia.

Teodosio reunió con trabajo algunas tropas, con su carácter severo pero franco y accesible les inspiró espíritu militar, logrando limpiar la Tracia de enemigos, mientras el maestro de la milicia, con conocimiento ó sin conocimiento suyo, habia ordenado á sus tenientes reunir los godos, esparcidos en la provincia, en los distritos respectivos, bajo pretexto de pagarles, y los había hecho degollar.

Al año siguiente (380) Teodosio, que había enfermado gravemente en Tesalónica, recibió el bautismo que los emperadores reservaban siempre para cuando estaban en peligro de morir (2) y de este tiempo data su política religiosa.

Graciano había seguido una muy varia en Occidente; aunque la inmensa mayoría de sus súbditos eran católicos, primero había perseguido á los herejes, (3) luego había dado una ley de tolerancia (4) y por último, quizá influido por S. Ambrosio, (5) había llamado á los obispos desterrados por Valente, entregado á los católicos las iglesias de los donatistas y prohibido las reuniones de éstos bajo pena de confiscación de los lugares donde se tuviesen. Teodosio decide establecer la unidad católica en el Oriente, donde el arrianismo y las otras herejías habían teuido su principal asiento. En la constitución de 27 de Febrero de 380 se dice que "Es nuestra voluntad que todos los pueblos gobernados por nuestra clemencia profesen la doctrina llevada á los romanos por el apóstol Pedro y enseñada hoy por Dámaso, pontífice de Roma, y Pedro, obispo de Alejandría. Sólo éstos se llamarán cristianos católicos; los locos é insensatos que defiendan la infamia del dogma herético, no darán el nombre de iglesia á sus conciliábulos y mientras les llega la venganza divina serán heridos por la nuestra;„ y en otra ley del mismo día: "Quien ofendiere la santidad de la ley divina por ignorancia ó negligencia, cometerá sacrilegio.„ (6)

En el mismo año los visigodos, con Fritigerno, saqueaban

---

(1) Aurelio Víctor, 47; Jornandez, cap. XXVI, dice también: *tanquam solo genitali potiti.*

(2) Porque el bautismo borra todos los pecados.

(3) Cod. Theod. XVI, 5, 4.

(4) Sócrat. V, 2.

(5) En la colección de las cartas de S: Ambrosio, de los PP. Benedictinos, hay una de Graciano á San Ambrosio.

(6) La pena del sacrilegio era la de muerte en hoguera, por las bestias ó en la cruz.=Ulp. Dig. XLVIII, 13, 6.

la Tracia, la Macedonia y el Epiro, mientras que los ostrogodos hacían otro tanto en la Pannonia. En una de estas escaramuzas estuvo á punto de caer en manos de los enemigos el mismo Teodosio, teniendo que escapar á uña de caballo. Por esto y por haber recaido en su enfermedad, tuvo que pedir auxilio á Graciano. Este, que no se hallaba en menor apuro, porque los vándalos habían invadido la Galia; pudo desembarazarse de ellos cediéndoles la alta Pannonia, con lo que pudo enviar algunas tropas. Logróse con ellas arrojar de nuevo á los godos de la Tracia y la Macedonia y, por último, hacer la paz. Estos, en sus excursiones, se habían formado una alta idea del imperio. Atanarico, al contemplar á Constantinopla, exclamó: "Ahora veo lo que no había querido creer, la magnificencia de esta gran ciudad. Sí, el emperador es un dios sobre la tierra y el que ose levantar la mano contra él perecerá.„ Esta impresión hizo que los godos, en vez de querer destruir el imperio, procuraran hacerlo vivir utilizándolo. Ganáronse, pues, con facilidad á los jefes con regalos y pensiones, al pueblo prometiéndole víveres hasta la próxima cosecha y cediéndoles, libres de toda contribución, las fértiles comarcas que descienden desde los Balkanes al Danubio. La cesion de estas provincias defendía las fronteras mejor que habían podido hacerlo destacamentos aislados en medio de paises desiertos, proporcionaba reclutas á las legiones de que huian los ciudadanos, desahogaba algo la situación del tesoro, que podía oprovechar las redenciones militares y halagaba la vanidad romana, que consideraba á los bárbaros como á sus servidores *(Romano serviebant imperio)*. Los visigodos también estaban satisfechos de cambiar su vida inquieta y ruda por las comodidades y los honores de la vida romana. Teodosio entró en triunfo en Constantinopla, seis semanas después llegó á ella Atanarico, sucesor de Fritigernes, que venía á confirmar el tratado; el emperador salió á recibirlo, le colmó de presentes y habiando muerto pocos días después el anciano caudillo se le hicieron regios funerales, de que se habló por mucho tiempo entre los bárbaros. Las bandas visigóticas que no habían entrado en la convención recorrieron todavía las provincias durante dos años, pero al fin el general Saturnino negoció con ellas, bajo las mismas condiciones, el tratado de 382, que puso término á la gran guerra gótica.

Infida pace la llama Idacio y, en efecto, por ella los visigodos lo recibían todo sin dar nada. Se les habían entregado muchas y ricas provincias, en ellas conservaban su organización y sus monarcas y no estaban sometidos á las leyes romanas, porque eran aliados, no súbditos. Habian prometido á los

emperadores ayudarles en todas sus guerras, y les suministraban voluntarios que recibian un gran sueldo, se distinguían por sus collares y brazaletes de oro y por el desprecio con que trataban á los pacíficos provinciales. Teodosio, para disminuir el peligro, los había distribuido en numerosas colonias; pero, ¿qué podía oponerles una población á quien el miedo de los gobiernos había desarmado y había envilecido la codicia de los poderosos? (1) Los bárbaros, dice Zozimo, se han domiciliado en el imperio y la población indígena ha decrecido de manera que apenas se conoce el sitio donde antes se levantaban ciudades opulentas. (2) De Roma y del paganismo no quedoba más que el nombre; era preciso ver si se podía continuar aquel Estado apoyándose en los bárbaros y en la Iglesia.

Este fué el propósito más ó menos consciente de Teodosio, y esto es lo que implica su conducta. Godos eran los que cultivaban mejor ó peor los ya desiertos campos, godos los que llenaban los ejércitos. Teodosio tuvo que ser el amigo de los godos. (3) Un día el pueblo amotinade de Constantinopla mató á uno de ellos y Teodosio castigó á la ciudad privándola de la mitad de una de sus distribuciones diarias; uno de sus oficiales había sido muerto en Tesalónica, y Teodosio ordenó el degüello de los habitantes de esta ciudad, que para él debía ser tan querida. Después se dice de una promesa de perdón arrancada por S. Ambrosio, habiéndose reunido los habitantes para unos juegos, los soldados rodearon el edificio y comenzó una matanza de tres horas, en que ni viejos ni mujeres ni niños fueron pardonados. Un comerciante extranjero ofreció toda su fortuna por salvar á lo menos la vida de uno de sus hijos, y mientras dudaba en elegir los godos, que tomaban á juego la matanza, asesinaron á los dos.

Mientras así intentaba fortificar el poder material, para fortificar el poder moral de la Iglesia, trató de establecer á toda costa la unidad religiosa. Constantinopla era el alcázar del arrianismo. Demófilo, su obispo, gobernaba todas sus iglesias; el obispo católico, S. Gregorio Nacianceno, no tenía allí más que un pequeño oratorio llamado Anastasia (la resurrección).

---

(1) Valentiniano y Valente habían renovado en 364 la prohibición á los súbditos del imperio de tener armas. Sinesio, en una oración pronunciada en el Senado, delante de Arcadio, presenta la defensa del imperio entregada á sus enemigos y pide la reconstitución de un ejército nacional. Amiano Marcelino nos habla de una legión romana que huyó de un grupo de caballeros armenios, que no pensaban atacarla.

(2) IV, 59.

(3) Amator generis Gothorum, Jornandez, 29; Zozimo, IV, 48.

Teodosio intimó á Demófilo para que aceptara el símbolo de Nicea, y habiéndose negado lo depuso; luego, rodeado de sus guardias y con gran aparato militar, condujo él mismo á Gregorio á la catedral y se la entregó con todas las iglesias y sus bienes. Ninguno resistió, Constantinopla se hizo ortodoxa como se había hecho arriana, por una orden del monarca. Lo que se hizo en Constantinopla se extendió á todo el imperio; "que ningún hereje encuentre lugar para sus misterios y que no halle ocasión para ejercer su obstinada demencia„ se ordenaba en uno de los edictos, y el persa Sapor fué comisionada para ejecutarlo. No encontró dificultades; el pueblo estaba cansado de contiendas teológicas, cuya importancia los más no comprendían y el clero arriano, que había vivido del favor de los príncipes, cuando éste le faltó se resignó con su suerte. Consagró esta unidad, como también la condenación de Macedonio, que negaba la divinidad del Espíritu Santo, un concilio reunido en Constantinopla. En el imperio de Graciano, el Sínodo de Aquilea condenó también, por arrianos, á dos obispos de la Iliria: por último, en la constitución de 31 de Marzo de 382, se castigó con pena de muerte á los maniqueos y á los sectarios que se aproximasen á ellos, y para facilitar la delaciones les eximió de responsabilidad si no probaban sus delaciones, sonando por primera vez la palabra inquisidor. (1)

En el Occidente, Graciano ni había sabido ganarse el corazón de sus súbditos ni tenía la energía suficiente para dominarlos. Abandonaba la administración en manos de cortesanos que todo lo vendían y exageraban el rigor para exigir los impuestos; no se ocupaba más que de la caza; confiando en su guardia de alanos los colmaba de favores, lo que le acarreaba la encubierta enemiga de los soldados romanos. Así que, cuando Máximo, gobernador de la Bretaña, se proclamó emperador y desembarcó en las Galias, sus soldados le abandonaron, teniendo que huir solo con 300 caballos. Las ciudades le cerraron sus puertas y alcanzado cerca de Lión por el maestro de la caballería de su enemigo, fué muerto. Máximo envió uno de sus condes á Valentiniano II, pero la madre de éste, temiendo por su hijo, niño de doce años, se le había adelantado mandándole un messagero con palabras de paz. Dirigióse también el nuevo emperador á Teodosio, proponiéndole, en bien del imperio, que de otro modo quedaría sin defensa ante los ataques de los bár-

(1) Sublimitas tua (ordena al Prefecto del Pretorio) det inquisitores, aperiat forum, iudices denuntiatoresque sine invidia delationis accipiat. Cod. Thed, XVI, 5, 9.

baros y prometiéndo respetar á Valentiniano II. Teodosio aceptó estas condiciones, pero exigiéndole que prohibiera el culto pagano. Entonces empleóse hasta el ejército en destruir sus templos, y perecieron las obras maestras de la escultura antigua. Si conservamos la Venus de Milo, la del Capitolio y el Hércules de Mastai, fué porque algunos de sus devotos las escondieron; el Júpiter de Fidias no tuvo tanta suerte; trasladado á Constantinopla, pereció después en un incendio. (1)

Poco antes un egipcio, natural de Menfis, había difundido por España una de las ramas del gnosticismo. Discípulo de uno de sus partidarios, fué Prisciliano varón dotado de singulares prendas; noble, rico, de gran talento, erudito y abstinente, que atrajo á su secta que rápidamente se extendió de la Galia á la Lusitania y á la Bética multitud de nobles y plebeyos, sobre todo mujeres, y dos obispos. Su doctrina, en parte secreta, según parece era una vasta síntesis entre el cristianismo, el mazdeismo y otras doctrinas filosóficas españolas, y llegó á crear una especie de propia literatura, entre cuyos autores se cuentan él, el notable poeta Latroniano y al retórico Tiberiano Bético. Dió la voz de alarma Adygeno, sucesor de Osio en el obispado de Córdoba. Citóse una junta de obispos en Zaragoza, no asistieron y fueron excomulgados, incluso Adygeno, que de enemigo se había convertido en su secuaz. Notificaron esta sentencia por medio del obispo Instacio, hombre colérico que reprendía á los que ayunaban y á los que se entregaban á la lectura de las santas escrituras; éste consiguió del emperador Graciano un edicto por el que estos herejes eran arrojados de los templos y de las ciudades. Ellos acudieron á Roma, pero no pudieron ver al Pontífice, que lo era el español S. Dámaso. Tampoco quiso oirlos Ambrosio en Milán, pero sobornaron á Macedonio, maestro de los oficios del emperador Graciano, y alcanzaron de éste la revocación de la primera providencia, con lo que denunciaron á Instacio como sedicioso y el vicario Voluencio lo mandó prender; aquél recurrió á Francia y no queriendo oirlo el prefecto del Pretorio, Gregorio, pasó á Tréveris á valerse de C. Máximo, que se había levantado emperador. Convocóse un concilio en Burdeos y fueron condenados los priscilianitas; acudieron éstos á Máximo y Prisciliano, acusado de hechicero y de que con color de religión hacía de noche conventículos de hom-

(1) Muestras de esta persecución en España son las ruinas del templo de Elo y la mutilación de muchas estátuas, entre las que hemos visto la de un sacerdote que probablemente para ello se había señalado con una cruz groseramente hecha que en ella se distingue.

bres y mujeres, fué condenado y muerto en unión de Felicísimo, Armodio y el poeta Latroniano é Instancio, que consintió la sentencia desterrado. Reclamó contra esto S. Martín, obispo de Tours, porque los herejes no debían ser muertos y menos á instancias de los obispos y los itacianos fueron condenados al destierro. Los priscilianitas se trageron los cuerpos de sus ajusticiados, venerándolos como mártires y teniendo por el juramento más obligatorio el que hacían por el nombre de Prisciliano. (1)

Teodosio había logrado un nuevo triunfo contra los bárbaros; (2) al año siguiente quiso celebrar el décimo año de su imperio y las quinquenalias de su hijo mayor; tuvo para ello que proporcionarse fondos, lo que produjo una insurrección en Antioquía, en que se derribaron las estátuas del emperador y de la emperatríz. Teodosio mandó castigar duramente á los culpables, quitar á la ciudad sus bienes y sus juegos, trasladar la capitalidad de la Siria á Laodicea y reducir la ciudad opulenta á la condición de lugar. Tantos eran los suplicios que en todos despertaron un sentimiento de piedad. El obispo Flaviano, el pagano Libanio, respetado de los emperadores y hasta los monges del yermo, de los que se cuenta que uno anduvo 300 leguas en seis días, fueron á ver los comisarios imperiales y al obispo, el monje por su consejo fué á echarse á los pies de Teodosio, que perdonó.

La Italia continuaba gobernada pacíficamente por Valentiniano II, ó mejor por su madre Justina, que continuaba las tradiciones de tolerancia de su marido. En su corte se encontraban S. Ambrosio de Milán, noble, elocuente, rico, pero que no usando de sus riquezas, que había cedido á la Iglesia, más que en beneficio de los pobres, gozaba de gran popularidad, mientras que con su talento y con la firmeza que le daba su fé y que le hacía decir á Teodosio: "La verdadera piedad es la que antepone lo divino á lo humano, lo perpétuo á lo temporal;„ se imponía á los poderosos, y Synmaco, uno de los últimos escritores paganos. Cuando Graciano había mandado derribar el altar de la Victoria y privado al clero pagano de sus rentas, había sido comisionado por los senadores para pedir la aboli-

(1) S. Ambrosio condenó también estas ejecuciones.

(2) Los Grutunges, que engañados por algunos que fingiéndose tránfugas les prometieron enseñarles el paso del Danubio, se aventuraron en él con sus frágiles barquichuelos, siendo pasados por ojo por las pesadas naves romanas, y pereciendo ahogados la mayor parte, incluso su rey Odothes.

ción del decreto, mientras que el papa S. Dámaso, español y poeta, enviaba á S. Ambrosio la protesta de la minoría cristiana del Senado, quien logró que la comisión no fuera recibida. Ahora suscitó de nuevo la cuestión y las dos religiones y las dos literaturas se encontraron frente á frente. Simmaco escribía en su instancia: "Pues que la causa primera se oculta entre las sombras, ¿cómo conocer los dioses sino por la tradición de nuestros antepasados? Paréceme ver que Roma se presenta ¡oh excelente príncipe! ante vos y os dice: Padre de la patria, respetad mi ancianidad; dejadme vivir á mi manera. Mi culto ha puesto bajo mis leyes el mundo entero; él fué el que rechazó á Aníbal de mis muros y á los galos del Capitolio. Concededme la paz para los dioses de la patria y que el tesoro del príncipe se enriquezca con los despojos del enemigo y no con los despojos de los pontífices." S. Ambrosio contestó con una memoria en que demostraba que ni los dioses ni las vestales habían impedido ninguna derrota, reclamaba la libertad religiosa para los senadores cristianos que no podían autorizar con su presencia ritos gentílicos, y le amenazó con cerrarle las puertas de la iglesia. Veinte años después celebraba en sus versos el poeta español Prudencio el triunfo de S. Ambrosio.

Los arrianos pidieron también á Justina que les entregasen las iglesias que Graciano les había quitado; dos condes vinieron á exigírselos á S. Ambrosio, éste les contestó que no podía entregar templos que eran de Dios; los soldados pusieron en ellos las insignias imperiales, pero el pueblo rodeó á su obispo, aparecieron en las iglesias reliquias de mártires y el emperador tuvo que ceder. En su despecho autorizó las reuniones de los adictos al símbolo de Rimini.

Máximo aprovechó este estado de los espíritus, escribió una carta á Valentiniano, que en realidad era un llamamiento á los católicos, y mientras adormecía á Justina con palabras de paz, hacía sus preparativos y bajo pretexto de enviar auxilios á su colega, se presentó en Italia; Valentiniano II tuvo que huir. Teodosio no podía consentir esta usurpación y hechos sus preparativos, marcha contra el anti-César, le derrota dos veces en la Pannonia (1) y pasando los Alpes Julianos se presenta delante de Aquilea, que le abre las puertas y le entrega á su enemigo atado de piés y manos. Teodosio lo manda decapitar y pasear su cabeza por las principales ciudades del imperio. Valen-

(1) En el desfiladero de Scupí, donde la caballería de los hunnos y los alanos le franqueó el paso del río y en Petovio, donde desertó una parte de las tropas de Máximo.

tiniano II quedó restablecido en sus estados, que se acrecieron con los de Máximo.

Ya hemos hablado por incidencia de la matanza de Tesalónica. A consecuencia de ella se mostró de una manera esplendente la autoridad moral de que la iglesia había de servirse para dirigir la vida en el período medio eval. Teodosio quiso entrar en el templo, S. Ambrosio le detuvo á la puerta diciéndole que allí no podían penetrar los que habían vertido sangre inocente; el monarca cedió ante el sacerdote desarmado y se sometió á la penitencia pública. Cuando la hubo terminado, cuando las puertas del templo, abiertas hasta para los mendicantes y cerradas para él le dejaron paso, se prosternó en tierra delante del obispo, diciéndole con el Salmista: "Dadme de nuevo la vida según vuestra promesa.„

El franco Argobasto había sido encargado por Teodosio del mando de la milicia de Occidente y en realidad era el verdadero emperador, pero tenía dos virtudes muy peligrosas en este tiempo, la providad y la franqueza; esto, como es natural, disgustaba á los cortesanos, que persuadieron á Valentiniano para que lo destituyera; éste tiró al suelo con desdén el rescripto diciendo que, nombrado por Teodosio, sólo él podía destituirlo; el emperador y él vinieron á las manos y los separaron, pero á los pocos días el emperador apareció ahorcado de un arbol.

Argobasto eligió para reomplazarle á un romano, al retórico Eugenio. Produjose entonces una reacción pagana. Purificóse Roma según los antiguos ritos, y la estatua de la Victoria volvió á colocarse en su pedestal. Entre tantos, sólo San Ambrosio tuvo el valor de oponerse.

Teodosio vino contra el nuevo emperador; despues de un combate de vanguardia en que pereció el prefecto de Roma Flaviano, gentil que se había sometido al bautismo sangriento del *tauróbolo*, que había de conservarlo puro 20 años, los dos ejércitos se encontraron á las orillas del Frigidus, no lejos de Aquilea. El primer día perecieron 10.000 godos y la situación pareció tan comprometida que los suyos aconsejaron á Teodosio la retirada; éste decide intentar un último esfuerzo. Al día siguiente, Arbitrio, á quien Argobasto había enviado á situarse detrás de las tropas de Teodosio, se pasó á éste y cuando el combate se trabó en el llano, un viento fuerte envolvió en torbellinos de polvo las tropas de Eugenio, que quedó derrotado y entregado por los suyos al vencedor; mientras imploraba el perdón de rodillas le cortaron la cabeza. Argobasto perseguido se mató.

Teodosio no sobrevivió más que cinco meses á su triunfo,

muriendo de una hidropesía de pecho y dejando dividido el imperio entre sus hijos el de Oriente á Arcadio de 18 años y el de Occidente á Honorio que sólo contaba 10.

El reinado de Teodosio es como el brillante resplandor que dá la luz antes de apagarse. Aparentemente de los bárbaros más poderosos había hecho los servidores del imperio y había concluido con el paganismo y las herejías, pero apenas su fuerte mano abandone las riendas del poder, aquella unidad ficticia se descompondrá; los bárbaros que han conservado su organización se trocarán de servidores en dueños, la experiencia mostrará lo que valen las conversiones oficiales y sus sucesores no serán ya más que polichinelas que se mueven y hablan á capricho de sus amos.

El supremo esfuerzo de este hombre no ha sido perdido enteramente, ha semi-romanizado á los godos y ha ayudado á la Iglesia á constituir fuertemente su unidad y la Iglesia y los godos salvarán lo que tenía de sano la civilización latina é impedirán que el mundo occidental se convierta en un caos á la invasión de las bárbaras tribus del Norte. Dos ilustres españoles han contribuido á esta obra del emperador español, el papa S. Dámaso y Prudencio el primero de los poetas cristianos.

Con razón ha escrito Duruy: (1) "Teodosio fué ciertamente el último de los emperadores romanos. Después de él no hay más que sombras sobre el trono de Occidente; el Oriente es el imperio bizantino y la edad media comienza porque los germanos están por do quiera y el espíritu de los Gregorios y de los Bonifacios reina en la Iglesia.

La transformación que la idea cristiana había de producir en la sociedad antigua, se había de sentir también en la esfera del arte y sigue sus mismos pasos.

Al principio, aquellas creencias calumniadas hasta por los más imparciales, aquellos ritos perseguidos tienen que ocultarse á la vista de todos y se refugian en las catacumbas. Eran éstas, escavaciones subterráneas que acaso habían servido también antes de sepulturas para los pobres, *miserœ plebi commune sepulcrum*. Los cristianos, á quienes se había hecho trabajar en ellas ó habían ido á buscar allí prosélitos entre los pobres, las escogieron como punto de reunión para los vivos y sepultura para los muertos. Abrían en sus costados nichos ó *loca* en que se depositaba un cadáver y á veces dos, colocados en líneas ofreciendo el aspecto de los columbarios. Algunos tenían adornos que eran los mismos de la antigüedad más toscamente

(1) Histoire des Romains, Tom. VII.—Resúmen general.

hechos como flores en canastillos, en coronas ó esparcidas por geniecillos, abuso que reprobó Tertuliano *y también* asuntos idénticos á los paganos ó poco diversos. Pero ya comienza á aparecer un ciclo nuevo de imágenes como la del Buen Pastor con la oveja sobre los hombros, asuntos del Antiguo ó del Nuevo Testamento, el escavador en el acto de abrir el sepulcro y en frente otra figura que lleva una lámpara (1), pero faltan las escenas de martirios y las representaciones del suplicio del Redentor. Algunos sepulcros tienen inscripciones, unas que parecen conservar fórmulas paganas como D. M. á no ser que se interprete Deo Máximo, pero otras aluden á la certeza de una segunda vida como *Bibas in Christo*, *Pax tecum sit*, *Mortuus non est sed vivit in astra*, ó consejos á los que sobreviven *Vixi dum vixit bone*. A veces se encuentra un sólo sepulcro abovedado *arcosolium*.

En las habitaciones laterales de los corredores se celebraban los sagrados ritos y se administraba el bautismo y los otros sacramentos.

Cuando el cristianismo tolerado ó triunfante salió á la luz, los templos paganos no pudieron por pequeños servir para la reunión de los fieles, *eclesia*. A esta necesidad satisfacían las basílicas, por lo que se establecieron en ellas las primeras iglesias ó las tomaron por modelo. El pórtico de columnas aisladas *nartex* quedó destinado á los catecúmenos y penitentes y cerrado á á veces por cortinas. Este pórtico no tardó en convertirse en un cuadrado que cercaba un patio donde había una pila para las lustraciones. Por la puerta *speciosa* y á veces por 2 ó 4 puertas laterales se entraba á la nave destinada á los bautizados legos y donde eran también admitidos los catecúmenos después de la primera instrucción, pero eran despedidos antes de comenzar los misterios. La nave se componía de dos filas de columnas que se trasladaban á menudo de los templos paganos y se acomodaban, bien cercenándolas, bien con groseros aditamentos. Sostenían una pared elevada á veces con ventanas redondas en que estribaban las vigas del techo que cubría todo el templo ó solo la nave del medio, extendiéndose sobre las laterales otras más pequeñas. La pared del circuito tenía también ventanas, pero toda estaba lisa y ningún objeto se destacaba de aquella superficie plana más que las columnas. Allí se verificaba la co-

(1) Estos escavadores ó sepultureros se contaban entre los mayores héroes del cristianismo, pues estaban más expuestos á caer en manos de sus perseguidores y eran considerados como nuevos Tobías que cuidando de las cosas visibles de la muerte se preparaban para las invisibles.

munión, se leía el Evangelio y se predicaba, para lo cual había un púlpito y á veces dos (para leer la epístola y el Evangelio). Bajo el techo de las naves laterales solía construirse una galería destinada á las mujeres *(matronium)* que siempre estaban separadas de los hombres. Según un concilio del siglo III, los porteros se situaban en el paso por donde entran los hombres y las diaconisas en el que dá entrada á las mujeres para vigilar á los unos y á las otras. Si se encuentra alguno sentado donde no le corresponda el diácono como *proreta* le conducirá á su sitio, porque la iglesia es semejante no solo á una nave, sino á un rebaño y así como los pastores colocan á las ovejas según el sexo y la edad los jóvenes han de sentarse separados, quedándose en pié sino hubiere puesto, los padres y las madres tendrán cerca de sí á sus hijos de pié, las niñas á ser posible estarán aparte, sino detrás de las mujeres de edad provecta, las vírgenes, las viudas y las ancianas se colocarán delante de pié ó sentadas. El diácono distribuirá los puestos y cuidará de que no se hable, ría, gesticule, duerma ó haga ruido; á la conclusión se levantarán todos á un ticmpo y cuando hayan salido los catecúmenos y los penitentes, con el rostro vuelto al Or. rogarán á Dios que hacia el Or. subió al cielo de los cielos. La basílica estaba cortada trasversalmente por una pared abierta en arcos ó por una reja sobre la que corría una cortina durante el sacrificio, más allá se encontraba el santuario reservado á los ancianos (presbíteros) y que terminaba por el abside destinado al obispo y al clero. El altar era de forma cuadrada, descubierto con un baldaquino que cubría el copón, desde que se adoptó la costumbre de guardarlo y que solía colocarse figurando palomas. Anexos al templo estaban el baptisterio, el secretario ó diacónico magno, el gazofilacio (sacristía), los pastoforios y los hospicios y los concilios de Constantinopla mandaron poner escuelas. La basílica de S. Pablo extramuros de Roma (siglo III) es exactamente igual á la basílica trajana, solo que en el ábside las naves laterales estaban cortadas por una trasversal figurando así una cruz y que las columnas no estaban unidas por arquitrabes, sino por arcos que van á ser el distintivo de la nueva arquitectura. No es cierto que en estos primeros tiempos las iglesias mirasen al Oriente, se encuentran en todas direcciones.

Los edificios redondos se aprovecharon para baptisterios á los que se dedicaron también las termas. Los había separados para mujeres con diaconisas. También se emplearon en capillas fúnebres. Llamábanse *martirios* ó *confesiones* los templos más pequeños edificados sobre la tumba del mártir. También solía estar en el santuario de la iglesia y sobre ella se ponía el altar,

en el que se celebraba la misa, á veces las reliquias descansaban en un subterráneo ó cripta y algunas la iglesia entera estaba edificada sobre las catacumbas ó se le daba esta forma (1)

Aunque el cánon III del concilio Ilberitano dice: "Mandamos que no haya pinturas en las iglesias y que lo que se adore no se pinte en las paredes„, ya hemos visto que se encuentran en las catacumbas y una antigua tradición refiere que el papa Silvestre presentó á Constantino los retratos de los apóstoles Pedro y Pablo que éste reconoció ser los que se le habían aparecido en sueños. S. Agustín (2) prueba claramente que no existe ninguna imágen verdadera de Cristo y que se han fingido innumerables desemejantes las unas de las otras. En las más antiguas se le representa de frente con el libro en una mano y la otra en actitud de bendecir, ó bien con los 3 primeros levantados y los dos restantes doblados (3) en ocasiones el pulgar está unido al anular doblado (4). Tambien son ideales las efigies de la Virgen en que el artista ha intentado retratar el tipo de la pureza, de la humildad, de la dulzura y del dolor resignado. Estas imágenes como las de los apóstoles suelen estar rodeadas de nimbos. Estos ya se encuentran en algunas divinidades romanas y en las medallas de los emperadores desde Antonio Pío como símbolo de la inmortalidad. Los cristianos los adoptaron; el nimbo de Dios tiene generalmente el disco dividido en forma de cruz y lo mismo pasa en el del cordero, unas veces rodea solo la cabeza, otras se extiende alrededor de todo el cuerpo (glória), el del Padre Eterno suele ser triangular. Tambien se le pusieron á las imágenes de la Virgen y de los santos, pero no como en signo especial de santidad, pues en un mosaico del siglo V se le ve rodear la cabeza de Herodes.

La veneración á las imágenes antiguas hizo que la pintura tomara un carácter hierático y en el segundo concilio de Nicea se dice: *Non est imaginum structura pictorum inventio, sed Ecclesiæ catholicæ probata legislatio et traditio.*

El carácter hierático se muestra también en los símbolos. Algunos son de procedencia gentílica, aunque con nueva significación como las palmas y las coronas, premios de los juegos circenses, fueron la señal de "nuevos triunfos y glorias adquiri-

(1) Ejemplo de lo primero son S. Martín y S. Silvestre, Sta. Cecilia y otras en Roma y de lo segundo S. Nazario y S. Celzo en Rávena.

(2) De Trinit. Libr. VIII, C. 4, 5.

(3) Es la actitud con que los antiguos representaban á los oradores.

(4) Esta posición es lo que piensan algunos, dió lugar á la representación por las letras alfa y omega.

dos en mejores pruebas„, las alas de los amores se adaptaron á los ángeles, el ciervo de Diana significó el alma sedienta de las aguas de la vida, el fénix, la resurrección; otros son bíblicos ó tomados de la naturaleza, como la paloma de Noé, los animales del Apocalipsis, otros meramente literales ó significativos, como el pez, cuyo nombre griego contiene las iniciales de Jesu Cristo, Hijo de Dios etc., el pelícano el amor del que dá á sus hijos la vida, alimentándolos con sus propias entrañas, etc., el alfa y el omega, principio y fin del alfabeto griego como representación de lo infinito. El símbolo supremo fué la cruz, que se ha presentado bajo diversas formas; la griega de brazos iguales, la latina con un hasta prolongada, la de S. Andrés en forma de aspa, la cruz de asa, la de carabaca con dos brazos, la egipcia en forma de T del hábito de S. Antonio.

A los símbolos pueden referirse el uso de los colores á los que se dió significación y se consagraron como antes lo habían hecho los étnicos, así el blanco que significaba la verdad y la pureza fué el primitivo vestido sacerdotal que hoy conserva el papa y el de los catecúmenos y se dedicó el rojo á los mártires, el verde á los confesores etc.

Son raros y de gran sencillez los objetos destinados al culto: el papa Bonifacio mandó que los cálices y las patenas fueran de madera, pero ya en tiempo de S. Ambrosio las iglesias poseían ornamentos de gran valor; cálices, lámparas, incensarios, candelabros, cruces, coronas pendientes de los altares, que se vendían en caso de necesidad para mantener los pobres, ensanchar los cementerios ó rescatar esclavos. Se dice que ya en el siglo III S. Ceferino ó según otros Urbano I mandó que los cálices fueran de oro ó de plata (1). Se usaban candeleros de muchos brazos á semejanza del hebreo, pero para la iluminación se prefería el aceite. Con el de las lámparas se ungía á los enfermos (2). Cuando nacía un niño solían encenderse muchas con

(1) En la primitiva iglesia eran muchos los cálices, pues los fieles comulgaban con las dos especies, solía haber uno muy grande para consagrar y otros para que los fieles comulgasen, que se llamaban *ministeriales*. A veces no se bebía en el caliz inmediatamente, sino con una pluma ó canutito de oro. Eran al principio los vasos comunes de beber de estas formas de barro ó de vidrio, solían tener dos asas y á veces cuatro. Los que se destinaban al culto se llamaban vasos místicos y se separaban del uso común. Antiguamente no se alzaba el caliz como hoy, solo el diácono lo elevaba un poco mientras el celebrante entonaba el *Per omnia sæcula*. Tampoco se ponía el caliz detrás de la hostia, sino á la derecha, que cubría con los corporales, como hoy con la hijuela. Había en las sacristías coladores para purificar el vino destinado á la consagración.

(2) Crisost. Op. XII, 573.

nombres diferentes y se le ponía el nombre de la última que se apagaba (1).

Los dípticos fueron al principio imitación de los profanos y servían para inscribir en ellos los nombres de los bautizados ó de los que llevaban ofrendas para hacer conmemoración de ellos en el ofertorio de la misa ó la lista de los eclesiásticos superiores, de los confesores ó de los mártires. De aquí nacieron los necrologios, los martirologios y los calendarios. La representación en el díptico llegó á no ser adorno sino la parte principal y vuelta la imágen hacia dentro los llevaban los fieles por devoción ó se ponían abiertos sobre el altar.

Al principio las vestidúras sacerdotales eran las comunes; sin embargo, desde la paz de la Iglesia en el siglo IV eran blancas ó rojas, ó de color de púrpura, que entre los griegos era señal de luto. Durante el pontificado del papa Anacleto (91) se indican como obligatorios los ornamentos sacerdotales para el servicio del altar: Orígenes afirma que estaba prohibido usarlos fuera de la Iglesia y S. Gerónimo dice que la religión tenía unos enseres para las funciones sagradas de ministros y otros para la vida común. La primera vestidura sagrada fué la *Stola* (2) que parece que comenzó á usarse juntamente con el alba.

En el siglo II, el papa Pío I menciona como distintivo de los obispos la *coloba*, especie de *esfod*, segunda túnica con mangas que llegaban hasta el codo y capucha, que se ponía sobre la primera y llegaba hasta media pierna y que se usó hasta el siglo IV, en que predominó la dalmática, trage introducido de la Grecia por el emperador Cómmodo y que consistía en un an-

(1) Las lámparas cristianas se distinguen por los símbolos, el monograma de Cristo, la cruz y candelabro hebreo etc. El canon 34 del concilio de Elvira prohibe encender luces en los cementerios para que no alteren el reposo de los cuerpos de los qne allí yacen, pero en los sepulcros de las catacumbas hay lámparas y la bóveda ahumada prueba que estuvieron encendidas.

(2) Se llamaba así al principio una túnica talar con una instita ó bordado que arrastraba formando cola, con muchos pliegues menudos y solía terminar en un borde de púrpura con un bordado á veces de oro, despues se denominó también así el orarium, lienzo largo y fino que usaban los oradores para limpiarse el sudor, quizá porque se tomó como de orla de la túnica de honor (Stola) que se daba por cónsules y emperadores á personas distinguidas. Desde el siglo VI, lo mismo en la iglesia griega, que en la latina era una especie de banderola de seda muy parecida á la actual. Los antiguos pintores cristianos pintan á los ángeles con una especie de estola llamada *redimiculum*, larga y estrecha tira de color de púrpura que después de dar dos vueltas por el cuello partida en cruz en el pecho se ceñía por los riñones para asegurar la ropa talar. Formaba parte del trage de las matronas romanas.

cha túnica con mangas cortas. Además de la que servía de vestido común, había otras más ricas para el servicio del altar. S. Isidoro nos la describe en el siglo VI como un vestido sagrado, blanco y adornado con bandas de púrpura. En el siglo III, los obispos usaban túnica de lino, dalmática talar con mangas largas y *birro* redondo abierto por delante, echado sobre el hombro y que se aseguraba al cuello con un broche. S. Gerónimo dice que los obispos no usaban seda, ni se vestían de blanco, pero pronto adoptaron un trage más rico que el clero inferior. Se cubrían la cabeza con la capucha y para calzado conservaron las sandalias, aunque los legos usaban el coturno.

Los primeros cristianos grababan en los anillos el monograma de Cristo, una cruz ó una paloma. Pronto se convirtieron en signo de las dignidades eclesiásticas. La memoria del del papa se remonta al año 257. Usa dos. El anillo piscatorio en que se representa á S. Pedro echando las redes y que se rompe á la muerte de cada pontífice, con el que se sellan los breves *sub annulo piscatoris* y otro con una piedra preciosa que es el que usa comunmente. También desde muy antiguo se hace mención del anillo de los obispos, del que se servían para sellar. Se lleva en el dedo anular de la mano derecha; no lo usaron los obispos griegos, hoy lleva piedras sin grabado.

Desde los primeros tiempos se introdujo la música en los ritos y se cantaba en coro (1), es probable que la primitiva música cristiana derívase de la hebrea (2). S. Ambrosio introdujo en Occidente el canto alternativo al estilo oriental á que ha dado su nombre, conservó los 4 modos auténticos de las iglesias griegas, el dórico (tono en *re*), el frigio (en *mi*), el eolio (en *fa*) y el misolodio (en *sol*), que se señalaban por este orden: I, II, III, IV.

El cristianismo había traido al mundo una nueva poesía: "Renuncio al diablo, á sus pompas y á sus espectáculos (3)„ decía el neófito al recibir las aguas del bautismo y claro es que con ello había de renunciar á la poesía que en el politeismo se inspiraba, pero en su nueva creencia encontraba asuntos más elevados que cantar. Gloria de España es que sus vates fueran los primeros que pulsaran en Occidente la nueva lira (4). Aquilino Juvenco en los mismos días de Constantino canta en versos exá-

(1) Plin. Epíst. á Trajano.

(2) Pablo de Samosata fué condenado por haber sustituido los himnos y Salmos de David con otros en alabanza propia.

(3) Salviano, De Providentia, Libro IV también se encuentra con alguna diferencia en S. Agustín y S. Cirilo.

(4) *Juvencus presbyter sub Constantino historiam Domini versibus explicavit.* Epíst. LXXX.

metros la vida del Salvador del Mundo. Aurelio Prudencio, en el libro de los Himnos, el de las Coronas, la Apoteosis, El origen del Pecado, encuentra inesplicable que se halle un hombre que desconozca su origen del Supremo Hacedor.

Sed quis non rapidi luminis ardiam,
Manantemque Deo cernat originem?

contrapone la vida frugal del cristiano á la gula y ostentación gentílicas, canta en vez de la fortaleza material de los antiguos héroes, la fortaleza moral del mártir que exclama con Hipólito al ser despedazado por dos caballos:

Hi rapiunt artus, tu rape, Christe, animam

la firmeza de las vírgenes que desafían con Eulalia los tormentos:

Ergo, age, tortor, adure, seca,
Divide, membra coacta luto.

Y apartando los ojos de la tierra y volviéndolos al interior, canta en el Combate del Alma, la lucha de las Virtudes y las Pasiones, creando aquella poesía de la Edad Media, de que será digno coronamiento la Divina Comedia del Dante.

Otro poeta español, el pontífice S. Dámaso en sus epitafios canta también los tormentos vencidos por la fé, como en este de S. Lorenzo:

Verbera, carnifex, flamma, tormenta, catenas
Vincere Laurenti sola fides potuit.

Lo que acontece en el arte ocurre en la ciencia; S. Agustín ha sistematizado en filosofía el platonismo cristiano y echado en la Ciudad de Dios los fundamentos de la filosofía de la Historia, desconocida á los antiguos, que su discípulo el español P. Orosio aplica en sus siete libros de las *Historias adversus paganos*, siendo el maestro de todos los historiadores cristianos posteriores é influyendo hasta en los historiadores árabes. (1)

En todo el mismo hecho, el catolicismo salvando y asimilándose, lo que convenía con el nuevo espíritu, de la antigüedad clásica, en todas presentando un ideal que no cabía en los antiguos moldes y que necesita formas nuevas, por lo que rompe las antiguas hasta en la lengua, que se llena de hebraísmos, alterando los giros y el significado de las voces y empleando palabras de la lengua hablada en vez de las consagradas por la li-

(1) El monge mozárabe Nicolás, hizo una tradución al árabe de las Historias que remitió el emperador de Constantinopla á Abderramán III, lo que explica los datos tomados de este historiador; que antes hemos notado y en adelante notaremos.

teratura, como de quienes no se dirigían á los eruditos sino al pueblo. (1)

Roma, que en su Estado universal ha congregado á todos los pueblos, no podrá asimilarse nunca á los bárbaros que, no concibiendo que el derecho nazca de la ciudad sino del indivíduo, vivirán en ella tan independientes y tan enemigos como en sus selvas; Roma, que admitía en su Panteón á todos los dioses, no puede admitir en sus altares al Dios único, sin renunciar á todas sus tradiciones. El mismo año en que Teodosio prohibía, bajo pena de muerte, sacrificar á los ídolos, se celebraba en Roma un tauróbolo; subsistían los colegios sacerdotales, Vesta conservaba sus vírgenes, de que una de ellas habia sido recientemente condenada por violación de su voto, y Ausonio ponía en verso el calendario pagano. Cristianos los emperadores, no habían olvidado su papel de pontífices: los treinta y tres obispos del concilio de Aquilea, pidieron en una carta al emperador que hiciera cesar la rivalidad entre Ursino y Dámaso, y cuando los obispos occidentales le proponen celebrar un concilio ecuménico para zanjar las diferencias entre los de Alejandría y Antioquía, el emperador les indica suavemente que no deben meterse en cosas que no les conciernen, y Justiniano, mucho más adelante, se llamaba todavía *obispo externo*. La corrupción de la sociedad romana influía en la Iglesia misma. S. Gregorio Nacianceno se queja en la oración fúnebre de San Basilio de que la gracia de Dios se entregue al voto de una multitud irracional, de un vil populacho, por lo que las elecciones solían recaer á veces en sugetos indignos, que firmaban todo lo que se quería, porque la tinta no mancha el alma.

Las elecciones múltiples daban muchos obispos á una misma ciudad, y de ahí luchas en que se llegaba á apelar hasta á las armas. En las querellas entre Ursino y S. Dámaso, el prefecto de Roma, declarándose impotente para contener las violencias y hasta los asesinatos cometidos por los partidarios de los dos que se disputaban el papado, tuvo que retirarse á uno de los arrabales. Un día se dió entre ellos una verdadera batalla en la basílica, y á la mañana siguiente se encontraron en ella 137 cadáveres. (2) S. Gerónimo decía, refiriéndose al clero de Roma: "Me avergüenzo de decirlo, pero hay hombres que buscan el sacerdocio y el diaconado *ut mulieres licentius videant*, y que emulan en lujo con los cónsules, con los gobernadores y con los ge-

(1) Nebrija, en su edición de Prudencio, puso un catálogo de las voces que emplea en acepción diferente de la que tienen en el siglo de oro.
(2) Sócrat. Hist. Ecl, IV, 29 Amia. Marc. XXVII, 3.

nerales. Todo su cuidado lo ponen en el vestir, se rizan á hierro los cabellos, sus dedos brillan con la luz de los diamantes.... Os parecerían al verlos no sacerdotes, sino recién casados.„ (1) Y S. Agustín reconoce que *nihil esse in hoc tempore..... lætius, hominibus, acceptabilius, episcopi, aut presbyteri aut diaconi officio, si perfunctorie atque adulatorie res agatur.* A haber continuado este estado de cosas, la Iglesia hubiera llevado en Occidente la triste vida que arrastró en el imperio oriental.

La invasión de los bárbaros, apesar de los desastres que produjo, al derribar el edificio carcomido del Estado romano, vino á continuar la obra de la civilización.

Son fuentes históricas para este período, además de las citadas anteriormente, Ammiano Marcelino (último historiador pagano), *Rerum gestarum,* lib. XXXI, desde el libro XVIII en adelante, que abrazan de 352 á 378, habiéndose perdido los 13 primeros; Sozimo, *Historia romana de los emperadores*, tres fragmentos; Paulo Osorio, *Mæsta Mundi*, lib. VII, h. 417; Aurelio Víctor (el jóven), *Epítome de los Césares*, h. 395; Idacio, *Crónica*, desde 378; Eusebio, *Crónica*, traducida al latín por S. Gerónimo y continuada por él, h. 378; Sócrates, Teodoro, Sozomeno, Evagrio, *Historia Eclesiástica*. Panegiristas, Cl. Mamertino (hijo), Latino Pacato, Depranio desde Diocleciano hasta Teodosio.

Entre los autores modernos, además de los precitados, que alcanzan á este período, Schiller, *Geschichte der römischen Kaiserzeit*, el mejor manual para el estudio de este período; Seeck, *Studien für Geschichte Dioclesians und Constantins.* En este y otros trabajos ha hecho interesantes indagaciones sobre Idacio y la Crónica de Constantinopla, llegando á afirmar que el testimonio de la crónica pascual debe ser desechado siempre que no tenga otro comprobante, y sobre la tentativa de Diocleciano y sus sucesores para establecer un sistema monetario regular, prueba contra Gærres que la muerte de Fausta es obra de Constantino y que Licinio el joven fué asesinado por razones políticas. Manso, *Historia de Constantino;* Klebs, *Das dynastiche Element in der Geschichtscheibung der röm Kaserzeit* muestra que la idea dinástica no ha nacido antes de Constantino, que se hace descender de Claudio, y estudia la transformación del poder supremo en despotismo. Neumann, *Der röm Staat und die christliche Kirche bis auf Dioclesian.* Excelente cuadro del desarrollo de la Iglesia cristiana. Klebs,

(1) S. Gerón. In Micheum 20 y Epíst. 84 á Eustaquio.

Der Anonymus Valesii. Considera el fragmento de Valois como el resto de una biografía de Constantino escrita por un contemporáneo. Seeck, *Der erste Barbar auf dem römischen Kaiserthrone*. Trabajo interesante sobre el advenimiento y caída de Máximo; Sommer lo combate en muchos puntos, particularmente bajo el punto de vista cronológico; Schulze, *Untersuchungen zur Geschichte Constantins;* en una série de artículos presenta hipótesis á veces arriesgadas ó contradictorias, como hasta qué punto ha querido reconocerse á Constantino como cristiano, representándole sobre una columna con la cruz, estudia sus construcciones de templos en Constantinopla, la inscripción de *Hispelum*, sus relaciones con los arúspides, la organización política de su tiempo, los sacrificios y la muerte de Licinio; Sismondi, *Caida del Imperio romano*.

Cuadros cronológicos.

IMPERIO MILITAR

Septimio Severo	193	á	211
Caracalla y Geta	211	»	212
Caracálla solo	212	»	217
Macrino	217	»	217
Heliogábalo	217	»	222
Alejandro Severo	222	»	235
Maximino I	235	»	238
Los dos Gordianos, Máximo y Balbino	238	»	238
Gordiano III	238	»	244
Filipo el Arabe	244	»	249
Decio	249	»	251
Galo y Volusiano	251	»	253
Emiliano	253	»	253
Valeriano	253	»	260
Galieno, los 30 tiranos	260	»	268
Claudio II	268	»	270
Quintilio	270	»	270
Aureliano	270	»	275
Tácito	275	»	276
Florino	276	»	276
Probo	276	»	282
Caro	282	»	283
Carino y Numeriano	283	»	284

MONARQUÍA ABSOLUTA

Diocleciano	284	»	305
Maximiano Hercúleo asociado á Diocleciano	286	»	305
Constancio Cloro y Galerio	305	»	306
Magencio	306	»	312
Maximino II	305	»	313
Constantino I	306	»	337
Licinio	307	»	327
Constantino II	337	»	340
Constante I	237	»	350
Constancio	337	»	361
Juliano	361	»	363
Joviano	363	»	364
Valentiniano I (en Occidente)	364	»	375
Valente (en Oriente)	364	»	378
Graciano (en Occidente)	375	»	383
Valentiniano II (en Occidente)	383	»	390
Teodosio I (en Oriente)	379	»	394
Solo	394	»	395

ÍNDICE

PRELIMINAR

Cap.		Pág.
I		3
II		14
III		21
IV		33
V		47
VI		55
VII		67
VIII		95
IX		99

HISTORIA

Divisiones. 107

EDAD ANTIGUA

Primeros pobladores. 108
Primeros pueblos invasores.—Los iberos . . . 118
Primeros pueblos comerciantes.—Los fenicios . 131
Los helenos. 142
Pueblos invasores.—Los celtas. 150
Pueblos compuestos.—Los celtíberos y la confederación celtibérica. 160
Cuadro de la situación de los pueblos que moraban en España á la venida de los cartagineses. 174

Cap. Pág.

Cuadro cronológico de este período 179
Pueblos conquistadores.—Los cartagineses. . . 180
Venida de los romanos.—Guerra con los cartagineses. 193
Fuentes históricas. 213
Conquista de España por los romanos 215
España en las luchas civiles de los romanos. . . 242
Fuentes históricas 266
Cuadro cronológico 268
Los Césares. 273
La vida romana durante el período de los Césares. 320
Los emperadores nombrados por las legiones.—Los Flavios. 378
Emperadores provinciales. 398
Fuentes históricas 407
Cuadro cronológico 408
El imperio militar. 408
La monarquía absoluta. 413